

The Signs of the Times

**Colección de escritos de Elena G. de White en el
periódico The Signs of the Times**

Volumen 2

27 de noviembre 1879 – 1 de diciembre 1881

Elena G. de White

Contenido

27 de noviembre de 1879	7
4 de diciembre de 1879	12
11 de diciembre de 1879	15
18 de diciembre de 1879	19
8 de enero de 1880	23
8 de enero de 1880	27
15 de enero de 1880	29
15 de enero de 1880	32
22 de enero de 1880	36
29 de enero de 1880	40
5 de febrero de 1880	45
12 de febrero de 1880	49
12 de febrero de 1880	53
19 de febrero de 1880	59
19 de febrero de 1880	63
26 de febrero de 1880	65
26 de febrero de 1880	69
4 de marzo de 1880	72
11 de marzo de 1880	75
18 de marzo de 1880	79
25 de marzo de 1880	84
1 de abril de 1880	87
1 de abril de 1880	95
8 de abril de 1880	97
15 de abril de 1880	101
22 de abril de 1880	105
22 de abril de 1880	109
6 de mayo de 1880	110

6 de mayo de 1880.....	114
13 de mayo de 1880.....	118
13 de mayo de 1880.....	122
20 de mayo de 1880.....	124
27 de mayo de 1880.....	128
3 de junio de 1880	132
10 de junio de 1880	135
17 de junio de 1880	139
24 de junio de 1880	142
1 de julio de 1880	147
8 de julio de 1880	151
15 de julio de 1880	155
15 de julio de 1880	158
22 de julio de 1880	159
29 de julio de 1880	163
12 de agosto de 1880	167
19 de agosto de 1880	171
26 de agosto de 1880	173
2 de septiembre de 1880	177
9 de septiembre de 1880	180
16 de septiembre de 1880	187
30 de septiembre de 1880	192
7 de octubre de 1880.....	195
14 de octubre de 1880.....	199
21 de octubre de 1880.....	204
28 de octubre de 1880.....	207
4 de noviembre de 1880.....	212
11 de noviembre de 1880.....	215
18 de noviembre de 1880.....	219

25 de noviembre de 1880	224
2 de diciembre de 1880	230
9 de diciembre de 1880	235
16 de diciembre de 1880	238
30 de diciembre de 1880	241
6 de enero de 1881	247
13 de enero de 1881	252
20 de enero de 1881	257
3 de marzo de 1881	262
10 de marzo de 1881	267
24 de marzo de 1881	271
31 de marzo de 1881	274
7 de abril de 1881	278
14 de abril de 1881	281
21 de abril de 1881	285
5 de mayo de 1881	290
12 de mayo de 1881	295
19 de mayo de 1881	299
26 de mayo de 1881	305
2 de junio de 1881	310
9 de junio de 1881	315
16 de junio de 1881	320
23 de junio de 1881	322
30 de junio de 1881	330
14 de julio de 1881	335
21 de julio de 1881	339
28 de julio de 1881	342
4 de agosto de 1881	346
11 de agosto de 1881	352

18 de agosto de 1881	355
15 de septiembre de 1881	358
22 de septiembre de 1881	362
29 de septiembre de 1881	366
6 de octubre de 1881	369
13 de octubre de 1881	373
27 de octubre de 1881	378
3 de noviembre de 1881	382
10 de noviembre de 1881	388
24 de noviembre de 1881	392
1 de diciembre de 1881	396

SECABIPP

27 de noviembre de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 13-Jacob y el ángel

Continúa.

Jacob y Esaú representan dos clases. Jacob, el justo; y Esaú, el malvado. La noche de lucha y angustia de Jacob representa el tiempo de angustia por el que debe pasar el pueblo de Dios justo antes de la segunda venida de Cristo. Jeremías se refiere a este tiempo: "¿Por qué veo yo a todo hombre con las manos sobre los lomos, como una mujer que está de parto, y todos los rostros palidecen? Ay, porque aquel día es tan grande que no hay otro semejante a él; es el tiempo de la angustia de Jacob, pero de él se salvará". Daniel, en visión profética mirando hacia este punto, dice: "Y en aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está por los hijos de tu pueblo; y habrá un tiempo de angustia como nunca hubo desde que hubo nación hasta aquel mismo tiempo; y en aquel tiempo será librado tu pueblo, todo el que se hallare escrito en el libro." Isaías habla del mismo tiempo: "Ven, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tu puerta y escóndete un momento, hasta que pase la indignación. Porque he aquí que el Señor sale de su lugar para castigar a los habitantes de la tierra por su iniquidad; también la tierra revelará su sangre, y no cubrirá más a sus muertos."

En su angustia, Jacob se aferró al ángel, lo retuvo y luchó con él toda la noche. Así también los justos, en el tiempo de su angustia, lucharán con Dios en oración. Jacob oró toda la noche para librarse de la mano de Esaú. Los justos, en su angustia mental, clamarán a Dios día y noche para que los libre de las manos de los malvados que los rodean. Jacob confesó su indignidad: "No soy digno de la menor de todas las misericordias y de toda la verdad que has mostrado a tu siervo". Los justos tendrán un profundo sentido de sus carencias, y con muchas lágrimas reconocerán su total indignidad, y, como Jacob, alegrarán las promesas de Dios por medio de Cristo, hechas justamente a tales pecadores dependientes, desvalidos y arrepentidos.

Jacob agarró firmemente al ángel y no quiso soltarlo. Mientras suplicaba con lágrimas, el ángel le recordaba sus males pasados, y se esforzaba por escapar de él, para probarlo y ponerlo a prueba. Así los justos, en el día de su angustia,

serán probados, probados y probados, para manifestar su fuerza de fe, su perseverancia y su confianza inquebrantable en el poder de Dios para librarlos.

Jacob no se dejó rechazar. Sabía que Dios era misericordioso y apeló a su misericordia. Se remontó a su pasado dolor y arrepentimiento por sus males, e insistió en su petición de ser liberado de la mano de Esaú. Así continuaron sus súplicas durante toda la noche. A medida que repasaba sus errores pasados, se sentía casi desesperado. Pero sabía que debía recibir ayuda de Dios o perecer. Sujetó con fuerza al ángel e insistió en su petición con gritos angustiosos y fervientes, hasta que venció. Así sucederá con los justos. Al repasar los acontecimientos de sus vidas pasadas, sus esperanzas casi se hundirán. Pero cuando se den cuenta de que se trata de un caso de vida o muerte, clamarán fervientemente a Dios, y apelarán a él en relación con su dolor pasado y su humilde arrepentimiento de sus muchos pecados, y entonces se referirán a su promesa: "Que tome de mi fuerza, para que haga la paz conmigo, y hará la paz conmigo". Así serán ofrecidas a Dios sus fervorosas súplicas día y noche. Dios no habría escuchado la oración de Jacob, y salvado misericordiosamente su vida, si antes no se hubiera arrepentido de sus agravios al obtener la bendición mediante fraude. Satanás y sus huestes hicieron todo lo posible por desalentar a Jacob y quebrantar su confianza en Dios, haciéndole comprender el pecado de su falsedad y engaño. Pero Jacob no quedó solo; el Capitán del ejército del Señor, asistido por un ejército de ángeles, estaba cerca del hombre deprimido y atemorizado, para que no pereciera.

Los justos, como Jacob, manifestarán una fe inquebrantable y una determinación sincera, que no admitirán negación alguna. Sentirán su indignidad, pero no tendrán agravios ocultos que revelar. Si tuvieran pecados, no confesados y no arrepentidos, que aparecieran entonces ante ellos, mientras están torturados por el miedo y la angustia, se sentirían abrumados. La desesperación cortaría su fe sincera, y no podrían tener confianza para suplicar a Dios tan fervientemente por la liberación, sus preciosos momentos se gastarían en confesar pecados ocultos, y lamentar su condición desesperada.

En estos días de peligro, aquellos que han sido infieles en sus deberes en la vida, y cuyos errores y pecados de negligencia están registrados contra ellos en el libro del Cielo, sin arrepentimiento y sin perdón, serán vencidos por Satanás. Cada uno será puesto a prueba y severamente probado. Satanás empleará todas sus energías, y llamará en su ayuda a su hueste maligna, que ejercitará toda su experiencia, artificio y astucia, para engañar a las almas y arrancarlas de las manos de Jesucristo. Les hace creer que pueden ser infieles en los deberes

menores de la vida, y Dios no lo verá, Dios no lo notará; pero ese Ser que cuenta los cabellos de nuestra cabeza, y marca la caída del pequeño gorrión, nota cada desviación de la verdad, cada desviación del honor y la integridad tanto en las cosas seculares como en las religiosas. Estos errores y pecados corrompen al hombre y lo descalifican para la sociedad de los ángeles celestiales. Por su carácter corrompido se ha colocado bajo la bandera de Satanás. El archiengañador tiene poder sobre esta clase. Cuanto más exaltada es su profesión, cuanto más honorable es la posición que han ocupado, cuanto más grave es su conducta a los ojos de Dios, tanto más seguro es el triunfo de Satanás. Estos no tendrán refugio en el tiempo de la angustia de Jacob. Sus pecados aparecerán entonces de tal magnitud que no tendrán confianza para orar, ni corazón para luchar como lo hizo Jacob. Por otra parte, aquellos que han sido de pasión semejante, errantes y pecadores en sus vidas, pero que se han arrepentido de sus pecados, y en genuino dolor los han confesado, tendrán el perdón escrito contra sus nombres en los registros celestiales. Serán escondidos 'en el día de la ira del Señor. Satanás atacará a esta clase, pero como Jacob, ellos se han asido de la fuerza de Dios, y fiel a su carácter, él está en paz con ellos, y envía ángeles para consolarlos, bendecirlos y sostenerlos en su tiempo de peligro. El tiempo de la angustia de Jacob pondrá a prueba a todos, y distinguirá al cristiano genuino del que sólo lo es de nombre.

Aquellos creyentes profesos que llegan al tiempo de angustia sin estar preparados, confesarán, en su desesperación, sus pecados ante el mundo con palabras de ardiente angustia, mientras que los impíos se regocijan por su angustia. El caso de todos ellos es desesperado. Cuando Cristo se levanta y abandona el lugar santísimo, comienza el tiempo de angustia, el caso de cada alma está decidido, y no habrá sangre expiatoria que limpie del pecado y de la contaminación. Cuando Jesús abandona el lugar santísimo, habla en tono de decisión y autoridad real: "El que es injusto, que siga siendo injusto; y el que es inmundo, que siga siendo inmundo; y el que es justo, que siga siendo justo; y el que es santo, que siga siendo santo. Y he aquí, yo vengo pronto, y mi recompensa está conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra."

Aquellos que han retrasado una preparación para el día de Dios, no pueden obtenerlo en el tiempo de angustia, o en cualquier período futuro. Los justos no cesarán en sus fervientes y angustiosos clamores de liberación. No pueden recordar ningún pecado en particular; pero en toda su vida pueden ver poco bien. Sus pecados han ido de antemano al juicio, y el perdón ha sido escrito. Sus pecados han sido llevados a la tierra del olvido, y no pueden recordarlos. Una destrucción segura les amenaza y, como Jacob, no permitirán que su fe se

debilite porque sus oraciones no sean atendidas inmediatamente. Aunque sufran las punzadas del hambre, no cesarán en sus intercesiones. Se aferran a la fuerza de Dios, como Jacob se aferró al ángel; y el lenguaje de su alma es: "No te dejaré ir si no me bendices".

Esa temporada de angustia y aflicción requerirá un esfuerzo de seriedad y fe decidida que pueda soportar la demora y el hambre, y no fracasará bajo la debilidad, aunque sea severamente probada. El período de prueba es el tiempo concedido a todos para prepararse para el día de Dios. Si algunos descuidan la preparación y no prestan atención a las fieles advertencias dadas, no tendrán excusa. La lucha de Jacob con el ángel debe servir de ejemplo a los cristianos. Jacob venció porque fue perseverante y decidido. Todos los que desean la bendición de Dios, como Jacob, y se aferran a las promesas como él, y son tan fervientes y perseverantes como él, tendrán éxito como él tuvo éxito. La razón por la cual hay tan poco ejercicio de la verdadera fe, y tan poco del peso de la verdad que descansa sobre muchos creyentes profesos, es que son indolentes en las cosas espirituales. No están dispuestos a esforzarse, a negarse a sí mismos, a agonizar ante Dios, a orar larga y fervientemente por la bendición, y por lo tanto no la obtienen. Esa fe que vivirá a través del tiempo de angustia debe ser desarrollada ahora. Aquellos que no hacen grandes esfuerzos ahora para ejercitar una fe perseverante, serán incapaces de resistir en el día de la angustia.

En la transfiguración, Jesús fue glorificado por su Padre. De sus labios salieron estas palabras: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él". Antes de su traición y crucifixión fue fortalecido para sus últimos y espantosos sufrimientos. A medida que los miembros del cuerpo de Cristo se acerquen al período de su conflicto final, crecerán en él y poseerán caracteres simétricos. A medida que el mensaje del tercer ángel se eleve a un fuerte clamor, gran poder y gloria acompañarán la obra final. Es la lluvia tardía, que reanima y fortalece al pueblo de Dios para atravesar el tiempo de angustia de Jacob a que se refieren los profetas. La gloria de la luz que acompaña al tercer ángel se reflejará sobre ellos. Dios preservará a su pueblo durante ese tiempo de peligro.

Mediante la entrega y la fe confiada, Jacob obtuvo lo que no había conseguido luchando con sus propias fuerzas. Dios daría a conocer aquí plenamente a su siervo que sólo el poder y la gracia divinos podían darle la vida y la paz que tanto ansiaba. Esta lección es para todos los tiempos. Los que vivan en los últimos días deberán pasar por una experiencia semejante a la de Jacob. Los enemigos estarán a su alrededor, listos para condenar y destruir. La alarma y la desesperación se apoderarán de ellos, porque les parecerá, como a Jacob en su

angustia, que Dios mismo se ha convertido en un enemigo vengador. El designio de Dios es despertar las energías adormecidas de su pueblo para que miren fuera y lejos de sí mismos a Aquel que puede traer ayuda y salvación, para que las promesas dadas precisamente para ese tiempo puedan ser vistas en su preciosidad, y confiadas con una confianza inquebrantable. Aquí se prueba la fe.

El pueblo de Dios sentirá una profunda angustia de alma, pero sus sufrimientos no pueden compararse con la agonía que padeció nuestro adorable Redentor en el huerto de Getsemaní. Él llevaba el peso de nuestros pecados; nosotros soportamos la angustia por nuestra propia cuenta. Luchar con Dios: ¡qué pocos saben lo que es! Luchar con Dios es hacer que el alma se extienda con intensidad de deseo hasta que todas las fuerzas se agotan, mientras olas de desesperación que ningún lenguaje puede expresar barren el alma; y, sin embargo, el suplicante no cede, sino que se aferra con tenacidad de muerte a la promesa.

Jacob no especificó nada en particular para que el Señor le concediera; sólo buscaba una bendición; sabía que el Señor le daría una bendición apropiada para satisfacer las necesidades del caso en aquel momento. Dios lo bendijo entonces y allí; y en el campo de batalla fue hecho príncipe entre los hombres. Así sucederá con los agonizantes que prevalezcan ante Dios en el tiempo de angustia de Jacob. Los peligros se multiplican por todas partes, y es difícil fijar el ojo de la fe en las promesas en medio de las evidencias seguras de la destrucción inmediata. Pero en medio del jolgorio y la violencia, caen sobre el oído tañido tras tañido del trueno más fuerte. Los cielos se han ennegrecido y sólo se iluminan con la luz resplandeciente y la terrible gloria del Cielo. Dios emite su voz desde su santa morada. El cautiverio de su pueblo se ha vuelto. Con voz dulce y tenue se dicen unos a otros: Dios es nuestro amigo. Estaremos a salvo del poder de los malvados. Con solemne temor escuchan las palabras que proceden del trono de Dios. Los que rodean a los justos se encuentran entonces en un momento de angustia y temor inexpresable. El horror de la desesperación se apodera de ellos, y estos pobres infatuados parecen ahora comprenderse a sí mismos. Los que han sido engañados por las fábulas que les han predicado sus ministros cargan ahora sobre ellos la pérdida de sus almas: Nos habéis predicado falsedades. Hemos creído una mentira, y estamos perdidos, perdidos para siempre.

Este es el tiempo al que se refiere Malaquías: "Entonces volveréis y discerniréis entre justos e impíos, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve."

4 de diciembre de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 14-Segunda visita de Jacob a Betel

Jacob se estableció en Siquem, y habiendo comprado un pedazo de tierra erigió su tienda, y junto a ella su altar, y los dedicó a Dios. No todos los hijos de Jacob se regían por principios religiosos. El trato inhumano que dieron a los de Siquem ofendió a Dios. Su padre ignoró su propósito hasta que se consumó la obra de crueldad; y cuando se enteró de lo que se había hecho, los reprendió severamente por su proceder traicionero y vengativo. Simeón y Leví trataron de defenderse alegando que así habían vengado el mal hecho a su hermana. Pero Jacob les aseguró que nada podía justificar su conducta; por el pecado de un solo hombre habían hecho sufrir a los inocentes habitantes de toda una ciudad. Esta gente había depositado su confianza en ellos, y así habían sido vergonzosamente traicionados. El Dios de Israel había sido deshonrado. Jacob se sintió profundamente humillado; sabía que se había practicado el engaño y la crueldad, y sentía que ahora sería odiado y despreciado por los habitantes del país que los rodeaba.

Vio, también, que la traición y la crueldad estaban creciendo en sus hijos, y que estaban olvidando a Dios, y permitiendo que la infidelidad entrara en sus corazones. Sabía que había motivo de autocondena en este asunto, y comenzó a reflexionar sobre su propia conducta al permitir que su amada Raquel ocultara los dioses de su padre que había robado, cuando debería haber destruido de inmediato todo lo que condujera a la infidelidad.

Había dioses falsos en el campamento de Israel, y él no había usado medios rápidos para destruirlos; y en su casa se practicaba más o menos la adoración idólatra. Sabía que si Dios los trataba, en el caso presente, de acuerdo con su crimen, permitiría que las naciones circundantes se vengaran de ellos.

Mientras Jacob estaba así abatido por la angustia, el Señor tuvo compasión de él y le ordenó que abandonara su lugar y se dirigiera hacia el sur, a Betel. Al mencionar este nombre, el patriarca recuerda no sólo su visión de los ángeles que subían y bajaban, y de Dios que, por encima de ellos, le dirigía palabras de consuelo, sino también el voto que había hecho allí de que, si Dios le guardaba y le bendecía, el Señor sería su Dios. Y reflexiona así: ¿He sido tan fiel a mi

promesa como Dios lo ha sido conmigo? Vio y sintió la necesidad de ser más minucioso y decidido en su familia, para eliminar todo lo que tuviera sabor a idolatría. Decidió limpiar el campamento, para que su compañía pudiera ir a este lugar sagrado libre de contaminación. Por lo tanto, se levanta y se dirige a ellos: "Quitad los dioses extraños que hay entre vosotros, purificaos y mudad vuestros vestidos; y levantémonos y subamos a Betel, y haré allí un altar a Dios, que me respondió en el día de mi angustia, y estuvo conmigo en el camino que recorrí."

Entonces, con voz temblorosa y labios temblorosos, les relató su perplejidad; cuando apenas era un joven salió de la tienda de su padre, como un viajero solitario, temeroso de su vida, sin ningún amigo terrenal que lo consolara o animara. Pasando Hebrón y Moriah, llegó, al atardecer del segundo día, a Betel, el lugar sagrado por los sacrificios y oraciones de Abraham. Se sintió desconsolado y sin amigos en su soledad, y se acostó a dormir. Fue allí donde Dios le dio aquel sueño alentador de la escalera celestial que llegaba de la tierra al Cielo. Los ángeles de Dios subían y bajaban por esta escalera de brillante resplandor, y el Señor mismo estaba de pie encima de ella, y le dijo estas palabras alentadoras: "Yo soy el Señor, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; a ti y a tu descendencia daré la tierra en que estás, y tu descendencia será como el polvo de la tierra, y en ti y en tu descendencia serán benditas todas las familias de la tierra. Y he aquí que yo estoy contigo, y te guardaré en todos los lugares adonde fueres, y te haré volver a esta tierra."

Al despertar de este sueño, Jacob sintió que el lugar estaba poblado de ángeles, y que Dios lo miraba con tierno amor y compasión, y allí erigió un monumento que significaba que siempre recordaría la bondad amorosa de Dios.

Al repasar Jacob de este modo la bondad y la misericordia de Dios para con él, su propio corazón se sometió y humilló; y había tomado el camino más eficaz para llegar al corazón de sus hijos y llevarlos a reverenciar al Dios del Cielo cuando llegaron a Betel. Ningún miembro de su familia vaciló en lo más mínimo en obedecer sus órdenes. Todos los que estaban con él entregaron sus ídolos, y también sus zarcillos, y él los enterró bajo una encina cerca de Siquem. El patriarca consideró que la humillación ante Dios estaba más en consonancia con su posición que el uso de adornos de oro y plata.

Jacob había cumplido ahora con su deber de limpiar su casa de la idolatría, y emprendió con ellos el viaje a Betel. Por amor a su siervo Jacob, que no había tomado parte en la crueldad practicada contra los siquemitas, el Señor hizo que

el temor se apoderara de los habitantes de la tierra, para que no se levantaran a vengar el hecho cometido en Siquem. Los viajeros siguieron su camino sin ser molestados, y llegaron a Betel. Allí Jacob, en obediencia al mandato divino, erigió inmediatamente un altar, sobre el cual cumplió el voto hecho cuando estaba de viaje de Canaán a Mesopotamia. De todos los bienes que le habían sido confiados, hizo una ofrenda a Dios, aunque le costó una gran parte de sus posesiones. La abnegación y beneficencia que aquí se manifiesta, reprende la autoindulgencia de muchos cristianos profesos, y las escasas ofrendas que traen a Dios. Muchos ponen en el tesoro del Señor una suma menor que el precio de sus cigarros, y mucho menor que el costo de los ornamentos que adornan sus personas y sus casas, y los lujos hirientes en sus mesas. La eternidad revelará la estrechez y el egoísmo de estas mentes. ¿Cuáles serán sus sentimientos cuando Cristo les revele el valor de las almas y la infinita importancia de su salvación?

El Señor aceptó la ofrenda de Jacob, se reunió con él, lo bendijo y renovó su pacto con él. Como recuerdo duradero de esta muestra adicional del favor divino, Jacob erigió de nuevo una columna de piedra, que consagró de la manera habitual.

El corazón de Jacob anhelaba volver a visitar su antiguo hogar y contemplar de nuevo el rostro de su anciano padre. Con su familia, se dirigió a Hebrón. Antes de que hubieran avanzado mucho en el camino, Raquel dio a luz a Benjamín. Sólo tuvo un momento de vida para ponerle nombre, cuando murió, llamándole Benoni, hijo de mi dolor. Pero Jacob lo llamó Benjamín, hijo de mi diestra y de mi fuerza. Raquel fue enterrada donde murió, y sobre su tumba se colocó un monumento de piedra para perpetuar su memoria.

Rebeca, su madre, había muerto; y mientras estaban en Betel, Débora, la nodriza de su madre, también murió, y fue enterrada allí con expresiones de gran pesar, pues había sido un miembro honrado de la familia de su padre. El encuentro de Jacob con su padre fue muy feliz tanto para el padre como para el hijo. Isaac era muy anciano, ciego y dependiente; pero vivió algunos años después del regreso de su hijo.

En el lecho de muerte de su padre, los dos hermanos, Jacob y Esaú, se encontraron y unieron su dolor. En otro tiempo, Esaú había esperado este acontecimiento como el momento en que se vengaría de Jacob por haberle robado la bendición de su padre; pero sus sentimientos habían cambiado mucho. Jacob era ahora rico, y devolvió a Esaú la bendición de la posesión tan imprudentemente vendida por un plato de potaje. Por lo tanto, los dos hermanos,

ya no separados por la enemistad, los celos y el odio, se separaron a causa de sus posesiones. Jacob también sabía que su fe religiosa era tan distinta que sería mejor que vivieran separados. El carácter de Jacob se modificó y refinó grandemente por la bendición recibida del ángel en aquella noche de terrible conflicto, y desde entonces fue reverenciado por todos los que lo conocieron. Sus pruebas no habían sido en vano.

11 de diciembre de 1879

Los seguidores de Cristo son la luz del mundo

EGW

En cuanto a la simpatía humana, Cristo estaba como solo en nuestro mundo. Sus amigos y parientes más cercanos no le comprendían. No podían entender la naturaleza del reino del que hablaba, ni comprender la inmensidad de aquel amor que abrazaba a la humanidad.

Su conocimiento se extendía, no sólo a este mundo, sino al mundo futuro e invisible. Había vivido en la luz eterna en los atrios celestiales, y era uno con el Padre, pero en el mundo que había creado, estaba en soledad.

Los hombres caídos, en un sentido, no podían ser compañeros de Cristo, porque no podían entrar en simpatía con su naturaleza divina, y tener comunión con el Redentor del mundo. Cuando la aflicción, la necesidad y el sufrimiento exigían su ayuda, encontraban alivio; porque el sufrimiento humano siempre tocaba una cuerda sensible en el corazón del Salvador. Su obra consistía en elevar a los hombres mediante su condescendencia, sus lecciones de instrucción y su ejemplo, elevándolos al cielo con la fuerza de su divino poder. Pero no tenía compañeros en la tierra. Sólo en el Cielo se le comprendía plenamente.

Después de las fatigas del día, el Redentor del mundo se encontraba con frecuencia toda la noche en oración. Las multitudes le agolpaban durante todo el día, de modo que no tenía un momento para el descanso o la oración. La fama de su obra y de sus maravillosas enseñanzas atrajo a grandes multitudes de toda la región circundante, no sólo para escuchar sus palabras vivificantes, sino para recibir de él el poder de curar sus enfermedades. Todos están ansiosos por recibir su primera atención.

Algunos lo acosan con preguntas para satisfacer su curiosidad, otros para demostrar su aptitud y erudición; y los celosos y burlones fariseos buscan algún

pretexto para denunciarlo como impostor. Algunos piensan egoístamente que pueden ser favorecidos por su gran conocimiento, y recibir ayuda en sus dificultades personales, mientras que otros, hambrientos y sedientos de una luz más clara, y un mejor conocimiento del verdadero camino, humildemente escuchan como por sus vidas, bebiendo cada palabra que cae de los labios del Maestro.

La inquieta muchedumbre oscila de un lado a otro, ya que algunos vienen continuamente y se esfuerzan por acercarse, mientras que otros se alejan con mayor celo en sus propios intereses mundanos que en las palabras de la vida eterna.

Los que sufren claman por su compasión, los débiles, los deformes, los decrepitos, los ciegos y los paralíticos, todos se vuelven implorantes hacia él, y débiles voces suplican fervientemente ayuda. La multitud es tan densa que parece imposible abrirse paso hacia Cristo, y la esperanza casi desaparece de algunos corazones. Temen que su oportunidad llegue demasiado tarde, pues sienten que la vida se les acaba rápidamente. ¿Podrán alcanzar al poderoso Sanador a través de las densas masas antes de que sea demasiado tarde?

Pero nadie pasa de su presencia sin sentirse aliviado. No rechaza a nadie, sino que habla amable y pacientemente con todos, y en tonos claros, tranquilos y serios pronuncia las verdades que buscan en las mismas almas de sus oyentes. A menudo es interrumpido por el grito del endemoniado, y los que sufren y mueren son empujados a través de la multitud y puestos a sus pies.

Sus discípulos ven la presión de los cuidados y las cargas sobre el Maestro, y deciden que deben interferir y apartarlo de la multitud. Le invitan a descansar de su cansancio físico antes de que se desmaye de agotamiento. Pero Jesús continúa su trabajo a pesar de la urgencia de sus discípulos de apartarlo para que se refresque y descanse. Se dicen unos a otros: "Debe de estar fuera de sí para continuar por más tiempo esta fatigosa labor". Creen que habrá que emplear la fuerza para salvarle la vida. No ha dormido, ni comido, ni descansado un momento. Se dirige hacia la orilla del mar y la multitud le empuja hasta la misma orilla. Hace señas a Pedro para que le reciba en su barca, y allí, sobre el asiento oscilante de una barca de pescador, enseña a sus discípulos en la orilla.

Cuando se puso el sol, llegó la noche y la gente se dispersó por sus casas, los discípulos se sintieron aliviados. Estaban seguros de que el Maestro descansaría en alguna casa tranquila, y de que lo tendrían un rato para ellos solos; pero se sintieron defraudados. Cansado, exhausto y desfallecido como estaba, no

consintió en ir con ellos en busca de refrigerio o reposo. Despidió a sus discípulos y no les permitió que lo acompañaran, sino que se dirigió a las montañas solitarias, diciéndoles dónde podrían encontrarlo por la mañana.

Toda la noche debía estar solo en el santuario de la montaña con su Dios. Toda la noche la pasó en oración, derramando su alma con fuerte llanto y lágrimas, no porque tuviera pecados que confesar, o que trajeran remordimiento a su corazón, no porque tuviera problemas propios que aliviar. Un mundo en las tinieblas del error pesa sobre su alma, y mientras duerme en seguridad, ruega que no perezca en su pecado e impenitencia. Así pasó la noche, y cuando los coristas de la naturaleza entonaron sus cantos de alabanza por la mañana temprano, Cristo estaba preparado para el día de trabajo activo y ferviente.

El día siguiente a la escena de Cafarnaúm iba a ser de gran importancia. El memorable sermón de la montaña iba a ser pronunciado ante sus discípulos, y así llegaría a nosotros a través de los siglos. El día anterior no tenía un lugar suficientemente grande para acomodar a la gente, y se había sentado en la barca de Pedro para dirigirse a la gente en la orilla. Este día condujo a la gente a la alta meseta que dominaba el lago, donde la hierba alta se agitaba con la brisa, y las flores silvestres florecían a sus pies en rica profusión de belleza y variedad, y la naturaleza estaba vestida con sus más bellos ropajes. Allá se perfilaban en el cielo los picos de las montañas, testimonio de la majestad y el poder de Dios en sus obras creadas.

Cristo se sentó en una eminencia, mientras el pueblo se reunía en la gran llanura cubierta de hierba que había a sus pies. El lugar estaba bien elegido para el discurso. El sol aún no había aparecido por encima de las montañas; el incienso de las flores perfumaba el aire, y los pájaros cantores parecían sintonizar sus cantos en respuesta a las palabras pronunciadas por el Dios de la naturaleza para impresionar las almas con las verdades que caían de sus labios divinos.

El contraste de la escena de esta mañana con la del Sinaí era marcado. Entonces los millones de personas se congregaron ante la montaña, cuyos elevados picos parecían alcanzar los mismos cielos. Los relámpagos relampagueaban, y los truenos gimientes y murmurantes, como voces sobrenaturales llenaban el aire, y la voz de Dios era oída en tonos de trompeta por toda la congregación. Se ordenó a Moisés que subiera a hablar con Dios. Obedeció el mandato y subió a las alturas solitarias, y Dios habló con él. En la mañana del tercer día, una espesa nube comenzó a cubrir la montaña, aumentando su densidad a cada momento, mientras su forma ondulante se agitaba violentamente. La tierra se estremeció

y tembló como convulsionada, y los truenos resonaron de cima en cima, a lo lejos y a lo lejos. El paso majestuoso del Señor Jehová y de su Hijo estaba sobre aquella montaña. A intervalos, entre los estallidos del trueno, se oían sonidos como los de una trompeta que resonaba cada vez más fuerte hasta elevarse por encima de la guerra de los elementos.

El pueblo estaba aterrorizado, todos los rostros pálidos como muertos, con los ojos fijos en el temor de las manifestaciones de la terrible presencia de Dios. Entonces se pronunció entre llamas y humo la ley de Dios. Las gentes que rodeaban el monte se alejaron de su base con asombro y temor. Sus almas estaban sobrecogidas por la grandeza y la terrible majestad de la escena. Vieron a los dos hombres subir en medio de la espantosa gloria para recibir la ley de labios de Dios. Cuando Moisés y Aarón estuvieron de nuevo en medio de ellos, el pueblo les imploró que la palabra de Dios les llegara por medio de Moisés, y no por la voz directa y terrible de Dios, para que no pudieran vivir.

"No temáis", dijo Moisés, "porque Dios ha venido para probaros, y para que su temor esté delante de vuestros rostros, a fin de que no pequéis". Toda la majestuosidad de esta escena era necesaria para imprimir su solemnidad en las mentes de los hijos de Israel, cuyas vidas habían transcurrido entre los símbolos y ceremonias del culto egipcio.

Cristo, que había guiado a los hijos de Israel en el desierto, que había revelado su majestad y pronunciado la ley desde el Sinaí, iba a definir ahora los principios de esa ley, que había de llevarse a cabo y ejemplificarse en la vida práctica. La multitud se cierra en torno al gran Maestro, interesada y ansiosa por captar cada palabra que cae de sus labios. Sin embargo, en esta ocasión no hay demostraciones grandiosas y espantosas, como en el Sinaí. Las bellezas de la naturaleza en la exuberante vegetación y el adorno de las flores hablan a los sentidos del amor de Dios en sus obras creadas.

No había elocuencia de palabras en las lecciones de Cristo, ni lenguaje recargado que ocultara la sencilla grandeza del pensamiento, ni nada que desconcertara la mente o extraviara la imaginación. El lenguaje era sencillo, la expresión lenta y enérgica, y el enunciado claro y nítido. Dios hablaba al alma del hombre con bondad y amor. El rostro de Cristo resplandecía con la gloria de la luz celestial. Sus ojos expresaban amor y simpatía por el hombre. La divinidad resplandeció a través de la humanidad cuando las profundas y serias palabras de vida eterna fueron pronunciadas a los interesados oyentes.

El sol ascendía por encima de las cimas de las montañas, reflejando sus brillantes rayos en las colinas y montañas, revelando claramente las ciudades situadas en sus laderas.

Señaló los brillantes rayos del sol, diciendo de forma impresionante: "Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder..... Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos".

(Continuará.)

18 de diciembre de 1879

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 15-Jacob y José

De los doce hijos de Jacob, aquél por quien sentía un amor especial era José, pues era hijo de su amada esposa Raquel, y uno de los hijos de su vejez. Era un hijo de notable belleza. Sus hijos mayores habían llegado a la edad adulta y habían desarrollado rasgos de carácter infelices. Había continuas disputas entre los once; no eran ni justos ni benévolos unos con otros. La envidia y los celos que abrigaban las diversas madres y que hacían muy desgraciada la relación familiar, fueron inculcados de palabra y con el ejemplo en la mente y el corazón de los hijos, que crecieron vengativos, celosos e incontrolables. No soportaban la provocación, porque habían acariciado durante demasiado tiempo el odio y la venganza. Siempre se descubrirá que estos males son el resultado de la poligamia. Cada una de las madres siente envidia y celos de que sus propios hijos no reciban la debida atención del padre; y de nuevo experimentan amargura y descontento cada vez que se les hace sentir que se prefiere a otro antes que a ellas. Los niños que crecen juntos rodeados de tales elementos son más propensos a entregarse al resentimiento por cualquier supuesto desaire, y a la venganza por cualquier agravio imaginario. Hay en la poligamia algo que seca el afecto humano y tienta a aflojar los lazos que deberían ser sagrados.

La conducta de sus hijos amargó mucho la vida de Jacob. José tenía otro espíritu; era alegre y feliz, y poseía un gran amor por su padre, cuyo corazón estaba ligado a su hijo. Esta preferencia por José se manifestó imprudentemente, y provocó la disposición vengativa de sus otros hijos. Cuando José vio el mal

camino que seguían sus hermanos, les reprendió; pero ellos le odiaron por sus ruegos y por atreverse a reprenderles siendo mucho mayores que él, y le acusaron de ser un espía de sus acciones. Como José vio que sus palabras y súplicas sólo excitaban la ira contra sí mismo, expuso los planes y malos propósitos de sus hermanos ante su padre, lo que le dio conocimiento de muchas cosas que de otro modo no habría sabido. Los padres de los niños entre los hebreos eran responsables en gran medida de los pecados de sus hijos, cuando se les dejaba sin el ejercicio de la autoridad y la restricción. Cuando la solicitud del padre fue expresada a sus hijos con voz trémula de dolor, y les imploró que tuvieran respeto por sus canas y no hicieran de su nombre un oprobio, y que fueran despreciados a causa de su conducta, los hijos se sintieron apenados y avergonzados ante su padre, porque su maldad era conocida, pero sintieron envidia y celos de José porque había informado a su padre de su conducta pecaminosa. Jacob se lisonjaba de que sus hijos se arrepintieran de su maldad, y confiaba en que se reformarían.

Jacob expresó imprudentemente su amor por José regalándole una túnica de hermosos colores. Esto no hizo sino aumentar el odio de sus hermanos contra él, pues pensaban que José les había robado el afecto de su padre, y se consideraban maltratados y privados de la confianza y el amor de su padre. No veían que su propio proceder perverso era una continua vergüenza y deshonra para sus canas, y que su afecto se centraba en José por su pureza y verdadera excelencia de carácter.

El Señor le dio a José un sueño que él relató; Jacob se habría alarmado si hubiera sospechado el odio y los sentimientos maliciosos que este sueño despertó en el corazón de sus hijos contra su amado hijo. José soñó que mientras todos estaban atando gavillas de grano, su gavilla se levantaba y se erguía, y las gavillas de todos los demás se ponían alrededor y se inclinaban ante su gavilla. Apenas relatado el sueño, todos comprendieron su significado. Sus hermanos exclamaron indignados: "¿Acaso te enseñorearás de nosotros?". Su odio hacia él ardía en sus corazones más profundamente que antes. Pronto el Señor le dio a José otro sueño de la misma importancia, pero más sorprendentemente significativo. Este sueño también se lo contó a su padre y a sus hermanos. Dijo: "He aquí que he soñado otro sueño, y he aquí que el sol, la luna y las once estrellas me hacían reverencia". La interpretación de este sueño fue discernida tan rápidamente como la del primero. "Y su padre le reprendió, y le dijo: ¿Qué es este sueño que has soñado? ¿Acaso vendremos yo y tu madre y tus hermanos a postrarnos ante ti en tierra? Y sus hermanos le envidiaron; pero su padre observó el dicho".

Como un joven profeta, José se presentó ante ellos en la sencillez de una inocencia virtuosa, con su hermoso semblante iluminado por el espíritu de la inspiración. Sus hermanos no podían menos que admirar su pureza y bondad; pero no decidieron abandonar su perversa conducta y volverse virtuosos y nobles como él. El espíritu que animaba a Caín se apoderaba de ellos. Como él, odiaban a su hermano porque era inocente y justo y amado por su padre, mientras que ellos eran malvados y una fuente de dolor para su padre como Caín lo fue para el suyo.

El padre de José confiaba en que el Señor estaba revelando el futuro a su hijo; pero sus palabras de aparente severidad no satisfacían a sus hijos mayores, pues la voz de trémulo afecto delataba sus verdaderos sentimientos. Recordó la promesa de Dios a Abrahán, a Isaac y a sí mismo. Su corazón se había afligido y decepcionado con sus hijos mayores, pero al ver las cualidades mentales que poseía José, sus esperanzas se centraron en él. Esperaba que Dios lo bendijera maravillosamente, al hijo mayor de su amada Raquel. El favor con que Jacob miraba a José no podía ocultarse, y el hermoso abrigo de color que le había regalado era una clara prueba para sus hijos de su parcialidad. Esto les pareció motivo suficiente para albergar celos, odio y venganza en sus corazones.

Estos hermanos se veían obligados a trasladarse de un lugar a otro para conseguir mejores pastos para sus rebaños, y a veces no veían a su padre durante meses. En cierta ocasión, Jacob les indicó que fueran a Siquem, un lugar que había comprado. Después de haber estado fuera algún tiempo, y no haber recibido noticias de ellos, temió que les hubiera ocurrido algún mal, sabiendo que estaban cerca de donde se había practicado la crueldad con los siquemitas. Así que envió a José a Siquem para que buscara a sus hermanos y le informara de su situación. Si Jacob hubiera conocido los verdaderos sentimientos de sus hijos hacia José, no le habría confiado a solas con ellos; pero le habían ocultado sus malvados propósitos.

Cuando José llegó al lugar donde su padre suponía que estaban sus hermanos, no los encontró. Mientras viajaba de campo en campo en busca de ellos, un forastero se enteró de su recado y le dijo que se habían ido a Dotán. Ya había recorrido cincuenta millas y le quedaban por recorrer quince más. Era un largo viaje para el joven, pero lo realizó alegremente, deseoso de aliviar la ansiedad de su amado padre y de ver a sus hermanos, que estaban consagrados en su afecto. Pero fue mal recompensado por su amor y obediencia.

Al fin vio a sus hermanos a lo lejos y se apresuró a saludarlos. Ellos también lo vieron llegar, su alegre túnica de colores lo hacía fácilmente reconocible; pero al contemplarlo, se despertaron sus sentimientos de envidia, celos y odio. No tuvieron en cuenta el largo viaje que había hecho a pie para reunirse con ellos; no pensaron en su cansancio y hambre, y que como hermano suyo tenía derecho a su hospitalidad, su tierna consideración y amor fraternal. La vista de aquel manto que lo señalaba a lo lejos los llenó de un frenesí satánico. "Y cuando lo vieron de lejos, aun antes de que se acercara a ellos, conspiraron contra él para matarle. Y se decían unos a otros: He aquí que viene este soñador".

Parecía haber un sentimiento común de odio mortal en sus corazones. Se habían dedicado a la matanza y la destrucción hasta que sus sentimientos se habían vuelto insensibles. La indulgencia de un pecado conocido adormece la conciencia para que sea más fácil vencerla con la siguiente tentación. Así, paso a paso, el curso del pecado y la transgresión es perseguido hasta que hay una cosecha de crimen a través de la indulgencia del primer pecado. Estos hombres, sin tener en cuenta las consecuencias, habían pasado de etapa en etapa endureciendo sus corazones en la indulgencia del pecado hasta que tuvieron a todos los efectos el espíritu de Caín. Se enfurecieron porque José había informado hasta entonces contra ellos, y lo consideraron un espía.

Antes de esto habían decidido que si se presentaba una oportunidad favorable lo matarían; se hizo la proposición: "Venid, pues, ahora, y matémoslo, y echémoslo en alguna fosa, y diremos: alguna mala bestia lo ha devorado; y veremos qué será de sus sueños."

Este terrible propósito se habría llevado a cabo si Rubén no se hubiera abstenido de participar en el asesinato de su hermano. Abogó por José, mostrando con claros argumentos la culpa que recaería sobre ellos, y que la maldición de Dios caería sobre ellos por tal crimen. Propuso que lo arrojaran vivo a un pozo y lo dejaran allí para que pereciera, con la intención de sacarlo en privado y devolverlo a su padre. Abandonó su compañía, temiendo que sus sentimientos traicionaran su designio.

José siguió adelante, contento y feliz de haber encontrado el objeto de su larga búsqueda. Pero, en lugar de un saludo agradable, sólo encontró desprecio, insultos y miradas feroces que le aterrorizaron. Inmediatamente se apoderaron de él y le quitaron el abrigo que tanto odio le había causado, con los comentarios más burlones. Nunca antes había recibido semejante trato y esperaba que sus hermanos lo mataran de inmediato. Su mente se remonta a su hogar, a su padre

y a la bendición que había recibido al separarse de él, y entonces anticipó el dolor que sentiría al morir y la culpa de sus asesinos. Les suplicó que le perdonaran la vida, pero todo fue en vano; estaba indefenso en manos de hombres enfurecidos cuyos corazones eran insensibles a la piedad, y cuyos oídos eran sordos al grito de angustia. Pero el ojo de Dios estaba sobre él, y los gritos de angustia de José llegaron hasta su trono. Sus hermanos lo arrojaron a un pozo oscuro y luego se sentaron a disfrutar de su acostumbrada comida. Pero mientras comían, vieron que se acercaba una compañía de ismaelitas, y Judá, que empezaba a lamentar lo que se había hecho, sugirió que era una oportunidad para vender a su hermano y obtener dinero, lo que sería mejor que dejarlo perecer en la fosa; porque, dijo, ¿no es él nuestra propia carne? También Judá pensó que podrían deshacerse de él alejándolo por completo de ellos. Todos estuvieron de acuerdo con la proposición de Judá; José fue sacado de la fosa y vendido despiadadamente como esclavo.

(Continuará.)

8 de enero de 1880

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 16-José en Egipto

El Señor estaba con José en su nuevo hogar. Estaba en el exilio, no por ningún mal que hubiera hecho, sino por la injusticia de sus hermanos. Sin embargo, no abrigó un espíritu sombrío y hosco, no se dejó llevar por el abatimiento, como muchos se habrían sentido excusados de hacer. No estaba en una posición elegida por él mismo, y no empeoraría su condición lamentándose inútilmente. Con alegre presteza cumplió los deberes que le fueron asignados, trabajando por el mejor interés de aquellos a quienes entonces pertenecía. Era feliz contribuyendo a la felicidad de los demás.

La marcada prosperidad que acompañó a todo lo que se puso bajo el cuidado de José no fue el resultado de un milagro directo. Con la bendición divina, su perseverante laboriosidad, su diligencia y su esmerado cuidado se vieron coronados por el éxito y le granjearon la más alta consideración de su amo. Este éxito nunca podría haberse obtenido, y José mismo no podría haber llegado a ser lo que era, sin un esfuerzo firme y bien dirigido. El ejercicio de las facultades físicas y mentales es necesario para su pleno y perfecto desarrollo. Sin el

ejercicio corporal, el brazo del trabajador perdería su fuerza, y a menos que las facultades mentales se ejerciten, se debilitarán.

A pesar de estar rodeado de idolatría, que era de lo más repulsivo para sus principios, José conservó su sencillez, su pureza y su fidelidad temerosa de Dios. Las notas discordantes del vicio y la juerga llegaban a menudo a sus oídos, pero no permitía que sus pensamientos se detuvieran ni un momento en temas prohibidos. Si José hubiera sacrificado sus principios para complacer a los egipcios, habría sido vencido por la tentación. Pero no se avergonzaba de la religión de sus padres, y no se esforzaba por ocultar que amaba y temía a Dios. El Señor quiso que la luz y el poder de la gracia celestial resplandecieran en medio de las tinieblas de la superstición y la idolatría paganas; que la pureza, la fidelidad y la firme integridad del verdadero creyente en Dios aparecieran en contraste con los caracteres oscurecidos de los que servían a los ídolos.

José dio el crédito de su prosperidad al Señor, y su amo creyó que el Señor estaba con él, y que hacía prosperar todo lo que hacía. Así Dios fue glorificado por la fidelidad de su siervo. La confianza que Potifar depositaba en José aumentaba cada día, hasta que lo ascendió a mayordomo y lo puso al frente de todos sus asuntos. Pero ardientes pruebas iban a poner a prueba aún más severamente la fe y la integridad de José. La moral de los egipcios era muy baja. La esposa de su amo era una mujer licenciosa, y ahora se presentaba ante el joven exiliado la tentación de desviarse del camino recto, de transgredir la ley de Dios. Su futuro bienestar depende de la decisión del momento. ¿Triunfará Satanás? ¿Guarnecerá ahora el principio el corazón de José? ¿Tendrá ahora ante sí el temor de Dios? ¿Será leal y fiel a la ley divina? Los ángeles miraban a este siervo de Dios con intenso interés. El poder elevador del principio religioso se puso de manifiesto en su respuesta a la esposa de su amo. Después de hablar de la gran confianza que su amo había depositado en él al confiarle todo lo que tenía, exclama: "¿Cómo, pues, podré hacer esta gran maldad, y pecar contra Dios?".

Muchos se tomarán libertades bajo los ojos inspectores de los santos ángeles y de Dios de las que no serían culpables ante sus semejantes. Esta clase de personas son abominables a los ojos de Dios. El primer pensamiento de José era Dios; "Dios me ve" era la gran verdad que controlaba los pensamientos de su mente e influía en los motivos de sus acciones. Consideraba a Dios, no como un tirano que vigila sus acciones para condenarlo y castigarlo, sino como un amigo tierno y amoroso que protege sus intereses. No se dejaba persuadir por

incentivos o amenazas para desviarse del camino de la más estricta integridad. No violaría la ley de Dios.

La firme adhesión de José al derecho lo llevó a una posición difícil. Perdió su situación, su reputación y su libertad. El crimen y la falsedad parecieron triunfar por un tiempo, mientras que la inocencia y la virtud sufrían. Si Potifar hubiera creído plenamente las acusaciones de su esposa, José habría perdido la vida. Pero su conducta anterior, su modestia y firme integridad, eran prueba convincente de su inocencia; y sin embargo, para salvar la reputación de la casa de su amo, José fue sacrificado, mientras que la esposa pecadora fue exaltada en la estimación de sus amigos como si fuera un modelo de virtud.

Cuando se acusó a José del vil crimen y se le cubrió de reproches, se mantuvo en nobleza de alma, en inocencia consciente. Sabía que el ojo de Dios estaba sobre él, y podía confiar su caso a su cuidado, que hasta entonces lo había apoyado. Fue condenado como un criminal a una lúgubre prisión, pero no se puso malhumorado ni contempló las desalentadoras características de su caso. Conservó la paciencia, la esperanza y la fe. No cerró su corazón a la humanidad sufriente, no volvió su atención hacia sí mismo, sino que entró en los problemas de sus compañeros de prisión, dándoles su amable simpatía. Incluso en la cárcel encontraba trabajo. Era un siervo de siervos. Dios lo estaba preparando, en la escuela de la aflicción, para una mayor utilidad. Estaba aprendiendo a gobernarse a sí mismo. De una posición de honor y confianza había sido súbitamente rebajado a una de aparente degradación; pero la integridad, la inocencia y la virtud nunca pueden degradarse. La voluntad de Dios había sido su motivo dominante en la prosperidad, y muestra la misma alta consideración por esa voluntad ahora que está encerrado entre los muros de la prisión. Llevaba consigo su religión adondequiera que iba y en cualquier situación en que se encontrara.

Los que aman a Dios tendrán una influencia omnipresente que derramará una fragancia agradecida. Si el hombre cumple fielmente sus deberes dondequiera que esté, se convertirá en un poder para el bien. Dios favoreció a José con el guardián de la prisión, y al fiel José le encomendó el cuidado de todos los prisioneros.

He aquí un ejemplo para todas las generaciones que han de vivir sobre la tierra. Aunque puedan estar expuestos a influencias malignas, siempre deben darse cuenta de que hay una defensa a la mano, y será su propia culpa si no son preservados. Dios será una ayuda presente, y su Espíritu un escudo. Aunque

estén rodeados de las tentaciones más severas, hay una fuente de fortaleza a la cual pueden recurrir y obtener gracia para resistirlas. Cuán feroz fue el ataque contra la moral de José. Venía de una persona influyente, la más propensa a descarriar. Sin embargo, lo resistió con prontitud y firmeza. Sufrió por su integridad; porque la que quería descarriarlo, se vengó de la virtud que no podía subvertir, y por su influencia hizo que lo metieran en la cárcel, acusándolo de un vil agravio. Pero José había puesto su reputación y sus intereses en manos de Dios. Y aunque se le permitió ser afligido por un tiempo, el Señor guardó con seguridad esa reputación que había sido ennegrecida por un malvado acusador, y después, a su debido tiempo, la hizo brillar. Dios hizo que incluso la prisión fuera el camino hacia su elevación. La virtud traerá con el tiempo su propia recompensa. El escudo que cubría el corazón de José era el temor de Dios, que le hizo ser fiel y justo con su amo, y fiel a Dios. Despreciaba la ingratitud que le llevaría a abusar de la confianza de su señor, aunque nunca lo supiera. Invocó la gracia de Dios en su ayuda, y entonces luchó contra el tentador. Dice noblemente: "¿Cómo, pues, podré hacer esta gran maldad, y pecar contra Dios?". Salió vencedor.

En medio de las trampas a las que todos están expuestos, necesitan defensas fuertes y confiables en las cuales apoyarse. Muchos, en esta época corrupta, tienen tan poca provisión de la gracia de Dios, que en muchos casos su defensa se rompe al primer asalto, y las feroces tentaciones los llevan cautivos. El escudo de la gracia puede preservar a todos invictos de las tentaciones del enemigo, aunque estén rodeados de las influencias más corruptoras. Mediante un principio firme y una confianza inquebrantable en Dios, su virtud y nobleza de carácter pueden brillar; y, aunque estén rodeados de maldad, no tienen por qué quedar manchados. Y si, como José, sufren calumnias y falsas acusaciones, la Providencia anulará para bien todas las artimañas del enemigo y, a su debido tiempo, los exaltará tanto más cuanto que durante un tiempo fueron degradados por la malvada venganza.

El papel que desempeñó José en relación con las escenas de la lóbrega prisión, fue el que lo elevó finalmente a la prosperidad y el honor. Dios quiso que adquiriese experiencia mediante tentaciones, adversidades y privaciones, a fin de prepararlo para ocupar una posición exaltada.

(Continuará.)

8 de enero de 1880

Los seguidores de Cristo son la luz del mundo

(Continuación del Vol. 5, No. 47.)

EGW

En la obra de la creación, cuando amaneció el primer día, y los cielos y la tierra, por la llamada del poder infinito, salieron de las tinieblas; sensibles a la luz naciente, "las estrellas de la mañana cantaron juntas, y todos los hijos de Dios gritaron de alegría". En el sol naciente, que doraba las montañas de Judá con sus brillantes rayos, Jesús vio el símbolo de la luz evangélica que sus discípulos proclamarían en la tierra, disipando con sus brillantes rayos la superstición, el error y la tradición, e introduciendo la verdad y la justicia, devolviendo la lealtad a los que habían sido desobedientes a la ley de Dios. Cristo enseñó que toda verdadera bondad y grandeza de carácter, toda paz y alegría en el alma, deben venir a través de la sumisión perfecta y entera a la voluntad de su Padre, que es la más alta ley del deber. Las lecciones relacionadas con su gran comisión, que debían poner en práctica, fueron dadas a los discípulos en esta ocasión. Debían llevar la luz de la verdad al mundo.

La Luz del mundo, el "Sol de justicia", estaba impartiendo sus rayos de luz a sus discípulos, e iluminando sus mentes, barriendo sus tradiciones y requisitos hechos por el hombre, e imponiéndoles los verdaderos principios de la ley de Dios. Les enseñó lecciones que debían poner en práctica para ser las luces del mundo. Les enseñó que debían exhibir en su carácter las gracias de su Espíritu que él declaraba benditas. Instó a sus oyentes a que aceptaran la luz como algo esencial para que recuperaran la vida espiritual. Y para que tuvieran una experiencia sana, saludable y feliz, debían ejercitar las mejores y más nobles facultades del alma. Él quiere que comprendan que si quieren que sus vidas sean agradables y útiles a los demás, deben ser obedientes a los requerimientos de Dios. Él siempre dirige con seguridad, y no nos extraviaremos mientras le sigamos. Cristo dijo: "Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida".

Cristo representa a los discípulos que tienen los atributos que los caracterizan como hijos de Dios, como la luz del mundo. Sin estos atributos no pueden ser la luz del mundo, y no representarían correctamente a Cristo, que es la Luz del mundo. Así como el sol sale de los cielos en su misión de misericordia y amor, y como los rayos dorados del día inundan la bóveda celeste y embellecen los

bosques y las montañas, y despiertan al mundo de su sueño disipando las tinieblas de la noche, así deben salir sus seguidores en su misión. Deben recoger los rayos divinos de luz de la Luz del mundo, y hacerlos brillar en buenas obras sobre aquellos que están en la oscuridad del error. A través del ministerio de sus siervos ordenados, Él lleva adelante su obra a través de todos los tiempos.

El mensaje de luz dado a la multitud reunida en el monte no era sólo para ellos, sino que debía resonar en los oídos de la iglesia a lo largo de toda la línea, a través de sucesivas generaciones, descansando con un peso más solemne sobre los embajadores de Cristo en los últimos días. Los pecadores han de ser convertidos de las tinieblas del error a la luz de la verdad, por la locura de la predicación. El que acepta la luz no debe reclamar ninguna autoridad para sí mismo; pero como mensajero de Dios, con la luz reflejada en él desde la Fuente de la luz, puede reclamar la más alta autoridad.

Dios podría escribir los mensajes de la verdad en el firmamento de los cielos tan fácilmente como colocó las estrellas en su posición. Podría proclamar la verdad y dejar que brillara en el mundo a través de los ángeles visitantes, pero no fue así como lo ordenó. Delegó en sus discípulos el poder de llevar la luz que les comunicaría a todas las partes del mundo. A través de sus embajadores, Dios infunde graciosamente luz al entendimiento y calor a las almas de quienes reconocen el mensaje que envía, llevando la luz a los que están en tinieblas.

Pablo escribe a Timoteo: "Sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, caridad, espíritu, fe y pureza". "Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ellos, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren". El embajador debe ser obediente y fiel en el desempeño de su obra como instrumento de Dios en la salvación de los demás. No puede salvarse a sí mismo si es un siervo infiel. Debe ser la luz del mundo. Debe erigir el estandarte de Cristo en las familias, en los pueblos, en las ciudades y en los corazones de los hombres.

Dios no selecciona ángeles que nunca han caído, sino hombres caídos que han sentido el poder redentor de la gracia de Cristo santificando su propia vida, y los brillantes rayos de la verdad calentando su propio corazón. Como ellos mismos han estado en peligro, están familiarizados con los peligros y dificultades de los demás, y con la manera de llegar a otros en igual peligro.

Dijo Pablo: "Tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros." Esta es la razón por la que los ángeles no fueron escogidos para predicar la verdad. El evangelio fue encomendado a

hombres débiles y descarriados para que Dios tuviera toda la gloria. La supremacía de Dios debe discernirse en el frágil instrumento elegido para proclamar el mensaje de la verdad.

Nuestro Salvador pasó a menudo toda la noche en oración a su Padre, saliendo con el sol naciente para derramar sus rayos de luz sobre el mundo. Con su corazón lleno de compasión por los pobres, los ignorantes y los afligidos, trabajaba para elevar al hombre caído y disipar las tinieblas morales con la luz que él mismo reflejaba.

E. G. White.

(Continuará.)

15 de enero de 1880

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 16-José en Egipto

Continúa.

Mientras José estaba todavía confinado en prisión, ocurrió un acontecimiento que marcó un punto de inflexión en su vida. El faraón se ofendió con dos de sus oficiales, el jefe de los panaderos y el jefe de los coperos, y fueron encarcelados y, según parece, puestos bajo el cuidado especial de José. Una mañana observó que tenían un aspecto muy triste. Les preguntó amablemente: "¿Por qué estáis hoy tan tristes? Y ellos le dijeron: Hemos soñado un sueño, y no hay quien lo interprete. Y José les dijo: ¿No son de Dios las interpretaciones? Os ruego que me las digáis". Entonces el copero relató a José su sueño, que él interpretó, según el cual al cabo de tres días el copero sería restituido al favor del rey, y entregaría la copa del faraón en su mano, como lo había hecho antes.

El jefe de los coperos estaba lleno de gratitud hacia José por el interés que había manifestado por él, y por el amable trato que había recibido de sus manos; y, sobre todo, por aliviar su angustia de espíritu, interpretando el sueño. Entonces José, de una manera muy conmovedora, aludió a su propio cautiverio, y le suplicó: "Pero piensa en mí cuando te vaya bien, y te ruego que muestres bondad hacia mí, y hagas mención de mí ante el Faraón, y me saques de esta casa;

porque en verdad fui robado de la tierra de los hebreos; y aquí tampoco he hecho nada para que me pusieran en un calabozo."

Cuando el jefe de los panaderos vio que la interpretación era buena, se animó a dar a conocer su sueño. En cuanto lo hubo relatado, José puso cara de tristeza. Comprendió su terrible significado. José poseía un corazón bondadoso y compasivo, pero su alto sentido del deber le llevó a dar la interpretación verdadera. Dijo al jefe de los panaderos que los tres cestos sobre su cabeza significaban tres días; y que, como en su sueño, los pájaros comían las carnes cocidas del cesto superior, así comerían su carne mientras él colgaba de un árbol.

"Y aconteció que al tercer día, que era el cumpleaños de Faraón, hizo banquete a todos sus siervos; y levantó la cabeza del jefe de los coperos y del jefe de los panaderos entre sus siervos. Y restituyó al jefe de los coperos a su cargo, y entregó la copa en mano de Faraón; pero ahorcó al jefe de los panaderos, como José les había interpretado. Pero el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que lo olvidó". El copero fue culpable del pecado de ingratitud. Después de haber obtenido alivio de su ansiedad por la interpretación alentadora de José, pensó que, si se le restituía a su posición, ciertamente recordaría al cautivo José, y hablaría en su favor al rey. Había visto cumplirse exactamente la interpretación del sueño, pero en su prosperidad olvidó a José en su aflicción y confinamiento. La ingratitud es considerada por el Señor como uno de los pecados más agravantes. Pero, aunque aborrecida por Dios y por los hombres, es de ocurrencia diaria.

Dos años más permaneció José en su lúgubre prisión. El Señor le dio entonces al faraón sueños sorprendentes. El rey se turbó porque no podía entenderlos. Llamó a los magos y sabios de Egipto y les relató sus sueños, pero se llevó una gran decepción al comprobar que, a pesar de toda su magia y de su presumida sabiduría, no podían explicárselos. La perplejidad y la angustia del rey aumentaron. Al ver el jefe de los coperos su ansiedad, le vino a la mente el pensamiento de José, y al mismo tiempo la convicción de su olvido e ingratitud. "Entonces el jefe de los coperos habló a Faraón, diciendo: Hoy me acuerdo de mis faltas". Luego relató al rey los sueños que él y el jefe de los panaderos habían tenido, los cuales les preocupaban como los sueños que ahora preocupaban al rey, y dijo: "Y estaba allí con nosotros un joven hebreo, criado del capitán de la guardia; y se lo contamos, y él nos interpretó nuestros sueños; a cada uno según su sueño le interpretó. Y aconteció que como él nos interpretó, así fue; a mí me restituyó a mi oficio, y a él lo ahorcó."

Fue humillante para el Faraón rechazar a los magos y sabios de su reino en favor de un siervo hebreo. Pero sus doctos y sabios le han fallado, y ahora condescenderá a aceptar los humildes servicios de un esclavo, si su atribulada mente puede obtener alivio.

"Entonces Faraón envió a llamar a José, y lo sacaron apresuradamente de la mazmorra; y él se afeitó, y se mudó sus vestidos, y entró a Faraón. Y dijo Faraón a José: He soñado un sueño, y no hay quien pueda interpretarlo; y he oído decir de ti que puedes entender un sueño para interpretarlo. Y José respondió a Faraón, diciendo: No está en mí; Dios dará a Faraón una respuesta de paz."

La respuesta de José al rey muestra su firme fe y su humilde confianza en Dios. Modestamente renuncia a todo honor de poseer en sí mismo una sabiduría superior para interpretar. Le dice al rey que su conocimiento no es mayor que el de aquellos a quienes ha consultado. "No está en mí". Sólo Dios puede explicar estos misterios. "Y dijo Faraón a José: En mi sueño, he aquí que yo estaba a la orilla del río, y he aquí que subían del río siete vacas gordas y de buen parecer, y pacían en un prado; y he aquí que otras siete vacas subían tras ellas, pobres y de muy mal parecer y flacas de carnes, como nunca vi en toda la tierra de Egipto por malas. Y las vacas flacas y feas se comieron a las primeras siete vacas gordas; y cuando se las hubieron comido, no se sabía que se las habían comido, sino que seguían siendo feas, como al principio. Y desperté.

"Y vi en mi sueño, y he aquí que siete espigas salían en un tallo, llenas y buenas; y he aquí que siete espigas marchitas, flacas y azotadas por el viento de levante, salían tras ellas; y las espigas flacas devoraban a las siete espigas buenas; y conté esto a los magos, pero no hubo quien me lo declarase.

"Y José dijo a Faraón: El sueño de Faraón es uno. Dios ha mostrado a Faraón lo que va a hacer. Las siete vacas buenas son siete años; y las siete espigas buenas son siete años; el sueño es uno. Y las siete vacas flacas y feas que subieron después de ellas, son siete años; y las siete espigas vacías destruidas por el viento del este, serán siete años de hambre."

José le dijo al rey que habría siete años de gran abundancia. Todo crecería en abundancia. Los campos y los jardines producirían más abundantemente que nunca. Y a estos siete años de abundancia seguirían siete años de hambre. Los años de abundancia se darían para prepararse para la carestía venidera. "Y no se conocerá la abundancia en la tierra a causa del hambre que vendrá, porque será muy grave. Y porque el sueño fue duplicado a Faraón dos veces, es porque

la cosa está establecida por Dios, y Dios la cumplirá en breve. Ahora, pues, busque Faraón un hombre discreto y sabio, y póngalo sobre la tierra de Egipto."

El rey creyó todo lo que José había dicho. Se sintió seguro de que Dios estaba con él, y quedó impresionado por el hecho de que era el hombre más adecuado para ser puesto al frente de los asuntos. No lo despreció porque fuera un esclavo hebreo, pues vio que poseía un espíritu excelente. "Y dijo Faraón a sus siervos: ¿Podremos hallar un hombre como éste, en quien esté el Espíritu de Dios? Y Faraón dijo a José: Por cuanto Dios te ha mostrado todo esto, no hay nadie tan discreto y sabio como tú. Tú estarás sobre mi casa, y conforme a tu palabra será gobernado todo mi pueblo; sólo que en el trono yo seré mayor que tú."

15 de enero de 1880

Los seguidores de Cristo son la luz del mundo

(Continúa.)

EGW

Esa religión que lleva a sus súbditos a encerrarse en muros monásticos, excluyéndose de sus semejantes y no haciendo el bien que podrían, no puede ser la luz del mundo. El mundo no es mejor porque ellos vivan en él, porque no derraman rayos de luz en buenas obras. Viven para sí mismos y no glorifican al Maestro, pues se ocultan de los hombres como si se avergonzaran de la luz que dicen tener.

El "bien hecho" no se dirá a esta clase. Cristo es nuestro ejemplo. Él buscó a los hombres dondequiera que pudo encontrarlos; en casas privadas, en las calles públicas, en las sinagogas, o a la orilla del lago, para poder dejar brillar su luz sobre aquellos que en la oscuridad del error, tanto la necesitaban.

Los mensajeros de Dios deben trabajar como Cristo trabajó. Pueden mirarle con fe esperando que les ayude. No podemos confiar demasiado en él. No podemos estimar demasiado su poder y su voluntad de salvar hasta el extremo a todos los que acudan a él. Los ministros que tratan de enseñar a otros el camino de la vida no conocen el camino ellos mismos. No han recibido de Jesús, la luz del mundo, rayos de luz para iluminar a los demás con buenas obras. No están dispuestos a renunciar a su voluntad y a sus planes y dejarse guiar por la mano divina, y conectarse así con el Señor de la luz para no caminar en las tinieblas. Muchos

no se niegan a sí mismos y levantan la cruz y siguen a Jesús. El ha dicho "El que me sigue no andará en tinieblas".

Cuando el alma es iluminada por el Espíritu de Dios, todo el carácter se eleva, las concepciones mentales se amplían, y los afectos, que ya no se centran en el yo, resplandecen en buenas obras para los demás, atrayéndolos a la belleza y al resplandor de la gloria de Cristo.

El querido Salvador amaba a sus discípulos. Su propio corazón estaba afligido y herido por la desilusión que experimentarían en un futuro próximo, pues sabía que sus pasos se encaminaban ya por la senda del Calvario. Buscaba oportunidades para hablar con ellos a solas, sin que los celosos ojos de los fariseos estuvieran sobre ellos. Les hablaría claramente de las pruebas que debían soportar por amor de su nombre. Su valor físico y moral debía soportar una dura prueba y él los prepararía para la prueba. Las lecciones que les daba eran de carácter positivo y exigente. Podía hacer que sus discursos fueran terriblemente impresionantes. Dijo: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos". Quería hacerles comprender que, a menos que se guardaran, las formas externas y una ronda de ceremonias ocuparían el lugar de la obra interior de la gracia de Dios en el corazón. No serían justificados los observantes de la ley, sino los hacedores de la voluntad de nuestro Padre que está en los cielos.

Dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pues ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiera su alma? o ¿qué dará el hombre a cambio de su alma? Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus santos ángeles; y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras." Aquellos maestros que ignoran las obras y enseñan que todo lo que hay que hacer es creer en Cristo, son reprendidos por el Salvador del mundo. La fe se perfecciona con las obras. De los servidores de Mammón nos vendrá el grito: Sois demasiado exigentes; no podemos salvarnos por las obras. ¿Fue Cristo exigente? Él puso la salvación del hombre, no en su creencia, no en su profesión, sino en su fe hecha perfecta por sus obras. A los seguidores de Cristo se les exigía hacer, y no sólo decir. Los principios son siempre exigentes. Nuestro país exige de padres y madres, sus hijos, los hermanos, los esposos, que se entreguen, que abandonen sus hogares para ir al campo de la carnicería y el derramamiento de sangre. Deben ir y enfrentarse al peligro, soportar las privaciones y el hambre, el cansancio y la soledad; deben hacer largas marchas, cansados y agotados, a través del calor del verano y del frío del invierno; corren

el riesgo de perder la vida. Se ven obligados a seguir al comandante. A veces ni siquiera tienen tiempo para comer. Y toda esta severa experiencia es consecuencia del pecado. Hay un enemigo al que enfrentarse, un enemigo al que resistir; los enemigos de nuestro país destruirán su paz y traerán el desastre y la ruina, a menos que se les haga retroceder y se les rechace. Conquistar o morir es el lema.

Así sucede en la guerra cristiana. Tenemos un enemigo al que debemos enfrentarnos, que está vigilante; que no baja la guardia ni un momento. Los reclamos de nuestro país no son más altos que los reclamos de Dios. Si nuestros soldados soportan dificultades y pruebas luchando en nombre del país para obtener el dominio y llevar a la obediencia a los rebeldes, cuánto más dispuestos deberían estar los soldados de Cristo a soportar privaciones, negarse a sí mismos y cualquier tributo por causa de Cristo. El capitán de nuestra salvación se perfeccionó mediante el sufrimiento para poder traer muchos hijos e hijas al Señor. Estamos bajo el estandarte manchado de sangre de la cruz de Cristo. Debemos enfrentarnos a Satanás y a sus huestes. Debemos vencer en el nombre de Jesús o ser vencidos. Armados con la mente de Cristo seremos más que vencedores. Como fieles soldados de la cruz no debemos luchar contra principados y potestades, sino contra la maldad espiritual en las alturas. No hay descanso en esta guerra, no hay liberación. La obediencia y la fe deben caracterizarnos como siervos de Cristo. Nuestro Redentor expuso ante sus discípulos que debía ir a Jerusalén y padecer mucho de los sumos sacerdotes y de los ancianos, y ser muerto y resucitar de entre los muertos al tercer día. Ya estaba bajo la sombra de la cruz. Comprendía plenamente la gran obra que había venido a realizar, y quería que sus discípulos comprendieran la grandeza de esta obra y las responsabilidades que recaerían sobre ellos en el cumplimiento de su deber de llevar adelante su obra cuando él los dejara. La grandeza y la gloria de la vida futura están en los pensamientos y sentimientos que ejercitan las mentes de los discípulos mientras escuchan las palabras pronunciadas por el gran Maestro. Si los ministros de Cristo, que tratan de enseñar la verdad a otros, miraran constantemente a Jesús como a un amigo probado, creyendo en él que aliviará sus necesidades y que tendrán su simpatía y apoyo, encontrarían la bienaventuranza y el gozo que sólo pueden venir de la Luz del mundo.

Esta luz, al brillar sobre el hombre, aviva las capacidades paralizadas, enciende hasta la llama la vida espiritual. Es la obra de Cristo iluminar, elevar al hombre, oscurecido y degradado, porque es esclavo del pecado, y convertirlo en un compañero idóneo de los santos ángeles en lo más alto de los Cielos. Llama a los hombres a llevar adelante su obra, no sólo con palabras de elocuencia y

oratoria, sino dejando que su luz brille para los demás con buenas obras. El amor que Cristo mostró por el hombre caído es la cadena de oro que une el corazón creyente con el corazón de Cristo. Los cristianos conectados con él, responden a sus reclamos de servicio voluntario para amar y trabajar por las almas por las que murió.

La oración, la oración ferviente y humilde, ofrecida con fe en medio de las horas de oscuridad y penumbra, trae luz del Cielo al alma. La paz llega a cada corazón por cada oración ofrecida con fe. El alma se eleva por encima de las nubes de las tinieblas y del error, de los conflictos y de la pasión. La luz, la preciosa luz, destella desde el trono de Dios, y está preparando al débil hombre para convertirse en mensajero de Dios para iluminar al mundo. Las pruebas soportadas pacientemente, las bendiciones recibidas con gratitud, las tentaciones resistidas varonilmente, la mansedumbre, la bondad, la misericordia y el amor exhibidos, son las luces que brillan en el carácter ante el mundo, revelando el contraste con las tinieblas que provienen del egoísmo y la pasión desenfrenada del corazón natural, en el cual la luz de la vida nunca ha brillado.

En cada gran reunión del pueblo, los discípulos de Cristo anticipaban que había llegado el momento de que comenzara su reinado como Príncipe sobre el trono de David.

Mientras presenciaban día a día su poder en obras que ningún otro hombre había hecho ni podría hacer jamás, mantenían activa en sus corazones la esperanza de que un día los sorprendería con una abierta declaración de su autoridad real. No renunciaban completamente a la idea de que su reino terrenal sería establecido, el yugo romano sería roto de sus cuellos, y disfrutarían con él de gran honor y gloria. Este sermón de la montaña defraudó sus expectativas de gloria terrenal. En esta ocasión, Cristo reveló más claramente el carácter de su reino y los principios que debían regirlo, expuestos en las bienaventuranzas. Mateo 5. En este discurso se plasmaron los principios de la ley moral, estableciendo de una vez toda la suma y sustancia del plan de la verdadera religión al especificar la clase de caracteres que serían esenciales para los súbditos de su reino.

El que hace la verdad viene a la luz para que sus obras se manifiesten que son obradas en Dios, mientras que muchos que tienen una forma de piedad y no el poder, pueden contentarse con hablar la verdad en un espíritu de contención, entablando controversia, hablando largo y tendido en un espíritu amargo. Los tales no reflejan ninguna luz, mientras que el siervo de Dios que ha encendido su vela del altar divino y está obedeciendo la verdad, es un representante

viviente, caminante y activo del poder de la verdad sobre el corazón. Es una epístola viviente conocida y leída por todos los hombres. Una vida así es la luz del mundo; Jesús no se avergüenza de llamarlos hermanos. Dirá de ellos como de Natanael: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño".

Los que obedecen los mandamientos de Dios son representados aquí por Cristo como los súbditos idóneos de su reino. Bienaventurados los pobres de espíritu, que sienten que todas sus esperanzas del Cielo y de la felicidad dependen enteramente del mérito de Cristo, que no hay mérito ni valor en ellos. Bienaventurados los que lloran su propia falta de semejanza con Cristo, lloran su propia pecaminosidad y se afligen por los pecados de sus prójimos.

Estos son representados por el profeta de Dios como los que suspiran y lloran a causa de las abominaciones hechas en la tierra. Bienaventurados los mansos. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. Bienaventurados los misericordiosos y los limpios de corazón, y dichosos los pacificadores. Bienaventurados los que padecerán persecución, porque aprecian y ejemplifican en su vida estos atributos celestiales, pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

¡Jesús rezó! ¡La majestad del Cielo oró! Lloró en favor del hombre. La oración, la oración fiel y sincera, moverá el brazo que mueve al mundo. El ministro de Cristo debe orar si quiere recibir el refrigerio de la presencia de Dios. La iglesia debe orar mucho si quiere andar en la luz, como él está en la luz.

Sra. E. G. White

22 de enero de 1880

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 16-José en Egipto

Continúa.

Aunque José fue exaltado como gobernante de toda la tierra, no se olvidó de Dios. La idea de que era extranjero en tierra extraña, separado de su padre y de sus hermanos, a menudo le causaba tristeza, pero creía plenamente que la mano de Dios había anulado su curso, para colocarlo en una posición importante. Y

dependiendo continuamente de Dios, cumplió con fidelidad todos los deberes de su cargo, como gobernante sobre la tierra de Egipto. "Y en los siete años de abundancia la tierra produjo a puñados. Y recogió todo el alimento de los siete años que hubo en la tierra de Egipto, y guardó el alimento en las ciudades, el alimento del campo que estaba alrededor de cada ciudad, guardólo en ellas. Y juntó José grano como la arena del mar, mucho, hasta no contar; porque no tenía número."

José viajó por toda la tierra de Egipto, dando órdenes de construir inmensos almacenes, y utilizando su lúcida cabeza y excelente juicio para ayudar en los preparativos para asegurar los alimentos necesarios para los largos años de hambruna. Por fin terminaron los siete años de abundancia. "Y comenzaron a venir los siete años de escasez, como José había dicho; y la escasez fue en todas las tierras; pero en toda la tierra de Egipto hubo pan. Y cuando toda la tierra de Egipto estaba hambrienta, el pueblo clamó a Faraón por pan. Y dijo Faraón a todos los egipcios: Id a José; lo que él os dijere, hacedlo. Y el hambre se extendió sobre toda la faz de la tierra, y José abrió todos los almacenes, y vendió a los egipcios; y el hambre creció en la tierra de Egipto."

La hambruna fue severa también en la tierra de Canaán. Jacob y sus hijos estaban preocupados. Su provisión de alimentos estaba casi agotada, y miraban al futuro con perplejidad. El hambre los acechaba. Al fin Jacob se enteró de las maravillosas provisiones que había hecho el rey de Egipto, y de que la gente de todos los países vecinos viajaba a Egipto para comprar maíz. Y dijo a sus hijos: "He aquí, he oído que hay trigo en Egipto. Bajad allá y comprad para nosotros, para que vivamos y no muramos. Y los diez hermanos de José bajaron a comprar trigo a Egipto. Pero a Benjamín, hermano de José, Jacob no lo envió con sus hermanos, porque dijo: No sea que le suceda algún mal."

Los hijos de Jacob vinieron con la multitud de compradores a comprar maíz a José; y "se postraron ante él con el rostro en tierra". Él los reconoció de inmediato, pero ellos no lo reconocieron a él. Había, en efecto, poca semejanza entre el poderoso gobernador de Egipto y el muchacho a quien, veintidós años antes, habían vendido a los ismaelitas. Al ver a sus hermanos inclinarse y hacer su reverencia, sus sueños volvieron a su memoria, y las escenas del pasado se presentaron vívidamente ante él. Su aguda vista volvió a examinar el grupo que tenía delante, y vio que Benjamín había desaparecido. ¿Había sido él también víctima de la crueldad traicionera de aquellos hombres salvajes? Decidió saber la verdad. "Sois espías", dijo, "para ver la desnudez de la tierra, habéis venido".

Ellos respondieron: "No, señor mío, sino para comprar alimentos han venido tus siervos. Todos somos hijos de un solo hombre; somos hombres de verdad; tus siervos no son espías". Deseaba saber si poseían el mismo espíritu altivo que cuando estaba con ellos, y también inducirles a hacer algunas revelaciones respecto a su casa, aunque bien sabía cuán engañosas podían ser sus respuestas. Repitió la acusación, y ellos replicaron: "Tus siervos son doce hermanos, hijos de un solo hombre en la tierra de Canaán; y he aquí que el menor está aún con nuestro padre, y uno no." Se sintieron humillados en su adversidad, y manifestaron más pena que cólera ante las sospechas de José. Éste declaró dudar de la veracidad de su historia, y les dijo que las probaría, y que no debían salir de Egipto hasta que su hermano menor llegase aquí. Propuso mantenerlos en confinamiento hasta que uno fuera y trajera a su hermano, para probar sus palabras, si había algo de verdad en ellas. Si no consentían en ello, los consideraría espías.

Los hijos de Jacob no estaban dispuestos a aceptar este arreglo. Se necesitaría algún tiempo para que uno de ellos fuera a buscar a Benjamín a su padre, y mientras tanto sus familias sufrirían por la comida. ¿Y quién de ellos emprendería el viaje solo, dejando a sus hermanos en prisión? ¿Cómo podría encontrarse con su padre? Habían visto su angustia por la supuesta muerte de José, y ahora se sentiría privado de todos sus hijos. Dijeron, además: Puede ser que perdamos la vida, o que seamos hechos esclavos. Y si alguno vuelve a nuestro padre por Benjamín, y lo trae aquí, él también puede ser hecho esclavo, y nuestro padre seguramente morirá. Decidieron que todos se quedarían y sufrirían juntos, antes que causar mayor dolor a su padre por la pérdida de su amado Benjamín.

Los tres días de confinamiento fueron días de amargo dolor para los hijos de Jacob. Reflexionaron sobre su mala conducta en el pasado, especialmente sobre su crueldad hacia José. Sabían que si eran declarados culpables de ser espías, y no podían presentar pruebas que los exculparan, todos ellos debían morir o convertirse en esclavos. Dudaban de que cualquier esfuerzo que alguno de ellos pudiera hacer induciría a su padre a consentir que Benjamín se alejara de él, después de la cruel muerte que suponía había sufrido José. Habían vendido a José como esclavo, y temían que Dios quisiera castigarlos sufriendo ellos también la esclavitud.

José considera que su padre y las familias de sus hermanos pueden estar sufriendo por comida, y está convencido de que sus hermanos se han arrepentido del trato cruel que le dieron, y que en ningún caso tratarían a

Benjamín como lo han tratado a él. Al tercer día les dijo: "Haced esto y vivid, porque temo a Dios. Si sois hombres de verdad, dejad que uno de vuestros hermanos sea atado en la casa de vuestra prisión; id, llevad grano para el hambre de vuestras casas. Pero traedme a vuestro hermano menor; así se verificarán vuestras palabras, y no moriréis." Estuvieron de acuerdo en aceptar esta proposición, pero se expresaron unos a otros pocas esperanzas de que su padre permitiese a Benjamín volver con ellos. Se acusan a sí mismos, y unos a otros, con respecto al trato que dieron a José: "Verdaderamente somos culpables en cuanto a nuestro hermano, en que vimos la angustia de su alma, cuando nos rogaba, y no quisimos oírle; por eso nos ha sobrevenido esta angustia." Rubén, que había trazado el plan para entregarlo en Dotán, añadió ahora: "¿No os hablé yo, diciendo: No pequéis contra el niño, y no quisisteis oír? por tanto, he aquí, también su sangre es requerida." José había estado conversando con ellos por medio de un intérprete, y ellos no sospechaban que les entendía. Sus palabras abrieron las fuentes largamente cerradas de su corazón, y apenas pudo contener sus sentimientos ante la compañía. Salió y lloró. Al regresar, tomó a Simeón y lo hizo atar ante ellos. En el cruel tratamiento de su hermano, Simeón había sido el instigador y el principal actor, y fue por esta razón que la elección recayó sobre él.

Antes de despedir a sus hermanos para que regresaran a sus hogares, José ordenó a su mayordomo que llenara de grano el saco de cada uno y que colocara en la boca de cada uno la plata que se había traído como pago. También se suministró provisiones para los animales en el viaje de regreso. En el camino, uno de los hermanos, al abrir su saco para recibir la provisión, se sorprendió al encontrar allí su dinero. Cuando se apresuró a comunicarlo a los demás, éstos, alarmados y perplejos, se decían unos a otros: ¿Qué es esto que Dios ha hecho con nosotros? ¿Debemos considerar esto como una señal de bondad del Señor, o ha permitido que ocurra para castigarnos por nuestros pecados y hundirnos aún más en la aflicción? Reconocieron que Dios había visto sus pecados y que ahora los visitaba por sus transgresiones.

Jacob esperaba ansiosamente el regreso de sus hijos, y a su llegada todo el campamento se reunió ansiosamente en torno a ellos mientras relataban a su padre todo lo que había sucedido. La alarma y la aprensión llenaban todos los corazones. Uno de ellos había sido encarcelado en tierra extraña como prenda por la aparición del hijo menor y ahora favorito del afligido patriarca. Había algo misterioso en la conducta del gobernador de Egipto, y este misterio aumentó en sus mentes cuando, al vaciar sus sacos, se encontró que cada uno contenía en su boca la bolsa de dinero del dueño. En su angustia, el anciano

padre exclamó: "Me habéis despojado de mis hijos; José no está, y Simeón tampoco, y os llevaréis a Benjamín. Todo esto es contra mí". Rubén respondió: "Mata a mis dos hijos si no te lo traigo; entrégalo en mi mano y te lo volveré a traer." Este discurso temerario no alivió la mente de Jacob. Su respuesta fue: "Mi hijo no descenderá contigo, pues su hermano ha muerto y él ha quedado solo. Si le ocurriere algún mal por el camino por donde vais, entonces haréis descender mis canas con dolor a la tumba."

29 de enero de 1880

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 16-José en Egipto

Continúa.

La sequía continuaba en la tierra de Canaán; y, a medida que pasaba el tiempo, el grano que se había traído de Egipto se consumía. Los hijos de Jacob sabían muy bien lo inútil e incluso peligroso que sería presentarse, sin Benjamín, ante el primer ministro de Egipto; sabían también lo desesperado que debía ser cualquier esfuerzo por cambiar la resolución de su padre, y esperaron el desenlace en silencio. El anciano vio los rostros de todos en el campamento palidecer y adelgazar de hambre; oyó los gritos de los niños pidiendo pan; y al fin dijo: "Id otra vez, compradnos un poco de comida."

Judá respondió: "El hombre nos protestó solemnemente, diciendo: No veréis mi rostro, a menos que vuestro hermano esté con vosotros. Si envías a nuestro hermano con nosotros, bajaremos a comprarte comida; pero si no lo envías, no bajaremos, porque el hombre nos dijo: No veréis mi rostro si vuestro hermano no está con vosotros." Viendo que la resolución de su padre estaba cediendo, añadió: Envía al muchacho conmigo, y nos levantaremos e iremos; para que vivamos y no muramos, tanto nosotros como tú, y también nuestros pequeños; y se ofreció a ser fiador de su hermano, y a tomar sobre sí la culpa del padre para siempre si no le devolvía a Benjamín.

Jacob ya no pudo negar su consentimiento y ordenó a sus hijos que se prepararan para el viaje. Debían llevar al gobernante un presente de las cosas que el país indigente ofrecía, un poco de bálsamo, y un poco de miel, especias, mirra, nueces y almendras, también "dinero doble" en sus sacos, el que antes se

devolvía, y algo para la compra presente. "Toma también a tu hermano, y levántate, ve de nuevo al hombre".

Cuando sus hijos estaban a punto de emprender su dudoso viaje, el anciano padre se levantó y, poniéndose en medio de ellos, alzó las manos al cielo y pronunció sobre ellos una graciosa bendición: "Y Dios Todopoderoso os dé misericordia ante el hombre para que despida a vuestro otro hermano, y a Benjamín. Si me despojan de mis hijos, me despojan".

Bajaron de nuevo a Egipto y se presentaron ante José. Al contemplar a Benjamín, de quien había estado separado tanto tiempo, se sintió profundamente conmovido. Sin embargo, no dio ninguna señal de reconocimiento, sino que ordenó al jefe de su casa que los llevara a su residencia principesca y preparara allí un agasajo. Esto los alarmó mucho, pues temían que fuera para pedirles cuentas por el dinero encontrado en sus sacos. Pensaron que podía haber sido colocado allí intencionadamente, para darles ocasión de hacerlos esclavos, y que los habían traído al palacio del gobernador mejor para lograr este objetivo. Buscaron al mayordomo de la casa, le contaron las circunstancias y, en prueba de su inocencia, le informaron de que habían traído el dinero encontrado en sus sacos, además de otro dinero para comprar comida; y añadieron: "No podemos decir quién puso el dinero en nuestros sacos."

El hombre respondió: "Paz a ti; no temas; tu Dios, y el Dios de tu padre, te ha dado un tesoro en tus sacos. Yo tenía vuestro dinero". Estas palabras aliviaron su ansiedad, y cuando Simeón, que había sido liberado de la prisión, se unió a ellos, sintieron que Dios era realmente misericordioso con ellos, como su padre había suplicado que lo fuera.

Cuando el gobernador llegó a casa, le ofrecieron sus regalos, haciendo ante él la reverencia acostumbrada. De nuevo sus sueños acudieron a su mente. Había habido uno que incluía a su padre; y ahora, después de los saludos habituales a sus invitados, se apresuró a preguntar: "¿Está bien vuestro padre, el anciano del que habéis hablado? ¿Aún vive?" "Tu siervo nuestro padre goza de buena salud, aún vive", fue la respuesta, acompañada de otra reverencia. Luego su mirada se posó en Benjamín, el hijo de su propia madre, y como para cerciorarse del asunto preguntó: "¿Es éste tu hermano menor, del que me hablaste? Pero, dominado por sentimientos de ternura, no pudo decir más sin traicionar su emoción. Se apresuró a ir a su habitación privada, y allí encontró alivio en las lágrimas.

Una vez recobrada la compostura y eliminado todo rastro de lágrimas, regresó y ordenó que se preparara el banquete. Entre los egipcios, la casta era muy estricta, y nunca comían con la gente de otra nación. Por eso se pusieron mesas separadas para ellos, otra para los hermanos de José y otra para el gobernador del reino. Cuando se sentaron a la mesa, sus hermanos se sorprendieron al ver que estaban colocados en orden exacto, el mayor en primer lugar y el menor en último, como era costumbre cuando se conocían sus edades. José envió una ración de comida a cada uno, siendo la de Benjamín cinco veces mayor que la de los demás. Hizo esto, no sólo para mostrar su particular consideración por Benjamín, sino para probar a sus hermanos, para ver si consideraban a su hermano menor con los mismos sentimientos de envidia y odio que habían manifestado hacia sí mismo. Aun suponiendo que José no entendiera su lengua, ellos conversaban libremente entre sí en su presencia, por lo que tuvo una buena oportunidad de conocer el verdadero estado de sus sentimientos.

Sin embargo, deseaba más pruebas. No había excusa para retenerlos más tiempo y, tras ordenar a su mayordomo que ocultara la copa de plata en el saco del más joven, los dejó marchar.

Con alegría emprendieron el viaje de regreso. Simeón estaba con ellos, sus sacos estaban llenos de grano y pensaban que habían escapado sanos y salvos de los peligros que parecían rodearlos. Pero apenas habían llegado a las afueras de la ciudad cuando fueron alcanzados por el mayordomo del gobernador, quien les preguntó mordazmente: "¿Por qué habéis pagado mal por bien? ¿No es esto lo que bebe mi señor, y por lo que, en efecto, adivina? Habéis hecho mal al hacerlo". Los reyes y los gobernantes tenían una copa de la que bebían, que se consideraba un detective seguro si se ponía alguna sustancia venenosa en su bebida. A la acusación del mayordomo, los viajeros respondieron: "¿Por qué dice mi señor estas palabras? No quiera Dios que tus siervos hagan tal cosa. He aquí, el dinero que encontramos en la boca de nuestros sacos, te lo trajimos de la tierra de Canaán; ¿cómo, pues, habríamos de robar de la casa de tu señor plata u oro? Con cualquiera de tus siervos que se halle, ambos mueran, y nosotros también seremos siervos de mi señor."

El mayordomo dijo: "Ahora también será según tus palabras; aquel con quien se encuentre será mi siervo y vosotros seréis irreprehensibles."

La búsqueda comenzó inmediatamente. Los sacos se colocaron en el suelo y el mayordomo los examinó todos, empezando por el de Rubén y bajando hasta el saco del más joven. La copa estaba en el saco de Benjamín.

Ante este descubrimiento, todos enmudecieron. Para expresar su total desdicha se rasgaron las vestiduras, como era costumbre en los momentos de profunda aflicción. Mientras regresaban tristemente a la ciudad, sintieron que la mano de Dios estaba contra ellos por su maldad pasada. Los temores de su padre, pensaron, se realizarían ahora plenamente. Por su propia promesa, Benjamín estaba condenado a una vida de esclavitud".

Siguieron al mayordomo hasta el palacio y, al encontrar al primer ministro todavía allí, se postraron ante él en el suelo. "¿Qué es esto que habéis hecho?", les dijo. "¿No sabéis que un hombre como yo puede adivinar con certeza? José hizo esta pregunta para obtener de sus hermanos un reconocimiento de su mala conducta pasada, para que sus verdaderos sentimientos pudieran revelarse más plenamente. No pretendía tener ningún poder de adivinación, pero deseaba que sus hermanos creyeran que podía leer los actos secretos de sus vidas. Judá respondió: "¿Qué diremos a mi señor, qué diremos, o cómo nos exculparemos? Dios ha descubierto la iniquidad de tus siervos. He aquí que somos siervos de mi señor, tanto nosotros como aquel en quien se ha hallado la copa". La respuesta fue: Dios me libre de hacerlo; pero el hombre en cuya mano se halle la copa, ése será mi siervo; y en cuanto a vosotros, subid en paz a vuestro padre."

En su intensa angustia, Judá se acercó ahora al gobernante y exclamó: "Señor mío, te ruego que permitas que tu siervo diga una palabra a oídos de mi Señor, y que no arda tu ira contra tu siervo; porque tú eres como Faraón"; y le relató la renuencia de su padre a permitir que Benjamín fuera con ellos a Egipto, el profundo dolor del padre por la pérdida de José, y que Benjamín era todo lo que quedaba de la madre a quien Jacob amaba. "Ahora, pues, cuando yo llegue a tu siervo mi padre, y el muchacho no esté con nosotros (viendo que su vida está ligada a la vida del muchacho), sucederá que cuando él vea que el muchacho no está con nosotros, morirá; y tus siervos harán descender las canas de tu siervo nuestro padre con dolor hasta el sepulcro. Porque tu siervo se hizo fiador del muchacho ante mi padre, diciendo: Si no te lo traigo, yo cargaré con la culpa de mi padre para siempre. Ahora, pues, te ruego que en lugar del muchacho quede tu siervo como siervo de mi señor, y que el muchacho suba con sus hermanos. Porque ¿cómo subiré yo a mi padre, si el muchacho no está conmigo? no sea que por aventura vea el mal que sobreviene a mi padre."

José estaba satisfecho. Había probado a sus hermanos y había visto en ellos los frutos del verdadero arrepentimiento de sus pecados. Estaba tan profundamente afectado que ya no pudo ocultar sus sentimientos, y dio orden de que todos, excepto aquellos hombres, abandonaran la sala; entonces lloró en voz alta y

exclamó: "Yo soy José; ¿vive aún mi padre?". Sus hermanos no pudieron responderle, por la sorpresa y el terror. No podían darse cuenta de que el soberano de Egipto era su hermano José, a quien habían envidiado y hubieran querido asesinar, pero que finalmente se contentaron con vender como esclavo. Todos los malos tratos que le habían infligido pasaron ante ellos. Recordaron cómo habían despreciado sus sueños y se habían esforzado por impedir que se cumplieran. Sin embargo, habían desempeñado su papel en el cumplimiento de esos sueños, y ahora estaban ante él condenados y asombrados. Al ver José la confusión, les dijo: "Acérquense a mí, les ruego"; y ellos se acercaron. Y él les dijo: "Yo soy José, vuestro hermano, a quien vendisteis a Egipto. Ahora, pues, no os entristezcáis ni os enojéis porque me hayáis vendido aquí, pues Dios me envió delante de vosotros para preservaros la vida." Noblemente trató de hacer esta ocasión lo más fácil posible para sus hermanos. No deseaba aumentar su vergüenza censurándolos. Consideraba que ya habían sufrido bastante por su crueldad hacia él, y se esforzó por consolarlos. Continuó: "Durante estos dos años ha habido hambre en la tierra; y aún quedan cinco años en los que no habrá ni espigas ni siega. Y Dios me envió delante de vosotros para preservaros una posteridad en la tierra, y para salvar vuestras vidas mediante una gran liberación. Ahora, pues, no fuisteis vosotros los que me enviasteis aquí, sino Dios; y él me ha hecho padre de Faraón, y señor de toda su casa, y gobernante en toda la tierra de Egipto. Daos prisa, subid a mi padre y decidle: Así dice tu hijo José: Dios me ha hecho señor de todo Egipto. Desciende a mí, no te detengas. Y habitarás en la tierra de Gosén, y estarás cerca de mí, tú, y tus hijos, y los hijos de tus hijos, y tus ovejas, y tus vacas, y todo lo que tienes. Y allí te alimentaré, porque aún hay cinco años de hambre; no sea que tú y tu casa, y todo lo que tienes, lleguéis a la pobreza. Y he aquí, vuestros ojos ven, y los ojos de mi hermano Benjamín, que es mi boca la que os habla. Y contaréis a mi padre toda mi gloria en Egipto, y todo lo que habéis visto; y os apresuraréis a hacer descender aquí a mi padre. Y echándose sobre el cuello de su hermano Benjamín, lloró; y Benjamín lloró sobre su cuello. Además besó a todos sus hermanos, y lloró sobre ellos; y después de esto sus hermanos hablaron con él."

Confesaron humildemente los agravios que habían cometido contra José y le suplicaron su perdón. Se alegraron mucho al saber que estaba vivo, pues habían sufrido la más aguda ansiedad y remordimiento desde su crueldad hacia él. José perdonó de buen grado a sus hermanos, y los despidió abundantemente provistos de provisiones, carruajes y todo lo necesario para el traslado de todas sus familias y acompañantes a Egipto. A Benjamín le hizo regalos más valiosos que a sus otros hermanos. Luego, temiendo que surgieran disputas y divisiones

entre ellos en el viaje de regreso, les dio, cuando estaban a punto de dejarlo, el significativo encargo: "Mirad que no caigáis por el camino".

5 de febrero de 1880

La gran controversia entre Cristo y sus ángeles y Satanás y sus ángeles

EGW

Capítulo 16-José en Egipto.

Concluido.

Los hijos de Jacob volvieron a su padre con la alegre noticia: "José vive aún, y es gobernador de toda la tierra de Egipto". Al principio el anciano se sintió abrumado; no podía creer lo que oía, y sus palabras le produjeron un desvanecimiento en el corazón. Pero cuando vio los carruajes y la larga fila de animales cargados, y cuando Benjamín estuvo a su lado una vez más, se sintió reconfortado, y, en la plenitud de su alegría, exclamó. "Es suficiente; José, mi hijo, aún vive. Iré a verlo antes de morir". Los hermanos hicieron entonces su humillante confesión a su padre, y le suplicaron perdón, por el mal trato que habían dispensado a José. Jacob no había sospechado que fueran tan crueles, pero vio que Dios había anulado todo para bien, y perdonó y bendijo a sus hijos descarriados.

Jacob y sus hijos, con sus familias y numerosos acompañantes, pronto se pusieron en camino hacia Egipto. Con alegría de corazón prosiguieron su viaje, y cuando llegaron a Beerseba, el anciano patriarca ofreció sacrificios de gratitud y suplicó al Señor que les concediera la seguridad de que iría con ellos. En una visión nocturna llegaron a Jacob las palabras divinas: "No temas descender a Egipto, porque allí haré de ti una gran nación. Yo descenderé contigo a Egipto, y también te haré subir; y José pondrá su mano sobre tus ojos."

El encuentro de José y su padre fue muy afectivo. José dejó su carro, y corrió al encuentro de su padre a pie, y lo abrazó, y lloraron el uno por el otro. "E Israel dijo a José: Muera yo ahora que he visto tu rostro, porque aún vives".

José llevó a cinco de sus hermanos para presentarlos al Faraón y recibir de él una concesión de tierras para su futuro hogar. No deseaba que se expusieran a las tentaciones que debían rodearlos si se dedicaban al servicio especial del rey, en medio de las influencias corruptoras e idólatras de la corte; por eso les

aconsejó que, cuando el rey les preguntara por su ocupación, le dijeran francamente que eran pastores. El monarca, al enterarse de este hecho, no trataría de exaltarlos a alguna posición honorable por causa de José; pues la ocupación de pastor era considerada en Egipto como degradante. Cuando fueron llevados ante el Faraón, siguieron el sabio consejo de su hermano temeroso de Dios; y el rey dio permiso a José para establecer a su padre y a sus hermanos en la mejor parte de la tierra de Egipto. Eligió Gosén, un país fértil y bien regado, que ofrecía buenos pastos para sus rebaños. Allí, además, podían adorar a Dios sin ser molestados por las ceremonias propias del servicio idólatra de los egipcios. El país alrededor de Gosén fue habitado por los israelitas, hasta que con poder y poderosas señales y maravillas, Dios sacó a su pueblo de Egipto.

Poco después de su llegada a Egipto, José llevó también a su padre para presentarlo al faraón. El patriarca no se dejó impresionar por la pompa de la realeza ni por la magnificencia que lo rodeaba. En medio de las sublimes escenas de la naturaleza había comulgado con un monarca más poderoso; y ahora, en consciente superioridad, levantó las manos y bendijo al Faraón. El rey, impresionado por su venerable aspecto, preguntó: "¿Cuántos años tienes?". Jacob respondió: "Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años. Pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no han llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación." Jacob había visto muchos problemas y sufrido mucha perplejidad. Los celos de sus esposas le habían acarreado una larga serie de males, y el curso pecaminoso de algunos de sus hijos había amargado mucho la vida del padre. Pero sus últimos años fueron más pacíficos. Sus hijos se habían apartado de sus malos caminos, José le había sido devuelto y, rodeado de todas las comodidades que el primer ministro de Egipto podía concederle, y en compañía de sus hijos, descendió suave y tranquilamente hacia la tumba.

Poco antes de su muerte, sus hijos se reunieron a su alrededor para recibir su bendición y escuchar sus últimas palabras de consejo. Cuando se dirigió a ellos por última vez, el Espíritu de Dios se posó sobre él y les expuso sus vidas pasadas, además de pronunciar profecías que se extendían hacia el futuro. Comenzando por el mayor, mencionó a sus hijos por nombre, presentando ante los que habían seguido un curso pecaminoso la luz en que Dios consideraba sus actos de violencia, y que los visitaría por sus pecados. Rubén no había tomado parte en la venta de José, pero antes de esa transacción había pecado gravemente. Con respecto a él, Jacob pronunció la siguiente profecía: "Rubén, tú eres mi primogénito, mi fuerza y el principio de mi fortaleza, la excelencia

de la dignidad y la excelencia del poder; inestable como el agua, no sobresaldrás.

Luego profetizó con respecto a Simeón y Leví, que habían practicado el engaño a los siquemitas, y luego, de la manera más cruel y vengativa, los destruyó. Estos hermanos eran también los más culpables en el caso de José. "Simeón y Leví son hermanos; instrumentos de crueldad hay en sus habitaciones. Oh alma mía, no entres en su secreto; a su asamblea, honor mío, no te unas; porque en su ira mataron a un hombre, y en su egoísmo derribaron un muro. Maldito sea su furor, porque fue feroz; y su ira, porque fue cruel. Los dividiré en Jacob y los dispersaré en Israel".

Con respecto a Judá, las palabras de inspiración del padre fueron más gozosas. Su ojo profético miraba cientos de años hacia el futuro, hasta el nacimiento de Cristo, y dijo: "No se apartará el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos."

Jacob predijo un futuro alegre para la mayoría de sus hijos. Especialmente para José pronunció palabras elocuentes de carácter feliz: "José es una rama fructífera, una rama fructífera junto a un pozo, cuyas ramas corren por encima del muro. Los arqueros lo han apesadumbrado, le han disparado y lo han odiado; pero su arco se ha fortalecido, y los brazos de sus manos se han hecho fuertes por las manos del poderoso Dios de Jacob. (De allí es el pastor, la piedra de Israel)". "Las bendiciones de tu padre han prevalecido sobre las bendiciones de mis progenitores, hasta el límite de las colinas eternas; estarán sobre la cabeza de José, y sobre la coronilla del que fue separado de sus hermanos."

Jacob era un padre afectuoso. No tenía resentimientos hacia sus afligidos hijos. Los había perdonado. Los amaba hasta el fin. Pero Dios, por el espíritu de profecía, elevó la mente de Jacob por encima de sus sentimientos naturales. En sus últimas horas, los ángeles lo rodeaban y el poder de Dios descansaba sobre él. Sus sentimientos paternos le habrían llevado a pronunciar, en su último testimonio, sólo expresiones de amor y ternura. Pero bajo la influencia de la inspiración pronunció la verdad, aunque dolorosa.

Después de la muerte de Jacob, los hermanos de José se llenaron de tristeza y angustia. Pensaban que José había ocultado su resentimiento, por respeto a su padre; y ahora que éste había muerto, se vengaría de los malos tratos que había sufrido a manos de ellos. No se atrevieron a comparecer ante él, sino que enviaron un mensajero: "Tu padre lo ordenó antes de morir, diciendo: Así diréis a José: Te ruego que perdones ahora la ofensa de tus hermanos y su pecado,

pues te hicieron mal; y ahora te rogamos que perdones la ofensa de los siervos del Dios de tu padre." Este mensaje afectó a José hasta las lágrimas, y, alentados por esto, sus hermanos vinieron y se postraron ante él, con las palabras: "He aquí, somos tus siervos." Él les respondió con una respuesta reconfortante y tranquilizadora: "No temáis, pues ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Pero en cuanto a vosotros, pensasteis mal contra mí; pero Dios lo quiso para bien, para que sucediera, como sucede hoy, para salvar a mucha gente con vida. Ahora, pues, no temáis; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros niños. José amaba a sus hermanos, y no podía soportar la idea de que lo consideraran como si albergara un espíritu de venganza hacia ellos.

La vida de José ilustra la vida de Cristo, los hermanos de José se propusieron matarlo, pero finalmente se contentaron con venderlo como esclavo, para evitar que se hiciera más grande que ellos. Pensaron que lo habían colocado en un lugar donde ya no tendrían problemas con sus sueños, y donde no habría posibilidad de que se cumplieran. Pero el mismo curso que siguieron, Dios lo anuló para que ocurriera lo que ellos querían que nunca ocurriera: que él tuviera dominio sobre ellos.

Los jefes de los sacerdotes y los ancianos estaban celosos de Cristo, temiendo que desviara la atención del pueblo de ellos mismos. Sabían que estaba haciendo obras mayores que las que ellos habían hecho o podrían hacer jamás; y sabían que si se le permitía continuar con sus enseñanzas, llegaría a tener más autoridad que ellos y podría convertirse en rey de los judíos. Se pusieron de acuerdo para impedirlo, apresándolo en privado y contratando testigos para que declarasen falsamente contra él, a fin de condenarlo y darle muerte. No querían aceptarlo como rey, sino que gritaban: ¡Crucifícalo, crucifícalo! Pero al asesinar al Hijo de Dios, estaban provocando lo mismo que trataban de impedir. José, al ser vendido por sus hermanos a Egipto, se convirtió en salvador de la familia de su padre. Sin embargo, este hecho no disminuyó la culpa de sus hermanos. La crucifixión de Cristo por sus enemigos lo convirtió en el Redentor de la humanidad, el Salvador de la raza caída y gobernante de todo el mundo. Pero el crimen de sus enemigos fue tan atroz como si la mano providencial de Dios no hubiera controlado los acontecimientos para su propia gloria y el bien del hombre.

José caminó con Dios. Y cuando fue encarcelado y sufrió a causa de su inocencia, lo soportó mansamente sin murmurar. Su dominio de sí mismo, su paciencia en la adversidad y su fidelidad inquebrantable quedaron registradas para beneficio de todos los que vivieran después sobre la tierra. Cuando los

hermanos de José reconocieron su pecado ante él, los perdonó libremente, y demostró por sus actos de benevolencia y amor que no albergaba resentimiento alguno por su anterior conducta cruel hacia él.

La vida de Jesús, el Salvador del mundo, fue un modelo de benevolencia, bondad y santidad. Sin embargo, fue despreciado e insultado, escarnecido y ridiculizado, por la única razón de que su vida justa era un constante reproche al pecado. Sus enemigos no estarían satisfechos hasta que fuera entregado en sus manos, para que pudieran darle una muerte vergonzosa. Murió por la raza culpable y, mientras sufría la tortura más cruel, perdonó mansamente a sus asesinos. Resucitó de entre los muertos, ascendió a su Padre y recibió todo poder y autoridad, y volvió de nuevo a la tierra para impartirlos a sus discípulos. Dio dones a los hombres. Y a todos los que se han acercado a él arrepentidos, confesando sus pecados, los ha recibido en su favor y los ha perdonado gratuitamente. Y si permanecen fieles a él, los exaltará a su trono y los hará herederos de la herencia que ha comprado con su propia sangre.

12 de febrero de 1880

El Gran Conflicto

Nacimiento y primeros años de Moisés

EGW

Los hijos de Israel no eran esclavos. Nunca habían vendido su ganado, sus tierras y a sí mismos al Faraón por comida, como habían hecho muchos de los egipcios. Se les había concedido una porción de tierra donde habitar, en razón de los servicios que José había prestado a la nación egipcia. El faraón apreció su sabiduría en la administración de todas las cosas relacionadas con el reino, especialmente en la preparación para los largos años de hambre. Como muestra de su gratitud, no sólo ofreció a Jacob y a sus hijos la mejor parte de la tierra de Egipto como morada, sino que los eximió de todo tributo, y concedió a José el privilegio de suministrarles generosamente alimentos durante toda la duración de aquella espantosa hambruna. El rey dijo a sus consejeros: "¿No estamos en deuda con el Dios de José, y con él, por este abundante suministro de alimentos? Mientras otras naciones perecen, nosotros tenemos suficiente. Su gestión ha enriquecido grandemente al reino.

"Y murió José y sus hermanos, y toda aquella generación". Y "se levantó un nuevo rey sobre Egipto, que no conoció a José," Por esto debemos entender, no

uno que ignoraba los grandes servicios de José a la nación, sino que deseaba no hacer ningún reconocimiento de ellos, y, tanto como fuera posible, enterrarlos en el olvido. "Y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es más y más poderoso que nosotros. Vamos, tratemos sabiamente con ellos, no sea que se multipliquen, y suceda que, cuando haya alguna guerra, se unan también a nuestros enemigos, y peleen contra nosotros, y así los saquemos de la tierra."

Los israelitas ya eran muy numerosos. "Eran fecundos, y crecían en abundancia, y se multiplicaban, y se hacían muy poderosos; y la tierra estaba llena de ellos. Bajo el cuidado de José y el favor del rey que gobernaba entonces, los israelitas habían ascendido a puestos de honor y confianza, y se habían extendido rápidamente por toda la tierra. Pero se habían mantenido como una raza distinta, sin tener nada en común con los egipcios en costumbres o religión; y su creciente número despertaba los temores del rey y de su pueblo, por si en caso de guerra se unían a los enemigos de sus amos. Sin embargo, se habían vuelto demasiado útiles para ser perdonados. Muchos de ellos eran trabajadores capaces y comprensivos, y el rey los necesitaba para la construcción de sus magníficos palacios y salones. En consecuencia, los incluyó en la clase de esclavos que habían vendido sus posesiones y a sí mismos al reino. Se les asignaron capataces, y su esclavitud pronto llegó a ser completa. "Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con rigor. Y les amargaron la vida con dura servidumbre, en argamasa y ladrillo, y en toda clase de servicio en el campo; todo el servicio en que los hicieron servir fue con rigor." "Pero cuanto más los afligían, más se multiplicaban y crecían".

El rey y sus consejeros habían esperado someter a los israelitas con trabajos forzados, y así disminuir su número y aplastar su espíritu independiente. Y como no lograron su propósito, endurecieron sus corazones para ir aún más lejos. Ahora se dieron órdenes a las mujeres cuyo empleo les daba facilidades para tales actos, de que destruyeran a todo varón israelita al nacer. Satanás era el que movía estos asuntos. Sabía que había de levantarse un libertador entre los hebreos, y pensó que si lograba inducir al rey a destruir a los niños, el propósito de Dios quedaría frustrado. Las mujeres temieron a Dios; no se atrevieron a matar a los niños hebreos, y la orden del rey no fue obedecida. El Señor aprobó su proceder, y las prosperó; pero el rey se enojó mucho cuando supo que sus órdenes habían sido desoídas. Entonces hizo la orden más urgente y extensa. Encargó a todo su pueblo que mantuviera una vigilancia estricta, diciendo: "A todo hijo que nazca lo arrojaréis al río, y a toda hija la salvaréis con vida."

Mientras estaba en vigor este cruel decreto, nació Moisés. Su madre lo ocultó durante tres meses, y luego, viendo que ya no podía retenerlo con seguridad, preparó una pequeña vasija de juncos, impermeabilizándola con cal y brea, y después de poner al niño en ella, la colocó entre las banderas a la orilla del río. Su hermana se quedó cerca, aparentemente indiferente, pero todo el tiempo observando ansiosamente para ver qué sería de su hermanito. También los ángeles velaban para que el indefenso infante, colocado allí por una madre afectuosa y encomendado al cuidado de Dios por sus fervientes oraciones, no sufriera daño alguno. Y estos ángeles dirigieron los pasos de la hija de Faraón hacia el río, cerca del mismo lugar donde yacía el inocente forastero. Le llamó la atención la pequeña vasija, y envió a una de sus sirvientas a buscarla. Cuando hubo quitado la cubierta, vio a un hermoso niño; "y he aquí que el niño lloraba, y ella tuvo compasión de él". Supo que una tierna madre hebrea había tomado este medio para preservar la vida de su amado bebé, y decidió inmediatamente que debía ser su hijo. La hermana de Moisés se presentó inmediatamente y preguntó: "¿Quieres que vaya a llamarte a una nodriza de las hebreas para que te amamante al niño?". Y se le encomendó la misión.

La hermana acudió alegremente a su madre, le comunicó la feliz noticia y la condujo a toda prisa a casa de la hija del Faraón. El niño fue entregado a la madre para que lo amamantara, y ella fue generosamente pagada por la crianza de su propio hijo. Agradecida, esta madre emprendió su tarea, ahora segura y feliz. Creía que Dios había preservado la vida de su hijo, y aprovechó fielmente la preciosa oportunidad de educarlo para una vida útil. Se esmeró más en su instrucción que en la de sus otros hijos, pues confiaba en que estaba destinado a una gran obra. Con sus fieles enseñanzas inculcó en su joven mente el temor de Dios y el amor a la verdad y la justicia. Suplicaba fervientemente a Dios que preservara a su hijo de toda influencia corruptora. Le enseñó a inclinarse y orar ante Dios, el Dios vivo, porque sólo él podía escucharle y ayudarle en cualquier emergencia. Trató de inculcarle el pecado de la idolatría. Sabía que pronto iba a ser separado de su influencia y entregado a su madre real adoptiva, para rodearse de influencias calculadas para hacerle descreer de la existencia del Creador de los cielos y la tierra.

Las instrucciones que Moisés recibió de sus padres fueron tales que fortificaron su mente, y lo protegieron de ser corrompido por el pecado, y de volverse orgulloso en medio del esplendor y la extravagancia de la vida cortesana. Tenía una mente clara y un corazón comprensivo, y nunca perdió las impresiones piadosas que recibió en su juventud. Su madre se quedó con él todo el tiempo

que pudo, pero se vio obligada a separarse de él cuando tenía unos doce años, y entonces pasó a ser hijo de la hija de Faraón.

Aquí Satanás fue derrotado. Al inducir al Faraón a destruir a los hijos varones, había pensado desviar los propósitos de Dios y destruir a aquel a quien Dios levantaría para libertar a su pueblo. Pero ese mismo decreto, condenando a muerte a los niños hebreos, fue el medio anulado por Dios para colocar a Moisés en la familia real, donde tuvo ventajas para llegar a ser un hombre culto, y eminentemente calificado para sacar a su pueblo de Egipto. El Faraón esperaba exaltar al trono a su nieto adoptivo. Lo educó para que se pusiera al frente de los ejércitos de Egipto y los condujera a la batalla. Moisés era uno de los favoritos de las huestes del faraón, y se le honraba porque dirigía la guerra con habilidad y sabiduría superiores. "Y Moisés era docto en toda la sabiduría de los egipcios, y era poderoso en palabras y en obras". Los egipcios lo consideraban un personaje notable.

Los ángeles instruyeron a Moisés que Dios lo había elegido para liberar a los hijos de Israel. Los ángeles también enseñaron a los jefes de los israelitas que se acercaba el momento de su liberación, y que Moisés era el hombre a quien Dios utilizaría para llevar a cabo esta obra. Moisés pensó que su pueblo sería liberado mediante la guerra, y que él se pondría a la cabeza del ejército hebreo para dirigirlo contra los ejércitos egipcios. Teniendo esto en vista, guardó sus afectos para que no estuvieran fuertemente puestos en su madre adoptiva o en el Faraón, para que no le fuera más difícil permanecer libre para hacer la voluntad de Dios.

El orgullo y el esplendor exhibidos en la corte egipcia, y los halagos que recibió, no pudieron hacerle olvidar a sus despreciados hermanos en la esclavitud. Ni siquiera la promesa de llevar la corona de Egipto le indujo a identificarse con los egipcios y a participar con ellos en su culto idólatra. No abandonaría a sus hermanos oprimidos, a quienes sabía que eran el pueblo elegido de Dios. El rey ordenó que Moisés fuera instruido en el culto de los egipcios. Esta tarea fue encomendada a los sacerdotes, pero éstos no pudieron convencer a Moisés, ni con amenazas ni con promesas de recompensa, de que participara con ellos en sus ceremonias paganas. Se le amenazó con la pérdida de la corona y con que sería repudiado por la hija del Faraón, a menos que renunciara a su fe hebrea. Pero él se mantuvo firme en su determinación de no rendir homenaje a ningún objeto excepto a Dios, el creador de los cielos y la tierra, a quien sólo se debe reverencia y honor. Incluso razonó con los sacerdotes y adoradores idólatras sobre su supersticiosa veneración de objetos sin sentido. No pudieron

responderle. Sin embargo, su firmeza a este respecto fue tolerada, porque era nieto adoptivo del rey y gozaba de la predilección universal de los más influyentes del reino.

12 de febrero de 1880

Retribución por el pecado

EGW

El Señor dio a Jeremías un mensaje de reprensión para su pueblo, acusándolo de rechazar continuamente el consejo de Dios, diciendo: "Os he hablado, madrugando y hablando, pero no me habéis escuchado. También os he enviado a todos mis siervos los profetas, madrugando y enviándolos, diciendo: Volveos ahora cada uno de vuestro mal camino, y enmendad vuestras obras, y no vayáis en pos de dioses ajenos para servirles, y habitaréis en la tierra que he dado a vosotros y a vuestros padres."

Dios les suplicó que no lo provocaran a ira con la obra de sus manos y de sus corazones; "pero no escucharon". Jeremías predijo entonces el cautiverio de los judíos, como castigo por no haber escuchado la palabra del Señor. Los caldeos iban a ser utilizados como el instrumento por el cual Dios castigaría a su pueblo desobediente. Su castigo debía ser proporcional a su inteligencia y a las advertencias que habían despreciado. Dios había demorado mucho sus juicios porque no quería humillar a su pueblo escogido; pero ahora visitaría su desagrado sobre ellos, como un último esfuerzo para detenerlos en su mal camino.

En estos días no ha instituido ningún plan nuevo para preservar la pureza de su pueblo. Suplica a los descarriados que profesan su nombre, que se arrepientan y se aparten de sus malos caminos, de la misma manera que lo hizo antaño. Predice los peligros que se ciernen sobre ellos, por boca de sus siervos elegidos, ahora como entonces. Él hace sonar su nota de advertencia, y reprende el pecado tan fielmente como en los días de Jeremías. Pero el Israel de nuestro tiempo tiene las mismas tentaciones de despreciar la reprensión y odiar el consejo que el antiguo Israel. Con demasiada frecuencia hacen oídos sordos a las palabras que Dios ha dado a sus siervos para beneficio de los que profesan la verdad. Aunque el Señor en misericordia retenga por un tiempo la retribución de su pecado, como en los días de Jeremías, no siempre detendrá su mano, sino que visitará la iniquidad con justo juicio.

El Señor ordenó a Jeremías que se pusiera de pie en el atrio de la casa del Señor y hablara a todo el pueblo de Judá que acudiera allí a adorar, las cosas que él le diera a decir, sin disminuir ni una palabra, para que escucharan y se convirtieran de sus malos caminos. Entonces Dios se arrepentiría del castigo que se había propuesto infligirles a causa de su maldad. La falta de voluntad del Señor para castigar a su pueblo descarriado se muestra aquí vívidamente. Él detiene sus juicios, les ruega que vuelvan a su lealtad.

Los sacó de la esclavitud para que se sirvieran fielmente a sí mismo, el único Dios vivo y verdadero; pero se habían desviado hacia la idolatría, habían despreciado las advertencias de sus profetas; sin embargo, aplazó su castigo para darles una oportunidad más de arrepentirse y evitar el castigo por su pecado. Por medio de su profeta elegido, les envía ahora una advertencia clara y positiva, y les presenta el único camino por el que pueden escapar del castigo que merecen. Se trata de arrepentirse plenamente de su pecado y apartarse de la maldad de sus caminos.

El Señor ordenó a Jeremías que dijera al pueblo: "Así ha dicho el Señor: Si no me escucháis, para andar en mi ley que he puesto delante de vosotros, para escuchar las palabras de mis siervos los profetas que os he enviado, madrugando y enviándolas, y no las escucháis, entonces haré de esta casa como Silo, y pondré esta ciudad por maldición a todas las naciones de la tierra." Ellos entendieron esta referencia a Silo, y al tiempo en que los filisteos vencieron a Israel y el arca de Dios fue tomada.

El pecado de Elí consistió en pasar por alto la iniquidad de sus hijos, que ocupaban cargos sagrados. La negligencia del padre en reprender y refrenar a sus hijos, trajo sobre Israel una terrible calamidad. Los hijos de Elí fueron muertos, Elí mismo perdió la vida, el arca de Dios fue arrebatada a Israel, y treinta mil de su pueblo fueron muertos. Todo esto se debió a que el pecado fue considerado con ligereza, y se permitió que permaneciera en medio de ellos. ¡Qué lección es ésta para los hombres que ocupan puestos de responsabilidad en la iglesia de Dios! Les exhorta a eliminar fielmente los males que deshonran la causa de la verdad.

Israel pensaba, en los días de Samuel, que la presencia del arca que contenía los mandamientos de Dios les daría la victoria sobre los filisteos, se arrepintieran o no de sus malas obras. De la misma manera los judíos, en tiempos de Jeremías, creían que los servicios divinamente designados del templo, siendo estrictamente observados, los preservarían del justo castigo de su mal proceder.

El mismo peligro existe hoy entre ese pueblo que profesa ser el depositario de la ley de Dios. Son demasiado propensos a lisonjearse de que el aprecio que tienen por los mandamientos debe preservarlos del poder de la justicia divina. Se niegan a ser reprendidos por el mal, y culpan a los siervos de Dios de ser demasiado celosos en sacar el pecado del campamento. Un Dios que odia el pecado pide a los que profesan guardar su ley que se aparten de toda iniquidad. La negligencia en arrepentirse y obedecer su palabra traerá tan serias consecuencias sobre el pueblo de Dios hoy, como lo hizo el mismo pecado sobre el antiguo Israel. Hay un límite más allá del cual Dios no demorará más sus juicios. La corrección de Dios a través de sus instrumentos elegidos no puede ser desatendida impunemente. La desolación de Jerusalén es una solemne advertencia ante los ojos del Israel moderno.

Cuando los sacerdotes y el pueblo oyeron el mensaje que Jeremías les había transmitido en nombre del Señor, se enojaron mucho y declararon que debía morir. Lo denunciaron enérgicamente, gritando: "¿Por qué has profetizado en nombre del Señor, diciendo. Esta casa será como Silo, y esta ciudad quedará desierta sin morador? Y todo el pueblo se reunió contra Jeremías en la casa del Señor". Así fue despreciado el mensaje de Dios, y amenazado de muerte el siervo a quien se lo había confiado. Los sacerdotes, los profetas infieles y todo el pueblo se volvieron airados contra aquel que no les hablaba cosas suaves ni profetizaba engaños.

Los siervos inquebrantables de Dios generalmente han sufrido la persecución más amarga por parte de los falsos maestros de religión. Pero los verdaderos profetas preferirán siempre el reproche e incluso la muerte antes que la infidelidad a Dios. El ojo infinito está sobre los instrumentos de la reprensión divina, y ellos cargan con una pesada responsabilidad. Pero Dios considera el daño que se les hace mediante la tergiversación, la falsedad o el abuso, igual que si se lo hicieran a él mismo, y castigará en consecuencia.

Los príncipes de Judá habían oído acerca de las palabras de Jeremías, y subieron de la casa del rey y se sentaron a la entrada de la casa del Señor. "Entonces los sacerdotes y los profetas hablaron a los príncipes y a todo el pueblo, diciendo: Este hombre es digno de morir, porque ha profetizado contra esta ciudad, como habéis oído con vuestros oídos." Pero Jeremías se presentó valientemente ante los príncipes y el pueblo declarando: "El Señor me envió a profetizar contra esta casa y contra esta ciudad todas las palabras que habéis oído. Enmendad, pues, ahora vuestros caminos y vuestras obras, y obedeced la voz del Señor, vuestro Dios; y el Señor se arrepentirá del mal que ha pronunciado contra vosotros. En

cuanto a mí, he aquí que estoy en vuestras manos; haced de mí lo que os parezca bueno y conveniente. Pero sabed con certeza que si me dais muerte, ciertamente traeréis sangre inocente sobre vosotros, sobre esta ciudad y sobre sus habitantes; porque en verdad el Señor me ha enviado a vosotros para decir todas estas palabras en vuestros oídos."

Si el profeta se hubiera dejado intimidar por las amenazas de las altas autoridades y el clamor de la chusma, su mensaje no habría surtido efecto y habría perdido la vida. Pero el valor con que cumplió su penoso deber le granjeó el respeto del pueblo y puso a los príncipes de Israel a su favor. Así Dios suscitó defensores para su siervo. Razonaron con los sacerdotes y los falsos profetas, mostrándoles cuán insensatas serían las medidas extremas que propugnaban.

La influencia de estas personas poderosas produjo una reacción en la mente del pueblo. Entonces los ancianos se unieron para protestar contra la decisión de los sacerdotes respecto al destino de Jeremías. Citaron el caso de Miqueas, que profetizó juicios sobre Jerusalén, diciendo: "Sión será arada como un campo, y Jerusalén se convertirá en montones, y los montes de la casa como los altos de un bosque". Les hicieron la pregunta: "¿Acaso Ezequías, rey de Judá, y todo Judá le dieron muerte? ¿No temió al Señor, y suplicó al Señor, y el Señor se arrepintió del mal que había pronunciado contra ellos? Así podríamos procurar gran mal contra nuestras almas".

Así pues, gracias a las súplicas de Ahicam y otros, se perdonó la vida al profeta Jeremías, aunque muchos de los sacerdotes y falsos profetas se habrían alegrado de que lo condenaran a muerte alegando sedición, pues no podían soportar las verdades que decía exponiendo su maldad.

Pero Israel seguía sin arrepentirse y el Señor vio que debían ser castigados por su pecado, así que ordenó a Jeremías que hiciera yugos y ataduras y se los pusiera al cuello, y los enviara al rey de Edom, al rey de Moab, de los amonitas, de Tiro y de Sidón, ordenando a los mensajeros que dijeran que Dios había entregado todas estas tierras a Nabucodonosor, el rey de Babilonia. Que todas estas naciones debían servirle a él y a sus descendientes durante cierto tiempo, hasta que Dios las liberase. Debían declarar que si esas naciones se negaban a servir al rey de Babilonia serían castigadas con el hambre, la espada y la peste, hasta que fueran consumidas. "Por tanto", dijo el Señor, "no escuchéis a vuestros profetas, ni a vuestros adivinos, ni a vuestros soñadores, ni a vuestros encantadores, ni a vuestros hechiceros, que os hablan diciendo: No serviréis al rey de Babilonia; porque os profetizan mentira para alejaros de vuestra tierra, y

para que yo os expulse y perezcáis. Pero a las naciones que pongan su cuello bajo el yugo del rey de Babilonia, y le sirvan, a éstas dejaré que permanezcan aún en su tierra, dice el Señor; y la labrarán y habitarán en ella."

Jeremías declaró que debían llevar el yugo de la servidumbre durante setenta años, y los cautivos que ya estaban en manos del rey de Babilonia, y los utensilios de la casa del Señor que habían sido tomados, también debían permanecer en Babilonia hasta que hubiera transcurrido ese tiempo. Pero al final de los setenta años Dios los libraría de su cautiverio, castigaría a sus opresores y sometería al orgulloso rey de Babilonia.

Habían llegado embajadores de las diversas naciones nombradas para consultar con el rey de Judá sobre el asunto de entablar batalla con el rey de Babilonia. Pero el profeta de Dios, llevando los símbolos de la sujeción, entregó el mensaje del Señor a estas naciones, ordenándoles que lo llevaran a sus diversos reyes. Este era el castigo más leve que un Dios misericordioso podía infligir a un pueblo tan rebelde; pero si guerreaban contra este decreto de servidumbre, habían de sentir todo el vigor de su castigo. Se les advirtió fielmente que no escucharan a sus falsos maestros que profetizaban mentiras.

El asombro del consejo de naciones reunido no conoció límites cuando Jeremías, llevando el yugo de la sujeción sobre su cuello, les dio a conocer la voluntad de Dios. Pero Hananías, uno de los falsos profetas contra los que Dios había advertido a su pueblo por medio de Jeremías, levantó su voz en oposición a la profecía declarada. Deseoso de ganarse el favor del rey y de su corte, afirmó que Dios le había dado palabras de aliento para los judíos. Dijo: "Dentro de dos años completos traeré de nuevo a este lugar todos los utensilios de la casa del Señor, que Nabucodonosor, rey de Babilonia, tomó de este lugar y los llevó a Babilonia. Y haré volver a este lugar a Jeconías, hijo de Joacim, rey de Judá, con todos los cautivos de Judá que fueron a Babilonia, dice el Señor; porque yo romperé el yugo del rey de Babilonia."

Jeremías, en presencia de todos los sacerdotes y del pueblo, dijo que deseaba de todo corazón que Dios favoreciera a su pueblo de tal manera que se devolvieran los utensilios de la casa del Señor y se trajera a los cautivos de Babilonia. Pero esto sólo podía hacerse a condición de que el pueblo se arrepintiera y se volviera de su mal camino a la obediencia de la ley de Dios. Jeremías amaba a su país y deseaba ardientemente que la desolación predicha pudiera evitarse mediante la humillación del pueblo; pero sabía que el deseo era vano. Esperaba que el castigo de Israel fuera lo menos severo posible; por eso les rogó

encarecidamente que se sometieran al rey de Babilonia durante el tiempo que el Señor especificara.

Les rogó que escucharan sus palabras. Les citó las profecías de Oseas, Habacuc, Sofonías y otros cuyos mensajes de reprobación y advertencia habían sido similares a los suyos. Los remitió a los acontecimientos que habían tenido lugar en su historia en cumplimiento de las profecías de retribución por los pecados no arrepentidos. A veces, como en este caso, se habían levantado hombres en oposición al mensaje de Dios, y habían predicho paz y prosperidad, para calmar los temores del pueblo y ganarse el favor de los que ocupaban altos puestos. Pero en todos los casos anteriores el juicio de Dios se había abatido sobre Israel, como habían indicado los verdaderos profetas. Dijo: "El profeta que profetiza la paz, cuando se cumpla la palabra del profeta, entonces se sabrá que el Señor lo ha enviado verdaderamente". Si Israel decidía correr el riesgo, los acontecimientos futuros decidirían efectivamente quién era el falso profeta.

Pero Hananías, indignado por esto, tomó el yugo del cuello de Jeremías y lo rompió. "Y Hananías habló en presencia de todo el pueblo, diciendo: Así ha dicho el Señor: Así romperé yo el yugo de Nabucodonosor rey de Babilonia del cuello de todas las naciones en el espacio de dos años completos. Y el profeta Jeremías se fue".

Había hecho su trabajo, había advertido al pueblo de su peligro, había señalado el único camino por el que podían recuperar el favor de Dios. Pero se burlaron de sus palabras; hombres con cargos de responsabilidad lo denunciaron y trataron de incitar al pueblo a matarlo. Sin embargo, su único crimen fue llevar fielmente el mensaje de Dios a un pueblo incrédulo.

Dios se compadece de la ceguera y perversidad del hombre; envía luz a su oscurecido entendimiento mediante reprensiones y amenazas destinadas a hacer que los más exaltados sientan su ignorancia y deploren sus errores. Quiere hacer que los autocomplacientes se sientan insatisfechos con sus logros y busquen mayores bendiciones mediante una conexión más estrecha con el Cielo.

El plan de Dios no es enviar mensajeros que complazcan y halaguen a los pecadores, no envía mensajes de paz para adormecer a los no santificados en una seguridad carnal. Sino que pone pesadas cargas sobre la conciencia del malhechor, y atraviesa su alma con agudas flechas de convicción. Los ángeles ministradores le presentan los temibles juicios de Dios para profundizar el sentido de su gran necesidad e incitar el grito agonizante "¿qué haré para ser salvo?". La misma mano que humilla hasta el polvo, reprende el pecado y

avergüenza el orgullo y la ambición, levanta al penitente y afligido, y pregunta con la más profunda simpatía: "¿Qué quieres que te haga?"

Cuando el hombre ha pecado contra un Dios santo y misericordioso, no puede seguir un camino tan noble como el de arrepentirse sinceramente y confesar sus errores con lágrimas y amargura de alma. Esto es lo que Dios exige de él y no aceptará nada menos que un corazón quebrantado y un espíritu contrito.

Sra. E. G. White

19 de febrero de 1880

Moisés

EGW

Cuando Moisés tenía cuarenta años, ocurrió un acontecimiento que pareció cambiar toda la corriente de su vida. Su alma estaba profundamente conmovida por los agravios infligidos a su pueblo, y a menudo abandonaba los atrios reales para visitar a sus hermanos en su servidumbre, y animarlos con la seguridad de que no siempre sería así, que Dios abriría el camino para su liberación. Un día, mientras estaba fuera, vio a un egipcio golpeando a un israelita. Moisés se adelantó y mató al egipcio. Había tenido la precaución, incluso en este repentino arrebatado de ira, de asegurarse de que no lo vieran, y enterró el cuerpo apresuradamente en la arena. Pero el hombre a quien había rescatado no guardó el secreto, y Moisés pronto descubrió que otros lo conocían. Al día siguiente vio a dos hebreos discutiendo, uno de ellos claramente equivocado. Cuando Moisés reprendió al malhechor, éste volvió inmediatamente su ira contra su reprensor y le reprochó vilmente su acto anterior: "¿Quién te ha hecho príncipe y juez sobre nosotros? ¿Pretendes matarme como mataste al egipcio?".

Ya no había esperanza de ocultarlo. Todo el asunto fue dado a conocer a los egipcios por el envidioso hebreo, y, muy exagerado, pronto llegó a oídos del Faraón. El monarca fue informado de que Moisés pensaba hacer la guerra a los egipcios, derrocar su gobierno y hacerse rey. El faraón se enfureció sobremanera. Pensó que este acto de Moisés significaba mucho, y que no había seguridad para su reino mientras viviera el infractor. Por lo tanto, ordenó que mataran a Moisés. Pero el siervo de Dios se dio cuenta a tiempo de la intención del faraón contra su vida, y abandonó apresuradamente el palacio y huyó hacia Arabia.

El Señor dirigió su curso, y encontró un hogar con el sacerdote de Madián, Jetro, un hombre que adoraba a Dios, y que era muy honrado por la gente de todo el país circundante, por su juicio previsor. Después de un tiempo, Moisés se casó con una de las hijas de su benefactor; y aquí, al servicio de su suegro, como cuidador de sus rebaños, permaneció cuarenta años.

Moisés se precipitó al matar al egipcio. Supuso que el pueblo de Israel entendía que la providencia especial de Dios lo había levantado para liberarlos. Pero el Señor no quería realizar esta obra por medio de la guerra, como pensaba Moisés, sino por medio de su propio poder, para que la gloria le fuera atribuida sólo a él. Sin embargo, incluso este acto imprudente fue anulado por Dios para llevar a cabo su propósito.

Moisés se había convertido, en todos los sentidos, en un gran hombre. Como escritor, como líder militar y como filósofo, no tenía superior. El amor a la verdad y a la justicia se había convertido en la base de su carácter, y había producido una firmeza de propósito sobre la que ninguna veleidad de la moda, de la opinión o de las actividades podía influir. La cortesía, la diligencia y una firme confianza en Dios marcaron su vida. Era joven y vigoroso, rebosante de energía y fuerza varonil. Había simpatizado profundamente con sus hermanos en su aflicción, y su alma se había encendido con el deseo de liberarlos. Sin duda, a la sabiduría humana le parecería que era apto en todos los sentidos para su trabajo.

Pero Dios no ve como ve el hombre; sus caminos no son como los nuestros. Moisés aún no está preparado para llevar a cabo esta gran obra, ni el pueblo está preparado para la liberación. Ha sido educado en la escuela de Egipto, pero aún tiene que pasar por la severa escuela de la disciplina antes de estar capacitado para su sagrada misión. Antes de que pueda gobernar con éxito a las huestes de Israel, debe aprender a obedecer, debe aprender a dominarse a sí mismo. Durante cuarenta largos años es enviado al retiro del desierto, para que, en su vida de oscuridad, en el humilde trabajo de cuidar de las ovejas y los corderos del rebaño, obtenga la victoria sobre sus propias pasiones. Debe aprender a someterse por completo a la voluntad de Dios, antes de poder enseñar esa voluntad a un gran pueblo.

Los mortales miopes habrían prescindido de esos cuarenta años de entrenamiento entre las montañas de Madián, considerándolos una gran pérdida de tiempo. Pero la Sabiduría Infinita puso al que iba a ser el poderoso estadista, el libertador de su pueblo de la esclavitud, en circunstancias, durante este

período para desarrollar su honestidad, su previsión, su fidelidad y cuidado, y su capacidad de identificarse con las necesidades de su mudo cargo. Aquellos a quienes Dios ha confiado responsabilidades importantes no se han criado en la facilidad y el lujo; los nobles profetas, los líderes y jueces designados por Dios, han sido hombres cuyos caracteres se formaron en las duras realidades de la vida.

Dios no selecciona para su obra hombres de un solo molde y un solo temperamento, sino hombres de temperamentos variados. El elemento humano se ve en todos los que han sido escogidos para realizar una obra para Dios. Han sido hombres de intelecto, de sentimientos profundos; hombres que harían y se atreverían, cuyos poderes podrían ser dirigidos en el canal correcto, y que aprenderían sabiduría de Dios. Dijo Cristo: "Si alguno quiere *hacer* su voluntad, *conocerá* la doctrina". Dios guiará a aquellos que, mediante una investigación seria y ansiosa, buscan aprender la voluntad de Dios, que aprovechan y mejoran cada rayo de luz que brilla en su camino. No se les dejará caminar en la duda y la oscuridad. Conectado con Dios, fuente de toda sabiduría, el hombre puede alcanzar cualquier altura de excelencia moral.

Pero la inspiración no vendrá al hombre en la oscuridad, mientras no haga ningún esfuerzo para presionar hacia la luz divina. Moisés debe darse cuenta de su gran debilidad y deficiencia, y su alma debe buscar la ayuda especial de Aquel que puede ayudar. Moisés debe concentrar su mente en el gran cambio que ha de operarse en él. Si hubiera tomado las cosas de una manera apática, fácil e indiferente, rehuendo los cuidados, las dificultades y las responsabilidades desagradables, como hacen muchos jóvenes de hoy, Dios nunca le habría confiado una obra sagrada e importante. Se despertó en él el más elevado tipo de pensamiento, y su gran carencia de conocimiento experimental de Dios; y su oración surgió de un alma cargada con un sentido de necesidad y pobreza. Esperaba, anhelaba y oraba por una estrecha relación con Dios.

Moisés había aprendido mucho que debía desaprender. La influencia que lo había rodeado en Egipto -el amor de su madre adoptiva, su propia elevada posición como nieto del rey, los encantos de grandeza en el arte, la disipación por todas partes, el imponente despliegue relacionado con el culto idolátrico, y la constante repetición, por parte de los sacerdotes, de innumerables fábulas acerca del poder de sus dioses- todo había dejado profundas impresiones en su mente en desarrollo, y había moldeado, hasta cierto punto, sus hábitos y su carácter. El tiempo, el cambio de ambiente y la estrecha relación con Dios

podían eliminar estas impresiones. Sin embargo, debía ser mediante un esfuerzo serio y perseverante, una lucha como por la vida, consigo mismo, para arrancar de raíz las semillas del error, y en su lugar implantar firmemente la verdad. En cada punto, Satanás estaría preparado para fortalecer el error y desalojar la verdad; pero si bien Dios quiso que Moisés se autoeducara mediante una severa disciplina, él mismo sería su ayudante siempre listo contra Satanás cuando el conflicto fuera demasiado severo para la fuerza humana.

Con las montañas salvajes que lo rodeaban, a solas con Dios, Moisés tuvo una preciosa oportunidad de conocerse a sí mismo, de discernir su orgullo y autoexaltación, y de superar los hábitos formados en medio del lujo, la facilidad y la indulgencia de la vida cortesana. Los magníficos templos de Egipto ya no estaban ante sus ojos, impresionando su mente con su superstición y falsedad. En medio de las imponentes rocas y colinas eternas podía contemplar las evidencias de la grandeza, majestad y poder del Creador, que contrastaban con la insignificancia de los dioses de Egipto. Por todas partes estaba escrito el nombre del Creador. Moisés estaba rodeado de su presencia y cubierto de su gloria. Dios mismo hablaba a su siervo a través de estos mudos representantes de su poder.

La luz de la naturaleza y la de la revelación proceden de la misma fuente, enseñan grandes verdades y concuerdan siempre entre sí. Al ver Moisés que todas las obras creadas por Dios actúan en sublime armonía con sus leyes, comprendió cuán irrazonable es que el hombre se oponga a la ley de Dios. El conflicto fue muy duro, el esfuerzo largo, para poner el corazón y la mente en todos los puntos en armonía con la verdad y con el Cielo; pero Moisés fue finalmente un vencedor. Salió de la prueba de Dios, suave de espíritu, paciente de temperamento, generoso hacia los descarriados, bondadoso, reverente y humilde, uno de los hombres más mansos en su trato con el mundo. Cada hijo de Dios tendrá una experiencia similar. Sólo después de una dura disciplina y una severa instrucción puede el hombre, en obediencia a Cristo, heredero de la gloria, aprender a llevar los honores divinos con la gracia y la dignidad propias de su posición como miembro de la familia real.

A medida que pasaban los años y el siervo de Dios permanecía en su humilde posición, a alguien con menos fe que él le habría parecido como si Dios se hubiera olvidado de él, como si su capacidad y experiencia se hubieran perdido para el mundo. Pero mientras vagaba con sus rebaños silenciosos por lugares solitarios, la abyecta condición de su pueblo estaba siempre ante él. Contaba todos los tratos de Dios con los fieles en épocas pasadas, y sus promesas de bien

futuro, y su alma se dirigía a Dios en favor de sus hermanos esclavizados, y sus fervientes oraciones resonaban en medio de las cavernas de la montaña de día y de noche. Nunca se cansó de presentar ante Dios las promesas hechas a su pueblo y de suplicarle su liberación.

Aquellas plegarias fueron escuchadas. Si hubiera podido abrir los ojos, habría visto a los mensajeros de Dios, ángeles puros y santos, inclinándose amorosamente sobre él, derramando su luz a su alrededor, y preparándose para llevar su petición al trono del Altísimo. Los largos años pasados en las soledades del desierto no fueron en vano. Moisés no sólo se estaba preparando para la gran obra que tenía ante sí, sino que durante este tiempo, bajo la inspiración del Espíritu Santo, escribió el libro del Génesis y también el libro de Job, que serían leídos con el más profundo interés por el pueblo de Dios hasta el fin de los tiempos.

19 de febrero de 1880

El sacrificio que se nos exige

EGW

Cristo lo exige todo. Si exigiera menos, el sacrificio que hizo fue demasiado caro y demasiado grande para ponernos a ese nivel. Nuestra santa fe clama separación. No debemos conformarnos al mundo, ni a profesores muertos y sin corazón, sino ser transformados por la renovación de nuestra mente. Este es un camino de abnegación. Pero si pensamos que es demasiado recto; si pensamos que hay demasiada abnegación en este camino estrecho; o si decimos: Qué difícil es renunciar a todo, hagámonos esta pregunta: ¿A qué renunció Cristo por mí?

El sacrificio infinito que hizo eclipsa todo lo que llamamos abnegación. Contempladle en el huerto sudando grandes gotas de sangre. Síguele en su camino hacia la sala del juicio, mientras es ridiculizado, escarnecido e insultado por aquella turba enfurecida. Contempladle vestido con aquella vieja túnica púrpura. Oíd las burlas groseras y los escarnios crueles, ved a sus enemigos poner sobre aquella noble cabeza la corona de espinas, y luego golpearle con una caña, haciendo que las espinas penetren en sus sienes, y la sangre brote de aquella santa frente; oíd a aquella muchedumbre asesina clamando ansiosamente por la sangre del Hijo de Dios; vedle entregado en sus manos, y conducido, pálido, débil y desfalleciente, a su crucifixión; vedle tendido sobre la cruz de madera, y los clavos clavados en sus tiernas manos y pies; vedle

colgando de la cruz en agonía, hasta que el sol se niega a brillar, y los ángeles velan sus rostros ante la horrible escena, y entonces haceos la pregunta: ¿Me exige demasiado al pedirme que renuncie al mundo y me niegue a mí mismo? No, no.

Una vida dividida y a medias provoca dudas y tinieblas. Las personas que viven así no gozan de los consuelos de la religión, ni de los placeres que da el mundo. Es un privilegio bendito dejarlo todo por Cristo. Es seguro seguir a Aquel que es el único modelo verdadero e infalible. Si otros actúan según el principio del perezoso espiritual, debemos dejarlos y marchar hacia adelante para elevar el carácter cristiano. No durmamos en nuestro puesto, sino ocupémonos fiel y verdaderamente de nuestras propias almas.

La indulgencia con la lectura ligera y los cuentos de ficción produce una excitación falsa y malsana de la mente, y la incapacita para cualquier ejercicio espiritual. Aleja al alma de la oración y del amor por las cosas espirituales. La lectura que arroja luz sobre el volumen sagrado y aumenta el deseo de estudiarlo no es peligrosa, sino beneficiosa. Cuanto más frecuente y diligentemente se lean las Escrituras, más bellas parecerán, y menos gusto se tendrá por la lectura ligera. El estudio diario de las Escrituras tendrá una influencia santificadora en la vida. Entonces atamos a nuestros corazones este precioso volumen que nunca dejará de ser un amigo y un guía en la perplejidad.

Cuántos han fijado sus esperanzas en objetos terrenales, y con cuánta seriedad y perseverancia han trabajado para obtenerlos, sin realizar sus anticipaciones. Pero hay un objeto ante todos digno de un esfuerzo de toda la vida. Es la salvación de nuestras almas, la vida eterna. Y esto exige abnegación, sacrificio y estudio minucioso. Si ganamos la vida eterna, debemos vivir para ella y negarnos a nosotros mismos; salir del mundo y estar separados. Nuestra vida debe estar marcada por la sobriedad, la vigilancia y la oración. Los ángeles observan el desarrollo del carácter y sopesan el valor moral. Todas nuestras palabras y actos pasan revista ante Dios.

Es un tiempo temible y solemne. La esperanza de la vida eterna no debe abrigarse sobre bases ligeras; debe resolverse entre Dios y nuestras propias almas. Algunos se apoyarán en el juicio y la experiencia de otros, en vez de tomarse la molestia de examinar detenidamente sus propios corazones; y así pasarán meses y años sin ningún testimonio del Espíritu de Dios, o evidencia de su aceptación. Los tales se engañan a sí mismos. Suponen que tienen una esperanza, pero carecen de las cualidades esenciales de un cristiano.

El pueblo de Dios es peculiar. Su espíritu no puede mezclarse con el espíritu y la influencia del mundo. Ninguno desea encontrarse con Jesús sólo con una profesión, y así quedar defraudado de la vida eterna. Entonces examinemos a fondo los fundamentos de nuestra esperanza, y tratemos verdaderamente con nuestra propia alma. Decidamos ahora si seguiremos a Cristo con cualquier sacrificio o a cualquier costo.

Sra. E. G. White

26 de febrero de 1880

La llamada de Moisés

EGW

Para los oprimidos y sufridos hebreos, el día de su liberación parecía largamente aplazado; pero en su propio tiempo señalado, Dios quiso obrar en su favor con gran poder. Moisés no iba a ponerse, como había previsto al principio, a la cabeza de los ejércitos, con ondeantes estandartes y relucientes armaduras. Aquel pueblo, tanto tiempo maltratado y oprimido, no iba a obtener la victoria por sí mismo, levantándose y haciendo valer sus derechos. El propósito de Dios debía cumplirse de una manera que despreciara el orgullo y la gloria humanos. El libertador había de salir como un humilde pastor, con sólo una vara en la mano; pero Dios haría poderosa esa vara para librar a su pueblo de la opresión y para preservarlo cuando fuera perseguido por sus enemigos.

Antes de salir, Moisés recibió su alta comisión, su ordenación para su gran trabajo, de una manera que lo llenó de temor y le dio un profundo sentido de su propia debilidad e indignidad. Mientras realizaba su ronda de tareas, vio un arbusto, con ramas, follaje y tronco, todo ardiendo, pero sin consumirse. Se acercó para contemplar el maravilloso espectáculo, cuando una voz se dirigió a él desde fuera de las llamas. Era la voz de Dios. Era Aquel que, como ángel de la alianza, se había revelado a los padres en épocas pasadas. El cuerpo de Moisés se estremeció de terror cuando el Señor lo llamó por su nombre. Con labios temblorosos respondió: "Heme aquí". Se le advirtió que no se acercara a su Creador con excesiva familiaridad: "Quita tus zapatos de tus pies, porque el lugar donde estás es tierra santa". "Y Moisés ocultó su rostro, porque tenía miedo de mirar a Dios".

El hombre finito puede aprender una lección que nunca debe olvidar: acercarse a Dios con reverencia. Podemos llegar audazmente a su presencia, presentando

el nombre de Jesús, nuestra justicia y sustituto, pero nunca con la audacia de la presunción, como si él estuviera al mismo nivel que nosotros. Hemos oído a algunos dirigirse al Dios grande, todopoderoso y santo, que mora en luz inaccesible, como no se dirigirían a un igual, ni siquiera a un inferior. Hemos visto a algunos comportarse en presencia de Dios como no se atreverían a hacerlo en presencia de un amigo terrenal. Esto demuestra que no tienen una visión adecuada del carácter de Dios y de la grandeza de su poder. Deben recordar que los ojos de Dios están sobre ellos; él lee los pensamientos de sus corazones acerca de él. No se burlarán de Él. Dios debe ser reverenciado en gran manera; dondequiera que se advierta claramente su presencia, el hombre pecador se inclinará en la actitud más humilde, y desde las profundidades del alma exclamará: "¡Qué terrible es este lugar!".

Mientras Moisés esperaba reverente ante Dios, las palabras continuaron: "Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus capataces; porque conozco sus dolores; y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y para hacerlos subir de aquella tierra a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel." "Ven, pues, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel."

Asombrado y asustado por la orden, Moisés retrocedió, diciendo: "¿Quién soy yo, para que vaya al Faraón y saque de Egipto a los hijos de Israel?". La respuesta fue,

"Ciertamente yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado. Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, serviréis a Dios sobre este monte. Moisés pensó en las dificultades que debía afrontar, en la ceguera, la ignorancia y la incredulidad de su pueblo, que estaba casi privado de todo conocimiento de Dios.

"He aquí", dijo, "cuando llegue a los hijos de Israel y les diga: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros, y ellos me digan: ¿Cuál es su nombre? ¿qué les diré?". La respuesta fue,

"Yo soy el que soy. Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros". En primer lugar, se ordenó a Moisés que reuniera a los ancianos de Israel, los más nobles y justos de entre ellos, que llevaban mucho tiempo afligidos por su esclavitud, y que les declarara un mensaje de Dios, con una promesa de liberación. Luego debía llevar a los ancianos ante el rey y decirle,

"El Señor Dios de los hebreos se ha reunido con nosotros, y ahora déjanos ir, te lo suplicamos, tres días de camino al desierto, para que sacrifiquemos al Señor nuestro Dios".

El faraón ante el que Moisés debía comparecer no era el que había decretado su muerte. Ese monarca había muerto, y otro había tomado las riendas del gobierno. El nombre de Faraón era un título que llevaban casi todos los reyes egipcios.

Moisés estaba prevenido de que el faraón se resistiría a la petición de dejar marchar a Israel. Sin embargo, el valor del siervo de Dios no debía decaer, pues el Señor aprovecharía la ocasión para manifestar su poder ante los egipcios y ante su pueblo. "Y extenderé mi mano, y heriré a Egipto con todas mis maravillas que haré en medio de él; y después de esto, os dejaré ir".

Los poderosos milagros realizados para la liberación de los hebreos, les darían favor a los ojos de los egipcios; y cuando salieran de Egipto no debían ir con las manos vacías. Debían pedir o buscar de sus vecinos egipcios artículos valiosos, como joyas de plata y oro, que pudieran transportarse fácilmente. Los egipcios se habían enriquecido con el trabajo injustamente exigido a los israelitas; y ahora que éstos iban a emprender su largo viaje hacia un nuevo hogar, era justo que recibieran una parte de la riqueza que habían ganado justamente. Esta sería una pequeña recompensa por sus muchos años de servidumbre no remunerada.

Moisés tenía ante sí dificultades que parecían insuperables. ¿Qué prueba podía dar a su pueblo de que Dios le había enviado? "He aquí", dijo, "no me creerán, ni escucharán mi voz; porque dirán: 'El Señor no se te ha aparecido'". Ahora se le dieron pruebas que apelaban a sus propios sentidos. Se le dijo que arrojara al suelo la vara que tenía en la mano. Así lo hizo; se convirtió en serpiente, y huyó ante ella. Se le volvió a llamar y se le ordenó que la cogiera. Al obedecer, se convirtió de nuevo en una vara. Se le ordenó que se llevara la mano al pecho. Así lo hizo y, al sacarla, la vio toda cubierta de las costras blancas de la lepra. Cuando se le dijo, volvió a meterla en su seno, y al sacarla vio que se había vuelto como la otra. Con estas señales el Señor aseguraba a Moisés que tanto su propio pueblo como el faraón debían convencerse de que entre ellos se manifestaba uno más poderoso que el rey de Egipto.

Pero el siervo de Dios seguía abrumado por el pensamiento de la extraña y maravillosa obra que tenía ante sí. En su angustia y terror alegó ahora como excusa la falta de facilidad de palabra: "Oh Señor mío, no soy elocuente, ni

antes ni después que has hablado a tu siervo; sino que soy tardo en el habla y de lengua lenta". Había estado tanto tiempo lejos de los egipcios que no tenía un conocimiento tan claro y un uso tan rápido de su lengua como cuando estaba entre ellos. Esta vacilación por parte de Moisés parecería implicar un temor de que Dios fuera incapaz de capacitarlo para la gran obra a la que lo había llamado, o que se hubiera equivocado al elegirlo. El Señor le dijo: "¿Quién ha hecho la boca del hombre? o ¿quién hace al mudo, o al sordo, o al que ve, o al ciego? ¿No soy yo, el Señor?". ¡Qué súplica! ¡Qué reprimenda a los desconfiados!

A esto se añadió otra garantía de la ayuda divina: "Ahora, pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que has de decir". Pero Moisés seguía suplicando al Señor que eligiera a una persona más competente. Estas excusas procedían al principio de la humildad y la confianza en sí mismo. Pero después de que el Señor había prometido eliminar todas sus dificultades y darle el éxito final, cualquier otra retracción y queja de su incapacidad mostraba incredulidad y desconfianza en Dios mismo.

Moisés se dirigió ahora a Aarón, su hermano mayor, que era elocuente y que, habiendo estado en uso diario de la lengua de los egipcios, la entendía y podía hablarla perfectamente. Se le dijo que Aarón venía a su encuentro, y que cuando llegara se alegraría de la reunión. El Señor ordenó entonces a Moisés,

"Hablarás con él, y pondrás palabras en su boca; y yo estaré con tu boca y con la suya, y os enseñaré lo que debéis hacer. Y él será tu portavoz ante el pueblo; y él será para ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios. Y tomarás esta vara en tu mano, con la cual harás señales."

Moisés no pudo oponer más resistencia, pues había desaparecido todo motivo de excusa. Volvió a la tienda de su suegro y pidió permiso para visitar a sus hermanos en Egipto. Jetro se lo concedió, con su bendición: "Ve en paz". Así pues, tomando a su mujer y a sus hijos, Moisés emprendió el viaje. No se había atrevido a dar a conocer el objeto de su misión, por temor a que no se les permitiera acompañarle. Sin embargo, antes de llegar a Egipto, él mismo consideró que era mejor, por su propia seguridad, enviarlos de vuelta a la tienda de su padre.

El Señor dijo a Moisés: "Cuando vayas a volver a Egipto, procura hacer delante del faraón todas esas maravillas que he puesto en tu mano; pero yo endureceré su corazón para que no deje ir al pueblo." Es decir, el despliegue de poder omnipotente ante Faraón, al ser rechazado por él, lo haría más duro y firme en

su rebelión. Pero el Señor anularía el curso de este altivo monarca, de modo que su obstinación y perversidad harían que el nombre de Dios fuera magnificado ante los egipcios, y también ante su pueblo.

A Moisés se le ordenó que dijera al Faraón: "Así dice el Señor: Israel es mi hijo, mi primogénito. Y yo te digo: Deja ir a mi hijo, para que me sirva. Y si rehúas dejarlo ir, he aquí que yo mataré a tu hijo, a tu primogénito". El Señor llamó a Israel su primogénito porque había escogido a ese pueblo para ser el depositario de su ley, cuya obediencia lo preservaría puro en medio de las naciones idólatras. Les confirió privilegios especiales, como los que generalmente se concedían al primogénito.

Cuando Moisés se dirigía a Egipto, el ángel del Señor salió a su encuentro y adoptó una postura amenazadora, como si fuera a matarlo. No explicó la razón de su aparición de esta manera, pero Moisés sabía que había una causa. Iba a Egipto en obediencia al mandato expreso de Dios; por lo tanto, el viaje debía ser correcto. Inmediatamente recordó que su hijo menor no había sido circuncidado. En cumplimiento de los deseos de Séfora, había pospuesto la ceremonia, en contra de la exigencia divina. Ahora la esposa, temerosa de que su marido fuera asesinado, se sobrepuso a sus sentimientos de afecto indebido por su hijo, y realizó el rito ella misma. Después de esto, el ángel dejó marchar a Moisés. En su misión ante el Faraón, iba a ser colocado en una posición peligrosa, en la que su vida quedaría expuesta a la voluntad del rey, si Dios no lo preservaba con su poder, mediante la presencia de los ángeles. Mientras Moisés viviera desatendiendo uno de los mandamientos positivos de Dios, su vida no estaría segura, pues los ángeles no podrían protegerlo en la desobediencia.

En el tiempo de angustia, justo antes de la venida de Cristo, las vidas de los justos serán preservadas a través de la ministración de los santos ángeles. Pero no habrá seguridad para el transgresor. Los ángeles no pueden entonces proteger a los que viven descuidando un deber conocido o un mandato expreso de Jehová.

26 de febrero de 1880

Deber de los padres hacia sus hijos

EGW

La juventud de nuestros días ignora las artimañas de Satanás. Por lo tanto, los padres deben estar despiertos en estos tiempos peligrosos, trabajando con perseverancia e industria, para impedir el primer acercamiento del enemigo. Deben instruir a sus hijos cuando estén sentados en la casa, o caminando por el camino, cuando se levanten o se acuesten. Debe ser línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poco aquí y un poco allá. El trabajo de la madre debe comenzar con el infante. Debe dominar la voluntad y el temperamento del niño, y someter su disposición. Enséñele a obedecer, y a medida que el niño crece no afloje la mano. Toda madre debe dedicar tiempo a razonar con el niño para corregir sus errores y enseñarle pacientemente el camino correcto.

Los padres cristianos deben esforzarse por instruir y preparar a sus hijos para que lleguen a ser hijos de Dios. La disciplina estricta puede causar a veces insatisfacción, y los hijos querrán salirse con la suya; sin embargo, cuando han aprendido la lección de la obediencia a sus padres, están mejor preparados para someterse a los requerimientos de Dios. Así, la formación recibida en la infancia influye en la experiencia religiosa y moldea el carácter del hombre.

Cuando los hijos deciden dejar los placeres del mundo y convertirse en discípulos de Cristo, se quita una gran carga del corazón de los padres. Pero la labor y el cuidado no deben cesar en este momento, ya que los hijos acaban de comenzar la guerra contra el pecado en todas sus formas, y necesitan especialmente la vigilancia y el consejo de padres fieles. Deben animar a los hijos a confiar en ellos y desahogar con ellos sus pruebas y penas. Los padres aprenderán así a compadecerse de ellos y a orar con ellos, y se les animará a seguir adelante en el camino de la vida, confiando en Dios.

Los hijos se salvarían de muchos males si se familiarizaran más con sus padres. Los padres deben fomentar en sus hijos la disposición a ser abiertos y francos, y acudir a ellos con sus dificultades, y exponer el asunto tal como lo ven ante sus padres, y pedirles consejo. ¿Quiénes están tan bien calculados para ver y señalar sus peligros como los padres piadosos? ¿Quién puede comprender los temperamentos peculiares de sus propios hijos tan bien como ellos? La madre que ha observado cada giro de la mente desde la infancia, y conoce la disposición natural, está bien preparada para aconsejar a sus hijos. ¿Quién puede decir tan bien qué rasgos del carácter hay que controlar y refrenar, como la madre, aconsejada por el padre?

Los niños que son cristianos preferirán el amor y la aprobación de sus padres temerosos de Dios por encima de cualquier bendición terrenal. Amarán y

honrarán a sus padres. Uno de los principales estudios de sus vidas debería ser: ¿Cómo puedo hacer felices a mis padres? Pero los niños que no reciben una instrucción correcta, tienen muy poco sentido de su obligación para con sus padres. A menudo sucede que cuanto más hacen los padres por ellos, más desagradecidos son y menos los respetan. Los niños que han sido mimados y atendidos, siempre lo esperan; y si sus expectativas no se cumplen, se sienten decepcionados y desanimados. Esta misma disposición se verá a lo largo de toda su vida, y estarán indefensos, apoyándose en los demás en busca de ayuda, esperando que los demás les favorezcan y les cedan. Y si se les opone, aun después de haber llegado a la edad adulta y a la adultez femenina, se creen maltratados; y así se preocupan en su camino por el mundo, murmurando e inquietándose porque todo no les conviene.

Los padres deben tratar fielmente a las almas que les han sido confiadas. No deben fomentar en ellas el orgullo, la extravagancia o el amor al espectáculo. Los hábitos que se forman cuando se es muy joven, no se olvidan fácilmente. Los padres deben comenzar a disciplinar las mentes de sus hijos desde que son muy pequeños, con el fin de que sean cristianos. Que todos sus esfuerzos sean para su salvación. Actúen como si hubieran sido puestos a vuestro cuidado para ser equipados como joyas preciosas para brillar en el reino de Dios. Tened cuidado de cómo adormecéis a vuestros hijos sobre el pozo de la destrucción, con el pensamiento erróneo de que no tienen edad suficiente para rendir cuentas, y no son lo bastante mayores para arrepentirse de sus pecados y profesar a Cristo.

Muchas promesas preciosas como la siguiente están registradas para aquellos que buscan al Señor temprano: "Acuérdate ahora de tu Creador en los días de tu juventud, mientras no vengan los días malos, ni se acerquen los años, cuando digas: No me agradan. Eclesiastés 12:1. "Yo amo a los que me aman; y los que me buscan temprano me encontrarán". Proverbios 8:17. El buen Pastor aún suplica: "Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos". Enseña a los niños a buscar al Señor mientras son jóvenes y así dedicarán lo mejor de sus fuerzas a su servicio.

Vivimos en una época desafortunada para los niños. Una fuerte marea está descendiendo hacia la perdición, y se necesita más que la experiencia y la fuerza de la niñez para presionar contra la corriente que los arrastraría. Satanás tratará de confundir y vencer con sus tentaciones a todos los que desean rendir su corazón a Dios y obedecer sus requerimientos, para que se desalienten y abandonen la lucha.

Padres, ayudad a los niños. Vigilad continuamente para cortar la corriente y hacer retroceder el peso del mal que les presiona. Los niños no pueden hacer esto por sí mismos. Los padres pueden hacer mucho. Mediante la oración ferviente y la fe viva pueden atar a sus hijos al altar, y asegurar así la vigilancia de los ángeles guardianes; la mano guiadora de Dios los conducirá a través de los peligros de los últimos días, y los sacará victoriosos de todo enemigo.

Sra. E. G. White

4 de marzo de 1880

Regreso de Moisés a Egipto

EGW

Aarón, instruido por los ángeles, salió al encuentro de su hermano, del que había estado separado durante muchos años; y se encontraron, en medio de las soledades del desierto, en el monte de Dios. Allí comulgaron juntos, y Moisés contó a Aarón "todas las palabras del Señor que le había enviado, y todas las señales que le había ordenado". Juntos atravesaron los páramos árabes, en dirección a Egipto; y habiendo llegado a la tierra de Gosén, procedieron a reunir a los ancianos de Israel. Aarón, el elocuente portavoz, les comunicó todos los tratos de Dios con Moisés, y luego dieron las señales ante el pueblo. "El pueblo creyó; y cuando oyeron que el Señor había visitado a los hijos de Israel, y que se había fijado en su aflicción, entonces inclinaron la cabeza y adoraron".

El siguiente trabajo de los dos hermanos fue comunicarse con el propio rey. Entraron en el gran palacio del faraón como comisionados de Jehová; sintieron que Dios estaba allí con ellos, y hablaron con autoridad: "Así dice el Señor, Dios de Israel: Deja ir a mi pueblo, para que me celebre una fiesta en el desierto".

"¿Quién es el Señor, para que yo obedezca su voz de dejar ir a Israel?", preguntó el monarca; "No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel". Ellos respondieron,

"El Dios de los hebreos se ha reunido con nosotros; vayamos, te rogamos, tres días de camino al desierto, y sacrifiquemos al Señor nuestro Dios, no sea que caiga sobre nosotros la peste o la espada".

El rey ya había oído hablar de ellos y de la agitación que se había producido entre el pueblo. Se enojó mucho. "¿Por qué vosotros, Moisés y Aarón, dejáis

[estorbáis] al pueblo en sus obras? Volveos a vuestras cargas". Luego añadió, al pensar en la pérdida ocasionada por esta interrupción de su trabajo. "He aquí, el pueblo de la tierra es numeroso, y vosotros lo hacéis descansar de sus cargas".

El mismo día el rey dio órdenes a todos los oficiales que supervisaban el trabajo de los israelitas, para que hicieran lo que hacía su esclavitud doblemente severa y cruel. Los edificios de aquel país estaban y siguen estando hechos de ladrillos secados al sol, con paja cortada entremezclada para mantener la tierra unida, incluso sus edificios más finos estaban contruidos así, y luego revestidos de piedra. El rey ordenó que no se diera más paja a los obreros, pero se exigió rígidamente la misma cantidad de ladrillo.

Esta orden produjo gran angustia entre los israelitas de toda la tierra. Los capataces egipcios habían nombrado oficiales hebreos para supervisar el trabajo del pueblo, y estos oficiales eran responsables del trabajo realizado por los que estaban a su cargo. Cuando se puso en vigor el insensible requerimiento del rey, el pueblo se dispersó por toda la tierra, para recoger rastrojo en lugar de paja; pero les resultó imposible realizar la cantidad habitual de trabajo. Por este fracaso, los oficiales hebreos, así como el pueblo, fueron cruelmente golpeados.

Estos oficiales suponían que su opresión provenía de sus capataces, y no del rey mismo; por lo tanto, acudieron a él para exponerle sus quejas y el trato injusto que habían recibido. El Faraón respondió a su protesta con una burlona acusación de ociosidad, por la cual, dijo, deseaban ir al desierto con el propósito de sacrificar. Se les ordenó que volvieran a su trabajo, que no debía disminuir en modo alguno, sino que debía ser exigido en todas partes. Cuando regresaban, se encontraron con Moisés y Aarón, y les gritaron: "El Señor os mire y os juzgue; porque habéis hecho que nuestro sabor sea aborrecible a los ojos del Faraón y a los ojos de sus siervos, para que pongan una espada en su mano para matarnos."

Cuando los ancianos hebreos reprocharon así a Moisés, éste se afligió mucho. Los sufrimientos del pueblo habían aumentado mucho. Por todo el país se elevó un grito de angustia de hombres, mujeres y niños; y todos se unieron para acusar a Moisés de este desastroso cambio en su condición. Solo se presentó ante Dios, con el amargo clamor,

"Señor, ¿por qué has tratado tan mal a este pueblo? ¿Por qué me has enviado? Porque desde que vine a Faraón a hablar en tu nombre, él ha hecho mal a este pueblo; ni tú has librado a tu pueblo en absoluto." La respuesta que le dio Jehová fue,

"Ahora verás lo que haré a Faraón; porque con mano fuerte los dejará ir, y con mano fuerte los echará de su tierra". Y entonces se le recordó el pacto que Dios había hecho con sus antepasados, y se le aseguró que se cumpliría fielmente.

Los hebreos habían esperado ser liberados de la esclavitud sin ninguna prueba particular de fe, ni ningún sufrimiento de su parte. Pero aún no estaban preparados para ser liberados. Tenían muy poca fe, y no estaban dispuestos a sufrir pacientemente sus aflicciones, hasta que Dios obrara para ellos una liberación gloriosa.

Muchos años habían estado los hijos de Israel en servidumbre a los egipcios. Sólo unas pocas familias bajaron a Egipto, pero se habían convertido en una gran multitud. Y al estar rodeados de idolatría, muchos habían perdido el conocimiento del Dios verdadero y habían olvidado su ley. Sin embargo, había entre ellos algunos que aún adoraban al Dios vivo, el Hacedor de los cielos y de la tierra. Se afligían al ver que sus hijos presenciaban diariamente, e incluso participaban, en las abominaciones de los ídolos que los rodeaban, y se inclinaban ante deidades egipcias, hechas de madera y piedra, y ofrecían sacrificios a estos objetos sin sentido. En su angustia, los fieles clamaron al Señor por la liberación del yugo egipcio; para que los sacara de Egipto, donde podrían estar libres de la idolatría y de las influencias corruptoras que los rodeaban.

No ocultaron su fe, sino que reconocieron abiertamente ante los egipcios que servían al único Dios vivo y verdadero. Ensayaron las evidencias de su existencia y poder, desde la creación. Los egipcios tuvieron así la oportunidad de conocer la fe de los hebreos y a su Dios. Intentaron subvertir a los fieles adoradores del Dios verdadero mediante amenazas, promesas de recompensa y tratos crueles.

Los ancianos de Israel trataron de alentar la fe de sus hermanos, que se hundía, refiriéndose a la promesa hecha a Abraham y a las palabras proféticas de José antes de su muerte, que predecían su liberación de Egipto. Algunos escucharon y creyeron. Otros miraron su triste condición y no quisieron esperar. Cuando los egipcios se enteraron de las expectativas de los hijos de Israel, se burlaron de sus esperanzas de liberación y hablaron con desprecio del poder de su Dios. Les señalaron su propia situación, como mera nación de esclavos, y les dijeron burlescamente: "Si vuestro Dios es tan justo y misericordioso, y posee un poder superior al de los dioses egipcios, ¿por qué no os hace un pueblo libre? ¿Por qué no manifiesta su grandeza y su poder y os exalta? Los egipcios llamaron

entonces la atención sobre su propio pueblo, que adoraba a dioses de su propia elección, que los israelitas calificaron de falsos dioses. Exultantes, dijeron que sus dioses los habían prosperado y les habían dado alimentos, vestidos y grandes riquezas, y que también habían entregado a los israelitas en sus manos para que les sirvieran, y que tenían poder para oprimirlos y destruir sus vidas, de modo que no fueran pueblo.

El faraón se jactó de que le gustaría ver a su Dios liberarlos de sus manos. Estas palabras destruyeron las esperanzas de muchos de los hijos de Israel. Les pareció muy parecido a lo que el rey y sus consejeros habían dicho. Sabían que eran tratados como esclavos y que debían soportar el grado de opresión que sus capataces y gobernantes decidieran infligirles. Sus hijos varones habían sido cazados y asesinados. Sus propias vidas eran una carga; y creían y adoraban al Dios del Cielo. Luego contrastaron su condición con la de los egipcios. Estos últimos adoraban al sol, a la luna y a las estrellas, y también a las bestias e incluso a las imágenes, obra de sus propias manos; sin embargo, eran prósperos y ricos. Y algunos de los hebreos pensaron que si el Señor estaba por encima de todos los dioses, no los dejaría así como esclavos de una nación idólatra.

Los fieles siervos de Dios comprendieron que el Señor los había obligado a ir a Egipto a causa de su infidelidad a él como pueblo y de su disposición a casarse con otras naciones, llevándolos así a la idolatría. Y declararon firmemente a sus hermanos que Dios rompería pronto su yugo opresor.

Pero muchos de los hebreos estaban contentos de permanecer en la esclavitud, en lugar de ir a un nuevo país, y hacer frente a las dificultades que acompañan a tal viaje; y los hábitos de algunos se habían vuelto tan parecidos a los de los egipcios que preferían vivir en Egipto. Por lo tanto, el Señor no los liberó con el primer despliegue de sus señales y prodigios ante el Faraón. Él anuló los acontecimientos para desarrollar más plenamente el espíritu tiránico del rey egipcio, y también mediante manifestaciones del poder todopoderoso, para dar a los israelitas puntos de vista más exaltados del carácter divino, para que estuvieran ansiosos de salir de Egipto y elegir el servicio del Dios verdadero y misericordioso. La tarea de Moisés habría sido mucho más fácil, si muchos de los israelitas no se hubieran corrompido hasta el punto de no querer salir de Egipto.

11 de marzo de 1880

Las plagas sobre Egipto

EGW

El Señor ordenó a Moisés que se dirigiera de nuevo a los hijos de Israel y les repitiera la promesa de liberación, con una nueva garantía del favor divino. Moisés fue como se le había ordenado; pero el pueblo no estaba de humor para recibirle; sus corazones estaban llenos de amargura, el látigo seguía resonando en sus oídos, el grito de angustia y desamparo ahogaba todos los demás sonidos, y no quisieron escuchar. Moisés inclinó la cabeza humillado y decepcionado, y de nuevo oyó la voz de Dios: "Entra y habla a Faraón, rey de Egipto, para que deje salir de su tierra a los hijos de Israel." El hombre desalentado replicó: "Si los hijos de Israel, tu pueblo circuncidado, no me escuchan, ¿cómo me escuchará el Faraón, que es incircunciso e idólatra? El corazón de Moisés parecía totalmente destrozado. Sin embargo, se le mantuvo en su deber. Ahora se le dijo que llevara consigo a Aarón, y se le ordenó: "Dirás todo lo que yo te mande"; se le dijo que fuera ante el Faraón y le pidiera de nuevo "que envíe a los hijos de Israel fuera de su tierra". Se le informó que el monarca no daría su consentimiento hasta que Dios pusiera su mano en juicio sobre Egipto y sacara a Israel con su poder todopoderoso. Cada castigo que el rey rechazara haría que el siguiente castigo fuera más severo y cercano, hasta que su orgulloso corazón se humillara y reconociera al Hacedor de los cielos y de la tierra como el Dios vivo y todopoderoso. El Señor sacaría a su pueblo de su larga servidumbre de una manera señalada, dando a los egipcios la oportunidad de exhibir la débil sabiduría de sus poderosos hombres, y de oponer el poder de sus dioses al Dios del Cielo. Les mostraría por medio de su siervo Moisés que el Hacedor de los cielos y de la tierra es el Dios vivo y todopoderoso, por encima de todos los dioses; que su fuerza es más poderosa que la del más fuerte, que la Omnipotencia podía sacar a su pueblo con mano alta y brazo extendido. Castigaría a los egipcios por su idolatría y por su orgullosa jactancia de las misericordias que les concedían sus dioses insensatos. Dios glorificaría su propio nombre, para que otras naciones oyeran de su poder y temblaran ante sus poderosos actos, y para que su pueblo se convirtiera completamente de su idolatría para rendirle una adoración pura.

Obedeciendo al mandato de Dios, Moisés y Aarón entraron de nuevo en los salones señoriales del rey de Egipto. Allí, rodeados de columnas macizas y ricamente esculpidas, y de la magnificencia de ricas colgaduras y adornos de plata y oro y piedras preciosas, ante el monarca del reino más poderoso que existía entonces, estaban estos dos hombres de la raza despreciada, uno con una vara en la mano, venidos una vez más para entregarle su petición de que dejara ir a su pueblo.

El rey exigió un milagro. Moisés y Aarón habían recibido previamente instrucciones de Dios sobre cómo actuar en caso de que se produjera tal demanda, y Aarón tomó ahora la vara y la arrojó ante el rey. Se convirtió en serpiente. El monarca mandó llamar a sus "sabios y hechiceros", quienes, a su orden, "echó cada uno su vara, y se convirtieron en serpientes; pero la vara de Aarón tragó las varas de ellos". El único efecto sobre el rey fue hacerle más asentado y firme en su propósito que antes.

Los magos no hicieron realmente que sus varas se convirtieran en serpientes, sino que por arte de magia, ayudados por el gran engañador, las hicieron aparecer como serpientes, para falsificar la obra de Dios. Satanás ayudó a sus siervos para engañar al pueblo y alentarlos en su rebelión. Faraón se aferraba a la menor evidencia que podía obtener para justificarse en su resistencia a la obra de Dios realizada por Moisés y Aarón. Les dijo a estos siervos de Dios que sus magos podían hacer todas estas maravillas. La diferencia entre la obra de Dios y la de los magos era que una era de Dios, la otra de Satanás. Una era verdadera, la otra falsa.

A Moisés y a su hermano se les ordenó que se reunieran con el rey cuando éste visitara el río por la mañana y, de pie en su orilla, le repitieran de nuevo su mensaje y, como prueba de que Dios les había enviado, extendieran la vara sobre las aguas en todas direcciones, convirtiéndolas así en sangre. Así se hizo, y el río corrió sangre, y toda el agua de sus casas se convirtió en sangre, los peces murieron, y el agua se volvió ofensiva al olfato. Pero "los magos de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos", cambiando de la misma manera el agua sacada de los pozos. Pero el rey endureció su corazón y se negó a ceder. Durante siete días continuó la plaga, y los habitantes se vieron obligados a cavar pozos para abastecerse de agua.

Se hizo un nuevo esfuerzo para conmover al rey. Se extendió de nuevo la vara sobre las aguas, y las ranas surgieron del río y se esparcieron por el país, por las casas, las alcobas, los hornos y las amasaderas. Los magos, con sus encantamientos, parecían traer animales similares. La molestia general pronto se hizo tan intolerable que el rey se empeñó en eliminarla. Pero aunque los magos habían logrado producir ranas, no pudieron eliminarlas. Cuando el Faraón vio esto, se sintió un poco humillado, y pidió a Moisés y a Aarón que suplicaran al Señor por él, para que se detuviera la plaga. Le recordaron al altivo rey su antigua jactancia, y le preguntaron dónde estaba ahora el cacareado poder de sus magos; luego le pidieron que fijara una hora para sus oraciones, y a la

hora especificada la causa viva fue eliminada, aunque el efecto permaneció; pues las ranas, al perecer, contaminaron la atmósfera.

La obra de los magos había hecho creer al Faraón que estos milagros se realizaban por arte de magia; pero tenía abundantes pruebas de que no era así cuando la plaga de ranas fue eliminada. El Señor podía haberlas hecho desaparecer y volver a convertirse en polvo en un momento; pero no lo hizo, no fuera a ser que, una vez eliminadas, el rey y los egipcios dijeran que era fruto de la magia, como la obra de los magos. Las ranas murieron y fueron amontonadas. Aquí el rey y todo Egipto tuvieron la evidencia que su vana filosofía no podía disponer, que este trabajo no fue realizado por magia, sino que fue un juicio del Dios del Cielo.

Cuando el rey se vio aliviado de su angustia inmediata, volvió a negarse obstinadamente a dejar marchar a Israel. Aarón, por orden de Dios, extendió su mano e hizo que el polvo de la tierra se convirtiera en piojos por toda la tierra de Egipto. El Faraón pidió a los magos que hicieran lo mismo con sus encantamientos, pero no pudieron. Se demostró así que la obra de Dios era superior al poder de Satanás. Los mismos magos reconocieron que su poder imitativo había llegado a su fin, diciendo: "Este es el dedo de Dios". Pero el rey seguía impasible.

Todavía se hizo otra prueba, después de otro llamamiento a "dejar ir a la gente". Las moscas llenaban las casas y pululaban por el suelo, de modo que "la tierra se corrompió a causa del enjambre de moscas". No eran moscas como las que nos molestan inofensivamente en algunas estaciones del año, sino que eran grandes y venenosas. Su picadura era muy dolorosa para el hombre y la bestia. Anteriormente se había dicho que la tierra de Goshen estaría exenta de esta visita, lo cual se comprobó que era cierto.

El Faraón mandó llamar a los dos hermanos y les dijo que permitiría a los israelitas ofrecer sacrificios en el propio Egipto, pero esta oferta fue rechazada. Ciertos animales eran considerados como objetos de culto por los egipcios, y tal era la reverencia que sentían por estas criaturas que matar a una, aunque fuera accidentalmente, era un crimen castigado con la muerte. Moisés aseguró al rey que les era imposible ofrecer sacrificios a Dios en la tierra de Egipto, pues podían escoger para su ofrenda alguno de los animales que los egipcios consideraban sagrados.

Moisés propuso de nuevo ir tres días de camino al desierto. El rey consintió y rogó a los siervos de Dios que suplicaran que la plaga desapareciera. Ellos

prometieron hacerlo, pero le advirtieron que no les engañara. La plaga cesó ante sus ruegos. Pero el corazón del rey se había endurecido por su persistente rebelión, y seguía negándose a dejar marchar al pueblo.

18 de marzo de 1880

Las plagas de Egipto

(Concluido.)

EGW

El Faraón fue advertido ahora de una visita aún más terrible, la de la lluvia sobre todo el ganado egipcio que estaba en el campo. Se dijo claramente que los hebreos estarían exentos de este mal. La plaga sobrevino, como se había predicho, y el Faraón, al enviar mensajeros a las casas de los israelitas, comprobó que habían escapado por completo. Sin embargo, el rey se obstinó, y fue alentado en su persistencia por los sacerdotes y magos.

Pero también debían sentir los juicios de Dios. Moisés y Aarón recibieron la orden de tomar cenizas del horno y esparcirlas por el aire ante el Faraón. Al hacerlo, las finas partículas se esparcieron como polvo por toda la tierra de Egipto, y donde se asentaron se convirtieron en un "hervor que brotaba con llamaradas sobre hombres y bestias." Los magos no pudieron, mediante ninguno de sus encantamientos, protegerse de la grave plaga. Ya no podían presentarse ante Moisés y Aarón, a causa de esta aflicción. Se permitió así a los egipcios ver cuán inútil sería para ellos poner su confianza en el presumido poder de los magos, cuando no podían proteger ni siquiera a sus propias personas.

Pero el monarca no cedió. Y el Señor le envió un mensaje declarando: "Enviaré en este momento todas mis plagas sobre tu corazón, sobre tus siervos y sobre tu pueblo, para que sepas que no hay nadie como yo en toda la tierra." Luego se amenazó con una plaga de granizo que destruiría el ganado y a todo hombre que se encontrara en el campo. Esta fue una oportunidad para poner a prueba el orgullo de los egipcios, y para mostrar cuántos estaban realmente afectados por los maravillosos tratos de Dios con su pueblo. Todos los que hicieron caso de la palabra del Señor recogieron su ganado en graneros y casas, mientras que los que no creyeron en la advertencia dejaron sus animales en el campo. Al proporcionar así una vía de escape a todos los que decidieron actuar conforme a la advertencia dada, vemos la misericordia de Dios en medio del juicio.

La tormenta llegó al día siguiente, tal como se había predicho: truenos y granizo, y fuego mezclado con ellos, destruyendo toda hierba, destrozando árboles y hiriendo a hombres y bestias. Hasta entonces ninguno de los egipcios había perdido la vida, pero ahora la muerte y la desolación seguían el rastro del ángel destructor. Sólo se salvó la tierra de Gosén. Aquí el Señor demostró a los egipcios que toda la tierra está bajo el mando del Dios de los hebreos, que hasta los elementos obedecen su voz. Aquí también se cumplió la profecía: "Mi pueblo habita en morada de paz, y en morada segura, y en lugares de reposo tranquilos; cuando granizare, descendiendo sobre el bosque, y la ciudad se abatire en un lugar bajo". La única seguridad verdadera de las naciones y de los individuos es ser obedientes a la voz de Dios, y estar siempre del lado de la verdad y de la justicia. Faraón se humilló ahora y dijo: "He pecado, el Señor es justo, y yo y mi pueblo somos impíos". Suplicó a los siervos de Dios que intercedieran ante él para que cesaran los terribles truenos y relámpagos.

Moisés sabía que la contienda no había terminado, porque comprendía el funcionamiento del corazón humano que se levanta en orgulloso desafío contra Dios. Las confesiones y promesas del Faraón no se hicieron porque hubiera algún cambio en su mente o en su corazón; sino que el terror y la angustia lo obligaron, por el momento, a ceder en la controversia con Dios. Moisés, sin embargo, prometió acceder a su petición, como si su confesión fuese genuina y su arrepentimiento sincero, pues no le daría ocasión para futuras muestras de obstinación. Y a pesar de la terrible guerra de los elementos, salió sin temor, dando así testimonio al Faraón y a su ejército de la protección divina mientras se dedicaba a hacer la obra que le había encomendado el Señor.

Al salir de la ciudad "extendió sus manos al Señor, y cesaron los truenos y el granizo, y no se derramó lluvia sobre la tierra". Pero tan pronto como pasaron las terribles exhibiciones del poder divino, el corazón del rey volvió a su obstinación y rebelión.

El Señor manifestaba su poder para confirmar la fe de su pueblo Israel en él como único Dios vivo y verdadero. Les daría pruebas inequívocas de la diferencia que establecía entre los egipcios y su pueblo. Haría que todas las naciones supieran que, aunque habían sido sometidos a trabajos forzados y despreciados, los había escogido como su pueblo peculiar, y que obraría por su liberación de una manera maravillosa.

Debido a la larga asociación con los egipcios y a la continua contemplación de la imponente adoración de los ídolos, la idea que los hebreos tenían del Dios

vivo y verdadero se había degradado. Cualquier referencia que hacían a Él era tratada con desprecio por los egipcios, que señalaban su esclavitud y se burlaban de la idea de que su Dios fuera digno de respeto. ¡Qué había hecho por su pueblo! Veían que los egipcios idólatras disfrutaban de una prosperidad abundante, mientras que ellos eran burlados continuamente con la observación: "Vuestro Dios os ha abandonado"; pero mediante sus poderosas obras, el Señor enseñaría ahora a su pueblo su carácter y autoridad divina, y les mostraría la total inutilidad de los falsos dioses.

El Señor, en su providencia, había colocado en el trono a un hombre cuyo orgullo y terquedad eran tan grandes que se negaría desafiantemente a obedecer su voz, y al hacerlo revelaría su espíritu altivo y tiránico, y establecería plenamente el poder, la autoridad y la justicia de Dios. Así todas las naciones idólatras podrían oír y saber que el Dios de Israel es el Señor de toda la tierra.

Entonces "Jehová dijo a Moisés: Entra a Faraón, porque yo he endurecido su corazón y el corazón de sus siervos, para mostrar estas señales delante de él; y para que cuentes a oídos de tu hijo y del hijo de tu hijo las cosas que he hecho en Egipto, y mis señales que he hecho entre ellos; para que sepáis cómo yo soy Jehová."

Moisés acudió de acuerdo con el mandato divino y advirtió al monarca que, si seguía obstinado, le sería enviada una plaga de langostas que cubriría la faz de la tierra y devoraría toda cosa verde que se hubiera salvado; llenarían todas las casas, hasta el mismo palacio; un azote tal que "ni tus padres ni los padres de tus padres han visto". Al rey se le permitió elegir entre humillarse ante Dios o negarse y sufrir los efectos de la plaga.

Los consejeros del faraón se horrorizaron ante este nuevo peligro. Habían sufrido grandes pérdidas con la muerte de su ganado. El granizo había matado a muchos de los suyos. Sus bosques estaban destrozados y sus cosechas destruidas. Todo estaba en ruinas y perdían rápidamente todo lo que habían ganado con el trabajo de los hebreos. Por fin se dirigieron al rey: "¡Hasta cuándo será este hombre una trampa para nosotros! Deja ir a los hombres, para que sirvan al Señor su Dios. ¿No sabes aún que Egipto está destruido?"

Entonces Moisés y Aarón fueron llamados de nuevo, y el monarca les dijo: "Id, servid al Señor vuestro Dios; pero ¿quiénes son los que irán?"

La respuesta fue: "Iremos con nuestros jóvenes y con nuestros ancianos, con nuestros hijos y con nuestras hijas, con nuestros rebaños y con nuestras manadas iremos, porque debemos celebrar una fiesta al Señor."

El rey se llenó de ira. "Que el Señor sea así contigo", gritó, "pues te dejaré ir a ti y a tus pequeños. Mirad, pues el mal está ante vosotros". Y fueron expulsados de la presencia del faraón.

En esta respuesta, el rey muestra su desprecio por el mandato divino. Que Dios os exija, si quiere, que os llevéis a vuestros pequeños. ¿Piensa vuestro Dios que os dejaré ir, con vuestras mujeres e hijos, a una expedición tan peligrosa? No lo haré; sólo vosotros, que sois hombres, iréis a servir al Señor. Este rey de corazón duro y opresor, que había tratado de destruir a los israelitas mediante trabajos forzados, pretendía ahora que tenía un profundo interés en su bienestar y un tierno cuidado por sus pequeños, cuando sólo pretendía quedárselos como prenda de su regreso.

El desprecio y la incredulidad del Faraón no tuvieron poder para detener los juicios de Dios. Se le ordenó a Moisés que extendiera su mano sobre la tierra, y sopló un viento del este, y trajo langostas, "muy graves; antes de ellas no hubo langostas como ellas, ni después de ellas las habrá". Llenaron el cielo hasta oscurecer la tierra, y devoraron toda cosa verde, en el suelo y entre los árboles.

El rey mandó llamar apresuradamente a Moisés y a Aarón, y les dijo: "He pecado contra el Señor, vuestro Dios, y contra vosotros. Ahora, pues, te ruego que perdones mi pecado sólo esta vez, y ruega al Señor tu Dios que me quite esta muerte solamente."

Así lo hicieron, y se levantó un fuerte viento del oeste, que arrastró las langostas hacia el Mar Rojo, de modo que no quedó ni una. Pero a pesar de la humildad del rey mientras le amenazaba la muerte, en cuanto desapareció la plaga endureció su corazón y volvió a negarse a dejar marchar a Israel.

El pueblo de Egipto estaba desesperado. Los azotes que ya habían caído sobre ellos parecían casi insoportables, y estaban llenos de temores por el futuro. El pueblo había adorado al faraón como representante de su dios y ejecutor de sus designios. Pero, a pesar de ello, muchos estaban convencidos de que estaba oponiendo su voluntad a un poder superior que tenía a todas las naciones bajo su control. De repente, una oscuridad se asentó sobre la tierra, tan densa y negra que parecía una oscuridad que se podía sentir. No sólo el pueblo estaba privado de luz, sino que la atmósfera era muy opresiva, de modo que la respiración se

hacía difícil. "No se veían unos a otros, ni ninguno se levantó de su lugar durante tres días". Pero todos los hijos de Israel tenían luz y una atmósfera pura en sus moradas.

Los egipcios estaban sumidos en la mayor perplejidad. Los esclavos hebreos eran continuamente favorecidos por Dios, y empezaban a confiar en que serían liberados. Los capataces no se atrevían a ejercer su crueldad como hasta entonces, temiendo que la inmensa hueste hebrea se levantara y se vengara de los abusos que ya habían sufrido.

Esta terrible oscuridad duró tres días, y durante ese tiempo no pudieron llevarse a cabo las ajetreadas actividades de la vida. Este era el plan de Dios. Les daría tiempo para reflexionar y arrepentirse antes de traer sobre ellos el último y más terrible azote, la muerte de los primogénitos. Quitaría todo lo que pudiera desviar su atención y les daría tiempo para meditar, dando así una nueva prueba de su compasión y de su falta de voluntad para destruir.

Al cabo de los tres días de oscuridad, el faraón mandó llamar a Moisés y le dijo: "Anda, sirve al Señor; sólo deja que se detengan tus rebaños y tus manadas. Que vayan también con vosotros vuestros niños". La respuesta fue: "Debes darnos también sacrificios y holocaustos, para que sacrifiquemos al Señor, nuestro Dios. Nuestro ganado también vendrá con nosotros; no quedará ni una pezuña; porque de él hemos de tomar para servir al Señor nuestro Dios; y no sabemos con qué hemos de servir al Señor, hasta que lleguemos allá."

El rey se mostró severo y decidido. "Apártate de mí", gritó, "cuídate, no veas más mi rostro; porque ese día que veas mi rostro, morirás". La respuesta fue: "Has hablado bien; no volveré a ver tu rostro".

A medida que Moisés había sido testigo de las maravillosas obras de Dios, su fe se había fortalecido y su confianza se había afianzado. Dios le había capacitado, mediante manifestaciones del poder divino, para ponerse al frente de los ejércitos de Israel y, como pastor de su pueblo, sacarlo de Egipto. Su firme confianza en Dios lo elevaba por encima del temor. Esta valentía en presencia del rey, molestó su altivo orgullo, y profirió la amenaza de matar al siervo de Dios. En su ceguera, no se dio cuenta de que estaba conteniendo no sólo contra Moisés y Aarón, sino contra el poderoso Jehová, el hacedor de los cielos y de la tierra. Si el faraón no hubiera estado cegado por su rebelión, habría sabido que Aquel que podía realizar milagros tan poderosos como los que se habían llevado a cabo, preservaría la vida de sus siervos elegidos, aunque tuviera que matar al rey de Egipto. Moisés había obtenido el favor del pueblo.

Era considerado un personaje maravilloso, y el rey no se atrevería a hacerle daño.

Moisés tenía aún otro mensaje para el rey rebelde, y antes de abandonar su presencia declaró sin temor la palabra del Señor: "Hacia la medianoche saldré en medio de Egipto; y morirá todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito del Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está detrás del molino, y todo primogénito de las bestias. Y habrá un gran clamor en toda la tierra de Egipto, como no lo hubo ni lo habrá jamás. Pero contra ninguno de los hijos de Israel moverá el perro su lengua, ni contra hombre ni contra animal; para que sepáis cómo pone Jehová diferencia entre los egipcios e Israel. Y todos estos tus siervos descenderán a mí, y se inclinarán ante mí, diciendo: Sal tú, y todo el pueblo que te sigue; y después de esto yo saldré."

Cuando Moisés describió fielmente la naturaleza y los efectos de la última terrible plaga, el rey se enfureció sobremanera. Se enfureció porque no podía intimidar a Moisés y hacerlo temblar ante la autoridad real. Pero el siervo de Dios se apoyó en un brazo más poderoso que el de cualquier monarca terrenal.

25 de marzo de 1880

La Pascua judía

EGW

El Señor dio a Moisés instrucciones especiales para los hijos de Israel, con respecto a lo que debían hacer para preservarse a sí mismos y a sus familias de la temible plaga que estaba a punto de enviar sobre los egipcios. Moisés también debía dar instrucciones a su pueblo con respecto a su salida de Egipto. En aquella noche, tan terrible para los egipcios y tan gloriosa para el pueblo de Dios, se instituyó la solemne ordenanza de la Pascua. Por mandato divino, cada familia, sola o en unión de otras, debía degollar un cordero o un macho cabrío "sin defecto", y con un manojo de hisopo rociar su sangre sobre "los dos postes laterales y sobre el dintel superior" de sus casas, como señal de que el ángel destructor, que llegaría a medianoche, no entraría en aquella morada. Debían comer la carne asada, con hierbas amargas, por la noche, como dijo Moisés, "con vuestros lomos ceñidos, vuestros zapatos en vuestros pies, y vuestro bastón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la Pascua del Señor". Este nombre fue dado en memoria del paso del ángel por sus moradas; y tal fiesta

debía ser observada como un memorial por el pueblo de Israel en todas las generaciones futuras.

La levadura obra secretamente, y es un emblema adecuado de la hipocresía y el engaño. Y en esta ocasión los hijos de Israel debían abstenerse del pan leudado para que sus mentes quedaran impresionadas con el hecho de que Dios requiere verdad y sinceridad en su adoración. Las hierbas amargas representaban su larga y amarga servidumbre en Egipto, también la esclavitud del pecado. No bastaba con degollar el cordero y rociar con su sangre los postes de la puerta, sino que había que comerlo, representando así la estrecha unión que debía existir entre Cristo y sus seguidores.

Se requería una obra de los hijos de Israel, para probarlos y mostrar su fe en la gran liberación que Dios había estado llevando a cabo para ellos. Para escapar del terrible juicio que estaba a punto de caer sobre Egipto, la señal de la sangre debía verse sobre sus casas. Se les ordenó que se separaran de los egipcios, junto con sus hijos, y que los reunieran en sus propias casas; porque si alguno de los israelitas era encontrado en las moradas de los egipcios, caería bajo la mano del ángel destructor. También se les ordenó que celebraran la fiesta de la Pascua como una ordenanza, para que cuando sus hijos preguntaran qué significaba tal servicio, les relataran su maravillosa preservación en Egipto: Que cuando el ángel destructor salió por la noche para matar a los primogénitos de los hombres y a los primogénitos de las bestias, pasó por encima de sus casas, y ni uno solo de los hebreos que tenía la señal de la sangre en el dintel de su puerta fue muerto.

El pueblo inclinó la cabeza y adoró, agradecido por este memorial extraordinario dado para preservar en sus hijos el recuerdo del cuidado de Dios por su pueblo. Hubo un buen número de egipcios que fueron inducidos a reconocer, por las manifestaciones de los signos y prodigios mostrados en Egipto, que los dioses que habían adorado carecían de conocimiento y no tenían poder para salvar o destruir, y que el Dios de los hebreos era el único Dios verdadero. Suplicaron que se les permitiera ir a las casas de los israelitas con sus familias en aquella noche temible en que el ángel de Dios mataría a los primogénitos de los egipcios. Los hebreos acogieron en sus casas a estos egipcios creyentes, y éstos se comprometieron a elegir en adelante al Dios de Israel como su Dios, y a abandonar Egipto e ir con los israelitas a adorar al Señor.

La Pascua señalaba hacia atrás la liberación de los hijos de Israel, y también era típica, señalando hacia adelante a Cristo, el Cordero de Dios, inmolado para la

redención del hombre caído. La sangre rociada sobre los postes de la puerta prefiguraba la sangre expiatoria de Cristo, y también la continua dependencia del hombre pecador de los méritos de esa sangre para estar a salvo del poder de Satanás, y para la redención final. Cristo comió la cena pascual con sus discípulos justo antes de su crucifixión, y la misma noche, instituyó la ordenanza de la cena del Señor, para ser observada en conmemoración de su muerte. Hasta entonces, la Pascua se había celebrado para conmemorar la liberación de los hijos de Israel de Egipto. Pero en su lugar dejó ahora una ordenanza para conmemorar los acontecimientos de su crucifixión. Después de participar de la pascua con sus discípulos, Cristo se levantó de la mesa y les dijo: "Con deseo he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer". Luego realizó el humillante oficio de lavar los pies a sus discípulos. Cristo dio a sus seguidores la ordenanza de lavar los pies para que la practicasen, lo que les enseñaría lecciones de humildad. Conectó esta ordenanza con la cena. Quiso que fuera un tiempo de autoexamen, para que su pueblo tuviera la oportunidad de conocer los verdaderos sentimientos de su corazón hacia Dios y hacia los demás. Si el orgullo existía en sus corazones, cuán pronto sería descubierto por los que se esforzaban honestamente, al comprometerse en este humilde deber. Si existía egoísmo u odio, se descubriría más fácilmente cuando se comprometieran en esta humilde obra. Esta ordenanza tenía por objeto dar lugar a confesiones mutuas y aumentar los sentimientos de tolerancia, perdón de los errores de los demás y verdadero amor, como preparación para participar en la solemne ordenanza de conmemorar los sufrimientos y la muerte de Cristo. Él amó a sus discípulos lo suficiente como para morir por ellos. Les exhortó a amarse los unos a los otros, como Él les había amado.

El ejemplo de lavar los pies a sus discípulos fue dado en beneficio de todos los que creyeran en Él. Él les exigía que siguieran su ejemplo. Esta humilde ordenanza fue diseñada no sólo para probar su humildad y fidelidad, sino para mantener fresco en su memoria que la redención de su pueblo fue comprada a condición de humildad y obediencia continua de su parte. "Así que, después de lavarles los pies, tomó sus vestidos y se sentó de nuevo, y les dijo: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien; porque lo soy. Pues si yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque os he dado ejemplo, para que hagáis como yo he hecho con vosotros. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que el que lo envió. Si sabéis estas cosas, felices seréis si las ponéis por obra."

Jesús volvió a sentarse a la mesa, en la que había pan y vino sin fermentar, dispuestos según las indicaciones de Cristo. Parecía muy apenado. "Y tomando el pan, y habiendo dado gracias, lo partió y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado. Haced esto en memoria mía. Asimismo también la copa después de cenar, diciendo: Esta copa es el nuevo testamento en mi sangre, que por vosotros se derrama." "En verdad os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el reino de Dios."

Aquí instituyó nuestro Salvador la cena del Señor, que debía celebrarse a menudo, para mantener frescas en la memoria de sus seguidores las solemnes escenas de su traición y crucifixión por los pecados del mundo. Quería que sus seguidores se dieran cuenta de su continua dependencia de su sangre para la salvación. El pan partido era un símbolo del cuerpo partido de Cristo, entregado para la salvación del mundo. El vino era símbolo de su sangre, derramada para la purificación de los pecados de todos los que acudieran a él en busca de perdón y lo recibieran como Salvador.

La salvación de los hombres depende de una aplicación continua a sus corazones de la sangre purificadora de Cristo. Por lo tanto, la cena del Señor debía observarse con más frecuencia que la pascua anual. Esta solemne ordenanza conmemora un acontecimiento mucho mayor que la liberación de los hijos de Israel de Egipto. Esa liberación fue típica de la gran expiación que Cristo hizo mediante el sacrificio de su propia vida para la redención final de su pueblo.

1 de abril de 1880

Israel abandona Egipto

EGW

Los hijos de Israel habían seguido las instrucciones que Dios les había dado; y mientras el ángel de la muerte pasaba de casa en casa entre los egipcios, ellos estaban todos listos para su viaje, y esperando que el rey rebelde y sus grandes hombres les ordenaran partir. "A medianoche, hubo un gran clamor en Egipto; porque no había casa donde no hubiese un muerto". Todos los primogénitos del país, "desde el primogénito del Faraón que se sentaba en su trono, hasta el primogénito del cautivo que estaba en la mazmorra, y todos los primogénitos del ganado", habían sido alcanzados por el destructor. Cuando los egipcios habían visto los grandes preparativos hechos por el pueblo de Dios para aquella terrible noche, se habían burlado de sus esperanzas, y ridiculizado la señal de

sangre en los postes de sus puertas. Pero ahora hubo lamentos en todo Egipto. Faraón recordó su orgullosa jactancia: "¿Quién es el Señor, para que yo obedezca su voz y deje ir a Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel". Su altivo orgullo fue humillado. Llamó de noche a Moisés y a Aarón, y les dijo: "Levantaos y salid de en medio de mi pueblo, vosotros y los hijos de Israel; e id, servid al Señor, como habéis dicho. Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho, y marchaos; y bendecidme también a mí." Esperaba que una bendición de Dios lo protegiera de los efectos ulteriores de aquella terrible plaga. Los oficiales del rey y el pueblo se unieron para implorar a los israelitas que se marcharan, porque, dijeron. "Todos seremos hombres muertos".

"Y el pueblo tomó su masa antes que leudase, atadas sus amasaderas en sus vestidos sobre sus hombros. E hicieron los hijos de Israel conforme a la palabra de Moisés, y pidieron prestado a los egipcios alhajas de plata, alhajas de oro y vestidos. Y Jehová favoreció al pueblo a los ojos de los egipcios, y les prestaron cuanto pidieron; y despojaron a los egipcios."

El Señor reveló esto a Abraham unos cuatrocientos años antes de que se cumpliera: "Ten por cierto que tu descendencia será forastera en tierra ajena, y les servirá; y los afligirán cuatrocientos años. Y también juzgaré a esa nación a la que servirán, y después saldrán con gran riqueza."

Aunque los israelitas salieron apresuradamente de Egipto, estaban dispuestos en orden, divididos en compañías, con un jefe para cada una. Una "multitud mixta" los acompañaba, y "rebaños y manadas, y mucho ganado". Este último era propiedad de los israelitas, que nunca habían vendido sus posesiones al rey. Jacob y sus hijos habían llevado consigo sus rebaños y manadas a Egipto, donde habían aumentado mucho. Los hijos de Israel también se habían vuelto sumamente numerosos, y era una vasta compañía la que al despuntar el día se ponía en camino desde la tierra de servidumbre.

"Y aconteció que cuando Faraón hubo dejado ir al pueblo, Dios no lo condujo por el camino de la tierra de los filisteos, aunque estaba cerca; porque dijo Dios: No sea que el pueblo se arrepienta al ver la guerra, y se vuelva a Egipto. Pero Dios condujo al pueblo por el camino del desierto del Mar Rojo". "Y Moisés tomó consigo los huesos de José, porque había jurado firmemente a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará; y vosotros llevaréis mis huesos lejos de aquí con vosotros. Y partiendo de Sucot, acamparon en Etam, al borde del desierto. Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube, para

guiarles el camino; y de noche en una columna de fuego, para alumbrarles; para que anduviesen de día y de noche. No quitó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni la columna de fuego de noche."

El Señor sabía que su pueblo encontraría oposición si intentaba atravesar la tierra de los filisteos. Estos considerarían a los israelitas como fugitivos que escapaban de sus legítimos amos, y les harían la guerra. Al llevarlos por el camino del Mar Rojo, el Señor se reveló como un Dios compasivo, así como un Dios de juicio. Informó a Moisés de que el faraón los perseguiría y le indicó dónde acampar ante el mar. Dijo a Moisés que sería honrado ante el faraón y todo su ejército.

Después de que los hebreos hubieron salido de Egipto, los consejeros del Faraón le informaron de que sus siervos habían huido y nunca más volverían a servirle. Los egipcios lamentaron haber sido tan necios como para pensar que la muerte de su primogénito era el resultado del poder de Dios. Con amargura se preguntaban unos a otros: "¿Por qué hemos hecho esto, que hemos dejado que Israel deje de servirnos?". Era una gran pérdida verse privados del servicio de estos trabajadores, y a pesar de todo lo que los egipcios habían sufrido por los juicios de Dios, estaban tan endurecidos por su continua rebelión que decidieron perseguir a los israelitas y hacerlos volver por la fuerza.

El faraón preparó un ejército bien equipado, compuesto por los sacerdotes de sus dioses ídolos, por los gobernantes y por todos los grandes hombres de su reino. Pensaron que si sus sacerdotes los acompañaban, estarían más seguros del éxito. Seleccionaron a los más poderosos de Egipto, para que intimidaran a los israelitas con la gran exhibición de su poder y grandeza. Pensaban que cuando llegaran a oídos de otras naciones las noticias de que se habían visto obligadas a ceder ante el poder del Dios de Israel, a quien habían despreciado, serían miradas con burla. Pero si iban con gran pompa y hacían volver a Israel por la fuerza, redimirían su gloria y volverían a tener el servicio de sus siervos.

En el tercer día de su viaje, los hebreos acamparon junto al Mar Rojo, cuyas aguas presentaban una barrera aparentemente infranqueable ante ellos, mientras que al sur una montaña escarpada obstruía su avance. De repente, vieron a lo lejos las relucientes armaduras, los estandartes ondeantes y los carros en movimiento de un gran ejército. A medida que se acercaban, vieron a las huestes de Egipto en plena persecución. El terror invadió los corazones de Israel. Sobre todo el campamento se elevó un sonido tumultuoso. Algunos clamaron al Señor, pero la mayoría se apresuró a presentar sus quejas a Moisés:

"Porque en Egipto no había sepulcros, ¿nos has sacado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, sacándonos de Egipto? ¿No es ésta la palabra que te dimos en Egipto, diciendo: Déjanos servir a los egipcios? Porque mejor nos hubiera sido servir a los egipcios, que morir en el desierto."

Moisés estaba muy preocupado porque su pueblo carecía tanto de fe, especialmente porque habían sido testigos repetidas veces de las manifestaciones del poder de Dios en su favor. Se sintió afligido de que le achacaran los peligros y dificultades de su posición, cuando él simplemente había seguido los mandatos expresos de Dios. Es cierto que estaban en un lugar del que no había posibilidad de liberación a menos que Dios mismo interviniera para salvarlos; pero habiendo sido llevados allí en obediencia a los mandatos divinos, Moisés no sintió temor de las consecuencias. Su respuesta tranquila y tranquilizadora al pueblo fue,

"No temáis; quedaos quietos y ved la salvación del Señor, que os mostrará hoy; porque a los egipcios que habéis visto hoy, no los volveréis a ver más para siempre. El Señor peleará por vosotros, y vosotros callaréis".

No era cosa fácil mantener a las huestes de Israel en espera ante el Señor. Carecían de disciplina y autocontrol. Impresionados por los horrores de su situación, se volvieron violentos e irrazonables. Esperaban caer pronto en manos de sus opresores, y sus lamentos y recriminaciones eran fuertes y profundos.

La maravillosa columna de nube que los había acompañado en su peregrinar y les había servido para protegerse de los ardientes rayos del sol, se había movido grandiosamente delante de ellos durante todo el día, sin someterse a los rayos del sol ni a las tormentas, y por la noche se había convertido en una columna de fuego para iluminarlos en su camino. Lo habían seguido como la señal de Dios para seguir adelante; pero ahora se preguntaban entre ellos si no sería la sombra de alguna terrible calamidad que estaba a punto de acaecerles, pues ¿no los había conducido por el lado equivocado de la montaña, por un camino intransitable? Así el ángel de Dios apareció a sus mentes engañadas como el presagio del desastre.

Pero ahora, cuando las huestes egipcias se acercan a ellos, esperando convertirlos en presa fácil, la columna nubosa se eleva majestuosamente en los cielos, pasa por encima de los israelitas y desciende entre ellos y los ejércitos de Egipto. Un muro de oscuridad se interpone entre los perseguidos y sus perseguidores. Los egipcios ya no pueden distinguir el campamento de los

hebreos y se ven obligados a detenerse. Pero a medida que la oscuridad de la noche se hace más profunda, el muro de nubes se convierte en una gran luz para los hebreos, iluminando todo el campamento con el resplandor del día.

Entonces llegó a los corazones de Israel la esperanza de que aún podrían ser liberados. Y Moisés alzó su voz al Señor. "Y Jehová dijo a Moisés: ¿Por qué clamas a mí? Habla a los hijos de Israel para que avancen. Alza tu vara, extiende tu mano sobre el mar y divídelo; y los hijos de Israel pasarán en seco por en medio del mar."

Entonces Moisés, obedeciendo la orden divina, extendió su vara, las aguas se separaron e Israel entró en medio del mar, sobre tierra seca, mientras las aguas se erguían como muros congelados a ambos lados. La luz de la columna de fuego de Dios brilló sobre las olas cubiertas de espuma, e iluminó el camino que se abrió como un surco poderoso a través de las aguas del Mar Rojo, y se perdió en la oscuridad de la orilla más lejana.

Durante toda la noche resonaron los pasos de las huestes de Israel, pero la nube los ocultó de la vista de sus enemigos. Los egipcios, cansados de su apresurada marcha, habían visto a los hebreos a poca distancia delante de ellos, y como no parecía haber posibilidad de escapar, decidieron tomarse una noche de descanso, y hacer una fácil captura por la mañana. La noche era intensamente oscura, las nubes parecían rodearlos como una sustancia tangible. Un profundo sueño se apoderó del campamento, incluso los centinelas dormitaban en sus puestos.

Por fin, un estruendo despierta al ejército. La nube pasa. ¡Los hebreos se mueven! Voces y el sonido de la marcha vienen de hacia el mar. Todavía está tan oscuro que no pueden distinguir a la gente que escapa, pero se da la orden de prepararse para la persecución. Se oye el ruido de las armas, el rodar de los carros, la formación de los capitanes y el relinchar de los corceles. Por fin se forma la línea de marcha y avanzan a través de la oscuridad en dirección a la multitud que se escapa.

En la oscuridad y la confusión, se apresuran en su persecución, sin saber que han entrado en el lecho del mar, y que están rodeados a ambos lados por enormes muros de agua. Anhelan que la niebla y las tinieblas desaparezcan y les revelen el paradero de los hebreos y el suyo propio. Las ruedas de los carros se hunden profundamente en la suave arena, los caballos se enredan y se desbocan, y los ángeles de Dios atraviesan la hueste y les quitan las ruedas de los carros. Prevalece la confusión, pero siguen adelante seguros de la victoria.

Por fin, la misteriosa nube se transforma en una columna de fuego ante sus atónitos ojos. Suenan los truenos y los relámpagos, las olas se agitan a su alrededor y el miedo se apodera de sus corazones. En medio del terror y la confusión, la luz mortecina revela a los asombrados egipcios las terribles aguas amontonadas a derecha e izquierda. Ven el ancho camino que el Señor ha abierto para su pueblo a través de las brillantes arenas del mar, y contemplan al Israel triunfante y seguro en la otra orilla.

La confusión y la consternación se apoderan de ellos. En medio de la cólera de los elementos, en la que oyen la voz de un Dios airado, intentan volver sobre sus pasos y volar a la orilla que han abandonado. Pero Moisés extiende su vara, y las aguas amontonadas, siseantes, rugientes y ansiosas de su presa, se precipitan juntas y se tragan a toda la hueste egipcia en sus negras profundidades.

Cuando los hebreos presenciaron la maravillosa obra de Dios en la destrucción de los egipcios, se unieron en un canto inspirado de elevada elocuencia y alabanza agradecida. Miriam, la hermana de Moisés, una profetisa, dirigió a las mujeres en la música.

Dios, en su providencia, llevó a los hebreos a los refugios de las montañas, con el Mar Rojo ante ellos, para que pudiera llevar a cabo su liberación y librarlos para siempre de sus enemigos. Podría haberlos salvado de cualquier otra manera, pero eligió este método para poner a prueba su fe y fortalecer su confianza en Él.

Hay momentos en que la vida cristiana parece acosada por peligros, y el deber parece difícil de cumplir. La imaginación imagina ruina inminente delante, y esclavitud o muerte detrás. Sin embargo, la voz de Dios habla claramente por encima de todos los desalientos: "¡Adelante!". Debemos obedecer este mandato, sea cual fuere el resultado, aunque nuestros ojos no puedan penetrar la oscuridad, y sintamos las frías olas alrededor de nuestros pies.

Los hebreos estaban cansados y aterrorizados, pero si se hubieran detenido cuando Moisés les ordenó avanzar, si se hubieran negado a acercarse al Mar Rojo, Dios nunca les habría abierto el camino. Al marchar hasta las mismas aguas, demostraron que tenían fe en la palabra de Dios, pronunciada por el hombre Moisés. Hicieron todo lo que estaba en su mano hacer, y entonces el Poderoso de Israel cumplió su parte y dividió las aguas para abrir un camino para sus pies.

Las nubes que se ciernen sobre nuestro camino nunca desaparecerán ante un espíritu vacilante y dubitativo. La incredulidad dice: Nunca podremos superar estos obstáculos, esperemos a que desaparezcan y podamos ver claramente nuestro camino. Pero la fe impulsa valientemente a avanzar, esperándolo todo, creyéndolo todo. La obediencia a Dios traerá la victoria. Sólo a través de la fe podemos alcanzar el Cielo.

Hay una gran similitud entre nuestra historia y la de los hijos de Israel. Dios condujo a su pueblo desde Egipto al desierto, donde podían guardar su ley y obedecer su voz. Los egipcios, que no tenían en cuenta al Señor, estaban acampados cerca de ellos; sin embargo, lo que para ellos era un gran torrente de luz, que iluminaba todo el campamento y hacía resplandecer el camino ante ellos, para las huestes del Faraón era un muro de nubes, que hacía más negra la oscuridad de la noche.

Así, en este tiempo, hay un pueblo al que Dios ha hecho depositario de su ley. Para quienes los obedecen, los mandamientos de Dios son como una columna de fuego, que ilumina y guía el camino hacia la salvación eterna. Pero para los que los ignoran, son como las nubes de la noche. El temor del Señor es el principio de la sabiduría. Mejor que todo otro conocimiento es la comprensión de la palabra de Dios. En guardar sus mandamientos hay gran recompensa, y ningún incentivo terrenal debe hacer que el cristiano vacile un momento en su lealtad. Las riquezas, el honor y la pompa mundana no son más que escoria que perecerá ante el fuego de la ira de Dios.

La voz del Señor que ordena a sus fieles: "Avanzad", con frecuencia pone a prueba su fe hasta el extremo. Pero si aplazaran la obediencia hasta que toda sombra de incertidumbre desapareciera de su entendimiento, y no quedara ningún riesgo de fracaso o derrota, nunca avanzarían en absoluto. Los que piensan que les es imposible someterse a la voluntad de Dios y tener fe en sus promesas hasta que todo esté claro y claro ante ellos, nunca se someterán en absoluto. La fe no es certeza de conocimiento, es la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las cosas que no se ven. Obedecer los mandamientos de Dios es la única manera de obtener su favor. "Seguir adelante" debe ser la consigna del cristiano.

El Faraón, que no reconocía a Dios ni se sometía a su autoridad, se había deleitado en mostrar su poder como gobernante sobre aquellos a quienes podía controlar. Moisés había declarado al soberbio monarca que Dios, a quien

pretendía no conocer, le obligaría a ceder a sus pretensiones y a reconocer su autoridad como gobernante supremo.

En la liberación de Israel de Egipto, el Señor mostró claramente su distinguida misericordia hacia su pueblo, ante todos los egipcios. Consideró oportuno ejecutar sus juicios sobre el Faraón, para que supiera por triste experiencia, ya que de otro modo no se convencería, que el poder de Dios era superior a todos los demás. Para que su nombre fuese proclamado en toda la tierra, quiso dar a todas las naciones una prueba de su poder divino y de su justicia. Era el designio de Dios que estas manifestaciones fortalecieran la fe de su pueblo, y que su posteridad adorara firmemente sólo a Aquel que había obrado tan misericordiosos prodigios en su favor.

Había sido muy duro para el monarca egipcio y para un pueblo orgulloso e idólatra doblegarse a los requerimientos del Dios del Cielo. Mientras estaba bajo la aflicción más penosa, el altivo rey cedía un poco, pero cuando el azote se retiraba, se retractaba de todo lo que había concedido. Así, plaga tras plaga fueron traídas sobre Egipto, y él cedió sólo mientras fue obligado por las terribles visitaciones de la ira de Dios. El rey incluso persistió en su rebelión después de que Egipto había sido arruinado. Moisés y Aarón le relataron la naturaleza y el efecto de cada plaga antes de que sobreviniera, para que no se dijera que había sucedido por casualidad. Él vio venir estas plagas, exactamente como se le había dicho que vendrían; sin embargo, no cedió. Al principio sólo concedió a los israelitas permiso para sacrificar a Dios en la tierra de Egipto. Después de que Egipto hubo sufrido la ira de Dios, consintió en que fuesen sólo los hombres; y cuando la tierra estuvo a punto de ser destruida por la plaga de langostas, concedió que fuesen también las mujeres y los niños, pero siguió negándose a permitirles que llevaran su ganado. Fue entonces cuando Moisés advirtió al rey que el Señor mataría a los primogénitos.

Cada plaga se había acercado un poco más, y había sido más severa que la precedente; y la última iba a ser más espantosa que todas las anteriores. Pero el Faraón no se humilló. Y aunque, cuando los primogénitos de Egipto yacían muertos en todas las casas, el monarca rebelde abandonó su dominio sobre sus siervos, después que su pueblo hubo enterrado a sus muertos, y se sintió seguro de que los juicios habían cesado, se atrevió una vez más a levantarse contra Jehová. Su último acto de rebelión, al perseguir a las huestes de Israel hasta el Mar Rojo, colmó la medida de su iniquidad. Este lugar fue designado para el despliegue final del poder de Dios ante los infatuados egipcios. Entonces se cumplieron las palabras que el Señor dijo a Moisés: "Y contra todos los dioses

de Egipto haré juicio. Yo soy el Señor". El juicio de Dios se manifestó en la destrucción total del ejército egipcio.

1 de abril de 1880

Las dos vías

EGW

"Esforzaos a entrar por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan." Estos caminos son distintos, separados y en direcciones opuestas. Uno conduce a la vida eterna, el otro a la muerte, a la muerte eterna. Hay una distinción entre estos caminos, también entre las compañías que viajan en ellos. Un camino es ancho y liso, el otro es estrecho y escabroso. Así que las partes que viajan en ellos son opuestas en carácter, vida, vestido y conversación.

Los que viajan por el camino estrecho hablan de la alegría y la felicidad al final del viaje.

Sus semblantes son a menudo tristes, pero brillan con santa y sagrada alegría. Un hombre afligido y conocedor del dolor les abrió ese camino, y él mismo lo recorrió. Sus seguidores ven sus pasos y se sienten reconfortados. Él lo atravesó con seguridad; lo mismo pueden hacer ellos si lo siguen. En el camino ancho todos se ocupan de su vestido y de los placeres del camino. Se entregan libremente a la hilaridad y al regocijo, y no piensan en el final de su viaje, en la segura destrucción que allí les espera. Cada día se acercan más a su destino; sin embargo, se precipitan locamente cada vez más deprisa.

¿Por qué es tan difícil llevar una vida abnegada y humilde? Porque los cristianos profesos no están muertos al mundo. Es más fácil vivir para Cristo después de morir al mundo. Desean parecerse lo más posible al mundo y, sin embargo, ser considerados cristianos. Buscan subir por otro camino. No se esfuerzan por entrar por el camino estrecho y la puerta angosta. La tierra los atrae. Sus tesoros les parecen valiosos. Encuentran suficiente para absorber la mente, y no tienen tiempo para prepararse para el cielo. Satanás está siempre dispuesto a hundirlos más y más en las dificultades; y a medida que una perplejidad y un problema se alejan de la mente, engendra en ellos un deseo impío de más cosas de la tierra. Así pasa el tiempo, y cuando es demasiado tarde descubren que no tienen nada sustancial. Se han aferrado a las sombras y han perdido la vida eterna.

Si el cristiano quiere tener una influencia verdadera y salvadora, que muestre su fe con obras justas, y que haga una gran distinción entre él y el mundo. Las palabras, el vestido, las acciones, todo debe hablar en favor de Dios. Entonces una influencia santa se derramará sobre todos. Dios odia el orgullo. "Y todos los soberbios, y todos los que obran impíamente, serán estopa; y el día que vendrá los quemará". La religión obrará como levadura en los corazones que la abracen, y purgará el orgullo, el egoísmo, la codicia y el amor al mundo.

En estos días rara vez se ve la sencillez infantil. Se piensa más en la aprobación del hombre que en el temor de desagradar a Dios. Algunos emplean un tiempo que es peor que desperdiciarlo en estudiar cómo adornar su persona, olvidando que el mismo cuerpo puede ser en pocos días alimento de gusanos. Con frecuencia las madres dan ejemplo de orgullo a sus hijos, sembrando la semilla que brotará y dará fruto. La cosecha será abundante y segura. Es mucho más fácil enseñar a un niño una lección de orgullo que de humildad. Si en años posteriores quisieran contrarrestar la influencia de tal lección, les resultaría imposible hacerlo. El orgullo fomentado tempranamente en el corazón permanece allí; y nada sino el Espíritu de Dios puede erradicarlo.

Tanto los jóvenes como los ancianos descuidan el estudio de la Biblia, y no hacen de ella su regla de vida. Ese importante libro por el que han de ser juzgados apenas se estudia. Se han leído atentamente historias ociosas, mientras que la Biblia ha sido pasada por alto, descuidada. Se acerca un día en que todos desearán estar completamente instruidos por las verdades claras de la Palabra de Dios.

Sería un acto de misericordia para los niños que los padres quemaran los libros de cuentos y las novelas ociosas en cuanto entran en casa. Su lectura aturde y envenena la mente. A menos que los padres despierten a los intereses eternos de sus hijos, seguramente se perderán. Deben ser ejemplares y reprender el orgullo en sus hijos, pues valoran sus intereses eternos.

La sagrada cabeza del Maestro estaba adornada con una corona de espinas. "Varón de dolores, experimentado en quebranto. Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados." Muchos que profesan ser sus seguidores se adornan con ornamentos innecesarios y costosos atavíos.

El hacha debe ser puesta en la raíz del árbol. No se debe permitir que el orgullo exista en el corazón. Es esto lo que separa a Dios de su pueblo. Cuando las verdades bíblicas afectan al corazón, provocan un deseo de estar separado del

mundo, como el Maestro. Los que se familiarizan con el manso y humilde Jesús caminarán dignamente de él.

Sra. E. G. White

8 de abril de 1880

Viajes de los israelitas

EGW

Después de dejar el Mar Rojo, los hijos de Israel, guiados por la columna de nube, atravesaron el desierto. Aunque el paisaje que los rodeaba era de lo más lúgubre, compuesto de montañas de aspecto solemne desprovistas de vegetación, llanuras estériles, y el mar que se extendía a lo lejos detrás de ellos, con sus orillas sembradas de los cadáveres de sus enemigos, estaban alegres en la conciencia de su libertad, y por un tiempo se acalló todo pensamiento de descontento.

Pero durante tres días viajaron sin encontrar agua para saciar su sed, pues sólo tenían la que se les había ordenado llevar en sus vasijas. Moisés y Aarón conocían esta ruta, y sabían que después de viajar varios días por el camino por el que iban en ese momento sólo encontrarían agua amarga. Con qué intensa ansiedad, por lo tanto, mezclada con presentimientos, observaron la conducción de la columna de nube. Y cómo le dolió el corazón a Moisés cuando el pueblo lanzó el grito de alegría: ¡Agua, agua! y se hizo eco a lo largo de toda la fila. Hombres, mujeres y niños se precipitaron alegremente hacia el agua, cuando he aquí que un gemido de angustia brotó de aquella inmensa compañía: el agua estaba amarga.

En su dolor y decepción, reprochan a Moisés haberlos guiado de tal manera, y no consideran que la Presencia Divina en aquella nube misteriosa había estado guiando a Moisés y a Aarón tanto como a ellos mismos. Lleno de dolor al ver el sufrimiento del pueblo, Moisés hizo lo que el pueblo debería haber hecho: oró fervientemente a Dios, y no lloró en vano. El Señor le mostró un árbol al que se le habían impartido propiedades curativas, de modo que al echarlo en la fuente, el agua se volvió agradable al paladar.

Dios hizo aquí un pacto con su pueblo, por medio de su jefe: -Si oyeres con diligencia la voz del Señor tu Dios, e hicieres lo recto ante sus ojos, y prestares oído a sus mandamientos, y guardares todos sus estatutos, no pondré sobre ti

ninguna de estas enfermedades que traje sobre los egipcios; porque yo soy el Señor que te sana."

De Marah el pueblo viajó a Elim, donde encontró "doce pozos de agua y setenta palmeras". En este delicioso lugar permanecieron varios días antes de entrar en el desierto del pecado. Cuando llevaban un mes fuera de Egipto, acamparon por primera vez en este desierto. Sus provisiones habían comenzado a escasear. Había poca hierba en el desierto y sus rebaños también disminuían rápidamente. Parecía que el hambre los acechaba, y mientras seguían la columna nublada sobre los yermos del desierto, las dudas llenaron sus corazones, y de nuevo murmuraron; hasta los gobernantes y los ancianos del pueblo se unieron para quejarse contra los líderes de la designación de Dios: "¡Ojalá hubiéramos muerto por la mano del Señor en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, y cuando comíamos pan hasta saciarnos! pues nos habéis traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea". Los hijos de Israel parecían poseer un malvado corazón de incredulidad. No estaban dispuestos a soportar dificultades en el desierto. Cuando se encontraban con dificultades, las consideraban obstáculos insuperables. Su confianza fallaría, y no verían ante ellos más que la muerte.

No habían sufrido realmente las punzadas del hambre. Tenían alimentos para las necesidades presentes, pero temían por el futuro. No veían cómo iban a subsistir las huestes de Israel en sus largos viajes por el desierto; y en su incredulidad veían que sus hijos se morían de hambre. El Señor estaba dispuesto a que les faltaran alimentos y a que encontraran dificultades, para que sus corazones se volvieran a Aquel que hasta entonces los había librado. Estaba dispuesto a ser para ellos una ayuda presente. Si, en su necesidad, lo invocaban, él les manifestaría muestras de su amor y cuidado continuo. Pero no estaban dispuestos a confiar en el Señor más allá de lo que podían presenciar ante sus ojos las continuas evidencias de su poder. Si hubieran tenido verdadera fe y una firme confianza en Dios, habrían soportado alegremente los inconvenientes y obstáculos, e incluso los sufrimientos reales, después de que el Señor hubiera obrado de una manera tan maravillosa para liberarlos de la esclavitud.

El Señor les había prometido que si obedecían sus mandamientos no padecerían ninguna enfermedad, y era una incredulidad criminal en ellos prever que ellos y sus hijos podrían morir de hambre. Habían sufrido mucho en Egipto al ser sobrecargados de trabajo. Sus hijos habían sido condenados a muerte, y en respuesta a sus oraciones de angustia, Dios los había librado misericordiosamente. Les había prometido ser su Dios, tomarlos para sí como

pueblo y conducirlos a una tierra grande y buena. Pero estaban dispuestos a desfallecer ante cualquier sufrimiento que tuvieran que soportar en el camino hacia esa tierra. Habían sufrido mucho mientras fueron esclavos de los egipcios, pero ahora no podían soportar las privaciones en el servicio de Dios. Estaban dispuestos a ceder a las dudas sombrías y a hundirse en el desaliento cuando se les pusiera a prueba.

El curso pecaminoso de los israelitas se registra como una advertencia para el pueblo de Dios ahora sobre la tierra. Muchos miran hacia atrás y se maravillan de su incredulidad y continuas murmuraciones, después de que el Señor les había dado tan repetidas pruebas de su amor y cuidado. Piensan que no habrían sido tan ingratos. Pero algunos que así piensan, murmuran y se quejan de cosas de mucha menor importancia. No se conocen a sí mismos. Dios los prueba con frecuencia, y pone a prueba su fe en cosas pequeñas; y no soportan la prueba mejor que el antiguo Israel.

Muchos tienen suplidas sus necesidades presentes, pero no confían en Dios para el futuro. Manifiestan incredulidad y se hunden en el abatimiento y la melancolía. Algunos están en continua angustia por no llegar a la escasez, y que sus hijos sufran. Cuando surgen dificultades, o cuando se les pone en aprietos - cuando se ponen a prueba su fe y su amor a Dios-, rehúyen la prueba y murmuran del proceso por el cual Dios ha decidido purificarlos. Su amor no se muestra puro y perfecto para soportarlo todo. La fe del pueblo del Dios del cielo debe ser fuerte, activa y duradera: la sustancia de lo que se espera. El lenguaje de los tales será: Bendice, alma mía, al Señor, y bendiga todo mi ser su santo nombre, porque ha sido generoso conmigo. La abnegación es considerada por algunos como verdadero sufrimiento. Se complacen los apetitos depravados. Y una restricción sobre el apetito malsano llevaría incluso a muchos cristianos profesos a retroceder, como si la inanición real fuera la consecuencia de una dieta simple. Y, como los hijos de Israel, aceptarían la esclavitud, cuerpos enfermos, e incluso la muerte, antes que ser privados de alguna indulgencia perjudicial. Pan y agua es todo lo que se promete al remanente en el tiempo de angustia.

Dios no ignoraba las necesidades de su pueblo, y en su sabiduría proveyó el suministro necesario. Dijo a sus líderes: "Os haré llover pan del cielo". El Señor quería ponerlos a prueba, y mediante la indulgencia y la provisión milagrosa de lo que necesitaban, probarlos para ver si guardaban sus mandamientos o no. El Señor prometió suministrarles, por medio de Moisés, abundancia de alimentos. Con su poder les daría carne para comer por la tarde y pan en abundancia por la

mañana. Moisés les dijo que sus murmuraciones no eran contra él, sino contra el Señor. El que estaba envuelto en la columna de nube oyó todas sus murmuraciones y amargas quejas. Mientras Aarón hablaba a la congregación, se produjo un cambio notable en la columna de nube.

El Señor quiso dar a los israelitas evidencias de su presencia, para que estuvieran sujetos y subordinados al saber que los guiaba la presencia del Señor, y no sólo la del hombre Moisés. Evidencias de este tipo eran los libros del conocimiento abiertos a sus sentidos, para que aprendieran acerca de Dios y su temor estuviera ante ellos. Los mayores cambios debían operarse en el carácter de este pueblo desmoralizado. Dios obraba con su poder para elevarlos mediante el conocimiento de sí mismo. Así se les dio una manifestación visible de la gloria de Dios; un esplendor que nunca habían presenciado, que simbolizaba la presencia divina. Mientras el pueblo estaba muy aterrorizado por esta revelación de Dios, y temía sus juicios, una voz audible vino de la gloria ordenando a Moisés y Aarón que se acercaran a la columna de nube en la que se manifestaba su gloria. Y el Señor habló con Moisés y Aarón, y los israelitas oyeron su voz, diciendo que había oído las murmuraciones de los hijos de Israel, y repitió su promesa de carne por la mañana y pan por la tarde. Allí Dios les dio pruebas de que supliría sus necesidades, los protegería y los preservaría, si eran obedientes a sus mandamientos. Al atardecer, las codornices cubrieron la tierra alrededor del campamento. Y por la mañana el suelo se cubrió de una sustancia extraña, en pequeños granos blancos del tamaño de una semilla de cilantro, duros y agradables al paladar. Los hijos de Israel no sabían lo que era, así que lo llamaron maná, que significa: ¿Qué es? Moisés les dijo: "Este es el pan que el Señor os ha dado para comer. Esto es lo que el Señor ha mandado: Recoged de él cada uno según lo que coma, un ómer por cada uno según el número de vuestras personas; tomad cada uno para los que están en sus tiendas."

El pueblo recogió el maná y comprobó que había suficiente para toda la compañía. Ellos "lo molieron en molinos, o lo golpearon en un mortero, e hicieron tortas de él; y el sabor de él era como el sabor del aceite fresco". También se nos dice que "su sabor era como obleas hechas con miel".

Según las instrucciones de Moisés, debían recoger un omer (unas cinco pintas) por persona, y no debían dejarlo hasta la mañana siguiente. Algunos intentaban guardar provisiones hasta el día siguiente, pero lo que dejaban criaba gusanos y se volvía ofensivo. La provisión para cada día debía recogerse cada mañana, pues a medida que aumentaba el calor del sol, la sustancia se derretía y desaparecía.

15 de abril de 1880

Viajes de los israelitas

EGW

Mientras vagaban por el desierto, los hijos de Israel fueron preservados por un continuo milagro de la misericordia divina en la caída del maná. Por la mañana debían salir y recoger comida para el día, un omer para cada persona. Se les ordenó que no dejaran nada de esto hasta la mañana siguiente; sin embargo, algunos de ellos intentaron guardar una provisión hasta el día siguiente; pero crió gusanos y se volvió ofensivo.

Al sexto día, se descubrió que se había depositado una cantidad doble, y el pueblo recogió dos omers por cada persona. Cuando los gobernantes vieron lo que estaban haciendo, se apresuraron a informar a Moisés de esta aparente violación de sus instrucciones; pero su respuesta fue: "Esto es lo que el Señor ha dicho: Mañana es el descanso del santo sábado para el Señor. Hornead lo que vayáis a hornear hoy, y coced lo que vayáis a cocer; y lo que os sobre, guardadlo para mañana". Así lo hicieron, y comprobaron que no había cambiado. Y Moisés dijo: "Comed eso hoy, porque hoy es sábado para el Señor. Hoy no lo encontraréis en el campo. Seis días lo recogeréis; pero el séptimo día, que es sábado, no habrá en él."

El Señor no es menos particular ahora con respecto a su sábado, que cuando dio las instrucciones especiales anteriores a los hijos de Israel. Les exigió que hornearan lo que quisieran hornear, y que hirvieran (es decir, hirvieran) lo que quisieran hervir, en el sexto día, como preparación para el resto del sábado. Aquellos que descuidan hacer la preparación adecuada en el sexto día para el Sabbath, violan el cuarto mandamiento, y son transgresores de la ley de Dios. En sus instrucciones a los israelitas, Dios prohibió hornear y hervir en sábado. Esa prohibición debe ser considerada por todos los observadores del sábado como un solemne mandato de Jehová para ellos. El Señor quiere evitar que su pueblo se entregue a la glotonería en el día de reposo, que ha reservado para la meditación y el culto sagrados.

El sábado del Señor es un día de descanso del trabajo, y la dieta debe ser entonces más sencilla, y debe tomarse menos cantidad, que en los seis días laborables. Muchos han errado al no practicar la abnegación durante el sábado. Toman comidas completas, como en los seis días laborables, y como consecuencia, sus mentes se nublan, están estúpidos y somnolientos, y a

menudo sufren de dolor de cabeza. En esta condición no pueden tener sentimientos verdaderamente devocionales, y la bendición que descansa sobre el sábado, no resulta una bendición para ellos. Los enfermos y los que sufren requieren cuidados y atención el sábado, así como los demás días de la semana; y puede ser necesario para su comodidad prepararles comida y bebida calientes. En tales casos, no es una violación del cuarto mandamiento hacerlos sentir tan cómodos como sea posible. El gran Legislador es un Dios de compasión y de justicia.

Dios manifestó su gran cuidado y amor por su pueblo enviándoles pan del cielo. "El hombre comía el alimento de los ángeles", es decir, el alimento que les proporcionaban los ángeles. El triple milagro del maná -una cantidad doble el sexto día y ninguna el séptimo, y su conservación fresca durante el sábado, mientras que los demás días se volvía inservible- tenía por objeto inculcar a los israelitas el carácter sagrado del sábado. Después que se les suministró abundante alimento, se avergonzaron de su incredulidad y murmuraciones, y prometieron confiar en el Señor para el futuro; pero pronto olvidaron su promesa, y fracasaron en la primera prueba de su fe.

Después de salir del desierto de Sin, los hijos de Israel acamparon en Refidim, donde no había agua. De nuevo desconfiaron de la providencia de Dios, y tal era su ceguera y presunción que ahora se acercaron audazmente a Moisés con la demanda: "¡Danos agua para que bebamos!". Su paciencia no decayó. "¿Por qué me reñís?", dijo, "¿Por qué tentáis al Señor?". "¿Por qué", gritaron, "nos has sacado de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado?".

Así comenzaron de nuevo a razonar a partir de los impulsos de su propio corazón natural. La columna de nube les parecía un misterio espantoso, y en cuanto a aquel hombre, Moisés, ¿quién era y qué objeto tenía al intentar sacarlos de Egipto? Incluso lo acusaron de planear matarlos a ellos y a sus hijos con privaciones y penurias, para luego enriquecerse con sus posesiones. Pero Moisés oró fervientemente, y el Señor le ordenó que tomara a los ancianos de Israel y la vara con la que había herido al río, y que siguiera adelante delante del pueblo. Y "He aquí", dice el Señor, "yo estaré delante de ti allí sobre la peña en Horeb, y herirás la peña, y saldrán de ella aguas para que beba el pueblo." Así lo hizo, y el agua brotó en tal abundancia que sació su sed.

La nube de gloria descansaba directamente ante la roca. Si esa nube se hubiera retirado, el pueblo habría sido destruido por el resplandor de la gloria. Cristo se

habría revelado en su forma gloriosa de pie junto a la roca. Pero tal como estaba, la gloria del Señor fue vista por toda la congregación que permanecía a distancia.

Aquí vemos desplegada la incomparable misericordia de Jesucristo. En lugar de ordenar a Moisés que alzara su vara e hiciera caer alguna terrible plaga sobre los malvados líderes de esta murmuración, como había hecho con los líderes egipcios, simplemente se le dijo que llevara a algunos de los principales hombres de Israel para que fueran testigos oculares de un milagro que Cristo mismo realizaría para su liberación.

Fue Moisés quien "hirió las peñas en el desierto, y les dio a beber como de las grandes profundidades", quien "hizo brotar también de la peña torrentes, e hizo correr aguas como ríos". Fue él quien hirió la roca, pero fue Cristo quien estuvo a su lado e hizo brotar el agua vivificante.

En su sed, el pueblo había tentado a Dios, diciendo: "¿Está el Señor entre nosotros, o no?". Si Dios nos ha traído aquí, ¿por qué no nos da agua además de pan? Eso *si* mostraba una incredulidad criminal, y Moisés temió que los juicios de Dios cayeran sobre ellos por su pecado. Y llamó el nombre del lugar Massah, tentación, y Meribah, reprensión, como memorial de sus malvadas murmuraciones.

Dios ordenó a los hijos de Israel que acamparan en ese lugar, donde no había agua, para probarlos, para ver si lo buscarían en su angustia, o murmurarían como lo habían hecho anteriormente. Deberían haber sabido que él no permitiría que perecieran de sed aquellos a quienes había prometido tomar para sí como su pueblo. Pero en vez de suplicar humildemente al Señor que proveyera a su necesidad, murmuraron contra Moisés y le exigieron agua. Dios había estado manifestando continuamente su poder ante ellos de una manera maravillosa, para hacerles comprender que todos los beneficios que recibían procedían de él; que podía darlos o quitarlos, según su propia voluntad. A veces tenían pleno sentido de esto, y se humillaban grandemente ante el Señor; pero cuando eran llevados a lugares rectos, achacaban todos sus problemas a Moisés, como si hubieran salido de Egipto para complacerlo.

Si el Señor no hubiera sido lento para la ira y misericordiosamente considerado con la ignorancia y debilidad de los hijos de Israel, los habría destruido en su ira. La misma ternura compasiva ejerce con el Israel moderno. Pero nosotros somos menos excusables que el antiguo Israel. Hemos tenido todas las oportunidades para elevar y ennoblecer nuestros caracteres, que ellos no

tuvieron. También tenemos su historia, registrada para que podamos evitar su ejemplo de incredulidad, murmuración impaciente y rebelión.

Si se hubieran reformado y vuelto obedientes a los mandamientos de Dios, Él los habría establecido en la tierra de Canaán, un pueblo santo y feliz, sin un débil en todas sus filas. Pero su falta de fe atrajo sobre ellos el justo desagrado de Dios; y lo mismo sucederá con nosotros en estos últimos días si no confiamos en Dios más allá de lo que podemos ver. Debemos buscar a Dios en la oración, en una oración constante, ferviente y sincera. Él recompensará a todos los que le buscan diligentemente, porque nos ha dicho que la oración ferviente y eficaz de los justos alcanza mucho.

Los hijos de Israel permanecieron algún tiempo en este agradable lugar, donde había abundante agua. Los amalecitas, una tribu que habitaba la parte del país por la que pasaban, se inquietaron mucho por esto. Sintieron que su territorio había sido invadido por este inmenso número de personas, y ahora salieron a hacerles la guerra. Por lo tanto, Moisés ordenó a Josué que escogiera soldados y los llevara al día siguiente a combatir contra el enemigo, mientras él mismo permanecería en una eminencia cercana, con la vara de Dios en la mano. En consecuencia, al día siguiente Moisés, Aarón y Hur tomaron posición en la cima de una colina contigua, mientras Josué y su compañía atacaban al enemigo.

A medida que avanzaba la batalla, se comprobó que mientras Moisés levantaba las manos hacia el cielo, implorando la ayuda de Dios, Israel prevalecía; pero cuando, por el cansancio, las bajaba, el enemigo salía victorioso. Aarón y Hur mantuvieron en alto los brazos de Moisés, y así, durante el resto de aquel día, el éxito acompañó a los israelitas, y al final el enemigo fue puesto en fuga.

Este acto de Moisés, al levantar sus manos hacia el cielo, fue para enseñar a Israel que mientras hicieran de Dios su confianza, y exaltaran su trono, él lucharía por ellos, y sometería a sus enemigos. Pero cuando se desprendieran de su fuerza y confiaran en su propio poder, serían aún más débiles que los que no tenían el conocimiento de Dios, y sus enemigos prevalecerían contra ellos. Entonces "Josué desbarató a Amalec y a su pueblo a filo de espada. Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y recuérdalo en oídos de Josué; porque yo haré desaparecer la memoria de Amalec de debajo del cielo. Y edificó Moisés un altar, y llamó su nombre Jehová-nissi; porque dijo: Porque Jehová ha jurado que Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación." Si los hijos de Israel no hubieran murmurado contra el Señor, él no habría permitido que sus enemigos les hicieran la guerra.

Antes de que Moisés llegara a Egipto en su misión de liberar a los israelitas, había enviado, como hemos visto, a su esposa Séfora y a sus hijos a casa de su padre. Cuando Jetro se enteró de la liberación de los hebreos, visitó a Moisés en el desierto y le llevó a su mujer y a sus hijos. Al enterarse de su llegada, el gran jefe salió a darles la bienvenida, y después de los primeros saludos y saluciones, los condujo a su tienda. Allí les relató todos los maravillosos tratos de Dios con Israel. Jetro se regocijó y bendijo al Señor con palabras que mostraban la devoción de su corazón, y después de ofrecer sacrificios a Dios, hizo un banquete a los ancianos de Israel.

El ojo perspicaz de Jetro pronto vio que las cargas sobre Moisés eran muy grandes, ya que el pueblo le traía todos sus asuntos difíciles, y él los instruía con respecto a los estatutos y la ley de Dios. Por lo tanto, aconsejó a Moisés que seleccionara a las personas adecuadas y las pusiera como gobernantes sobre miles, también a otros sobre cientos, y de nuevo a otros sobre decenas. Los hombres elegidos para estos importantes cargos debían ser "hombres capaces, temerosos de Dios, hombres de verdad, que odiasen la avaricia". Los casos más difíciles debían ser llevados ante Moisés, quien debía ser para el pueblo, dijo Jetro, "para con Dios, para que lleves las causas a Dios. Y les enseñarás ordenanzas y leyes, y les mostrarás el camino por donde deben andar, y la obra que deben hacer."

Se siguió este consejo, y no sólo se alivió a Moisés de una carga demasiado pesada, sino que se estableció un orden más perfecto entre el pueblo. "Y Moisés despidió a su suegro, y se fue a su tierra".

El líder de Israel no dejaba de recibir instrucciones de su suegro. El Señor había exaltado grandemente a Moisés, y había obrado maravillas por su mano; sin embargo, no concluyó que porque Dios lo había escogido para instruir a otros, él no necesitaba ser instruido. Con gusto escuchó las sugerencias de Jetro y adoptó su plan como un arreglo sabio.

22 de abril de 1880

Israel llega al Sinaí

EGW

Los hijos de Israel, obedeciendo al movimiento hacia adelante de la columna de nube, abandonaron Refidim, después de haber permanecido allí algún tiempo, y siguieron viaje hacia el Sinaí. Su marcha había sido a través de llanuras

abiertas, empinadas subidas y estrechos desfiladeros. Una y otra vez, cuando habían atravesado un desierto arenoso y parecía imposible seguir avanzando a causa de los enormes montones de rocas macizas que se interponían directamente en su camino, aparecía un estrecho paso, y cuando lo pasaban, se abría a su vista otra llanura estéril y carente de interés.

Fue a través de uno de estos profundos y gravosos pasos por donde fueron llamados a pasar. ¡Qué escena! Millones de personas amuralladas por abruptos acantilados de rocas de granito que se elevan cientos de metros a cada lado, siguiendo una nube en movimiento durante el día, y custodiados por la noche por una columna de fuego, como si el ojo de Dios estuviera clavado directamente sobre ellos. En esta escuela del desierto, Cristo da a su pueblo las primeras lecciones de fe y confianza en Dios.

Finalmente llegan a una larga cadena de montañas, sobre la que descansa el pilar nuboso. La gente acampa bajo su sombra y, mientras duermen, el pan del cielo cae suavemente sobre el campamento. Por la mañana temprano, cuando el sol comienza a brillar tras la oscura cresta de las montañas orientales, sus suaves tintes dorados penetran en los oscuros desfiladeros, pareciendo a aquellos cansados y casi desalentados viajeros, como dorados rayos de misericordia procedentes del trono del Cielo.

Los ojos ansiosos a menudo se vuelven maravillados hacia la columna de nubes que cuelga sobre el monte. Los inmensos y escarpados montones de rocas de granito, con sus formas y picos irregulares, parecen mezclados en la más salvaje confusión. Todo el país parece extrañamente solemne a los cansados viajeros. A menudo contrastan los verdes valles de Egipto con estos barrancos oscuros y sin vida, y la bulliciosa actividad de su antiguo hogar con la soledad de la montaña.

Aquí había reunido el Señor a su pueblo para hablar con él. Aquí no había nada que ellos quisieran adorar, nada que desviara sus mentes, y nada en lo que pudieran fijar sus afectos. Todo estaba calculado para hacer sentir al hombre su nada en presencia de Aquel que ha "pesado los montes en balanzas, y las colinas en una balanza".

Poco después de su llegada al Sinaí, Moisés recibió la orden divina de ascender a la montaña. A solas escaló las rocas escarpadas y dentadas, colocando sus pies en peldaños hechos sin manos; y muy arriba en aquellas alturas solitarias, Dios le informó que Israel iba a ser tomado ahora en estrecha y peculiar conexión

consigo mismo, y que iban a convertirse en una iglesia organizada en el desierto, y en una nación a la que él gobernaría. Estas son las palabras que pronunció:

"Así dirás a la casa de Jacob, y dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto lo que hice a los egipcios, y cómo os llevé sobre alas de águila y os traje a mí. Ahora, pues, si en verdad obedecéis mi voz y guardáis mi pacto, seréis para mí un tesoro especial sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Y me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel".

Moisés descendió, y habiendo reunido a los ancianos de Israel, les repitió el mensaje de Dios. Cuando les fue dado a conocer, respondieron: "Haremos todo lo que el Señor ha dicho". Aquí entraron en un pacto solemne con Dios para aceptarlo como su gobernante, por el cual se convirtieron, en un sentido especial, en los súbditos de su autoridad divina.

De nuevo subió Moisés, y el Señor le dijo: "He aquí, vengo a ti en una nube espesa, para que el pueblo oiga cuando hablo contigo, y te crea para siempre." Cuando los hebreos encontraban dificultades en el camino, estaban dispuestos a murmurar contra Moisés y Aarón, y acusarlos de haber conducido al ejército de Israel desde Egipto para destruirlos. Dios honraría ahora a Moisés ante ellos, para que se sintieran inducidos a confiar en sus instrucciones.

El Señor estaba a punto de acercarse a su pueblo; iban a oír su ley pronunciada, no por ángeles, sino por él mismo; y ahora se ordenaba a Moisés que los preparase para aquel solemne acontecimiento: "Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana, y que laven sus vestidos, y estén preparados para el tercer día; porque el tercer día el Señor descenderá a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí". Se requería que el pueblo se abstuviera de las preocupaciones y labores mundanas, y que poseyera pensamientos devocionales. Dios les exigió también que lavaran sus ropas. No es menos exigente ahora que entonces. Es un Dios de orden, y requiere que su pueblo observe hábitos de estricta limpieza. Los que adoran a Dios con vestiduras y personas impuras, no se presentan ante él de una manera aceptable. No le agrada su falta de reverencia hacia Él, y no aceptará el servicio de adoradores inmundos, porque insultan a su Hacedor. El Creador de los cielos y de la tierra consideró la limpieza de tanta importancia que dijo: "Y que laven sus ropas". Algunos que profesan ser seguidores de Cristo, llaman al orden y la pulcritud, orgullo. Parecen considerar una virtud dejar sus casas y locales en una condición desordenada y sin mejoras, pensando que así darán evidencia de su desprecio por las cosas temporales, y su alta estimación de las

cosas espirituales. Pero esta misma negligencia y pereza que caracteriza su vida de negocios, se impartirá a su vida religiosa. Su experiencia religiosa será defectuosa. Dice el apóstol: "No perezosos en los negocios, fervorosos en espíritu, sirviendo al Señor". Dios exige que su pueblo sea pulcro y ordenado. Todas sus instrucciones a los hijos de Israel eran de carácter de establecer hábitos de orden y limpieza en su vestido, y en sus alrededores. Esto era esencial para que conservaran la salud y ejercieran una influencia adecuada sobre otras naciones como pueblo adoptado por el Dios viviente.

El Señor continuó sus instrucciones a Moisés: "Y pondrás límites al pueblo de alrededor, diciendo: Cuidaos de no subir al monte ni tocar sus límites. Cualquiera que toque el monte morirá. Ninguna mano lo tocará, sino que será apedreado o atravesado; sea animal u hombre, no vivirá. Cuando suene la trompeta, subirán al monte". Este mandamiento fue diseñado para impresionar las mentes de este pueblo rebelde con una profunda veneración por Dios, el autor y la autoridad de sus leyes.

Tres días estuvo el pueblo ante el monte. Durante este tiempo, tuvieron amplia oportunidad de revisar su conducta pasada de murmuración e impaciencia, y de arrepentirse. Dios les había prometido bondadosamente que llegarían a ser un tesoro peculiar para él, a condición de obedecer; pero si eran desobedientes, los rechazaría y elegiría otro pueblo.

Muchos consideran la economía judía como una época de tinieblas. Han recibido la idea errónea de que el arrepentimiento y la fe no tenían parte en la religión hebrea, que según ellos consistía sólo en formas y ceremonias. Pero los hijos de Israel fueron salvados por Cristo tan virtualmente como lo es el pecador de hoy. Por la fe vieron a Cristo en aquellos tipos y sombras que apuntaban hacia su primer advenimiento y muerte, cuando el tipo se encontraría con el antitipo. Se regocijaban en un Salvador que había de venir, tipificado por las ofrendas sacrificiales, mientras que nosotros nos regocijamos en un Salvador que ha venido. Lo que era expectativa para el antiguo Israel, es certeza para el Israel moderno. El Redentor del mundo estaba entonces en estrecha relación con su pueblo, envuelto en aquella columna de nube. No digamos, pues, que no tuvieron a Cristo en la era judía. El apóstol inspirado escribe: "Por la fe Moisés rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón", "estimando los vituperios de Cristo como mayores riquezas que los tesoros de Egipto".

El mandamiento dado a Moisés de santificar al pueblo le imponía una gran responsabilidad. Debía señalarles fielmente sus errores pasados, para que

podrían, mediante la humillación, el ayuno y la oración, purificar sus corazones de la contaminación del pecado, así como limpiarse de todas las impurezas externas. Cuando los hijos de Israel hacían todo lo que podían para eliminar de ellos toda contaminación de la carne y del espíritu, estaban haciendo el mismo trabajo que Dios requiere que hagamos si queremos entrar en estrecha comunión con él. Por severa y reñida que sea la batalla para vencer los malos hábitos y las indulgencias pecaminosas, hay que librarla y obtener la victoria. Después de que el poder de la voluntad entra en actividad, debe haber una firme confianza en Cristo. Cuando Israel tuvo sed en el desierto y cedió a las murmuraciones pecaminosas, Cristo fue para ellos lo que es para nosotros, un mediador compasivo, y perdonó sus transgresiones. Después de que el hombre ha hecho lo que puede para limpiar el templo del alma, entonces sólo la sangre de Cristo servirá para nosotros, como la sangre tipificada de Cristo sirvió para el antiguo Israel.

22 de abril de 1880

Santa Helena, Cal

EGW

Los días 10 y 11 de abril los pasé con la iglesia de Santa Elena. Hubo una buena representación de nuestros hermanos y hermanas en la reunión del sábado. Tuve libertad para hablar de las palabras de nuestro Salvador que se encuentran en Juan 15:7, 8. Después del discurso tuvimos una reunión social muy provechosa, en la que participaron casi todos los presentes. Después del discurso tuvimos una reunión social muy provechosa, en la que participaron casi todos los presentes, tras lo cual se celebraron las ordenanzas de la casa del Señor. El Hno. Wood estuvo presente y dirigió este servicio.

El domingo no hubo reuniones en las otras iglesias, y la casa estaba abarrotada. Se prestó la máxima atención a las palabras pronunciadas de 1 Juan 3:1-3. Por la noche volvimos a dirigirnos a un público interesado. El lunes tomamos los coches para Napa, donde hablamos a los hermanos y hermanas allí reunidos por la tarde. Algunos de los miembros de esta iglesia se han mudado y otros han muerto, de modo que sólo quedan unos pocos. A pesar de ser tan pocos, se pagaron ciento treinta y cuatro dólares como diezmo trimestral. Cuando cada miembro de la iglesia haga su parte alegremente en diezmos y ofrendas, la tesorería general estará abastecida. Napa necesita una labor ministerial juiciosa. En efecto, de todas partes viene el grito macedonio: "Venid a ayudarnos". Yo

recomendaría que se apartara un tiempo definido para orar a fin de que Dios levante obreros para enviarlos al campo de la cosecha. Vemos lugares para veinte hombres que trabajen en esta costa. Debemos clamar a Dios, hermanos y hermanas, con fe para que ponga su mano en la obra, y envíe por quien él quiera. Al contemplar este gran campo, y ver las muchas oportunidades para obreros y los pocos que hay para llenarlas, nos sentimos humillados ante Dios. Su reprensión está sobre nosotros a causa de nuestra falta de consagración. Debemos dedicar más tiempo a la oración sincera para que Dios obre en favor de su causa en esta costa. ¿Dejaremos individualmente a un lado nuestro orgullo y amor propio, y humillaremos de tal modo nuestros corazones ante Dios que él pueda volver su rostro hacia aquí, y dejar que la luz de su rostro brille sobre nosotros? Él puede revestirnos de salvación, y lo hará, si cumplimos la condición establecida en su palabra. "No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta."

E. G. White.

6 de mayo de 1880

Entrega de la Ley

EGW

En la mañana del tercer día todos los hijos de Israel obedecieron la orden de Dios por medio de Moisés y se acercaron al monte con temor y solemnidad. Horrible y grandioso era el lugar del santuario de Dios, santo y elevado el púlpito desde el cual iba a pronunciar su memorable sermón. Los principios de la ley de Dios no se habían originado en el Sinaí, sino que, debido a la larga y degradante servidumbre en Egipto, se habían confundido en la mente de todo Israel. El Señor los había traído ahora a este lugar, grandioso por su soledad, para poder grabar más claramente en sus mentes la naturaleza de sus exigencias, hablando su ley con voz audible.

Estaban allí para recibir la revelación más maravillosa jamás hecha por Dios a los hombres. La nube que descansaba sobre el monte, envolviendo al Padre y al Hijo y al séquito de santos ángeles, se hizo más negra y densa. Pronto surgieron de su espesa oscuridad vívidos relámpagos, seguidos de profundos y roncós truenos que resonaron y volvieron a resonar entre las montañas, haciendo temblar al más descuidado. Luego siguió un período de solemne y doloroso silencio. Los destellos de luz enviados desde la nube que revelaban el solemne

paisaje con maravillosa brillantez, dejaron la nube más densa y más temiblemente oscura en contraste con el brillante resplandor de su poder. La montaña tembló hasta sus cimientos bajo el paso de la Majestad Divina.

Entonces Moisés fue llamado, y se le encargó una vez más que bajara y viera que los límites estuvieran en orden, y que se observara la santidad de la montaña, después de lo cual él y Aarón debían subir hacia la cumbre. Entonces el Señor, con una grandeza espantosa, pronuncia su ley desde el Sinaí, para que el pueblo crea. Acompaña la entrega de su ley con sublimes exhibiciones de su autoridad, para que sepan que es el único Dios vivo y verdadero. A Moisés no se le permitió entrar dentro de la nube de gloria, sino sólo acercarse y penetrar en la densa oscuridad que la rodeaba, interponiéndose así entre el pueblo y el Señor.

Después de haberles dado Dios tales pruebas de su poder, les dice quién es: "Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre". El mismo Dios que exaltó su poder entre los egipcios, habla ahora de su ley:

"No tendrás otros dioses delante de mí.

"No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni les servirás, porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares de los que me aman y guardan mis mandamientos.

"No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano; porque el Señor no dará por inocente al que tome su nombre en vano.

"Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; pero el séptimo día es reposo para el Señor tu Dios: En él no harás obra alguna, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas; porque en seis días hizo Jehová el cielo y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por lo cual bendijo Jehová el día de reposo, y lo santificó.

"Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen sobre la tierra que el Señor, tu Dios, te da.

"No matarás.

"No cometerás adulterio.

"No robarás.

"No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.

"No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna que sea de tu prójimo".

El primero y el segundo mandamientos pronunciados por Jehová son preceptos contra la idolatría. Este pecado, si se practicaba, llevaría a los hombres a grandes extremos en la rebelión, y resultaría en el ofrecimiento de sacrificios humanos. Dios se guardaría del menor acercamiento a tales abominaciones. Los cuatro primeros mandamientos fueron dados para mostrar a los hombres su deber para con Dios; los seis últimos, para mostrar el deber del hombre para con sus semejantes.

El cuarto mandamiento es el vínculo de unión entre el gran Dios y el hombre. Todos los que observaran el sábado significarían con tal observancia que eran adoradores del Dios viviente, el Creador de los cielos y de la tierra. Así, el sábado debía ser una señal entre Dios y su pueblo mientras Él tuviera un pueblo sobre la tierra para servirle.

Cuando la congregación de Israel contempló las terribles manifestaciones de la presencia de Dios en el Sinaí, se alejaron de la montaña con miedo y temor. Sentían que Dios estaba allí. Cuando Moisés y Aarón descendieron, fueron recibidos por la multitud con el grito: "Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, no sea que muramos". El caudillo respondió: "No temáis, porque Dios ha venido para probaros, y para que su temor esté delante de vuestros rostros, a fin de que no pequéis." El pueblo, sin embargo, permaneció a distancia, contemplando aterrorizado la estupenda escena, mientras Moisés de nuevo "se acercaba a la densa oscuridad donde estaba Dios".

Una vez más el Señor trata de proteger a su pueblo contra la idolatría ordenando a Moisés que les diga: "No haréis conmigo dioses de plata, ni os haréis dioses de oro". Corrían el peligro de imitar el ejemplo de los egipcios y de fabricarse imágenes para representar a Dios. El Señor continuó estableciendo ciertas reglas que debían regirlos y las bendiciones que recibirían si obedecían. Estas son sus

palabras: "He aquí, yo envío un Ángel delante de ti, para que te guarde en el camino y te introduzca en el lugar que yo he preparado. Guárdate de él y obedece su voz; no lo provoques, porque no perdonará tus rebeliones, pues mi nombre está en él. Pero si en verdad obedeces su voz y haces todo lo que yo te diga, seré enemigo de tus enemigos y adversario de tus adversarios; porque mi ángel irá delante de ti y te llevará al amorreo, al hitita, al ferezeo, al cananeo, al heveo y al jebuseo, y los exterminaré." El ángel que iba delante de Israel era el Señor Jesucristo. "No te inclinarás a sus dioses, ni les servirás, ni harás según sus obras; antes los derribarás del todo, y quebrantarás del todo sus imágenes. Y servirás al Señor tu Dios, y él bendecirá tu pan y tu agua; y quitaré la enfermedad de en medio de ti."

Dios quería que su pueblo comprendiera que sólo él debía ser el objeto de su adoración; y que cuando vencieran a las naciones idólatras que los rodeaban, no conservaran ninguna de las imágenes de su culto, sino que las destruyeran por completo. Muchas de estas deidades paganas eran muy costosas y de bella factura, lo cual podía tentar a los que habían presenciado la adoración de ídolos, tan común en Egipto, a considerar estos objetos sin sentido con cierto grado de reverencia. El Señor quería que su pueblo supiera que era a causa de la idolatría de estas naciones, que las había llevado a todo grado de maldad, que usaría a los israelitas como instrumentos para castigarlas y destruir sus dioses.

"Enviaré mi temor delante de ti, y destruiré a todos los pueblos a los que llegues, y haré que todos tus enemigos te vuelvan las espaldas. Y enviaré delante de ti avispones que echarán de delante de ti al heveo, al cananeo y al heteo. No los echaré de delante de ti en un año, no sea que la tierra se vuelva desolada, y las bestias del campo se multipliquen contra ti. Poco a poco los echaré de delante de ti, hasta que crezcas y heredes la tierra. Y pondré tus límites desde el mar Rojo hasta el mar de los filisteos, y desde el desierto hasta el río; porque entregaré en tu mano a los moradores de la tierra, y los echarás de delante de ti. No harás alianza con ellos ni con sus dioses. No habitarán en tu tierra, no sea que te hagan pecar contra mí; porque si sirves a sus dioses, te será ciertamente una trampa."

Después que Moisés hubo recibido las sentencias y también las promesas del Señor, y las hubo escrito para el pueblo, "vino y contó al pueblo todas las palabras del Señor, y todas las sentencias; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Haremos todas las palabras que el Señor ha dicho." Moisés escribió entonces su solemne promesa en un libro, y ofreció sacrificios a Dios por el pueblo. "Y tomando el libro de la alianza, leyó en presencia del pueblo, el cual

dijo: Haremos todo lo que Jehová ha dicho, y obedeceremos. Y Moisés tomó la sangre, y rocióla sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre de la alianza que Jehová ha hecho con vosotros sobre todas estas palabras." Así el pueblo ratificó su solemne promesa al Señor de hacer todo lo que él había dicho, y de ser obedientes.

6 de mayo de 1880

Reunión del Campamento del Sur de California

EGW

Esta reunión comenzó el 22 de abril, a unas tres millas de Lemoore. Llegamos al terreno el viernes 23 de abril. Hasta ese momento habíamos tenido una lluvia casi constante. Pero aunque habíamos viajado hacia y desde nuestras citas en varios lugares mientras llovía a cántaros, todos los sábados y el primer día habían sido agradables. Teníamos no poca ansiedad de que la lluvia continuara durante nuestra reunión de campamento; pero no ha caído ni una gota desde que llegamos al terreno.

Nos sorprendió gratamente encontrar un campamento muy ordenado y agradable. Cuarenta y tres tiendas están montadas en un cuadrado alrededor de la gran tienda pabellón. El restaurante es el mejor dirigido y organizado de todos los que hemos visto en nuestras reuniones de campamento. Las dos largas mesas en la tienda comedor, están generosamente provistas de una variedad para satisfacer las necesidades de todos. Encontramos tiendas bien amuebladas, cómodas y acogedoras para aquellos que vinieron a trabajar y que tanto necesitaban descansar. El interés por las reuniones ha aumentado desde el primer momento. El interés exterior ha sido inusualmente bueno. Han existido muchos prejuicios en esta vecindad contra nuestras doctrinas impopulares, pero esta reunión dará a la gente una mejor oportunidad de aprender lo que creemos.

El sábado, hablamos más de una hora sobre el amor de Dios, después de lo cual, entre cien y doscientos manifestaron su deseo de buscar al Señor, pasando al frente. Hubo muchos testimonios de confesión, y siguió un ferviente tiempo de oración. Fue una ocasión solemne. Tuvimos la dulce seguridad del Espíritu de Dios mientras buscábamos, mediante la intercesión sincera y la fe viva, ponernos en contacto con el Oyente de la oración. La luz del trono de Dios se reflejaba sobre nosotros. Los que buscaban al Señor, se trasladaron de esta reunión a tiendas seleccionadas para el propósito, donde la obra continuó más a

fondo. Estas reuniones fueron provechosas. Se dieron testimonios y se relataron experiencias interesantes.

Un hermano dijo que solía beber, consumir tabaco y apostar. A menudo se convencía de que era malo entregarse a estas cosas, pero parecía haber en ellas un poder embrujador que lo retenía, y bajo la influencia de la tentación se quebrantaba toda buena resolución. Cuando oyó las doctrinas proclamadas por los adventistas del Séptimo Día, se convenció de su veracidad, y al oír que estaba en poder de todos vencer sus fuertes apetitos y sus indulgencias pecaminosas si pedían ayuda al Señor, comenzó a orar pidiendo fuerza para resistir la tentación, y el Señor oyó y contestó sus oraciones. Estas prácticas que antes le atraían tanto, declaró que ahora le repugnaban. Tenía un gran deseo de convertirse más profundamente. Sentía que sostenía la verdad sólo con la punta de los dedos, y a menos que continuara orando, sus manos se resbalarían, y entonces su fuerza desaparecería, y estaría tan mal como siempre.

En nuestra siguiente reunión social, casi todos los que dieron testimonio expresaron su agradecimiento a Dios por las bendiciones que habían recibido el día anterior. Algunos declararon que por primera vez en su vida podían decir que sabían que sus pecados habían sido perdonados. Este fue en verdad un sábado precioso para los que se reunieron para adorar a Dios en este campamento.

El domingo por la mañana, los equipos empezaron a verter sus cargas de carga viva sobre el terreno. El campamento parecía atrincherado con faetones, calesas y carros de primavera, carros de cabecera y largos carros de heno, llenos de sillas. Algunos venían de veinte millas a la redonda con sus familias. Eld. Haskell habló por la mañana con gran claridad. Yo hablé por la tarde sobre el tema de la templanza cristiana. Luego se distribuyeron las promesas, a las que se adhirieron ciento treinta nombres. Nuestra gente ya había firmado antes.

El lunes y el martes muchos respondieron a la invitación de buscar al Señor, y en ambas ocasiones se hicieron notables progresos para acercarse a una rendición completa a Dios. Uno que había estado vagando durante mucho tiempo en los laberintos de la infidelidad, por primera vez tomó su posición abiertamente con el pueblo de Dios, y puso sus pies firmemente sobre la Roca de las Edades. Declaró que esperaba que la gente dijera: "¿Por qué te unes a ese pueblo; son pobres?". Pero su respuesta fue: "Yo soy pobre, y por eso me uniré a ellos para buscar riquezas celestiales. Ellos dirán: "Son gente ignorante". Bueno, yo soy ignorante, y deseo unirme a ellos para que juntos podamos

conectarnos con el gran Maestro, y obtener esa sabiduría que viene de la fuente de toda sabiduría. Ellos dirán, estos son humildes, gente baja. Bien, yo deseo venir con ellos al pie de la cruz, y humillar mi corazón y voluntad a la mente y voluntad de Cristo".

El jueves hablé sobre la unidad que debe existir entre los hermanos. Me convencí de que la razón por la que el Espíritu de Dios no venía a nuestras reuniones de una manera más marcada era por las disensiones que se permitía que existieran entre los hermanos. Con algunos existían sentimientos envidiosos y celosos, conjeturas malignas, acusaciones e inculpaciones. El apóstol se refirió a esto como una raíz de amargura por la cual muchos son contaminados. Muchos van por las reuniones del campamento profesando adorar a Dios y guardar sus mandamientos, mientras que estos mismos males se abrigan en sus corazones. Los tales no reciben ningún bien duradero, porque no purifican sus corazones ni limpian el templo del alma. Algunos murmuran contra sus hermanos, y luego, como no es más que un paso más allá, murmuran contra Dios porque no se sienten más felices, cuando el impedimento está sólo en ellos mismos. Son orgullosos e inflexibles; el yo es su ídolo predilecto, y no quieren destronarlo para que Jesús sea consagrado en sus corazones, por lo que sus vidas son un revoltijo de incoherencias.

Hicimos un llamamiento especial a todos los de esta clase para que se separaran de la congregación y buscaran especialmente al Señor. Muchos se acercaron y se hicieron varias confesiones, y sin embargo la obra no fue tan profunda con algunos como creímos que debía ser. Nuestras fervientes súplicas ascendieron una vez más a Dios en su favor. De nuevo el Señor se acercó a nosotros y su Espíritu Santo se posó sobre nosotros. Cuando nos levantamos, había un marcado cambio en el semblante de algunos. La oscuridad y las tinieblas se habían disipado, y la luz, la paz y la alegría habían inundado sus almas. Sus rostros estaban iluminados y todos parecían ansiosos por expresar su agradecimiento por lo que Dios había hecho por ellos. El hermano que había sido jugador, bebedor y tabaquista dio un claro testimonio. Jesús lo había bendecido como nunca antes. Se sentía un hombre convertido. Todo era paz y alegría. Varios dieron un testimonio similar.

Las reuniones debían terminar el miércoles, pero el martes los hermanos nos rogaron que nos quedáramos otro sábado y domingo. Algunos suplicaron con lágrimas que no los dejáramos, pues la obra acababa de comenzar, y mucho se ganaría si las reuniones pudieran continuar. Decidimos acceder a la petición y, obedeciendo a nuestras convicciones del deber, continuar nuestro trabajo. Nos

sentíamos profundamente preocupados por este querido pueblo. Algunos sólo han tenido una corta experiencia; necesitan saber más del camino de la vida. Muchos han confesado ser intranquilos, temperamentales, impacientes y culpables. Cuánto se conmueven nuestros corazones por esta clase, sabiendo que muchos no se darán cuenta de cuán ofensivos son estos pecados a los ojos de Dios hasta que sea demasiado tarde para que formen nuevos caracteres y sean limpiados por la sangre de Cristo. Sentimos deseos de suplicar a todos los que se entregan a estos pecados que los desechen y construyan un carácter sobre el verdadero fundamento, Jesucristo. Un carácter nuevo y simétrico puede formarse acumulando una gracia y una buena acción sobre otra, subiendo así la escalera de Pedro de ocho peldaños en la santificación. Un carácter así construido será armonioso en todos sus caminos. La fe sostendrá las obras, porque la fe obra por amor y purifica el alma.

En algunos aspectos, esta reunión es diferente a otras reuniones de campamento. Siempre me ha dolido el corazón ver a nuestros hermanos apresurados por desarmar sus tiendas y regresar a casa después de haber estado en el campamento sólo dos o tres días. Antes de que realmente hayan entrado en el espíritu de la reunión, levantan sus tiendas y regresan a sus preocupaciones y perplejidades mundanas. Los últimos dos o tres días de la reunión son necesarios para todos, y los primeros días son necesarios para llegar a una posición en la que los últimos días los benefician. La variada instrucción dada no proviene del hombre. Es Cristo hablando a través de sus representantes, y ninguna ocasión de este tipo debe ser considerada con indiferencia. Si te ausentas de una reunión puedes dejar de recibir un mensaje enviado a ti por Dios, y como resultado puedes caer en la tentación, porque las instrucciones y advertencias puestas a tu alcance no las recibiste.

La gente de aquí está hambrienta de conocimientos, y dicen: "No sabemos cuándo volveremos a tener tanta ayuda, quizá nunca, y queremos conservarla todo el tiempo que podamos." Unos cuantos han recorrido cuarenta millas y esta mañana han regresado trayendo consigo a algunos que no habían estado antes sobre el terreno. Es una satisfacción trabajar para un pueblo que está tan ansioso de ser ayudado, y que apreciará las labores que se le concedan. Los dos últimos días, jueves y viernes, han sido los mejores de la serie de reuniones. La reunión social de las cinco de esta mañana fue la mejor que hemos tenido. El hermano estaba de rodillas confesándose con el hermano; hubo corazones rotos, lágrimas, perdón y regocijo. Esperamos ver más de la salvación de Dios antes de que termine esta reunión.

Como no hay respuesta a la ferviente y cordial invitación de nuestra Conferencia de California para que vengan obreros en su ayuda en esta costa y para la misión del Pacífico Norte, sentimos que es nuestro deber trabajar donde ellos están tan necesitados de ayuda. Declaramos que asistiríamos a la reunión del campamento en Des Moines, Iowa, y a otras grandes reuniones según lo permitieran nuestras fuerzas. Pero la desilusión de nuestra gente en su expectativa de ayuda en esta costa me retiene aquí y en Oregón el próximo verano. Mis labores han sido bien recibidas dondequiera que he estado. No pediría un mayor aprecio por mis labores que el que he recibido de nuestra gente aquí, y no han faltado expresiones de aprecio de aquellos que no son de nuestra fe. No me atrevo a alejarme de este campo a menos que Dios me despeje el camino y me indique claramente mi deber en esa dirección.

Sra. E. G. White

Lemoore,

2 de mayo de 1880.

13 de mayo de 1880

La idolatría de Israel

EGW

Por orden de Dios, Moisés ascendió de nuevo al monte y llevó consigo a Aarón, Nadab y Abiú, con setenta de los ancianos más influyentes de Israel. Éstos fueron colocados donde pudieran contemplar la majestad de la presencia divina, mientras el pueblo adoraba al pie del monte. "Y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un enlosado de piedra de zafiro, y como el cuerpo del cielo en su claridad. Y sobre los nobles de los hijos de Israel no puso su mano; también ellos vieron a Dios, y comieron y bebieron."

No contemplaron la persona de Dios, sino sólo la gloria inefable que lo rodeaba. Antes de esto, si hubieran contemplado tal escena, no habrían podido vivir, pues no estaban preparados para ella. Pero las exhibiciones del poder de Dios los habían llenado de temor, lo que produjo en ellos arrepentimiento por sus transgresiones pasadas. Amaban y reverenciaban a Dios, y habían estado purificándose y contemplando su gloria, pureza y misericordia, hasta que pudieron acercarse a Aquel que había sido el objeto de todas sus meditaciones. Dios había envuelto su gloria con una densa nube, de modo que el pueblo no

podía contemplarla. El oficio de los ancianos que Moisés llevó consigo era ayudarlo a conducir el ejército de Israel a la tierra prometida. Esta obra era de tal magnitud que Dios condescendió a poner su espíritu sobre ellos. Los honró con una visión más cercana de la gloria que lo rodeaba, para que pudieran tener un claro sentido de su grandeza, majestad y poder, y así estar preparados con sabiduría para desempeñar su parte en la gran obra que se les había asignado.

Moisés y "su ministro Josué" fueron llamados a reunirse con Dios. El decálogo debía ser entregado, inscrito en dos tablas de piedra, y como el tiempo de ausencia iba a ser largo, el jefe había designado a Aarón y Hur, asistidos por los ancianos, para que actuasen en su lugar, dándoles el mandato: "Esperad aquí, hasta que vuelva a vosotros". "Y subió Moisés al monte, y una nube cubrió el monte. Y la gloria del Señor permaneció sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió durante seis días; y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube. Y la vista de la gloria de Jehová era como fuego consumidor en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel. Y entró Moisés en medio de la nube, y subió al monte; y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches."

Ni siquiera Moisés pudo subir en seguida al monte, pues no podía acercarse inmediatamente tanto a Dios y soportar las exhibiciones de su gloria. Seis días estuvo preparándose para encontrarse con Dios. Sus pensamientos y sentimientos comunes debían ser apartados. Durante seis días dedicó sus pensamientos a Dios y se santificó mediante la meditación y la oración, antes de estar preparado para conversar con su Hacedor.

A continuación, el Señor dio a Moisés instrucciones para la construcción de un santuario, en el que se manifestaría especialmente la presencia divina; también dio otras instrucciones con respecto al sábado. Finalmente le fue entregado a Moisés, por mano de la Majestad Divina, el testimonio, o los diez mandamientos, grabados en dos tablas de piedra.

Pero mientras Moisés recibía así instrucciones de Dios, el pueblo se corrompía al pie del monte. La multitud mixta que vino de Egipto con los israelitas fueron los principales impulsores de este terrible alejamiento de Dios. Se les llamaba multitud mixta, porque los hebreos se habían casado con los egipcios.

El pueblo había visto a Moisés subir al monte y entrar en la nube, mientras la cima del monte estaba toda en llamas. Esperaban su regreso y, como no llegaba tan pronto como esperaban, se impacientaron e insistieron en que había sido muerto por la llama ardiente.

Una gran multitud se reunió alrededor de la tienda de Aarón, y le dijeron que Moisés no volvería jamás, que la nube que hasta entonces los había guiado descansaba ahora sobre el monte, y que ya no dirigiría su ruta a través del desierto. Deseaban algo que pudieran mirar y que se pareciera a Dios. Los dioses de Egipto estaban en sus mentes, y Satanás aprovechaba esta oportunidad, en ausencia de su líder designado, para tentarlos a imitar a los egipcios en su idolatría. Sugirieron que si Moisés no volvía a ellos, podrían regresar a Egipto y ganarse el favor de los egipcios llevando esta imagen ante ellos, reconociéndola como su dios.

Aarón se opuso a sus planes, hasta que pensó que estaban decididos a llevarlos a cabo, y entonces dejó de razonar con ellos. Tan violentos eran sus clamores que temió por su propia seguridad. Y en vez de levantarse noblemente por el honor de Dios, y confiar su vida en las manos de Aquel que había hecho maravillas por su pueblo, Aarón perdió su valor, su confianza en el Señor, y cedió cobardemente a los deseos de una multitud impaciente; y esto, además, en oposición directa a los recientes mandamientos de Dios.

Les dijo que recogieran los pendientes de oro entre la gente y se los trajeran. Supuso que esto los disuadiría de su propósito. Pero no fue así; renunciaron voluntariamente a sus ornamentos, y con ellos hizo un becerro a imitación de los dioses de Egipto, y construyó un altar en el que sacrificar a este ídolo. Y se sometió a oír al pueblo proclamar: "Estos son tus dioses, oh Israel, que te hicieron subir de la tierra de Egipto". ¡Qué insulto a Jehová! Aarón mismo "hizo pregonar y dijo: Mañana es fiesta a Jehová. Y se levantaron de mañana, y ofrecieron holocaustos, y trajeron pacíficos; y el pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantó a jugar." Hacía poco que habían escuchado la proclamación de la ley de Dios desde el Sinaí, en medio de las más sublimes demostraciones del poder divino; y ahora, cuando su fe fue puesta a prueba por la ausencia de Moisés durante algunas semanas, se dedicaron a la idolatría, que tan recientemente había sido especificada y expresamente prohibida por Jehová. La ira de Dios se encendió contra ellos.

Se advirtió a Moisés que se apresurara a volver al campamento, pues el pueblo se había vuelto de nuevo al culto pagano. Dios le dijo: "Déjame en paz, para que se encienda mi ira contra ellos y los consuma; y haré de ti una gran nación."

Dios vio que los hijos de Israel, especialmente la multitud mixta, estaban continuamente dispuestos a rebelarse y, con sus obras, provocarlo para que los destruyera. Sabía que murmurarían contra su jefe cuando estuvieran en

dificultades, y que lo contristarían con su continua rebelión. Por lo tanto, propuso a Moisés consumirlos y hacer de él una gran nación. Aquí el Señor probó a su siervo.

Sabía que conducir a aquel pueblo rebelde hasta la tierra prometida era una tarea laboriosa y que ponía a prueba el alma. Pondría a prueba la perseverancia, la fidelidad y el amor de Moisés por un pueblo tan descarriado e ingrato. Pero el hombre de Dios no consintió que Israel fuese destruido. Demostró con sus intercesiones que valoraba más la prosperidad del pueblo elegido de Dios que un gran nombre, o ser llamado padre de una nación más grande que Israel.

"Y Moisés suplicó al Señor su Dios, y dijo: Señor, ¿por qué se ha encendido tu ira contra tu pueblo que sacaste de la tierra de Egipto, con gran poder y con mano poderosa? ¿Por qué han de hablar los egipcios y decir: Por maldad los sacó, para matarlos en los montes y consumirlos de sobre la faz de la tierra?". Y rogó que se perdonara al pueblo por el que Dios había manifestado su poder de manera tan significativa.

La idea de que las naciones paganas, y especialmente los egipcios, triunfarían sobre Israel y reprocharían a Dios, era abrumadora para Moisés. No podía dejar ir a Israel, a pesar de toda su rebelión y de sus repetidas murmuraciones contra él. La noticia de su maravillosa liberación se había difundido entre todas las naciones, y todos los pueblos esperaban ansiosamente para ver lo que Dios haría por ellos. Y Moisés recordaba bien las palabras de los egipcios, que los conducía al desierto para que perecieran y él recibiera sus posesiones. Y ahora, si Dios destruyera a su pueblo, y lo exaltara para ser una nación más grande que Israel, ¿no triunfarían los paganos y alegarían que el Dios de los hebreos no era capaz de conducirlos a la tierra que les había prometido? Mientras Moisés intercedía por Israel, su timidez se perdía en su profundo interés y amor por aquel pueblo por el que él, en manos de Dios, había sido el medio de hacer tanto. Presentó ante Dios su promesa a Abraham, Isaac y Jacob. Oró con fe firme y propósito decidido. El Señor escuchó sus súplicas, tuvo en cuenta su oración desinteresada y le prometió que perdonaría a Israel.

Moisés resistió noblemente la prueba y demostró que su interés por Israel no era obtener un gran nombre ni exaltarse a sí mismo. La carga del pueblo de Dios recaía sobre él. Dios lo había puesto a prueba, y estaba complacido con su fidelidad, su sencillez de corazón y su integridad ante él, y le encomendó, como a un pastor fiel, el gran encargo de conducir a su pueblo hasta la tierra prometida.

13 de mayo de 1880

Peticiones de mano de obra

EGW

En una reunión celebrada en Oakland para considerar las necesidades de la causa, los hermanos reunidos presentaron las urgentes demandas de trabajo en este Estado.

Eld. Haskell habló de la necesidad de la labor ministerial en la costa del Pacífico, así como de la necesidad de la labor misionera no limitada al ministerio. Se refirió en particular a la importancia de que los ministros que salen, lo hagan con fe y confianza en Dios, haciendo su trabajo con minuciosidad. Se refirió a las muchas llamadas de los diferentes campos, y a los pocos ministros dispuestos a responder a estas llamadas, y al desalentador estado de salud de la mayoría de ellos.

Hablé largo y tendido sobre el deber de nuestros ministros de controlar la voz y no pervertir sus facultades hablando demasiado alto. Todo ministro debe hacer todo lo posible por convertirse en un orador aceptable. Si uno adquiere el hábito de entonar su voz en un tono antinatural, causa un gran daño a los órganos vocales, así como violencia a los oídos de la gente. El ministro debe ajustar su vida y manera de enseñar lo más posible a la vida y manera de Cristo. Durante todo su ministerio nunca se oyó a Cristo gritar sus lecciones de instrucción. Él modulaba su voz, hablando clara y distintamente, con una seriedad y patetismo que siempre impresionaba profundamente a sus oyentes.

Varios hermanos hicieron comentarios sobre las numerosas oportunidades de trabajo. El hno. Rice habló de Chico, un lugar donde se había hecho un esfuerzo y cuarenta habían firmado el pacto, pero que era esencial seguir trabajando para confirmar y establecer una iglesia. También habló de otros lugares donde unos pocos habían salido y estaban observando el sábado, que si se podía tener más trabajo, otros probablemente tomarían su posición por la verdad. Se necesitaría una tienda, ya que nuestra gente no tiene casas de reunión en estos lugares. El hno. Chapman habló a favor de que los obreros vayan al condado de Santa Bárbara. Él tiene parientes que han enviado peticiones urgentes para que alguien vaya y predique la verdad allí. Varios otros lugares fueron mencionados como buenas aperturas.

El Hno. Butcher habló entonces particularmente de Suisun, Vacaville y Dixon. El milagro de que se le hubiera soltado la lengua había creado una gran excitación en esos lugares. Afirmó que, cuando fue ordenado anciano de la iglesia, se opuso a causa de su impedimento para hablar, diciendo que no podía ni leer ni hablar porque tartamudeaba mucho. Eld. Healey le dijo que Moisés puso la misma excusa, pero el Señor le dijo: "Yo estaré con tu boca y te enseñaré lo que debes decir". El Hno. B. decidió que si el Señor lo había escogido para ese puesto, él le ayudaría a ocuparlo. Sentía el poder de la verdad y anhelaba hablarla a sus vecinos. Oró muy fervientemente para que Dios le quitara la tartamudez y le ayudara a decir la verdad. Recibió la seguridad de que así se haría, y con la fuerza de su fe invitó a sus vecinos, que no eran de nuestra creencia, a venir a la reunión. Vinieron, y él pudo hablar con gran libertad y poder de convicción. Los que conocen al Hno. Butcher desde hace años están llenos de asombro ante el gran milagro realizado. Ha recibido muchas invitaciones para hablar de la verdad, y lo ha hecho con gozo. Cree que muchos están convencidos de que tenemos la verdad, y si algún obrero pudiera venir con la tienda, se podría realizar una buena obra. Otro, al abogar por Vacaville, dice que el caso del Hno. B. ha conmovido a toda la comunidad, y personas que no habían asistido a la iglesia durante años han salido para oírle explicar las Escrituras, y ahora quieren oír más sobre estos temas.

Eld. Healey dice que hay tantas vacantes que apenas pueden determinar a dónde ir; vacantes en Shasta, San Diego, Vacaville, Dixon, buenos campos en todas partes; pero ¿dónde están los hombres para responder a las llamadas?

El Hno. Israel habló de las llamadas que habían llegado del condado de Kern, afirmando que la tienda podría instalarse en la sede del condado, y pensó que tendría éxito; también que San Francisco debería tener trabajo en la tienda, que la iglesia estaba necesitada de ayuda, ya que muchos de sus miembros se habían mudado, y su casa de reuniones tenía una pesada deuda. Expresó su ansiedad por hacer todo lo que pudiera para promover la causa; habló de su gratitud por lo que el Señor había hecho por su familia, a través de un testimonio de la hermana White, liberando a su esposa de la cruel esclavitud de la desesperación, que le había sobrevenido como consecuencia de su mala salud, y que la había retenido durante meses. Al aceptar el testimonio fue devuelta a su familia en su sano juicio, y ahora está alegre y esperanzada, alabando a Dios por la gran liberación realizada.

Eld. Waggoner comentó que no había venido a esta costa para trabajar como predicador, pero que sentía el mismo interés por estos campos de trabajo que si

se dedicara exclusivamente a la predicación. Expresó una ansiedad especial por San Francisco, declarando que se había dado luz de que éste era un campo misionero. Muchos de los que han abrazado la verdad aquí se han trasladado a otros lugares, algunos han muerto, y en la actualidad la iglesia es muy pequeña. Insta a que se monte la tienda en diferentes puntos de la ciudad y se continúen las reuniones durante la parte favorable de la temporada. También insta a que se consideren cuidadosamente y en oración los diferentes campos. No debemos estudiar para mantener los esfuerzos de nuestros ministros en un ámbito estrecho. Los ancianos White y Bates comenzaron en Massachusetts, y Maine, y salieron en diferentes direcciones en diferentes Estados, plantando el estandarte de la verdad, desde el cual la luz debe brillar para otros. Estos hombres que dirigieron la obra tenían plena confianza en el poder de Dios para ayudarles en su trabajo, y Él les ayudó precisamente cuando más lo necesitaban.

Esta preciosa verdad reúne a uno aquí, y a otro allá, y de cada alma verdaderamente convertida la obra se agrandará y se extenderá.

E. G. White.

20 de mayo de 1880

El pecado de Aarón al ceder ante el pueblo

EGW

Cuando Moisés y Josué bajaban de la montaña, llevando el primero las "tablas del testimonio", oyeron gritos en el campamento. Lo primero que pensó Josué fue en un ataque de sus enemigos: "Hay ruido de guerra en el campamento". Moisés contestó: "No es la voz de los que gritan por el dominio, ni es la voz de los que claman por ser vencidos; pero oigo el ruido de los que cantan."

Cuando se acercaron al campamento, vieron a los hijos de Israel gritando y danzando excitados alrededor de su ídolo. Todo era una escena de paganismo, una imitación de las fiestas idólatras y de los adoradores de ídolos de Egipto; ¡pero cuán diferente de la solemne y reverente adoración de Dios! Moisés estaba abrumado. Acababa de venir de la presencia de la gloria de Dios, y aunque se le había advertido que el pueblo se había corrompido, había hecho un ídolo y le había sacrificado, en cierta medida no estaba preparado para aquella espantosa exhibición de la degradación de Israel. Sumido en el desaliento y la ira por su gran pecado, arrojó las tablas de piedra por indicación divina, para romperlas a

la vista del pueblo y significar así que habían roto el pacto tan recientemente concertado con Dios.

Luego quemó el ídolo en el fuego y lo molió hasta hacerlo polvo, y después de esparcirlo sobre el agua, hizo que los hijos de Israel bebieran de ella. Este acto fue para mostrarles la total inutilidad del dios que habían estado adorando. Los hombres podían quemarlo en el fuego, molerlo y beberlo sin sufrir ningún daño. Les preguntó cómo podían esperar que un dios así los salvara o les hiciera algún bien o algún mal. Luego les repitió las exhibiciones que habían presenciado del poder ilimitado, la gloria y la majestad del Dios viviente, lo que infundió terror en sus almas.

"Y aconteció que cuando oísteis la voz de en medio de las tinieblas (porque el monte ardía en fuego), os acercasteis a mí, todos los jefes de vuestras tribus y vuestros ancianos. Y dijisteis: He aquí, Jehová nuestro Dios nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz de en medio del fuego. Hemos visto hoy que Dios habla con el hombre, y él vive. Ahora, pues, ¿por qué hemos de morir? porque este gran fuego nos consumirá. Si oímos más la voz del Señor nuestro Dios, entonces moriremos. Porque ¿quién hay de toda carne que haya oído la voz del Dios viviente hablando desde en medio del fuego, como nosotros, y haya vivido? Acércate, y oye todo lo que Jehová nuestro Dios dijere; y dinos tú todo lo que Jehová nuestro Dios te dijere; y lo oiremos, y lo haremos. Y oyó Jehová la voz de vuestras palabras, cuando me hablabais. Y me dijo Jehová: He oído la voz de las palabras de este pueblo, que te han hablado. Bien han dicho todo lo que han hablado. Ojalá tuvieran tal corazón que me temieran y guardaran siempre todos mis mandamientos, para que les fuera bien a ellos y a sus hijos para siempre."

La Majestad del Cielo muestra aquí que no se complace en castigar al transgresor; pero cuando sus justas leyes son pisoteadas, debe mantener el honor de su trono. Se complace en conceder sus bendiciones a todos los que las valoran. "¡Oh, que me teman y guarden siempre todos mis mandamientos, para que les vaya bien a ellos y a sus hijos para siempre!". Esto abarca a todos los que vivan en la tierra hasta el fin de los tiempos, a todos los que estén bajo la meditación de Jesucristo. La prosperidad de todos depende de su obediencia a los requerimientos de Dios. El corazón que está firmemente fijo en el Señor no pensará ligeramente en su ley misma, ni le dará menos consideración y reverencia a causa de la falta de respeto universal que recibe. En la medida en que sea desatendida y despreciada por las masas, llegará a ser preciosa para los

temerosos de Dios y obedientes. Dijo David: "Han invalidado tu ley, por eso amo tus mandamientos más que el oro, sí, que el oro fino".

Moisés les presentó entonces su vergonzosa conducta de adorar a un ídolo, obra del hombre, en vez de ofrecer sincera devoción al Dios vivo. Les señaló las tablas de piedra rotas, que representaban para ellos que así habían roto el pacto que tan recientemente habían hecho con Dios. El Señor no reprendió a su fiel siervo por haber roto las tablas de piedra, sino que se enojó mucho con Aarón a causa de su pecado; y lo habría destruido, de no haber sido por las intercesiones especiales de Moisés en su favor.

A continuación, el gran jefe llamó a su hermano culpable para que compareciera ante él y le preguntó con severidad: "¿Qué te ha hecho este pueblo para que hayas traído sobre él un pecado tan grande?". Aarón trató de excusar su proceder relatando los clamores del pueblo: que si no hubiera accedido a sus deseos, le habrían dado muerte. "Y Aarón dijo: No se encienda la ira de mi señor. Tú conoces al pueblo, que está dispuesto al mal. Porque me dijeron: Haznos dioses que vayan delante de nosotros; pues en cuanto a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué ha sido de él. Y les dije: El que tenga oro, que lo parta. Y me lo dieron; luego lo eché en el fuego, y salió este becerro". Quería hacer creer a Moisés que se había realizado un milagro: que el oro había sido arrojado al fuego y que, por algún poder milagroso, se había convertido en un becerro.

Pero sus excusas y evasivas no sirvieron de nada. Moisés reprendió severamente a su hermano y le informó de que su culpa se veía agravada por el hecho de que había sido bendecido por encima del pueblo y había sido admitido en estrecha conversación con Dios. Que él, colocado en una posición de responsabilidad para dirigir y controlar a Israel, cometiera un pecado tan grande, incluso para salvar su vida, fue motivo de asombro para el fiel Moisés. Él "vio que el pueblo estaba desnudo; porque Aarón los había desnudado para su vergüenza entre sus enemigos". Los había despojado de sus ornamentos y les había dado un uso vergonzoso. El pueblo no sólo fue privado de sus ornamentos, sino que fue despojado de su defensa contra Satanás; porque había perdido su piedad y consagración a Dios, y había perdido su protección. En su desagrado, Dios les había quitado la mano que los sostenía, y estaban abandonados al desprecio y al poder de sus enemigos.

El hecho de que Aarón no fuera fiel a su confianza atrajo sobre él la reprensión de Dios. Si hubiera sido firme, Dios lo habría protegido del daño. En nuestros

días tenemos Aarones complacientes, aquellos que ocupan puestos de autoridad en la iglesia y que coinciden con un pueblo no consagrado y así lo conducen al pecado. Se exponen a sí mismos y al pueblo a la ira de Dios. Por mucho que Aarón se excusara, Dios lo consideraba el principal agente de esta terrible transgresión. He aquí un ejemplo trazado por la pluma inspirada, en las páginas de la historia sagrada, como lección para todos los ministros y los que ocupan puestos de responsabilidad, para que en ningún caso imiten el ejemplo del infiel Aarón. En estos últimos días, tenemos tantas ocasiones de temblar de miedo ante la voluntad de Dios, como las tuvieron los israelitas cuando estaban al pie del monte.

Los ministros que enseñan al pueblo que la ley de Dios ya no tiene vigencia, lo están llevando a la seguridad en su vida de desobediencia y transgresión. Esta Ley de Dios es tan sumamente amplia que no podemos medirla. Es santa, justa y buena, y de ninguna manera podemos eludir sus exigencias. Será la regla de la conducta del hombre mientras dure el tiempo, y la regla del futuro juicio de Dios. El Señor no puede, en consonancia con la perfección de su carácter, la santidad y el honor de su trono y su gobierno, y con referencia a la felicidad de los seres que ha creado, revocar o suprimir un solo precepto de su ley, o derogar una jota o tilde de ella, porque es perfecta, santa, justa y buena, en armonía con su carácter.

Aunque los hombres profesen regocijarse en la intercesión y la gracia de Jesucristo, no deben olvidar que la armonía con Cristo no puede obtenerse mientras haya un espíritu de guerra en sus corazones contra los mandamientos de su Padre. El amor genuino a Jesucristo conducirá directamente a la obediencia sincera de toda la ley de Dios, y habrá el más profundo arrepentimiento siempre que quebranten, o enseñen a los hombres con su ejemplo a quebrantar uno de los más pequeños mandamientos de Dios. Los ministros que tranquilizan las conciencias del pueblo participando con ellos en la transgresión por cualquier causa, se regocijan en la iniquidad. Y cuando Cristo venga, para juzgar, los corazones más robustos, los más confiados jactanciosos de logros religiosos mientras quebrantan la ley de Dios, desmayarán y fracasarán, toda excusa será entonces silenciada, todo corazón corrupto en su desobediencia se revelará tal como es. Habrá recriminaciones con los compañeros al verter desprecio sobre la ley de Dios; pero las denuncias más pesadas recaerán sobre el ministro infiel que profesaba ser enviado de Dios para mostrarles el camino de la salvación. El tentador y el tentado sufrirán la condenación según su responsabilidad y el mal que hayan hecho al inducir a las almas a la transgresión. De todos los crímenes que Dios castigará, ninguno es

tan grave a sus ojos como el de aquellos que tientan y animan a otros a pecar. Dios quiere que sus ministros se muestren siempre en todo lugar decididamente del lado del Señor, leales y fieles a sus mandamientos en un mundo rebelde, reprendiendo así a los desobedientes por difícil o contrario que sea a los sentimientos naturales. "A los que me honran", dice Dios, "yo los honraré". Dios espera que los que llevan su encargo sean verdaderos y fieles, y exalten la dignidad de sus pretensiones.

No tendríamos Aarons en nuestras filas, sino hombres que responden a la comisión divina, hombres que no se convierten en débiles y dóciles servidores del tiempo, sino hombres que se conectan con el Dios infinito, se hacen fuertes en su fuerza, y entran en su misión no para exaltarse a sí mismos, no para rehuir los deberes desagradables, sino para hacer la obra de Dios con fidelidad inquebrantable. Con un verdadero propósito, un hombre débil se hace fuerte; en la fuerza de Dios, un hombre tímido se hace valiente; los irresolutos se convierten en hombres de acción rápida, firme y decidida. El pensamiento de que él es de suficiente importancia para ser seleccionado y honrado con llevar una comisión del Rey de reyes es suficiente para hacerlo resuelto, y para causarle ser fiel y verdadero a su confianza. Dios espera de él la obra que se le ha encomendado para investirlo de una dignidad moral que sabe a cielo.

La lección más importante del débil acatamiento de Aarón a los deseos del pueblo es para que todos la aprovechen. Moisés trató el caso de Aarón como si él fuera el gran ofensor. Preguntó qué le había hecho el pueblo para que se vengara de él llevándolo a cometer un crimen tan grande. La conducta de Aarón no estaba justificada en lo más mínimo.

27 de mayo de 1880

El aborrecimiento y el tratamiento del pecado por parte de Dios

EGW

Moisés pidió ahora a todos los que se habían librado de este gran pecado de idolatría, que vinieran y se pusieran a su lado, a su derecha, mientras que los que se habían unido a los rebeldes en la adoración del ídolo, pero que se habían arrepentido de su pecado, debían ponerse a su izquierda. El pueblo se dispuso como se le había ordenado. "Y los hijos de Leví se juntaron a él". Esta tribu no había tomado parte en el culto idólatra. Pero una gran compañía, en su mayor parte de la multitud mixta, que instigó la fabricación del becerro, se obstinó en su rebelión, y no quiso estar con Moisés, ni a su derecha ni a su izquierda.

Moisés ordenó entonces a los que estaban a su derecha que tomaran sus espadas y salieran a matar a los rebeldes que quisieran volver a Egipto. Sólo debían ejecutar el juicio de Dios sobre los transgresores aquellos que no habían tomado parte en la idolatría. No debían perdonar ni al hermano, ni al compañero, ni al prójimo. Los que se dedicaban a este trabajo de matar, por doloroso que fuera, debían darse cuenta ahora de que estaban ejecutando sobre sus hermanos un solemne castigo de Dios; y por ejecutar este doloroso trabajo, contrario a sus propios sentimientos, Dios les concedería su bendición. Al realizar este acto, mostraron sus verdaderos sentimientos en relación con el alto crimen de la idolatría, y se consagraron más plenamente al culto sagrado del único Dios verdadero. "Y cayeron del pueblo aquel día como tres mil hombres". El terror llenó los corazones de toda la congregación. Temían que todos fueran destruidos. Al ver Moisés su angustia, prometió, de acuerdo con su ferviente petición, suplicar a Dios que perdonara su transgresión.

Los que alegan que debe ejercerse una gran caridad hacia los transgresores de los mandamientos de Dios, pueden ver en este ejemplo de la justicia retributiva de Dios cómo considera esa caridad que encubre el pecado o protege a los inicuos. Los cabecillas de esta maldad, sin tener en cuenta la amistad o el parentesco, debían ser castigados con la muerte. Sólo se dio muerte a los que se levantaron en audaz desafío para reivindicar su conducta, mientras que se perdonó la vida a los que se arrepintieron de sus pecados y se humillaron. Algunos llamarían a las rápidas y decididas medidas tomadas, un espíritu duro y severo. Pero Moisés recibió aquí, de boca de Dios, la interpretación de, o lo que él llama, santificación. En el acto rápido y decisivo de mostrar su aborrecimiento por tal desobediencia y transgresión, se santificaron a sí mismos. Esta integridad, esta fidelidad sin desviaciones, trajo una bendición sobre la tribu que realizó el acto de terrible justicia.

Aarón no se levantó audazmente en defensa de lo correcto, sino que cedió a la fuerza del número, lo que lo colocó con la mayoría. Aarón representa los casos de un gran número de los que componen nuestras iglesias en la actualidad. Pasan por alto los pecados que existen en la iglesia y que entristecen el espíritu de Dios. Son negligentes cuando se trata del orden y los principios, porque no es agradable reprender y corregir los errores. Ellos mismos se dejan llevar por la corriente, y se hacen responsables de una temible negligencia en la fidelidad.

Moisés representa a una clase que llamará al pecado por su nombre correcto; una clase que no dará lugar al pecado y al mal, sino que lo purgará de entre ellos. Nuestro aborrecimiento del pecado no puede ser demasiado fuerte, si no

estamos controlados por sentimientos personales y egoístas, si trabajamos desinteresadamente por la salvación de las almas, abogando en favor de los descarriados y de los cegados por sus propias transgresiones.

Al día siguiente, Moisés se dirigió a ellos: "Habéis cometido un gran pecado; ahora subiré al Señor; tal vez haga expiación por vuestro pecado". Fue, y en su confesión ante Dios, dijo: "¡Oh! este pueblo ha pecado gravemente, y se ha hecho dioses de oro. Pero ahora, si quieres, perdona su pecado; y si no, te ruego que me borres de tu libro que has escrito." La respuesta fue: "A todo el que peque contra mí, lo borraré de mi libro. Por tanto, ve ahora y conduce al pueblo al lugar del que te he hablado. He aquí, mi ángel irá delante de ti; sin embargo, en el día en que yo visite, visitaré su pecado sobre ellos". El Señor mostró además su desagrado por su acto afligiéndolos con una plaga.

Moisés manifestó su gran amor por Israel en su súplica al Señor para que perdonara su pecado, o borrara su nombre del libro que había escrito. Sus intercesiones ilustran aquí el amor y la mediación de Cristo por la raza pecadora. Pero el Señor se negó a que Moisés sufriera por los pecados de su pueblo rebelde. Le declaró que a los que habían pecado contra él los borraría del libro que había escrito; porque el justo no debe sufrir por la culpa del pecador. El libro al que aquí se hace referencia es el libro de registros del Cielo, en el que está inscrito todo nombre, y están fielmente escritos los actos de todos, sus pecados y su obediencia. Cuando los individuos cometen pecados que son demasiado graves para que el Señor los perdone, sus nombres son borrados del libro, y son destinados a la destrucción. Aunque Moisés comprendía el terrible destino de aquellos cuyos nombres debían ser borrados de los registros del Cielo, declaró claramente ante Dios que si los nombres de su descarriado Israel ya no debían ser recordados por él para bien, deseaba que su nombre fuera borrado con el de ellos; porque nunca podría soportar ver la plenitud de la ira de Jehová caer sobre el pueblo por el cual había obrado tales maravillas.

El Señor ordenó a Moisés que alejara su tienda del campamento de Israel, dando así a entender al pueblo que se había separado de él. Se revelaría a Moisés, pero no a un pueblo así. Aquí establece una diferencia entre los fieles y los infieles; y esta reprensión fue vivamente sentida por los israelitas pecadores.

Con tristeza habían enterrado a sus muertos, sujetos de la ira de un Dios insultado, y su pecado también había separado de ellos a Moisés, su líder. Moisés levantó la tienda donde Dios le indicó, pero la llamó tabernáculo de reunión. El pueblo observaba con ansiedad los movimientos de Moisés cuando

se dirigía al tabernáculo. Temían que Dios hubiera separado a Moisés de ellos para destruirlos en su ira. Cuando Moisés se dirigió al tabernáculo, cada uno se quedó a la puerta de su tienda hasta que él entró. El pueblo se había despojado de todos sus ornamentos, pues el Señor había dicho a Moisés: "Di a los hijos de Israel: sois un pueblo de dura cerviz; en un momento subiré en medio de vosotros y os consumiré; por tanto, despojaos ahora de vuestros ornamentos para que yo sepa qué hacer con vosotros". Se despojaron de sus ornamentos y humillaron sus corazones en penitencia ante Dios. Moisés no había informado al pueblo con qué éxito había intercedido ante Dios en su favor; pero en respuesta a sus fervientes importunidades, Dios había prometido enviar un ángel delante de ellos, pero se había negado a subir él mismo en medio de ellos, no fuera que en su descarriada trayectoria su ira los consumiera en el camino.

Cuando Moisés entró en el tabernáculo, el símbolo de su gloria en el pilar nublado estaba a la puerta del tabernáculo. Si Moisés hubiera intentado disminuir la magnitud de los pecados del rebelde Israel, no habría sido tolerado ni un momento en la presencia divina, pues habría compartido la culpa de Israel. Suplicó a Dios que perdonara a su pueblo, a pesar de su gran pecado, mostrándose así como un Dios grande y misericordioso. Así Moisés se encomendó a sí mismo y a todo Israel a la gran misericordia de aquel a quien Israel había deshonrado. Moisés presentó entonces fielmente al pueblo el carácter agravante de su pecado. Sabía que los meros sacrificios y ofrendas no eliminarían la culpa a menos que sus corazones se arrepintieran sinceramente de su transgresión.

Algunos en esta era del mundo parecen pensar que es una virtud llamar al pecado justicia. Pero Moisés llamó al pecado por su nombre correcto, una transgresión de la santa ley de Dios. Moisés exigió a todos los que estaban verdaderamente arrepentidos y humildes en vista de su transgresión, que lo manifestaran separándose de la congregación, y a la vista de todo Israel repararan en el tabernáculo, y él suplicaría a Dios que perdonara su transgresión, y los recibiera de nuevo a su favor. El antiguo Israel necesitaba la convicción y el arrepentimiento total para cumplir la norma de Dios. No menos requiere Dios de su pueblo en nuestros días. Debe haber un genuino trabajo del corazón en arrepentimiento y humillación, a fin de estar bajo el cuidado del pacto y el amor protector de Dios. Se da evidencia inequívoca de que Dios es un Dios celoso, y que exigirá del Israel moderno como lo hizo del antiguo Israel, que obedezcan su ley. Para todos los que viven sobre la tierra está trazada esta historia sagrada por la pluma de la inspiración.

3 de junio de 1880

El trato de Dios con los transgresores de su Ley

EGW

"Y Jehová dijo a Moisés: Apártate y sube de aquí, tú y el pueblo que hiciste subir de la tierra de Egipto, a la tierra que juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu descendencia la daré. Y enviaré un ángel delante de ti, y echaré al cananeo, al amorreo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo, a una tierra que fluye leche y miel; porque no subiré en medio de ti, que eres pueblo de dura cerviz, para no consumirte en el camino. Y cuando el pueblo oyó estas malas nuevas, se enlutó; y ninguno se puso sus ornamentos. Porque Jehová había dicho a Moisés: Di a los hijos de Israel: Vosotros sois un pueblo de dura cerviz. En un momento subiré en medio de vosotros y os consumiré; por tanto, quitaos ahora vuestros ornamentos, para que yo sepa qué hacer con vosotros. Y los hijos de Israel se despojaron de sus ornamentos junto al monte Horeb."

Y Moisés levantó el tabernáculo fuera del campamento, y a todos los que deseaban buscar al Señor se les ordenó separarse de la congregación acudiendo allí.

El tabernáculo aquí mencionado era una tienda temporal dispuesta para el culto a Dios. El santuario, cuyo modelo Dios dio a Moisés, aún no había sido construido.

Todos los que se arrepentían sinceramente de sus pecados, suplicaban a Dios confesando sus pecados con gran humildad. Entonces Moisés entró en el tabernáculo. El pueblo observaba con el más profundo interés para ver si Dios aceptaba su mediación en su favor; si condescendía a reunirse con Moisés, entonces podían esperar que no serían completamente consumidos. Cuando la columna de nube descendió y se detuvo a la puerta del tabernáculo, todo el pueblo lloró de alegría, se levantó y adoró, cada uno a la puerta de su tienda. Se postraron rostro en tierra con humildad. Como la columna de nube, la señal de la presencia de Dios, continuaba descansando a la puerta del tabernáculo, sabían que Moisés estaba suplicando en su favor ante Dios. "Y Jehová habló a Moisés cara a cara, como habla un hombre a su amigo".

"Y Moisés dijo al Señor: Mira, tú me dices: Haz subir a este pueblo, y no me has hecho saber a quién enviarás conmigo. Pero tú has dicho: Te conozco por tu nombre, y también has hallado gracia delante de mí. Ahora, pues, te ruego

que si he hallado gracia en tus ojos, me muestres ahora tu camino, para que te conozca y halle gracia en tus ojos; y considera que esta nación es tu pueblo." Moisés tenía gran urgencia en que el Señor le mostrara el camino que debía seguir en la gran obra que tenía ante sí. Sentía profundamente la necesidad de la sabiduría divina para guiar a Israel, a fin de que volviera a ser reconocido por Dios como su pueblo.

El Señor respondió a la ansiosa pregunta de su siervo con la seguridad: "Mi presencia irá contigo y te daré descanso". Moisés suplicó: "Si tu presencia no va conmigo, no nos hagas subir de aquí. Porque ¿en qué se conocerá aquí que yo y tu pueblo hemos hallado gracia ante tus ojos? ¿No es que tú vas con nosotros? Así seremos separados, yo y tu pueblo, de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra". No estaba dispuesto a dejar de suplicar a Dios hasta obtener la seguridad de que la columna de nube, señal de su presencia, seguiría descansando sobre el tabernáculo y continuaría dirigiendo sus viajes.

Moisés no podía soportar que su interés se separara del de sus hermanos. Su ferviente intercesión era que el favor de Dios en su presencia especial pudiera ser concedido de nuevo al pecador pero arrepentido Israel, y que el tabernáculo que había sido retirado del campamento de Israel a causa de su idolatría pudiera ser erigido de nuevo en medio de ellos y el Señor manifestara su gloria a los hijos de Israel. Allí Moisés mostró su amor desinteresado por las tribus de Israel, y su celo genuino por el honor de Dios. Insiste en su petición a Dios, quiere una garantía decisiva en ese mismo momento de que el Señor volverá a acoger a su pueblo en su amor, y que la brecha que el pecador Israel había abierto será perdonada. Aquí Moisés se muestra como un tipo de Cristo. Al Señor no le disgustó en absoluto la importunidad de Moisés. Amaba a las ovejas que tenía a su cuidado. Y el Señor prometió que accedería plenamente a su petición.

Todas las almas verdaderamente convertidas ejercitarán el arrepentimiento hacia Dios, porque han quebrantado su ley. Cuán cuidadosa y temblorosamente buscó el pecador Israel el perdón de Dios, y ser acogido en el favor divino. Con este pueblo no se trataba de meras formas, sino de súplicas sinceras. Si en nuestros días hubiera manifestaciones visibles de la ira de Dios y de la repentina retribución que sigue al crimen, como cuando el castigo cayó tan duramente sobre Israel, habría menos osada presunción y desafío a la ley de Dios. Muchos continúan en la transgresión, halagando su conciencia de que la gracia es tan libre y abundante que nunca serán llamados a rendir cuentas. Pero el gran Dios es tan celoso de su ley como en los días de Moisés; aunque soporta mucho tiempo a los corazones perversos, ciertamente pedirá cuentas a todos los

transgresores de su sagrada ley. Dios dio a las naciones impías un tiempo de prueba. Les daría pruebas del poder del Dios vivo y verdadero, para que pudieran ver y comprender la superioridad del Dios del Cielo sobre sus ídolos insensatos. Según la luz dada era la condenación. Si elegían su propio camino antes que los caminos de Dios, y su propia maldad antes que la justicia de Dios, cuando la decisión estaba plenamente tomada, entonces había llegado el tiempo de Dios para castigarlos.

En nuestros días, los ministros y el pueblo anulan y desprecian esa ley que es tan sagrada como el trono de Dios. Satanás se regocija de haber tenido tanto éxito con el mundo profesamente religioso en hacer caso omiso de la ley de Dios; esa ley que es el fundamento del gobierno de Dios en el cielo y en la tierra. Satanás sabe que si lograra que los ministros y maestros hicieran caso omiso de esta santa ley, el cristianismo se volvería enano y enfermizo, y la verdadera piedad quedaría paralizada. Si las iglesias de hoy fuesen tamizadas por pruebas ardientes, no podrían soportar la prueba de Dios. Su santa ley, de diez preceptos, el espejo que revela los defectos en los caracteres de todos los que la consultan, revelaría que una gran proporción de lo que se cree ser religión genuina es muy defectuosa, teniendo sólo una forma de piedad, y ningún poder divino que sepa a vida.

El Señor accedió a la ferviente súplica de su siervo. Y en respuesta a la oración de Moisés, para que pudiera contemplar la gloria divina, se le permitió presenciar una manifestación de la presencia de Dios como nunca antes se había concedido al hombre.

Se ordenó a Moisés que preparara dos tablas de piedra y las llevara consigo a la cima del Sinaí, donde se escribirían los diez mandamientos tal como estaban en las tablas rotas. Ningún hombre debía subir con él, ni se debía ver a nadie en todo el monte.

Obedeció la orden, y "el Señor descendió en una nube y se quedó allí con él". La Deidad se proclamó a sí misma: "El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, a los que le aman y guardan sus mandamientos, que perdona la iniquidad y la rebelión y el pecado, y que de ningún modo exculpará al culpable; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y hasta la cuarta generación."

Dios no quiso decir en sus amenazas que los hijos se verían obligados a sufrir por los pecados de sus padres, sino que el ejemplo de los padres sería imitado

por sus hijos. Si los hijos de padres malvados sirvieran a Dios y obraran rectamente, Él recompensaría su rectitud. Pero los efectos de una vida pecaminosa de los padres a menudo son heredados por los hijos. Ellos siguen los pasos de sus padres. El ejemplo pecaminoso tiene su influencia de padre a hijo, a la tercera y cuarta generaciones. Si los padres se entregan a apetitos depravados, en casi todos los casos verán reproducidos los mismos en sus hijos. Los hijos desarrollarán caracteres similares a los de sus padres. Si los padres son continuamente rebeldes, e inclinados a anular la ley de Dios por precepto y ejemplo, sus hijos seguirán generalmente el mismo curso. El ejemplo de padres temerosos de Dios, que respetan y honran por su propia conducta la regla de Dios, será imitado por sus hijos y por los hijos de sus hijos; y así la influencia se ve de generación en generación. Los mandamientos de Dios sólo son penosos para quienes no los observan.

Cuando el Señor imprimió en el corazón de Moisés un claro sentido de la bondad, misericordia y compasión divinas, se llenó de profunda alegría y reverencia hacia Dios. "Se apresuró, inclinó la cabeza hacia la tierra y adoró" Suplicó al Señor que perdonara la iniquidad de su pueblo y lo tomara como herencia. Entonces Dios prometió bondadosamente que haría un pacto ante todo Israel para hacer grandes cosas por su pueblo; y que demostraría a todas las naciones su especial cuidado y amor por ellos.

10 de junio de 1880

La Ley y el sábado

EGW

El Señor ordenó a Moisés que no hiciera ningún pacto con los pueblos de la tierra a la que se dirigieran, para que no cayeran en la trampa. Pero debían destruir los altares de los paganos, romper sus imágenes y talar las arboledas dedicadas a sus ídolos. Luego ordenó: "No adorarás a ningún otro Dios; porque el Señor, cuyo nombre es celoso, es un Dios celoso". Dios reclama el culto supremo que le corresponde.

Dios prometió a la posteridad de Abrahán la tierra de Canaán; pero debían pasar siglos antes de que pudieran entrar en su posesión. "En la cuarta generación volverán acá, porque la iniquidad de los amorreos aún no ha llegado a su fin". Los amorreos que habitaban la tierra de Canaán, estaban trayendo gradualmente sobre sí los justos juicios de Dios por su iniquidad. Cuando se estableció plenamente que no serían sometidos al control del gobierno de Dios, y cuando

se entregaron a obrar iniquidad, llegando a la idolatría más conspicua, Dios los perdonó, porque no se había alcanzado la medida completa de la culpa que los señalaba para su venganza. La iniquidad de los amorreos debía alcanzar su plenitud antes de que Dios enviara su mandato de destrucción total. En la cuarta generación, Dios los desposeyó para dar lugar a su pueblo. Aquí vemos el largo sufrimiento de Dios; Él permite a las naciones una cierta libertad condicional, pero hay un punto en el que su culpa acumulada encontrará su castigo. Los que anulan la ley de Dios avanzan de un grado de maldad a otro. Los hijos heredarían de sus padres el espíritu malvado y rebelde contra Dios y su ley, y llegarían a un grado mayor de maldad que sus padres antes que ellos, hasta que la ira de Dios estallara sobre ellos. El castigo no fue menos cierto porque se demoró mucho. Dios quiere que nos tomemos a pecho estas lecciones. Quiere que veamos el principio de la justicia divina en sus tratos, y que comprendamos que se lleva un registro de las impiedades y quebrantamientos de la ley de cualquier pueblo y nación con la exactitud infalible de un Dios infinito. Aunque la medida de la iniquidad se va llenando, Dios sigue soportando, da oportunidades y ventajas adicionales, llamando al arrepentimiento y ofreciendo el perdón. Sin embargo, si continúan rechazando la luz y no prestan atención a las advertencias de Dios, su justicia divina no siempre soportará; porque éstos son una mancha, una mancha en su universo; su iniquidad corromperá a todos los relacionados con ellos y se extenderá ampliamente.

Se dieron instrucciones especiales con respecto a la observancia del sábado: "Seis días trabajarás, pero el séptimo día descansarás. En el tiempo de la espiga y de la siega descansarás". El Señor sabía que Satanás trabajaba continuamente para inducir a los israelitas a transgredir la ley divina, y condescendió a ser muy definido en sus indicaciones a su pueblo descarriado, para que no transgredieran sus mandamientos por falta de conocimiento. En la estación más ocupada del año, cuando sus frutos y granos debían ser asegurados, se verían tentados a trabajar en tiempo sagrado. Quería hacerles comprender que sus bendiciones aumentarían o disminuirían según su integridad de alma o su infidelidad en su servicio.

Dios no es menos particular ahora con respecto a su sábado que cuando hizo este requerimiento a los hijos de Israel. Su mirada está puesta sobre todo su pueblo y sobre todo el trabajo de sus manos. No pasará inadvertidos a los que se amontonan en sábado y emplean para su propio uso el tiempo que le pertenece. Algunos pueden pensar que ganan tiempo con este proceder; pero en vez de beneficiarse robándole a Dios lo que se ha reservado para sí, lo perderán.

Muchos no se dan cuenta de que los juicios que los alcanzan provienen de Dios. Aunque aguante mucho tiempo al transgresor, el castigo vendrá al fin.

Cuarenta días y cuarenta noches permaneció Moisés en el monte, y durante todo este tiempo, como al principio, fue milagrosamente sostenido. Y de nuevo el Señor "escribió sobre las tablas las palabras de la alianza, los diez mandamientos". Durante aquel largo tiempo pasado en comunión con Dios, el rostro de Moisés había reflejado la gloria de la presencia divina; y el resplandor no cesó cuando descendió del monte. Sin que él lo supiera, su rostro resplandecía con una luz tan deslumbrante y sobrenatural que Aarón, así como todo el pueblo, se asustaron de él. Al enterarse de la causa de su terror, se cubrió el rostro con un velo, y continuó haciéndolo cuando regresaba de tales comuniones celestiales.

Los que pisotean la autoridad de Dios y desprecian la ley dada con tanta grandeza en el Sinaí, prácticamente desprecian al legislador, el gran Jehová. A los hijos de Israel que habían transgredido el primero y el segundo mandamientos, se les ordenó que no se les viera cerca del monte, donde Dios iba a descender en gloria para escribir la ley por segunda vez en tablas de piedra, para que no se consumieran con la ardiente gloria de su presencia. Y si ni siquiera pudieron mirar el rostro de Moisés por la gloria de su rostro, porque había estado en comunión con su Hacedor, ¡cuánto menos podrán los pecadores mirar al Hijo de Dios cuando aparezca en las nubes del cielo en la gloria de su Padre, rodeado de toda la hueste angélica, para ejecutar el juicio sobre todos los que han desobedecido los mandamientos de Dios y han pisoteado la sangre de Cristo!

La ley de Dios existía antes de la creación del hombre. Los ángeles se regían por ella. Satanás cayó porque transgredió los principios del gobierno de Dios. Después de la creación de Adán y Eva, Dios les dio a conocer su ley. En aquel entonces no estaba escrita, sino que les fue ensayada por Jehová.

El sábado del cuarto mandamiento fue instituido en el Edén. Los principios incorporados en el decálogo existían antes de la caída, y eran adecuados a la condición de seres santos. Después de la caída, estos principios no fueron cambiados, nada fue quitado de la ley de Dios, pero preceptos adicionales fueron dados para satisfacer al hombre en su estado caído.

Se estableció entonces un sistema de sacrificios, para mantener ante la raza caída lo que la serpiente hizo descreer a Eva: que la pena de la desobediencia es la muerte. La transgresión de la ley de Dios hizo necesario que Cristo muriera

como sacrificio; porque sólo así podía redimir al hombre de la pena de la ley quebrantada y, sin embargo, mantener el honor del gobierno divino. El sistema de sacrificios fue concebido para enseñar al hombre la humildad, en vista de su condición caída, y para conducirlo al arrepentimiento hacia Dios y a la fe en el Redentor prometido para el perdón de las transgresiones pasadas. Si la ley de Dios nunca hubiera sido transgredida, no habría habido muerte, y por lo tanto no habría necesidad de preceptos adicionales para adaptarse a la condición caída del hombre.

Adán enseñó a sus descendientes la ley de Dios, que fue transmitida a los fieles a través de sucesivas generaciones. La continua transgresión de sus preceptos provocó un diluvio de aguas sobre la tierra. La ley fue conservada por Noé y su familia, que por obrar rectamente se salvaron milagrosamente en el arca. Así, el Señor conservó para sí un pueblo, desde Adán para abajo, en cuyos corazones estaba su ley. Dice de Abrahán: "Obedeció a mi voz, y guardó mi ordenanza, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes".

El Señor se apareció a Abraham y le dijo: "Yo soy el Dios Todopoderoso. Camina delante de mí y sé perfecto. Y estableceré un pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera". "Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti, por sus generaciones, como un pacto eterno, para ser un Dios para ti y para tu descendencia después de ti."

Luego dio a Abraham y a su descendencia el rito de la circuncisión como señal de que Dios los había separado de todas las naciones como su tesoro peculiar. Mediante este signo, aceptaron solemnemente cumplir las condiciones de la alianza hecha con Abrahán, estar separados de todas las demás naciones y ser perfectos. Si los descendientes de Abrahán hubieran guardado fielmente este pacto, habrían escapado a la gran tentación de entregarse a las prácticas pecaminosas de otras naciones, y no habrían sido seducidos por la idolatría. Al mezclarse con los idólatras perdieron en gran medida su carácter peculiar y santo. Para castigarlos, el Señor trajo una hambruna sobre su tierra, que los obligó a bajar a Egipto para preservar sus vidas. Pero a causa de su pacto con Abrahán, Dios no los abandonó mientras estuvieron en Egipto. Permitió que fueran oprimidos por los egipcios, para que se volvieran a él en su angustia, eligieran su gobierno justo y misericordioso, y obedecieran sus requerimientos.

El Señor escuchó los clamores de su pueblo en la tierra de su cautiverio y los liberó, para que fueran libres y le sirvieran. Después que salieron de Egipto y las aguas del Mar Rojo se dividieron ante ellos, los probó para ver si confiaban

en aquel que los había tomado, una nación de otra nación, mediante señales, tentaciones y prodigios. Pero no soportaron la prueba. Murmuraron contra Dios a causa de las dificultades del camino, y desearon volver de nuevo a Egipto. Para dejarlos sin excusa, la Majestad del Cielo condescendió a descender sobre el Sinaí, envuelta en gloria y rodeada de sus ángeles, y de la manera más sublime y terrible dio a conocer su ley de los diez mandamientos. Ni siquiera permitió que sus ángeles enseñaran esos preceptos sagrados, sino que los pronunció él mismo, a oídos de todo Israel. Ni siquiera entonces los confió a la memoria de un pueblo propenso a olvidar sus exigencias, sino que los escribió con su propio dedo sobre tablas de piedra. Así eliminó toda posibilidad de mezclar con sus santos preceptos cualquier tradición, o de confundir sus exigencias con las prácticas de los hombres.

17 de junio de 1880

La Ley de Moisés

EGW

El Señor no dejó a su pueblo sólo con los preceptos del decálogo. A Moisés se le ordenó que escribiera, como Dios le mandara, juicios y leyes que dieran instrucciones minuciosas respecto a su deber, guardando así los mandamientos grabados en las tablas de piedra. Así procuraba el Señor conducir al hombre errante a una estricta obediencia de aquella santa ley que tan propenso es a transgredir.

Si el hombre hubiera guardado la ley de Dios, tal como fue dada a Adán después de su caída, conservada en el arca por Noé y observada por Abraham, no habría habido necesidad de la ordenanza de la circuncisión. Y si los descendientes de Abraham hubiesen guardado el pacto, del cual la circuncisión era una señal o prenda, nunca habrían caído en la idolatría, ni se les habría permitido descender a Egipto; y no habría habido necesidad de que Dios proclamase su ley desde el Sinaí, grabándola en tablas de piedra, ni de que la protegiese mediante instrucciones definidas en los juicios y estatutos dados a Moisés.

Moisés escribió estos juicios y estatutos de boca de Dios mientras estaba con él en el monte. Las instrucciones definidas con respecto al deber de su pueblo entre sí y hacia el extranjero, son los principios de los diez mandamientos simplificados y dados de una manera definida, para que no se equivoquen.

El Señor dijo de los hijos de Israel: "Por cuanto no ejecutaron mis decretos, sino que menospreciaron mis estatutos, y contaminaron mis sábados, y sus ojos fueron tras los ídolos de sus padres, por lo cual también les di estatutos que no eran buenos, y decretos por los cuales no debían vivir". A causa de la continua desobediencia, el Señor anexó penas a la transgresión de su ley, que no eran buenas para el transgresor, o por las cuales no debía vivir en su rebelión.

Al transgredir la ley que Dios había dado en tal majestad, y en medio de una gloria que era inabordable, el pueblo mostró un abierto desprecio por el gran Legislador, y la muerte fue el castigo.

"Además, les di mis días de reposo, para que fueran una señal entre ellos y yo, para que supieran que yo soy el Señor que los santifico. Pero la casa de Israel se rebeló contra mí en el desierto; no anduvieron en mis estatutos, y menospreciaron mis decretos, los cuales, si alguno los hiciere, aun vivirá en ellos; y mis sábados profanaron en gran manera. Entonces dije: Derramaré sobre ellos mi furor en el desierto, para consumirlos."

Los estatutos y juicios dados por Dios eran buenos para los obedientes. "Vivirán en ellos". Pero no eran buenos para el transgresor; porque en la ley civil dada a Moisés, el castigo debía ser infligido al transgresor, para que otros fueran refrenados por el temor.

Moisés ordenó a los hijos de Israel que obedecieran a Dios. Les dijo: "Ahora, pues, Israel, escucha los estatutos y decretos que yo os enseño, para que los pongáis por obra, a fin de que viváis y entréis y poseáis la tierra que el Señor, el Dios de vuestros padres, os da."

El Señor dio a Moisés instrucciones definidas respecto a las ofrendas ceremoniales que debían cesar con la muerte de Cristo. Este sistema, establecido primero con Adán después de su caída, y enseñado por él a sus descendientes, fue corrompido antes del diluvio, y también por aquellos que se separaron de los fieles seguidores de Dios, y se dedicaron a la construcción de la torre de Babel. No tenían fe en el Redentor venidero, y sacrificaban a dioses de su propia elección, en vez de al Dios del Cielo. Su superstición los llevó a grandes extravagancias. Enseñaron al pueblo que cuanto más valiosas fueran sus ofrendas, mayor sería el placer de sus dioses y, en consecuencia, mayor la prosperidad y las riquezas de su nación. De ahí que a menudo se sacrificaran seres humanos a estos ídolos insensatos. Muchas de las leyes que gobernaban estas naciones eran crueles en extremo. Fueron hechas por hombres cuyos corazones no estaban ablandados por la gracia divina, y mientras los crímenes

más degradantes eran pasados por alto con ligereza, una pequeña ofensa era castigada con el castigo más cruel.

Moisés tenía esto en mente cuando dijo a Israel: "He aquí, yo os he enseñado estatutos y decretos, como el Señor mi Dios me mandó, para que los pongáis por obra en la tierra a la que vais para poseerla. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque ésta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de las naciones que oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente esta gran nación es un pueblo sabio y entendido. Porque ¿qué nación hay tan grande, que tenga a Dios tan cerca de sí, como lo está Jehová nuestro Dios en todas las cosas por las cuales le invocamos? y ¿qué nación hay tan grande, que tenga estatutos y decretos tan justos como toda esta ley, que yo pongo hoy delante de vosotros?".

Dios era un legislador sabio y compasivo, que juzgaba todos los casos con justicia y sin parcialidad. Mientras los israelitas estaban en la esclavitud egipcia, estaban rodeados de idolatría. Los egipcios eran considerados como la nación más culta que existía entonces, y su culto se realizaba con gran pompa y ceremonia. Otras naciones mantenían las tradiciones más crueles y absurdas como parte de su religión, y costumbres repugnantes encontraban lugar en su servicio idolátrico. Entre ellas destacaba la práctica de hacer pasar a sus hijos a través del fuego, saltando sobre el altar en el que ardía una hoguera ante su ídolo. Si una persona podía hacer esto sin herirse, el pueblo lo recibía como prueba de que el dios aceptaba sus ofrendas, y favorecía especialmente al que había pasado por la prueba de fuego. Se le colmaba de beneficios y desde entonces era muy estimado por todo el pueblo. Nunca se le castigaba por muy graves que fueran sus crímenes. Si otra persona se quemaba al pasar por el fuego, su destino estaba sellado; el pueblo creía que sus dioses estaban enfadados y que sólo podían ser apaciguados con la vida de la infeliz víctima, y en consecuencia era ofrecida como sacrificio. Incluso algunos de los hijos de Israel se habían degradado tanto como para practicar estas abominaciones. El Señor manifestó su desagrado haciendo que el fuego consumiera a sus hijos en el acto de atravesarlo.

Debido a que el pueblo de Dios tenía ideas confusas acerca de las ofrendas de sacrificio, y mezclaba costumbres paganas con su culto ceremonial, el Señor condescendió a darles instrucciones definidas, para que pudieran comprender el verdadero significado de esos sacrificios que debían durar sólo hasta que fuera inmolado el Cordero de Dios, que era el gran Antitipo de todas sus ofrendas de sacrificio.

Moisés comprendió el plan de salvación por medio de Cristo, por estas ofrendas sacrificiales y por la manifestación de su gloria que se le había permitido contemplar. La perfección de la bondad de Dios, su imagen, su excelencia y su gloria le habían sido reveladas. Vio el sufrimiento, la abnegación y el sacrificio de Aquel que era uno con el Padre, para salvar al hombre caído. Se había revelado a Moisés que la gloria envuelta en la columna de nube era el Hijo del Dios infinito, a quien tipificaban las ofrendas de sacrificio. En respuesta a sus más fervientes súplicas: "Muéstrame tu camino", se había abierto ante él el futuro, cuando el tipo se encontraría con el antitipo en la muerte de Cristo. Vio la misericordia y la justicia mezcladas en armonía y el amor expresado sin paralelo. Israel estaba tan plena y ampliamente salvado por Cristo como nosotros lo estamos hoy. Moisés tenía la seguridad de que el Mediador de Israel custodiaba a su pueblo y que era justamente la protección que requerían sus necesidades. Si les sobreviniera un desastre, si sus enemigos les vencían en la batalla, era la reprensión de Dios porque habían pecado y, al pecar, habían quebrantado la ley de Dios.

24 de junio de 1880

El Santuario

EGW

El tabernáculo construido por los hebreos en el desierto se hizo según el mandato divino. Los hombres llamados por Dios para este propósito fueron dotados por él con habilidades más que naturales para realizar el trabajo más ingenioso. Sin embargo, ni Moisés ni estos obreros fueron dejados para planear la forma y la hechura del edificio. Dios mismo ideó y dio a Moisés el plano de esa estructura sagrada, con instrucciones particulares en cuanto a su tamaño y forma, los materiales que debían usarse y cada artículo de mobiliario que debía contener. Presentó ante Moisés un modelo en miniatura del santuario celestial, y le ordenó que hiciera todas las cosas según el modelo que le había mostrado en el monte. Moisés escribió todas las instrucciones en un libro y las leyó a los más influyentes del pueblo.

Entonces el Señor exigió al pueblo que trajera una ofrenda voluntaria, para hacerle un santuario, a fin de habitar entre ellos. "Y toda la congregación de los hijos de Israel se apartó de la presencia de Moisés. Y vinieron, todo aquel a quien su corazón estimuló, y todo aquel a quien su espíritu dispuso, y trajeron la ofrenda del Señor para la obra del tabernáculo de reunión, y para todo su

servicio, y para las vestiduras sagradas. Y vinieron hombres y mujeres, todos los que estaban dispuestos de corazón, y trajeron brazaletes, zarcillos, anillos y tablillas, todas joyas de oro; y todo hombre que ofrecía, ofrecía ofrenda de oro a Jehová.

"Y todo hombre en quien se halló azul, púrpura, carmesí, lino fino, pelo de cabra, pieles rojas de carnero y pieles de tejón, las trajo. Todo el que ofrecía ofrenda de plata y de bronce, traía la ofrenda de Jehová; y todo varón en quien se halló madera de acacia para alguna obra del servicio, la traía.

"Y todas las mujeres de corazón sabio hilaban con sus manos, y traían lo que habían hilado, así de azul como de púrpura, escarlata y lino fino. Y todas las mujeres cuyo corazón las movía a sabiduría hilaban pelo de cabra.

"Y los jefes trajeron piedras de ónice y piedras para engastar, para el efod y para el pectoral; y especias, y aceite para la luminaria, y para el aceite de la unción, y para el incienso aromático."

Fueron necesarios grandes y costosos preparativos. Debían reunirse materiales preciosos y costosos, pero el Señor sólo aceptaba las ofrendas voluntarias. La devoción a la obra de Dios, y el sacrificio de corazón, eran lo primero que se requería para preparar una morada para el Altísimo. Y mientras se construía el santuario, los israelitas, viejos y jóvenes, hombres, mujeres y niños, traían sus ofrendas, hasta que los encargados de la obra decidieron que el pueblo había traído suficientes, e incluso más de las que se podían utilizar. Y Moisés proclamó por todo el campamento, diciendo: "Que ningún hombre ni mujer haga más trabajo para la ofrenda del santuario". Y el pueblo se abstuvo de traer".

Las repetidas murmuraciones de los israelitas, y las visitaciones de la ira divina a causa de sus transgresiones, se registran en la historia sagrada para beneficio del pueblo de Dios que viviera después sobre la tierra; pero más especialmente para servir de advertencia a los que vivieran cerca del fin de los tiempos. También se registran sus actos de devoción, su energía y liberalidad al traer sus ofrendas voluntarias a Moisés, como ejemplo para todos los que aman verdaderamente la adoración de Dios. Si el pueblo de Dios aprecia la bendición de su sagrada presencia, manifestará celo y liberalidad en la preparación de una casa donde él pueda reunirse con ellos. Y su interés en esta obra será tanto mayor que el mostrado en la preparación de moradas para sí mismos, cuanto las bendiciones celestiales se estiman de más valor que las comodidades terrenales.

Muchos gastan los medios libremente para erigir casas cómodas y hasta elegantes para sí mismos; pero cuando quieren preparar un lugar en el cual recibir la presencia del Alto y Santo, sus ofrendas son concedidas a regañadientes, y están continuamente estudiando de qué manera el edificio sagrado puede costar lo menos posible, y sin embargo responder al propósito como casa de adoración. Algunos manifiestan más interés en construir graneros para su ganado que en preparar un lugar para la adoración de Dios. Tales personas valoran los privilegios sagrados justo en la proporción que muestran sus obras. Y su prosperidad y fortaleza espiritual serán de acuerdo con sus obras. Dios no hará descansar su bendición sobre aquellos que aprecian tan poco el valor de las cosas divinas. Dios no acepta las ofrendas de mala gana y escatimadas. Los que manifiestan el afán de traer al Señor ofrendas aceptables, de lo mejor que tienen, como hicieron los hijos de Israel al traer sus ofrendas a Moisés, serán bendecidos en proporción a su estimación del valor de las cosas sagradas.

Es de cierta importancia que un edificio preparado expresamente para el servicio divino se arregle con cuidado, que sea cómodo, limpio y conveniente, porque se va a dedicar a Dios; se le va a suplicar que habite en esa casa y la haga sagrada con su santa presencia. Debe darse libremente una cantidad suficiente para realizar la obra, y los obreros deben poder decir: "No traigan más ofrendas". Una casa construida para Dios nunca debe quedar endeudada, pues de ese modo se le deshonraría. Él conoce todos los corazones, y recompensará a todos los que le devuelvan libremente, cuando él lo requiera, lo que les ha dado. Si alguno retiene lo que pertenece a Dios, él lo afligirá en su familia y hará disminuir sus bienes, según su disposición a robarle.

El tabernáculo estaba construido de tal manera que podía desmontarse y llevarse con los israelitas en todos sus viajes. Sin embargo, era una estructura de extraordinaria magnificencia. Las paredes consistían en tablas verticales revestidas de oro purísimo. El edificio sagrado constaba de dos departamentos, separados por una rica y hermosa cortina o velo. Un velo similar cerraba la entrada del primer piso. Estos velos, junto con la cortina que formaba el techo del tabernáculo, eran de diversos colores, bellamente dispuestos; mientras que los querubines, forjados con hilos de oro y plata, representaban las huestes angélicas relacionadas con la obra del santuario celestial y los ángeles que servían a los santos en la tierra.

En el departamento interior estaba el arca, que era el objeto más sagrado relacionado con aquel sistema de culto. Era un arca de madera preciosa,

recubierta por dentro y por fuera de oro puro, y con una corona de oro en la parte superior. En el arca estaban colocadas las tablas de piedra en las que Dios había grabado con su propio dedo los diez mandamientos. Fue hecha expresamente para este propósito, y por eso se la llamó el arca de la alianza, y el arca del testamento, ya que los diez mandamientos eran la alianza de Dios, y la base de la alianza hecha entre Dios e Israel.

La cubierta de este cofre sagrado se llamaba propiciatorio. Era una pieza costosa y magnífica. Estaba hecha de una sola pieza de oro macizo y tenía dos querubines, uno en cada extremo, hechos de la misma pieza de oro. Sus rostros estaban vueltos el uno hacia el otro, y miraban reverentemente hacia abajo, hacia el propiciatorio, que representa a todos los ángeles celestiales mirando con interés y reverencia la ley de Dios depositada en el arca del santuario celestial. Un ala de cada ángel estaba extendida hacia lo alto, mientras que la otra cubría sus formas. El arca del santuario terrenal era el modelo de la verdadera arca del Cielo. Allí, junto al arca celestial, hay ángeles vivientes, cada uno con un ala cubriendo el propiciatorio y extendida hacia lo alto, mientras las otras alas están plegadas sobre sus cuerpos en señal de reverencia y humildad.

El velo del santuario no llegaba hasta la parte superior del edificio. La gloria de Dios, que se manifestaba sobre el propiciatorio, era parcialmente visible desde el primer piso. Directamente delante del arca, pero separado por la cortina, estaba el altar de oro del incienso. El fuego sobre este altar era encendido por el Señor mismo, y era sagradamente alimentado con incienso sagrado, que llenaba el santuario con su nube fragante, día y noche. Su fragancia se extendía lejos alrededor del tabernáculo. Cuando el sacerdote ofrecía el incienso ante el Señor, miraba hacia el propiciatorio. Aunque no podía verlo, sabía que estaba allí; y a medida que el incienso se elevaba como una nube, la gloria del Señor descendía sobre el propiciatorio y llenaba el lugar santísimo, y a menudo llenaba de tal manera ambos departamentos que el sacerdote era incapaz de officiar. Así como el sacerdote, en el lugar santo, dirigía su oración por la fe al propiciatorio, que no podía ver, así el pueblo de Dios dirige sus oraciones a Cristo ante el propiciatorio en el santuario celestial. No pueden contemplar a su Mediador con el ojo natural, pero con el ojo de la fe ven a Cristo ante el propiciatorio, y dirigen sus oraciones a él, y con seguridad reclaman los beneficios de su mediación.

Estos aposentos sagrados no tenían ventanas que permitieran la entrada de la luz. El candelabro, hecho de una sola pieza de oro, ardía día y noche y alumbraba ambos aposentos. Las paredes doradas, que reflejaban la luz de las siete lámparas del candelabro de oro, las cortinas ricamente bordadas de azul,

púrpura y escarlata, con sus brillantes querubines, la mesa del pan de la proposición y el altar del incienso, relucientes como el oro bruñido, presentaban una escena de magnificencia y gloria que no hay palabras para describir.

Ningún ojo mortal, salvo el del sumo sacerdote, podía contemplar la sagrada grandeza del aposento interior, morada especial de la gloria visible de Dios. Sólo una vez al año podía el sumo sacerdote entrar allí, después de la más cuidadosa y solemne preparación. Con temblor entraba ante Dios, y el pueblo esperaba su regreso en solemne silencio, con el corazón elevado a Dios en ferviente oración por la bendición divina.

Ante el propiciatorio, Dios conversaba con el sumo sacerdote. Si permanecía un tiempo inusual en el lugar santísimo, el pueblo se aterrorizaba, temiendo que a causa de sus pecados, o de algún pecado del sacerdote, la gloria del Señor lo hubiera matado. Pero cuando se oía el tintineo de las campanas sobre sus vestiduras, se sentían muy aliviados. Entonces salió y bendijo al pueblo.

Una vez terminada la construcción del tabernáculo, Moisés examinó toda la obra, comparándola con el modelo que se le había mostrado en el monte y con las instrucciones que había recibido de Dios, y toda la multitud de Israel se agolpó alrededor del tabernáculo, colocado sobre una eminencia, para contemplarlo con ojo crítico. Lo consideraron perfecto. Vieron el mobiliario de oro introducido, el altar y la fuente colocados en su sitio, y mientras contemplaban el efecto completo con reverente satisfacción, de repente su atención fue atraída por la columna de nube que había guiado sus viajes por el desierto. La nube se levantó y flotó sobre el tabernáculo, luego descendió y lo abrazó. Se produjo una revelación de la majestad divina, y el deslumbrante esplendor fue sobrecogedor; ni siquiera Moisés pudo penetrar en la ardiente gloria que envolvía el tabernáculo hasta que la nube hubo ocultado en cierta medida el excesivo brillo, pues todo ojo humano había quedado a la sombra.

De este modo el Señor dio a entender que aceptaba el tabernáculo construido para su presencia; y siempre después de esta manifestación, cuando los hijos de Israel acampaban, directamente sobre el tabernáculo descansaba la columna de nube durante el día, y la brillante gloria en la columna de fuego por la noche. Cuando la nube ascendía, sabían que era la señal para reanudar la marcha. Cuando continuaba reposando sobre el tabernáculo, debían descansar de su viaje. Cuando el Señor dio a entender que aceptaba su trabajo con la manifestación de su gloria, los corazones del pueblo se llenaron de temor y gratitud. No hubo demostraciones ruidosas de alegría, sino que con corazones

ablandados y lágrimas fluyentes murmuraron palabras bajas, pero sinceras, de agradecimiento porque Dios había aprobado la obra de sus manos y había condescendido a morar más directamente que nunca con ellos.

El Señor dirigió a los israelitas en todos sus viajes por el desierto. Cuando era para su gloria y el bien del pueblo que acamparan en un lugar determinado y permanecieran allí, Dios les indicaba su voluntad permitiendo que la columna de nube se posara directamente sobre el tabernáculo. Y allí permaneció hasta que Dios quiso que volvieran a partir. Entonces la nube se elevó por encima del tabernáculo, y volvieron a ponerse en camino. En todos sus viajes observaron un orden perfecto. Cada tribu llevaba un estandarte, con la señal de la casa de su padre sobre él, y a cada tribu se le ordenó acampar según su propio estandarte. Y cuando viajaban, las diferentes tribus marchaban en orden, cada tribu bajo su propio estandarte. Cuando descansaban de sus viajes, se erigía el tabernáculo, y las diferentes tribus acampaban en orden, en la posición que Dios había ordenado, alrededor del tabernáculo, a cierta distancia de él.

Cuando el pueblo partía, el arca de la alianza iba delante de ellos. "Y la nube de Jehová estaba sobre ellos de día, cuando salían del campamento. Y aconteció que cuando el arca se puso en camino, Moisés dijo: Levántate, Señor, y sean dispersados tus enemigos, y huyan delante de ti los que te aborrecen. Y cuando reposó, dijo: Vuélvete, Señor, a los muchos millares de Israel".

1 de julio de 1880

Ofrenda de fuego extraño

EGW

"Y Nadab y Abiú, hijos de Aarón, tomaron cada uno su incensario, y pusieron en él fuego, y pusieron en él incienso, y ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él no les había mandado. Y salió fuego de Jehová, y los consumió, y murieron delante de Jehová. Entonces Moisés dijo a Aarón: Esto es lo que habló Jehová, diciendo: Seré santificado en los que se acercan a mí, y delante de todo el pueblo seré glorificado. Y Aarón calló".

Los hijos de Aarón no tomaron el fuego sagrado del altar, que el Señor mismo había encendido, y que había ordenado a los sacerdotes que usaran cuando ofrecieran incienso ante él. Tomaron fuego común, lo pusieron en sus incensarios y pusieron incienso en ellos. Esto fue una transgresión del mandato expreso de Dios, y su juicio siguió rápidamente. Los hijos de Aarón, que

oficiaban en las cosas santas, no habrían transgredido de esta manera si no se hubieran entregado libremente al uso del vino, y se hubieran embriagado parcialmente. Saciaron el apetito, lo cual degradó sus facultades y los inhabilitó para su sagrado oficio. Sus intelectos estaban nublados, de modo que no tenían un sentido real de la diferencia entre la santidad del fuego que Dios dejaba caer del Cielo, y que se mantenía ardiendo continuamente sobre el altar, y el fuego común, que él había dicho que no debían usar. Si hubieran tenido el uso pleno y claro de sus facultades de razonamiento, habrían retrocedido horrorizados ante la presuntuosa transgresión de los mandamientos positivos de Dios. Habían sido especialmente favorecidos por Dios al ser del número de ancianos que presenciaron la gloria de Dios en el monte. Comprendieron que se requería de su parte el más cuidadoso autoexamen y santificación antes de presentarse en el santuario, donde se manifestaba la presencia de Dios.

"Y dijo Moisés a Aarón, a Eleazar y a Itamar, sus hijos: No descubráis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestros vestidos, no sea que muráis, y venga la ira sobre todo el pueblo; mas vuestros hermanos, toda la casa de Israel, lamentarán el incendio que Jehová ha encendido. Y no saldréis de la puerta del tabernáculo de reunión, para que no muráis; porque el aceite de la unción del Señor está sobre vosotros. E hicieron conforme a la palabra de Moisés". Al padre de los hombres muertos, y a sus hermanos, se les prohibió manifestar ningún signo de dolor por los que habían sido justamente castigados por Dios. Cuando Moisés recordó a Aarón las palabras del Señor, de que sería santificado en los que se acercaran a él, Aarón guardó silencio. Sabía que Dios era justo, y no murmuró. Su corazón estaba afligido por la espantosa muerte de sus hijos durante su desobediencia; sin embargo, de acuerdo con el mandato de Dios, no expresó su pesar, no fuera a ser que compartiera la misma suerte de sus hijos, y que la congregación también se contagiara con el espíritu de falta de reconciliación, y la ira de Dios cayera sobre ellos.

Cuando los israelitas cometieron pecado, y Dios los castigó por su transgresión, y el pueblo se lamentó por la suerte del castigado, en lugar de entristecerse porque Dios había sido deshonrado, los simpatizantes fueron considerados igualmente culpables que el transgresor.

El Señor nos enseña, en las instrucciones dadas a Aarón, la reconciliación con sus justos castigos, aunque su ira esté muy cerca. Quiere que su pueblo reconozca la justicia de sus correcciones, para que otros teman. En estos últimos días, muchos se engañan a sí mismos y son incapaces de ver sus propios errores. Si Dios, por medio de sus siervos, reprende y reprende a los descarriados, hay

quienes están dispuestos a simpatizar con los que merecen la reprensión. Tratarán de aligerar la carga que Dios obligó a sus siervos a imponerles. Estos simpatizantes piensan que están realizando un acto virtuoso al simpatizar con el que está en falta, cuyo proceder puede haber dañado grandemente la causa de Dios. Se engañan. Sólo se alían contra los siervos de Dios, que han hecho su voluntad, y contra Dios mismo, y son igualmente culpables con el transgresor. Hay muchas almas descarriadas que podrían haberse salvado si no hubieran sido engañadas al recibir una falsa simpatía.

"Y habló Jehová a Aarón, diciendo: No bebas vino ni sidra, tú, ni tus hijos contigo, cuando entréis en el tabernáculo de reunión, para que no muráis; estatuto perpetuo será por vuestras generaciones, y para que hagáis diferencia entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio. Y para que enseñéis a los hijos de Israel todos los estatutos que Jehová ha dicho por mano de Moisés."

Allí se dio el mismo mandato positivo que se dio a nuestros primeros padres, con respecto al árbol del conocimiento. Dios quiso inculcar a todos la necesidad de hábitos estrictamente templados, a fin de preservar en toda su fuerza todas sus facultades, preparadas para la acción constante. Satanás ha trabajado perseverantemente con un solo fin: lograr la ruina del mundo. Desde su éxito en el punto del apetito en el Edén, al causar la caída de nuestros primeros padres, ha ejercido esta tentación sobre la familia humana con maravilloso éxito. La intemperancia debilita las facultades físicas y degrada la moral, de modo que las cosas eternas se ponen al mismo nivel que las comunes. Satanás se regocija al contemplar su obra. Si logra extraviar a los cabezas de familia por medio del apetito, está casi seguro de obtener una cosecha en sus hijos, y en los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación. Estudia de causa a efecto. Los hijos generalmente han transmitido a ellos como un legado, el apetito y las pasiones de sus padres, intensificado. Y a menudo estos niños crecen sin ninguna influencia redentora a su alrededor, sino con un entorno y ejemplos desfavorables. Y son más débiles física y moralmente que sus padres. La intemperancia entorpece la sensibilidad hasta tal punto que el resultado es la debilidad física, mental y moral, y no se discierne el bien y el mal.

Este es el propósito de Satanás, menospreciar los requerimientos de Dios, y hacer de ningún efecto su santa ley. El hombre de pecado ha colocado un día de trabajo común en el seno mismo del decálogo, y al hacerlo ha pensado cambiar la ley de Dios, y así se ha exaltado a sí mismo por encima de Dios. Si las facultades morales del hombre fueran claras y vigorosas, no elegirían lo común

en lugar de lo sagrado porque es más conveniente estar en armonía con el mundo. La desobediencia general del hombre no cambia ni resta una partícula del mandamiento positivo de santificar el séptimo día, porque Dios colocó su santidad sobre ese día. El principio del derecho y la obediencia a Dios son siempre y en todas partes la única regla segura. El lenguaje de toda alma temerosa de Dios debería ser: "Perezca lo que perezca, oro, plata, casas, tierras, reputación, pero conservaré mi integridad y la aprobación de Dios". El hábito de obrar mal al quebrantar uno de los mandamientos de Dios no disminuirá la culpa. Hay hábitos contraídos por el mal ejemplo, o por malas influencias antes de que tengamos juicio para discernir lo correcto; o la fuerza de la razón puede estar tan narcotizada por la indulgencia del apetito en el uso del tabaco, el opio y el licor que no se discierne lo malo. Estos esclavos del apetito están completamente bajo el dominio de su amo, y a menos que se venzan los malos hábitos, vencerán y destruirán.

La gratificación egoísta por la fuerza de la costumbre ha reinado casi suprema en los corazones de la familia humana desde la caída de Adán. Satanás ha matado a sus miles y decenas de miles haciéndoles creer que Dios no quiere decir lo que dice. Se aventuran a desobedecer, como hicieron nuestros primeros padres, y al final encuentran que el resultado es la muerte. El Señor quería guarnecer los corazones de los hombres de Israel que ocupaban puestos de responsabilidad, para que conservaran sus facultades de razonamiento, claras para discernir entre el bien y el mal en su trato con el pueblo, y este mandato directo y solemne debía llegar de generación en generación hasta el fin de los tiempos. Los hombres que instruyen al pueblo y ocupan puestos de confianza deben ser siempre hombres de hábitos estrictamente templados; a menos que lo sean, no serán hombres de principios, pues la indulgencia del apetito pervierte los sentidos. Aquellos que han tenido ventajas en la educación, formados por padres sabios y temerosos de Dios en hábitos estrictamente templados, serán generalmente dignos de confianza. Aprenden a llevar el yugo en su juventud.

Los hijos de Aarón, aunque honrados especialmente por Dios al colocarlos en puestos importantes, fueron infieles. La disposición cederista de Aarón a la indulgencia de sus hijos les había dado caracteres inclinados a la autogratiación. Fracasaron donde debían haber sido fuertes. Estos hombres no comprendieron su propia debilidad y cometieron un error fatal en la indulgencia del apetito. Se les presentó el mayor incentivo para desarrollar firmeza y principios, y hábitos estrictamente templados, a fin de que tuvieran un continuo sentido de lo sagrado de la obra que se les había encomendado. Dios estaba probando su carácter para poner en ejercicio las facultades más

elevadas de la mente. Pero los hábitos de autoindulgencia tenían un dominio más firme sobre ellos de lo que podían imaginar. Llevarse a los labios el trago embriagador les parecía una bagatela; lo habían hecho una y otra vez hasta que la fuerza de la costumbre los controló; y entonces la elevación a una posición de responsabilidad no tuvo suficiente influencia sobre ellos para hacerles romper una costumbre pecaminosa. Si estos hijos hubieran sido educados en la resolución valiente, en el autocontrol, habrían resistido el creciente poder de los hábitos viciosos. No hay virtud ni vicio, ni acto del cuerpo o de la mente al que no estemos encadenados por la fuerza del hábito. Muchos jóvenes prometedores se han arruinado por un paso en falso al comienzo de la vida en la formación de hábitos de intemperancia. Aquí se ve la negligencia de los padres en la formación del carácter de sus hijos. A pesar de que el padre había faltado a su deber, Dios quería poner a estos hijos en estrecha relación consigo mismo para instruirlos en cuanto a su voluntad y su camino; pero la reverencia que no habían concedido al padre, los llevó a hacer caso omiso de los requisitos positivos de Dios.

8 de julio de 1880

Necesidad de la templanza

EGW

El caso de los hijos de Aarón ha sido registrado para beneficio del pueblo de Dios, y debe enseñar, especialmente a los que se preparan para la segunda venida de Cristo, que la indulgencia de un apetito depravado destruye los finos sentimientos del alma, y afecta de tal manera las facultades de razonamiento que Dios ha dado al hombre, que las cosas espirituales y santas pierden su carácter sagrado. La desobediencia parece agradable, en vez de excesivamente pecaminosa. Satanás se regocija al ver que los hombres, formados a imagen de su Hacedor, se rinden como esclavos a un apetito depravado; porque entonces puede controlar con éxito las facultades de la mente, e inducir a los intemperantes a obrar de manera que se rebajen a sí mismos y deshonren a Dios, perdiendo el elevado sentido de sus sagradas exigencias. Fue la indulgencia del apetito lo que hizo que los hijos de Aarón usaran fuego común, en vez de sagrado, para sus ofrendas.

El castigo impuesto a los hijos de Aarón por su pecado al apartarse del mandamiento de Dios, debe ser una advertencia para aquellos que transgreden el cuarto mandamiento de Jehová, que es muy claro: "Seis días trabajarás, y

harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no harás en él obra alguna", etc. Casi todos los que profesan ser seguidores de Cristo profanan el día que Dios ha santificado y les ha exigido que lo guarden como un memorial del descanso del Creador. Trabajan en el tiempo santo de Dios, y descansan el primer día de la semana, honrando así un día de trabajo común, un día en el cual Dios no descansó, y sobre el cual no ha puesto ningún honor sagrado.

El quebrantamiento del cuarto mandamiento no será castigado ahora inmediatamente con la muerte temporal; sin embargo, Dios no considera la violación de sus mandamientos más ligeramente de lo que lo hizo con la transgresión de los hijos de Aarón. La muerte es el castigo final de todos los que rechazan la luz y continúan en la transgresión. Cuando Dios dice: "Santificad el séptimo día", no se refiere al sexto, ni al primero, sino al mismo día que ha especificado. Cuando los hombres sustituyen el día sagrado por un día común, y dicen que eso servirá igualmente, insultan al Creador de los cielos y de la tierra, que instituyó el sábado para conmemorar su descanso después de los seis días de la creación. Es peligroso desviarse de los mandamientos de Dios. Él, que es infinito en sabiduría, ha dado instrucciones explícitas con respecto a su propio culto, y todos los que desean servirle deben seguir el curso exacto que él ha prescrito. Dios enseñará a todas sus criaturas que quiere decir exactamente lo que dice.

Padres e hijos deben ser advertidos por la historia de Nadab y Abiú. El apetito, complacido, pervirtió las facultades del razonamiento y los llevó a quebrantar un mandamiento expreso, lo cual trajo sobre ellos el juicio de Dios. Aunque los niños no hayan recibido la instrucción correcta, y su carácter no haya sido moldeado debidamente, Dios se propone conectarlos consigo mismo como lo hizo con Nadab y Abiú, si hacen caso de sus mandamientos. Si con fe y valor someten su voluntad a la voluntad de Dios, él les enseñará, y sus vidas podrán ser como el lirio blanco y puro, lleno de fragancia sobre las aguas estancadas. Deben decidirse, con la fuerza de Jesús, a controlar la inclinación y la pasión, y ganar cada día victorias sobre las tentaciones de Satanás. Este es el camino que Dios ha trazado para que los hombres sirvan a sus altos propósitos.

Los hombres que hacen leyes para controlar al pueblo deben, por encima de todo, obedecer las leyes superiores que son el fundamento de todo gobierno en las naciones y en las familias. Qué importante es que los hombres que tienen un poder de control sientan ellos mismos que están bajo un control superior. Nunca se sentirán así mientras sus mentes estén debilitadas por la indulgencia en

narcóticos y bebidas fuertes. Aquellos a quienes se les ha confiado la tarea de hacer y ejecutar las leyes deben tener todos sus poderes en vigorosa acción. Pueden, practicando la templanza en todas las cosas, preservar la clara discriminación entre lo sagrado y lo común, y tener sabiduría para tratar con esa justicia e integridad que Dios ordenó al antiguo Israel. El hombre puede cultivar sus facultades, y con invencible determinación elevarse a la alta norma que Dios le ha fijado en su palabra. Entonces, con sabiduría, podrá juzgar con rectitud y con el sentido de que el ojo de Dios está sobre él, no se desviará de lo correcto, sino que será bondadoso, comprensivo, despreciará los sobornos y se regirá por los motivos más elevados en todos sus servicios.

Muchos que son elevados a las más altas posiciones de confianza en el servicio al público son lo contrario de esto. Se sirven a sí mismos, y generalmente se entregan al uso de narcóticos, vino y bebidas fuertes. Los abogados, jurados, senadores, jueces y hombres representativos han olvidado que no pueden soñarse a sí mismos en un personaje. Están deteriorando sus poderes a través de indulgencias pecaminosas. Se rebajan desde su elevada posición para contaminarse con la intemperancia, el libertinaje y toda forma de maldad. Sus poderes prostituidos por el vicio abren su camino a todo mal. Una elevada posición de confianza no hace al hombre según el corazón de Dios, sino que con demasiada frecuencia lo lleva a despreciar el trabajo perseverante, y a olvidar que sólo el pecado hará al hombre realmente mezquino y bajo. El que se afana en una labor seria, esforzándose por aprovechar al máximo los poderes que Dios le ha dado, en homenaje y amor a su Creador, está haciendo su trabajo tan fielmente en su esfera como lo hacen los querubines y serafines en su trabajo más sagrado y en sus ministerios más elevados.

Los hombres destemplados no deben ocupar puestos de confianza por votación popular. Su influencia corrompe a los demás y entraña graves responsabilidades. Con el cerebro y los nervios narcotizados por el tabaco y los estímulos, convierten en ley su naturaleza, y cuando desaparece la influencia inmediata se produce un colapso. Con frecuencia la vida humana pende de un hilo; de la decisión de los hombres que ocupan estos puestos de confianza depende la vida y la libertad, o la esclavitud y la desesperación. Cuán necesario es que todos los que toman parte en estas transacciones sean hombres probos, hombres de cultura propia, hombres de honradez y verdad, de integridad acérrima, que desdeñen el soborno, que no permitan que su juicio o sus convicciones de derecho sean desviados por la parcialidad o el prejuicio. Así dice el Señor: "No torcerás el juicio del pobre en su causa. Guárdate de asunto falso; y al inocente y justo no los mates, porque yo no justificaré al impío. Y no

tomarás dádiva; porque la dádiva ciega a los sabios y pervierte las palabras de los justos."

Para llevar a cabo estos severos principios del derecho, la intemperancia está positivamente prohibida por Dios. Dios exige que las facultades del hombre estén bien equilibradas, que el juicio sea claro y discriminativo, que las ideas se reciban a través de los sentidos y se comparen unas con otras, investigando con calma, con paciencia, con espíritu crítico, las pruebas presentadas y ordenando el asunto con la acción del sano juicio sin que se pervierta ninguna facultad. Este era el propósito de Dios, y prohíbe bajo pena de muerte que los dones del intelecto que ha concedido al hombre sean subvertidos por narcóticos o estímulos de cualquier clase, para que los talentos que ha confiado al hombre sean una torre de fortaleza para el pueblo, en lugar de un poder para arruinar y destruir. Todos los que quieran encontrarse con la mente de Dios y salir vencedores, deben decir adiós a la facilidad, al lujo, a la adulación y al vicio, y armarse para la lucha poderosa, que pone a prueba el alma, contra la indulgencia del apetito.

En nuestros días, los hombres no se aventurarían a apartarse tan imprudentemente de los requisitos de Dios, si sus facultades morales no estuvieran debilitadas por la indulgencia de un apetito pervertido. El ejemplo de nuestros primeros padres, y el resultado de su desobediencia, los disuadiría de una experiencia semejante. La historia de esta familia ha sido trazada por la pluma inspirada para beneficio de todos los que vivan sobre la tierra, a fin de que no sigan los mismos pasos.

La historia de Nadab y Abiú también se da como una advertencia al hombre, mostrando que el efecto del vino sobre el intelecto es confundir. Y siempre tendrá esta influencia sobre las mentes de aquellos que lo usan. Por eso Dios prohíbe explícitamente el uso del vino y de las bebidas fuertes. Nadie puede pervertir sus facultades de razonamiento y sufrir por sí solo las consecuencias. Dios quiere que el hombre sea una ayuda para su prójimo; que con facultades claras e intactas estudie el plan divino para el progreso de la obra de Dios y la edificación de su causa en la tierra. Está invitando a los hombres, incluso en esta época, a conectarse con él, y mediante hábitos estrictamente templados, con clara percepción honrar a Dios. Ha dispuesto que la vida de nadie sea inútil. Se propone elevar y ennoblecer al hombre a una compañía consigo mismo.

Los que quieren tener la paz que Cristo puede dar, no deben rehuir el conflicto consigo mismos y la abnegación. Esas nobles virtudes que brillan en el carácter

cristiano en medio de las tentaciones más feroces, y esa firme resistencia que ninguna prueba o desgracia puede desgastar, no se encuentran en los que usan vino, tabaco o bebidas fuertes. Los hombres que han desarrollado un apetito por estas cosas pueden vencer si buscan la ayuda de Jesús. Su luz no tiene por qué apagarse en las tinieblas. En Cristo pueden ser fuertes, y en su nombre todopoderoso pueden vencer. Nunca deben permitir que la autoindulgencia se interponga entre ellos y su Dios. Deben estar dispuestos a arriesgarlo todo, incluso la vida misma, antes que profanar el templo del alma.

En contra de la voluntad de Dios, han creado apetitos antinaturales, y ahora deben tratar de deshacer su obra anterior. La voluntad debe ser puesta bajo el control de la voluntad de Dios; esto les dará poder para conducir a otros a una estrecha relación con Cristo, y les ayudará a edificar un carácter tan fijo en la justicia como las colinas eternas. Si queremos ir por sendas seguras debemos ser controlados por las reglas divinas, y debemos lavar nuestras vestiduras de carácter en la sangre del Cordero de toda contaminación.

15 de julio de 1880

Ofrendas de sacrificio

EGW

Además de las tablas del testimonio que le fueron dadas a Moisés en el monte, recibió allí la ley ritual o ceremonial, e instrucciones completas respecto a la construcción del tabernáculo. Cuando este tabernáculo fue finalmente terminado, la gloria insuperable del Señor se posó de tal manera sobre él que Moisés no pudo entrar al principio. Pero una voz audible desde la gloria divina sobre el propiciatorio le habló y le ordenó que se acercara. Y allí el Señor le dio aún más instrucciones respecto a las formas de adoración que debían llevarse a cabo en el santuario.

Es esta ley de ceremonias, que debía encontrar su cumplimiento en la muerte de Cristo, cuando el tipo se encontrara con el antitipo, la que se confunde tan frecuentemente en nuestros días con la ley moral de los diez mandamientos, que fue grabada por el dedo de Dios en la piedra, y que es tan perdurable como el trono de Jehová.

Algunos hablan de la era judía como un período sin Cristo, sin misericordia ni gracia. A tales se aplican las palabras de Cristo a los saduceos: "No conocéis las Escrituras, ni el poder de Dios". El período de la economía judía fue uno de

maravillosas manifestaciones del poder divino. Tan gloriosa era la revelación de esta presencia que no podía ser soportada por el hombre mortal. Moisés, que era tan altamente favorecido por Dios, exclamó: "En gran manera temo y tiemblo". Pero Dios lo fortaleció para soportar esta excelente gloria, y para traer desde el monte un reflejo de ella sobre su rostro, de modo que el pueblo no pudo mirarla fijamente, sino que se vio obligado a apartarse de él. Jesús trajo su evangelio a Adán en la promesa de un Redentor que heriría la cabeza de la serpiente. Su evangelio fue predicado a Abraham, a Jacob y a Moisés.

El mismo sistema de sacrificios fue ideado por Cristo, y dado a Adán como tipificación de un Salvador venidero, que llevaría los pecados del mundo y moriría por su redención. Por medio de Moisés, Cristo dio instrucciones definidas a los hijos de Israel con respecto a las ofrendas de sacrificio. Esto tenía por objeto inculcar en la mente de los adoradores que estas ordenanzas significaban algo mucho más importante que el mero acto exterior. Cuán solemne es el pensamiento de que Cristo estaba aquí dando instrucciones con respecto a un servicio religioso, que, aunque a algunos les pueda parecer una ronda de formas sin sentido y exigentes, estaba diseñado para representar su propio ministerio y muerte.

Sólo los animales limpios y preciosos, los que mejor simbolizaran a Cristo, eran aceptados como ofrendas a Dios. El cerdo inmundo, el león devorador y las bestias de carácter semejante que subsisten con alimento animal, no debían ser traídos. Toda ofrenda debía ser sin mancha ni defecto, la mejor de su especie. De esto, los que siguen a Cristo ahora deben aprender que él no aceptará ninguna ofrenda o servicio magro. El tesoro más perfecto y valioso del Cielo fue dado para la salvación del hombre, y Dios sólo recibirá de él a cambio el regalo más querido y precioso. El Padre, al dar a su Hijo, derramó en un solo don toda la excelencia del Cielo para el hombre, y los que aprecian este don harán sus ofrendas de las cosas que más valoran, y no retendrán nada de lo que Dios les ha concedido para honrar y glorificar su nombre.

Al traer la ofrenda al santuario, el individuo se confesaba pecador, merecedor de la ira de Dios, y manifestaba su arrepentimiento y fe en Jesucristo, cuya sangre eliminaría la culpa del transgresor. Al poner las manos sobre la cabeza de la víctima, el pecado del individuo se transfería a la víctima, y en su sufrimiento el pecador veía tipificado a Cristo, cuando debía entregarse a sí mismo como sacrificio por nuestros pecados. El Señor dio a entender que aceptaba la ofrenda haciendo que se consumiera sobre el altar.

El sistema de sacrificios y ofrendas era muy costoso para el antiguo Israel. Había que hacer continuas ofrendas. Pero Dios no les exigía menos, y ellos lo hacían de buena gana. Los hombres de nuestros días, que profesan ser seguidores de Jesucristo y, sin embargo, eligen gratificarse a sí mismos y aumentar sus posesiones en vez de rendir a Dios lo que él exige de ellos en diezmos, ofrendas y donativos, y en entregarse a su servicio, son inexcusables. Cuanto más hagamos por la causa de nuestro Maestro, más tendremos que hacer, y mayor será nuestra disposición y placer en hacer.

Antiguamente, el Señor dejaba que su pueblo decidiera por sí mismo qué ofrendaría a su servicio. Se establecía expresamente que los pobres podían dar ofrendas menos valiosas, como una paloma o un pichón; pero se necesitaba el mismo cuidado y exactitud en la preparación que para las ofrendas más costosas. He aquí una lección para todos: los pobres son tan valiosos a los ojos de Dios como los más ricos, si están dispuestos y son obedientes. Los padres de nuestro Salvador eran pobres. La única ofrenda que podían ofrecer por el don inestimable del Hijo de Dios era un par de tórtolas o dos pichones. Pero la ofrenda más humilde es aceptada si es todo lo que el pobre puede traer. Es para animar a los pobres que se registra este ejemplo en la historia de Jesús.

En muchos casos los pobres dan más libremente, y hacen más sacrificio en sus simples ofrendas de paloma, que los más ricos que dan de su abundancia, y no sienten ningún inconveniente personal. Estas ofrendas voluntarias y alegres, por sencillas que sean, son mucho más aceptables y fragantes a los ojos de Dios que miles de monedas de oro y plata de quienes las hacen a regañadientes.

Los israelitas tenían prohibido comer la grasa o la sangre. "Será estatuto perpetuo por vuestras generaciones en todas vuestras moradas, que no comáis grasa ni sangre". Esta ley no sólo se refería a las bestias para el sacrificio, sino a todo el ganado que se utilizaba como alimento. Esta ley debía inculcarles el importante hecho de que si no hubiera habido pecado, no habría habido derramamiento de sangre. La sangre que fluía de la víctima en los sacrificios idólatras era frecuentemente bebida con avidez por el pueblo, y el resultado eran ideas confusas.

La sangre del Hijo de Dios estaba simbolizada por la sangre de la víctima sacrificada, y Dios quería que se conservaran ideas claras y definidas entre lo sagrado y lo común. La sangre era sagrada, ya que sólo mediante el derramamiento de la sangre del Hijo de Dios podía haber expiación del pecado. La sangre se utilizaba también para limpiar el santuario de los pecados del

pueblo, tipificando así la sangre de Cristo que es la única que puede limpiar del pecado. La grasa debía usarse en las ofrendas de sacrificio con las bestias, pero en ningún caso era un artículo adecuado para la comida. Si se utilizaba, el resultado seguro sería la enfermedad.

Las ofrendas traídas al santuario debían ser sin mancha ni defecto. Si una mancha de pecado hubiera recaído sobre nuestro Redentor, su sacrificio no habría asegurado la salvación del hombre. Cristo no tenía ninguna obligación de convertirse en el sacrificio del hombre. Estaba por encima de la ley. Pero tomó sobre sí la forma de siervo, y salió fuera del campamento, llevando nuestro oprobio. Padeció fuera de las puertas de Jerusalén, significando con ello que murió no sólo por Israel, sino por todo el mundo. Él mismo, sin pecado, fue hecho pecado por nosotros, y sobre él cayeron todas nuestras iniquidades. Pero cuando llegó a la nación a la que había venido a salvar, no le recibieron, sino que le crucificaron. Aquí el tipo se encontró con el antitipo. Las ceremonias del culto judío ya no eran necesarias, porque el gran Sacrificio al que apuntaban todos los demás sacrificios había sido ofrecido. La pared intermedia de separación entre judíos y gentiles fue derribada, y todas las naciones, lenguas y pueblos fueron invitados a participar de la salvación adquirida a tan alto precio.

Aunque la muerte de Cristo, como hemos visto, puso fin a la ley de los tipos y sombras, o ley ceremonial, no menoscabó en lo más mínimo la dignidad de la ley moral, ni la anuló. Por el contrario, el mismo hecho de que Cristo muriera para satisfacer las exigencias de esa ley, demuestra la inmutabilidad de su carácter.

15 de julio de 1880

El Misionero

Obreros con Cristo

EGW

Los verdaderos seguidores de Cristo serán obreros con él. Sentirán su obligación de hacer por los demás, de usar los talentos confiados a su confianza para la gloria de Dios. Amarán a sus hermanos y estarán en armonía con ellos. Amarán a sus semejantes como Cristo les ha dado ejemplo, y harán cualquier sacrificio si con ello pueden persuadir a las almas a que dejen sus pecados y se conviertan a la verdad.

Pero muchos que profesan la verdad parecen no darse cuenta de su responsabilidad ante Dios. No se dan cuenta de que se les exige que se esfuercen por entrar por la puerta estrecha; porque muchos *tratarán de* entrar y no podrán. Nadie puede ocupar una posición neutral: no hacer nada para animar a los demás y no hacer nada para estorbar a los demás. Dice Cristo: "Los que no se reúnen conmigo, se dispersan". No hay nadie que tenga poderes de razonamiento, sino que tiene alguna influencia; y esa influencia se usa para animar a las almas, mediante un ejemplo de esfuerzos fervientes y perseverantes para hacer avanzar la causa de Cristo; o sirve para estorbarlas, mediante una indiferencia descuidada en estas cosas. O estamos haciendo la obra de Cristo para salvar almas, o la obra de Satanás para llevarlas a la perdición.

Los jóvenes pueden ejercer una poderosa influencia para el bien, si dejan de lado el orgullo y el egoísmo, y se dedican a Dios. Si se educan a sí mismos para hacer de esta obra su primer interés; si sacrifican el placer y la inclinación, por amor a la verdad, y aprenden a llevar cargas por los demás, la bendición del Cielo descansará sobre ellos. Dios será para ellos sabiduría y fuerza. Él se glorificará a sí mismo obrando con y a través de aquellos que lo sigan totalmente. "Si alguno quiere servirme, a ése honrará mi Padre". Pero debe haber en el corazón la voluntad de entregarlo todo, incluso a sí mismos sobre el altar de Dios.

El carácter y la disposición del verdadero cristiano serán como el Maestro. La verdad profundamente arraigada en el corazón brotará y dará fruto para justicia. Sus palabras y obras son los canales a través de los cuales se transmiten al mundo los principios puros de la verdad y la santidad. Hay bendiciones y privilegios especiales para los que aman la verdad y andan según la luz que han recibido. Si descuidan esto, su luz se convertirá en tinieblas; si se vuelven autosuficientes, el Señor los abandona a su propia sabiduría. Pero la misericordia y la verdad están prometidas a los humildes de corazón, a los obedientes y fieles.

E. G. White.

22 de julio de 1880

Requisitos especiales

EGW

En el libro del Levítico se encuentran muchos de los requisitos morales especiales que le fueron dados a Moisés para que se los diera a los hijos de Israel. Estos estaban cuidadosamente escritos en un libro, y eran nada menos que los principios de los diez mandamientos, definiendo el deber del hombre para con sus semejantes, y su obligación para con Dios. Si eran obedientes, Dios les prometía tomarlos para sí como su tesoro peculiar, hacer de ellos una nación poderosísima y establecerlos en la tierra de Canaán, un pueblo santo y feliz. En el cumplimiento de sus mandamientos estaba su única felicidad y seguridad.

"Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y diles: Yo soy Jehová vuestro Dios. No haréis como en la tierra de Egipto, donde habitasteis, ni como en la tierra de Canaán, adonde yo os conduzco. Ni andaréis en sus ordenanzas". El Señor quería que su pueblo se mantuviera fiel a su servicio, y separado y distinto de toda nación que no temiera su nombre. Comprendía el peligro de asociarse con los idólatras, sabiendo que ver y oír sus costumbres paganas y su vana filosofía ejercería una influencia corruptora sobre su moral. Existía el peligro de que los servicios sacrílegos del culto a los ídolos les parecieran atractivos y dieran carácter a sus servicios religiosos. Aunque la experiencia de los padres podía ser una salvaguardia para ellos mismos, existía un peligro constante para la moral de sus hijos. Estarían continuamente tentados a imitar las prácticas de la gente con la que se asociaban.

Este mandato del mismo Dios es de importancia para nosotros que vivimos en estos últimos días en que prevalece la iniquidad, y Satanás con todas sus artimañas está tras la pista de los incautos. La alegría y la búsqueda de placeres están a la orden del día, y la presunción temeraria y la ausencia de virtud marcan el curso de la sociedad en general. La norma del mundo no debe ser en ningún caso la norma de los que aman y temen a Dios. Él exige que los que le siguen estén separados del pecado y de los pecadores. La razón por la que los que profesan su nombre no son más preciosos a sus ojos es porque el oro puro de su carácter ha sido corrompido por la asociación con el mundo, y no tienen una fe genuina o una religión genuina.

La instrucción dada al antiguo Israel tenía el mismo efecto que la dada por Cristo a sus discípulos en el monte. Ambas pretendían contrarrestar el egoísmo y fomentar la benevolencia. Dios siempre se acuerda de los pobres, y da instrucciones a su pueblo para que se acuerde de ellos. "Y cuando seguéis la mies de vuestra tierra, no segarás del todo los rincones de tu campo, ni recogerás las espigas de tu siega". Otra vez dice: "No defraudarás a tu prójimo, ni le

robarás; el salario del jornalero no permanecerá contigo toda la noche hasta la mañana."

Con frecuencia, los salarios de los trabajadores y trabajadoras se les retienen de forma irreflexiva y cruel, y se les hace sufrir por la pequeña miseria que han ganado con su duro trabajo. Esta injusticia se practica a gran escala. Los que han obtenido su trabajo viven con frecuencia en la extravagancia, pues lo que utilizan intemperantemente es casi suficiente para mantener a una o dos familias pobres. Cuando los tales obligan al trabajador a esperar su paga duramente ganada, caen bajo la censura de Dios.

Aunque debemos mostrar simpatía y amor por los pobres que lo merecen, no debemos favorecer a los pobres indignos porque son pobres, ni "honrar la persona de los poderosos" simplemente porque son poderosos. Cuánto de esto se hace. Si un hombre es poseedor de riquezas, se le da gran respeto, aplauso y honor debido a su posición, mientras que puede ser corrupto de corazón, y su vida indigna de imitación. La posición o la riqueza no hacen al hombre; pero las manos limpias y un corazón puro Dios aceptará.

"No robaréis, ni mentiréis, ni os mentiréis unos a otros". Todos los mentirosos tendrán su parte en el lago de fuego, y sin embargo hay más falsedades dichas y actuadas de lo que muchos suponen. Todo engaño y toda exageración son falsedades. Un hombre veraz, un hombre de integridad, no producirá deliberadamente impresiones por medio de lenguaje o signos que no sean estrictamente verdaderos. No permitirá que nadie reciba de él lo que sabe que es incorrecto. La falsedad consiste en la intención de engañar. Una mirada, un movimiento de la mano, una expresión del semblante, dirán una falsedad tan eficazmente como las palabras. Las indirectas e insinuaciones que dejan una impresión exagerada en las mentes son falsedades. Dice el apóstol: "No mintáis los unos a los otros". El caso de Ananías y Safira demuestra que incluso en la era evangélica el castigo es tan severo como en la época judía.

"No jurarás en falso por mi nombre, ni profanarás el nombre de tu Dios; yo soy el Señor". El nombre del Señor se profana de muchas maneras. Se pronuncia irreflexivamente, y a menudo se deshonra en la conversación común apelando a Dios, como "el Señor sabe", etc., haciendo así común ese nombre que es sagrado, y que debería pronunciarse siempre con reverencia. Algunos incluso en sus oraciones toman el nombre de Dios en sus labios de una manera irreflexiva. Su santo nombre debe pronunciarse con solemnidad, y no introducirse descuidadamente en nuestras oraciones cada pocas frases. "Señor

Dios Todopoderoso", "¡Santo y Reverendo es su nombre!". Hay que meditar en su pureza, majestad y excelencia, y santificar los labios que pronuncian su nombre. Aunque no oigamos su voz desde el monte Sinaí proclamando su santa ley, tenemos tanta necesidad de temer y temblar como la tenían los que lo rodeaban en aquel tiempo. La ley de Dios es muy amplia. No podemos medirla, ni podemos eludir sus afirmaciones positivas, porque será la regla del juicio futuro.

El pecado de la ignorancia

"Si alguno del pueblo común pecare por ignorancia", "traerá su ofrenda", "y el sacerdote hará expiación por él, y le será perdonado". La misma disposición se hizo para el gobernante, y también para los sacerdotes. Éstos, aunque designados para su sagrada tarea por Dios mismo, no se consideraban en modo alguno infalibles. Estaban en constante peligro de cometer pecado, y aunque esto pudiera hacerse ignorantemente, seguía siendo pecado a los ojos del Cielo. Aunque la ignorancia puede disminuir la culpa del transgresor, no será excusa suficiente para ello en el día del Juicio. Dice el apóstol: "Todos los que quieran hacer su voluntad conocerán la doctrina". Aquellos que están ansiosos por conocer la verdad y la voluntad de Dios no serán dejados en la oscuridad.

Las almas son constantemente condenadas por el pecado. La ley de Dios es traída a casa a su conciencia como lo fue a la del apóstol Pablo. Él ignoraba que era transgresor de la ley, pero dice que cuando llegó el mandamiento, el pecado revivió y él murió. Fue asesinado por la ley, y luego, mediante el arrepentimiento por su transgresión pasada y la fe en Cristo, se reconcilió con Dios y recibió el perdón.

La experiencia de Pablo sería la experiencia de miles en este día si fueran tan fieles a su conciencia como él lo fue a la suya. Él no instituyó una guerra contra la ley de Dios porque era el instrumento para condenarlo y matarlo; lejos de eso. Dice que el mandamiento que fue ordenado para vida, él lo encontró para muerte, muerte para el transgresor, pero vida para el obediente. Este es un día en que a los hombres les encanta erigir su propia norma de derecho, y pisotear bajo sus pies la única norma verdadera. Pero cuando se despierta la conciencia adormecida, y se permite que la luz brille en las cámaras oscuras de la mente, encontrarán que han estado quebrantando ignorantemente los mandamientos de Dios. Los tales tienen que arrepentirse de sus transgresiones pasadas y revestirse de Cristo por la fe y el bautismo.

Algunos alegrarán que vivían a la mejor luz que tenían, y no sabían que eran pecadores ante Dios. Por lo tanto, afirman que estaban libres de culpa y que no tenían nada de qué arrepentirse. Pero la palabra de Dios era clara, y todos los que tenían un deseo ansioso de entenderla en oración podrían haber sabido lo que era verdad; y por este pecado de ignorancia Dios exigirá una ofrenda tan verdadera como en los días de Moisés, incluso la ofrenda de un corazón quebrantado y contrito. Con la Biblia en nuestras manos todos deberíamos conocer y practicar la verdad. Pero algunos no desean cambiar su fe o su forma de actuar, y argumentan que si sólo son honestos se salvarán. Los tales estarán en gran peligro de cometer el pecado de presunción, de no vivir de acuerdo con toda la luz que tienen. Es esencial un autoexamen crítico, unido a un escudriñamiento diligente de las Escrituras y a una oración ferviente, no para encontrar alguna manera de eludir la cruz, sino para que puedan ser conducidos a toda la verdad, por mucha abnegación que cueste y por inconveniente que sea obedecer.

Los pecados de ignorancia no exigen excusa, sino arrepentimiento. Nadie debe lisonjearse de que, porque Jesús murió y cargó con la culpa por el hombre, no tiene nada que hacer sino aceptar el perdón sin arrepentirse de los pecados que lleva tanto tiempo cometiendo. La paciencia de Dios tiene límites, y el castigo por la transgresión de su ley no es menos cierto porque la sentencia contra una obra mala no se ejecute con rapidez. Como vivimos en una época en que la retribución no sigue inmediatamente a una mala obra, el pecado se evita menos y el corazón de los hijos de los hombres está plenamente dispuesto en ellos a hacer el mal.

29 de julio de 1880

Israel abandona el Sinaí

EGW

Los hijos de Israel acamparon en el Sinaí durante casi un año. Allí su culto tomó una forma más definida, y se organizaron más minuciosamente como preparación para entrar en la tierra de Canaán, de la cual Dios les habría dado pronto posesión si no hubieran sido rebeldes. Aquí se hicieron arreglos para que todo lo concerniente a su viaje se hiciera con orden y exactitud. A la tribu de Leví se le asignó la sagrada tarea de cuidar y llevar el tabernáculo y sus pertenencias. Esta tribu estaba dividida en tres partes, según los descendientes

de los tres hijos de Leví, y a cada división le correspondía una porción específica de la obra.

El tabernáculo debía ocupar una posición central en el campamento. Cerca, delante de él, Moisés y Aarón acamparían. En el lado sur estarían los coatitas, cuyo deber especial era cuidar el arca y los demás muebles pertenecientes al tabernáculo. Y en el lado norte estaban los meraritas, cuya parte particular era hacerse cargo de los pilares, basas, tablas, etc.; mientras que en la parte posterior se colocaron los gersonitas, que debían hacerse cargo de las cubiertas y colgaduras del tabernáculo.

En todos sus viajes debían observar un orden perfecto. Cada tribu llevaba un estandarte con el signo de la casa de su padre, y bajo ese estandarte en particular debían acampar. Cada vez que el arca se movía, todo el campamento marchaba, las diferentes tribus marchando en orden bajo sus propios estandartes. Justo delante del arca marchaban Moisés y Aarón, y cerca de ellos venían los hijos de Aarón, llevando cada uno una trompeta. Por medio de ellas debían indicar al pueblo las instrucciones que habían recibido de Moisés. Se dieron instrucciones especiales al pueblo para que comprendiera los sonidos de las trompetas y dirigiera sus movimientos en consecuencia.

Los trompeteros daban primero una señal especial para llamar la atención del pueblo. Entonces todos debían estar atentos y obedecer al sonido determinado de las trompetas. No había confusión de sonido en las voces de las trompetas, por lo tanto no había excusa para la confusión en los movimientos. El jefe de cada compañía daba instrucciones precisas sobre los movimientos que debían realizar. Nadie que prestara atención ignoraba lo que debía hacer. Si alguno no cumplía con los requisitos que Dios había dado a Moisés, y Moisés al pueblo, era castigado con la muerte. No tenían excusa para alegar que no conocían la naturaleza de estos requisitos, pues sólo demostrarían su ignorancia voluntaria y recibirían el justo castigo por su transgresión. Si no conocían la voluntad de Dios respecto a ellos, era por su propia culpa. Tuvieron toda la oportunidad de conocer que otros tuvieron, por lo tanto su pecado fue considerado por el Señor igual que si hubieran oído y luego transgredido.

Y si algún hombre, por curiosidad o por falta de orden, olvidaba su posición y tocaba alguna parte del santuario o de los muebles, o incluso se acercaba a alguno de los obreros, era castigado con la muerte. Dios no dejó que su sagrado tabernáculo fuera llevado, erigido y derribado indiscriminadamente por cualquier tribu que deseara hacerlo. Se escogieron para el cargo personas que

supieran apreciar el carácter sagrado de la obra en que estaban empeñadas. Y a estos hombres designados por Dios se les ordenó que inculcaran en el pueblo el carácter sagrado especial del arca y de todo lo que pertenecía a ella, para que no miraran estas cosas sin darse cuenta de su santidad y, al hacer comunes las cosas sagradas, se separaran de Israel. Todo lo que pertenecía a lo más sagrado debía ser considerado con reverencia y santo temor.

El Señor quiso manifestar a Israel, en las instrucciones explícitas que les dio, que es un Dios de orden, que quiere que todo lo relacionado con su obra avance con regularidad y sistema. El Señor no cambia, y le agrada tanto ahora como entonces que sus ministros cultiven el amor al orden y la disciplina, para que sus esfuerzos se caractericen por la pulcritud, la minuciosidad y la exactitud. Por precepto y ejemplo deben educar al pueblo para que trabaje en armonía. Si el orden y la disciplina son esenciales para el éxito de un ejército en el campo de batalla, cuánto más lo son para el éxito de los que se han alistado en el ejército del Señor.

El orden perfecto caracteriza todos los movimientos de los ángeles de Dios. Estamos en el mundo como los hijos de Israel en el desierto, para prepararnos para la Canaán celestial y la sociedad de los santos ángeles. Debemos llevar a cabo, en la medida de lo posible, en nuestras familias y en la Iglesia, el orden y la armonía del Cielo. Los ángeles de Dios se apartan a menudo con pena de aquellos que excusan el desorden y la confusión como asuntos muy triviales; no están autorizados a bendecir tales cosas. Todos los que desean y esperan la cooperación de los mensajeros celestiales deben trabajar al unísono con ellos. Satanás comprende que el éxito sólo acompañará a la unidad de acción. Sabe muy bien que la independencia, la exaltación propia y el orgullo le hicieron perder el paraíso, y constantemente tienta a otros para que se rebelen contra el orden y la disciplina a fin de compartir su suerte.

La demora de los israelitas en el Sinaí fue una parte necesaria de su disciplina. Los millones de personas habían salido de Egipto con entusiastas esperanzas y ansiosas expectativas de marchar directamente a la tierra de su herencia prometida. Pero en vez de esto se vieron obligados a vagar de arriba abajo por el árido desierto, sin ninguna perspectiva de formar un hogar. Este fue el resultado de su propia desobediencia, que los colocó en una posición en la que Dios no podía establecerlos en la tierra prometida. Si llevaban consigo sus murmuraciones y celos a la tierra, degenerarían como pueblo y se volverían más ofensivos para Dios que aquellos a quienes él expulsaría antes que ellos; porque

en la misma proporción en que habían recibido la luz, y Dios les había manifestado su maravilloso poder, sería su pecado de desconfianza y rebelión.

Los levitas fueron especialmente honrados por Dios para llevar responsabilidades, porque no se habían desviado de su lealtad a él, y no se habían unido a los demás de Israel en la adoración del becerro de oro. Aunque fue doloroso para ellos llevar la espada contra sus hermanos y parientes, habían sido fieles y leales en ejecutar todos los mandamientos de Dios al castigar con la muerte a los que persistían en justificar su apostasía e idolatría.

Cuando se dio la señal para que el campamento abandonara su hogar en el Sinaí, para muchos fue un sonido bienvenido. Mientras estaban ocupados en la construcción del santuario, sus ocupadas actividades habían servido para mantenerlos contentos; pero una vez terminado ese trabajo, la inactividad se estaba volviendo fatigosa. Incluso las fatigas del viaje les resultaban más agradables que no tener nada que hacer. Pero mientras algunos deseaban el cambio, muchos se resistían a abandonar el lugar. Habían acampado tanto tiempo en aquella vecindad que se había convertido en su hogar. Habían aprendido a amar la contemplación del monte sagrado, sobre cuyas cumbres vetustas y crestas estériles se había desplegado tantas veces la grandiosa y terrible gloria de Dios. La escena parecía estar grabada en las tablas de sus corazones. Para muchos, el lugar estaba tan estrechamente asociado con la presencia de Dios y de los santos ángeles, que parecía demasiado sagrado para abandonarlo sin pensar o incluso con gusto.

Estos muros de granito habían sido levantados para que Dios pudiera reunir aquí a un pueblo aparte y separado de toda otra nación, para repetirles su santa ley. Y ahora estaban a punto de emprender la marcha, sin saber hacia dónde. Todos los ojos se volvían ansiosamente hacia la columna de nube, para ver en qué dirección se movía. Y cuando se puso en marcha en dirección este, donde sólo se presentaban las masas montañosas apiñadas, negras y estériles, algunos se entristecieron, otros se sintieron insatisfechos y sombríos. Pero a la señal apropiada de los trompeteros, todo el campamento se puso en marcha, cada tribu ocupando la posición exacta especificada por el Señor, y llevando el estandarte de la casa de su padre.

12 de agosto de 1880

El incendio de Taberah

EGW

Después de viajar tres días desde el Sinaí hasta el desierto, comenzaron a formularse quejas por parte de aquellos que, en las partes más alejadas del campamento, no habían unido plenamente su interés al del cuerpo, sino que estaban continuamente observando para encontrar algo que condenar en aquellos que estaban dispuestos a llevar las responsabilidades y cargas del pueblo. Estos quejosos no estaban contentos con el curso de su marcha, y murmuraban constantemente acerca del camino por el cual *Moisés* los conducía, a pesar de que sabían que él seguía sólo por donde la columna de nube guiaba el camino. Algunos también pensaban que debían tener una posición de vanguardia, mientras que otros se quejaban de marchar tanto tiempo por el desierto.

Dios continuó alimentándolos con el pan que llovía del cielo; pero ellos no estaban satisfechos. Su apetito depravado ansiaba la carne, que Dios, en su sabiduría, les había negado en gran medida. "Y la multitud mixta que había entre ellos cayó en la lujuria; y también los hijos de Israel volvieron a llorar, y dijeron: ¿Quién nos dará a comer carne? Nos acordamos del pescado que comíamos libremente en Egipto; de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos. Pero ahora nuestra alma está seca; no hay nada en absoluto, aparte de este maná, ante nuestros ojos." Se cansaron de la comida que les proporcionaban los ángeles. Sin embargo, sabían que era justo el alimento que Dios deseaba que tuvieran, y que era saludable para ellos y para sus hijos. A pesar de sus penurias en el desierto, no había un solo débil en todas sus tribus.

Satanás, el autor de la enfermedad y la miseria, se acercará al pueblo de Dios donde pueda tener el mayor éxito. Ha controlado el apetito en gran medida desde el tiempo de su exitoso experimento con Eva, cuando la indujo a comer del fruto prohibido. Vino con sus tentaciones primero a la multitud mixta, los egipcios creyentes, y los incitó a murmuraciones sediciosas.

Estas murmuraciones pronto habrían fermentado todo el campamento, si la ira de Dios en fuego del Cielo no hubiera destellado como un relámpago desde la columna nubosa y consumido a los instigadores del alboroto. Sin embargo, esto, en vez de humillarlos, sólo pareció aumentar sus murmuraciones. Cuando

Moisés oyó al pueblo llorar a la puerta de sus tiendas, y quejarse por todas sus familias, se afligió en gran manera.

Aquí Moisés mismo estuvo a punto de desconfiar del Señor. Incluso con su perfecta fuerza física y su vigoroso intelecto, se tambaleaba bajo el peso de la responsabilidad, tanto más pesada por las malvadas quejas del pueblo. La carga parecía casi insoportable. ¿No se arrepentía Moisés en aquel momento de no haber consentido en que Israel fuera destruido, y de haberse convertido él mismo en una gran nación? Tales tentaciones lo atormentaban. Le dolía mucho que dirigieran sus quejas contra él, como si toda supuesta privación fuera imputable a él. Y éste era el mismo pueblo por el que había rogado que su nombre fuera borrado del libro de la vida antes que ser destruido. Había arriesgado todo por ellos, y aquí estaba su respuesta. Se le hundió el corazón, pero se dirigió al único que podía ayudarle en su angustia. Su oración era casi una queja. "¿Por qué has afligido a tu siervo, y por qué no he hallado gracia delante de tus ojos, para que pongas sobre mí la carga de todo este pueblo?" "¿De dónde he de tener carne para dar a todo este pueblo? porque lloran a mí, diciendo: Danos carne para que comamos. Yo solo no puedo soportar a todo este pueblo, porque es demasiado pesado para mí. Y si así me tratas, te ruego que me mates de una vez, si he hallado gracia ante tus ojos, y no me dejes ver mi miseria."

Esta oración no hace honor a Moisés, que había visto tanto del poder de Dios. Las cargas de los cuidados lo habían sobrecargado. Podría haberlas soportado todas si el pueblo hubiera permanecido a su lado; pero sabía que su perversidad sólo sería sofocada por el despliegue de la ira de Dios, y prefirió la muerte antes que ver a Israel deshonorado y a sus enemigos triunfantes. El Señor escuchó la oración de su siervo, y la respuesta llegó, fuerte y positiva, ordenándole que reuniera ante sí a setenta hombres, que él sabía que eran ancianos en Israel, hombres no sólo de edad avanzada, sino que poseían dignidad, sano juicio y experiencia, y que estaban calificados para ser jueces u oficiales. "Y tráelos al tabernáculo de reunión, para que estén allí contigo. Y yo descenderé y hablaré allí contigo; y tomaré del Espíritu que está sobre ti, y lo pondré sobre ellos; y llevarán contigo la carga del pueblo, para que no la lleves tú solo."

El Señor permitió que Moisés eligiera por sí mismo a los hombres que sabía que podían ser los mejores ayudantes. Estos hombres habían demostrado fidelidad y orden en su cargo de oficiales y ancianos, y ahora eran elegidos para asumir responsabilidades más altas. Debían ser la autoridad para frenar la violencia del pueblo y sofocar cualquier insurrección que pudiera surgir. Pero

si Moisés hubiera mostrado simple confianza en Dios, correspondiente a su gran bondad y misericordia, estos hombres no habrían sido escogidos. Su autoridad ampliada acabaría causando graves problemas. Dios habría guardado a su siervo continuamente, y lo habría fortalecido en toda emergencia, si hubiera confiado plenamente en él. Moisés no tenía excusa para imitar al pueblo en su murmuración contra Dios. Engrandeció sus cargas y servicios, cuando el Señor era realmente el obrero, y él sólo el instrumento. Pobre y débil naturaleza humana, ¡qué poco se puede confiar en ella!

A Moisés se le ordenó preparar al pueblo para lo que Dios estaba a punto de hacer por ellos: "Santificaos para mañana, y comeréis carne; porque habéis llorado a oídos de Jehová, diciendo: ¿Quién nos dará a comer carne? porque bien nos fue en Egipto; por tanto, Jehová os dará carne, y comeréis. No comeréis un día, ni dos días, ni cinco días, ni diez días, ni veinte días; sino hasta un mes entero, hasta que os salga por las narices, y os sea repugnante, por cuanto menospreciasteis al Señor que está en medio de vosotros, y llorasteis delante de él, diciendo: ¿Por qué salimos de Egipto?".

Una vez antes, cuando recibieron el maná justo antes de llegar al Sinaí, el Señor había respondido a sus clamores de carne. Sin embargo, sólo la comieron un día, y luego se les negó porque no era el mejor alimento para ellos. Sus murmuraciones se reflejaban ahora en la sabiduría de Dios, como si no supiera exactamente lo que necesitaban mientras viajaban por el desierto. El enemigo pervirtió su imaginación. Los egipcios que salieron de Egipto con los hebreos estaban acostumbrados a la comida abundante y a la carne, y fueron los primeros en quejarse. La comida de los israelitas en Egipto era generalmente de la calidad más barata, pero el trabajo duro y un apetito agudo la hacían apetitosa.

En respuesta a la declaración del Señor de que el pueblo debía tener carne para comer, Moisés dijo: "El pueblo en medio del cual estoy son seiscientos mil hombres de a pie; y tú has dicho: Les daré carne para que coman todo un mes. ¿Se matarán para ellos los rebaños y las manadas, para que les baste? ¿O se juntarán para ellos todos los peces del mar?". Estas palabras expresaban una manifiesta desconfianza, por la que el Señor le reprendió diciendo: "¿Acaso se ha acertado la mano del Señor? tú verás ahora si mi palabra se cumplirá contigo o no." Aquel que pudo dividir el Mar Rojo, atando las aguas como un muro a ambos lados mientras Israel pasaba por tierra seca, y pudo hacer llover pan del Cielo, y sacar agua de la roca de pedernal, pudo proveer carne para abastecer al ejército de Israel.

"Y salió Moisés, y contó al pueblo las palabras del Señor, y reunió a los setenta varones de los ancianos del pueblo, y los puso alrededor del tabernáculo. Y descendió el Señor en una nube, y le habló, y tomó del Espíritu que estaba sobre él, y lo dio a los setenta ancianos; y aconteció que, cuando el Espíritu reposó sobre ellos, profetizaron, y no cesaron". Estas personas fueron dotadas del Espíritu del Señor de manera similar a como lo fueron los discípulos el día de pentecostés. Predijeron la obra y la misión de Cristo, y por su sabiduría y fluidez de palabra evidenciaron a todos los hombres que el poder de Dios estaba sobre ellos. El Señor creyó conveniente prepararlos así para su obra y honrarlos en presencia de la congregación, a fin de que se estableciera en ellos la confianza como hombres escogidos por Dios para unir su autoridad a la de Moisés en su ardua tarea de refrenar y gobernar al pueblo durante su permanencia en el desierto.

Hubo dos de los setenta elegidos que no salieron al tabernáculo. No eran rebeldes, pero se sentían indignos de servir en un puesto tan alto y de tanta responsabilidad. Pero cuando el Espíritu del Señor se posó sobre los ancianos alrededor del tabernáculo, cayó también sobre ellos, y profetizaron, hablando palabras de sabiduría y elocuencia. Entonces un joven corrió a Moisés y le contó que dos hombres estaban profetizando en el campamento; y Josué, celoso de Moisés, le rogó que les mandara callar. Pero Moisés, libre de todo celo, replicó: "Ojalá que todo el pueblo del Señor fuera profeta, y que el Señor pusiera su Espíritu sobre ellos."

"Y salió un viento de Jehová, y trajo codornices del mar, y las dejó caer junto al campamento, como a un día de camino de un lado, y como a un día de camino del otro, alrededor del campamento, y como a dos codos de altura sobre la faz de la tierra. Y el pueblo estuvo en pie todo aquel día, y toda aquella noche, y todo el día siguiente, y recogieron las codornices; el que menos recogió, diez homeres; y las esparcieron todas para sí alrededor del campamento. Y cuando aún tenían la carne entre los dientes, antes de masticarla, se encendió la ira de Jehová contra el pueblo, y Jehová hirió al pueblo con una plaga muy grande."

En este caso el Señor dio al pueblo lo que no era para su mayor bien, porque ellos lo querían. No se sometieron a recibir del Señor sólo lo que les beneficiaría, sino que se entregaron a murmuraciones sediciosas contra Moisés y contra el Señor. Dios les dio carnes, como ellos deseaban, y sufrieron los resultados de satisfacer sus apetitos lujuriosos. Fiebres abrasadoras mataron a un gran número de personas. Aquellos que habían sido los más culpables en sus murmuraciones, fueron muertos tan pronto como probaron la carne que habían

codiciado. Si hubiesen recibido con gratitud el alimento que Dios seleccionó para ellos, del cual podían comer libremente sin sufrir daño, habrían conservado el favor divino, y habrían escapado a los terribles resultados de sus murmuraciones rebeldes.

19 de agosto de 1880

El pecado de Miriam y Aarón

EGW

Cuando se supo en el campamento de Israel que se habían elegido setenta ancianos para ayudar a Moisés en el gobierno del pueblo, Aarón y Miriam se pusieron celosos porque no se les había consultado al respecto. No se habían sentido reconciliados con el acto de Moisés de recibir tan fácilmente el consejo de Jetro, su suegro. Temían que su influencia sobre Moisés fuera mayor que la de ellas. Y ahora, setenta ancianos habían sido elegidos sin consultar con ellos; y como ellos mismos nunca habían sentido la responsabilidad y las cargas que Moisés había soportado por el pueblo, no veían ninguna necesidad real de la ayuda de los setenta ancianos. "Y dijeron: ¿Acaso el Señor ha hablado sólo por medio de Moisés? ¿No ha hablado también por medio de nosotros? Y el Señor lo oyó".

Aarón y Miriam pensaron que, como habían sido elegidos para ayudar a Moisés, llevaban la carga del trabajo tan bien como él. Y como el Señor había hablado por ellos, así como por su hermano, ¿por qué habría de quejarse de cargas tan pesadas como para necesitar a setenta de los jueces y ancianos designados para la tarea de ayudarlo? Moisés se dio cuenta de su debilidad. Sentía la importancia de la gran obra que se le había encomendado, como ningún otro hombre la había sentido jamás. Aarón había mostrado su debilidad al ceder a los clamores del pueblo y hacer un becerro fundido, en ausencia de su líder. Pero Dios había sido siempre el consejero de Moisés.

Como Miriam se puso celosa de Moisés, estaba dispuesta a encontrar defectos en los acontecimientos de su vida que Dios había anulado especialmente. Se quejó de su hermano porque se había casado con una mujer etíope, en lugar de tomar una esposa de entre los hebreos. La esposa de Moisés no era negra, pero su tez era algo más oscura que la de los israelitas. Era de carácter tímido, tierna de corazón, y le afectaba mucho presenciar el sufrimiento. Esta fue la razón por la que Moisés consintió en que ella regresara a Madián en vez de acompañarle a Egipto, para que no presenciara las terribles plagas que el Señor iba a traer

sobre los egipcios. Después de encontrarse con su marido en el desierto, vio que sus cargas y ansiedades estaban agotando sus fuerzas, y en su angustia puso a su padre al corriente del asunto. Jetro había notado que el cuidado de todo el pueblo recaía sobre Moisés, y por lo tanto le aconsejó que se ocupara de los intereses religiosos de la hueste hebrea, mientras que debían elegirse hombres dignos, libres de codicia, para que se ocuparan de los asuntos seculares del pueblo.

Cuando Miriam comenzó a abrigar un espíritu de celos y de buscar culpables, imaginó que Aarón y ella misma habían sido descuidados, y que la esposa de Moisés era la causa: que ella había influido tanto en la mente de su esposo que él no los consultaba en asuntos importantes tanto como antes.

Oyó el Señor las palabras de murmuración contra su fiel siervo, y se disgustó; porque Moisés era muy manso, más que todos los hombres que habitaban sobre la tierra. Y llamó Dios de repente a María, a Aarón y a Moisés, y les mandó que saliesen al tabernáculo de reunión. Y Dios habló a Miriam y a Aarón desde la nube. "Oíd ahora mis palabras: Si hay entre vosotros algún profeta, yo, el Señor, me daré a conocer a él en visión y le hablaré en sueños. No así mi siervo Moisés, que es fiel en toda mi casa. Con él hablaré de boca a boca, al parecer, y no con discursos oscuros; y la semejanza del Señor verá; ¿por qué, pues, no tuvisteis miedo de hablar contra mi siervo Moisés? Y la ira del Señor se encendió contra ellos, y se marchó". Y Miriam se puso leprosa, blanca como la nieve; y Aarón rogó a Moisés que no les imputase el pecado que habían cometido. Oró para que Miriam no quedara como una muerta, y Moisés clamó al Señor por ella, y fue sanada. Sin embargo, quedó fuera del campamento durante siete días, y el pueblo no partió hasta que fue traída de nuevo.

La nube se retiró del tabernáculo porque la ira de Dios se posó sobre Miriam, y no volvió hasta que ella fue retirada del campamento. Dios había escogido a Moisés, y puesto su Espíritu sobre él; y por sus murmuraciones contra el siervo escogido de Dios, Miriam fue culpable de irreverencia, no sólo hacia Moisés sino hacia Dios que lo había llamado. Aarón podría haber evitado el mal si le hubiera expuesto a Miriam lo pecaminoso de su proceder. Pero en lugar de esto, escuchó sus palabras de queja y compartió su espíritu de celos. Las murmuraciones de María y Aarón, y la señalada manifestación del desagrado de Dios que siguió, quedan registradas como una reprensión para todos los que ceden a los celos, y se quejan de aquellos sobre quienes Dios pone la carga de su obra.

La contienda entre el pueblo de Dios es ofensiva a sus ojos. Sólo en la unión y la armonía hay fuerza. El orgullo, el egoísmo, la envidia y los celos se originaron con Satanás, y perdieron para él su hogar en el Edén. Ahora urge sus tentaciones sobre los seguidores de Cristo, y la pretensión más frívola excita un prejuicio y celos que son tan crueles como la tumba. Jesús está envuelto en una luz inaccesible, independiente en su obra y justo en sus juicios, y sin embargo, toma conocimiento de todas las acciones de los hijos de los hombres. Ningún acto secreto de maldad pasa desapercibido, y ningún acto de rectitud es olvidado, todos son registrados en el Libro del Cielo.

Ojalá todos los corazones se dieran cuenta de lo sumamente pecaminoso que es abrigar sospechas y celos contra aquellos a quienes ama el Señor. Él está siempre dispuesto a ponerse de parte de todos aquellos a quienes se hace sufrir injustamente. Sobre todos sus siervos extiende siempre su mano como un escudo. Ningún hombre puede herir a sus elegidos sin herir la mano del Señor. Aunque puede soportar durante mucho tiempo la perversidad del hombre, y no castigar su proceder injusto, sin embargo ha dicho que se acordaría de sus agravios, y los castigaría; porque su mano lleva la espada de la justicia.

26 de agosto de 1880

Los Doce Espías

EGW

Once días después de abandonar el monte Horeb, las huestes hebreas acamparon en Cades, en el desierto de Parán, que no estaba lejos de las fronteras de la tierra prometida. Allí el Señor le dijo a Moisés que enviara hombres para registrar la tierra de Canaán, ordenando que uno de los jefes de cada tribu fuera seleccionado para este propósito. Moisés hizo lo que el Señor le había dicho, y envió doce hombres a registrar la tierra. Les ordenó que fueran y vieran el país, cómo era, su situación y ventajas naturales; y la gente que lo habitaba, si eran fuertes o débiles, pocos o muchos; también que observaran la naturaleza del suelo y su productividad y que trajeran del fruto de la tierra.

Después de una ausencia de cuarenta días regresaron de su búsqueda, y toda la congregación de Israel se reunió para escuchar su informe. Todos estuvieron de acuerdo en que era una buena tierra, una tierra que manaba leche y miel; y como prueba, exhibieron muestras de los ricos frutos del país. Era el tiempo de las uvas maduras, y habían traído un racimo de uvas tan grande que podía ser llevado entre dos hombres. También habían traído higos y granadas, que crecían

allí en abundancia. Pero después de describir la belleza y fertilidad de la tierra, todos menos dos de los espías hablaron de las dificultades y peligros que acechaban a los israelitas si emprendían la conquista de Canaán. Enumeraron las naciones poderosas situadas en diversas partes del país, y dijeron que las ciudades estaban amuralladas y eran muy grandes, y la gente que las habitaba era fuerte, y sería imposible conquistarlas. También afirmaron que allí habían visto gigantes, los hijos de Anac, y que era inútil pensar en poseer la tierra.

Cuando el pueblo escuchó este informe desalentador, expresó sus sentimientos de desilusión con reproches y amargo lamento. No esperaron, ni reflexionaron, ni razonaron que Dios, que los había sacado hasta allí, ciertamente les daría la tierra. Dejaron a Dios fuera de la cuestión, y actuaron como si, en la toma de la ciudad de Jericó, la llave de la tierra de Canaán, debieran depender únicamente del poder de las armas. Dios había declarado que les daría el país, y deberían haber confiado plenamente en que cumpliría su palabra. Pero sus corazones insumisos no estaban en armonía con sus planes. No recordaban cuán maravillosamente había obrado en su favor, sacándolos de la esclavitud egipcia, abriéndoles un camino a través de las aguas del mar y destruyendo el ejército perseguidor del Faraón.

En su incredulidad limitaron la obra de Dios, y desconfiaron de la mano que hasta entonces los había guiado con seguridad. En este caso repitieron su error anterior de murmurar contra Moisés y Aarón. "Este es, pues, el fin de todas nuestras grandes esperanzas", dijeron. "Esta es la tierra que hemos recorrido todo el camino desde Egipto para poseer". Acusaron a sus líderes de traer problemas a Israel, y de nuevo los acusaron de engañar y desviar a su pueblo.

Moisés y Aarón yacían postrados ante Dios, con el rostro en el polvo. Caleb y Josué, los dos que, de todos los doce espías, confiaban en la palabra de Dios, rasgaron sus vestiduras angustiados, cuando percibieron que estos informes desfavorables habían desalentado a toda la congregación. Intentaron razonar con ellos, pero el pueblo estaba lleno de locura y decepción, y se negó a escuchar. Finalmente, Caleb se abrió paso hasta el frente, y su voz clara y sonora se oyó por encima de todo el clamor de la multitud. Se opuso a las cobardes opiniones de sus compañeros, que habían debilitado la fe y el valor de todo Israel. Llamó la atención del pueblo, que acalló por un momento sus quejas para escucharle. Habló de la tierra que había visitado. Dijo: "Subamos en seguida, porque podemos vencerla". Pero mientras hablaba, los espías infieles lo interrumpieron, gritando: "¡No podremos subir contra este pueblo, porque es más fuerte que nosotros!".

Estos hombres, comenzando por un camino equivocado, pusieron sus corazones contra Dios, contra Moisés y Aarón, y contra Caleb y Josué. Cada paso que daban en esta dirección equivocada los hacía más firmes en su designio de desalentar todo intento de poseer la tierra de Canaán. Distorsionaron la verdad para llevar su nefasta influencia. Representaron el clima como malsano, y a toda la gente de estatura gigantesca. Dijeron: "Y vimos allí a los gigantes, hijos de Anac, que proceden de los gigantes, y éramos a nuestros ojos como saltamontes, y así éramos a sus ojos."

Esto no sólo era un informe maligno, sino también mentiroso. Era contradictorio; porque si la tierra era insalubre y "se había comido a los habitantes", ¿cómo es que alcanzaron proporciones tan masivas? Cuando los hombres entregan sus corazones a la incredulidad, no hay límites para el avance que harán en el mal. Pocos se dan cuenta, cuando comienzan este peligroso curso, de lo lejos que Satanás los llevará.

El mal informe tuvo un efecto terrible sobre el pueblo. Reprocharon amargamente a Moisés y Aarón. Algunos gemían y se lamentaban, diciendo: "¡Ojalá hubiéramos muerto en la tierra de Egipto! o, ¡Ojalá hubiéramos muerto en el desierto!". Entonces sus sentimientos se levantaron contra el Señor, lloraron y se lamentaron, diciendo: "¿Por qué nos ha traído el Señor a esta tierra, para caer a espada, para que nuestras mujeres y nuestros hijos sean presa? ¿No era mejor para nosotros volver a Egipto? Y se dijeron unos a otros: Hagamos un capitán, y volvámonos a Egipto."

Así manifestaron su falta de respeto a Dios y a los líderes que había designado para dirigirlos. No preguntaron al Señor qué debían hacer, sino que dijeron: "Hagamos un capitán". Tomaron los asuntos en sus propias manos, sintiéndose competentes para manejar sus asuntos sin ayuda divina. Acusaron no sólo a Moisés, sino al mismo Dios, de engaño, al prometerles una tierra que no eran capaces de poseer. Llegaron incluso a nombrar capitán a uno de los suyos, para que los condujera de vuelta a la tierra de su sufrimiento y esclavitud, de la que Dios los había liberado con el fuerte brazo de la omnipotencia.

Moisés y Aarón seguían postrados ante Dios en presencia de toda la asamblea, implorando en silencio la misericordia divina para el rebelde Israel. Su angustia era demasiado profunda para las palabras. De nuevo Caleb y Josué se ponen al frente, y la voz de Caleb se eleva una vez más con dolorosa seriedad por encima de las quejas de la congregación:

"La tierra que atravesamos para reconocerla, es una tierra muy buena. Si el Señor se complace en nosotros, nos introducirá en esta tierra y nos la dará; una tierra que mana leche y miel; solamente no os rebeléis contra el Señor, ni temáis al pueblo de la tierra, porque ellos son pan para nosotros. Su defensa se ha apartado de ellos, y el Señor está con nosotros. No los temáis".

Los cananeos habían colmado la medida de su iniquidad, y el Señor ya no los soportaría. Habiéndoles quitado su defensa, caerían presa fácil de los hebreos. No estaban preparados para la batalla, pues se sentían tan fuertes que se engañaban a sí mismos con la idea de que ningún ejército era lo bastante formidable para prevalecer contra ellos. Caleb recordó al pueblo que por el pacto de Dios la tierra estaba asegurada a Israel. Pero sus corazones se llenaron de locura y no quisieron oír más. Si sólo los dos hombres hubieran traído el mal informe, y los diez los hubieran animado a poseer la tierra en el nombre del Señor, aun así habrían seguido el consejo de los dos con preferencia a los diez, a causa de su perversa incredulidad.

Pero sólo dos defendían el derecho, mientras que diez se rebelaban abiertamente contra sus líderes y contra Dios. La mayor excitación se apoderó ahora del pueblo, se despertaron sus peores pasiones y se negaron a atender a razones. Los diez espías infieles se unen a ellos en sus denuncias contra Caleb y Josué, y se levanta el grito para apedrearlos. La turba enloquecida se apodera de proyectiles con los que matar a aquellos hombres fieles. Se precipitan hacia adelante con gritos de locura, cuando, ¡he aquí! las piedras caen de sus manos, un silencio cae sobre ellos, y tiemblan de terror. Dios se ha interpuesto para detener su temerario designio. La gloria de su presencia, como una llama de luz, ilumina el tabernáculo. Toda la congregación contempla la señal del Señor. Se había revelado uno más poderoso que ellos, y ninguno se atrevió a continuar su resistencia. Todos los murmuradores fueron acallados. Los espías que habían traído el mal informe, se agacharon aterrorizados, y con la respiración contenida buscaron sus tiendas. Moisés se levantó de su humillante posición y entró en el tabernáculo, para comulgar con Dios. Allí el Señor propuso destruir inmediatamente a este pueblo rebelde, y deseó hacer de Moisés una nación más grande que Israel. Pero el manso jefe de su pueblo no consintió en esta proposición. "Entonces Moisés dijo al Señor: Lo oirán los egipcios, porque tú hiciste subir a este pueblo con tu poder de en medio de ellos; y lo contarán a los habitantes de esta tierra, porque han oído que tú, Señor, estás en medio de este pueblo, que tú, Señor, eres visto cara a cara, y que tu nube está sobre ellos, y que vas delante de ellos, de día en columna de nube, y de noche en columna de fuego. Ahora bien, si matas a todo este pueblo como a un solo hombre, las

naciones que hayan oído tu fama hablarán diciendo: "Porque el Señor no pudo introducir a este pueblo en la tierra que les había jurado, por eso lo mató en el desierto."

Así manifestó de nuevo este siervo escogido de Dios su amor por el pueblo y su celo por el honor de su Maestro. En vez de enojarse por su importunidad, el Señor le concedió su petición, y dijo: "He perdonado según tu palabra. Pero mientras yo viva, toda la tierra será llena de la gloria del Señor". Aquí se refiere al tiempo en que los santos de Dios habitarán sobre la tierra hecha nueva, y purificada y limpia de toda mancha de pecado.

(Concluido el siguiente número.)

2 de septiembre de 1880

Los Doce Espías

(Concluido.)

EGW

La propuesta de enviar hombres a registrar la tierra fue hecha primero por el pueblo. Pero como a Moisés le pareció bien, presentó el asunto ante el Señor y obtuvo su consentimiento para que fueran. El resultado fue el desastre y la destrucción. Si hubieran esperado a que el Señor les dijera "Adelante", y hubieran seguido al Líder divino, habrían visto la majestad y la gloria de Dios con la misma certeza con que la vieron cuarenta años después. El Señor permite a menudo que los hombres sigan su propio camino, para enseñarles que el camino que él marca es el único seguro que deben seguir.

Todo Israel sufría bajo el ceño de Dios. No podía obrar por ellos mientras sus corazones estuvieran llenos de amargas murmuraciones, pues no estaban en condiciones de apreciar nada de lo que hiciera por ellos. La manifestación de su poder en su favor contra sus enemigos sólo los llenaría de orgullo y prepotencia. No santificarían al Señor en sus corazones, ni le darían la gloria. Por eso, misericordiosamente, les hizo retroceder. Iban a ser encerrados en el desierto, y a no ver ciudad ni pueblo durante cuarenta años, hasta que murieran los que murmuraban continuamente.

Cuando Moisés dio a conocer al pueblo la decisión divina, su reciente locura y furia demencial se convirtieron en los más amargos lamentos y lamentaciones.

Sabían que este castigo era merecido. Los diez espías infieles habían perecido ante sus ojos, y su perdición significaba la destrucción de todos sus miembros mayores de veinte años. Su incredulidad y rebelión les había costado todo.

Incluso en este momento, si hubieran mostrado un arrepentimiento verdadero y sincero, Dios podría haberles dado otra prueba, como hizo con los antiguos ninivitas; pero en lugar de esto, se hundieron en el más absoluto abatimiento. Sabían que Dios hablaba en serio con ellos. Pasaron una noche en vela, pero con la mañana llegó la esperanza. Decidieron redimir su cobardía. No mirarían hacia el desierto ni hacia el Mar Rojo, sino que se equiparían para la guerra, tomarían la tierra y la poseerían con su fuerza, por si acaso sus obras fueran aceptadas por Dios. Confesaron diciendo: "Hemos pecado contra Jehová, subiremos y peharemos, conforme a todo lo que Jehová nuestro Dios nos mandó". También en este caso sus transgresiones habían convertido su luz en tinieblas. El Señor nunca les había dicho que "subieran y pelearan". No había querido que ganaran la tierra prometida mediante la guerra, sino mediante la sumisión y la obediencia incondicional a sus mandatos.

Aquellos que tan recientemente se quejaban de los propósitos de Dios porque pensaban que debían correr algunos riesgos en la guerra, estaban ahora plenamente decididos a cumplir su propia voluntad a todo riesgo. Así sucede con la naturaleza humana. No hay nada imprudente o inconsecuente que una persona no se sienta tentada a hacer cuando su corazón se rebela contra la voluntad de Dios, como si el hombre débil y endeble pudiera derrocar los propósitos de Jehová.

Estos hombres de mente fuerte estaban preparados para el conflicto en su propia estimación, pero eran tristemente deficientes a los ojos de Dios y de sus afligidos siervos. Cuando Dios les ordenó que subieran y tomaran Jericó, les prometió que iría con ellos. El arca que contenía su ley debía ser un símbolo de sí mismo. Moisés y Aarón, sus líderes designados, debían conducir la expedición bajo su atenta dirección. Con tal supervisión, ningún daño podría haberles ocurrido. Pero ahora, contraviniendo el mandato de Dios y la solemne prohibición de sus jefes, sin el arca de Dios y sin Moisés, marchan al encuentro de los ejércitos del enemigo, una compañía tumultuosa y desorganizada. Mientras Aarón toca la trompeta de alarma, Moisés se apresura tras ellos y les dice: "¿Por qué quebrantáis ahora el mandamiento del Señor? No subáis, que el Señor no está en medio de vosotros, para que no seáis heridos delante de vuestros enemigos; porque los amalecitas y los cananeos están allí delante de vosotros, y caeréis a espada."

Durante el tiempo consumido por los israelitas en su perversa insubordinación, los habitantes de la tierra se habían alarmado y se habían preparado para la batalla. Habiendo oído hablar tanto de las maravillosas obras de Dios en favor de su pueblo Israel, hicieron los preparativos más minuciosos para defender sus ciudades.

Como Israel presumía de hacer caso omiso de la voz de Dios y del hombre, no tenían líder, sino que se alejaban impetuosamente de la voz de advertencia de Moisés. Siguieron adelante en medio de la confusión. No rezaron para que Dios les diera la victoria, pues les había prohibido expresamente que subieran. Su número era inmenso, y decidieron atacar ferozmente a los mismos hombres con quienes se habían negado a reunirse, con Moisés como jefe y Dios como defensor. El odio contra el Señor y sus juicios pronunciados ardía en los corazones de estos hombres de guerra.

Pero su superioridad numérica no les sirvió de nada, pues sólo podían llegar a su enemigo a través de pasos rocosos. Los israelitas estaban cansados de su furiosa marcha, mientras que sus enemigos estaban frescos, y habían elegido un terreno elevado desde el que arrojaban rocas sobre los supuestos invasores. En su desesperación hicieron muchos esfuerzos, pero no pudieron lograr nada, y después de que muchos de ellos fueron muertos, el resto se volvió y huyó. Moisés describe así su derrota: "Y los amorreos que habitaban en aquel monte, salieron contra vosotros y os persiguieron, como lo hacen las abejas, y os destruyeron en Seír, hasta Horma, y volvisteis y llorasteis delante de Jehová; pero Jehová no quiso oír vuestra voz, ni prestaros oído." Este último acto desafiante había sellado su destino. Esto nos muestra que existe el peligro de que presumamos de la misericordia de Dios hasta que la misericordia se convierta en justicia retributiva. La misericordia y la paciencia de Dios tienen un límite. Si el profeso pueblo de Dios en esta época se niega a prestar atención a sus mandatos y advertencias expresas, no se encontrará en una posición más favorecida que la del antiguo Israel, cuando Dios, su salvación y defensa, se alejó de ellos.

9 de septiembre de 1880

La Gran Rebelión

EGW

Los terribles juicios de Dios visitados sobre los israelitas sirvieron para refrenar por un tiempo el espíritu de murmuración e insubordinación, pero no fue destruido, y erelong, cuando las huestes de Israel volvieron sus rostros hacia el desierto, este espíritu apareció de nuevo. Las rebeliones anteriores habían sido meros tumultos populares, el resultado de los impulsos repentinos de la multitud excitada. Pero ahora se formó una conspiración regular, fruto de un propósito decidido de derrocar la autoridad de los líderes designados por Dios mismo.

Coré, el espíritu dirigente de este movimiento, pertenecía a la tribu de Leví y era un hombre hábil e influyente en la congregación. Durante algún tiempo había abrigado un sentimiento de descontento, y había estado trabajando secretamente contra Moisés, aunque no se había aventurado a ningún acto abierto de rebelión. Pero Aquel que lee los secretos de todos los corazones había marcado el propósito de este hombre ambicioso y maquinador, y no había dejado a su pueblo sin advertencia e instrucción respecto a su deber.

Habían visto la ira de Dios contra Miriam por sus celos y quejas contra Moisés, su siervo elegido. El Señor les había dicho que Moisés era más que un profeta, pues Dios se había revelado a Moisés de una manera más directa que a un profeta. "Con él hablaré de boca a boca". "¿Por qué, pues", añadió, "no tuvisteis miedo de hablar contra mi siervo Moisés?". Estas instrucciones no iban dirigidas sólo a Aarón y Miriam, sino a toda la congregación de Israel.

Dios mismo había llamado a Moisés al cargo de gobernador de aquel pueblo, y había confiado a Aarón y a sus hijos el sagrado y responsable oficio del sacerdocio. Coré determinó que este orden debía ser cambiado, para que él pudiera ser elevado a la dignidad del sacerdocio. Para asegurar el cumplimiento de su propósito, indujo a Datán y Abiram, de la tribu de Rubén, a que se le unieran en su rebelión. Razonaron que siendo descendientes del hijo mayor de Jacob, la autoridad principal, que Moisés había usurpado, les pertenecía; y con Coré determinaron obtener el oficio del sacerdocio.

Como jefe visible de los israelitas, designado por el Cielo, Moisés había estado ligado a ese pueblo a través de escenas de peligro, y había soportado su descontento, sus celos y murmuraciones, sin tomar represalias ni tratar de ser

liberado de su difícil posición. Cuando los hebreos se vieron en situaciones de dificultad o peligro, en vez de confiar en Dios, que había hecho maravillas por ellos, murmuraron contra Moisés. El Hijo de Dios era el jefe de los israelitas, aunque invisible para la congregación. Su presencia iba delante de ellos y dirigía todos sus viajes, mientras que Moisés era su líder visible, recibiendo sus instrucciones del ángel, que era el mismo Cristo.

Cuando los ejércitos de Israel prosperaban, se atribuían toda la gloria. Cuando eran puestos a prueba por el hambre o la guerra, atribuían todas sus penurias a Moisés. El poder de Dios que se manifestaba de manera notable en su liberación de Egipto, y que se veía de vez en cuando a lo largo de sus viajes, debería haberles inspirado fe, y cerrado para siempre sus bocas contra cualquier expresión de ingratitud. Pero la menor aprensión de necesidad, el menor temor de peligro por cualquier causa, sobrelanceó los beneficios a su favor, y les hizo pasar por alto las bendiciones recibidas en sus tiempos de mayor peligro. Los juicios que se les impusieron por su pecado de adorar al becerro de oro, debieron haber causado en sus mentes una impresión tan profunda que nunca se borrara. Pero, aunque las señales del desagrado de Dios estaban frescas ante ellos en sus filas rotas y en el número de los que faltaban a causa de sus repetidas ofensas contra el Ángel que los guiaba, no tomaron estas lecciones en sus corazones, ni redimieron con fiel obediencia sus pasados fracasos, y otra vez fueron vencidos por las tentaciones de Satanás. Los mejores esfuerzos del hombre más manso de la tierra no pudieron sofocar su insubordinación. El interés desinteresado de Moisés fue recompensado con celos, sospechas y calumnias. Su humilde vida de pastor era mucho más pacífica y feliz que su actual posición de pastor de aquella vasta congregación de espíritus turbulentos. Sus celos irracionales eran más difíciles de manejar que los lobos feroces del desierto. Moisés no se atrevía a elegir su propio rumbo y hacer lo que más le complaciera. Había dejado su cayado de pastor por orden expresa de Dios, y en su lugar se le había dado una vara de poder. No se atrevió a deponer este cetro y renunciar a su posición, hasta que Dios lo despidiera.

Coré, Datán y Abiram eran hombres a quienes Dios había confiado honores especiales. Habían sido de los que subieron con Moisés al monte y contemplaron la gloria de Dios. Vieron la luz gloriosa que cubría la forma divina de Jesucristo. El fondo de esta nube era en apariencia "como el enlosado de una piedra de zafiro, y como el cuerpo del Cielo en su claridad". Estos hombres estaban en presencia de la gloria del Señor, y comían y bebían sin ser destruidos por la pureza y la gloria insuperable que se reflejaba sobre ellos. Pero había sobrevenido un cambio. Una tentación, leve al principio, se había

albergado, y se había fortalecido a medida que se la alentaba, hasta que la imaginación fue controlada por el poder de Satanás. Estos hombres, con la pretensión más frívola, se aventuraron en su obra de desafección. Primero susurraron sus dudas unos a otros, y luego a los principales hombres de Israel, profesando tener gran interés en la prosperidad del pueblo. Sus palabras fueron recibidas tan fácilmente por muchas mentes que se aventuraron aún más lejos, y al fin estas almas engañadas pensaron realmente que tenían celo por el Señor en este asunto. Un poco de levadura de desconfianza, y de disensión, envidia y celos, estaba fermentando el campamento de Israel.

Coré, Datán y Abiram comenzaron primero su cruel obra contra los hombres a quienes Dios había confiado responsabilidades sagradas. Lograron enajenar a doscientos cincuenta príncipes, famosos en la congregación, hombres de renombre. Con estos hombres fuertes e influyentes en su causa, se sintieron seguros de hacer un cambio radical en el orden de las cosas. Pensaban que podían transformar el gobierno de Israel y mejorar en gran medida la administración de Moisés y Aarón.

Dios había honrado a los levitas para que sirvieran en el tabernáculo, porque no tomaron parte en la fabricación y adoración del becerro de oro, y por su fidelidad en la ejecución del juicio divino sobre los idólatras. A los levitas se les asignó el oficio de erigir el tabernáculo y acampar alrededor de él, mientras las huestes de Israel acampaban a distancia del edificio sagrado. Y cuando se ponían en camino, los levitas desmontaban el tabernáculo y lo llevaban, así como el arca y todos los demás muebles. Como Dios honraba así a los levitas, éstos ambicionaban un cargo aún más alto, para obtener mayor influencia en la congregación. "Y se juntaron contra Moisés y Aarón, y les dijeron: Os sobrecargáis, siendo así que toda la congregación es santa, cada uno de ellos, y Jehová está en medio de ellos; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?

No hay nada que complazca más al pueblo que ser alabado y halagado cuando está en el mal y en la oscuridad, y merece ser reprendido. Coré se ganó la atención del pueblo, y luego sus simpatías, representando a Moisés como un líder autoritario. Dijo que Moisés era demasiado severo, demasiado exigente y dictatorial, y que reprendía al pueblo como si fuera pecador, cuando era un pueblo santo y el Señor estaba en medio de él. Coré repasó los incidentes de su experiencia en sus viajes por el desierto, donde habían sido llevados a lugares estrechos, y donde muchos de ellos habían muerto a causa de la murmuración y la desobediencia, y con sus sentidos pervertidos creyeron ver muy claramente

que todos sus problemas podrían haberse ahorrado si Moisés hubiera seguido un curso diferente. Era demasiado inflexible, demasiado exigente, y decidieron que todos sus desastres en el desierto eran imputables a Moisés. Coré, el espíritu dirigente, profesaba gran sabiduría para discernir la verdadera razón de sus pruebas y aflicciones.

En esta obra de desafecto hubo mayor armonía y unión entre estos elementos discordantes, en sus opiniones y sentimientos, que la que se había conocido hasta entonces. El éxito de Coré en ganar de su lado a la mayor parte de la congregación de Israel, le hizo sentirse seguro de que era sabio y correcto en su juicio, y que Moisés estaba en verdad usurpando una autoridad que amenazaba la prosperidad y la salvación de Israel. Afirmó que Dios le había abierto el asunto y le había impuesto la carga de cambiar el gobierno de Israel antes de que fuera demasiado tarde. Afirmó que la congregación no tenía la culpa; eran justos. Este gran clamor acerca de la murmuración de la congregación trayendo sobre ellos la ira de Dios era todo un error. El pueblo sólo quería tener sus derechos; quería independencia individual. Cuando el sentido de la abnegada paciencia de Moisés se impuso en sus memorias, y cuando sus esfuerzos desinteresados en favor de ellos mientras estaban sometidos a la esclavitud, se presentaron ante ellos, sus conciencias se turbaron un poco. Algunos no estaban totalmente de acuerdo con Coré en su opinión acerca de Moisés, y trataron de hablar en su favor. Los hombres, Coré, Datán y Abiram, debían aducir alguna razón ante el pueblo para que Moisés hiciera lo que había hecho, mostrando desde el principio un interés tan grande por la congregación de Israel. Sus mentes egoístas, que habían sido envilecidas como instrumentos de Satanás, sugieren que por fin han descubierto el objeto del aparente interés de Moisés. Había querido mantenerlos errantes en el desierto hasta que todos, o casi todos, perecieran, y él entrara en posesión de sus bienes.

Coré, Datán y Abiram, y los doscientos cincuenta príncipes que se les habían unido, primero se volvieron celosos, luego envidiosos y después rebeldes. Habían hablado con respecto a la posición de Moisés como gobernante del pueblo, hasta que imaginaron que era una posición muy envidiable, que cualquiera de ellos podía desempeñar tan bien como Moisés. Y se entregaron al descontento hasta que realmente se engañaron a sí mismos y unos a otros, al pensar que Moisés y Aarón se habían colocado a sí mismos en la posición que ocupaban. Decían que Moisés y Aarón se exaltaban por encima de la congregación del Señor, al tomar sobre sí el sacerdocio y el gobierno, y que este oficio no debía conferirse sólo a su casa; les bastaba con estar al nivel de sus

hermanos; pues no eran más santos que el pueblo, que era igualmente favorecido con la presencia y protección peculiares de Dios.

Al escuchar las palabras de Coré, Moisés se llenó de angustia. No había sospechado la profundidad ni la amplitud del complot que estos hombres habían urdido, y sin responderles una palabra se postró sobre su rostro y ofreció una humilde y silenciosa súplica de ayuda a Dios. Se levantó, preparado para el deber, y fortalecido para el juicio. La ley era muy explícita en el sentido de que sólo aquellos que habían sido ordenados para el oficio de la manera más solemne podían ejercer el ministerio sacerdotal ante el Señor. Nadab y Abiú, habiéndose inhabilitado para esta sagrada obra por el uso del vino, fueron destruidos inmediatamente. "Y habló a Coré y a toda su compañía, diciendo: Aun mañana mostrará Jehová quiénes son suyos, y quién es santo; y hará que se acerque a él, y al que él escogiere hará que se acerque a él. Esto haced: tomad vuestros incensarios, Coré, y toda su compañía, y poned fuego en ellos, y poned incienso en ellos delante de Jehová mañana; y será que el varón que Jehová escogiere, él será santo; vosotros tomáis demasiado sobre vosotros, hijos de Leví. Y Moisés dijo a Coré: Oíd ahora, hijos de Leví. ¿Os parece poco que el Dios de Israel os haya apartado de la congregación de Israel, para acercaros a sí a fin de que hagáis el servicio del tabernáculo de Jehová, y estéis delante de la congregación para servirles? Y te ha acercado a él, y a todos tus hermanos los hijos de Leví contigo; ¿y buscáis también el sacerdocio? Por lo cual tú y todos los tuyos os habéis juntado contra Jehová; ¿y qué es Aarón, para que murmuréis contra él?" Aarón no había asumido ningún oficio por sí mismo; Dios lo había colocado en el oficio sagrado.

Datán y Abiram replicaron: "¿Es poco que nos hayas hecho subir de la tierra que mana leche y miel, para matarnos en el desierto, a no ser que te hagas todo príncipe sobre nosotros? Además, no nos has introducido en una tierra que mana leche y miel, ni nos has dado heredad de campos y viñas: ¿quieres sacar los ojos a estos hombres? No subiremos".

Acusaron a Moisés de ser la causa de que no entraran en la tierra prometida. Dijeron que Dios no los había tratado así. Él no había dicho que debían morir en el desierto. Moisés, no el Señor, había dicho esto, y todo fue arreglado por Moisés para nunca llevarlos a la tierra de Canaán. Decían que los había sacado de una tierra que manaba leche y miel. En su ciega rebelión olvidaron sus sufrimientos en la tierra de Egipto, y las plagas desoladoras que cayeron sobre aquella tierra. Ahora acusan a Moisés de haberlos sacado de una buena tierra, para matarlos en el desierto, a fin de enriquecerse con sus bienes. Preguntaron

a Moisés de manera insolente si pensaba que todos ellos se someterían a ser conducidos como ciegos a su antojo, unas veces hacia Canaán, y luego de nuevo hacia el Mar Rojo y Egipto. Estas palabras pronunciaron ante la congregación, y se negaron en redondo a seguir reconociendo la autoridad de Moisés y Aarón.

Moisés se sintió muy conmovido por estas injustas acusaciones. En presencia de todo el pueblo, apeló a Dios como testigo de la pureza de sus motivos y de la integridad de su conducta, e imploró al Señor que fuera su juez. El pueblo en general estaba descontento e influenciado por las tergiversaciones de Coré. "Entonces Moisés dijo a Coré: Preséntate tú y toda tu compañía delante de Jehová, tú, y ellos, y Aarón, mañana; y tomad cada uno su incensario, y en ellos, y traed delante de Jehová cada uno su incensario, doscientos cincuenta incensarios; tú también, y Aarón, cada uno su incensario. Y tomaron cada uno su incensario, y pusieron fuego en ellos, y pusieron incienso en ellos, y se pusieron a la puerta del tabernáculo de reunión con Moisés y Aarón."

Coré y los suyos, que aspiraban al sacerdocio en su confianza en sí mismos, se aventuraron incluso a tomar los incensarios y a estar en la puerta del tabernáculo con Moisés. Coré había acariciado su envidia y su rebelión hasta autoengañarse, y pensar realmente que la congregación era justa, y que Moisés era un gobernante tiránico. El pueblo, halagado por sus líderes rebeldes, había sido inducido a creer que todos sus problemas tenían su origen en Moisés, quien continuamente les recordaba sus pecados. Pensaron que si Coré podía guiarlos, y alentarlos, y detenerse en sus actos justos en lugar de recordarles sus fracasos, tendrían un viaje muy pacífico y próspero, y sin duda él los conduciría, no hacia adelante y hacia atrás en el desierto, sino hacia la tierra prometida.

Coré, en su presuntuosa ceguera, reunió a toda la congregación de Israel contra Moisés y Aarón "a la puerta del tabernáculo de reunión". Y la gloria del Señor apareció a toda la congregación. Y habló Jehová a Moisés y a Aarón, diciendo: Apartaos de en medio de esta congregación, para que yo los consuma en un momento. Y ellos se postraron sobre sus rostros, y dijeron: Oh Dios, Dios de los espíritus de toda carne, ¿pecará un hombre, y te enojarás con toda la congregación? Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Habla a la congregación, diciendo: Levantaos de en derredor del tabernáculo de Coré, Datán y Abiram. Entonces Moisés se levantó y fue hacia Datán y Abiram; y los ancianos de Israel le siguieron. Y habló a la congregación, diciendo: Apartaos ahora de las tiendas de estos impíos, y no toquéis nada de ellos, para que no seáis consumidos en todos sus pecados. Y se apartaron del tabernáculo de Coré, Datán y Abiram, por todas partes; y Datán y Abiram salieron, y se pusieron a la puerta de sus tiendas,

con sus mujeres, sus hijos y sus niños. Y dijo Moisés: En esto conoceréis que Jehová me ha enviado para hacer todas estas obras; porque no las he hecho de mi propia voluntad. Si estos hombres mueren la muerte común de todos los hombres, o si son visitados según la visitación de todos los hombres, entonces el Señor no me ha enviado. Pero si el Señor hace algo nuevo, y la tierra abre su boca y se los traga, con todo lo que les pertenece, y descienden rápidamente a la fosa, entonces entenderéis que estos hombres han provocado al Señor."

Tan pronto como Moisés dejó de hablar, la tierra se abrió y se los tragó a ellos, a sus tiendas y a todo lo que les pertenecía. Descendieron vivos a la fosa, y la tierra se cerró sobre ellos, y perecieron de entre la congregación.

Cuando los hijos de Israel oyeron el grito de los que perecían, huyeron a gran distancia de ellos. Sabían que en cierta medida eran culpables, pues habían recibido las acusaciones contra Moisés y Aarón, y temían perecer también con ellos. El juicio de Dios aún no había terminado. Un fuego salió de la nube de gloria y consumió a los doscientos cincuenta hombres que ofrecían incienso.

Estos eran príncipes; es decir, hombres generalmente de buen juicio y de influencia en la congregación, hombres de renombre. Eran muy estimados, y a menudo se había recurrido a su juicio en asuntos difíciles. Pero fueron afectados por una mala influencia, y se volvieron envidiosos, celosos y rebeldes. No perecieron con Coré, Datán y Abiram, porque no fueron los primeros en rebelarse. Ellos debían ver su fin primero, y tener la oportunidad de arrepentirse de su crimen. Pero no se reconciliaron con la destrucción de aquellos impíos, y la ira de Dios vino sobre ellos y los destruyó también.

"Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Di a Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, que recoja los incensarios del fuego, y esparza el fuego allá, porque son santificados. Los incensarios de estos pecadores contra su propia alma, que los hagan planchas anchas para cubrir el altar; porque los ofrecieron delante de Jehová, por eso son santificados; y serán por señal a los hijos de Israel." Y Eleazar hizo como Jehová le mandó, e hizo una cubierta para el altar de los incensarios de bronce con que los quemados habían ofrecido incienso, para que sirviese de memorial a los hijos de Israel, a fin de que ningún extraño que no fuese de la descendencia de Aarón ofreciese incienso delante de Jehová, no fuese consumido como lo fue Coré y su compañía.

16 de septiembre de 1880

La Gran Rebelión; o, el fin del conflicto

EGW

La triste historia de Coré, Datán y Abiram, que llevaron al antiguo Israel a la rebelión, está registrada como una advertencia para el pueblo de Dios hasta el fin de los tiempos. "Ni tentemos a Cristo, como algunos de ellos también tentaron, y fueron destruidos por las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron también, y fueron destruidos por el destructor. Y todas estas cosas les acontecieron como ejemplos, y están escritas para nuestra amonestación, sobre quienes ha llegado el fin del mundo."

Aprendemos de la palabra sagrada que el pueblo de Dios está todavía en peligro por las artimañas de su archienemigo. Satanás está listo para apuntar sus flechas al alma desprevenida, y extraviará a todos los que presten atención a sus engaños. Muchos que se imaginan que tienen un celo sincero por el honor de Dios, han permitido que Satanás controle sus mentes, y están cumpliendo sus propósitos. Pocos comprenden el terrible poder de los prejuicios, de la envidia y de los celos, cuando una vez se apoderan del alma.

La congregación de Israel había visto abrirse la tierra y descender a sus profundidades a los líderes rebeldes. Aquí el Señor dio a su pueblo la oportunidad de ver y sentir lo pecaminoso de su proceder. Dio a los engañados pruebas abrumadoras de que estaban equivocados, y de que su siervo Moisés tenía razón, y deberían haber sido llevados a un arrepentimiento y confesión sinceros. Pero la razón y el juicio se habían pervertido. Toda la congregación estaba, en mayor o menor grado, afectada por los celos, las conjeturas y el odio reinantes contra Moisés, que habían atraído sobre ellos el desagrado del Señor de una manera terriblemente marcada. Sin embargo, nuestro Dios misericordioso se muestra como un Dios de justicia y misericordia. Hizo una distinción entre los instigadores -los líderes de la rebelión- y los que habían sido guiados por ellos. Se compadeció de la ignorancia y la locura de los que habían sido engañados.

Dios ordenó a Moisés que ordenara a la congregación abandonar las tiendas de los hombres que habían elegido en lugar de sus líderes designados por el Cielo. Así, el mismo hombre cuya destrucción había premeditado el pueblo fue el instrumento en manos de Dios para salvar sus vidas en aquella ocasión. En obediencia al mandato divino, Moisés advirtió al pueblo: "Apartaos, os ruego,

de las tiendas de estos malvados". Toda la congregación corría un peligro alarmante de ser también destruida por la ira de Dios en sus pecados; porque eran partícipes de los crímenes de los hombres a quienes habían dado su simpatía, y con quienes se habían asociado.

Mientras Moisés suplicaba a Israel que huyera de la destrucción que se avecinaba, la venganza divina podría haberse detenido incluso entonces, si los hombres que instigaron la rebelión se hubieran arrepentido y hubieran buscado el perdón de Dios. Pero Coré y sus simpatizantes se mantuvieron audazmente en sus tiendas, desafiando la ira de Dios. Y sin embargo, algunos de los rebeldes eran de los que habían sido honrados por Dios tan recientemente, habiéndoseles permitido acercarse con Moisés casi directamente a la presencia del Altísimo, y contemplar su insuperable majestad. También habían visto a Moisés cuando descendió del monte, con el rostro resplandeciente de la gloria de Dios, de modo que el pueblo no se atrevía a acercarse a él. Pero todo esto ha sido olvidado. Persisten en su rebelión, y la ira de Dios los barre de la tierra, mientras el pueblo huye aterrorizado de la escena.

Las huestes de Israel tuvieron la oportunidad de pasar la noche siguiente reflexionando sobre la terrible visitación del Cielo que habían presenciado. Pero aunque estaban muy aterrorizados, no se sintieron inducidos a humillarse ante Dios en verdadero arrepentimiento por su conducta pecaminosa. Habían sido profundamente influenciados por el espíritu de rebelión, y habían sido halagados por Coré y su compañía hasta que realmente creyeron que eran un pueblo muy bueno, y que habían sido agraviados y maltratados por Moisés. Si admitían que Coré y su compañía estaban equivocados y que Moisés era justo, se verían obligados a recibir como palabra de Dios la sentencia de que todos debían morir en el desierto. No estaban dispuestos a someterse a esto, y trataron de creer que Moisés los había engañado. Habían abrigado la esperanza de que estaba a punto de establecerse un nuevo orden de cosas, en el que la alabanza sustituiría al oprobio, y la paz a la ansiedad y el conflicto. Los hombres que habían perecido habían pronunciado palabras agradables, y habían manifestado especial interés y amor por ellos, y el pueblo había decidido que Coré y sus compañeros eran hombres buenos, y que Moisés había sido de algún modo la causa de su destrucción.

Difícilmente pueden los hombres ofrecer un insulto mayor a Dios que despreciar y rechazar los instrumentos que Él utilizaría para su salvación. Los israelitas no sólo habían hecho esto, sino que se habían propuesto dar muerte tanto a Moisés como a Aarón. La multitud había huido de las tiendas de Coré,

Datán y Abiram, por temor a la destrucción; pero su rebelión no estaba curada. No estaban sumidos en el dolor y la desesperación a causa de su culpa. No sintieron el efecto de una conciencia despierta y convicta porque habían abusado de sus más preciosos privilegios y pecado contra la luz y el conocimiento.

La bondad y la misericordia de Dios se manifestaron al perdonar a este pueblo ingrato cuando su ira se encendió contra los líderes rebeldes. A la congregación, que se había dejado engañar, se le concedió un espacio para el arrepentimiento. La longanimidad y la misericordia de Dios para con el descarriado y rebelde Israel se registran como prueba de su voluntad de perdonar a los transgresores más graves, cuando tengan conciencia de su pecado y vuelvan al Señor con arrepentimiento y humillación.

Jesús, el Ángel que iba delante de los hebreos en el desierto, los salvaría de la destrucción. El perdón está pendiente para ellos. Es posible que encuentren el perdón. La venganza de Dios se ha acercado mucho y les ha pedido que se arrepientan. Una especial e irresistible interferencia del Cielo ha detenido su presuntuosa rebelión. Ahora, si responden a la interposición de la providencia de Dios, pueden salvarse.

El arrepentimiento y la humillación de la congregación de Israel deben ser proporcionales a su transgresión. La señalada manifestación del poder divino ha eliminado toda incertidumbre. Pueden tener conocimiento de la verdadera posición y del santo llamamiento de Moisés y Aarón si lo aceptan. Pero su descuido de las evidencias que Dios les había dado fue fatal para ellos. No se dieron cuenta de la importancia de una acción inmediata de su parte para buscar el perdón de Dios por sus graves pecados. Aquella noche de prueba no la pasaron en arrepentimiento y confesión de sus pecados, sino ideando alguna manera de resistir las evidencias que los mostraban como los mayores pecadores. Todavía abrigaban su odio celoso contra los hombres designados por Dios. Se fortalecieron en su loco empeño de resistir a la autoridad de Moisés y Aarón. Satanás estaba a mano para pervertir su juicio y conducirlos con los ojos vendados a la destrucción.

El día anterior, todo Israel había huido alarmado ante el grito de los pecadores condenados que descendían a la fosa, pues decían: "No sea que la tierra nos trague también a nosotros." "Pero al día siguiente toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y contra Aarón, diciendo: "Habéis

matado al pueblo del Señor". Y en su indignación estaban dispuestos a poner violentas manos sobre sus fieles y abnegados líderes.

Aquí encontramos una sorprendente exhibición de la ceguera que rodeará a las mentes humanas que se aparten de la luz y la evidencia. Aquí vemos la fuerza de la rebelión establecida. Ciertamente, los hebreos tenían la evidencia más convincente del desagrado de Dios por su conducta, en la destrucción de los hombres que los habían engañado. Pero aun así se levantaron audaz y desafiantemente, y acusaron a Moisés y Aarón de matar a hombres buenos y santos. "Porque la rebelión es como pecado de hechicería, y la obstinación como iniquidad e idolatría".

Una manifestación de la gloria divina apareció en la nube sobre el tabernáculo, y la multitud enfurecida fue detenida en su curso loco y presuntuoso. Una voz procedente de la terrible gloria habló a Moisés y a Aarón con las mismas palabras que el día anterior se les había ordenado dirigir al pueblo. "Levantaos de en medio de esta congregación, para que yo los consuma como en un momento".

Moisés no sentía la culpa del pecado, y por eso no se apresuró a abandonar la congregación para que pereciera, como el pueblo había huido de las tiendas de Coré y su compañía el día anterior. Moisés se demoró; porque no podía consentir en entregar aquella vasta multitud a la destrucción, aunque sabía que merecían la ira de Dios por su persistente rebelión.

Se postra ante Dios, porque el pueblo no siente la necesidad de humillarse. Él media por ellos, porque ellos no sienten la necesidad de interceder en su propio favor. Moisés tipifica aquí a Cristo. En esta terrible crisis, Moisés manifiesta el verdadero interés del pastor por el rebaño a su cuidado. Suplica que la ira de un Dios ofendido no destruya por completo al pueblo de su elección. Con su intercesión detiene el brazo de la venganza, para que no se acabe del todo con el Israel desobediente y rebelde.

Moisés ordenó entonces a Aarón que tomara su incensario y expiara al pueblo, pues la ira de Dios había estallado y la plaga había comenzado. Aarón estaba de pie con su incensario, agitándolo ante el Señor, mientras las intercesiones de Moisés ascendían con el humo del incienso. Moisés no se atrevía a cesar en sus súplicas. Se aferró a la fuerza del ángel, como Jacob en su lucha, y como Jacob venció. Aarón se interponía entre los vivos y los muertos, cuando llegó la bondadosa respuesta: He oído tu oración, no te consumiré del todo. Una vez más, los mismos hombres a quienes la congregación despreciaba y habría dado

muerte, son los que suplican en su favor que la espada vengadora de Dios sea envainada, y que el pecador Israel sea perdonado. Sin embargo, su osada presunción no había quedado impune. Catorce mil cadáveres yacían sobre la tierra, terrible prueba del juicio de Dios contra la murmuración y la rebelión. El apóstol afirma claramente que la experiencia de los israelitas en sus viajes ha sido registrada para beneficio de aquellos sobre quienes ha llegado el fin del mundo. Nuestros peligros no son menores que los de los hebreos, sino mayores. El pueblo de Dios en la actualidad se verá tentado a dar rienda suelta a la envidia, los celos y la murmuración, como lo hizo el antiguo Israel. Siempre habrá un espíritu que se levante contra la reprensión de los pecados y los males. Pero la voz de la reprensión no debe acallarse por eso. Aquellos a quienes Dios ha apartado como ministros de justicia tienen la solemne responsabilidad de reprender los pecados del pueblo. Pablo le ordenó a Tito: "Esto habla, exhorta y reprende con toda autoridad. Que nadie te desprecie". Siempre hay quienes despreciarán al que se atreve a reprender el pecado. Pero cuando se requiere, la reprensión debe ser dada. Pablo ordena a Tito que reprenda duramente a cierta clase, para que sean sanos en la fe. ¿Y cómo se debe reprender? Que el apóstol responda: "Con toda paciencia y doctrina". Debe mostrarse al que comete la falta que su conducta no está en armonía con la palabra de Dios. Pero nunca deben pasarse por alto indiferentemente los errores del pueblo de Dios. Los que cumplen fielmente sus deberes desagradables bajo el sentido de su responsabilidad ante Dios, recibirán su bendición.

La historia de los israelitas nos presenta el gran peligro del engaño. Muchos no tienen un sentido de la pecaminosidad de sus propias naturalezas, ni de la gracia del perdón. No desean ser molestados. Tienen ocasionalmente temores egoístas, ocasionalmente buenos propósitos, algunos pensamientos y convicciones ansiosos. Pero no tienen profundidad de experiencia, porque no están remachados a la Roca Eterna. Esta clase nunca ve la necesidad de la reprensión. El pecado no parece excesivamente pecaminoso, por la razón de que no andan en la luz, como Cristo está en la luz.

Los hebreos no estaban dispuestos a someterse a las indicaciones y restricciones del Señor. Estaban inquietos bajo la restricción. Deseaban tener su propio camino, seguir las directrices de su propia mente y ser controlados por su propio juicio. Si se les hubiera dejado libertad para hacer esto, no habría habido quejas de Moisés.

Dios quiere que su pueblo aprenda las preciosas lecciones de la humildad y de la obediencia voluntaria a sus requerimientos. Entonces se unirán en sus

propósitos y motivos, y así entrarán en armonía de acción. Por esto, Cristo oró en esa última petición por sus seguidores, ofrecida antes de su crucifixión: "Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros".

30 de septiembre de 1880

El pecado de Moisés

EGW

Después de cuarenta años de vagar por el desierto, los hijos de Israel acamparon en Cades, en el desierto de Zin; y Miriam murió y fue enterrada allí. La corriente viva que manaba de la roca herida en Horeb, los había seguido en todos sus viajes; pero justo antes de que la hueste hebrea llegara a Cades, el Señor hizo cesar las aguas. De nuevo quería poner a prueba a su pueblo. Quería probar si confiarían humildemente en su providencia, o si imitarían la incredulidad y la murmuración de sus padres.

Cuando la multitud sedienta no pudo encontrar agua, se impacientó y se rebeló. Olvidaron el poder de Dios que durante tantos años les había suministrado agua de la roca, y en vez de confiar en su Líder Todopoderoso, murmuraron contra Moisés y Aarón, diciendo: "¡Ojalá hubiéramos muerto cuando nuestros hermanos murieron delante del Señor!" Es decir, desearon haber sido del número de los que fueron destruidos por la plaga en la rebelión de Coré, Datán y Abiram.

Preguntaron airados: ¿Por qué habéis hecho subir a la congregación de Jehová a este desierto, para que muramos allí nosotros y nuestros ganados? ¿Y por qué nos habéis hecho subir de Egipto, para traernos a este lugar malo? No es lugar de sementera, ni de higos, ni de vides, ni de granados; ni hay agua para beber. Y Moisés y Aarón fueron de la presencia de la asamblea a la puerta del tabernáculo de reunión, y se postraron sobre sus rostros, y la gloria del Señor se les apareció. Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Toma la vara, y reúne a la congregación, tú y Aarón tu hermano, y hablad a la peña delante de sus ojos; y ella dará su agua, y tú les sacarás agua de la peña. Y darás de beber a la congregación y a sus bestias. Y Moisés tomó la vara de delante de Jehová, como él le mandó. Y Moisés y Aarón reunieron a la congregación delante de la roca"; pero en vez de hablar a la roca, como Dios le había mandado, Moisés la golpeó dos veces con la vara, después de exclamar impaciente: "Oíd ahora, rebeldes, ¿tenemos que sacaros agua de esta roca?".

Aquí pecó Moisés. No atribuyó a Dios el poder y la gloria, y por lo tanto no lo magnificó ante el pueblo. El Señor, en su infinita misericordia, hizo fluir las aguas, pero esto no probó que Moisés tuviera razón al mezclar así su propio espíritu con la obra de Dios. Moisés dio aquí pruebas inequívocas ante la congregación descarriada y rebelde de que había perdido la paciencia y el dominio de sí mismo. Para los que se dejan llevar por la pasión y la inquietud, esto puede parecer un asunto ligero, pero para Dios era una ofensa grave. Dio al pueblo ocasión de preguntarse si su conducta pasada había estado bajo la dirección de Dios, y de paliar sus propios pecados.

Este lenguaje no era el que Dios había puesto en su boca, sino que fue pronunciado por un sentimiento irritado. "Oíd ahora, rebeldes;" todo esto era verdad, pero la verdad, incluso, no debía decirse para gratificar la pasión o la impaciencia. Cuando Dios ordena a Moisés que reprenda a Israel por su rebelión, las palabras serán dolorosas para él mismo y difíciles de soportar para ellos; sin embargo, Dios sostendrá a su siervo en la declaración de la verdad más severa y desagradable. Pero cuando los hombres se toman la libertad de decir palabras que hieren, el Espíritu de Dios se entristece y se hace un gran daño. El acto temerario de Moisés al herir la roca, y ese discurso temerario, fueron una exhibición de la pasión humana, no una indignación santa porque Dios había sido deshonrado.

La necesidad de la manifestación del poder divino hacía que la ocasión fuera de gran solemnidad, y los siervos de Dios deberían haberla mejorado para causar una impresión favorable en el pueblo. Pero Moisés y Aarón se agitaron, e impacientes y enojados con el pueblo a causa de sus murmuraciones, dijeron: "*Tenemos que sacaros agua de esta peña?*" Poniéndose así ellos mismos en lugar de Dios, como si el poder y la virtud residieran en ellos mismos, hombres que poseían debilidades y pasiones humanas. Esto fue una admisión virtual para el Israel murmurador de que tenían razón al acusar a Moisés de sacarlos de Egipto. La exhibición del yo en este discurso destemplado y caprichoso, cambió el propósito de Dios con respecto a Moisés y Aarón, y los excluyó de la tierra prometida. Dios había perdonado al pueblo transgresiones mayores que este error de parte de sus siervos escogidos, pero no podía considerar un pecado en los líderes de su pueblo como en aquellos que eran guiados. Dios no es glorificado cuando hombres escogidos para altas responsabilidades, mezclan sus propios caminos, su propio espíritu y planes, con su santa obra. Los hombres no tienen sabiduría para separar lo sagrado de lo común. La exhibición del yo estropeará el carácter de la obra y resultará en la ruina de las almas.

En el juicio pronunciado sobre Moisés, los israelitas tuvieron la prueba inequívoca de que Aquel que había obrado tan maravillosa liberación para ellos al sacarlos de la esclavitud egipcia, no era Moisés, sino el Ángel poderoso que iba delante de ellos en todos sus viajes, y de quien el Señor había dicho: "He aquí, yo envío un ángel delante de ti, para que te guarde en el camino y te introduzca en el lugar que yo he preparado. Guárdate de él, y obedece su voz; no le provoques, porque no perdonará tus rebeliones; porque mi nombre está en él." El Señor había confiado a Moisés la carga de guiar a su pueblo, mientras que el Ángel poderoso, el Hijo de Dios, iba delante de ellos en todos sus viajes y dirigía sus andanzas. Como estaban tan dispuestos a olvidar que Dios los guiaba por medio de su Ángel, y a atribuir al hombre lo que sólo el poder de Dios podía realizar, los había puesto a prueba para ver si le obedecerían. En cada prueba fracasaron. En vez de creer y reconocer a Dios, que había sembrado su camino con evidencias de su poder y señales de su cuidado y amor, desconfiaron de él y atribuyeron a Moisés su salida de Egipto, acusándolo de ser la causa de todos sus desastres.

El Señor eliminaría para siempre esta impresión de sus mentes, prohibiendo a Moisés entrar en la tierra prometida. Dios había exaltado altamente a Moisés. Le había revelado su gran gloria. Lo había llevado a una sagrada cercanía consigo mismo en el monte, y le había comunicado a él, y por medio de él al pueblo, su voluntad, sus estatutos y sus leyes. El hecho de haber sido así exaltado y honrado por Dios, hizo que su error fuera de mayor magnitud. Moisés se arrepintió de su pecado y se humilló grandemente ante Dios. Relató a todo Israel su dolor por su pecado. No ocultó el triste resultado, sino que dijo al pueblo que, por no haber atribuido así la gloria a Dios, no podría conducirlos a la tierra prometida. Pidió al pueblo que se fijara en el severo castigo que le había sido impuesto por su error, y que considerara cómo Dios consideraría sus repetidas murmuraciones al cargar sobre un simple hombre las visitaciones de la ira divina a causa de sus transgresiones.

La fe pura y santa no puede ejercerse cuando la ira y la pasión dominan el corazón y controlan la mente. El Señor dijo a Moisés y Aarón: "No me creísteis para santificarme a los ojos de los hijos de Israel". La incredulidad se reveló también al golpear la roca en vez de hablarle, como si el acto de Moisés, un golpe de la mano del hombre, debiera hacer el trabajo, cuando sólo se requería una palabra. Esta desconfianza en Dios, esta arrogación del poder que le pertenecía, era muy ofensiva a sus ojos, y fue visitada con la evidencia de su desagrado.

La lección que aquí se nos da es de la mayor importancia. Los hombres que ocupan posiciones de sagrada confianza deben hacer una aplicación práctica a sí mismos. Cuanto más responsable sea su posición en la causa y la obra de Dios, o cuanto más importante sea su confianza, mayor será la necesidad de que tengan un solo ojo para su gloria. Cuanto mayor es la grandeza, el poder y la gloria divinos que se conceden al hombre, tanto más debe dar muestras de mansedumbre, humildad y confianza. Todas las facultades de la mente deben consagrarse a Dios y emplearse para promover su gloria. El que quiera ser grande en el reino de Dios, debe abrigar un amor desinteresado, en la sencillez de una fe viva. Este es el oro que se prueba en el fuego. La fuerza de los grandes hombres de Dios está en su libertad de amor propio, de orgullo, de toda envidia, ambición y preocupación mundana. El hombre de Dios, por exaltada que sea su posición, tendrá el espíritu de un niño dependiente, anhelando el cuidado de un padre, y dispuesto a ser guiado por la mano de un padre.

7 de octubre de 1880

El pecado de Moisés

(Concluido.)

EGW

La historia de la vida de Israel en el desierto fue relatada para beneficio del Israel de Dios hasta el fin de los tiempos. Los tratos de Dios con los errantes del desierto en todas sus marchas de aquí para allá, en su exposición al hambre, la sed y el cansancio, y en las sorprendentes manifestaciones de su poder para aliviarlos, son una parábola divina, llena de advertencias e instrucciones para su pueblo en todas las épocas. La variada experiencia de los hebreos fue una escuela de preparación para su prometido hogar en Canaán. Dios quiere que en estos últimos días su pueblo repase con corazón humilde y espíritu enseñable las ardientes pruebas por las que pasó el antiguo Israel, a fin de instruirlo en su preparación para la Canaán celestial.

La roca que, herida por orden de Dios, expulsó sus aguas vivas, era un símbolo de Cristo, herido y magullado para que con su sangre se preparara una fuente para la salvación del hombre que perecía. Como la roca había sido herida una vez, así Cristo había de ser "ofrecido una vez para llevar los pecados de muchos". Pero cuando Moisés hirió precipitadamente la roca en Cades, el hermoso símbolo de Cristo quedó estropeado. Nuestro Salvador no debía ser sacrificado por segunda vez. Como la gran ofrenda se hizo una sola vez, sólo es

necesario que los que buscan las bendiciones de su gracia pidan en el nombre de Jesús, que derramen los deseos del corazón en oración penitencial. Tal oración llevará ante el Señor de los ejércitos las heridas de Jesús, y entonces brotará de nuevo la sangre vivificante, simbolizada por el fluir del agua viva para el sediento Israel.

Sólo mediante la fe viva en Dios y la humilde obediencia a sus mandatos puede el hombre esperar la aprobación divina. En ocasión de aquel poderoso milagro de Cades, Moisés, cansado de las continuas murmuraciones y rebeliones del pueblo, perdió de vista a su Ayudador Todopoderoso; no escuchó el mandato: "Hablad a la roca, y ella os dará sus aguas"; y sin la fuerza divina, se vio obligado a estropear su historial con una exhibición de pasión y debilidad humana. El hombre que debía y podía haber permanecido puro, firme y desinteresado hasta el fin de su obra, fue vencido al fin. Dios fue deshonrado ante la congregación de Israel, cuando podría haber sido honrado y su nombre glorificado.

El juicio pronunciado inmediatamente contra Moisés fue sumamente cortante y humillante: que él y el rebelde Israel debían morir antes de cruzar el Jordán. Pero, ¿podrá el hombre afirmar que el Señor trató severamente a su siervo por esa única ofensa? Dios había honrado a Moisés como a ningún otro hombre vivo. Había reivindicado su causa una y otra vez. Había escuchado sus oraciones y había hablado con él cara a cara, como un hombre habla con un amigo. Justo en proporción a la luz y el conocimiento que Moisés había disfrutado, aumentaba su criminalidad.

Moisés describió al pueblo cómo había suplicado a Dios la remisión de su condena, y cómo se la había denegado. "El Señor se enojó conmigo por vosotros, y no quiso oírme. Y el Señor me dijo: Basta. No me hables más de este asunto". "Por tu bien". Los ojos de todo Israel estaban puestos en Moisés. Había sido exaltado ante ellos como el hombre más manso de la tierra, y su error arrojaba un reflejo sobre Dios, que lo había elegido como jefe de su pueblo. Toda la congregación había sido testigo de la transgresión; y si se hubiera pasado por alto a la ligera, se habría causado en el pueblo la impresión de que la impaciencia y la incredulidad bajo una gran provocación podían excusarse en quienes ocupaban puestos de responsabilidad. Pero cuando se pronunció que Moisés y Aarón no entrarían en Canaán porque no habían creído para santificar al Señor delante de la congregación, el pueblo supo que Dios no hace acepción de personas, y que seguramente castigará al transgresor.

La vida de Moisés, desde que se le confió la obra de Dios, había sido hasta entonces intachable y santa. Satanás no pudo tener éxito en sus ataques más sutiles para subvertir su integridad, o llevarlo a la exaltación propia. Pero cuanto más intachable e incorruptible había sido su vida hasta entonces, tanto más agravado era ahora su fracaso, tanto más ofensivo su pecado a los ojos de Dios, y tanto mayor su castigo. Esta lección debe quedar profundamente grabada en los corazones de todos. Si Dios trató así de estrictamente a su siervo más honrado y fiel por su incredulidad y precipitación al hablar, no excusará estos pecados en ningún hombre de posición más humilde. Sin embargo, la lección tiene un significado especial para aquellos a quienes se ha dado gran luz, y a quienes se han confiado altas y sagradas responsabilidades. Dios exige de todos un fiel cumplimiento del deber de acuerdo con la luz dada y los privilegios concedidos.

Dios ha concedido a su pueblo, en la actualidad, gran luz y conocimiento. Impartirá fuerza y sabiduría a sus siervos mientras confíen humildemente en él. Pueden, por su conducta consecuente, recomendar a otros la religión de Cristo. Pero los que se aprovechan de su posición para entregarse a la exaltación propia, la arrogancia o la dureza, ponen en duda la obra de Dios y proporcionan a los escépticos una excusa para su malvada desconfianza e incredulidad.

En el caso de Moisés, el Señor muestra que defenderá a todos los que están de pie en su fuerza en defensa del derecho. Los que quieren herir a sus fieles, hieren la mano de Dios extendida sobre ellos como un escudo, hieren esa mano que lleva la espada de la justicia. Pero cuando el que está así divinamente protegido deja de confiar en la ayuda de Dios y comienza a ejercer una autoridad que el Señor no le ha dado, en ese momento su defensa desaparece. Cuanto más criminal e irrazonable es la oposición que el siervo de Dios tiene que enfrentar, tanto más fervientemente debe tratar de esconderse en Cristo. Mientras haga esto, estará a salvo.

El historial de Moisés de integridad y fidelidad inquebrantable a Dios no pudo evitar la retribución de su falta. Aquí se nos presenta de la manera más impresionante el odio de Dios hacia el pecado y la segura retribución que caerá sobre el pecador. La fidelidad y la rectitud anteriores no excusarán un solo mal o pecado a los ojos de Dios. El menor desvío del camino recto desagrade grandemente al Señor. Él vio el fin desde el principio. Vio que los hombres en los altos puestos cometerían pecados graves, ocultando su iniquidad bajo un manto de piedad. El trono de Dios está libre de reproche. El pronto juicio que siguió al pecado de Moisés muestra a todos que Dios les pedirá cuentas estrictas.

El castigo inmediato no siempre seguirá a los que dudan y a los incrédulos; en su gran misericordia. Dios es indulgente con el pecador, pero todo transgresor aprenderá que la paga del pecado es la muerte.

Dios quiere que su obra sea pura, santa e inmaculada, que no esté manchada por las debilidades y errores del hombre. El espíritu de censura, la práctica de juzgar a nuestros hermanos y de pronunciar palabras de condenación, le son desagradables. A todos los que siguen este camino, el Señor les dice: "Deténganse, juzguen y condenen sus propios motivos y acciones, pero tengan cuidado de cómo juzgan a sus hermanos y malinterpretan sus motivos. Yo soy el Padre de estos hijos míos; reprenderé sus pecados; corregiré sus errores; visitaré sus transgresiones con azotes, y su iniquidad con vara. Conozco sus salidas y sus entradas; conozco sus corazones, y los trataré, no según su rebeldía, porque entonces ninguna carne viviría delante de mí; sino que mi gran compasión se ejercerá con ellos si ponen mi temor delante de ellos, y me creen para glorificar mi santo nombre.

El pecado más grave del pueblo de Dios es la incredulidad; y, sin embargo, está muy difundido y es casi universal. Es este pecado el que ha conducido a la recaída y a la apostasía en todas las épocas. Aquellos por quienes Dios ha obrado, limitan al Santo de Israel, y deshonran a Dios diariamente por su desconfianza, sus dudas y su incredulidad positiva. Moisés murió en el monte Nebo, y Aarón en el monte Hor, por decreto de Dios, no porque hubieran cometido un gran crimen, según la opinión de los hombres, sino por un pecado común. El salmista describe su error con estas palabras: "También enojaron a Dios en las aguas de la contienda, de modo que le fue mal a Moisés por causa de ellos, porque provocaron su espíritu, de modo que habló imprudentemente con sus labios". El castigo seguirá al transgresor. Los hombres pueden haber vivido y trabajado para Dios, pueden haber manifestado abnegación y sacrificio, Dios puede haber marcado sus vidas con favores especiales, puede haber dado gran previsión y sabiduría; y sin embargo, aquel cuya vida estuvo tan marcada por la rectitud puede, por falta de vigilancia y oración, ser vencido. Lo infrecuente del error, la pureza y nobleza habituales del carácter, hacen que la desviación de la rectitud sea más notable, y que el triunfo de Satanás sea más completo.

Los pecados de impaciencia e incredulidad son tan ofensivos a los ojos de Dios hoy como en los días del antiguo Israel. Todos los que profesan la piedad están bajo la obligación más sagrada de guardar su propio espíritu y ejercer dominio propio bajo la mayor provocación. Las cargas impuestas a Moisés eran muy

grandes; pocos hombres serán probados tan severamente como él; sin embargo, su pecado no se pasa por alto por esto. Dios ha hecho amplias provisiones para su pueblo, de modo que si acuden a él y confían en su fuerza, nunca se convertirán en el deporte de las circunstancias. Los hombres de alto o bajo grado no tienen excusa para pecar. La luz dada por el Cielo, el poder de Jesucristo, pueden ser obtenidos por todos los que lo piden con fe. Bajo toda provocación hay una ayuda presente que nunca fallará. Hemos de aprender a tomar a Dios por su palabra, caminando por simple fe, sintiendo continuamente nuestra propia debilidad y confiando en el Poderoso de Israel.

14 de octubre de 1880

Muerte de Aarón

EGW

A corta distancia del campamento de los israelitas en Cades estaban las fronteras de Edom, y a través de este país había una ruta fácil y directa hacia la tierra prometida. Edom había sido colonizada por Esaú y sus descendientes, y se ordenó a los israelitas que no molestaran a este pueblo, pues aún no había llegado el momento de expulsarlo. Moisés, sin embargo, tenía un gran deseo de atravesar el país, por lo que envió un mensaje amistoso al rey de Edom:

"Así dice tu hermano Israel: Tú sabes todo el viaje que nos ha acontecido; cómo nuestros padres descendieron a Egipto, y hemos habitado en Egipto largo tiempo; y los egipcios nos vejaron a nosotros y a nuestros padres; y cuando clamamos al Señor, él oyó nuestra voz, y envió un ángel, y nos sacó de Egipto; y he aquí que estamos en Cades, ciudad en el extremo de tu frontera. Te ruego que nos dejes atravesar tu país. No pasaremos por los campos, ni por las viñas; ni beberemos del agua de los pozos; iremos por el camino del rey; no nos volveremos ni a derecha ni a izquierda, hasta que hayamos pasado tus fronteras."

A esta cortés petición se respondió con una negativa amenazadora,

"No pasarás junto a mí, no sea que salga contra ti con la espada".

Se envió otro ferviente llamamiento al rey, con la promesa,

"Iremos por el camino; y si yo o mi ganado bebemos de tu agua, entonces pagaré por ello; sólo que, sin hacer otra cosa, pasaré de pie".

"No pasarás", fue la respuesta. Vastas hordas armadas de edomitas ya custodiaban los pasos difíciles, de modo que cualquier avance pacífico en esa dirección era imposible, y a los hebreos se les prohibió usar la violencia. Debían hacer el largo viaje alrededor de la tierra de Edom.

En consecuencia, las huestes de Israel se volvieron de nuevo hacia el sur, y se abrieron camino a través de estériles páramos, que parecían aún más lóbregos después de vislumbrar los verdes parajes entre las colinas y valles de Edom. De la cordillera que domina este sombrío desierto, se eleva el monte Hor, cuya cima había de ser el lugar de la muerte y sepultura de Aarón. Cuando los israelitas llegaron frente a este monte, la orden divina fue dirigida a Moisés,

"Toma a Aarón y a Eleazar su hijo, y llévalos al monte Hor; y despoja a Aarón de sus vestiduras, y pónselas a Eleazar su hijo; y Aarón será reunido a su pueblo, y allí morirá."

Juntos, estos dos ancianos y el más joven subieron penosamente la montaña. Las cabezas de Moisés y Aarón estaban blancas por la nieve de sesenta inviernos. Sus largas y agitadas vidas habían estado marcadas por las pruebas más profundas y los mayores honores que jamás le habían tocado en suerte al hombre. Eran hombres de gran habilidad natural, y todas sus facultades habían sido desarrolladas, exaltadas y dignificadas por la comunión con el Infinito. Sus vidas habían transcurrido en una labor desinteresada por Dios y la humanidad; sus semblantes mostraban gran intelecto, profundidad de pensamiento, firmeza y nobleza de carácter.

Muchos años habían pasado Moisés y Aarón juntos en sus preocupaciones y trabajos. Juntos habían afrontado innumerables peligros y habían compartido la bendición de Dios; pero se acercaba el momento en que debían separarse.

Avanzaron muy despacio, pues cada momento en compañía del otro era precioso. Había que superar muchas cuestas empinadas, y como a menudo se detenían a descansar, hablaban juntos del pasado y del futuro. Ante ellos, hasta donde alcanzaba la vista, se extendía el escenario de sus andanzas por el desierto. En la llanura de abajo acampaban los vastos ejércitos de Israel, por quienes estos hombres escogidos habían pasado la mejor parte de sus vidas; por cuyo bienestar habían sentido un interés tan profundo y habían hecho tan grandes sacrificios. En algún lugar, más allá de las montañas de Edom, estaba el camino que conducía a la tierra prometida, aquella tierra cuyas bendiciones Moisés y Aarón nunca disfrutarían. Ningún sentimiento de rebelión encontró lugar en sus corazones, ninguna expresión de murmuración escapó de sus

labios; sin embargo, una solemne tristeza se posó en sus semblantes al recordar que era su propio pecado el que los había privado de la herencia prometida.

El trabajo de Aarón para Israel había terminado. Cuarenta años antes, a la edad de ochenta y tres años, Dios lo había llamado a unirse a Moisés en su gran e importante misión. Había cooperado con Moisés para sacar a los hijos de Israel de Egipto. Sostuvo las manos del gran líder cuando las huestes hebreas dieron batalla a Amalec. Se le permitió subir al monte Sinaí, acercarse a la presencia de Dios y contemplar la gloria divina. El Señor había conferido a la familia de Aarón el oficio del sacerdocio, y le había honrado con la sagrada consagración de sumo sacerdote. Lo había sostenido en el santo oficio mediante las terribles manifestaciones del juicio divino en la destrucción de Coré y su compañía. Fue por intercesión de Aarón que se detuvo la plaga. Cuando sus dos hijos fueron muertos por desobedecer el mandato expreso de Dios, poniendo fuego común en lugar del fuego sagrado sobre los incensarios, no murmuró ni se rebeló. Sin embargo, el registro de su noble vida había sido manchado. Aarón cometió un grave pecado al ceder a los clamores del pueblo y hacer un becerro de oro en el Sinaí; y otra vez, cuando se unió a Miriam en envidia y celos contra Moisés. Y él, con Moisés, ofendió al Señor en Cades desobedeciendo la orden de hablar a la roca para que diera su agua.

Dios quiso que estos dos grandes líderes de su pueblo fueran representantes de Jesucristo. Aarón llevaba los nombres de Israel sobre su pecho. Comunicaba al pueblo la voluntad de Dios. Entró en el lugar santísimo el día de la expiación, "no sin sangre", como mediador por todo Israel. Salió de esa obra para bendecir a la congregación, como Cristo saldrá para bendecir a su pueblo que lo espera, cuando termine su obra de expiación en su favor. Fue el carácter exaltado de ese sagrado oficio como representante de nuestro gran Sumo Sacerdote lo que hizo que el pecado de Aarón fuera de tan gran magnitud.

Con sentimientos de profundo dolor, Moisés quitó a Aarón las vestiduras sagradas y se las puso a Eleazar, que se convirtió así en su sucesor por designación divina. Aarón sabía que Dios era justo, y no se quejó, sino que se sometió humildemente a la voluntad divina. Es una verdad solemne, que debe quedar profundamente grabada en todos los corazones, que un acto incorrecto nunca puede deshacerse. Puede costar más que el trabajo de toda una vida recuperar lo que se ha perdido en un solo momento de irreflexión o tentación. Si estos siervos de Dios, cuando estaban delante de la roca en Cades, hubiesen soportado sin murmurar la carga que él les había impuesto, si no le hubiesen

ofendido con un temperamento precipitado y arrogándose la gloria que le pertenecía, ¡cuán diferente habría sido su futuro!

Con profunda ansiedad, los hijos de Israel esperaban el regreso de sus líderes. Al contemplar aquella gran congregación, vieron que casi todos los adultos que salieron de Egipto habían perecido en el desierto. El castigo pronunciado contra Moisés y Aarón había sido dado a conocer al pueblo, y ahora su ausencia despertaba en todos los corazones el presentimiento de un mal venidero. Algunos conocían el objeto de aquel misterioso viaje a la cumbre del monte Hor; sabían que la muerte de Aarón había sido consecuencia del pecado del pueblo; y su preocupación por sus jefes se veía acrecentada por amargos recuerdos y muchas autoacusaciones.

Pesada parecía, en efecto, la sentencia de que aquellos que durante cuarenta años habían compartido pacientemente el castigo del pecado de Israel, que habían soportado sus murmuraciones y, mediante fervientes intercesiones, habían alejado tantas veces de sus cabezas culpables los rápidos juicios de Dios, que a estos hombres elegidos, vencidos al fin por la ingratitude y las quejas del pueblo, y dejando por un momento de aferrarse a la fuerza divina, se les prohibiera compartir la entrada triunfal y gozosa en la tierra prometida, que tuvieran que perecer en el desierto con la multitud rebelde.

Con este juicio, Dios quería inculcar a su pueblo la lección de que, cualquiera que sea la tentación, no hay excusa para el pecado. Aquellos a quienes ha llamado a hacer una gran obra para él, los dotará de toda la fuerza necesaria para ejecutar su encargo divino. Sólo fracasarán aquellos que confíen en su propia fuerza y sabiduría, en vez de confiar en el poderoso Dios de Israel. Un hombre puede explorar todos los tesoros de la ciencia y la literatura, puede alcanzar la cumbre misma del poder y la grandeza terrenales; pero si se vuelve autosuficiente, si no se conecta con el Cielo, y por fe se apropia de las promesas de Dios, si no se fortalece en la fuerza divina para luchar por el derecho, toda su exaltación no le servirá de nada. El conocimiento que el hombre caído puede obtener mediante la conexión con Dios le impartirá una dignidad que se asienta con la gracia celestial, y que le lleva a poner una estimación adecuada en su trabajo, y en todas sus facultades. Es un colaborador de Dios, que lleva una comisión del Altísimo y trabaja con toda paciencia, corazón y amor para el Maestro.

Dios quiere que todos sus siervos hagan brillar rayos de luz de sus vidas santas, llenando el mundo con la luz de su gloria, no la suya propia. Los hombres que

viven y trabajan para Dios poseerán paciencia, humildad y mansedumbre, unidas a una dignidad reverente y sagrada, reflejada en el carácter de Cristo. Manifestarán sencillez y ternura, corrección de conducta y pureza de motivos y acciones, que no son terrenales. El Espíritu del Santo habita en sus corazones y dirige su conducta. Y la Presencia Divina en su interior, resplandeciendo en su vida y carácter, les da influencia sobre sus semejantes. Esta sagrada presencia debe ser un poder permanente en todos los que trabajan para Dios, o Él no aceptará sus labores.

Por un pecado, a Aarón se le negó el privilegio de officiar como sumo sacerdote de Dios en Canaán al ofrecer el primer sacrificio en la buena tierra, y consagrar así la herencia de Israel. Moisés debía seguir llevando su carga para guiar al pueblo hasta las mismas fronteras de Canaán. Llegaría a ver la tierra prometida, pero no se le permitió entrar en ella. Aquí los hijos de Israel vieron que Dios no hacía acepción de personas; que los pecados de los hombres en posiciones elevadas no quedarían más impunes que los cometidos por hombres en posiciones humildes.

El pueblo que observa y espera, por fin ve regresar lentamente a Moisés y Eleazar; pero Aarón no está con ellos. Eleazar lleva las vestiduras sacerdotales, indicando que sucede a su padre en el sagrado oficio. Con labios temblorosos y rostro apesadumbrado, Moisés les dice que Aarón murió en sus brazos en el monte Hor, y que allí lo enterraron. La congregación prorrumpió en expresiones de dolor genuino, pues todos amaban a Aarón, aunque tantas veces le habían causado dolor. Como muestra de respeto por su memoria, pasaron treinta días en servicios de duelo por su líder perdido.

El entierro de Aarón, realizado de acuerdo con el mandato expreso de Dios, contrastaba notablemente con las costumbres actuales. Cuando muere un hombre de alta posición, sus funerales se celebran con la mayor pompa y ceremonia. Cuando murió Aarón, uno de los hombres más ilustres que jamás hayan existido, sólo dos de sus amigos más cercanos presenciaron su muerte y asistieron a su entierro. Y aquella tumba solitaria en el monte Hor quedó oculta para siempre a la vista de Israel. No se glorifica a Dios en la gran ostentación que tan a menudo se hace de los muertos, ni en el gran gasto de medios para devolver sus cuerpos al polvo.

Aunque toda la congregación lamentó la muerte de Aarón, no sintieron su pérdida tan intensamente como Moisés. La muerte de Aarón le recordó a Moisés que su propio fin estaba muy cerca; pronto dejaría la armadura y se acostaría en

la muerte. Pero por breve que fuera su estancia en la tierra, sentía profundamente la pérdida de su compañero constante, el que había compartido sus alegrías y sus penas, sus esperanzas y sus temores, durante tantos largos años. Moisés debía ahora continuar la obra solo; pero sabía que Dios era su amigo, y en él se apoyaba más fuertemente.

21 de octubre de 1880

El viaje desde el monte Hor

EGW

Las naciones de Canaán habían observado con ojo celoso los movimientos de las vastas huestes de Israel. Recordaban con muchos presentimientos la visita de los espías hebreos cuarenta años antes, y ahora estaban continuamente alerta para impedir cualquier invasión de su territorio. Informado por los espías del campamento de los hijos de Israel cerca del monte Hor, Arad, uno de los reyes cananeos, salió con un gran ejército para hacerles la guerra. Obtuvo una victoria decisiva y tomó prisioneros. Los israelitas se sintieron profundamente humillados por esta derrota y, con oraciones y ayunos, pidieron ayuda a Dios. Hicieron un voto solemne de que si el Señor entregaba a estos enemigos en sus manos, los destruirían por completo a ellos y a sus ciudades. El Divino Protector de Israel se complació en escuchar y responder a la oración de su pueblo, y los cananeos fueron completamente derrotados.

Esta victoria debería haber llenado de gratitud los corazones de los israelitas. Debería haberlos llevado a temer y confiar en el Señor, y a evitar los pecados que los habían separado de su favor. Pero, eufóricos por el éxito, se volvieron jactanciosos y seguros de sí mismos, y pronto cayeron en el viejo hábito de murmurar. Ahora estaban descontentos porque no se había permitido a los ejércitos de Israel avanzar sobre Canaán inmediatamente después de su cobarde rebelión ante el informe de los espías cuarenta años antes. Consideraban que su larga estancia en el desierto era un retraso innecesario, razonando que podrían haber conquistado a sus enemigos tan fácilmente antes como ahora. Se halagaban a sí mismos pensando que si Dios y Moisés no hubieran interferido, ya podrían estar en posesión de la tierra prometida. Así abrigaron amargos pensamientos acerca de los tratos de Dios con ellos, y finalmente se descontentaron de todo.

Mientras continuaban su viaje hacia el sur, siguiendo la guía del pilar nuboso, su ruta discurría por un valle arenoso y caluroso, desprovisto de sombra o

vegetación. El camino parecía largo y difícil; a veces tenían sed y a menudo estaban cansados. Su estancia en el desierto debería haberles enseñado que la ayuda sólo podía venir de Dios; pero cuando se vieron de nuevo en circunstancias de dificultad y prueba, no resistieron la prueba de su fe y paciencia. Al insistir continuamente en los aspectos oscuros de sus viajes, se separaron cada vez más de Dios, hasta que un espíritu desafiante y rebelde los hizo casi satánicos.

Un largo proceso preparatorio, desconocido para el mundo, tiene lugar en los corazones del pueblo de Dios antes de que cometan un pecado abierto. Hay primero una declinación gradual de espiritualidad; Dios no es acariciado en los pensamientos; la oración es descuidada; los pensamientos y sentimientos egoístas tienen un poder controlador; los deseos carnales lenta pero seguramente ganan la ascendencia; y un espíritu de orgullosa autosuficiencia toma posesión del alma.

Si los hijos de Israel, mientras viajaban, hubieran recordado la maravillosa liberación que Dios había obrado por ellos al romper de sus cuellos el yugo de la esclavitud egipcia, si se hubieran detenido en las muchas preciosas y milagrosas revelaciones del poder divino en su favor, habrían fortalecido el valor de los pusilánimes e incrédulos, y así habrían evitado los terribles juicios que habían caído sobre ellos. Pero la luz se había convertido para ellos en tinieblas, y las tinieblas en luz. Egipto parecía más brillante y más deseable que la libertad y la tierra a la que Dios los conducía.

Así sucede con muchos cristianos profesos en la actualidad. Se cansan de la abnegación y la humillación. Desean un camino más fácil, en el que haya menos autocontrol, en el que no haya necesidad de un esfuerzo constante e individual. Sus corazones siempre están suplicando: "Te ruego que me excuses". No tienen amor por el deber, ni afinidad por la sana restricción y disciplina. Actúan sobre la experiencia del antiguo Israel, dudando y murmurando. Se detienen en los rasgos objetables de su experiencia, y con su vista espiritual oscurecida, todo lo que se refiere a su vida religiosa tiene un aspecto oscuro y prohibitivo. Comienzan a volverse hacia el mundo, como los corazones de los israelitas se volvían constantemente hacia Egipto. En la conversación, en el vestido, en la conducta, esta clase manifiesta una conformidad con el mundo. ¿Cómo mora en ellos el amor de Cristo?

La palabra de Dios traza una línea divisoria entre sus seguidores y los mundanos. Sobre esa línea, hacia Egipto, está la vida de autoindulgencia, moda,

frivolidad y la más vergonzosa esclavitud al pecado. Sobre esa línea, Dios es olvidado. Cuando los profesos seguidores de Cristo debieran estar peleando las batallas del Señor, cuán a menudo están fuera del camino del deber, en el terreno de Satanás. Cristo es herido cuando alguien que lleva su nombre se encuentra allí; es crucificado de nuevo y avergonzado abiertamente por aquellos que profesan amarlo.

Al escuchar las fervientes oraciones de Israel y concederle una gran victoria sobre sus enemigos, el Señor había dado una nueva muestra de su voluntad de ayudar a su pueblo cuando lo buscara. Cuán crueles fueron, pues, su incredulidad y sus murmuraciones. El gran pecado de Israel fueron sus celos de que Dios les hiciera daño; de que restringiera su libertad y los rodeara de negaciones y severidades. Sin embargo, en todo el camino de la guía de Dios, habían encontrado agua para refrescar al sediento, pan del cielo para saciar su hambre, y paz y seguridad bajo la nube sombría de día y la columna de fuego de noche. Los ángeles les servían mientras escalaban las cumbres rocosas o recorrían los escabrosos senderos del desierto. Es un error pensar que Dios se complace en ver sufrir a sus hijos. Todo el Cielo está interesado en la felicidad del hombre. Es en el camino que se aleja de Dios hacia las tinieblas y la muerte donde hay dolores y penas, decepciones y pesares. Estos son puestos por la mano del Amor Infinito para advertir al hombre que no siga en la desobediencia y se destruya a sí mismo.

Dios no cierra las vías de la alegría a ninguna de sus criaturas. Las exigencias divinas piden al hombre que evite las indulgencias que le acarrearían sufrimientos y desengaños, y le cerrarían las puertas de la felicidad y del Cielo. El Redentor del mundo acepta a los hombres tal como son, con todas sus necesidades, imperfecciones y debilidades; y no sólo limpiará de la contaminación del pecado y concederá la redención por medio de su sangre, sino que satisfará los anhelos del corazón de todos los que consientan en llevar su yugo y soportar su carga. Es su propósito impartir paz y descanso a todos los que acuden a él en busca del pan de vida. Sólo exige de los hombres que cumplan los deberes que conducirán sus pasos a cumbres de bienaventuranza a las que nunca podrán llegar los desobedientes.

La verdadera y gozosa vida del alma es tener a Cristo formado dentro, la esperanza de gloria. Entonces los siervos del Maestro sentirán que es seguro seguirle adonde él les guíe. Podrán escalar las escarpaduras de las montañas o hollar las ardientes arenas del desierto cantando por los senderos más difíciles, porque Jesús es su compañero. Si el antiguo Israel hubiera sentido gratitud hacia

Dios por su cuidado preservador, por su divina compañía en la nube sombría y en la columna de fuego; si, en vez de murmurar, hubieran relatado las bendiciones que Dios les había concedido; si hubieran abrigado fe, y dejado a un lado sus temores y ansiedades, habrían tenido siempre la presencia del Auxiliador divino, y él habría aliviado la carga de toda alma cansada.

Los obstáculos que impiden a muchos avanzar en una vida de pureza y santidad son creados por ellos mismos. La cruz que todo cristiano debe llevar si sigue a Cristo, da mayor fuerza espiritual. Al levantar las cargas de Cristo, se quitan cargas más pesadas. Para todos los que están dispuestos y son obedientes, para todos los que se extienden para sentir la mano guiadora de Dios, el momento de mayor desaliento y dificultad es el momento en que la ayuda divina está más cerca. Cuando el camino del deber se ve obstruido por las dificultades más formidables, cuando parece que el alma debe rendirse en la desesperación, la gloria oculta tras la nube que ha oscurecido el camino brilla con todo su resplandor.

Aquellos que siguen adelante en el camino del deber mirarán hacia atrás con alegría y agradecimiento a la parte más oscura del camino, donde las pruebas y las dificultades parecían una nube pesada que ocultaba cada rayo del sol de Dios. El Señor se oculta de nosotros en el pilar nublado, como del antiguo Israel. Sus caminos no se pueden descubrir. Sin embargo, todo lo que da a conocer de sí mismo, todo lo que puede revelar a la mente más elevada, sólo nos convence de una infinidad más allá, de sabiduría, pureza y amor.

28 de octubre de 1880

Las Serpientes Ardientes

EGW

Como los hijos de Israel abrigaban un espíritu de murmuración y rebelión, estaban dispuestos a encontrar defectos hasta en la bendición que Dios les había concedido bondadosamente. El simple maná, aunque apetitoso al principio, se volvió repugnante a su gusto. Se les había suministrado durante muchos años - de hecho, la mayoría del pueblo no había conocido otro pan- y parecía perder su carácter milagroso. "Y el pueblo habló contra Dios y contra Moisés: ¿Por qué nos habéis hecho subir de Egipto para morir en el desierto? porque no hay pan ni agua, y nuestra alma aborrece este pan ligero".

¡Qué ingratitud! Este pueblo estaba participando del pan del Cielo. "El hombre comía el alimento de los ángeles". Eran alimentados cada día por la constante generosidad de Dios. Sin embargo, todas las muestras de su amor y cuidado no inspiraban en sus corazones agradecimiento y confianza infantil. ¿Acaso el que hizo al hombre no sabía qué era lo mejor para satisfacer las necesidades de su pueblo? Había prometido que, si obedecían su voz, no habría un solo débil en todas sus tribus. Pero el alimento que les proporcionaba no satisfacía sus deseos. Y en sus murmuraciones decían falsedades, diciendo que no tenían pan ni agua; tenían ambas cosas, proporcionadas por un milagro diario.

En medio de sus quejas, les sobrevino un nuevo y terrible mal. El desierto por el que viajaban estaba infestado de serpientes venenosísimas, cuya picadura producía calor, inflamación violenta, sed y muerte rápida. De hecho, tan terribles eran los efectos resultantes de la mordedura de estos reptiles que se les llamaba serpientes ardientes. El Señor había preservado hasta entonces a su pueblo de los ataques de estas criaturas, pero ahora les quitó su poder restrictivo, para que Israel se diera cuenta de su ingratitud hacia Dios, y fuera conducido al arrepentimiento y a la humillación ante él.

Moisés expuso fielmente ante el pueblo su gran pecado al murmurar contra Dios. Les señaló el hecho de que cada día de sus viajes por el desierto habían sido preservados por un milagro de la misericordia divina. La Majestad del Cielo les había preparado el camino. Sus pies no se habían hinchado en sus largos viajes, ni sus ropas habían envejecido. No había enfermedad en todas sus filas. Dios les había dado comida del cielo y agua de la roca. Había dominado ante ellos a las bestias fuertes y peligrosas, así como a las serpientes, que habitaban en los bosques y en los páramos. Si el pueblo seguía quejándose, con todas estas muestras de su amor, el Señor continuaría enviando juicios sobre ellos, hasta que apreciaran su misericordioso cuidado.

Como habían sido protegidos por el poder de Dios, los israelitas no se daban cuenta de los innumerables peligros que los rodeaban continuamente. Habían endurecido sus corazones en la incredulidad, y no estaban dispuestos a ser guiados y controlados por Dios; se detenían en males imaginarios, y desconfiaban continuamente de la mano que hasta entonces los había guiado. Una y otra vez el Señor los había puesto en aprietos para probarles si confiarían en él, después de tantas pruebas de su cuidado. Pero no resistieron la prueba; y ahora, aunque el maná enviado por el Cielo yacía fresco sobre la tierra cada mañana, se atrevían a acusar a Moisés de matarlos de hambre. En su ingratitud

e incredulidad, habían anticipado la muerte, y ahora el Señor retiró su mano protectora y permitió que la muerte cayera sobre ellos.

En cada familia de estos murmuradores había moribundos y muertos. Los corazones que habían estado llenos del fuego de la pasión y de amargas quejas se helaban ahora de horror ante los gritos frenéticos de los hijos y de los amigos más queridos. Todos tenían bastante que hacer, y con profunda angustia atendían a sus seres queridos, sabiendo muy bien que en cualquier momento ellos mismos podrían necesitar los mismos cuidados. Ni una palabra de murmullo escapó de sus labios. En comparación con el sufrimiento presente, las dificultades y pruebas que antes habían parecido tan grandes no eran dignas de consideración. La confusión y el terror reinaban en todas las tiendas. En el silencio de la noche, un grito desgarrador despertaba al campamento para descubrir que su sueño de la picadura mortal de la serpiente era una temible realidad. Padres, madres e hijos eran atacados por igual. En esta terrible calamidad, todos sentían que pronto perecerían, pues cada piedra y arbusto ocultaba a los reptiles venenosos, que, al ser molestados con pies o manos, devolvían el aguijón de la muerte.

El pueblo estaba ahora dispuesto a humillarse ante Dios. Se dirigieron a Moisés, de quien se habían quejado tan injustamente, y le suplicaron su perdón y su intercesión en su favor. Aquel sufrido hombre de Dios no tardó ni un momento en acceder a su petición. Y el Señor escuchó la oración de su siervo, y le ordenó,

"Hazte una serpiente ardiente y ponla sobre un asta; y sucederá que todo el que sea mordido, cuando la mire, vivirá".

En obediencia a la palabra de Dios, Moisés hizo una serpiente de bronce parecida a las criaturas que habían mordido al pueblo, y la colocó sobre un poste alto en medio del campamento. Entonces se difundió por todo el campamento la alegre noticia de que todos los que habían sido mordidos podían mirar la serpiente de bronce y sanar.

Aquí se exigía a los israelitas que hicieran algo por sí mismos. Debían mirar la serpiente de bronce si querían vivir. Muchos ya habían muerto por la picadura de los reptiles venenosos, y cuando Moisés levantó la serpiente sobre el asta, algunos no creyeron que la mera contemplación de aquella imagen metálica los curaría, y perecieron. Sin embargo, muchos tuvieron fe en la provisión que Dios había hecho. Padres, madres, hermanos y hermanas estaban ansiosamente ocupados en ayudar a sus amigos sufrientes y moribundos a fijar sus lánguidos ojos en la serpiente. Si podían mirar una sola vez mientras estaban desfallecidos

y moribundos, revivían y quedaban completamente libres de los efectos de sus venenosas heridas.

No había poder en la serpiente de bronce para causar tal cambio en aquellos que la miraban. La virtud curativa procedía únicamente de Dios. En su sabiduría eligió esta manera de desplegar su poder. Fue la fe del pueblo en la provisión hecha, lo que fue aceptable a Dios. Por este sencillo medio se les hizo comprender que él había permitido que estas serpientes los afligieran, a causa de sus murmuraciones y su falta de fe en él. También se les aseguró que mientras obedecieran a Dios no tenían razón para temer, porque él sería su amigo y los preservaría de los peligros a los que estaban continuamente expuestos.

Los hebreos, en su aflicción, no podían salvarse del veneno mortal de las serpientes. Sólo Dios podía curar al pecador y rebelde Israel. Sin embargo, no consideró oportuno perdonar su transgresión sin poner a prueba su arrepentimiento y su fe. Debían mirar para vivir. El levantamiento de la serpiente de bronce fue para enseñar a Israel una lección. Hasta entonces habían presentado sus ofrendas a Dios, y habían creído que así expiaban ampliamente sus pecados. No confiaban por fe en el Redentor venidero, de quien sus ofrendas eran sólo el tipo. El Señor les mostraría ahora que sus sacrificios, en sí mismos, no tenían más poder ni virtud que la serpiente de bronce, sino que, como ésta, debían conducir sus mentes a Cristo, la gran Ofrenda por el Pecado. Así, también, sus ofrendas debían ser traídas con voluntades sometidas y corazones penitentes, teniendo fe en el sacrificio expiatorio del amado Hijo de Dios.

Nadie estaba obligado a mirar a la serpiente de bronce. Todos podían mirar y vivir, o desconfiar de la simple provisión que Dios había hecho, negarse a mirar y morir. Puede que el pueblo de Dios no siempre vea la razón de sus exigencias, y puede que no sea capaz de entender sus tratos con él; sin embargo, no les corresponde a ellos cuestionar y dudar de sus propósitos. Como receptores de su favor durante toda la vida, deben rendirle obediencia pronta y voluntaria. Todos sus mandatos se basan en un amor y una sabiduría infinitos; y aunque no comprendamos plenamente su propósito aquí, lo sabremos más tarde.

Como la serpiente fue levantada en el desierto, así el Hijo de Dios fue levantado en la cruz, para que los pecadores de los confines de la tierra pudieran mirar y vivir. Multitudes siguen sufriendo el aguijón mortal de esa vieja serpiente, el diablo. Los efectos del pecado sólo pueden ser eliminados por la provisión que Dios ha hecho. Sólo aquí se puede encontrar esperanza y salvación. Así como los israelitas salvaron sus vidas mirando a la serpiente de bronce, así los

pecadores pueden mirar a Cristo y vivir. A diferencia de ese símbolo inerte y sin vida, Cristo tiene poder y virtud en sí mismo, para curar al pecador que sufre, se arrepiente y sangra.

Muchos no están dispuestos a aceptar a Cristo hasta que se les aclare todo el misterio del plan de salvación. Rechazan la mirada de fe, aunque ven que miles han mirado, y han sentido la eficacia de mirar a la cruz de Cristo. Muchos vagan por los laberintos de la filosofía ciega, en busca de razones y pruebas que nunca encontrarán, mientras rechazan las pruebas que Dios se ha complacido en dar. Se niegan a caminar a la luz del Sol de Justicia, hasta que se les explique la razón de su resplandor. Todos los que persistan en este camino no llegarán a conocer la verdad. La última ocasión de duda nunca será eliminada. Dios dará suficiente evidencia sobre la cual basar la fe, y si ésta no es aceptada, la mente quedará en la oscuridad de la duda y la incredulidad.

Si los que habían sido mordidos por las serpientes se hubieran detenido a dudar y cuestionar antes de consentir en mirar, la muerte habría sido el resultado. Nuestro primer deber es mirar y vivir. Ahora debemos tratar de reunir pruebas en las que basar nuestra fe. Hay una eternidad ante nosotros, en la que estudiar los misterios de la redención.

Cristo, en sus palabras a Nicodemo, dice: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna." En ambos casos, el objetivo era salvar a los que perecían. Así como el aguijón de la serpiente era una muerte segura, a menos que el que la sufría se valiera del remedio provisto, así también el pecado es mortal en sus efectos, a menos que los hombres miren a Cristo y crean en los méritos de su sangre. Hombres de cabellos grises, hombres en la flor de la vida, jóvenes y niños, debían ser salvados de la misma manera: miren y vivan. El remedio fue perfecto, cuando, según la dirección de Dios, miraron a la serpiente levantada. Esa mirada implicaba fe. Vivieron, porque creyeron en la palabra de Dios, y aprovecharon las provisiones hechas. Así, en el plan de salvación, nadie que haya venido a Cristo en penitencia y fe ha sido rechazado jamás.

El pueblo de Israel sabía muy bien que en esa apariencia de serpiente no había ninguna virtud curativa. Sabían que era sólo un símbolo del Hijo de Dios, y que la fe en la palabra divina, y la acción inmediata, serían el poder de salvación para ellos. Así debemos ser salvados, no por ningún acto que podamos realizar por nosotros mismos, sino por simple obediencia, haciendo exactamente lo que

Dios ha dicho. Nuestra salvación descansa en la amplia expiación hecha por nuestro Salvador y en la veracidad de la palabra de Dios. Debemos creer que Jesús murió para redimir a pecadores como nosotros, y que Dios habla en serio cuando dice: "Al que a mí viene, no le echo fuera". Por los méritos de Cristo somos aceptados. La seguridad en este caso honra la fidelidad de Dios, mientras que la duda arroja descrédito sobre el Altísimo.

4 de noviembre de 1880

Cerca de la tierra prometida

EGW

Después de pasar al sur de la tierra de Edom, los israelitas se volvieron hacia el norte, y de nuevo pusieron sus rostros hacia la tierra prometida. Su ruta pasaba ahora por una vasta llanura elevada, donde el aire era puro y fresco, y las brisas soplaban refrescantes a su alrededor. Era un cambio agradable con respecto al caluroso y abrasador valle y a los lóbregos desiertos por los que habían estado viajando, y siguieron adelante, animados y esperanzados. Después de cruzar el arroyo de Zered, se dirigieron hacia el este de la tierra de Moab, pues como los moabitas y los amonitas eran descendientes de Lot, el Señor había ordenado a su pueblo que no los molestara de ninguna manera.

Siguiendo hacia el norte, las huestes de Israel pronto llegaron al país de los amorreos. Este pueblo fuerte y belicoso ocupaba originalmente la parte meridional de la tierra de Canaán; pero al aumentar en número, y atraídos por las ricas tierras al este del Jordán, cruzaron el río, hicieron la guerra a los moabitas y se apoderaron de una parte de su territorio. Allí se establecieron, dominando indiscutiblemente toda la tierra, desde el Arnón hasta el Jaboc. Era necesario atravesar este territorio para llegar al Jordán, y Moisés envió un mensaje amistoso a Sehón, el rey amorreo, en su capital:

"Déjame pasar por tu tierra; iré por el camino, no me volveré ni a la derecha ni a la izquierda. Me venderás carne por dinero, para que coma; y me darás agua por dinero, para que beba; sólo que pasaré sobre mis pies, hasta que pase el Jordán a la tierra que el Señor, nuestro Dios, nos da."

La respuesta fue una negativa decidida, y todas las huestes de los amorreos se reunieron para oponerse al avance de los invasores. Este formidable ejército infundió terror en los corazones de los hebreos, que estaban mal preparados para un encuentro con fuerzas bien armadas y disciplinadas. Moisés estaba lleno de

ansiedad. Sabía que en lo que se refería a la habilidad en la guerra, sus enemigos tenían toda la ventaja. A todas luces, Israel acabaría rápidamente con ellos. Moisés tenía una fe implícita en Dios, pero tenía poca confianza en el pueblo. Sabía que Dios sería fiel a su pacto con Israel, que su poder sería suficiente para llevarlos a través de todos los peligros, pero había sido tantas veces decepcionado por el pueblo, que a menudo habían fallado en su lealtad a Dios, y tan a menudo se habían llenado de ira contra sí mismo, que ahora tenía pocas esperanzas de verlos pasar a salvo esta dura prueba. ¿Se separarían de Dios por incredulidad y rebelión, como habían hecho tantas veces antes, y atraerían así sobre sí el desastre y la derrota? Los veía esperanzados por su reciente victoria, pero no podía discernir una humildad más profunda ante Dios, una confianza más firme en su poderoso brazo y un valor más elevado. Sabía que la obediencia al mandato divino marcaría la diferencia entre el éxito y el fracaso, el triunfo y la derrota. Si el poder de Dios se retirara, bien podría el pecador Israel temer por sí mismo y por sus hijos, en el día del peligro y del conflicto.

Moisés mantuvo su mirada fija en el pilar nublado que encarnaba al Hijo de Dios, y fortaleció su alma con valor al tener la seguridad de que la Mano que los guiaba seguía estando con ellos. Alentó al pueblo con el pensamiento de que la señal de la presencia de Dios aún les era concedida, y trató de inspirar sus corazones con palabras de fe y santo aliento: Este Dios poderoso, que tantas veces ha librado a su pueblo Israel, sigue siendo nuestro Dios. Si somos obedientes a su voz, él será nuestro guía y nos libraré en toda emergencia. Obedece, pues, el mandato divino con ánimo pronto y corazón alegre, y Dios nos abrirá paso por la tierra a la que nos ha mandado ir. Las pruebas y los obstáculos que ahora temes desaparecerán a medida que avances con paso firme y resuelto por la senda por donde Dios te guía.

Moisés no sólo animó al pueblo a confiar en Dios, sino a hacer todo lo que el poder humano podía hacer para prepararse para la guerra. Sus enemigos eran violentos y sedientos de sangre, listos y ansiosos por la emoción del conflicto, y confiados en que con su superioridad numérica y de destreza eliminarían de la tierra a los israelitas desprevenidos. Pero había llegado el mandato del Poseedor de todas las tierras, ante la negativa de estas naciones a dejar pasar a Israel por sus fronteras: "Levantaos, emprended el camino y pasad el río Arnón. He aquí, yo he entregado en tu mano a Sehón el amorreo, rey de Hesbón, y su tierra; comienza a poseerla, y contende con él en batalla. Hoy comenzaré a infundir tu pavor y tu temor sobre las naciones que están debajo de todo el cielo, las cuales oirán hablar de ti y temblarán y se angustiarán por tu causa."

Dios habría perdonado a estas naciones de las fronteras de Canaán, si no se hubiesen opuesto, desafiando su palabra, al progreso de Israel. El Señor se había mostrado paciente, de gran bondad y tierna piedad, incluso con estas naciones idólatras. A Abraham se le mostró en visión que su descendencia, los hijos de Israel, después de su muerte serían extranjeros en una tierra extraña, y que serían afligidos durante cuatrocientos años. Pero el Señor le dio la promesa: "En la cuarta generación volverán aquí, porque la iniquidad de los amorreos aún no está consumada". En el tiempo señalado, los descendientes de Abraham debían recibir la tierra de Canaán como posesión, desde el río de Egipto hasta el río Éufrates.

Aunque los amorreos eran un pueblo idólatra, violento y cruel, Dios los perdonó durante cuatrocientos años para darles pruebas inequívocas de que él era el único Dios vivo y verdadero, el creador de los cielos y de la tierra. Todas sus maravillas al sacar a Israel de Egipto, los juicios infligidos a los egipcios porque se negaron a dejar ir a su pueblo, su poderoso milagro al abrir un paso a través del Mar Rojo y destruir el ejército del Faraón; sus maravillosas obras en el desierto, el pan enviado desde el cielo, el agua pura traída de la roca, el castigo de los rebeldes en Israel, con todos estos hechos estaban familiarizadas aquellas naciones idólatras. Se les dio suficiente evidencia; podrían haber conocido la verdad, si hubieran estado dispuestos a volverse de su idolatría y libertinaje para servir al Dios vivo y verdadero. Pero nadie debía ser obligado a creer, contra su voluntad. Eran agentes morales libres y debían decidir por sí mismos su destino futuro.

Faraón preguntó una vez con orgullo: "¿Quién es el Señor, para que yo obedezca su voz?". Aprendió por experiencia propia que era Él quien tenía poder para crear o destruir. Así se había dado la luz en la revelación del poder de Dios a aquellas feroces naciones idólatras, para que conocieran al Dios vivo y verdadero. Esa luz había sido desdeñada, rechazada; se habían apartado del Dios verdadero para servir y adorar a los ídolos, y su copa de iniquidad estaba casi llena.

Cuando el Señor llevó a su pueblo, después de su largo vagar por el desierto, por segunda vez a las fronteras de la tierra prometida, las naciones paganas recibieron una prueba adicional de su poder. Pudieron ver que Dios estaba con Israel en la victoria obtenida sobre el rey Arad y los cananeos. Tuvieron aún otra prueba, en el milagro obrado para salvar a los que perecían de la picadura mortal de las serpientes. Aunque a los israelitas se les había negado duramente el paso a través de la tierra de Edom, viéndose obligados a tomar la larga y

difícil ruta del Mar Rojo, en todos sus viajes y campamentos, a través de la tierra de Edom, de Moab y de Amón, no habían mostrado hostilidad; no habían hecho ningún daño a la gente o a sus posesiones. Al llegar a la frontera de los amorreos, Israel sólo había pedido permiso para atravesar directamente el país, prometiendo observar las mismas reglas que habían regido sus relaciones con otras naciones. Cuando el rey amorreo rechazó esta cortés solicitud y reunió desafiantemente a sus huestes para la batalla, su copa de iniquidad estaba llena. Dios ejercería ahora su poder para destruirlos, de la misma manera que había luchado contra Faraón y sus huestes.

De nuevo el gran Comandante de las naciones había ordenado a su pueblo "Avanzad". En obediencia al mandato divino, cruzaron inmediatamente el río Arnón y avanzaron sobre el enemigo. Tuvo lugar un combate, en el que los ejércitos de Israel salieron victoriosos; y aprovechando la ventaja obtenida, pronto estuvieron en plena posesión del país de los amorreos.

Fue el capitán del ejército del Señor quien derrotó a los enemigos de su pueblo. Él habría hecho lo mismo, treinta y ocho años antes, si Israel hubiera creído y confiado en él. Entonces podrían haber obtenido la plena posesión de la tierra, como la estaban obteniendo ahora. Aquí el Señor demostró una vez más a su pueblo que sólo él era su ayudador, pues ningún otro poder podría haberlos librado en esta emergencia.

11 de noviembre de 1880

Una victoria gloriosa

EGW

Llenos de esperanza y valor por su conquista de los amorreos, las huestes armadas de Israel avanzaron ansiosamente y, continuando su viaje hacia el norte, pronto llegaron a un país que bien podría poner a prueba su valor y su fe en Dios. Ante ellos se extendía el poderoso y populoso reino de Basán, atestado de grandes ciudades de piedra, que hasta el día de hoy causan la admiración del mundo, sesenta ciudades amuralladas y pueblos sin murallas sin número, contenidas en un área no mucho mayor que un condado inglés ordinario. Las casas estaban construidas con enormes piedras negras, duras como el hierro y aún más resistentes, de un tamaño tan estupendo que ninguna fuerza humana que se hubiera podido utilizar contra ellas en aquel país habría sido suficiente para derribarlas. Era un país lleno de cavernas salvajes, precipicios elevados, abismos profundos y fortalezas rocosas.

Los habitantes de esta tierra, descendientes de una raza de gigantes, eran ellos mismos de tamaño y fuerza maravillosos, y se distinguían tanto por su violencia y crueldad que eran el terror de todas las naciones circundantes; mientras que Og, el rey del país, era notable por su tamaño y destreza, incluso entre esa raza de gigantes.

En esta hora de peligro, Moisés sólo podía confiar en Dios. Sólo Él podía someter a sus enemigos. Pero el anciano líder temía por Israel. ¿Cómo se comportarían? Recordó cómo se habían aterrorizado ante la mera descripción de los gigantes por parte de los hombres que habían explorado la tierra de Canaán treinta y ocho años antes. Recordó cuántas veces había fracasado Israel y cómo Dios lo había entregado al poder de sus enemigos. ¡Qué horror de desastre y derrota sería el resultado si ahora desconfiaran de Dios!

Pero el pilar nuboso avanzaba firmemente, y siguiendo su guía las huestes hebreas avanzaron, pasando por ciudades y pueblos de estas casas de roca, hasta Edrei, donde el rey gigante, con todas sus fuerzas, esperaba su aproximación. Og había elegido hábilmente el lugar de la batalla. La ciudad de Edrei estaba situada en el borde de una meseta que se elevaba abruptamente de la llanura y estaba cubierta de rocas volcánicas dentadas. Sólo se podía acceder a ella por caminos estrechos, empinados y de difícil ascenso. En caso de derrota, sus fuerzas podrían encontrar un refugio seguro en aquel vasto laberinto de rocas, donde los extraños que intentaran seguirlas se perderían.

Confiado en el éxito, el rey salió con un inmenso ejército a la llanura abierta, mientras desde la meseta, que hasta donde alcanzaba la vista era como una fortaleza natural, se oían gritos de desafío, y a lo largo de toda su extensión se veían las relucientes lanzas de miles innumerables, ansiosos por la lucha. Cuando los ejércitos de Israel contemplaron la altiva figura de aquel gigante de gigantes que se elevaba por encima de los soldados de su ejército; cuando vieron las poderosas huestes que lo rodeaban, y la fortaleza aparentemente inexpugnable, detrás de la cual se atrincheraban miles invisibles; y luego miraron a su propio anciano jefe, con la cabeza blanqueada por la nieve de ciento veinte años; cuando consideraron su condición comparativamente desarmada e indefensa, los corazones de muchos en Israel temblaron de miedo.

Pero Moisés estaba tranquilo y firme: seguía las indicaciones de un general superior, y por mucho que desconfiara de los ejércitos de Israel, del Dios de Israel, nunca. El Señor había dicho a Moisés: "No le temas, porque yo lo

entregaré a él, a todo su pueblo y a su tierra en tus manos; y harás con él como hiciste con Sehón, rey de los amorreos, que habitaba en Hesbón."

La fe serena y el porte intrépido de Moisés, y sus palabras de esperanza y valor, inspiraron en los corazones de Israel confianza en Dios. Sentían que sólo de Él podían esperar la liberación. Confiaron todo a su brazo omnipotente, y no fueron defraudados.

Ni los poderosos gigantes, ni las ciudades amuralladas, ni los ejércitos armados, ni las fortalezas rocosas, ni todo combinado, pudo hacer frente al Capitán del ejército del Señor. El Señor dirigió el ejército; el Señor derrotó al enemigo; el Señor venció en nombre de Israel. Toda esa fuerza, con Og, su rey, fueron destruidos; y los israelitas pronto tomaron posesión de todo el país. Así fue borrado de la tierra aquel pueblo extraño y poderoso, que se había entregado a la iniquidad y a la abominable idolatría.

El informe que trajeron los espías que fueron enviados a ver la tierra de Canaán era correcto en muchos aspectos. Las ciudades estaban amuralladas y eran muy grandes, y los hijos de los gigantes que las habitaban eran una raza poderosa, en comparación con la cual los espías eran como simples pigmeos. Al oír este informe, el pueblo, en vez de confiar en Dios para derrotar a sus enemigos, se rebeló contra él y declaró que la conquista de Canaán era totalmente imposible, en su salvaje frenesí de pasión e incredulidad, llegando incluso a nombrar a un capitán para que los condujera de vuelta a Egipto, e intentando dar muerte a los dos únicos de entre ellos que aún conservaban la fe y el valor. Fue entonces cuando se pronunció contra Israel la sentencia de que todos los mayores de veinte años morirían antes de llegar a la tierra prometida. Antes de que los hebreos fueran conducidos por segunda vez a las fronteras de Canaán, esta sentencia se había cumplido. Los cuerpos de toda aquella hueste rebelde fueron sepultados en el desierto.

En sus contiendas con Og y Sehón, el pueblo de Dios fue sometido a la misma prueba bajo la cual había fracasado tan señaladamente casi cuarenta años antes. Pero la prueba era ahora mucho más severa que cuando Dios les ordenó por primera vez que avanzaran y sus corazones cobardes se negaron a obedecer. Entonces no había ejército que se opusiera a su avance ni que infundiera terror en sus almas. Las dificultades que debían enfrentar en el cumplimiento del deber no eran tan grandes como ahora. Las nubes que entonces oscurecían el camino de la fe se hicieron más densas y prohibitivas mientras ellos se detenían, dudaban y permanecían inmóviles, negándose a avanzar cuando se les ordenaba

hacerlo en el nombre del Señor. Cuando la palabra llegó de nuevo a Israel: Avanzad, debían, si querían poseer Canaán, avanzar contra ejércitos violentos, hábiles y bien equipados.

Ahora recordaban cómo una vez, cuando habían marchado a la batalla, habían sido derrotados y miles de personas habían muerto. Pero entonces habían ido en oposición directa al mandato de Dios. Cuando, a causa de su incredulidad, Dios los condenó a perecer en el desierto, sintieron horror y remordimiento; y, todavía tan rebeldes como siempre, decidieron ganar por su propio poder lo que Dios había declarado que no debían poseer. Salieron sin Moisés, el jefe designado por Dios, sin la columna de nube, símbolo de la presencia divina, y sin el arca. ¡Qué maravilla que fueran completamente derrotados!

Pero ahora, cuando salen a la batalla, Moisés está con ellos, fortaleciendo sus corazones con palabras de esperanza y fe; el Hijo de Dios, consagrado en la columna nubosa, encabeza el camino; y en medio de ellos, acompañado por sacerdotes y levitas, es llevada el arca sagrada. Que tengan buen ánimo; están siguiendo la orden del Cielo: Avanzad; y la victoria, completa y gloriosa, es suya.

Toda la experiencia de Israel tiene una lección para nosotros, que vivimos en las últimas horas del tiempo. Deberíamos considerar cuidadosamente su conducta y el trato de Dios con ellos, y luego imitar sus virtudes, al tiempo que evitamos los actos que provocaron su desagrado. Este poderoso Dios de Israel es nuestro Dios. En él podemos confiar, y si obedecemos sus requerimientos obrará por nosotros de una manera tan señalada como lo hizo por su antiguo pueblo. El estudio más ferviente y el esfuerzo más continuo del Israel moderno debería ser establecer una relación estrecha e íntima con Dios. Entonces, con la mente vivificada y las percepciones agudizadas, discernirán su poder infinito y su providencia dominante en todos sus tratos con el hombre y en todas sus obras creadas.

Invisible a los ojos humanos, el poder de Dios se ejerce constantemente para nuestro bien. Cuando los científicos tratan de separar las obras de la naturaleza de la manifestación inmediata y constante del poder divino, se encuentran en el mar sin brújula. Toda alma que abrigue la luz que Dios ha dado, le reconocerá en primer lugar en todos sus intereses y en todos sus negocios. Los escépticos pueden multiplicar las dudas, los burladores pueden vociferar; pero el verdadero cristiano descansa tranquilamente en Dios, con la seguridad de que Él existe, y de que recompensa a todos los que le buscan diligentemente.

Todo el que trata de seguir el camino del deber se verá asaltado a veces por la duda y la incredulidad. El camino estará a veces tan lleno de obstáculos, aparentemente insuperables, que descorazonarán a los que cedan al desaliento; pero Dios dice a los tales: Seguid adelante. Cumplid con vuestro deber cueste lo que cueste. El mar de problemas que amenaza con abrumaros se abrirá a medida que avancéis, revelando un camino seguro para vuestros pies. Las pruebas y dificultades que parecen tan formidables, que llenan vuestra alma de temor, se desvanecerán a medida que avancéis audazmente por el camino de la obediencia, confiando humildemente en Dios.

Hay deberes diarios e importantes para cada alma; ninguno está excusado. El deber presente debe cumplirse ahora, porque el tiempo es corto, y las oportunidades que se pierden una vez ya no vuelven. Hay peligro en un momento de vacilación frente a las dificultades. Dios será una luz para los mansos, los humildes, los agradecidos y obedientes; pero es una nube de tinieblas para los egoístas, los orgullosos, los impacientes y los murmuradores. Tarde o temprano, la luz resplandecerá en el camino de aquellos que se mantengan dispuestos a ir cuando y donde Cristo guíe el camino.

Cada paso en la vida debe ser de fe, de amor, de consagración. Debemos caminar en la luz, como Jesús está en la luz. Cristo se ofrece a caminar con nosotros por todo el camino de la vida, y a alegrarnos el camino con su presencia. Si no aprovechamos su compañía, es culpa nuestra, es nuestra pérdida. Si andamos a tientas en la oscuridad, es porque rechazamos la presencia del único que puede hacer que nuestro camino sea luminoso y alegre. Necesitamos cultivar esa fe que obra por amor y purifica el alma. Nuestro mayor peligro consiste en albergar la incredulidad y descuidar el precioso amor de Jesús.

18 de noviembre de 1880

Balaam llamado a maldecir a Israel

EGW

Con corazones alegres y renovada fe en Dios, los ejércitos victoriosos de Israel regresaron de Basán. Gracias a sus últimos éxitos, no sólo se habían apoderado de ricos territorios, sino que habían adquirido una seguridad muy alentadora para el futuro. Sentían que la próspera mano de Dios estaba realmente con ellos.

Se encontraban ahora en las mismas fronteras de Canaán, sólo el río Jordán los separaba de la tierra prometida. Hacia el oeste, justo al otro lado del río, se extendía una gran llanura cubierta de verdor, regada por arroyos de copiosas fuentes y rebosante de todos los signos de belleza y fertilidad. Estaban ansiosos por entrar de inmediato en su herencia. Su conquista de los amorreos y de las huestes gigantescas de Basán les había hecho confiar en un éxito fácil en el otro lado. Sus expectativas se habían exaltado hasta un punto febril. Mantenían los ojos fijos con ansiosa expectación en la columna nublada, impacientes por verla moverse y guiarlos. Sin embargo, todavía no daba señales de moverse, sino que flotaba sobre las cimas de las montañas que cubrían el tabernáculo.

Moisés empleó el período de espera en preparar al pueblo para la ocupación permanente de Canaán. En este trabajo el tiempo y la atención del gran líder estuvieron plenamente ocupados; pero para el pueblo este período de suspenso y expectación fue de lo más difícil, y antes de que transcurrieran muchas semanas, su historia se vio empañada por las más espantosas desviaciones de la virtud y la integridad.

La alta meseta que los hijos de Israel habían estado atravesando durante mucho tiempo, se desploma repentinamente cerca del Jordán, dejando una llanura de varias millas de ancho, que se extiende a lo largo de su orilla. Se llamaba el valle de Sitim, por el gran número de árboles de Sitim, o acacias, que florecían allí, y por su sombra formaban un agradable refugio. Este valle protegido tenía el clima genial de los trópicos, pero era desfavorable para la actividad mental o física, como lo demostraron los israelitas. Aquí muchos de los más ancianos recordaban su antiguo hogar junto al Nilo, pues justo al otro lado del río florecían palmeras en tal abundancia que la ciudad de Jericó, en aquella llanura, era llamada la ciudad de las palmeras.

Pero por agradable que fuera su entorno físico, los israelitas iban a encontrarse aquí con un mal más mortífero que las poderosas huestes de hombres armados o las bestias salvajes del desierto. Aquel país, tan rico en ventajas naturales, había sido profanado por sus habitantes. Por todas partes había lugares notables por su idolatría y libertinaje, y sus mismos nombres sugerían la vileza y corrupción del pueblo. El dios principal de esta región era Baal, y en las alturas sobre el valle de Sitim estaba la ciudad de Bet-peor, donde hombres y mujeres representaban las escenas más degradantes e inicuas como parte del culto a sus dioses.

Este entorno ejerció una influencia contaminante sobre los israelitas. Sus mentes se familiarizaban con los pensamientos viles que se les sugerían constantemente; su vida de holganza e inacción producía en ellos un efecto desmoralizador; y gradualmente, y casi inconscientemente para ellos mismos, se iban apartando de Dios y llegando a una condición en la que serían presa fácil de las tentaciones de Satanás.

Los moabitas no habían sido molestados por Israel, pero habían observado con vivo y celoso interés todo lo que había sucedido en los países vecinos. Vieron que los belicosos amorreos habían sido conquistados, y que los poderosos y bien armados habitantes de Basán se habían rendido ante el misterioso Poder consagrado en la columna de nube. Una influencia invisible estaba obrando en favor de los hebreos, y esto fue acreditado al Dios de Israel; pues todos sabían bien que, en lo que se refería a la habilidad y fuerza humanas, estaba del lado de los enemigos de los hebreos. Se creía generalmente en aquel país que los profetas y hechiceros tenían poder para maldecir a personas y lugares, a fin de frustrar sus consejos, enervar sus fuerzas y llenarlos de temor, terror y espanto. Los moabitas decidieron ahora, al igual que Faraón, recurrir al poder de la hechicería para contrarrestar la obra de Dios; querían que los israelitas fueran maldecidos.

En este propósito se unieron al pueblo de Moab los madianitas, a quienes estaban estrechamente unidos por los lazos de la nacionalidad y la religión. Cerca del Éufrates vivía un hombre llamado Balaam, de quien se decía que poseía poderes sobrenaturales, y cuya fama había llegado hasta la tierra de Moab. Se decidió llamarlo en su ayuda en esta emergencia. En consecuencia, se enviaron mensajeros "de los ancianos de Moab y de los ancianos de Madián" a Balaam, con valiosos regalos para asegurar sus adivinaciones y encantamientos contra Israel. En este movimiento, Balac, el rey de Moab, había tomado la delantera, habiendo pedido la ayuda de los madianitas, con el alarmante mensaje: "Ahora esta compañía lamerá a todos los que nos rodean, como el buey lame la hierba del campo.

Los embajadores emprendieron inmediatamente su largo viaje a través de las montañas y los desiertos hasta Mesopotamia y, tras encontrar a Balaam, le entregaron el mensaje de su rey:

"He aquí que hay un pueblo que ha salido de Egipto; he aquí que cubre la faz de la tierra, y permanece contra mí. Ven, pues, ahora, te ruego, maldíceme a este pueblo, porque es demasiado poderoso para mí; por ventura venceré, y los

heriremos, y los echaré de la tierra; porque yo sé que el que tú bendices es bendito, y el que tú maldices es maldito."

Balaam fue en otro tiempo un hombre bueno y un profeta de Dios; pero había apostatado y se había entregado a la codicia, de modo que amaba el salario de la iniquidad. Todavía profesaba ser un siervo del Altísimo, aunque seguía un curso para ganar el favor de los enemigos del Señor por el bien de las recompensas que recibía de ellos.

Cuando los mensajeros anunciaron su misión, Balaam sabía muy bien que era su deber enviarlos de vuelta con una negativa rotunda. Pero, como muchos en la actualidad, se aventuró a jugar con el tentador, a invitar su presencia y a dar cabida a sus tentaciones. Instó a los mensajeros a que se quedaran con él aquella noche, declarando que no podía dar una respuesta decidida hasta que hubiera consultado al Señor.

Balaam no ignoraba la obra de Dios en favor de Israel. Sabía cómo Jehová había desplegado su poder y majestad al sacar a su pueblo de la casa de servidumbre. La destrucción de Faraón y sus huestes, las poderosas manifestaciones en el Sinaí, los innumerables milagros en el desierto y los recientes triunfos sobre Og y Sehón, eran acontecimientos emocionantes que se habían difundido por todas partes, y Balaam estaba familiarizado con ellos. Pudo ver cuán terrible era para el hombre finito guerrear contra el Dios infinito. Vio la destrucción de los que desafiaban a la Omnipotencia. Balaam sabía que su maldición no podía dañar a Israel. Dios estaba de su parte; y mientras le fueran fieles, ningún poder adverso de la tierra o del infierno podría prevalecer contra ellos.

Pero los embajadores de los moabitas habían expresado gran confianza en él como alguien que poseía un poder misterioso para traer la destrucción sobre ejércitos o naciones; y su orgullo fue halagado por sus palabras: "Sé que aquel a quien bendices es bendito, y aquel a quien maldices es maldito". El soborno de regalos costosos y exaltación prospectiva excitó su codicia. Aceptó con avidez los tesoros ofrecidos, y luego, mientras profesaba obediencia implícita a la voluntad divina, se esforzó para que su conducta concordara con los propósitos de Balac.

He aquí una solemne advertencia para el pueblo de Dios de hoy, de no permitir que ningún rasgo anticristiano viva en sus corazones. Un pecado que se fomenta se vuelve habitual; y, fortalecido por la repetición, pronto ejerce una influencia controladora, sometiendo todas las facultades más nobles. Balaam amó la recompensa de la injusticia. No resistió ni venció el pecado de la codicia, que

Dios clasifica con la idolatría. Satanás se apoderó totalmente de él por esta falta, que deterioró su carácter y lo convirtió en un servidor del tiempo. Llamó a Dios su señor; pero no le sirvió; no obró las obras de Dios.

Hay hombres que profesan la piedad hoy en día que no manifiestan más amor verdadero por Dios que el que tenía Balaam. Es una solemne burla profesar una fe que no ejerce un poder controlador sobre nuestras vidas. Cristo declaró a sus seguidores que si hacían el gran objetivo de la vida acumular tesoros en la tierra, no podían ser sus discípulos. "No podéis servir a Dios y a las riquezas". El hombre cuyos afectos están centrados en Dios no será codicioso de tesoros terrenales.

Satanás siempre presenta ganancias y honores mundanos para apartar a los hombres del servicio de Dios. Les dice que es su exceso de conciencia lo que los aparta de la prosperidad. Engañados por sus tentaciones, se aventuran fuera del camino de la estricta integridad. Un paso en la dirección equivocada facilita el siguiente, y se vuelven cada vez más presuntuosos. Harán y se atreverán a las cosas más terribles, una vez que se hayan entregado al control de la avaricia y al deseo de poder. Si los hombres sólo buscaran aquellas cosas que tienen un valor incalculable,-la inmortalidad de la fama y las riquezas eternas,-no darían lugar a las tentaciones de Satanás.

La vida de Pablo fue un éxito brillante. El mundo, que no conoció a Cristo ni el poder de su resurrección, consideró a Pablo como alguien que sacrificó fama, honor y grandeza por una vida de ignominia, sufrimiento y decepción. Pero mientras sus contemporáneos que se entregaron al servicio del mundo y a la persecución de los puros y buenos, han sido olvidados hace mucho tiempo, el nombre del gran apóstol nunca perecerá. Está inmortalizado en los registros de arriba, y en cada generación ha sido consagrado en los corazones de aquellos que aman a Dios.

En contraste con la vida de Pablo, cuán despreciable parece el proceder de Balaam, buscando codiciosamente riquezas y honores de quienes odiaban al Dios del Cielo, y dispuesto a comprarlos mediante la conformidad con un pueblo corrupto. ¿Quién puede contemplar su conducta sin aborrecerla? Si hubiera sido fiel a Dios, a la justicia y a los principios, habría respondido a los mensajeros de Balac: "En principio, estoy relacionado con este pueblo al que queréis maldecir. Su Dios es mi Dios. Él está por encima de todos los dioses; no hay nadie como él en toda la tierra. Su majestad y poder me llenan de temor

y temor reverencial. Dejad el servicio de ídolos sin sentido, y dejad con ellos vuestras iniquidades, y servid al Señor Jehová, el único Dios vivo y verdadero."

Pero ese espíritu cobarde y avaro, que había sido fomentado durante tanto tiempo, gobernaba ahora al hombre con poder tiránico. Abrió de par en par la puerta para que Satanás tomara la ciudadela del corazón cuando recibió con avidez el soborno e invitó a los mensajeros a quedarse. El hombre se había vuelto espiritualmente ciego. Como sucede con demasiada frecuencia en la actualidad, el brillo y el oropel de este mundo habían eclipsado la gloria de las cosas eternas.

En la estación de la noche vino el ángel de Dios a Balaam, y le dijo: ¿Qué hombres son éstos que están contigo? Y Balaam respondió a Dios: Balac, hijo de Zipor, rey de Moab, ha enviado a decirme: He aquí hay un pueblo que ha salido de Egipto y que cubre la faz de la tierra. Ven ahora, maldíceme los; por ventura podré yo vencerlos y echarlos. Y Dios dijo a Balaam: No irás a ellos; no maldecirás a este pueblo, porque es bendito."

A la mañana siguiente, Balaam despidió de mala gana a los mensajeros. Pero no repitió cándidamente las palabras que Dios había pronunciado; y no advirtió a los moabitas que todos sus esfuerzos contra Israel resultarían en su propia destrucción. Balaam estaba disgustado porque todas sus brillantes visiones de honor y promoción habían sido repentinamente destruidas. Como un niño desilusionado, exclamó petulante: "Vete a tu tierra, porque Jehová me niega licencia para ir contigo".

25 de noviembre de 1880

El encuentro de Balaam con el ángel

EGW

Cuando los mensajeros de Balac regresaron a Moab, después de su primera visita a Mesopotamia, informaron a su rey de la negativa del profeta a acompañarlos, pero no insinuaron que Dios se lo había prohibido. Suponiendo que Balaam deseaba regalos más valiosos y una mayor exaltación, Balac y sus consejeros decidieron hacer que los incentivos fueran tan grandes que nada pudiera impedir que accediera a su petición. Ahora enviaron príncipes más numerosos y más honorables que los primeros, con promesas de mayores honores, y con autoridad para acceder a cualquier condición que Balaam pudiera exigir.

El rey de Moab estaba muy serio, y su mensaje urgente al profeta fue: "Te ruego que nada te impida venir a mí; porque yo te promoveré a muy grande honra, y haré todo lo que me digas; ven, pues, te ruego, maldíceme a este pueblo."

Por segunda vez, Balaam fue puesto a prueba. En respuesta a las peticiones de los embajadores, se mostró muy concienzudo e íntegro, asegurándoles que ninguna cantidad de oro y plata podría inducirle a actuar en contra de la voluntad de Dios. Este discurso revela la hipocresía del hombre, pues la voluntad de Dios ya le había sido definitiva y positivamente dada a conocer. Su corazón anhelaba cumplir la petición del rey, y buscaba alguna excusa para satisfacer su deseo de riquezas y honores.

El corazón de Balaam estaba con los enemigos de Dios, más que con Israel. Si hubiera deseado sinceramente hacer la voluntad de Dios, habría rechazado totalmente las recompensas de Balac, y habría despedido a los mensajeros sin demora. Así habría obtenido una victoria sobre esas fuertes propensiones avariciosas que serían su ruina si no las vencía. El pecado de la codicia está terriblemente denunciado en la palabra de Dios. "El impío se jacta del deseo de su corazón, y bendice a los codiciosos, a quienes el Señor aborrece". La mundanalidad, la codicia y la avaricia son vicios que con seguridad deterioran al hombre entero. Son frutos del egoísmo y del pecado, y deshonoran groseramente a Dios.

Balaam instó a los mensajeros a que se detuvieran, para poder seguir consultando a Dios; como si el Infinito fuera un hombre, para ser persuadido. En la estación nocturna, el Señor se apareció a Balaam y le dijo: "Si los hombres vienen a llamarte, levántate y ve con ellos; pero la palabra que yo te diga, ésa harás". El Señor le dio a Balaam su propio camino, porque estaba decidido a tenerlo. No quiso hacer la voluntad de Dios, sino que escogió su propio camino, y luego se esforzó por obtener la sanción del Señor.

Los moabitas eran un pueblo degradado e idólatra; sin embargo, manifestaron sinceridad y seriedad en sus persistentes esfuerzos por obtener el poder de la adivinación contra Israel. Según la luz que habían recibido, su culpa no era tan grande a los ojos del Cielo como la de Balaam. Como él profesaba ser profeta de Dios, todo lo que dijera se supondría que procedía del Señor Jehová. Por lo tanto, no se le debía permitir que hablara como quisiera, sino que debía entregar el mensaje que Dios le diera. El Señor vio en este pretencioso profeta a un hombre cuyo corazón estaba contaminado por el engaño y la hipocresía, y trató con él según sus propios caminos perversos y obstinados.

Este ejemplo queda registrado para beneficio de todas las generaciones venideras. Es peligroso jugar con Dios para seguir una voluntad obstinada y decidida. En la actualidad hay miles de personas que siguen un camino semejante al de Balaam. Siguen sus propios caminos, y toman el consejo de sus propios corazones, bajo la pretensión de ser guiados y controlados por el Espíritu de Dios. Y las oraciones de estos engañados voluntariamente son respondidas de acuerdo con el espíritu que los impulsa. Con sabios propósitos, el Señor a menudo les permite salirse con la suya. Caminan en una espesa niebla, la atmósfera que Satanás respira alrededor del alma.

Los peligros acechan el camino de todo hombre que, renunciando a la única Guía verdadera, intenta, a la luz de su propia sabiduría, encontrar un camino seguro a través de los peligros y dificultades de este mundo. Tal hombre se coloca en una situación mucho más peligrosa que la del viajero que trepa por la resbaladiza cara de un acantilado, donde, si pierde el equilibrio por un momento, caerá y se hará pedazos. David describe el peligro de los que no caminan con Dios, sino que por un tiempo parecen prosperar en un mal camino: "Los pusiste en lugares resbaladizos, los derribaste a la destrucción en un momento. El terror los consume por completo".

Los descuidados, presuntuosos y seguros de sí mismos avanzan temerariamente por senderos prohibidos, pensando realmente que pueden apartarse de la estricta integridad por el momento, en aras de alguna ventaja mundana, y que una vez conseguido este deseo del corazón depravado, pueden cambiar de rumbo cuando les plazca. Los tales caminan sobre lugares resbaladizos. Rara vez recuperan el equilibrio. Los pasos de un hombre bueno son ordenados por el Señor; pero aquellos que eligen invitar a la tentación, que se aventuran en terreno prohibido para asegurarse alguna ventaja egoísta, se volverán débiles en poder moral; y al no discernir la tentación del mal, sólo verán en ella el bien, y así se les deja vagar más y más lejos de Dios.

Vivimos en los últimos días. El mal prevalece por todas partes. La eliminación de una salvaguardia de la conciencia, la falta de práctica de una buena resolución, el mantenimiento de un mal hábito, un descuido de las altas exigencias del deber, rompe las defensas del alma, y abre el camino para que Satanás entre y nos extravíe a placer. El único camino seguro es dejar que nuestras oraciones salgan diariamente de corazones sinceros, como hizo David: "Sostén, oh Dios, mis pasos en tus sendas, para que no resbalen mis pasos."

Balaam había recibido permiso para ir con los mensajeros de Moab, si venían por la mañana a llamarlo. Pero molestos por su demora, y esperando otra negativa, emprendieron su viaje de regreso sin consultar más con él. Ahora estaba libre de sus requerimientos, y toda excusa para cumplir con la petición de Balac había desaparecido. Sin embargo, no se atrevía a renunciar a los honores en los que estaba empeñado; y como el Señor no le había prohibido ir por segunda vez, decidió partir inmediatamente y, si era posible, alcanzar a los embajadores.

En consecuencia, tomando la bestia en que acostumbraba montar, y acompañado por sus siervos, Balaam emprendió su viaje. Temía que incluso ahora le fuera retirado el permiso divino, y avanzaba ansiosamente, apresurado, nervioso e impaciente, no fuera a ser que por algún medio no obtuviera la codiciada recompensa. ¡Qué poco se parecía en carácter y apariencia a un hombre calificado para ejecutar una comisión divina!

La cólera de Dios se encendió contra Balaam por su locura celestial, y "un ángel del Señor se interpuso en el camino como adversario contra él". El animal, al ver al mensajero divino, que, sin embargo, era invisible para el amo, se desvió del camino hacia un campo. Con crueles golpes, Balaam hizo volver a la bestia al camino; pero de nuevo, en un lugar estrecho y rodeado de muros, apareció el ángel, y el animal, tratando de evitar la figura amenazadora, aplastó el pie del jinete contra la pared.

Si Balaam se hubiera detenido a reflexionar, habría tenido motivos suficientes para preguntarse si no se estaba moviendo en contra de la voluntad de Dios. Pero estaba ciego a la interposición celestial, y no sabía que Dios estaba obstruyendo su camino. El hombre se exasperó y, golpeando a su animal de la manera más despiadada, lo obligó a proseguir.

De nuevo, en un lugar donde no había paso, el ángel apareció, como antes, en actitud ofensiva; y la pobre bestia, temblando de terror, hizo un alto total, y cayó a tierra bajo su jinete. Balaam perdió todo dominio de sí mismo, y su furia enloquecida subió a un punto extremo. La bestia muda estaba ahora dotada de habla, y protestó contra su frenético amo por su cruel trato. "¿Qué te he hecho para que me golpees tres veces?"

Si Balaam hubiera estado en posesión de su razón, se habría llenado de temor y se habría dado cuenta de que un poder sobrenatural le impedía el paso. Pero la furia ingobernable había destronado a la razón, y este maravilloso milagro pasó inadvertido. Respondió a esta bestia como si se hubiera dirigido a un ser

inteligente: "Ya que te has burlado de mí, ojalá tuviera una espada en la mano, porque ahora te mataría". Aquí estaba un mago profeso, en camino de pronunciar una maldición sobre todo un pueblo con la intención de paralizar su fuerza, ¡mientras que no tenía poder ni siquiera para matar a la humilde bestia sobre la que cabalgaba!

Los ojos de Balaam se abrieron ahora, y vio al ángel de Dios de pie con la espada desenvainada, listo para matarlo. Estaba más aterrorizado que la pobre bestia, e "inclinó la cabeza y cayó de bruces". El ángel le dijo: "¿Por qué has herido a tu bestia estas tres veces? He aquí, yo salí para resistirte, porque tu camino es perverso delante de mí. Tu bestia me vio, y se apartó de mí estas tres veces; si no se hubiera apartado de mí, ciertamente ahora también yo te habría matado, y la habría salvado con vida."

He aquí una lección para todos los que tienen capacidad de raciocinio: que el maltrato, incluso a los animales, es ofensivo para Dios. Aquellos que profesan amar a Dios no siempre consideran que el maltrato a los animales, o el sufrimiento causado a ellos por negligencia, es un pecado. Los frutos de la gracia divina se revelarán en los hombres tanto por la manera como traten a sus animales, como por su servicio en la casa de Dios. Los que se permiten impacientarse o enfurecerse con sus animales no son cristianos. Un hombre que es duro, severo y dominante con los animales inferiores, porque los tiene en su poder, es a la vez un cobarde y un tirano. Y, si se le presenta la oportunidad, manifestará el mismo espíritu cruel y dominante hacia su mujer y sus hijos.

Dios, que creó al hombre, hizo también a los animales. Debían servir a la comodidad y felicidad del hombre, servirle y ser controlados por él. Pero este poder no debía usarse para causar dolor mediante castigos severos o exacción cruel. Sin embargo, algunos son tan imprudentes e insensibles hacia sus fieles animales como si los pobres brutos no tuvieran carne y nervios que pueden estremecerse de dolor.

Muchos piensan que su crueldad no se conocerá jamás, porque las pobres bestias mudas no pueden revelarla. Pero si se abrieran los ojos de estos hombres, como se abrieron los ojos de Balaam, verían a un ángel de Dios de pie como testigo para testificar contra ellos en los tribunales de lo alto. Un registro sube al cielo, y viene un día en que se pronunciará juicio contra los hombres que se hacen demonios por su trato con las criaturas de Dios.

Si los animales pudieran hablar, ¡qué hechos de horror se revelarían, qué historias de sufrimiento, a causa de la perversidad del temperamento del

hombre! Cuántas veces esas criaturas del cuidado de Dios sufren dolor, soportan hambre y sed, porque no pueden dar a conocer sus necesidades. Y cuán a menudo está determinado por la misericordia o el capricho del hombre, si reciben atención y bondad, o negligencia y abuso. El castigo dado con pasión a un animal es frecuentemente excesivo, y es entonces crueldad absoluta. Los animales tienen una especie de dignidad y respeto por sí mismos, similar al que poseen los seres humanos. Si se les maltrata, bajo la influencia de una pasión ciega, sus espíritus serán aplastados, y se volverán nerviosos, irritables e ingobernables.

Había bestias en el Edén, y habrá bestias en la tierra nueva. A menos que los hombres que aquí se han entregado a la crueldad hacia las criaturas de Dios, superen esa disposición y lleguen a ser como Jesús, bondadosos y misericordiosos, nunca participarán de la herencia de los justos. Si estuvieran allí, ejercerían el mismo espíritu que no se ha superado aquí. Toda disposición a causar dolor a nuestros semejantes o a la creación bruta es satánica. Balaam demostró el espíritu que poseía, en su conducta hacia su bestia.

Cuando vio a los mensajeros de Dios, Balaam exclamó aterrorizado: "He pecado, pues no sabía que te interponías en mi camino; ahora, pues, si te desagrada, me haré volver". Con sabio propósito, el Señor permitió que Balaam prosiguiera su viaje, pero le dio a entender claramente que sus palabras debían ser controladas por el poder divino. Dios quería demostrar a Moab que los hebreos estaban bajo la tutela del Cielo; y esto no podía hacerse de manera más eficaz que mostrándoles que un hombre de la disposición codiciosa de Balaam no podía, por ninguna promesa de promoción o recompensa, pronunciar una maldición contra Israel.

Hay muchos en el mundo de hoy cuyo carácter está representado por el de Balaam. Tienen un conocimiento correcto de la mayoría de las doctrinas de la religión, pero con ellas se mezclan supersticiones y herejías. Satanás tiene conocimiento de la verdad, y lo mismo sucede con muchos que son sus siervos. De sus labios pueden salir palabras excelentes; pueden afirmar que poseen gran fe y que gozan mucho de la bendición divina; pero sus corazones están destituidos de la gracia de Dios. No son seguidores de Cristo, y no hacen las cosas que le agradan. La única seguridad para cualquiera, tanto en la actualidad como en la antigüedad, es tratar diligentemente de conocer la voluntad de Dios, y luego estar dispuesto a obedecer esa voluntad.

Los que profesan ser siervos del Dios viviente, frecuentemente se unen con hombres impíos, esperando ser promovidos al honor y recompensados con riquezas; y muchos sacrifican la conciencia, el juicio, el carácter y el favor de Dios, para formar una alianza con mundanos. Tales personas llaman a Dios su Maestro, pero rehúsan guardar sus mandamientos. Confunden la ganancia con la piedad, y a menos que se aparten de sus malos caminos, perecerán con los obradores de iniquidad.

2 de diciembre de 1880

Balaam no puede maldecir a Israel

EGW

Cuando se le informó de la llegada de Balaam, el rey de Moab salió con un gran séquito a las fronteras de su reino, para dar la bienvenida al profeta y rendirle honores especiales. Después de los primeros saludos, el monarca expresó su asombro por la tardanza de Balaam, en vista de las grandes riquezas y honores que le esperaban. La respuesta fue:

"He aquí, he venido a ti; ¿tengo ahora algún poder para decir algo? La palabra que Dios ponga en mi boca, ésa hablaré". Balaam lamentó grandemente esta restricción; temía que su propósito no pudiera llevarse a cabo, porque el poder controlador del Señor estaba sobre él.

Con gran despliegue, Balac escoltó a su huésped a la capital, donde se celebraría un espectáculo público y se harían ofrendas especiales para obtener el favor de sus dioses. Se había preparado un suntuoso banquete, y se había hecho todo lo que la riqueza y el poder de Moab podían hacer, para que sus servicios idólatras fueran grandiosos e imponentes, con el objeto expreso de impresionar al profeta con la superioridad de su religión sobre cualquier otra. Aquí estaba sentado este siervo profeso del Dios viviente, con una compañía de idólatras, en un banquete ofrecido en honor de sus deidades. Este malvado profeta se estaba vendiendo por una recompensa.

En este caso tenemos una ilustración de la gran ceguera que sobrevendrá a las mentes de aquellos que sacrifican sus intereses eternos al amor de la ganancia. El carácter de Balaam había sido puesto a prueba y se descubrió que era escoria. El oro fino de los principios y de la firme integridad había desaparecido, y sólo aparecía el metal común.

Si los hombres que profesan ser hijos de Dios, ceden ignominiosamente a la tentación; si buscan el honor que el mundo les ofrece, en lugar del honor que viene de lo alto, su poder y sabiduría jactanciosos resultarán ser sólo debilidad e insensatez. Recogerán una cosecha de agonía y desesperación. Pero si los que llevan el nombre de siervos de Dios rinden obediencia a su voluntad, y se enfrentan audazmente a los poderes de las tinieblas, sin tener armonía ni unión con los enemigos declarados del Señor, aunque la oposición venga feroz y fuerte; aunque se sufran grandes pérdidas financieras; ellos, como los fieles y verdaderos profetas de antaño, triunfarán finalmente.

Terminada la fiesta, el rey con todos sus hombres honorables escoltó a Balaam a los altos lugares de Baal, desde donde podía contemplar las inmensas asambleas de los hebreos, esparcidas en la llanura de Sitim y en las tierras de la mesa. Contemplad al profeta desde lo alto, mirando hacia abajo sobre los campamentos del pueblo elegido de Dios. Qué poco sabe Israel de lo que está sucediendo tan cerca de ellos. Qué poco saben del cuidado de Dios, extendido sobre ellos de día y de noche. ¡Cuán embotadas están las percepciones del pueblo de Dios! ¡Cuán lentos son, en todas las épocas, para comprender su gran misericordia y amor!

Mientras todos los poderes de la tierra y del infierno se combinan para destruir, Dios guarda todavía a sus hijos. El Señor no quiere tener a su pueblo en continuo temor, por lo que no le revela ni la milésima parte de los esfuerzos de su gran adversario para atraerlo y destruirlo. Si pudieran discernir el maravilloso poder de Dios constantemente ejercido en su favor, ¿no se llenaría su corazón de gratitud por su amor, y de temor al pensar en su majestad y maravilloso poder?

Allí, en la cima de la montaña, están los emisarios de Satanás, maquinando el mal contra el pueblo de Dios, que está inconsciente de su peligro. Pero el que guarda a Israel no duerme. El ojo del Señor discierne todo complot contra los suyos, y ningún arma forjada contra su iglesia prosperará. Dios refrena el poder de los malvados. Les dice: "Hasta aquí llegarás, y no más lejos". ¡Qué pensamiento es éste! ¡Qué tema para la contemplación! y ¡qué respuesta de amor y fidelidad debe suscitar en cada hijo de Dios!

Balaam tenía cierto conocimiento de las ofrendas sacrificiales de los hebreos, y pensó que superándolas en regalos costosos, podría obtener la bendición divina y asegurar el cumplimiento de sus pecaminosos proyectos. Así, los sentimientos de los moabitas idólatras se iban apoderando de su mente. Sin duda, su sabiduría

se había convertido en necedad; su visión espiritual estaba nublada; había provocado la ceguera sobre sí mismo al ceder al poder de Satanás.

Balaam ordenó erigir siete altares, y con un celo digno de mejor causa, ofreció sobre cada altar un buey y un carnero. Luego se retiró a un "lugar alto" para reunirse con Dios, prometiendo dar a conocer a Balac todo lo que el Señor le revelara.

Balaam había quedado muy aterrorizado por su encuentro con el ángel, en el viaje a Moab. Pero ahora se lisonjeaba de que con sus ofrendas se aplacaría la cólera divina; y sus primeras palabras al entrar en la presencia de Dios fueron una enumeración de estos sacrificios en las alturas de Baal. Pero habían sido ofrecidos sin arrepentimiento, fe, obediencia ni amor, por corazones llenos de enemistad con Dios, sus caminos y sus propósitos. Aquel que es perfecto en sabiduría y santidad, no puede aceptar el fruto de la hipocresía, la codicia y la malicia.

El mismo espíritu que animó a Balaam existe hoy en el corazón de los hombres. Cuántos pretenden ser cristianos, mientras están tan destituidos de la verdadera piedad como lo estaba el presuntuoso profeta. Desprecian la idea del arrepentimiento hacia Dios porque han transgredido su ley; afirman que Cristo es su Salvador, mientras que sus acciones demuestran que no tienen su espíritu. Están en guerra con la sagrada ley de Dios, y tratan de ocultar su perversa defección bajo la gracia y la misericordia de Cristo, cuya misión en la tierra era reivindicar las exigencias de la ley de su Padre. "He guardado", afirma, "los mandamientos de mi Padre".

Fue el amor de Dios hacia los hijos de los hombres lo que le movió a proclamar su ley desde el Sinaí. Porque el entendimiento de los hombres se había oscurecido por la continua transgresión, Dios, en su infinita misericordia, condescendió a concederles los oráculos vivientes en toda su pureza original. A esta ley se opone el corazón carnal; y los hombres impíos, como Balaam, se unirán a los enemigos del Señor para tratar de destruir su santa ley y arruinar la influencia de los que la vindican. Pero Dios ha preservado su gran regla de derecho, sin cambios a través de todas las edades. Como la fuente de donde brota, está llena de bondad, pureza y verdad. Como el ojo de Dios, penetra a través de todos los engaños del pecado, hasta "discernir los pensamientos y las intenciones del corazón".

Esa ley destella convicción por todos lados. Los pecadores desean librarse de ella, y muchos que se llaman cristianos revisten sus almas pecadoras e hipócritas

con las vestiduras de la justicia de Cristo, y pisotean bajo sus pies la gran regla del derecho de Dios. La adoración ofrecida a Dios por esta clase es semejante a la ofrenda de Balaam en favor de Balac. Son igualmente ofensivos para Dios.

A pesar de lo pecaminoso del proceder de Balaam, el Señor consideró oportuno transmitir a través de él un mensaje al rey de Moab; y las palabras pronunciadas no eran sólo para él, sino que iban a ser trazadas en las páginas de la historia como admonición y estímulo para Israel en todas las épocas.

El impaciente rey, con los nobles y príncipes de Moab, permanecía de pie junto al humeante sacrificio, mientras a su alrededor se congregaban multitudes expectantes, aguardando ansiosamente el regreso del profeta. Llegó por fin, y el pueblo esperó sin aliento las palabras que paralizarían para siempre aquel misterioso poder que obraba en favor de los odiados israelitas. En solemne silencio esperaron a que pronunciara la maldición. Él habló:

"Balac, rey de Moab, me ha traído de Aram, de los montes del Oriente, diciendo: Ven, maldíceme a Jacob, y ven, desafía a Israel. ¿Cómo maldeciré yo a quien Dios no maldijo, o cómo desafiaré a quien Jehová no desafió? Porque desde lo alto de las peñas lo veo, y desde los collados lo contemplo. He aquí que el pueblo habitará solo, y no será contado entre las naciones. ¿Quién podrá contar el polvo de Jacob, y el número de la cuarta parte de Israel? Muera yo la muerte de los justos, y sea mi postrimería como la suya".

Balaam confesó que había venido con el propósito de maldecir a Israel y fortalecer los corazones del pueblo de Moab. Pero el poder del Señor se posó sobre él y controló su discurso. Las palabras que pronunció eran directamente contrarias a los sentimientos de su corazón. En la profecía más solemne pronunció bendiciones sobre Israel, mientras que su alma estaba llena de maldiciones. Dios había dado a Balaam una prueba del poder divino, al hablar por medio de la bestia muda, y este hombre impío era ahora un instrumento en la mano de Dios tan verdaderamente como lo había sido la bestia. No tenía más poder para controlar sus palabras, ni más razón para glorificarse, que el animal sobre el cual cabalgaba.

A Balaam se le mostró el favor peculiar con que Dios consideraba a Israel, y su carácter distintivo como pueblo escogido. Vio que la posición que debían mantener los israelitas -una completa separación de todas las naciones circundantes- representaba la relación que todos los verdaderos cristianos debían sostener con el mundo. "El pueblo habitará solo, y no será contado entre las naciones". En la época en que se pronunciaron estas palabras, los israelitas

no tenían asentamiento permanente, y su carácter peculiar, sus modales y costumbres, no le eran familiares a Balaam. Sin embargo, ¡cuán asombrosamente se cumplió esta profecía en la historia posterior de este pueblo! A través de todos los años de su cautiverio en Babilonia, a través de todas las edades desde que fueron dispersados entre las naciones, han mantenido las características distintivas de su nacionalidad y su religión.

No sólo se le mostró a Balaam la historia del pueblo hebreo como nación, sino que contempló el crecimiento y la prosperidad del verdadero Israel de Dios hasta el fin de los tiempos. Vio que el favor especial del Altísimo favorecía a su pueblo fiel y obediente. Las grandes verdades pronunciadas por Balaam se grabaron fuertemente en su propia mente. Vio a los que aman y temen a Dios, sostenidos por su brazo mientras entraban sin vacilación en el oscuro valle de sombra de muerte. Y los vio salir de sus tumbas, coronados de gloria, honor e inmortalidad.

Contempló la inmensa multitud de santos, felices, regocijándose en las glorias inmarcesibles de la tierra hecha nueva. Contemplando la escena, el profeta exclamó: "¿Quién podrá contar el polvo de los justos, o el número de la cuarta parte de Israel?". Y al ver las coronas de gloria en cada frente, la alegría que irradia de cada semblante, y al esperar esa vida sin fin de felicidad sin paliativos, pronuncia la solemne oración: "Déjame morir la muerte de los justos, y que mi último fin sea como el suyo".

¡Qué testimonio es éste, dado ante reyes y príncipes! Se ha permitido que la luz del Cielo brille sobre la mente del profeta, revelándole los propósitos de Dios para con su pueblo. Si Balaam está dispuesto a aceptar la luz que Dios le ha dado, ahora hará realidad sus palabras; romperá de una vez y para siempre toda conexión con Moab. Ya no presumirá de la misericordia de Dios, sino que volverá a él con profundo arrepentimiento y humillación. Pero Balaam no hizo tal cosa. Amaba el salario de la injusticia, y estaba decidido a conseguirlo a cualquier precio.

Es difícil para un hombre que una vez pone sus pies en un camino equivocado, volver sobre sus pasos. Cuando los hombres ceden a la tentación por lujuria de ganancia o por amor al honor, y se proponen dañar o destruir al pueblo de Dios, entran en un camino que sólo termina en destrucción. Están haciendo la obra de Satanás. Están animados por su espíritu y ven las cosas desde su punto de vista. Dios puede convencerlos de su mal proceder, como condenó a Balaam; y si cambiaran decididamente, podrían ser redimidos; pero rara vez lo hacen. No

humillan sus corazones y se convierten. Tales hombres siguen el mismo curso seguido por Balaam. Realmente desean que su fin sea como el de los justos, pero no están dispuestos a vivir la vida de los justos.

9 de diciembre de 1880

El propósito de Dios para con Israel no ha cambiado

EGW

Balac había esperado confiadamente una maldición que caería como una plaga fulminante sobre Israel, y las palabras del profeta lo llenaron de sorpresa y horror. Exclamó apasionadamente: "¿Qué me has hecho? Te tomé para que maldijeras a mis enemigos, y he aquí que los has bendecido por completo".

Balaam se esforzó por hacer de la necesidad virtud, y profesó haber pronunciado por consideración consciente a la voluntad de Dios las palabras que habían sido forzadas a salir de sus labios por el poder divino. Su respuesta fue: "¿No debo cuidarme de decir lo que el Señor ha puesto en mi boca?".

Balac ni siquiera podía renunciar ahora a su esperanza de asegurar la destrucción de Israel. Decidió que el imponente espectáculo presentado por el vasto campamento de los hebreos, dispuestos en perfecto orden -cada tribu alrededor de su propio estandarte, y el tabernáculo de Dios entre ellos- había intimidado tanto a Balaam que no se atrevía a practicar sus adivinaciones contra ellos. El rey esperaba que un cambio de lugar pudiera tener algún efecto a su favor. Llevaría al profeta a algún punto donde sólo se viera una pequeña parte del ejército de Israel; y si allí lograba que Balaam los maldijera en partidas separadas, todo el campamento podría quedar pronto entregado a la destrucción. En todo esto, Balac parece haber tenido aún perfecta confianza en que los encantamientos de Balaam podrían paralizar la fuerza de Israel, y traer confusión y derrota a sus ejércitos.

Balaam fue conducido ahora a la cima de una elevación llamada Pisga, donde se le sometería a otra prueba. No había perdido toda esperanza en la recompensa, y estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en su mano para llevar a cabo los propósitos del rey. En esta altura se erigieron, como antes, siete altares, en los que se colocaron las mismas ofrendas que en la primera. El rey y sus príncipes se quedaron de nuevo junto a los sacrificios, mientras Balaam se retiraba para reunirse con Dios. Una vez más se le confió al profeta un mensaje divino, que no podía alterar ni negar.

Cuando apareció ante la ansiosa y expectante compañía, se le formuló la ansiosa pregunta: "¿Qué ha dicho el Señor?". La respuesta, como antes, infundió terror en el corazón del rey y de los príncipes:

"Dios no es hombre, para que mienta; ni Hijo de hombre, para que se arrepienta; ¿dijo, y no hará; o habló, y no hará? He aquí, yo he recibido mandamiento de bendecir; y él ha bendecido, y yo no puedo revocarlo. No ha mirado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel; Jehová su Dios está con él, y grito de rey en medio de ellos. Dios los sacó de Egipto; tiene como la fuerza de un unicornio. Ciertamente no hay encantamiento contra Jacob, ni adivinación contra Israel; según este tiempo se dirá de Jacob y de Israel: ¿Qué ha hecho Dios? He aquí que el pueblo se levantará como un gran león, y se alzarán como un león joven; no se echará hasta que coma de la presa y beba la sangre de los muertos."

En esta profecía, Balaam expone el carácter inmutable de Dios. Los hombres son inconstantes, poco fiables; especialmente cuando sus mentes no están bajo la dirección del Espíritu Santo. Cuando los hombres son controlados por el príncipe de las tinieblas, no se puede depender de sus promesas o compromisos. Pero siendo Dios infinito en sabiduría y bondad, sus propósitos y decretos son inmutables.

Se dice en las Escrituras que Dios se arrepintió de haber hecho tanto por el hombre, cuando sólo la ingratitud y la desobediencia eran la retribución de todas sus misericordias. Aquí habla el Señor a la manera de los hombres, para que el hombre finito le entienda. Cuando Dios ha pronunciado juicios contra un pueblo, como lo hizo contra Nínive, y, como Nínive, creen en la palabra de Dios, se humillan ante él y se vuelven de sus malos caminos, revoca su sentencia y da a los transgresores de su ley otra prueba. Pero en toda la historia de los tratos de Dios, se encontrará que aunque él puede soportar mucho tiempo al pecador, la desobediencia seguramente encontrará su castigo. Hay límites a la paciencia de Dios; hay un punto en que se hace necesario interponer su venganza y reprender visiblemente la impiedad de los hombres. Y no es menos evidente, que los que aman y obedecen la ley de Dios se darán cuenta de que Él quiere decir lo que dice, y que todas sus preciosas promesas a los fieles y obedientes se cumplirán al pie de la letra.

El Señor anunció solemnemente que era su propósito bendecir a Israel, y que no sancionaría la opresión ni el ultraje contra la posteridad de Jacob. Mientras cumplieran las condiciones que les había dado, él sería fiel en el cumplimiento

de todas sus promesas. A Balaam se le hizo comprender la confianza y la fuerza de Israel. "El grito de un rey está entre ellos". Cristo, consagrado en la columna nubosa, estaba en medio de ellos, reinando sobre ellos y protegiéndolos, y conduciéndolos a la batalla y a la victoria. Sus recientes conquistas, mientras avanzaban con la fuerza de Dios, les habían inspirado esperanza y valor. A la palabra de Dios estaban listos para avanzar o retroceder, para ponerse la armadura o quitársela, con la misma seguridad confiada de la victoria final.

"Dios los sacó de Egipto; tiene, por decirlo así, la fuerza de un unicornio". El rinoceronte es uno de los animales más poderosos, y Balaam usa esta criatura como figura para mostrar cuán vano es que cualquier poder terrenal se aliste contra el Altísimo. Dios había cumplido su voluntad al sacar a Israel de la esclavitud y la idolatría en Egipto, a pesar de la oposición del Faraón y sus huestes. Sería más seguro para los animales menores atacar al poderoso unicornio, que para el hombre finito tratar de desviar los propósitos del Infinito.

Asombrado por estas revelaciones del poder divino, Balaam exclamó: "Ciertamente no hay encantamiento contra Jacob, ni adivinación contra Israel." El gran mago había probado su poder de encantamiento, de acuerdo con el deseo de los moabitas; pero con respecto a esta misma ocasión habría que decir de Israel: "¿Qué ha hecho Dios?". Quedaría registrado en las páginas de la historia el hecho de que, mientras Israel estuviera bajo la protección divina, ningún pueblo o nación, aunque contara con la ayuda de todo el poder de Satanás, podría prevalecer contra él. Todo el mundo debería maravillarse ante la maravillosa obra de Dios en favor de su pueblo: que un hombre decidido a seguir un curso pecaminoso fuera tan controlado por el poder divino como para pronunciar, en lugar de imprecaciones, las promesas más ricas y preciosas, en el lenguaje de una poesía sublime y apasionada.

El favor de Dios manifestado esta vez hacia Israel debía ser una garantía de su cuidado protector hacia sus hijos obedientes y fieles de todas las edades. Cuando Satanás inspirara a hombres malvados a molestar, tergiversar, hostigar y destruir al pueblo de Dios, este mismo acontecimiento les sería traído a la memoria, y fortalecería su valor y su fe en Dios.

El éxito futuro de Israel, y la perdición de sus enemigos, se exponen además en las palabras: "El pueblo se levantará como león grande, y se alzarán como cachorro de león; no se echará hasta que coma de la presa, y beba de la sangre de los muertos". Seguramente, este mensaje debería haber sido una advertencia suficiente tanto para Balaam como para el rey de Moab, para que no hicieran

más intentos de dañar al pueblo tan señaladamente protegido por el poder infinito.

16 de diciembre de 1880

La prosperidad de Israel anunciada

EGW

El rey de Moab estaba descorazonado y angustiado por el segundo fracaso de sus esfuerzos para conseguir una maldición sobre Israel. En la angustia de su alma exclamó: "Ni los maldigas, ni los bendigas". Sin embargo, una débil esperanza aún persistía en su corazón, y decidió hacer otra prueba. Condujo ahora a Balaam al monte Peor, donde estaba el templo más famoso por las repugnantes escenas de libertinaje que allí se representaban en honor de su dios. Allí se erigió el mismo número de altares que antes, y se ofreció el mismo número de sacrificios; pero Balaam no fue solo, como otras veces, para conocer la voluntad de Dios. No pretendió hacer brujería, sino que, de pie junto a los altares, miró a su alrededor las tiendas de Israel, muy extendidas. De nuevo el Espíritu de Dios se posó sobre él, y el mensaje divino salió de sus labios en el mismo lenguaje poético que antes:

"¡Qué hermosas son tus tiendas, oh Jacob, y tus tabernáculos, oh Israel! Como los valles se extienden, como huertos a la orilla del río, como los árboles de lign-aloes que plantó Jehová, y como cedros junto a las aguas. Derramará el agua de sus cubos, y su simiente estará en muchas aguas, y su rey será más alto que Agag, y su reino será ensalzado. Se acurrucó, se echó como león, y como león grande: ¿quién lo despertará? Bendito el que te bendiga, y maldito el que te maldiga".

La prosperidad del pueblo elegido de Dios está representada aquí por algunas de las figuras más bellas que se pueden encontrar en la naturaleza. El profeta compara a Israel con valles fértiles, cubiertos de abundantes cosechas; con jardines florecientes, regados por manantiales inagotables; con el fragante árbol de la sandalia y el majestuoso cedro. La figura mencionada en último lugar es una de las más hermosas y apropiadas que se encuentran en la palabra inspirada. El cedro del Líbano ocupa el lugar más honorable entre los árboles de la Biblia. Era venerado por todos los habitantes de Tierra Santa. La clase de árboles a la que pertenece se encuentra dondequiera que haya ido el hombre, en toda la tierra. Florece con el calor, pero desafía el frío. Crece exuberante junto a los ríos y las fuentes de agua, pero prospera en los desechos arenosos. Planta sus

raíces en lo más profundo de las rocas de la montaña, y se yergue audazmente desafiando la tempestad. Sus hojas son brillantes y verdes cuando todo lo demás ha perecido al soplo del invierno. El viento, jugando con su follaje, produce una música suave y triste, y un torrente de perfume que llena el aire con su fragancia especiada. La mano divina ha exaltado al cedro como rey del bosque. Se le llama el árbol del Señor, y se le nombra entre las más preciosas y bellas de las obras de Dios en la tierra. Tan grande era su valor que incluso en la antigüedad sólo los reyes y los príncipes podían habitar en casas de cedro.

A medida que la ferviente imaginación del profeta se encendía ante la visión que Dios presentaba ante él, no podía imaginarse la prosperidad de Israel con nada más hermoso que las arboledas de cedros agitadas por el viento de la mañana, y ondeando sus verdes ramas en los valles. Los justos de todas las épocas están representados por el cedro del Líbano. Los honores más altos pertenecen a los que caminan humildemente con Dios. El más humilde discípulo de Jesús es, a los ojos de Dios, de rango superior al de reyes o príncipes.

Balaam profetiza que el rey de Israel sería más grande y poderoso que Agag. Este era el nombre que se daba a los reyes de los amalecitas, que en aquel tiempo eran una nación muy poderosa, pero, si era fiel a Dios, Israel sometería a todos sus enemigos. El rey de Israel era el Hijo de Dios, la majestad del Cielo; y su trono iba a establecerse un día en la tierra, y su poder iba a ser exaltado por encima de todos los reinos terrenales.

Balaam alza su voz de advertencia a todos los hombres que vivan sobre la tierra, desde Balac hasta los últimos enemigos de Dios, para que desistan de su propósito de destruir a los hijos de Dios; porque la maldición destinada a Israel recaería sobre las cabezas culpables de quienes la formularon.

Mientras escuchaba las palabras del profeta, una tempestad de esperanza defraudada, de miedo y rabia, se apoderó del alma de Balac, y prorrumpió en un torrente de airados reproches. Le indignaba que Balaam hubiera podido darle el menor aliento de una respuesta favorable, cuando todo estaba decidido en su contra. Contempló con desprecio el proceder transigente y engañoso del profeta. Aterrorizado y consternado, se golpeó las manos, sintiendo que su pueblo debía convertirse en presa de Israel. No comprendía hasta qué punto Balaam deseaba satisfacer las esperanzas de los moabitas, y que se había visto obligado por el poder de Dios a bendecir donde él esperaba maldecir. Enfurecido por la insensatez del profeta al dejar escapar la riqueza y el honor ofrecidos, el rey

exclamó ferozmente: "Huye, pues, ahora a tu lugar. Pensaba ascenderte a un gran honor, pero he aquí que el Señor te ha apartado del honor". La respuesta fue que el rey había sido prevenido de que Balaam sólo podía hablar las palabras que Dios le diera.

Antes de regresar a su pueblo, Balaam pronunció una bellísima y sublime profecía sobre el Redentor del mundo y la destrucción final de los enemigos de Dios: "Lo veré, pero no ahora. Lo veré, pero no de cerca. Saldrá una Estrella de Jacob, y un Cetro se levantará de Israel, y herirá los rincones de Moab, y destruirá a los hijos de Set". Se le permitió mirar hacia abajo a través de las edades hasta el primer advenimiento de Cristo, y luego hacia adelante hasta su segunda aparición, en poder y gloria. Vería al Rey sobre todos los reyes, pero no en el presente. Contemplaría su majestad y gloria, pero a gran distancia. Estaría entre el número de los impíos muertos, que saldrían en la segunda resurrección para oír la terrible sentencia: "Apartaos de mí, malditos". Contemplaría a los redimidos en la ciudad de Dios, mientras que él mismo quedaría excluido con los impíos.

Balaam concluyó prediciendo la destrucción completa de Moab y Edom, de Amalec y de los ceneos, no dejando así al rey moabita ningún rayo de esperanza. La profecía del triunfo de Israel, pronunciada por este apóstata, es similar a la declaración hecha por Judas, cuando trajo de vuelta las treinta piezas de plata, y declaró ante los dignatarios de la iglesia la inocencia de Cristo.

A Balaam se le había permitido contemplar las manifestaciones más señaladas del poder divino. Dios había comunicado a través de él los mensajes más sublimes, preciosos y sagrados de la verdad; sin embargo, no se humilló para arrepentirse de su avaricia y presunción. No se le concedería más luz. Había rechazado la última llamada de la misericordia. Ya no podía detenerse entre dos opiniones; no podía servir a Dios y a las riquezas. Había sacrificado el favor del Cielo para obtener el salario de la injusticia, y se contaba entre los enemigos de Dios.

El pueblo de Dios debe aprender estas lecciones en este tiempo. Pueden tener conocimiento de las cosas divinas y capacidad para ocupar un lugar importante en la obra de Dios; sin embargo, a menos que abriguen una sencilla dependencia de su Redentor, serán atrapados y vencidos por el enemigo.

Por la nobleza de su objetivo y la integridad de su ejecución, pueden ganar para sí mismos un nombre y un honor más alto que el de los reyes, si hacen de Dios su confianza, y no permiten que ninguna influencia externa aparte su interés o

su atención de la obra que les ha sido asignada. Los que quieran ser hombres de poder deben decidirse a hacer el uso más noble de cada facultad y de cada oportunidad. Deben hacer de la gloria de Dios el primer objeto de su vida, y recordar siempre que sólo la bondad es la verdadera grandeza.

Balaam se había visto obligado a bendecir, cuando su corazón anhelaba maldecir; había sido defraudado en su esperanza de riquezas y honor; y estaba casi tan profundamente afligido por el resultado de sus esfuerzos como lo estaba Balac. El mismo Príncipe de las Tinieblas le sugirió un plan que parecía prometer la destrucción de Israel. Fue propuesto al rey e inmediatamente adoptado.

Los moabitas habían descubierto que mientras Israel permaneciera fiel a Dios, él sería su escudo, y ningún poder de la tierra o del infierno podría hacerles daño. El plan ahora era levantar una barrera entre ellos y Dios, incitándolos a pecar. Si se les inducía a participar en el culto licencioso de Baal y Astarté, su omnipotente Protector se convertiría en su enemigo, y serían presa fácil de las feroces y belicosas naciones que los rodeaban. Balaam pronto partió para su lejano hogar; pero su diabólico plan se llevó a cabo inmediatamente.

30 de diciembre de 1880

Israel se aparta de Dios

EGW

Mientras Balac y sus consejeros conspiraban para inducir al pueblo de Dios a pecar y asegurar así su derrocamiento, los israelitas, inconscientes de su peligro, disfrutaban de paz y tranquilidad en sus tiendas entre las acacias del valle de Sitim. Tenían poco en qué ocupar sus mentes o su tiempo, y sentían poca ansiedad por el futuro. Habían vencido a los belicosos habitantes del país circundante, y sentían que sólo tenían que cruzar el Jordán y la buena tierra sería toda suya. Su condición de comodidad e inactividad era desfavorable para el vigor moral y físico, así como para la pureza de pensamiento y de vida, mientras que el conocimiento del carácter licencioso de las naciones circundantes había familiarizado hasta cierto punto sus mentes con pensamientos de vicio y disminuido su aborrecimiento del crimen.

En ese momento, las mujeres madianitas fueron vistas entrando en el campamento, solas y en pequeños grupos. Su aparición no causó alarma, y sus planes se llevaron a cabo tan silenciosamente, que no se llamó la atención de

Moisés sobre el asunto. El objeto de estas mujeres, en su asociación con los hebreos, era primero desviar su atención del Dios de Israel hacia las tradiciones, ritos y costumbres paganas, y luego inducirlos a transgredir la ley divina. Estos motivos se ocultaban cuidadosamente bajo el manto de la amistad, de modo que ni siquiera el gran jefe sospechaba de ellos. Estas mujeres paganas temían provocar la indignación de Moisés, pero no consideraban que ninguna obra malvada podía ocultarse al ojo de Dios, que todo lo ve.

Sus planes infernales tuvieron demasiado éxito. No pasó mucho tiempo antes de que el veneno del libertinaje y la idolatría se extendiera como una infección mortal a través de la congregación de Israel. El pueblo parecía encaprichado. Los gobernantes y los hombres principales fueron de los primeros en pasarse de la raya; y tan general fue la defección, que consta en la Palabra Sagrada que "Israel se unió a Baal-peor". ¡Ay de que el pueblo que había sido tan señaladamente protegido del poder de Satanás, cayera ahora deliberadamente en la red que él había tendido para él!

De repente Moisés se despertó para percibir el poderoso mal en el campamento, y se horrorizó al descubrir su naturaleza y extensión. Tan exitosos habían sido los complots de estas viles y astutas mujeres, que su propio pueblo estaba participando en las abominables escenas representadas en el culto de Baal, y el sacrificio y las fiestas sacrílegas se estaban estableciendo entre los israelitas. El anciano líder se llenó de indignación, y la ira de Dios se encendió contra el pueblo. Por autoridad divina, Moisés dirigió a los gobernantes de Israel el mandato: "Matad cada uno a sus hombres que se unieron a Baal-peor".

Esta orden fue prontamente obedecida. El pueblo ya había sido despertado a la enormidad de su pecado, por los rápidos juicios de Dios. Había estallado una terrible peste en el campamento, y veinticuatro mil miembros de la congregación fueron víctimas de sus estragos. Nadie sabía dónde terminaría esta visitación, pero sintieron que su castigo era justo. Abrumados por el terror, se apresuraron a ir al tabernáculo y, con lágrimas y profunda humillación, confesaron su pecado.

Mientras el pueblo lloraba así ante Dios, a la puerta del tabernáculo, mientras la plaga seguía haciendo su obra de muerte, y los magistrados ejecutaban su terrible comisión, uno de los nobles de Israel entró audazmente en el campamento, acompañado de una princesa madianita, a la que escoltó galantemente hasta su tienda. Este atrevido ultraje despertó la indignación de todo Israel, y un rápido castigo siguió a los infractores. Finees, hijo del sumo

sacerdote Eleazar, se levantó de entre la congregación y mató a ambos. Este acto rápido y decidido demostraba un justo aborrecimiento de los pecados que habían traído tan grandes calamidades sobre Israel. Dios aprobó el proceder de Finees, y la plaga fue detenida; mientras que el sacerdote que tan celosamente había ejecutado el juicio divino fue honrado ante todo Israel, y el sacerdocio le fue confirmado a él y a su casa para siempre.

Cuando leemos esta historia, parece casi increíble que un hombre pudiera estar tan cegado por el poder embrujador de la mujer como para permitirse una rebelión tan obstinada y atrevida como la del Cielo, frente a las más terribles visitaciones de la ira divina. Pero la naturaleza humana es la misma en todas las épocas. Las tentaciones de Satanás no son menos fuertes hoy que en los días del antiguo Israel.

Satanás ha logrado siempre sus mayores éxitos por la negligencia del pueblo de Dios en mantener su separación del mundo, sus costumbres, sus prácticas y sus principios. Sólo hay dos grandes partidos entre los hombres: los siervos de Cristo y los siervos de Satanás. Sus líderes son opuestos en todos los aspectos. Nuestro Señor Jesucristo, que vino a vencer al príncipe de las tinieblas, dice: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece". Aquí Cristo hace una marcada distinción entre sus seguidores y el mundo. Los que son del mundo se oponen directamente a los que aman a Dios y guardan sus mandamientos. El corazón debe guardarse con toda diligencia, para que lo humano no se exalte por encima de lo divino. Si los que profesan amar y servir a Dios siguen un impulso ciego, en vez de la razón y la conciencia, caerán por el artificio de Satanás. Los afectos deben ser guardados y controlados, para que no sean puestos en objetos indignos, que están prohibidos en la palabra de Dios.

Sansón, aquel poderoso hombre de valor, había hecho el solemne voto de ser nazareo durante toda su vida; pero, encaprichado por los encantos de una mujer lasciva, rompió temerariamente aquella sagrada promesa. Satanás obró por medio de sus agentes para destruir a este gobernante de Israel, a fin de que el misterioso poder que poseía dejara de intimidar a los enemigos del pueblo de Dios. Fue la influencia de esta atrevida mujer lo que lo separó de Dios, y sus artificios fueron su ruina. El amor y el servicio que Dios reclama, Sansón se los dio a esta mujer. Esto fue idolatría. Perdió todo sentido del carácter sagrado y de la obra de Dios, y sacrificó el honor, la conciencia y todo interés valioso a una pasión vil.

La vida de Salomón debería ser un faro de advertencia para el pueblo de Dios en todas las épocas. El Señor había erigido una barrera entre Israel y las demás naciones. Había hecho de ese pueblo el depositario de su ley, y su seguridad residía en preservar su carácter peculiar y santo. Pero cuando el corazón del rey Salomón se enaltecía de orgullo, se volvió ávido de riquezas y poder aún mayores. Para asegurarlas, se formaron alianzas políticas con naciones idólatras.

El honor y las riquezas fluyeron hacia él como resultado; pero estas ventajas temporales fueron compradas muy caras a costa del sacrificio de los principios. Su reino se enriqueció con el oro de Tarsis, pero el oro fino de su carácter fue empañado por la influencia corruptora del paganismo. Una vez superada la sabia barrera que Dios había erigido, el rey dio, uno tras otro, los pasos fatales que lo alejaron de la esperanza, de la felicidad y del Cielo. De ser el más sabio de los gobernantes, Salomón se convirtió en un déspota. Satanás triunfó cuando este hombre, que había sido llamado tres veces el amado de su Dios, se convirtió en esclavo de la pasión y sacrificó su integridad al poder embrujador de la mujer.

Los casos mencionados son suficientes para mostrar el peligro de corromper el alma mezclándose con los enemigos de Dios. Estos ejemplos se registran para beneficio de los que viven en medio de los peligros de los últimos días. Las artimañas de Satanás no son menores ahora que en los tiempos antiguos. En efecto, a medida que nos acercamos al período de la segunda venida de Cristo, Satanás redobla sus esfuerzos para obrar con todo engaño de iniquidad. Especialmente los jóvenes están en constante y temeroso peligro de ser vencidos por sus tentaciones.

En los juicios que siguieron al pecado de Israel, podemos ver con qué aborrecimiento mira Dios la mundanalidad, la idolatría y el libertinaje. Hoy existen los mismos peligros que amenazaron la prosperidad, y aun la existencia, de su antiguo pueblo. Las tentaciones al libertinaje han ido en constante aumento desde aquel tiempo hasta el presente, y escenas similares se representan constantemente, con esfuerzos similares para ocultarlas. Se ejerce un poder embrujador sobre todas las almas que no están fortificadas por principios firmes. Las advertencias de padres y madres y de los embajadores de Dios son desoídas. Los afectos que deberían centrarse en Dios se entregan a la idolatría de objetos indignos.

Ahora se necesita vigilancia y vigilancia. El ojo lujurioso debe dejar de contemplar la vanidad. La audacia y la inmodestia deben ser reprendidas con decisión. Que nadie ceda a un espíritu de confianza en sí mismo y crea que no corre peligro. Mientras Satanás viva, sus esfuerzos serán constantes e incansables para hacer que el mundo sea tan perverso como antes del diluvio, y tan licencioso como lo eran los habitantes de Sodoma y Gomorra. La oración bien puede ser ofrecida diariamente por todos los que tienen ante sí el temor de Dios, para que preserve sus corazones de los malos deseos, y fortalezca sus almas para resistir la tentación. Los que, en su confianza en sí mismos, no sienten la necesidad de la vigilancia y de la oración incesante, están cerca de alguna caída humillante. Todos los que no sienten la importancia de guardar resueltamente sus afectos serán cautivados por los que practican sus artes para entrapar y extraviar a los incautos.

Satanás se regocijó al ver a Sansón, un hombre a quien Dios podría haber utilizado para su gloria, tan encaprichado que pudo traicionar su fuerza en manos de Dalila. Satanás sabía que había hecho cautivo a Sansón. Pocos que llegan tan lejos, vuelven a ver claramente el carácter agravado del pecado. La reputación, la fuerza y la utilidad se sacrifican por la indulgencia pecaminosa. La ciega infatuación lleva a los hombres por el camino de la destrucción. ¿Quién puede conocer el poder de Satanás, sus artes y maquinaciones? Los que, desafiando todas las advertencias y súplicas de la palabra de Dios, se aventuran a entregarse al pecado, duermen al borde mismo de la ruina eterna. Porque Dios es indulgente con los transgresores de su ley, porque les envía advertencias y ruegos, porque el castigo no sigue inmediatamente a sus malas acciones, abusan de su misericordia y paciencia, y se precipitan ciegamente en el crimen.

Si los que ahora se apartan de la línea recta de la virtud y la integridad fueran tan prontamente reprendidos por los rápidos juicios de Dios como lo fueron los infractores en los días de Israel, el crimen de este carácter sería menos frecuente. Cuando son asaltados por la tentación, muchos no tienen fuerza moral para decir, como José: "¿Cómo puedo hacer esta gran maldad, y pecar contra Dios?". No rechazan decididamente la primera invitación a transgredir la ley de Dios; y pronto la indulgencia ilícita se convierte en habitual, y están dispuestos a negar que sea pecado.

Los matrimonios imprudentes son la maldición de esta época. Tal alianza no puede ser sino desastrosa para ambas partes. Ese amor que no tiene mejor fundamento que la mera gratificación sensual será testarudo, ciego e incontrolable. El honor, la verdad y todo poder noble y elevado de la mente se

ven sometidos a la esclavitud de las pasiones. El hombre que está atado con las cadenas de esta infatuación es sordo con demasiada frecuencia a la voz de la razón y de la conciencia; ni los argumentos ni las súplicas pueden hacerle ver la locura de su conducta.

Los hombres y las mujeres que profesan la piedad deberían temblar ante la idea de entrar en un pacto matrimonial con aquellos que no respetan ni obedecen los mandamientos de Dios. Esto fue lo que abrió las compuertas del pecado a los antediluvianos. Tal conexión con el mundo es una desviación directa de los requisitos expresos de Dios: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos".

En estas alianzas la criatura recibe el amor que debería dar al Creador. Hay peligro en entrar en cualquier relación íntima con los que no tienen conexión con el Cielo. Esta es la amistad que la Inspiración llama enemistad con Dios. No podemos ser demasiado celosos de nosotros mismos, no sea que al asociarnos con mundanos caigamos en los mismos hábitos. Fue por esta razón que a los israelitas se les ordenó habitar solos, como un pueblo separado de todas las demás naciones. La amistad de los enemigos del Señor es más de temer que su enemistad; porque Satanás obra constantemente por medio de incrédulos agradables e inteligentes, para tentar al pueblo de Dios a pecar.

Cuando se quebranta un mandamiento del decálogo, los pasos hacia abajo son casi seguros. Una vez eliminadas las barreras del pudor femenino, el más bajo libertinaje no parece excesivamente pecaminoso. ¡Ay, qué terribles resultados de la influencia de la mujer para el mal pueden presenciarse en el mundo de hoy! A través de las seducciones de "mujeres extrañas", miles son encarcelados en prisiones, muchos se quitan la vida, y muchos acortan la vida de otros. Cuán ciertas son las palabras de la Inspiración: "Sus pies descienden a la muerte, sus pasos se aferran al infierno".

En el camino de la vida se colocan faros de advertencia por todas partes, para impedir que los hombres se acerquen al terreno peligroso y prohibido; pero, a pesar de ello, multitudes eligen el camino fatal, en contra de los dictados de la razón, sin tener en cuenta la ley de Dios y desafiando su venganza.

Los que quieran conservar la salud física, un intelecto vigoroso y una moral sana deben "huir de las concupiscencias juveniles". Los que se esfuerzan con celo y decisión por frenar la maldad que levanta su cabeza atrevida y presuntuosa entre nosotros, son odiados y calumniados por todos los malhechores, pero serán honrados y recompensados por Dios.

Los juicios infligidos a Israel por su pecado en Sitim destruyeron a los supervivientes de aquella vasta compañía que, casi cuarenta años antes, había provocado al Señor a jurar en su ira que no entrarían en Canaán. Cuando, por orden de Dios, el pueblo fue contado justo antes de la muerte de Moisés, se encontró que "no había quedado de ellos ningún hombre, excepto Caleb, hijo de Nun, hijo de Jefone". Así se había cumplido estrictamente la palabra de Dios.

6 de enero de 1881

El juicio de Dios sobre los madianitas

EGW

La obra de Moisés en favor de Israel estaba casi terminada; sin embargo, al anciano caudillo le quedaba un acto por cumplir antes de ir a su largo descanso. "Haz la venganza de los hijos de Israel contra los madianitas", fue el mandato divino; "después te reunirás con tu pueblo". Este mandato fue comunicado a Israel, no como palabra de Moisés, sino de Cristo, su jefe invisible; y fue obedecido inmediatamente. Mil hombres fueron seleccionados de cada una de las tribus de Israel, y enviados contra los madianitas. En las batallas que siguieron, ese pueblo fue derrotado, con gran matanza.

Los hombres que pronta y rápidamente ejecutaron los juicios divinos sobre esas naciones paganas han sido declarados severos e inmisericordes al destruir tantas vidas humanas. Pero todos los que razonan así, no comprenden el carácter y los tratos de Dios. En su infinita misericordia, el Señor había perdonado por mucho tiempo a esas naciones idólatras, dándoles evidencia tras evidencia de que él, el poderoso Jehová, era el Dios a quien debían servir. Había ordenado a Moisés que no hiciera la guerra a Moab ni a Madián, pues su copa de iniquidad aún no estaba llena. Se les iba a dar una prueba adicional; una luz clara y distinta del trono de Dios mismo iba a brillar sobre ellos.

Cuando el rey de Moab llamó a Balaam para que pronunciara una maldición sobre Israel, y así lograra su destrucción, la bondad y la misericordia de Dios se manifestaron de manera sorprendente. Aquel corrupto e hipócrita buscador de ganancias, cuyo corazón anhelaba maldecir al pueblo de Dios para obtener recompensa, se vio obligado a pronunciar sobre él las más ricas y sublimes bendiciones. Los mismos moabitas pudieron ver que era el poder de Dios el que controlaba al avaro profeta, y le obligó a proclamar a Israel como el elegido de Dios, y a su todopoderoso poder como su protección. Aquí brilló el último rayo de luz sobre un pueblo de dura cerviz que había desafiado la voluntad de Dios.

Cuando, por sugerencia de Balaam, se tendió la trampa a Israel, que resultó en la destrucción de muchos millares, los madianitas colmaron la medida de sus iniquidades. Entonces terminó su día de prueba, se cerró para ellos la puerta de la misericordia, y salió el mandato de Aquel que puede crear y puede destruir: "Agredid a los madianitas y heridlos, porque os molestan con sus asechanzas".

Los que quieren quejarse de Dios, o cuestionar la sabiduría y la justicia de sus tratos con sus criaturas, deben darse cuenta de su propia incompetencia, con su sabiduría finita, para determinar qué conducta es digna del juez de toda la tierra. Deben hacer de su principal preocupación el comportarse de tal manera que no se conviertan en sujetos de su ira, y deben dejar que el Señor trate con la obra de sus manos de acuerdo con sus propios sabios propósitos.

Moisés se había llenado de dolor e indignación ante las artimañas engañosas con las que Israel había sido inducido a pecar, atrayendo así sobre sí la ira de Dios. En la orden de hacer la guerra a los madianitas, Moisés vio no sólo la justicia de Dios al imponer sus juicios a los culpables, sino su misericordia al dar a Israel la victoria sobre un pueblo que buscaba por todos los medios infernales lograr su destrucción. Los israelitas debían comprometerse en esta guerra, no para satisfacer la malicia o la venganza, sino como instrumentos de Dios, para cumplir su voluntad, influenciados únicamente por el celo por la gloria divina.

Los hombres no comprenden lo que hacen, cuando se permiten, aunque sólo sea por un momento, dudar de la sabiduría y benevolencia de Dios, y considerar como una especie de crueldad los juicios impuestos a los obstinados y rebeldes. Pocos se dan cuenta de la malignidad del pecado. Es una lepra mortal que contamina a todos los que entran en contacto con él. Si los hombres persisten en mostrar desprecio por la autoridad divina, Dios, que los creó y de quien son propiedad, tiene perfecto derecho a quitarles las bendiciones de que han abusado. El nombre y la autoridad de Dios como gobernante del universo deben mantenerse. Cuando la idolatría levanta su orgullosa cabeza, cuando la blasfemia y la rebelión se fortalecen, entonces Dios reprende los pecados de las naciones, y las manifestaciones de la ira divina que habían provocado caen sobre los transgresores de su ley. El Altísimo pronuncia su palabra de condenación y elige los instrumentos para cumplir su voluntad. A estos mensajeros de Dios se les exige que cumplan fielmente la obra que se les ha encomendado, por repugnante que sea a sus sentimientos naturales. La historia sagrada no registra ningún caso en que estos hombres hayan sido reprendidos por ser demasiado minuciosos y severos; pero Dios ha reprendido muchas veces

a sus siervos por falta de fidelidad en la ejecución de sus juicios. En todo esto, Dios quiere enseñarnos la lección de que en el Juicio futuro la retribución será seguramente visitada sobre "toda alma de hombre que hace el mal," "según las obras hechas en el cuerpo."

El método de Dios para tratar con el pecado no está en armonía con los puntos de vista abrigados por una gran clase que ocupa una posición prominente entre los profesos seguidores de Cristo. Muchos de estos hombres aprecian el pecado, y alaban la benevolencia y la longanimidad de Dios, y se detienen en el carácter amoroso de Jesús, todo misericordia, todo ternura, mientras pasan por alto las amenazas de la ira de Dios contra el pecado y los pecadores, y las mordaces denuncias de nuestro Salvador contra la hipocresía y el autoengaño. Son los que no tienen un sentido agudo de la extrema pecaminosidad del pecado los que están dispuestos a cuestionar la justicia de Dios al castigar con tanta severidad los pecados de los amalecitas, cananeos y madianitas. Los que aman el pecado son incapaces de comprender los tratos de Dios con sus súbditos.

En nuestros días, como en la antigüedad, hay un trabajo desagradable que hacer para reprender el pecado. En este trabajo, Dios usa a los hombres como sus instrumentos, hombres de propósito decidido, a quienes ninguna amenaza o peligro puede intimidar, ninguna dificultad desviar del camino del deber, hombres que nunca olvidarán su sagrada comisión como siervos del Altísimo. El Señor llama a los hombres a actuar con prontitud, con el valor de los héroes, y la firmeza y la fe de los mártires, para derribar las imágenes idólatras que han usurpado su lugar en la mente de los hombres, y hacer frente a la fuerza armada del mal en los campos de batalla. Pero en todo esto no hay excusa para que nadie se permita la dureza o la severidad para gratificar sus propios sentimientos equivocados.

Dios quiere hombres de quienes pueda servirse para su propia gloria, ya sea para reprender y hacer justicia, ya sea, con un corazón lleno de piedad y benevolencia, para llevar la luz a los hogares oscurecidos, para hablar de paz a las almas atribuladas y señalar al pecador el amor perdonador de Cristo. Lo que más falta hace en este siglo son hombres aptos para cumplir la voluntad de Dios, hombres que escuchen con corazón orante las palabras de Dios y se apresuren a obedecer su voz.

Hay hombres llenos de celo, que afirman estar haciendo la voluntad de Dios, mientras que en realidad se rigen por impulsos humanos. Se sienten en libertad de cuestionar, criticar y desafiar a todo aquel que no actúe en armonía con sus

ideas. Se hacen ofensivos a Dios y al pueblo. Hieren continuamente, y con su proceder erróneo crean en los demás un espíritu de desconfianza y odio hacia Dios, porque Él emplea a tales hombres para hacer su obra. Pero el Señor no da a estos hombres la gran obra que ellos consideran suya. Si lo hiciera, les daría la gracia de realizarla según la orden del Cielo, no la suya propia. Aquellos a quienes se les permite ser colaboradores de Dios, deben cultivar siempre el sentimiento de que en todo plan y obra, están haciendo la voluntad del Altísimo; y que en toda y cualquier emergencia, el Espíritu de Dios, y no el del hombre, es el que debe prevalecer.

Balaam, habiéndose entregado al dominio de la codicia, y endurecido su corazón por una rebelión persistente, había unido su fortuna a la de los madianitas, y pereció en la matanza general. Había sentido el presentimiento de que su propio fin estaba próximo cuando exclamó: "Muera yo la muerte de los justos, y que mi último fin sea como el suyo." El destino de Balaam es similar al de Judas, y sus caracteres guardan una marcada semejanza entre sí. Ambos habían recibido gran luz y gozado de privilegios especiales; pero un solo pecado acariciado, como la gangrena, envenenó todo el carácter, y los llevó a la perdición.

Aunque los victoriosos israelitas destruyeron completamente a los ejércitos de Madián, perdonaron a todas las mujeres y niños, y los llevaron al campamento como cautivos. Cuando Moisés se enteró de esto, se alarmó e indignó, y reprendió así a los oficiales del ejército: "He aquí que ellos hicieron que los hijos de Israel, por consejo de Balaam, cometieran transgresión contra el Señor en el asunto de Peor, y hubo una plaga entre la congregación del Señor." Había faltado rigor en la ejecución de los mandatos de Dios. La guerra contra Madián había sido un justo castigo contra un pueblo culpable, del cual las mujeres habían sido las principales criminales. Si estas mujeres idólatras y licenciosas hubieran sido conservadas como cautivas, su presencia habría puesto constantemente en peligro la moral de Israel. La simpatía que perdonaría a estos transgresores era contraria a la voluntad de Dios.

Hay una simpatía por el pecado y los pecadores que es peligrosa para la prosperidad de la iglesia en la actualidad. Debes tener caridad es el clamor. Pero ese sentimiento que excusaría el mal y protegería al culpable, no es la caridad de la Biblia. La amistad de los impíos es más peligrosa que su enemistad; porque nadie puede prevalecer contra los siervos del Dios viviente, excepto tentándolos a la desobediencia.

El carácter ofensivo del pecado sólo puede estimarse a la luz de la cruz. Cuando los hombres insisten en que Dios es demasiado misericordioso para castigar a los transgresores de su ley, que miren al Calvario; que se den cuenta de que fue porque Cristo tomó sobre sí la culpa de los desobedientes, y sufrió en lugar de los pecadores, que la espada de la justicia se levantó contra el Hijo de Dios. Fue para salvarnos de la vergüenza y del desprecio eterno por lo que soportó el escarnio y la burla que el mundo le infligió. Fueron nuestros pecados los que causaron al Salvador del mundo una agonía tan intensa, derramando tinieblas en su alma y arrancando de sus labios pálidos el grito angustiado: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Fue contado entre los transgresores, hizo de su alma una ofrenda por el pecado, para que en su justicia el pecador creyente y arrepentido pudiera estar justificado ante Dios.

Después de todo esto, si el hombre se niega a responder al gran sacrificio que se ha hecho para ennoblecerlo y salvarlo, si elige obstinadamente el camino del pecado, ¿perdonará el gran Juez de toda la tierra la transgresión voluntaria de su santa ley? Ciertamente, todo lo que hay de noble y generoso en nuestra naturaleza debe responder a un amor como el que Jesús manifestó al sufrir por nosotros. Fue una humillación sin igual para él tomar sobre sí la naturaleza del hombre caído, y sacrificar su vida por una raza de rebeldes; y la forma de su muerte hace más evidente esa humillación. Él "se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz".

Jesús no era insensible a la ignominia. Sintió la ignominia del pecado mucho más intensamente de lo que es posible que la sienta el hombre, ya que su naturaleza divina y sin pecado fue exaltada por encima de la naturaleza del hombre. Nunca deberíamos pensar que la Majestad del Cielo, tan santa e inmaculada, no fuera tan sensible al escarnio y a la burla, al abuso y al dolor. Pregunta a la turba asesina en Getsemaní: "¿Habéis salido como contra un ladrón, con espadas y palos?". Jesús sintió vivamente este trato vergonzoso, pero por nosotros soportó la muerte más ignominiosa y dolorosa que era posible que experimentaran los mortales; una muerte que era apropiada para el más bajo de los criminales fue la que sufrió el Señor de la Gloria para rescatar al hombre culpable. Que nadie se haga ilusiones de que puede continuar en el pecado y, sin embargo, participar de la gran salvación que Cristo ha comprado tan caro. Dios es misericordioso y compasivo, pero también es justo. Que la cruz del Calvario resuelva para siempre este asunto. Tan cierto como que Cristo, el

inocente, sufrió por los culpables, tan cierto como que la ira de Dios caerá sobre las cabezas de aquellos que persisten en su transgresión de su ley.

13 de enero de 1881

En las fronteras de Canaán

EGW

El Señor anunció a Moisés que se acercaba el tiempo señalado para liberar a Israel, y mientras el anciano profeta se encontraba en las alturas que dominaban el río Jordán y la tierra prometida, contempló con profundo interés la herencia de su pueblo. Aquella vasta llanura, semejante a un jardín, con su profundo verdor y sus plumosas palmeras, se extendía tentadora ante él, y sintió un intenso anhelo de compartir con Israel la posesión de aquella tierra que había sido el objeto de sus esfuerzos, la meta de sus esperanzas, durante tantos años.

¿Sería posible que se revocara la sentencia pronunciada contra él por su pecado en Meriba, el único defecto que empañó una vida de servicio fiel y devoto? Con profunda seriedad suplicó: "Oh Señor Dios, has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza y tu mano poderosa; ¡pues qué Dios hay en el cielo o en la tierra que pueda hacer según tus obras y según tu poder! Te ruego que me dejes pasar y ver la buena tierra que está al otro lado del Jordán, aquella buena montaña y el Líbano".

La respuesta fue: "Que te baste; no me hables más de este asunto; alza tus ojos al oeste, al norte, al sur y al este, y míralo con tus ojos, porque no pasarás este Jordán."

Sin murmurar ni quejarse, Moisés se sometió humildemente al decreto de Dios; y ahora su gran ansiedad era por Israel. ¿Quién sentirá por su bienestar el interés que él ha sentido? ¿Quién manifestará la misma devoción incansable y desinteresada? De corazón lleno, Moisés derrama la oración: "Ponga Jehová, Dios de los espíritus de toda carne, varón sobre la congregación, que vaya delante de ellos, que los saque y los introduzca, para que la congregación de Jehová no sea como ovejas que no tienen pastor".

Aquí se manifestaba el mismo espíritu de altruismo, el mismo celo por el honor de Dios y el mismo interés por el bienestar del pueblo a su cargo, que habían caracterizado la vida de Moisés. El anciano caudillo no había vivido para sí mismo, sino para Israel. No se encuentra en la historia de los grandes hombres

de la tierra -reyes, estadistas o filósofos- un paralelo a esta abnegación y devoción.

El Señor escuchó la oración de su siervo, y vino la respuesta: "Tómame a Josué, hijo de Nun, varón en quien hay Espíritu, y pon tu mano sobre él; y ponlo delante del sacerdote Eleazar, y delante de toda la congregación, y dale un cargo en presencia de ellos. Y pondrás sobre él algo de tu honor, para que toda la congregación de Israel sea obediente". Josué había asistido durante mucho tiempo a Moisés, y siendo un hombre de sabiduría y capacidad, de fe y piedad, fue elegido para sucederle. Moisés debía instruir a Josué acerca de las responsabilidades de su cargo como jefe visible de Israel, y asegurarle que si era fiel a su sagrada confianza, el Señor sería siempre su consejero y apoyo.

Mediante la imposición de las manos de Moisés, y un encargo de lo más impresionante, Josué fue solemnemente apartado como jefe de Israel. También fue admitido a participar en el gobierno, como prueba para el pueblo de que no había celos en el corazón de Moisés ante la idea de que otro ocupara su lugar y condujera a Israel a la tierra prometida. Moisés instruyó al pueblo para que respetara a Josué y le inspiró confianza como el hombre divinamente designado para sucederle. La palabra del Señor llegó a través de Moisés a la congregación: "Se presentará ante el sacerdote Eleazar, el cual le pedirá consejo según el juicio del Urim, delante del Señor. A su palabra saldrán, y a su palabra entrarán, él y todos los hijos de Israel con él, toda la congregación."

La posición de Josué difería en algunos aspectos de la de Moisés. Este último no sólo era profeta y gobernante en Israel, sino que oficiaba en calidad de sumo sacerdote y pedía consejo directamente a Dios mismo. Pero después de Moisés, ni a Josué ni a ningún otro de los gobernantes de Israel se les permitía acudir al Señor sino a través del sumo sacerdote.

Por orden de Dios, Moisés reunió al pueblo y procedió a instruirlo acerca de la conducta que debían seguir al entrar en la tierra prometida: "Cuando hayáis pasado el Jordán a la tierra de Canaán, expulsaréis a todos los habitantes de la tierra de delante de vosotros, y destruiréis todas sus imágenes, y destruiréis todas sus estatuas de fundición, y derribaréis todos sus lugares altos. Y desposeeréis a los habitantes de la tierra, y habitaréis en ella; porque yo os he dado la tierra para que la poseáis."

El triunfo de los malvados es corto. Los placeres del pecado se compran siempre a un costo tremendo; porque la ira de Dios pende continuamente sobre el pecador, y al final, aprenderá en verdad que es una cosa temible caer en las

manos del Dios viviente. Cada pasión corrupta, cada sentimiento equivocado, o acto pecaminoso, no sólo deshonra a Dios, sino que trae culpa y miseria sobre nosotros mismos. Sólo con la fuerza de Dios podemos tener éxito en someter a los enemigos de nuestras almas. Mientras los enemigos de Cristo actúan continuamente como agentes de Satanás para atraernos al pecado, debemos resistir firmemente sus avances, buscando en Dios consejo y ayuda. Todo deseo pecaminoso debe ser reprimido, todo rasgo erróneo vencido, o serán nuestra ruina.

Dios requiere que su pueblo se separe del pecado y de los pecadores, escogiendo su sociedad sólo cuando haya oportunidad de hacerles bien. No podemos ser demasiado decididos en rehuir la compañía de todos los que de alguna manera han ejercido una influencia para arrastrarnos al pecado. Nadie será castigado con mayor severidad que aquellos que han desviado al pueblo de Dios de su integridad.

Todo rasgo natural del carácter debe estar bajo el control de la voluntad, y ésta debe mantenerse en armonía con la voluntad de Dios. Es uno de los mayores engaños que pueden sobrevenir a la mente imaginarnos más misericordiosos o justos que Dios. El hombre es impulsivo y cambiante. Incluso los mejores actos impulsados por el corazón natural son defectuosos. Y cuán cierto es el testimonio del Registro Sagrado, que "las tiernas misericordias de los malvados son crueles". Nuestro único camino seguro es condenar lo que Dios condena, y apreciar lo que Él aprecia.

Si el Señor hubiera perdonado a los habitantes de Canaán, los israelitas habrían estado en constante peligro de contaminación. Los signos externos del culto pagano habrían influido para pervertir los sentidos y conducir a los siervos de Dios a la idolatría. De ahí la repetida orden que se les dirigió de desposeer a los cananeos por todos los medios a su alcance y tan pronto como pudieran someterlos. Los israelitas no debían ceder a la cobardía, la pereza o la autoindulgencia, ni oponer sus ideas de clemencia al mandato de Dios. No debían conformarse a las costumbres de los paganos, ni conservar los monumentos de sus abominables idolatrías. Por precioso que fuera el material o exquisita la hechura, todo lo que perteneciera al culto pagano debía ser destruido.

Dios conocía los peligros a los que se expondría su pueblo. Satanás obraría por medio de aquellos idólatras corruptos para destruir a Israel, y la tentación se dirigiría a ellos con toda la gracia de la manera y la fascinación del arte. Pocos

se dan cuenta del poder de Satanás para atrapar y extraviar. Aun en los días de Israel había sido durante miles de años su estudio constante hacer fácil y atractivo el camino de la destrucción. En esta obra infernal, el gran adversario emplea innumerables colaboradores para atraer a los pies incautos lejos de Dios, lejos del Cielo. En vista de todas estas seducciones en la dirección equivocada, el Señor instruyó cuidadosamente a su pueblo sobre cómo comportarse para resistir la tentación.

La aparente severidad de los tratos de Dios con los cananeos no procedía, como muchos suponen, de dureza o crueldad. El amor de Dios está más allá de nuestra comprensión; es alto como los cielos y amplio como el universo. Cada alma que ha creado es preciosa a sus ojos, tan preciosa que dio a su Hijo unigénito para morir por ese pecador perdido y perecedero. Cuando los hombres manifiesten hacia sus semejantes un amor superior a éste, entonces podrán hablar de compasión donde Dios ha ejercido severidad.

Los hijos de Israel habían aprendido por amarga experiencia propia que el primer paso que se da al alejarse de Dios hace más fácil el siguiente, mientras que el camino de regreso se hace tan difícil como lo son las escarpadas montañas cubiertas de hielo para el viajero entumecido. A nuestros primeros padres les pareció poca cosa hacer sólo un pequeño acto que Dios había prohibido, tomar del árbol prohibido el fruto tan atractivo a la vista y agradable al gusto; pero por este acto perdieron su lealtad a Dios, el gran legislador, y abrieron las compuertas de la miseria al mundo. Sólo Dios puede medir los males que pueden resultar de un paso equivocado, males que en el momento crítico el alma tentada no considera. La única salvaguardia para el hombre frágil y descarriado es obedecer, sin vacilación ni discusión, la voluntad expresa de Dios, independientemente de toda promesa de placer o beneficio como recompensa del pecado. Cuando Dios habla, basta.

El Señor puso misericordiosamente ante su pueblo los terribles resultados que seguirían a la asociación con los cananeos idólatras: "Pero si no echáis a los habitantes de la tierra de delante de vosotros, sucederá que los que dejéis que queden de ellos serán agujones en vuestros ojos y espinas en vuestros costados, y os fastidiarán en la tierra en que habitáis. Además, sucederá que haré con vosotros lo que pensaba hacer con ellos". Al mezclarse con los paganos, Israel se alejaría de Dios, y finalmente seguiría el mismo curso que había provocado su ira contra los cananeos.

La historia posterior del pueblo escogido de Dios muestra que estas advertencias eran profecías reales, que se han cumplido de la manera más sorprendente. Los israelitas rindieron sólo una obediencia parcial al mandato de Dios, y durante muchas generaciones fueron afligidos por un remanente de la nación idólatra, que se salvó como los profetas habían predicho, como "aguijones en sus ojos, y como espinas en sus costados".

Más tarde, el Señor dio a Israel, por medio de su siervo Josué, advertencias e instrucciones adicionales sobre este punto: "Cuidaos, pues, de amar al Señor vuestro Dios. De lo contrario, si de alguna manera retrocedéis y os unís a los restos de esas naciones, aun a los que quedan entre vosotros, y contraéis matrimonio con ellos, y os unís a ellos y ellos a vosotros, sabed con certeza que el Señor no volverá a expulsar a ninguna de esas naciones de delante de vosotros, sino que os serán lazos y trampas, azotes en vuestros costados y espinas en vuestros ojos, hasta que perezcáis de esta buena tierra que el Señor vuestro Dios os ha dado".

Si entablaran alguna relación amistosa con esas naciones que están bajo la maldición de Dios, los hebreos serían infatuados y seducidos por las artes de las mujeres idólatras, y serían inducidos a contraer matrimonio con ellas. Toda la influencia de estas mujeres paganas se ejercería para inducir al pueblo de Dios a la idolatría, y así las artimañas de Satanás tendrían éxito. El Señor haría que su pueblo considerara a los cananeos como enemigos de Israel y de Dios, enemigos que estarían constantemente al acecho de alguna ocasión para vengar su propia derrota. A condición de que Israel fuera fiel a Dios, su poder se manifestaría en su favor, y la graciosa promesa era: "Un hombre de vosotros perseguirá a mil, porque Jehová vuestro Dios es el que pelea por vosotros, como os ha prometido". Pero si provocaban al Señor separándose de él, les retiraría su protección, y haría de estas naciones instrumentos para castigarlos y hacerlos volver a su lealtad. Si aún continuaban alejándose de Dios, él no refrenaría las crueldades de estas naciones malvadas, y ellas atormentarían gravemente a Israel, y finalmente los expulsarían de sus posesiones.

Cuando el pueblo de Dios se encuentra en una condición de seguridad y facilidad externas, y rodeado de todas las bendiciones terrenales, corre el mayor peligro de olvidar a su constante Benefactor. Este es el peligro especial de todos aquellos a quienes Dios ha bendecido con medios o con influencia. Todas nuestras facultades deben emplearse siempre diligentemente en el servicio de nuestro Hacedor; sin embargo, cuántos se dejan desviar de este objeto por asociaciones mundanas. El Señor ha advertido repetidamente a su pueblo que

no se mezcle con aquellos que no tienen ante sí el temor de Dios. Mientras oramos: "No nos dejes caer en la tentación", debemos evitar la tentación en la medida de lo posible. Debemos obedecer la palabra divina en cada punto, si queremos tener la fuerza del Dios de Israel como nuestro apoyo y nuestra defensa.

20 de enero de 1881

Ciudades refugio

EGW

Por orden de Dios, Moisés fijó los futuros límites de la tierra de Canaán. Luego procedió a seleccionar un príncipe de cada tribu, y les encomendó la tarea de dividir la tierra por sorteo entre las diferentes tribus cuando tomaran posesión de ella. En este arreglo, sólo la tribu de Leví estaba exenta. Se la consideraba especialmente apartada para el servicio de Dios y, por lo tanto, no se le dio herencia entre sus hermanos. En lugar de esto, se les asignarían cuarenta y ocho ciudades en diferentes partes del país, como morada permanente.

Y ahora el Señor procedió a dar a su pueblo otra prueba de su cuidado y tierna compasión por los desafortunados y los descarriados. Para asegurar el castigo efectivo del homicidio, era costumbre en la antigüedad que la ejecución del asesino recayera en el pariente más cercano o en el heredero más próximo del difunto; y en casos extremos, el vengador podía perseguir al criminal en cualquier parte y ejecutar su venganza sobre él sin la formalidad de un juicio. Aunque el Señor quería que el crimen de asesinato fuera considerado con gran aborrecimiento, protegería cuidadosamente al inocente. Por lo tanto, sin destruir por completo la costumbre de la venganza privada, hace la disposición más completa para que el inocente no sea asesinado precipitadamente sin juicio, ni el culpable escape al castigo.

De las ciudades asignadas a los levitas, seis fueron designadas como ciudades de refugio, a las cuales el homicida podía huir por seguridad. Esta provisión no fue diseñada para el asesino intencional; sino "para que huya allí el homicida que matare a alguien por sorpresa". "Y os serán ciudades de refugio, para que el homicida no muera hasta que comparezca ante la congregación en juicio". Se dieron instrucciones especiales para determinar si el hombre era culpable de homicidio voluntario, o si había quitado la vida por accidente.

Las ciudades tan sabiamente dispuestas debían estar situadas a media jornada de camino de cualquier parte del país. No ocurriría a menudo que el vengador de la sangre estuviera en el lugar, por lo que el desafortunado asesino de hombres tendría la oportunidad de huir, y muy pocos serían alcanzados antes de llegar al lugar seguro.

Pero si el fugitivo quería escapar con vida, no debía demorarse; había que dejar atrás familia y empleo, no había tiempo para despedirse de los seres queridos. Su vida está en juego, y cualquier otro interés debe sacrificarse a un único propósito: llegar a la ciudad de refugio. Olvida el cansancio, no hace caso de las dificultades. No afloja el paso ni un momento hasta que está a salvo dentro de los muros de la ciudad.

Los caminos a estas ciudades debían mantenerse siempre en buen estado; a lo largo del camino debían erigirse señales con la palabra Refugio en caracteres claros y en negrita, para que el que huyera no dudara ni un momento. Cualquier persona -hebreo, extranjero o residente- podía acogerse a esta disposición. El caso del fugitivo debía ser juzgado imparcialmente por las autoridades competentes y, si era declarado inocente de intento de asesinato, debía ser protegido en la ciudad de refugio. Si por descuido se alejaba más allá de los límites prescritos, y el vengador de la sangre lo encontraba, su vida pagaría la pena de su desprecio por la disposición del Señor. Los que permanecieran dentro de la ciudad hasta la muerte del sumo sacerdote eran entonces libres de regresar a sus posesiones.

Entre las instrucciones específicas para el juicio de personas sospechosas de asesinato se encontraban las siguientes: "Quien mate a alguien, el asesino morirá por boca de testigos; pero un testigo no declarará contra nadie para causarle la muerte". Cuán sabio y justo es este mandato. Si la acusación estaba apoyada por un solo testigo, la persona acusada no debía ser condenada, aunque las pruebas circunstanciales fueran sólidas en su contra. Por otra parte, si se demostraba su culpabilidad, ninguna expiación o rescate podría rescatarlo. Por muy distinguida que fuera su posición, debía sufrir la pena de su crimen. La seguridad y la pureza de la nación exigían que el pecado de asesinato fuera severamente castigado. La vida humana, que sólo Dios podía dar, debía ser sagradamente protegida.

La sangre de la víctima, como la sangre de Abel, clamará a Dios venganza contra el asesino y contra todos los que le protejan del castigo de su crimen. Cualquiera, sea individuo o ciudad, que excuse el crimen del asesino, cuando

se convence de su culpabilidad, es partícipe de su pecado, y sufrirá ciertamente la ira de Dios. El Señor quiso inculcar en su pueblo la terrible culpabilidad del homicidio, al mismo tiempo que disponía lo más completo y misericordioso para la absolución del inocente.

Dios comprende la perversidad del corazón humano. La enemistad personal, o la perspectiva de una ventaja personal, ha arruinado la reputación y la utilidad de miles de hombres inocentes, y en muchos casos ha resultado en su condena y muerte. Las vidas sin valor de hombres violentos y malvados han sido preservadas por un soborno, mientras que a aquellos que no eran culpables de ningún crimen contra las leyes de la nación se les ha hecho sufrir. Por su riqueza o poder, los hombres de rango corrompen a los jueces y dan falso testimonio contra los inocentes. La disposición de que nadie fuera condenado por el testimonio de un solo testigo era justa y necesaria. Un hombre podía estar controlado por prejuicios, egoísmo o malicia. Pero no era probable que dos o más personas estuvieran tan pervertidas como para unirse para dar falso testimonio; e incluso si lo hicieran, un examen por separado conduciría al descubrimiento de la verdad.

Esta misericordiosa provisión contiene una lección para el pueblo de Dios hasta el fin de los tiempos. Fue Cristo quien dio a Moisés esas instrucciones explícitas para la hueste hebrea; y cuando estuvo personalmente con sus discípulos en la tierra, el gran Líder repitió la misma lección que les enseñó, cómo tratar a los descarriados. El testimonio de un hombre no era para absolver o condenar. Los puntos de vista y opiniones de un solo hombre no eran para resolver cuestiones controvertidas. En todos estos asuntos, dos o más debían estar asociados, y juntos debían llevar la responsabilidad del caso. Dios ha impuesto a sus siervos el deber de someterse unos a otros. En ningún asunto importante debe prevalecer el juicio de un solo hombre. La consideración y el respeto mutuos confieren la debida dignidad al ministerio y unen a los siervos de Dios en estrechos lazos de amor y armonía. Aunque deben depender de Dios para obtener fortaleza y sabiduría, los ministros del evangelio deben conferenciar juntos en todos los asuntos que requieran deliberación. "Para que por boca de dos o tres testigos conste toda palabra".

Las leyes instituidas por Dios para prevenir y castigar el crimen estaban marcadas por una justicia estricta e imparcial. Pero la pecaminosidad del hombre pervierte las leyes más sabias, tanto humanas como divinas. Es porque los hombres en autoridad pueden ser sobornados para excusar el pecado, y dejar que los culpables pasen impunes que la justicia ha caído en las calles, y la

equidad no puede entrar. Estos males están haciendo que la tierra se corrompa tanto como en los días de Noé. Los crímenes más terribles se están volviendo tan comunes que apenas despiertan un sentimiento de horror. Nuestra propia nación es culpable ante Dios de permitir que los crímenes más atroces pasen inadvertidos. El peso acumulado del pecado impune está hundiendo a la nación en la destrucción. Los males que no condenan ni castigan están convirtiendo a este pueblo en sujetos de la justicia retributiva de Dios. El libertinaje, el robo y el asesinato, en continuo aumento, están inundando nuestro mundo y preparándolo para recibir la ira sin mezcla de Dios.

Los mandatos de Dios a los hebreos deberían causarnos horror ante la idea de destruir una vida humana, incluso sin intención. Pero cuando un hombre es asesinado por sus semejantes para servir a un propósito egoísta -como Nabot fue asesinado para que Acab pudiera obtener la codiciada viña-, ¿qué honor [horror], qué angustia deberían sentir los que hacen y ejecutan las leyes! Cuán celosos deberían ser sus esfuerzos para esclarecer los hechos, y luego decidir el caso con estricta integridad, y ejecutar la pena con justicia imparcial.

Fue el curso opuesto seguido por el mundo antediluviano lo que hizo que el crecimiento de la maldad fuera tan rápido, y la violencia y el crimen tan generalizados, que Dios limpió la tierra de su contaminación moral mediante un diluvio. Fue el hecho de que el libertinaje y el asesinato fueran considerados con ligereza lo que hizo que Sodoma fuera objeto de los juicios de Dios. Si los que tenían autoridad hubieran asumido la obra que el Señor les había encomendado -los padres comenzando en sus propias familias a corregir el mal, y los magistrados y gobernantes actuando con prontitud y decisión para castigar a los culpables-, los demás habrían temido, y el crimen habría disminuido. Entonces Dios no habría considerado necesario tomar el asunto en sus manos, y mediante cosas terribles en justicia, ejecutar la justicia que había sido pervertida por los hombres en autoridad.

Para aumentar los horrores del asesinato, y ayudar a la detección del criminal, el Señor ordenó que cuando el cuerpo de una persona asesinada se encontrara en la tierra, se celebrara la ceremonia más solemne y pública, bajo la dirección de los magistrados y ancianos en conexión con los sacerdotes designados por Dios. "Si se hallare alguno muerto en la tierra que Jehová tu Dios te da para que la poseas, tendido en el campo, y no se supiere quién lo mató; entonces saldrán tus ancianos y tus jueces, y medirán a las ciudades que están alrededor del muerto; y será que la ciudad que esté junto al muerto, los ancianos de esa ciudad tomarán una novilla que no haya sido labrada, y que no haya sido arrastrada por

el yugo; y los ancianos de esa ciudad harán descender la novilla a un valle áspero, que no tenga orejas ni esté sembrado, y le cortarán el pescuezo allí en el valle. Y se acercarán los sacerdotes hijos de Leví, porque a ellos ha elegido Jehová tu Dios para que le sirvan y bendigan en el nombre de Jehová; y por la palabra de ellos será juzgada toda controversia y todo golpe. Y todos los ancianos de aquella ciudad, que están junto al muerto, lavarán sus manos sobre la novilla degollada en el valle; y responderán y dirán: Nuestras manos no han derramado esta sangre, ni nuestros ojos la han visto. Ten misericordia, Señor, de tu pueblo Israel, al que has redimido, y no pongas la sangre inocente a cargo de tu pueblo Israel. Y la sangre les será perdonada. Así quitarás de entre vosotros la culpa de la sangre inocente, cuando hagas lo recto ante los ojos del Señor."

Después de que la búsqueda más diligente había fracasado en descubrir al asesino, los gobernantes debían mostrar con esta solemne ceremonia su aborrecimiento del crimen. No debían considerar con descuido y negligencia los actos del culpable. En todos sus actos debían mostrar que el pecado tiene una influencia contaminante, que deja una mancha en cada tierra y en cada persona que no trata por todos los medios posibles de llevar al malhechor ante la justicia. Dios considera enemigos suyos a quienes, por negligencia, protegen al culpable. A sus ojos son partícipes de las malas acciones del pecador.

He aquí lecciones que el pueblo de Dios debe tomar en serio en la actualidad. Hay pecados graves consentidos por miembros individuales de la iglesia: codicia, extralimitación, engaño, fraude, falsedad y muchos otros. Si estos pecados son descuidados por aquellos que han sido colocados en autoridad en la iglesia, la bendición del Señor es retenida de su pueblo, y los inocentes sufren con los culpables. Los oficiales de la iglesia deben ser hombres serios y enérgicos, que tengan celo por Dios, y deben tomar las medidas más prontas y minuciosas para condenar y corregir estos males. En esta obra deben actuar, no por egoísmo, celos o prejuicios personales, sino con toda mansedumbre y humildad de espíritu, con el sincero deseo de que Dios sea glorificado. La inhumanidad, el trato falso, la prevaricación, el libertinaje y otros pecados no deben paliarse ni excusarse, porque desmoralizarán rápidamente a la Iglesia. El pecado puede ser llamado con nombres falsos, y encubierto con excusas plausibles y pretendidos buenos motivos, pero esto no disminuye su culpabilidad a los ojos de Dios. Dondequiera que se encuentre, el pecado es ofensivo para Dios, y seguramente recibirá su castigo.

Las ciudades de refugio designadas para el antiguo pueblo de Dios son un símbolo del Refugio provisto y revelado en Jesucristo. La ofrenda hecha por nuestro Salvador fue de valor suficiente para expiar plenamente los pecados de todo el mundo, y todos los que por el arrepentimiento y la fe huyen a este Refugio, encontrarán seguridad; aquí encontrarán paz de la más pesada presión de la culpa, y alivio de la más profunda condenación. Por el sacrificio expiatorio de Cristo y su obra de mediación en nuestro favor, podemos reconciliarnos con Dios. La sangre de Cristo será eficaz para lavar la mancha carmesí del pecado.

Un Salvador misericordioso designó las ciudades temporales de refugio, para que los inocentes no sufrieran con los culpables. El mismo Salvador misericordioso ha creado para los transgresores de la ley de Dios, mediante el derramamiento de su propia sangre, un refugio seguro al que pueden huir para protegerse de los dolores de la muerte segunda. Y ningún poder puede arrebatar de sus manos a las almas que acuden a él en busca de perdón.

Así como el asesino de hombres estuvo en constante peligro hasta que llegó a la ciudad de refugio, así el transgresor de la ley de Dios está expuesto a la ira divina hasta que encuentra un escondite en Cristo. Así como el vagabundeo y el descuido pueden robar al fugitivo su única oportunidad de vida, así las demoras y la indiferencia pueden ser la ruina del alma. Nuestro adversario, el diablo, está constantemente al acecho para destruir las almas de los hombres, y a menos que el pecador sea consciente de su peligro y busque seriamente refugio en el Refugio eterno, caerá presa del destructor.

3 de marzo de 1881

La ley repetida

EGW

Moisés obedeció el mandato de Dios de recapitular la ley a oídos de todo el pueblo. Describió vívidamente las escenas de grandeza sagrada que sus padres presenciaron en el monte, cuando Israel fue tomado en alianza con el Señor como un tesoro peculiar, como una nación santa que debía unirse a un Dios santo.

Ante las maravillosas manifestaciones del poder divino en aquella solemne ocasión -los misteriosos toques de trompeta cada vez más fuertes y terribles, los truenos reverberando en todas las laderas de las montañas, los relámpagos iluminando las severas y solemnes alturas, y en la cumbre del Sinaí, en medio

de nubes, tempestades y densas tinieblas, la gloria de Dios como un fuego devorador: ante estas señales de la presencia de Jehová, los corazones de Israel se estremecieron de miedo, y toda la congregación "se detuvo a lo lejos." Hasta Moisés exclamó: "Temo y tiemblo en gran manera". Entonces, por encima de los elementos beligerantes, se oyó la voz de Jehová, pronunciando los diez preceptos de su ley.

Cuando el gran espejo de Dios reveló al pueblo de Israel su verdadera condición, sus almas se sobrecogieron de terror. El terrible poder de las palabras de Dios parecía más de lo que sus temblorosos cuerpos podían soportar. Suplicaron a Moisés: "Habla tú con nosotros, y oiremos; pero no hable Dios con nosotros, no sea que muramos". Al presentárseles la gran regla del derecho de Dios, se dieron cuenta, como nunca antes, del carácter ofensivo del pecado y de su propia culpa a los ojos de un Dios puro y santo.

Esa ley es el espejo en el que nosotros también debemos mirarnos atentamente para vernos tal como aparecemos a los ojos de Dios. Es la gran norma de rectitud del Cielo, con la cual debemos comparar nuestra vida y carácter. Puesto que la ley señala nuestros pecados y declara nuestra culpa, no debemos pisotearla ni apartarnos del cuadro donde se revela nuestro carácter. No debemos olvidar qué clase de personas somos, ni hacer ningún esfuerzo por eliminar los defectos de nuestro carácter moral. Debemos ejercitar el arrepentimiento para con Dios, y la fe en nuestro Señor Jesucristo. Debemos ser hacedores de la palabra, y no solamente oidores. El corazón, sede de los afectos, debe ser transformado, la naturaleza moral renovada por la gracia.

Qué verdad tan preciosa, que el único que puede dar paz al alma cansada y enferma por el pecado, es el originador de la misma ley que el pecador ha violado. Todo el poder en el cielo y en la tierra le ha sido dado a Cristo, y aunque su alma fue hecha sacrificio por el pecado, aceptará al humilde penitente, y le dará descanso y paz. Él conoce la enormidad de la culpa del hombre y por esta razón vino a la tierra para abrir un camino por el cual los hombres puedan ser liberados de la esclavitud del pecado, y obtener poder para obedecer la ley de Dios. Así llegaremos a ser una generación escogida, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo peculiar, para proclamar las alabanzas de Aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable.

Moisés se esfuerza por inculcar a Israel la importancia de obedecer la ley de Dios. Los exhorta a demostrar su amor a Dios haciendo de esos principios sagrados la regla de su vida diaria. Deben estar dispuestos a sufrir cualquier

inconveniente, antes que quebrantar uno de los mandamientos de Dios. Tal proceder sería más agradable a Dios que meras profesiones de lealtad o palabras de alabanza. Y la obediencia a Dios era su única seguridad como individuos, o como nación; porque sólo esto les aseguraría el favor divino, y les aseguraría felicidad y prosperidad en la tierra a la cual iban.

El mismo Jesús que, velado en la columna de nube, guió a las huestes hebreas, es nuestro jefe. El que dio leyes sabias, justas y buenas a Israel, nos ha hablado a nosotros con tanta verdad como a ellos. Nuestra prosperidad y felicidad dependen de nuestra inquebrantable obediencia a la ley de Dios. La sabiduría finita no podría mejorar un solo precepto de esa santa ley. No se puede quebrantar ni uno solo de esos diez preceptos sin deslealtad al Dios del Cielo. Guardar cada jota y tilde de la ley es esencial para nuestra propia felicidad, y para la felicidad de todos los que se relacionan con nosotros. "Mucha paz tienen los que aman tu ley, y nada los ofenderá". Sin embargo, el hombre finito presentará al pueblo esta santa, justa y buena ley como un yugo de esclavitud, un yugo que el hombre no puede soportar. Es el transgresor el que no puede ver la belleza en la ley de Dios.

El mundo entero será juzgado por esta ley. Llega incluso a las intenciones y propósitos del corazón, y exige pureza en los pensamientos, deseos y disposiciones más secretos. Requiere que amemos a Dios supremamente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Sin el ejercicio de este amor, la más elevada profesión de fe es mera hipocresía. Dios exige de cada alma de la familia humana la obediencia perfecta a su ley. "Cualquiera que guardare toda la ley, y ofendiere en un punto, es culpable de todos".

La menor desviación de esa ley, por negligencia o transgresión voluntaria, es pecado, y todo pecado expone al pecador a la ira de Dios. El corazón no renovado aborrecerá las restricciones de la ley de Dios y se esforzará por librarse de sus santas exigencias. Nuestro bienestar eterno depende de una comprensión adecuada de la ley de Dios, de una profunda convicción de su carácter santo y de una pronta obediencia a sus requisitos. Los hombres deben ser convencidos de pecado antes de sentir su necesidad de Cristo. "Por la ley es el conocimiento del pecado". Satanás obra continuamente para disminuir la estimación del hombre acerca del carácter grave del pecado. Los que pisotean la ley de Dios, han rechazado el único medio de definir al transgresor lo que es el pecado. Están haciendo la obra del gran engañador.

Siempre que el pueblo de Israel había encontrado dificultades en sus viajes, había estado dispuesto a atribuir todos sus problemas a Moisés. Pero ahora que se presenta ante ellos para dar su último testimonio, se disipan sus sospechas de que esté controlado por el orgullo, la ambición o el egoísmo. Escuchan con confianza sus palabras cuando les asegura que las reprensiones, advertencias y estímulos que les había dado, junto con los estatutos y juicios, no fueron pronunciados por su propia autoridad, sino que eran las palabras del poderoso Dios de Israel. "He aquí yo os he enseñado estatutos y decretos, como Jehová mi Dios me mandó, para que así lo hagáis en la tierra a la cual entráis para poseerla. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque ésta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de las naciones, las cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente esta gran nación es un pueblo sabio y entendido..... Porque ¿qué nación hay tan grande, que tenga estatutos y decretos tan justos como toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?".

Moisés asegura a su pueblo que ninguna otra nación tiene reglas de vida tan sabias, justas y misericordiosas como las que se habían concedido a los hebreos. La obediencia a estos preceptos sagrados preservaría la armonía entre el hombre y el hombre, y entre el hombre y su Creador, y haría que Israel fuese considerado por todas las naciones circundantes como un pueblo sabio y comprensivo. En qué contraste con las enseñanzas del antiguo siervo de Dios están las palabras de muchos que profesan ser embajadores de Cristo, mientras enseñan al pueblo a transgredir la santa ley de Dios. En el día en que toda obra sea llevada a juicio ante Dios, se hará la pregunta a estos falsos guías: "¿Por qué has despreciado el mandamiento del Señor?". En ese día, estos profanos juguetones con la santa ley de Dios, se verán abrumados por el terror y la desesperación.

Moisés relató al pueblo los simples hechos de su historia tal como habían ocurrido. Les expuso fielmente sus propios errores y las transgresiones de sus padres, y les dijo claramente que la desconfianza y la incredulidad habían sido su gran pecado. No evocó amargos recuerdos, ni se complació en censurar y reprender, para gratificar sus propios sentimientos. Presentó estas cosas para mostrarles que no era seguro que confiaran en su propia sabiduría. Con la ternura compasiva que un padre piadoso ejerce hacia un hijo descarriado, trató de despertar en ellos un verdadero dolor por sus pecados y un arrepentimiento sincero hacia Dios. Les hizo comprender que Dios no era en modo alguno responsable de sus desgracias. Él había sido fiel a sus promesas, pero ellos habían quebrantado su solemne promesa; habían transgredido sus santas exigencias, y su ira se había encendido contra ellos una y otra vez.

Dios se presentaba ante ellos, no como un juez severo e implacable, sino como un padre amoroso y compasivo. Se les aseguraba que, cuando se arrepintieran de verdad, perdonaría sus pecados. Moisés presentó ante el pueblo el amor de Dios manifestado en sus viajes pasados, al perdonar sus transgresiones y seguir conservándolos como su pueblo. Les recordó que a menudo se habían sentido insatisfechos, impacientes y rebeldes hacia Dios, a causa de su largo vagar por el desierto. Pero el Señor no había sido culpable de este retraso en la posesión de Canaán. Él estaba más afligido que ellos porque no podía ponerlos inmediatamente en posesión de la tierra prometida, y mostrar así ante todas las naciones su poderoso poder en la liberación de su pueblo. Pero ellos no estaban preparados para entrar en Canaán. Con su manifiesta desconfianza en Dios, con su orgullo e incredulidad, no representarían en modo alguno a ese pueblo cuyo Dios es el Señor. No llevaban su carácter de pureza, bondad y benevolencia.

Sus padres habían perdido su favor por su desobediencia. Si se hubieran sometido a su autoridad, como nación gobernada por sus juicios, y como individuos que seguían sus ordenanzas, hace mucho tiempo que se habrían establecido en Canaán, como pueblo próspero, santo y feliz. Su tardanza en entrar en la buena tierra deshonró a Dios y menoscabó su gloria a los ojos de las naciones vecinas.

Su propia perversidad de espíritu hizo imposible que Dios manifestara su poder protegiéndolos de las naciones que se oponían a su paso a Canaán. Cuando aquellos que habían sido el pueblo escogido de Dios, que habían presenciado tantas demostraciones de su grandeza y de la majestad de su poder, imitaran las iniquidades de los paganos, la culpa de Israel sería tanto mayor que la de las naciones idólatras, como lo eran sus privilegios. Ni una sola de las cosas buenas que Dios había prometido a su pueblo faltaría si éste cumplía las condiciones bajo las cuales se le concedían estas bendiciones. Si los ángeles de Dios obraron con los ejércitos de Israel para expulsar a los habitantes de Canaán a causa de su maldad, los hebreos debían estar libres de los pecados de esas naciones. Debían mantener un alto grado de pureza y santidad, y demostrar en todas sus palabras y actos que amaban, temían y obedecían al gran Gobernante del universo.

Dios no podría sancionar el pecado, ni proteger la iniquidad. La justicia y el amor son los atributos dominantes de su carácter. Aunque castigará a los transgresores de su ley para que otros teman, siempre ha atemperado el juicio con la misericordia. Dios escogió a la nación hebrea y la unió a sí mismo, para hacerla representante de su propio carácter. Quería hacer de ellos un faro de luz

para todas las naciones circundantes, para que su nombre fuera glorificado y su servicio exaltado. Por la comunión con Dios, los israelitas habían de llegar a ser partícipes de la naturaleza divina; sus corazones, envilecidos por el pecado, habían de ser purificados y sus aspiraciones ennoblecidas. Debían presentarse ante el mundo como ejemplo de lo que los hombres podían llegar a ser por medio de Jesucristo. Aquellos a quienes Dios elevaría y ennoblecería mediante la conexión con él, se convertirían, por la transgresión, en seres totalmente degradados y de carácter satánico. A ellos les correspondía elegir el camino que seguirían.

La historia de los hijos de Israel está escrita para nuestra amonestación. Somos probacionistas como lo fueron ellos. Podemos conectarnos con Dios como fue su privilegio. Podemos llegar a ser fuertes en la fuerza del Dios de Israel, si creemos y obedecemos su palabra como lo hicieron Caleb y Josué. Pero si dudamos, somos incrédulos y rebeldes, como lo fueron las multitudes que cayeron en el desierto, no seremos dignos de poseer las mansiones que Cristo fue a prepararnos.

10 de marzo de 1881

El cuidado de Dios por Israel

EGW

Se acercaba el momento en que Moisés debía dejar a otros el mando de Israel. En obediencia al decreto de Dios, debía subir pronto al monte Nebo para morir. Pero antes de que dejara la congregación, el Señor le ordenó que les relatara los hechos principales de su liberación de Egipto y de su viaje por el desierto. Debía presentarles las maravillosas manifestaciones del poder de Dios al sacarlos del horno de hierro, figura que ilustraba bien su cruel y degradante esclavitud en Egipto. Nunca habrían sido liberados de sus opresores de no ser por la interposición del Dios del Cielo.

Moisés no sólo debía presentar ante el pueblo las misericordiosas manifestaciones del poder divino en todos sus viajes, sino también recapitular la ley de Dios pronunciada desde el Sinaí. Cuando la ley fue repetida por boca de Jehová a sus padres, la actual congregación de Israel era demasiado joven para comprender la terrible grandeza y solemnidad de la ocasión. Sus padres oyeron la voz de Dios, y presenciaron su poder, y se les hizo sentir el carácter sagrado de su santa ley; pero no habían guardado esa ley, y por sus transgresiones, cayeron en el desierto sin ver la buena tierra. Los pecados y

errores que atrajeron sobre los padres la ira de Dios, debían repetirse ante sus hijos, para que vieran los terribles resultados de la transgresión de la ley de Dios. Como pronto pasarían el Jordán y tomarían posesión de la tierra prometida, Dios les presentaría bajo una luz correcta las exigencias de su ley, y les impondría la obediencia como única condición de su prosperidad. No les bastaba con ser pueblo de Dios sólo de nombre. Su amor a él, su derecho al nombre del Israel de Dios, se manifestaría por su obediencia.

Moisés se presenta ante el pueblo para repetir sus últimas advertencias y amonestaciones. Su rostro está iluminado con una luz sagrada. Su cabello está blanco por la edad; pero su figura está erguida, su semblante expresa el vigor intacto de la salud, y su mirada es clara y sin mácula. Era una ocasión importante. Una vez más iba a dirigir al pueblo las palabras de Dios. Con profundo sentimiento y elocuencia poética magnificó al Señor Dios de Israel. La gran misericordia y el amor inagotable de su Todopoderoso Protector fueron descritos en el lenguaje más sublime e impresionante. Dio advertencias, reprensiones, advertencias y aliento, como Cristo le había dado las palabras.

Moisés se detuvo con gran seriedad en las maravillosas obras del Señor al sacar a su pueblo de Egipto. Les expuso las muchas bendiciones que habían recibido, por las cuales sus corazones deberían haberse llenado de gratitud a Dios, en vez de abrigar dudas e incredulidad. Se detuvo con particular seriedad en el período en que eran una masa de gente desorganizada e indefensa, que marchaba desordenadamente hacia el Mar Rojo. El Señor los favoreció con su presencia. El estandarte nublado en el cielo, el estandarte de su Líder invisible, era una guía segura, un dosel que los protegía del calor ardiente durante el día, y una columna de fuego que iluminaba su campamento por la noche, asegurándoles constantemente la presencia divina. Y este ángel de Dios, que guiaba a sus ejércitos en todos sus viajes, era su Redentor.

"Cuando Israel, del Señor amado,
De la tierra de servidumbre salió, El
Dios de sus padres delante de ellos se movió,
Un guía terrible en nube y llama.

"De día, a lo largo de la tierra asombrada,
la columna nubosa se deslizaba lentamente;
de noche, las arenas carmesíes de Arabia
devolvían el resplandor ardiente de la columna".

Moisés les recuerda cómo, al tercer día de su viaje, el camino se volvió extraño y desconcertante, y la noche los encontró rodeados a derecha e izquierda por cadenas de montañas infranqueables, mientras que justo enfrente estaba el Mar Rojo. Estaban llenos de temor, no sabían qué rumbo seguir; sin embargo, habían seguido la guía de la columna de nube. Cansados y hambrientos, acamparon junto al mar, con el corazón oprimido por oscuros presentimientos. Entonces, para completar su desesperación, vieron y oyeron al ejército egipcio que los perseguía de cerca. Los ejércitos de Israel fueron presa del pánico; todo parecía indicar que eran una presa segura para sus más acérrimos enemigos. Pero he aquí que ven la columna de fuego elevarse desde el frente y pasar grandiosamente a la retaguardia de la hueste hebrea, como una muralla maciza entre ellos y los egipcios, una luz brillante para los hebreos, una nube de densas y espantosas tinieblas para sus enemigos.

Mientras el pueblo reprochaba a Moisés ser la causa de todas sus perplejidades, el Señor le ordenó decir a la multitud aterrorizada: "No temáis, quedaos quietos y ved la salvación del Señor, que hoy os mostrará." "El Señor peleará por vosotros, y vosotros callaréis". En obediencia a la orden divina, Avanzad, el vasto ejército se mueve hasta la orilla del agua, entonces Moisés levanta la vara, y a su golpe las olas enfurecidas se amontonan a ambos lados, revelando el camino por el que caminarán los rescatados del Señor. Pero ninguna voz había hablado al rey desafiante para que avanzara; y el camino de la providencia de Dios, el camino de la seguridad para su pueblo, era para los enemigos de Dios el camino de la derrota y la destrucción. Las aguas se cerraron sobre ellos, y Moisés dijo al ejército hebreo: "A los egipcios que habéis visto hoy, no los volveréis a ver más para siempre.

Los emocionantes incidentes de este pasaje nocturno habían sido repetidos muchas veces a los israelitas; pero nunca antes habían sido descritos tan vívidamente. Todos los que habían tomado parte activa en esta ocasión, con excepción de Moisés y Aarón, Caleb y Josué, habían muerto en el desierto. Los que ahora eran hombres responsables, eran niños en el momento de su paso por el Mar Rojo, y no tenían ideas correctas y claras de esta maravillosa manifestación del poder de Dios en su liberación. Este importante acontecimiento, relatado por Moisés con seriedad y solemne elocuencia, ablandó sus corazones y aumentó su amor, su fe y su reverencia a Dios.

Moisés repitió el cántico de acción de gracias que había compuesto, y que miles de hebreos entonaron juntos a orillas del Mar Rojo, no sólo hombres, sino también mujeres, alzando la voz de alabanza y uniéndose para derramar su

gratitud exultante e inspirada por el Cielo. Este canto es una de las expresiones más sublimes y emocionantes de triunfo y alabanza que se encuentran en todos los anales de la historia. Moisés relata la maravillosa liberación que Dios ha obrado en favor de su pueblo y ensalza su justicia, su fidelidad y su amor.

El Señor permite con frecuencia que su pueblo sea puesto en aprietos, para que puedan recurrir a él, su protector y libertador, como un niño recurriría a sus padres cuando está en apuros y temeroso. El hecho de que estemos afligidos no prueba que Dios esté contra nosotros. Cuando Cristo estaba en la tierra, le trajeron a un ciego de nacimiento para que lo curara. Le preguntaron a Jesús: "Maestro, ¿quién pecó, este hombre o sus padres, para que naciera ciego?". El Salvador respondió: "Ni éste pecó, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él". Esto responde a la inquietante pregunta de muchas mentes: "¿Por qué han de suceder estas cosas? ¿Es a causa de nuestros pecados que la angustia y el dolor han venido sobre nosotros?". Es verdad que el dolor y la muerte son consecuencia del pecado. Pero el Señor permite que los que ama sean llevados a la prueba, para que puedan aprender las preciosas lecciones de la confianza y la fe. Si las pruebas se reciben correctamente, nos resultarán del más alto valor en nuestra experiencia religiosa. A medida que nos llevan a poner nuestra confianza más firmemente en Dios, llegamos a conocer mejor su carácter.

Cuando el Señor ha respondido a nuestras oraciones y se ha mostrado mejor que nuestros temores, no debemos dejar de expresar nuestra gratitud por sus misericordias. Como la hueste hebrea, debemos alabarle por sus maravillosas obras. Aquí muchos no glorifican a Dios. No hablan de su bondad, dando a conocer a todos los que les rodean que el Señor es para ellos una ayuda presente en todo momento de necesidad.

Debemos alabar a Dios por cada bendición que disfrutamos, y sobre todo debemos expresar nuestra gratitud por las provisiones de su gracia. ¡Qué compasión, qué amor sin igual nos ha mostrado Dios a nosotros, pecadores perdidos, al unirnos a Él para que seamos para Él un tesoro peculiar! ¡Qué sacrificio tan infinito ha hecho nuestro Redentor para que seamos llamados hijos de Dios, y qué tributo de amor y gratitud debe suscitar!

Si el corazón se entrega a Dios con afecto sincero y ferviente, amaremos a aquellos por quienes Cristo murió, y así podremos devolver la gloria a Dios. Meditando en su palabra y acercándonos a él con la sencillez de la fe, podremos contemplar su excelencia y su gloria, y así ser transformados en su misma

imagen. Debemos ofrecer continuamente a Dios sacrificios de alabanza, dando gracias a su nombre.

24 de marzo de 1881

Las últimas palabras de Moisés

EGW

En todos los tratos de Dios con su pueblo hay, mezclados con su amor y misericordia, una sorprendente exactitud y firmeza de decisión. Esto se ejemplifica claramente en la historia del pueblo hebreo. Dios había concedido grandes bendiciones a Israel. Su amorosa bondad hacia ellos está así conmovedoramente retratada por su propia mano: "Como el águila levanta su nido, revolotea sobre sus crías, extiende sus alas, las toma y las lleva sobre sus alas, así sólo el Señor los guió". Y, sin embargo, qué castigo tan rápido y severo les fue impuesto por sus transgresiones. ¿Cómo, entonces, pueden los pecadores de cualquier época esperar escapar de la ira de Dios?

Además, más maravilloso que su misericordia hacia Israel es el amor que Cristo ha manifestado en su sacrificio infinito para redimir a una raza perdida. Su vida terrenal estuvo llena de actos de ternura y compasión divinas. Y, sin embargo, Cristo mismo declara claramente: "Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido". A la vez que nos habla del amor de Dios, nos describe las terribles escenas del Juicio Final y el castigo que caerá sobre los impíos. En toda la Biblia, Dios es presentado no sólo como un ser de misericordia y benevolencia, sino como un Dios de justicia estricta e imparcial.

El gran Gobernante de las naciones había declarado que Moisés no debía conducir a la congregación de Israel a la buena tierra, y todas las fervientes súplicas del siervo de Dios no pudieron conseguir la remisión de su sentencia. Sabía que debía morir. Sin embargo, ni por un momento había vacilado en su interés y cuidado por Israel. Había tratado fielmente de preparar a la congregación para entrar en la herencia prometida, y les había repetido la ley de Dios y sus maravillosos tratos con ellos como pueblo. Por todos los medios posibles los protegería de la transgresión.

Ahora completó el trabajo de escribir todas las leyes, los estatutos y juicios que Dios le había dado, y todas las regulaciones concernientes al sistema de sacrificios. El libro que las contenía fue puesto a cargo de los funcionarios

correspondientes, y para su custodia fue depositado al costado del arca. Un pueblo descarriado interpreta a menudo los requerimientos de Dios para satisfacer sus propios deseos; por lo tanto, el libro de la ley debía conservarse sagradamente para referencia futura.

Moisés estaba lleno de temor de que el pueblo se alejara de Dios, su único ayudador. En un discurso de lo más sublime y emocionante, expuso ante ellos la bendición que les correspondería si vivían en obediencia a Dios, y luego declaró las terribles maldiciones que caerían sobre ellos si se apartaban de él. "Y serás espanto, proverbio y refrán entre todas las naciones adonde el Señor te conduzca". Y el Señor te esparcirá entre todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro, y allí servirás a otros dioses, que ni tú ni tus padres conocieron, a la madera y a la piedra. Y entre esas naciones no hallarás reposo, ni la planta de tu pie tendrá descanso; sino que el Señor te dará allí un corazón tembloroso, y cansancio de ojos, y tristeza de mente. Y tu vida penderá en duda delante de ti; y temerás de día y de noche, y no tendrás seguridad de tu vida. Por la mañana dirás: ¡Ojalá amaneciera! y por la tarde dirás: ¡Ojalá amaneciera! por el temor de tu corazón con que temerás, y por la vista de tus ojos con que verás."

Concluyó con estas solemnes e impresionantes palabras: "Yo llamo al cielo y a la tierra para que registren hoy contra ti, que he puesto delante de ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición; elige, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia. Que ames al Señor tu Dios, que obedezcas su voz y te apegues a él, porque él es tu vida y la duración de tus días. Para que habites en la tierra que el Señor juró a tus padres, a Abraham, a Isaac y a Jacob, que les daría."

Siguiendo la orden divina, Moisés y Josué se dirigieron ahora al tabernáculo, mientras la columna de nube llegaba y se colocaba sobre la puerta. Allí el pueblo fue entregado solemnemente a Josué. El liderazgo del hombre que durante tanto tiempo y tan fielmente había cuidado de Israel había terminado. Pero Moisés se olvidó de sí mismo en su interés por su pueblo. En presencia de las multitudes reunidas, el gran jefe, en nombre de Dios, dirigió a su sucesor estas palabras de santo aliento: "Esfuézate y sé valiente, porque tú introducirás a los hijos de Israel en la tierra que les juré, y yo estaré contigo". Luego se dirigió a los ancianos y oficiales del pueblo dándoles el solemne encargo de obedecer fielmente las instrucciones que les había comunicado de parte de Dios.

Moisés y Josué estaban juntos a la puerta del tabernáculo, y los ojos de toda la congregación estaban fijos en ellos. El anciano, ahora doblemente querido, pronto les sería quitado; y recordaron con un aprecio nuevo y más profundo su

ternura paternal, sus sabios consejos y sus incansables labores. Su sucesor era el hombre elegido por Dios, pero tenía mucha menos experiencia. ¿Cómo podría llevar él solo las cargas que habían recaído tan pesadamente incluso sobre Moisés? El pueblo recordaba cuántas veces Moisés se había interpuesto entre ellos y la venganza de Dios por sus pecados. ¡Cuántas veces sus fervientes súplicas habían desviado el golpe! De buena gana lo habrían mantenido con ellos, pero sabían que eso era imposible. Su dolor se agudizaba por el remordimiento. Recordaban amargamente que su propio proceder perverso había provocado a Moisés al pecado por el que debía morir.

Dios quiso despertar a los israelitas para que vieran lo pecaminoso de su conducta. La eliminación de su amado líder sería una reprensión mucho más fuerte que cualquiera que hubieran podido recibir si su vida y su misión hubieran continuado. Ahora el Señor les haría sentir que no deben hacer la vida de su futuro líder tan dura y difícil como han hecho la de Moisés. Dios habla a su pueblo con bendiciones concedidas; y cuando éstas no son apreciadas, les habla con bendiciones quitadas, para que sean inducidos a ver sus pecados y vuelvan a él de todo corazón.

Aquel mismo día le llegó a Moisés la orden: "Sube al monte Nebo, ... y contempla la tierra de Canaán, que di en posesión a los hijos de Israel. Y muere en el monte adonde subes, y reúnete con tu pueblo". Muchas veces Moisés había abandonado el campamento de Israel, en obediencia a la llamada divina, para estar en comunión con Dios; pero ahora debía partir en una nueva y misteriosa misión. Debía salir para entregar su vida en manos de su Creador. Moisés sabía que iba a morir solo; no se permitiría que ningún amigo terrenal lo atendiera en sus últimas horas.

No estaba más allá de la tentación, y había un misterio y un horror en la escena que tenía ante sí, de la que su corazón se encogió. Estaba en pleno vigor de salud, con todas sus facultades en activo ejercicio. ¿Había de sobrevenirle alguna extraña y temible enfermedad? ¿Debía su cuerpo yacer insepulto, presa de las fieras y de las aves del cielo? ¿Sería éste el fin de su vida de trabajo y sacrificio? Pero la prueba más severa fue su separación del pueblo que le importaba y amaba, el pueblo con el que su interés y su vida se habían identificado durante cuarenta años. Su corazón se llenó de ansiedad por su futuro, y se oprimió con presentimientos de mal, al recordar su constante tendencia a apartarse de Dios. Nunca su fe había sido tan duramente probada. Pero había aprendido a confiar en Dios, y se sometió con calma al decreto del amor y la sabiduría infinitos.

Moisés no tenía la opinión que ahora abriga la mayor parte del mundo cristiano, de que tan pronto como un hombre bueno muere, entra en las mansiones de la bienaventuranza eterna, en una tierra de la que Canaán, con todas sus atracciones, no era más que un tenue tipo. Si hubiera creído esto, no habría suplicado tan encarecidamente que se le permitiera cruzar el Jordán y compartir la herencia de su pueblo.

De nuevo el Espíritu de Dios se posó sobre su siervo, y en el lenguaje más sublime y conmovedor pronunció una bendición sobre las tribus individualmente. Luego concluyó con una bendición general, en la que expuso el cuidado de Dios por Israel, y la posición exaltada que podrían ocupar, si vivían en obediencia a su ley. "El Dios eterno es tu refugio y debajo están los brazos eternos. Y él echará al enemigo de delante de ti, y dirá: Destrúyelos. Israel, entonces, habitará solo en seguridad. La fuente de Jacob estará sobre una tierra de maíz y vino; también sus cielos dejarán caer rocío. Dichoso tú, Israel. ¿Quién como tú, pueblo salvado por el Señor, escudo de tu socorro y espada de tu excelencia? Y tus enemigos te serán hallados mentirosos; y tú hollarás sus lugares altos".

31 de marzo de 1881

La muerte de Moisés

EGW

Cuando Moisés hubo terminado sus últimas palabras a Israel, se apartó de la congregación, y en silencio y a solas se dirigió hacia la ladera de la montaña. Se dirigió a Pisga, la cresta más alta, y luego a Nebo, el punto más elevado de esa cresta. En aquella altura solitaria se detuvo y contempló con ojos inmaculados la escena que se extendía por todas partes. A lo lejos, al oeste, se extendían las aguas azules del Gran Mar; al norte, el nevado Hermón se recortaba contra el cielo; al este, la meseta de Moab; más allá, Basán, escenario del triunfo de Israel; y al sur, el desierto de su largo peregrinaje.

En la soledad, Moisés repasó su vida de vicisitudes y penurias desde que se apartó de los honores cortesanos y de un posible reino en Egipto, para echar su suerte con el pueblo elegido de Dios. Recordó aquellos largos años en el desierto con los rebaños de Jetro, la aparición del ángel en la zarza ardiente y su propia llamada para liberar a Israel. Contempló de nuevo los poderosos milagros del poder de Dios en las plagas sobre Egipto, el maravilloso paso a través del Mar Rojo, el símbolo de la presencia de Dios en la nube y la columna

de fuego, el agua que brotaba de la roca, el pan diario que descendía del cielo con el rocío que caía, las victorias que el Señor les había dado sobre sus enemigos, su reposo tranquilo y seguro en medio de un vasto desierto, y la insuperable gloria y majestad de la presencia divina que se le había revelado. Al repasar estas cosas, se sintió abrumado por la bondad y el poder de Dios. Sus promesas eran seguras para Israel. Cuando fueron fieles y obedientes, ningún bien prometido les había sido negado.

Moisés se había sentido decepcionado y afligido por la continua rebelión de Israel. A pesar de todas sus oraciones y trabajos durante sus cuarenta años de viaje, sólo dos de todos los adultos del vasto ejército que salió de Egipto, fueron encontrados tan fieles que pudieron ver la tierra prometida. Cuando Moisés revisó el resultado de su labor, su vida de prueba y sacrificio parecía haber sido casi en vano.

Sin embargo, no lamentaba las cargas que había soportado por un pueblo ingrato. Sabía que su misión y su trabajo habían sido designados por Dios. Cuando fue llamado por primera vez a sacar a Israel de la casa de servidumbre, rehuyó la responsabilidad y suplicó al Señor que eligiera a un hombre mejor calificado para ejecutar esta sagrada obra. Su petición no le fue concedida. Desde que había emprendido la obra, no la había abandonado, ni había dejado de lado la carga. Cuando el Señor propuso liberarlo y destruir al rebelde Israel, Moisés no pudo consentir. Decidió seguir soportando la carga que se le había impuesto.

El siervo de Dios había gozado de muestras especiales del favor divino; había obtenido una rica experiencia durante sus viajes por el desierto, al presenciar las manifestaciones del poder y la gloria de Dios; y al repasar las escenas de su vida, llegó a la conclusión de que había tomado una sabia decisión al elegir sufrir aflicción con el pueblo de Dios, en vez de gozar de los placeres del pecado por una temporada.

Cuando Moisés miró hacia atrás en su experiencia como líder del pueblo de Dios, sólo un acto erróneo empañó su ilustre historial. Si pudiera expiar esa única transgresión, no rehuiría la muerte. Se le aseguró que el arrepentimiento, la humillación y la fe en el Prometido, que iba a morir como sacrificio del hombre, era todo lo que Dios requería. Con humildad y fe, Moisés confesó de nuevo su pecado e imploró el perdón en el nombre de Jesús.

Los ángeles de Dios presentaron a Moisés una vista panorámica de la tierra prometida. Cada parte del país se extendía ante él, no débil e incierta en la tenue

distancia, sino destacándose clara, distinta y hermosa para su deleitada visión. Le parecía estar contemplando un segundo Edén. Había montañas cubiertas de cedros del Líbano, colinas grises de olivos y fragantes con el olor de la cosecha, amplias llanuras verdes brillantes de flores y ricas en frutos, las palmeras de los trópicos al lado de ondulantes campos de trigo y cebada, valles soleados y musicales con el murmullo de los arroyos y el canto de los pájaros, hermosas ciudades y hermosos jardines, lagos ricos en "la abundancia del mar", rebaños pastando en las laderas de las colinas, e incluso en medio de las rocas un lugar para que la abeja silvestre guarde sus tesoros. Era una tierra como la que Moisés, inspirado por el Espíritu de Dios, había descrito a Israel: "Bendito del Señor,... por las cosas preciosas del cielo, por el rocío y por las profundidades que se esconden debajo, y por los frutos preciosos que produce el sol,... y por las cosas principales de las montañas antiguas,... y por las cosas preciosas de la tierra y su plenitud".

Cuando las glorias de la tierra prometida se desvanecieron de su vista, pasó ante él una escena de más profundo interés. Se le permitió mirar a través de la corriente del tiempo y contemplar el primer advenimiento de nuestro Salvador. Vio a Jesús de niño en Belén. Oyó las voces de la hueste angélica prorrumpir en aquel alegre cántico de alabanza a Dios y de paz en la tierra. Contempló la humilde vida de Cristo en Nazaret, su ministerio de amor, compasión y curación, su rechazo por una nación orgullosa e incrédula, la agonía en Getsemaní, la traición, la cruel burla y flagelación, y el último acto culminante de clavarlo en el madero. Moisés vio que así como él había levantado la serpiente en el desierto, así el Hijo de Dios debía ser levantado en la cruz, para dar su vida en sacrificio por los hombres, para que todo el que creyera en él "no perezca, sino que tenga vida eterna".

Pena, asombro, indignación y horror llenaron el corazón de Moisés, al ver la hipocresía y el odio satánico manifestados por la nación judía contra su Redentor, el ángel poderoso que había ido delante de sus padres, y obrado tan maravillosamente por ellos en todos sus viajes. Oyó el grito agonizante de Cristo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Lo vio resucitar de entre los muertos y ascender a su Padre, escoltado por ángeles adoradores. Vio los portales resplandecientes abiertos para recibirle, y las huestes del Cielo dando la bienvenida a su Comandante con cantos de triunfo eterno. Cuando Moisés contempló la escena, su semblante brilló con un resplandor sagrado. ¡Qué pequeñas parecían sus propias pruebas y sacrificios comparados con los del Hijo de Dios! Se regocijó de que se le hubiera permitido, aunque fuera en pequeña medida, participar en los sufrimientos de Cristo.

De nuevo la visión se desvaneció, y sus ojos se posaron en la tierra de Canaán, que se extendía a lo lejos. Entonces, como un guerrero cansado, se acostó a descansar. "Y Moisés, siervo del Señor, murió allí en la tierra de Moab, según la palabra del Señor. Y lo enterró en un valle en la tierra de Moab, frente a Bet Peor; pero nadie sabe de su sepulcro hasta el día de hoy."

Muchos de los que no habían estado dispuestos a seguir los consejos de Moisés mientras estaba con ellos, correrían ahora el peligro de cometer idolatría sobre su cadáver. Por eso se ocultó a los hombres el lugar donde descansaba. Pero los ángeles de Dios enterraron el cuerpo de su siervo fiel, y velaron sobre la tumba solitaria.

La vida de Moisés estuvo marcada por un amor supremo a Dios. Su piedad, humildad y paciencia le dieron una fuerte influencia sobre el ejército de Israel. Su celo y su fe en Dios eran mayores que los de cualquier otro hombre sobre la tierra. A menudo se había dirigido a su pueblo con palabras de conmovedora elocuencia. Nadie sabía mejor que él cómo conmover los afectos de sus oyentes. Dirigía con gran sabiduría todos los asuntos relacionados con los intereses religiosos del pueblo.

Satanás se regocijó de haber logrado que Moisés pecara contra Dios. Por su transgresión, Moisés cayó bajo el dominio de la muerte. Si su vida no se hubiera visto empañada por ese único pecado, al no dar a Dios la gloria de sacar agua de la roca, habría entrado en la tierra prometida y habría sido trasladado al Cielo sin ver la muerte. Pero al siervo de Dios no se le permitió permanecer mucho tiempo en la tumba. Cristo mismo, con los ángeles que enterraron a Moisés, bajó del cielo, llamó al santo dormido y lo llevó triunfante a la ciudad de Dios.

Cuando el Príncipe de la vida y los resplandecientes se acercaban a la tumba, se les opuso Satanás con su compañía de ángeles malignos, que estaban decididos a que el poder de la muerte no fuera quebrantado. Pero la gloria que asistía al Hijo de Dios obligó a las huestes de las tinieblas a retroceder. Satanás reclamó insolentemente el cuerpo de Moisés a causa de su única transgresión. Cristo condescendió a no entrar en disputa con su adversario, sino que lo remitió todo mansamente a su Padre, diciendo: "El Señor te reprenda". Moisés se había arrepentido humildemente de su pecado, no había mancha sobre su carácter, y su nombre en el libro de registros del Cielo permanecía sin mancha. Por el poder de su palabra, Cristo abrió la prisión y liberó al cautivo de la muerte.

En el monte de la transfiguración, Moisés estaba presente, con Elías, que había sido trasladado. Fueron enviados como portadores de luz y gloria del Padre a su

amado Hijo. Tal es la última escena revelada a la visión mortal en la historia de aquel hombre tan altamente honrado por Dios.

Moisés era un tipo de Cristo. Recibió las palabras de la boca de Dios y las dirigió al pueblo. Dios tuvo a bien disciplinar a Moisés en la escuela de la aflicción y la pobreza, antes de que pudiera estar preparado para dirigir a los ejércitos de Israel en sus viajes desde Egipto a la Canaán terrenal. El Israel de Dios que pasa ahora a la Canaán celestial tiene un Capitán que no necesitó ninguna enseñanza terrenal para perfeccionarse para su misión de Líder divino. No manifestó ninguna debilidad o imperfección humana; sin embargo, murió para obtener para nosotros la entrada en la tierra prometida.

7 de abril de 1881

El Jordán cruzado

EGW

Los israelitas lloraron profundamente a su difunto líder, y dedicaron treinta días a servicios especiales en honor de su memoria. Nunca, hasta que les fue arrebatado, habían sentido tan intensamente el valor de sus sabios consejos, su ternura paternal y su fe inquebrantable. Supieron entonces que su juicio maduro y su abnegada devoción nunca podrían ser reemplazados en la tierra. Sin embargo, aunque sus corazones estaban llenos de dolor por su gran pérdida, sabían que no estaban solos. La columna de nube seguía descansando sobre el tabernáculo durante el día, y la columna de fuego por la noche, como garantía de que Dios seguiría estando con ellos si le eran fieles.

Josué era ahora el líder reconocido de Israel. Había sido el primer ministro de Moisés durante la mayor parte de la estadía en el desierto. Había visto las maravillosas obras de Dios realizadas por Moisés, y comprendía bien la disposición del pueblo. Fue uno de los doce espías enviados a explorar la tierra prometida, y uno de los dos que dieron cuenta fiel de su atractivo, y que animaron al pueblo a subir y poseerla con la fuerza de Dios. Estaba bien cualificado para su importante cargo. El Señor le había prometido estar con él como había estado con Moisés, y darle la conquista de Canaán, si observaba fielmente los requisitos divinos. Josué comprendió la magnitud y la importancia de la confianza que se le había confiado, y había esperado la obra que tenía ante sí con gran ansiedad; pero la seguridad de la guía y el apoyo divinos disipó sus temores.

Pocas millas más allá del Jordán, justo enfrente del lugar donde acampaban los israelitas, estaba la ciudad de Jericó, grande y fuertemente fortificada. Podía representar un serio obstáculo para los hebreos, y Josué envió ahora a dos espías para que visitaran la ciudad y averiguaran algo acerca de su población y de la fuerza de sus fortificaciones. Estos hombres escaparon por poco de la muerte en su peligrosa misión, pues los habitantes, aterrorizados y desconfiados, estaban constantemente alerta. Pero los espías regresaron finalmente sanos y salvos, trayendo noticias alentadoras: "Verdaderamente, el Señor ha entregado en nuestras manos toda la tierra; porque incluso todos los habitantes del país desfallecen a causa de nosotros". Se les había declarado en privado en Jericó: "Porque hemos oído cómo el Señor os secó las aguas del Mar Rojo cuando salisteis de Egipto; y lo que hicisteis a los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, Sehón y Og, a quienes destruisteis por completo. Y tan pronto como oímos estas cosas, se derritió nuestro corazón, ni quedó más valor en hombre alguno a causa de vosotros; porque Jehová vuestro Dios, él es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra."

Se hicieron los preparativos para cruzar el Jordán. El pueblo preparó víveres para tres días y los hombres de guerra se prepararon para la batalla. Todos aceptaron de corazón los planes de su líder, y le aseguraron su confianza y apoyo". Haremos todo lo que nos mandes, e iremos adondequiera que nos envíes. De la manera que obedecemos a Moisés en todo, así te obedeceremos a ti; sólo que el Señor tu Dios esté contigo, como estuvo con Moisés. Cualquiera que se rebelare contra tu mandamiento, y no obedeciere a tus palabras en todo lo que le mandares, morirá; solamente sé fuerte y valiente."

Pero todos sabían muy bien que sin la ayuda divina no podían esperar hacer el paso. En esta época del año, en su estación primaveral, el deshielo de las montañas había elevado tanto el Jordán que el río se desbordó, haciendo imposible cruzarlo por los vados habituales. Dios quiso que el paso de los israelitas por el Jordán fuera milagroso. Josué ordenó al pueblo que se santiguara, porque al día siguiente el Señor haría maravillas entre ellos. A la hora señalada, ordenó a los sacerdotes que tomaran el arca que contenía la ley de Dios, y la llevaran ante el pueblo. "Y el Señor dijo a Josué: Hoy comenzaré a engrandecerte a los ojos de todo Israel, para que sepan que, como estuve con Moisés, así estaré contigo".

Los sacerdotes obedecieron las órdenes de su jefe y fueron delante del pueblo llevando el arca de la alianza. Se había ordenado a la multitud que retrocediera, de modo que quedara un espacio libre de tres cuartos de milla alrededor del

arca. Las inmensas huestes observaban con profundo interés el avance de los sacerdotes por la orilla del Jordán. Los vieron avanzar con el arca sagrada hacia la furiosa y embravecida corriente, hasta que los pies de los portadores parecieron sumergirse en las aguas. Entonces, de repente, la corriente retrocedió, mientras la marea seguía su curso y el profundo lecho del Jordán quedaba al descubierto. A la orden divina, los sacerdotes descendieron hasta la mitad del canal y permanecieron allí, mientras las grandes multitudes avanzaban y cruzaban al otro lado. Así quedó grabado en las mentes de todo Israel el hecho de que el poder que detuvo las aguas del Jordán era el mismo que abrió el Mar Rojo ante sus padres cuarenta años antes.

Los sacerdotes y el arca seguían en su posición en medio del lecho del río. A la orden del Señor, doce hombres, uno de cada tribu, fueron ordenados a tomar cada uno una piedra del canal, y llevarla a la tierra seca, como un memorial para todas las generaciones futuras. "que las aguas del Jordán fueron cortadas delante del arca de la alianza del Señor; cuando ésta pasó el Jordán, las aguas del Jordán fueron cortadas".

Una vez hecho esto, se ordenó a los sacerdotes que subieran llevando el arca sobre sus hombros. Así lo hicieron, y cuando sus pies alcanzaron la orilla occidental, las aguas se precipitaron, como una riada sin resistencia, por el cauce natural de la corriente.

Cuando los reyes de los amorreos y los reyes de los cananeos oyeron que el Señor había detenido las aguas del Jordán ante los hijos de Israel, sus corazones se derritieron de miedo. Los israelitas habían matado a dos de los reyes de Moab, y ahora este paso milagroso sobre el Jordán hinchado e impetuoso llenó de gran terror a todas las naciones circundantes.

Los largos años de peregrinación habían terminado; las huestes hebreas habían llegado por fin a la tierra prometida. En medio del regocijo general, Josué no olvidó los mandamientos del Señor. De acuerdo con las instrucciones divinas, procedió a circuncidar a todo el pueblo que había nacido en el desierto. Después de esta ceremonia, las huestes de Israel celebraron la Pascua en la llanura de Jericó.

"Y el Señor dijo a Josué: Hoy he quitado de vosotros el oprobio de Egipto". Las naciones paganas habían reprochado al Señor y a su pueblo porque los hebreos no habían logrado poseer la tierra de Canaán, que esperaban heredar poco después de salir de Egipto. Sus enemigos habían triunfado porque Israel había vagado tanto tiempo por el desierto, y se alzaron orgullosamente contra Dios,

declarando que no era capaz de conducirlos a la tierra de Canaán. El Señor había manifestado ahora su poder y su favor, conduciendo a su pueblo a través del Jordán por tierra seca, y sus enemigos ya no podían reprochárselo.

14 de abril de 1881

La toma de Jericó

EGW

Cuando Josué se retiró de los ejércitos de Israel para meditar y orar pidiendo que la presencia especial de Dios lo atendiera, contempló a un hombre de elevada estatura, vestido con ropas de guerra, con una espada desenvainada en la mano. Josué no lo reconoció como uno de los guerreros de Israel, y sin embargo no tenía apariencia de ser un enemigo. En su celo lo abordó, diciendo: "¿Eres de los nuestros, o de nuestros adversarios? Y él respondió: No; sino que como capitán del ejército del Señor he venido ahora. Entonces Josué, postrándose rostro en tierra, le adoró, y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? Y el Capitán del ejército de Jehová dijo a Josué: Quita el zapato de tu pie, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo".

La gloria de Dios santificaba el santuario, y por esta razón los sacerdotes nunca entraban en el lugar santificado por la presencia divina con zapatos en los pies. Partículas de polvo podrían adherirse a ellos, lo que profanaría el lugar santo. Por eso los sacerdotes debían dejar sus zapatos en el atrio, antes de entrar en el santuario. En el atrio, junto a la puerta del tabernáculo, había una fuente de bronce en la que los sacerdotes se lavaban las manos y los pies antes de entrar a ministrar ante el Señor. Dios exigía a todos los que oficiaban en el santuario una preparación especial para entrar en el lugar donde se revelaba su gloria.

Era el Hijo de Dios que se presentaba como un guerrero armado ante el jefe de Israel. Era Aquel que había conducido a los hebreos a través del desierto, envuelto en una columna de nube durante el día y en una columna de fuego por la noche.

Para grabar en la mente de Josué el hecho de que su visitante no era otro que Cristo, el Exaltado, le dijo: "Quítate el zapato del pie". Luego dio a Josué instrucciones para la toma de Jericó, esa poderosa fortaleza cuyos habitantes idólatras habían desafiado durante tanto tiempo al Dios de Israel.

Alentado por esta nueva seguridad del apoyo divino, Josué procedió a reunir las huestes de Israel. En las primeras filas se colocó un cuerpo escogido de hombres armados, no para ejercitar ahora su destreza en la guerra, sino para creer y obedecer las instrucciones que Dios les daba. Seguían siete sacerdotes con trompetas. Luego el arca de Dios, rodeada de un halo de gloria divina, era llevada por sacerdotes vestidos con el rico y peculiar traje que denotaba su sagrado oficio. El vasto ejército de Israel lo seguía en perfecto orden, cada tribu bajo su respectivo estandarte. Así rodearon la ciudad con el arca de Dios. No se oía otro ruido que el de las pisadas de aquel poderoso ejército y el solemne tañido de las trompetas, que resonaba entre las colinas y recorría las calles de Jericó.

Con asombro y alarma, los vigías de la ciudad condenada observaban cada movimiento e informaban a las autoridades. No sabían el significado de todo este despliegue; pero cuando contemplaban aquel poderoso ejército marchando alrededor de su ciudad una vez al día, con toda la pompa y majestad de la guerra, con la grandeza añadida del arca sagrada y los sacerdotes que la acompañaban, el impresionante misterio de la escena infundía terror en los corazones de los sacerdotes y del pueblo. De nuevo inspeccionaban sus fuertes defensas, sintiéndose seguros de que podrían resistir con éxito el ataque más poderoso. Muchos ridiculizaban la idea de que pudieran sufrir algún daño a través de estas singulares demostraciones por parte de sus enemigos. Otros, en cambio, contemplaban atónitos la majestuosidad y el esplendor de la procesión que cada día recorría grandiosamente la ciudad. Recordaban que el Mar Rojo se había abierto una vez ante este pueblo, y que acababa de abrirse un paso para ellos a través del río Jordán. No sabían qué otras maravillas podría hacer Dios con ellos. Mantenían sus puertas cuidadosamente cerradas y las custodiaban con poderosos guerreros.

Durante seis días, el ejército de Israel realizó su ronda alrededor de la ciudad. Llegó el séptimo día, y con los primeros albos de la luz, Josué reunió a los ejércitos del Señor. Se les ordenó que marcharan siete veces alrededor de Jericó, y que al sonar las trompetas gritaran a gran voz, pues Dios les había entregado entonces la ciudad.

El vasto ejército marchaba solemnemente alrededor de los consagrados muros. Todo estaba silencioso como la muerte, salvo el paso acompasado de muchos pies y el sonido ocasional de la trompeta, que cortaba la quietud de la madrugada. Los macizos muros de piedra maciza fruncían el ceño, desafiando el asedio de los hombres.

De repente, la larga procesión se detiene. Las trompetas estallan en una explosión que sacude la tierra misma. Las voces unidas de todo Israel rasgan el aire con un grito poderoso. Las murallas de piedra maciza con sus torres y almenas se tambalean y se levantan de sus cimientos, y con un estruendo como el de mil truenos, caen a tierra en ruinas sin forma. Paralizados por el terror, los habitantes de Jericó, con todos sus hombres de guerra, no ofrecen resistencia, y las huestes de Israel marchan y toman posesión de la ciudad.

Con qué facilidad los ejércitos del Cielo derribaron los muros de aquella ciudad orgullosa, aquella ciudad cuyos poderosos baluartes cuarenta años antes infundieron terror a los espías incrédulos.

La palabra de Dios fue la única arma utilizada. El Poderoso de Israel había dicho: "He entregado Jericó en tus manos". Si un solo guerrero hubiera hecho valer su fuerza contra las murallas, la gloria de Dios se habría visto disminuida y su voluntad frustrada. Pero la obra se dejó en manos del Todopoderoso; y si los cimientos de las almenas se hubiesen colocado en el centro de la tierra y sus cumbres hubiesen llegado hasta el arco del cielo, el resultado habría sido el mismo, cuando el Capitán del ejército del Señor dirigió sus legiones de ángeles al ataque.

Hacía mucho tiempo que Dios se había propuesto dar la ciudad de Jericó a su pueblo predilecto, y engrandecer su nombre entre las naciones de la tierra. Cuando sacó a Israel de la esclavitud, se propuso darle la tierra de Canaán. Pero con sus malvadas murmuraciones y celos habían provocado su ira, y los había hecho vagar durante fatigosos años por el desierto, hasta que desaparecieron todos los que lo habían insultado con su incredulidad. En la toma de Jericó, Dios declaró a los hebreos que sus padres podrían haber poseído la ciudad cuarenta años antes, si hubieran confiado en él.

La historia del antiguo Israel está escrita para nuestro beneficio. Pablo dice: "Pero Dios no se agradó de muchos de ellos, pues fueron destruidos en el desierto. Y estas cosas nos sirvieron de ejemplo, para que no codiciásemos cosas malas, como ellos también codiciaron." "Y todas estas cosas les acontecieron como ejemplos, y están escritas para nuestra amonestación, sobre quienes ha llegado el fin del mundo. Por tanto, el que piensa estar firme, mire que no caiga."

Muchos que profesan guardar los mandamientos de Dios, como lo hizo el antiguo Israel, tienen corazones de incredulidad. Favorecidos con gran luz y

preciosos privilegios, perderán sin embargo la Canaán celestial, así como los israelitas rebeldes no lograron entrar en la Canaán terrenal.

Como pueblo nos falta fe. Pocos en estos días seguirían las instrucciones de Dios, a través de su siervo elegido, tan obedientemente como lo hicieron los ejércitos de Israel en la toma de Jericó. El Capitán del ejército del Señor no se reveló a toda la congregación. Sólo se comunicó con Josué, quien relató la historia de esta entrevista a los hebreos. Dependía de ellos creer o dudar de las palabras de Josué, seguir las órdenes dadas por él en nombre del Capitán del ejército del Señor, o rebelarse contra sus instrucciones y negar su autoridad.

No podían ver la hueste de ángeles reunida por el Hijo de Dios que encabezaba su furgón; y podrían haber razonado: "¡Qué movimientos sin sentido son éstos, y qué ridícula la actuación de marchar diariamente alrededor de los muros de la ciudad, tocando mientras tanto trompetas de cuernos de carnero! Esto no puede tener ningún efecto sobre esas fuertes y elevadas fortificaciones".

Pero el mismo plan de continuar esta ceremonia durante tanto tiempo antes del derribo final de los muros, brindaba la oportunidad de aumentar la fe entre los israelitas. Debían quedar completamente impresionados con la idea de que su fuerza no estaba en la sabiduría del hombre, ni en su poder, sino sólo en el Dios de su salvación. De este modo se acostumbrarían a descartarse a sí mismos y a confiar totalmente en su Líder divino.

¿Se comportarían así, en circunstancias similares, los que hoy profesan ser el pueblo de Dios? Sin duda muchos desearían seguir sus propios planes, sugerirían maneras y medios de lograr el fin deseado. Serían reacios a someterse a un arreglo tan simple, y que no reflejara ninguna gloria sobre sí mismos, excepto el mérito de la obediencia. También cuestionarían la posibilidad de conquistar una ciudad poderosa de esa manera. Pero la ley del deber es suprema. Debe ejercer su autoridad sobre la razón humana. La fe es el poder vivo que atraviesa todas las barreras, supera todos los obstáculos y planta su estandarte en el corazón del campamento enemigo.

Dios hará cosas maravillosas por los que confían en él. La razón por la que su pueblo profeso no tiene fuerza, es que confían tanto en su propia sabiduría, y no dan al Señor la oportunidad de revelar su poder en su favor. Él ayudará a sus hijos creyentes en toda emergencia, si ponen toda su confianza en él, y le obedecen implícitamente.

Hay profundos misterios en la palabra de Dios, hay misterios en sus providencias, y hay misterios en el plan de salvación, que el hombre no puede desentrañar. Pero la mente finita, fuerte en su deseo de satisfacer la curiosidad, y resolver los problemas del infinito, descuida seguir el curso llano indicado por la voluntad revelada de Dios, y hurga en los secretos ocultos desde la fundación del mundo. El hombre construye sus teorías, pierde la simplicidad de la verdadera fe, se vuelve demasiado engreído para creer en las declaraciones del Señor, y se encierra en sus propios conceptos.

Muchos que profesan ser hijos de Dios están en esta posición. Son débiles porque confían en sus propias fuerzas. Dios obra poderosamente en favor de un pueblo fiel, que obedece su palabra sin cuestionar ni dudar. La Majestad del Cielo, con su ejército de ángeles, derribó los muros de Jericó ante su pueblo. Los guerreros armados de Israel no tenían motivos para gloriarse de sus hazañas. Todo fue hecho por el poder de Dios. Que el pueblo renuncie a todo deseo de autoexaltación, que se someta humildemente a la voluntad divina, y Dios manifestará de nuevo su poder, y traerá la libertad y la victoria a sus hijos.

21 de abril de 1881

El pecado de Acán

EGW

Poco después de la conquista de Jericó, Josué decidió tomar posesión de Hai, una ciudad situada a unas diez millas más al norte. En consecuencia, se enviaron hombres escogidos a visitar este lugar para determinar el número de sus habitantes y la fortaleza de sus fortificaciones. Los espías volvieron con la noticia de que la ciudad tenía pocos defensores y que un pequeño número de hebreos podría derrocarla fácilmente.

La gran victoria que Dios había obtenido para ellos había hecho que los israelitas se sintieran seguros de sí mismos. Como el Señor les había prometido la tierra de Canaán, se sintieron seguros, y no se dieron cuenta de la necesidad de hacer todos los esfuerzos a su alcance, y luego buscar humildemente la ayuda divina, que era la única que podía darles la victoria. Incluso Josué trazó sus planes para la conquista de Hai, sin tratar de obtener el consejo de Dios mediante una ferviente oración.

La congregación de Israel había comenzado a exaltar su propia fuerza y habilidad, y a mirar con desprecio a los habitantes de la tierra. Jericó había sido

derrocada maravillosamente, y se esperaba una victoria fácil en Hai. Por lo tanto, se consideró que tres mil hombres eran suficientes para atacar. Los israelitas se precipitaron a la batalla, sin la seguridad de que Dios estaría con ellos. No estaban preparados para la decidida resistencia que encontraron y, aterrorizados por el número y la minuciosa preparación de sus enemigos, dieron media vuelta y huyeron. Los cananeos los persiguieron acaloradamente y mataron a treinta y seis de ellos.

La inesperada derrota produjo dolor y desaliento en toda la congregación de Israel. Josué consideró su mal éxito como una expresión del desagrado de Dios y, profundamente humillado, se postró en tierra sobre su rostro ante el arca. Los ancianos de Israel se unieron a él en este acto de humillación, y mudos de asombro y consternación permanecieron en esta posición hasta la noche. Entonces Josué presentó el asunto al Señor en ferviente oración:

"¡Ay, Señor Dios! ¿Por qué has hecho pasar a este pueblo el Jordán, para entregarnos en manos de los amorreos y destruirnos? Ojalá nos hubiéramos contentado con habitar al otro lado del Jordán. ¿Qué diré, Señor, cuando Israel vuelva las espaldas a sus enemigos? Porque lo oirán los cananeos y todos los habitantes de la tierra, y nos rodearán, y borrarán nuestro nombre de la tierra; ¿y qué harás tú a tu gran nombre?"

Josué manifestó un verdadero celo por el honor de Dios, pero sus peticiones estaban mezcladas de duda e incredulidad. La idea de que Dios había hecho cruzar el Jordán a su pueblo para entregarlo al poder de los paganos era pecaminosa e indigna de un jefe de Israel. Los sentimientos de desaliento y desconfianza de Josué eran inexcusables en vista de los poderosos milagros que Dios había obrado para la liberación de su pueblo, y de la repetida promesa de que estaría con ellos para expulsar a los malvados habitantes de la tierra.

Pero nuestro misericordioso Dios no visitó a su siervo con ira a causa de este error. Aceptó graciosamente la humillación y las oraciones de Josué, y al mismo tiempo reprendió suavemente su incredulidad, y luego le reveló la causa de su derrota:

"Levántate; ¿por qué yaces así sobre tu rostro? Israel ha pecado, y también han quebrantado mi pacto que yo les mandé; porque aun han tomado del anatema, y también han hurtado, y también han disimulado, y aun lo han puesto entre sus propias cosas. Por eso los hijos de Israel no pudieron estar delante de sus enemigos, sino que volvieron las espaldas ante sus enemigos, porque eran

anatema; ni yo estaré más con vosotros, si no destruíis al anatema de entre vosotros."

Israel había pecado; y como su magistrado principal, Josué tenía la tarea de buscar al culpable y quitar el pecado de la congregación. En vez de concluir que el Señor había traído sobre su pueblo la derrota y la ruina, Josué debería más bien haber investigado diligentemente si todo Israel había sido fiel a su pacto con Dios.

El Señor había obrado maravillosamente en favor de su pueblo. No fue su habilidad ni su valor lo que derribó los poderosos muros de Jericó. El poder del Señor de los ejércitos les había dado la victoria. Aquella ciudad podía considerarse como las primicias de Canaán, y por lo tanto debía consagrarse enteramente al Señor. Las únicas ventajas que el pueblo debía obtener de su éxito eran la destrucción de sus enemigos y el control del país. Por lo tanto, se les prohibió apropiarse de cualquier botín. El oro y la plata, junto con los utensilios de bronce y hierro, debían enriquecer el tesoro del Señor. Además, toda la riqueza de aquella gran ciudad, con toda criatura viviente, debía ser consumida totalmente por el fuego. Si algún israelita se atrevía a reservar una porción del botín, la maldición que pesaba sobre Jericó caería sobre él.

Aquí el Señor dio expresión a su aborrecimiento de la idolatría. Aquellas naciones paganas se habían apartado del culto al Dios vivo y rendían homenaje a los demonios. Santuarios y templos, hermosas estatuas y costosos monumentos, todas las obras de arte más ingeniosas y costosas, habían sujetado los pensamientos y afectos de la más vil esclavitud a los delirios satánicos.

El corazón humano tiende naturalmente a la idolatría y a la exaltación de sí mismo. Los monumentos costosos y hermosos del culto pagano complacían la fantasía y atraían los sentidos, y así alejaban a los israelitas del servicio de Dios. Fue para eliminar esta tentación de su pueblo que el Señor les ordenó destruir esas reliquias de idolatría, so pena de ser ellos mismos aborrecidos y maldecidos por Dios.

Cuando Josué fue nombrado líder de Israel, todo el pueblo hizo un pacto solemne de lealtad y obediencia. Aseguraron a su líder: "Haremos todo lo que nos mandes, e iremos adondequiera que nos envíes. Como obedecemos a Moisés en todo, así te obedeceremos a ti; sólo que el Señor tu Dios esté contigo, como estuvo con Moisés. Cualquiera que se rebelare contra tu mandamiento, y no obedeciere a tus palabras en todo lo que le mandares, morirá; solamente sé fuerte y valiente."

Sin embargo, a pesar de todo esto, y con ocasión de la más gloriosa victoria, un hombre en Israel se aventuró a transgredir el mandato de Dios. Cuando Acán vio entre los despojos un magnífico manto babilónico, se despertó su codicia. La conciencia se acalló con la súplica de que la prenda ricamente adornada era demasiado costosa para ser consumida, y se apresuró a rescatarla de las llamas. Un paso en la transgresión preparó el camino para otro, y a continuación se apropió del oro y la plata que deberían haber ido al tesoro del Señor. Las cosas que Dios había maldecido, Acán las recogió ansiosamente como un tesoro precioso, y las escondió en su tienda. Ningún ojo humano vio el acto, pero el ojo de Dios estaba sobre el pecador, y señaló su transgresión. Ninguna voz humana se alzó para testificar contra él, sino que Dios se convirtió en su acusador, y lo destinó a la destrucción total.

Acán había fomentado la codicia y el engaño en su corazón, hasta que su percepción del pecado se había embotado, y cayó presa fácil de la tentación. Los que se aventuran a caer en un pecado conocido serán vencidos más fácilmente la segunda vez. La primera transgresión abre la puerta al tentador, y éste gradualmente rompe toda resistencia y toma plena posesión de la ciudadela del alma. Acán había escuchado las repetidas advertencias contra el pecado de la codicia. La ley de Dios, tajante y positiva, había prohibido el robo y todo engaño, pero él continuó acariciando el pecado. Al no ser descubierto y reprendido abiertamente, se envalentonó; las advertencias tuvieron cada vez menos efecto sobre él, hasta que su alma quedó atada con cadenas de oscuridad.

Hay muchos Achans entre el profeso pueblo de Dios hoy en día. Se han familiarizado tanto con el pecado que ya no perciben su carácter atroz. Si se castigara justamente a todos los culpables de pecados semejantes al de Acán, ¡cómo disminuiría el número de nuestras iglesias! El ojo de Dios está sobre el pecador, y un Juez justo en ningún caso absolverá al culpable.

La historia de Acán enseña la solemne lección de que, por el pecado de un hombre, el desagrado de Dios se posará sobre un pueblo o una nación hasta que la transgresión sea investigada y castigada. El pecado es corruptor por naturaleza. Un hombre infectado con su lepra mortal puede transmitir la mancha a miles de personas. Los que ocupan puestos de responsabilidad como guardianes del pueblo faltan a su confianza, si no buscan y reprenden fielmente el pecado. Muchos no se atreven a condenar la iniquidad, no sea que con ello sacrifiquen su posición o su popularidad. Y algunos consideran poco caritativo reprender el pecado. El siervo de Dios nunca debe permitir que su propio espíritu se mezcle con la reprensión que debe dar; pero está bajo la obligación

más solemne de presentar la palabra de Dios, sin temor ni favor. Debe llamar al pecado por su nombre correcto. Aquellos que por su descuido o indiferencia permiten que el nombre de Dios sea deshonrado por su pueblo profeso, son contados con el transgresor, inscritos en el registro del Cielo como partícipes de sus malas obras.

En el mundo cristiano de hoy existe un estado deplorable de frialdad y retroceso. El Espíritu y el poder de Dios parecen haberse apartado en gran medida de su pueblo profeso, y el enemigo de la verdad se regocija en su debilidad y defectos. La infidelidad levanta su orgullosa cabeza y niega las evidencias del cristianismo, a causa de los pecados que existen entre los que profesan ser seguidores de Cristo. Muchos que son celosos por el honor de Dios, sienten que en verdad ha escondido su rostro de ellos, pero, como Josué, están más dispuestos a quejarse de Dios que a buscar diligentemente los pecados que han cerrado el paso a su bendición.

Hay necesidad de un trabajo serio para poner las cosas en orden en la iglesia de Dios, y es tan esencial hacer este trabajo como lo es predicar u orar. Si queremos gozar del favor de Dios, debemos escudriñar nuestros propios corazones y vidas para ver si no estamos acariciando lo que Dios ha maldecido. ¿No hay alguna ganancia ilícita colocada con nuestras propias posesiones? ¿Hemos robado a Dios reteniendo la porción que debería destinarse a su tesoro? ¿Hemos retenido de los pobres los medios que Dios nos ha dado para suplir sus necesidades?

Aunque profesamos venerar y obedecer la santa ley de Dios, ¿guardamos los cuatro primeros mandamientos, que nos exigen amar a Dios de manera suprema? ¿Cumplimos los seis últimos, que nos enseñan a amar al prójimo como a nosotros mismos? ¿No hay una causa para nuestra gran debilidad espiritual, para la falta de fervor y gracia y poder en la predicación de la palabra de Dios? ¿No fomentamos el pecado al no afrontarlo con una reprensión clara y directa? Podemos tener la comprensión más clara de la palabra de Dios, podemos hacer una alta profesión de piedad, pero si la injusticia o la iniquidad se ocultan entre nosotros, no debemos sorprendernos de que nuestras almas estén secas y sin fruto como una rama seca.

El amor de Dios nunca llevará a menospreciar el pecado; nunca cubrirá o excusará un mal no confesado. Acán aprendió demasiado tarde que la ley de Dios, como su autor, es inmutable. Tiene que ver con todos nuestros actos, pensamientos y sentimientos. Nos sigue y llega a cada fuente secreta de acción. La indulgencia con el pecado lleva a los hombres a menospreciar la ley de Dios.

Muchos ocultan sus transgresiones a sus semejantes, y se lisonjean de que Dios no será estricto para señalar la iniquidad. Pero su ley es la gran norma del derecho, y con ella debe compararse todo acto de la vida en aquel día en que Dios someterá a juicio toda obra, con toda cosa secreta, sea buena o mala. La pureza de corazón conducirá a la pureza de vida. Todas las excusas para el pecado son vanas. ¿Quién puede alegar por el pecador cuando Dios testifica contra él?

Por la gracia divina, todos los hombres pueden vivir en armonía con las exigencias de la ley de Dios. No basta que no hayamos manchado la página de la vida con crímenes repugnantes; a menos que el registro dé testimonio de actos nobles, de esfuerzos abnegados por salvar no sólo nuestras propias almas sino las almas de los demás, seremos hallados deficientes.

El espíritu de odio contra la reprensión aumenta constantemente. Se considera poco caritativo tratar con franqueza y fidelidad al que yerra. Se pasa por alto el pecado, y así la ceguera se ha apoderado de las almas hasta que les es imposible discriminar entre el bien y el mal, entre el pecado y la santidad. Muchos han cerrado sus oídos a la reprensión, y han endurecido sus corazones contra toda influencia que les haga ver sus pecados.

Repetimos, Dios hace responsable a la iglesia por los pecados de sus miembros individuales. Cuando existe frialdad y declinación espiritual, el pueblo de Dios debe dejar a un lado su orgullo, confianza y exaltación propias, y debe acudir al Señor con tristeza y humildad, no acusándolo de injusticia, sino buscando sabiduría para comprender los pecados ocultos que impiden su presencia.

Aquellos que tienen el verdadero amor de Dios en sus corazones no enseñarán que el pecado debe manejarse con manos enguantadas. Las palabras de Dios a Josué contienen una lección solemne para todo el que profesa ser seguidor de Cristo: "No estaré más con vosotros, si no destruíis de en medio de vosotros el anatema."

5 de mayo de 1881

El pecado de Acán

EGW

El Señor no sólo dio a conocer a Josué la causa de la derrota de Israel, sino que le dio instrucciones definidas para la detección y castigo del criminal: "Por la

mañana seréis llevados según vuestras tribus; y la tribu que el Señor tome vendrá según sus familias; y la familia que el Señor tome vendrá por familias, y la familia que el Señor tome vendrá hombre por hombre. Y el que fuere tomado con el anatema será quemado con fuego, él y todo lo que tuviere, por cuanto violó el pacto de Jehová, y por cuanto hizo locura en Israel." El Señor no señaló inmediatamente al pecador, sino que dejó el asunto en duda por un tiempo, para que Israel pudiera sentir su responsabilidad por los pecados existentes entre ellos, y así ser llevado a escudriñar su corazón y a humillarse ante Dios.

Por la mañana, toda la congregación se reunió ante el Señor y comenzó una ceremonia de lo más solemne e impresionante. Paso a paso prosiguió la investigación. Cada vez más cerca llegó la temible prueba, hasta que Acán fue señalado como el hombre cuyo pecado había atraído sobre Israel la ira de Dios.

Y Josué dijo a Acán: Hijo mío, da ahora gloria a Jehová Dios de Israel, y hazle confesión; y dime ahora lo que has hecho, no me lo encubras. Y Acán respondió a Josué, y dijo: Ciertamente he pecado contra Jehová Dios de Israel, y así y así he hecho. Cuando vi entre el botín un buen vestido babilónico, y doscientos siclos de plata, y una cuña de oro de cincuenta siclos de peso, entonces los codicié, y los tomé, y he aquí que están escondidos en la tierra en medio de mi tienda, y la plata debajo de ella." Inmediatamente se envió un mensajero a la tienda; éste regresó con el botín, estableciendo así la culpabilidad de Acán, y vindicando la justicia de Dios.

Por un manto babilónico y un mísero tesoro de oro y plata, Acán consintió en venderse al mal, en atraer sobre su alma la maldición de Dios, en perder su derecho a una rica posesión en Canaán, y en perder toda perspectiva de la herencia futura e inmortal en la tierra renovada. Ciertamente pagó un precio terrible por sus ganancias mal habidas.

¿Declarará el hombre que el juicio sobre Acán fue demasiado severo? Dios mismo pronunció la sentencia, y ¿no hará lo recto el Juez de toda la tierra? La confesión de Acán se hizo demasiado tarde para que sirviera de algo. Vio a los ejércitos de Israel regresar de Hai derrotados y descorazonados, con treinta y seis valientes hombres sacrificados; sin embargo, no se presentó a confesar su pecado. Vio a Josué y a los ancianos de Israel postrados en tierra con un dolor demasiado grande para las palabras, con la cabeza cubierta de polvo en señal de humillación. Si se hubiera confesado entonces, habría dado alguna prueba de verdadera penitencia; pero guardó silencio. Escuchó la proclamación de que se

había cometido un gran crimen en el campamento de Israel, e incluso oyó que se declaraba definitivamente su carácter. Pero no tenía en su corazón el honor de Dios ni el bien de Israel, y sus labios estaban sellados. Luego vino la investigación solemne y escrutadora. ¡Cómo se estremeció de terror su alma al ver señalada su tribu, luego su familia y su casa! Pero siguió sin confesar, hasta que el dedo de Dios fue puesto sobre él.

Tan grandes habían sido su dureza y persistencia, que aun en el último momento Josué temió que afirmara su inocencia, y así se ganara la simpatía de la congregación y los indujera a deshonorar a Dios. No habría confesado si no hubiera tenido la esperanza de evitar con ello las consecuencias de su crimen. Fue esta esperanza la que le llevó a su aparente franqueza al reconocer su culpa y relatar los detalles del pecado. Así confesarán los culpables cuando estén condenados y sin esperanza ante el tribunal de Dios, cuando cada caso se haya decidido para la vida o para la muerte. Las confesiones hechas entonces serán demasiado tarde para salvar al pecador.

Hay muchos cristianos profesos cuyas confesiones de pecado son similares a la de Acán. En general, reconocen su indignidad, pero se niegan a confesar los pecados cuya culpa pesa sobre su conciencia y que han atraído la ira de Dios sobre su pueblo. Así, muchos ocultan pecados de egoísmo, de extralimitación, de deshonestidad hacia Dios y hacia el prójimo, pecados en la familia, y muchos otros que es propio confesar en público.

El arrepentimiento genuino surge de un sentido del carácter ofensivo del pecado. Estas confesiones generales no son fruto de una verdadera humillación del alma ante Dios. Dejan al pecador con un espíritu autocomplaciente para seguir como antes, hasta que su conciencia se endurece, y las advertencias que una vez lo despertaron apenas producen un sentimiento de peligro y después de un tiempo su curso pecaminoso parece correcto. Demasiado tarde sus pecados lo descubrirán, en aquel día en que no serán purgados con sacrificio ni ofrenda para siempre. Hay una gran diferencia entre admitir los hechos después de que han sido probados, y confesar pecados conocidos sólo por nosotros mismos y por Dios.

Mientras los israelitas estaban todavía acampados en el lado oriental del Jordán, las tribus de Gad y Rubén, viendo que el país era favorable para su ocupación de criar ovejas y ganado, desearon establecerse allí, y en consecuencia presentaron su petición a Moisés. El gran caudillo se disgustó ante esta petición, suponiendo que estas tribus trataban de evitar los conflictos que sus hermanos

debían afrontar al desposeer a los cananeos. Dijo: "¿Irán vuestros hermanos a la guerra, y vosotros os quedaréis aquí sentados?". Moisés temía que la pereza y la cobardía, resultado de la incredulidad, provocaran esta sugerencia, y que estas tribus incurrieran en el desagrado del Señor.

Los hombres de Gad y Rubén aseguraron a su jefe que no rehuirían las cargas y responsabilidades que el Señor había impuesto a todo Israel. Después de preparar hogares para sus familias, ocuparían su puesto al lado de sus hermanos, en todos sus conflictos, hasta que cada uno hubiera tomado posesión de su herencia. Moisés consintió en ello, pero temiendo que estas tribus pudieran no cumplir su promesa, añadió: "Si no lo hacéis así, he aquí que habéis pecado contra el Señor, y estad seguros de que vuestro pecado os descubrirá."

He aquí una lección que los profesos cristianos de hoy pueden estudiar con provecho. El desagrado de Dios descansa sobre aquellos que sólo buscan su propia comodidad y prosperidad temporal, dejando que sus hermanos soporten penurias y privaciones y carguen con pesadas responsabilidades en la iglesia. Hay un conflicto incesante entre la causa de la verdad y la santidad y la del error y la impiedad. Todos los que dicen ser hijos de Dios deben estar armados para la batalla. Dios no ha dejado esta guerra en manos de unos pocos soldados, mientras los demás descansan tranquilos. Dijo el gran apóstol a sus hermanos de Corinto: "No pretendo que los demás estén aliviados, y vosotros agobiados". Todos los que profesan algún interés en la causa de Dios, el avance de la verdad y la conversión de los pecadores, deben ser soldados en el ejército del Señor. Deberían tener un solo interés, un solo motivo, un solo objetivo, mientras dure la vida. La gran razón por la que se logra tan poco en la causa de Dios es la indolencia y la indiferencia de su pueblo profeso.

"El poder de Satanás va en aumento, él está terriblemente en serio, sabiendo que su tiempo es corto, él está trabajando con todo engaño de injusticia". Los que quieran escapar a sus artimañas deben estar vigilantes y decididos. Si queremos cumplir las exigencias de este tiempo, debemos ponernos toda la armadura, y salir adelante con energía, perseverancia y fe inquebrantable. Sólo en Dios está nuestra fuerza. La indolencia y la pereza, la presunción y la confianza en sí mismo, traerán por igual la derrota y la destrucción. Dios conoce las obras de todos. Aquellos que han buscado su comodidad y han evitado el cuidado, la ansiedad y el trabajo por la causa de Dios, pueden estar seguros de que su pecado los descubrirá. Los que, como Acán, abrigan el egoísmo, la avaricia y el engaño, pueden estar seguros de que el ojo de Dios está sobre ellos. Como buscó

a Acán, los buscará a ellos, como pronunció una maldición sobre Acán, seguramente pronunciará una maldición sobre ellos.

Algunos pueden alegar que estas severas denuncias pertenecen sólo a la época judía, que ahora estamos en una dispensación de misericordia y no de ira y condenación. Pero la historia del Nuevo Testamento presenta muchos ejemplos que muestran que los mismos pecados que trajeron la ira de Dios sobre su pueblo antiguamente, traerán su ira sobre su iglesia hoy.

Juan el Bautista, se dirigió a los escribas y fariseos, que hacían grandes pretensiones de erudición y piedad: "Generación de víboras, ¿quién os ha amonestado para que huyáis de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento". Y aunque Cristo tenía tal amor por la humanidad, como jamás lo tuvo hombre o ángel, pronunció la temible sentencia: "Y tú, Capernaum, que eres exaltada hasta el cielo [en luz y privilegio], serás abatida hasta el infierno; porque si las maravillas que se han hecho en ti, se hubieran hecho en Sodoma, habría permanecido hasta el día de hoy. Pero yo os digo que será más tolerable para la tierra de Sodoma en el día del juicio, que para ti."

El juicio impuesto a Ananías y Safira debía ser una advertencia para la Iglesia de todos los tiempos. El pecado cometido por estas personas fue similar al de Acán, y el poder de Dios los buscó y trajo un rápido castigo sobre ellos. El que ordenó a Josué que se levantara de su posición de humillación y buscara en el campamento de Israel la razón de su derrota, el mismo Jesús buscó la iniquidad oculta de Ananías y su esposa y le dijo a Pedro el camino que debía seguir hacia ellos.

Mientras que los siervos de Dios corren el peligro constante de entregarse a un celo que es enteramente humano, y mientras que hacen gran daño los que parecen estar en su elemento censurando, reprendiendo y condenando a sus hermanos, hay un peligro igualmente grande de ir al extremo opuesto, y hacer que la suma y sustancia del deber cristiano consista en el amor. El apóstol Pablo escribe a su hijo Timoteo: "Predica la palabra; pronto a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina". Esta labor es tan esencial para la prosperidad de la Iglesia como el ejercicio de la mansedumbre, la paciencia y el amor. Los que están consagrados a Dios serán tan fieles para reprender y reprender el pecado con toda longanimidad y doctrina, como para consolar y alentar a los abatidos y fortalecer a los débiles. Todos los que aman a Dios mostrarán su aborrecimiento del pecado.

12 de mayo de 1881

Un ejemplo digno de elogio

EGW

Después de que Josué hubo ejecutado la sentencia divina contra Acán, y de haber alejado así de Israel la ira de Dios, se le ordenó que reuniera a todos los hombres de guerra y avanzara de nuevo contra Hai. Los ejércitos del Cielo lucharon ahora por Israel, y sus enemigos fueron puestos en fuga.

Consciente de que su única esperanza estaba en la obediencia a Dios, Josué reunió ahora a todo el pueblo, como Moisés había ordenado, y les repitió las bendiciones que seguirían a su obediencia a la ley, y las maldiciones que caerían sobre ellos si la desobedecían. Luego repitió ante ellos la ley de los diez mandamientos, y también todos los estatutos y preceptos que Moisés había registrado. De nuevo Josué condujo a Israel a la batalla contra sus enemigos. El Señor obró poderosamente en favor de su pueblo, y sus ejércitos siguieron adelante, cobrando nuevo valor con cada victoria.

Siete años después de su entrada en la tierra prometida, toda la congregación se reunió, y el sagrado tabernáculo, que tanto tiempo les había acompañado en sus viajes, fue instalado permanentemente en Silo. La tierra fue ahora dividida entre las diversas tribus, y la conquista prosiguió con renovado vigor, hasta que "Josué tomó toda la tierra, conforme a todo lo que Jehová había dicho a Moisés; y Josué la dio en heredad a Israel por sus repartimientos por sus tribus. Y la tierra descansó de la guerra". Las gloriosas promesas que Dios había hecho a Israel se habían cumplido. "No faltó nada de lo bueno que Jehová había dicho a la casa de Israel; todo se cumplió".

Josué convocó ahora a los hombres de guerra que habían escogido su heredad en el lado oriental del Jordán, y los elogió por su valor y fidelidad. Habían cumplido plenamente su promesa a Moisés, habiendo compartido todos los conflictos de sus hermanos, y ahora estaban en libertad de regresar a sus familias y a sus hogares.

Como estas tribus iban a vivir alejadas del tabernáculo, Josué temía que perdieran el interés por sus servicios y se alejaran de Dios. Con profunda solicitud los exhortó: "Cuidaos de cumplir el mandamiento y la ley que Moisés, siervo del Señor, os mandó: amar al Señor vuestro Dios, andar por todos sus

caminos, guardar sus mandamientos, adheriros a él y servirle con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma."

Cuando estas tribus hubieron regresado a sus posesiones, se unieron para erigir un gran altar cerca del lugar donde los israelitas habían cruzado milagrosamente el río. Este altar no estaba destinado al sacrificio ni al culto, sino simplemente como testimonio de que, aunque separados por el río, tenían la misma fe que sus hermanos del otro lado, y tenían derecho a los mismos privilegios en el tabernáculo de Silo y en los servicios que allí se realizaban.

Aunque los que se dedicaron a erigir este altar actuaban por los motivos más dignos, amenazaba con causar serias dificultades entre ellos y sus hermanos del otro lado del Jordán; porque éstos, al enterarse de lo que se había hecho, supusieron que este altar estaba destinado a ocupar el lugar del tabernáculo en Silo, y que así apartaría al pueblo de la verdadera fe y atraería la ira de Dios sobre toda la nación.

La congregación de Israel se excitó e indignó, y determinó hacer la guerra a los infractores de inmediato. Pero hombres prudentes sugirieron el mejor plan de enviar a un representante de cada tribu para exigir una explicación de sus motivos para erigir este altar. Fueron enviados el sumo sacerdote Finees y diez príncipes, uno de cada tribu. Consideraron ya probada la culpabilidad de sus hermanos, y los recibieron con aguda reprensión. Los acusaron de rebelarse contra el Señor, y les pidieron que recordaran cómo la ira de Dios había caído sobre Israel por haberse unido a Baal-Peor. A pesar de los terribles juicios sobre los culpables en aquella ocasión, muchos seguían abrigando los mismos pecados, y Finees y sus compañeros temían que sus hermanos, estando rodeados de los adoradores de este ídolo, pudieran ser inducidos de nuevo a participar de su iniquidad.

El Señor había ordenado positivamente que no se ofreciera ningún sacrificio excepto a la puerta del tabernáculo. En nombre de todo Israel, Finees declaró a los hijos de Gad y Rubén que si no estaban dispuestos a permanecer en aquella tierra sin un altar para el sacrificio y el culto, serían bienvenidos a una parte de las posesiones y privilegios de sus hermanos del otro lado. De nuevo les advirtió que no se alejaran de Dios. Acán y toda su familia habían perecido por transgredir el mandamiento del Señor, y por el pecado de aquel hombre había sufrido toda la congregación de Israel. ¿Cuál sería, pues, el funesto resultado si aquella gran compañía fuera desobediente a Dios?

Los rubenitas y sus asociados permitieron cortésmente que Finees terminara su discurso antes de intentar defenderse. Luego respondieron a su acusación de una manera que no sólo les da el mayor crédito, sino que enseña una lección contundente de tolerancia cristiana. No expresaron enojo ni resentimiento por las sospechas infundadas y las agudas reprimendas de sus hermanos; sino que de la manera más sincera y solemne declararon su inocencia, y apelaron al Señor, que conocía sus corazones, para que testificara contra ellos si estaban en falta, declarando que si eran culpables del pecado que se les atribuía, sus vidas serían justamente perdidas.

Luego procedieron a explicar sus motivos e intenciones en la construcción del altar. Habían temido que en años futuros sus hijos fueran excluidos del tabernáculo por sus hermanos del otro lado, como si no tuvieran parte en Israel. Entonces este altar, erigido según el modelo del altar del Señor en Silo, sería un testimonio de que sus constructores eran también adoradores del Dios vivo.

Los embajadores aceptaron de buen grado esta sincera explicación y expresaron su gran alegría de que los corazones de sus hermanos siguieran siendo fieles al Dios de Jacob. Las noticias fueron transmitidas inmediatamente a la congregación de Israel, y todos los pensamientos de guerra fueron desechados, y el pueblo se unió en sincero regocijo y alabanza a Dios.

Si las tribus sospechosas hubieran mantenido su dignidad y respondido a sus acusadores de forma desafiante, el resultado habría sido la guerra y se habrían sacrificado muchas vidas. Pero su disposición a dar explicaciones, su tolerancia y cortesía, lo resolvieron todo sin ruptura.

Sobre su altar, los hijos de Gad y Rubén colocaron ahora una inscripción que señalaba el propósito para el que había sido erigido, y dijeron: "Será testigo entre nosotros de que el Señor es Dios". De este modo trataban de evitar futuros malentendidos respecto a su fe religiosa y su conexión con Israel, y de eliminar todo lo que pudiera ser fuente de tropiezo para sus hermanos.

Las dificultades y malentendidos que todavía surgen en el pueblo de Dios son a menudo similares en su naturaleza y resultados a los que amenazaron con resultar tan desastrosos para Israel. Las diez tribus estaban llenas de temor de que el pueblo que Dios había aceptado como suyo, se dividiera en intereses y culto, de ahí su prontitud en reprender inmediatamente la supuesta defección de sus hermanos. Sin embargo, en ese mismo esfuerzo por mantener el honor de Dios y la pureza de Israel, vemos los graves e incluso fatales resultados que podrían haberse derivado de un simple malentendido.

Hombres que buscaban honestamente promover la causa de la verdadera religión fueron mal juzgados y severamente reprendidos. La sabiduría manifestada en su conducta bajo estas difíciles circunstancias es digna de imitación. Qué grandes males podrían evitarse si los miembros de todas nuestras iglesias siguieran una conducta semejante. Un individuo puede ser injustamente sospechado o censurado por sus hermanos, pero por esta razón no debe ceder a la ira, ni abrigar el deseo de vengarse. Tal ocasión proporciona una oportunidad para el desarrollo de la preciosa gracia de la mansedumbre y la paciencia.

Todos los cristianos deben tener cuidado de evitar los dos extremos: por una parte, la laxitud en el trato con el pecado; por otra, el juicio severo y la sospecha infundada. Los israelitas que manifestaron tanto celo contra los hombres de Gad y Rubén recordaron cómo, en el caso de Acán, Dios había reprendido la falta de vigilancia para descubrir los pecados existentes entre ellos. Entonces resolvieron actuar con prontitud y seriedad en el futuro; pero al tratar de hacerlo se fueron al extremo opuesto. En vez de enfrentarse a sus hermanos con censura, deberían haber hecho primero una investigación cortés para conocer todos los hechos del caso.

Todavía hay muchos que están llamados a soportar acusaciones falsas. Como los hombres de Israel, pueden permitirse estar tranquilos y ser considerados, porque tienen razón. Deben recordar con gratitud que Dios está al tanto de todo lo que los hombres malinterpretan y malentienden, y pueden dejarlo todo en sus manos. Él vindicará con tanta seguridad la causa de aquellos que ponen su confianza en él, como buscó la culpa oculta de Acán.

Cuánto mal se evitaría si todos, cuando son acusados falsamente, evitaran la recriminación, y en su lugar emplearan palabras suaves y conciliadoras. Y al mismo tiempo, aquellos que en su celo por oponerse al pecado han dado rienda suelta a sospechas injustas, deberían procurar siempre tener la opinión más favorable de sus hermanos, y alegrarse cuando se les encuentre libres de culpa.

La gran diversidad de creencias religiosas y la alienación de sentimientos que existe entre los que profesan ser cristianos, son graves obstáculos para el progreso del Evangelio. Feliz será el pueblo de Dios cuando sea capaz de unir el celo y la firmeza con la mansedumbre y la paciencia. Tal como suelen conducirse las controversias religiosas, producen más daño que bien. En muchos casos se manifiesta tan poca humildad y paciencia cristianas, que el incrédulo se ve confirmado en sus dudas y prejuicios. A los pecadores les complace ver las diferencias y animosidades que existen entre los profesos

seguidores de Cristo. Muchos de los inconversos señalan estos agravios para excusar su propia negligencia.

La voluntad de Dios es que exista unión y armonía entre su pueblo. Nuestro Salvador oró para que sus discípulos fueran uno, como Él es uno con el Padre. Nuestro objetivo constante debe ser alcanzar este estado de unidad; pero para ello no debemos sacrificar ni un solo principio de la verdad. Es a través de la obediencia a la verdad que hemos de ser santificados; porque mientras Jesús oraba para que sus seguidores fueran uno, también oraba: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad." Se nos exhorta a guardar la unidad del espíritu en los vínculos de la paz. Esta es la evidencia de nuestro discipulado. "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros"; y a la inversa, nuestro Salvador deseaba que sus discípulos fueran uno, para que el mundo supiera que el Padre le había enviado. Qué pensamiento! que el amor y la unidad entre los cristianos se presenten como prueba de la misión divina de nuestro Salvador al mundo.

19 de mayo de 1881

Discurso de despedida de Josué

EGW

Bajo el liderazgo de Josué, los israelitas como nación mantuvieron su lealtad a Dios, y su bendición los acompañó. Entre las colinas boscosas y los fértiles valles de la tierra prometida, doblemente atractiva después del largo vagabundeo por el desierto, las tribus elegidas habitaron con seguridad; y los años transcurrieron pacíficos y prósperos.

Cuando Josué sintió que los achaques de la edad se apoderaban de él, y comprendió que sus trabajos pronto cesarían, reunió a los ancianos, a los jueces y a los oficiales de Israel, para comunicarles sus últimas advertencias y amonestaciones. El pueblo contempló la figura de su veterano general, que los había conducido de victoria en victoria, y estaban dispuestos a atribuirle el honor de ponerlos en posesión de aquella buena tierra. Pero, al igual que su gran predecesor, Josué les mostró que sus enemigos habían sido vencidos porque el Señor había luchado por Israel, y que sólo Dios debía tener toda la gloria.

Aunque los cananeos habían sido sometidos, todavía poseían una porción considerable de la tierra prometida a Israel; y Josué exhortó a su pueblo a que no se conformara y olvidara el mandato del Señor de desposeer por completo a

estas naciones idólatras. Para que los israelitas no se desanimaran, les aseguró que si se mantenían fieles a Dios, su presencia y su poder los acompañarían en sus conflictos futuros como en los pasados. Trató seriamente de inspirar en sus corazones fe y valor. "Sed, pues, muy valientes para guardar y poner por obra todo lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés, sin apartaros de él ni a diestra ni a siniestra".

Repitió las instrucciones dadas por Moisés, de que no debían formar alianza con las naciones idólatras que Dios había destinado a la destrucción total. Se les prohibió manifestar el menor respeto por los dioses de los paganos, jurar por sus nombres o participar en su culto de cualquier manera. Se les advirtió que la familiaridad con la idolatría les quitaría su aborrecimiento de ella, y los expondría al desagrado de Dios.

Corremos el mismo peligro al entrar en contacto con la infidelidad que los israelitas al relacionarse con los idólatras. Las producciones del genio y el talento ocultan con demasiada frecuencia el veneno mortal. Bajo una apariencia atractiva, se presentan temas y se expresan pensamientos que atraen, interesan y corrompen la mente y el corazón. Así, en nuestra tierra cristiana, la piedad decae y triunfan el escepticismo y la impiedad.

Se exhortaba a los israelitas a poner al Señor en primer lugar en sus pensamientos y afectos, y a adherirse a él como fuente de fortaleza. "Porque el Señor ha echado de delante de vosotros a naciones grandes y fuertes; pero en cuanto a vosotros, nadie ha podido haceros frente hasta el día de hoy". Josué reiteró las palabras de Moisés: "Un hombre de vosotros perseguirá a mil; porque el Señor, vuestro Dios, es el que lucha por vosotros, como os ha prometido".

Advirtió al pueblo que si de alguna manera se unían con el resto de las naciones paganas que aún quedaban entre ellos, y contraían matrimonio con ellas, el cuidado protector de Dios se retiraría de Israel, y esas mismas naciones serían los instrumentos de su castigo. "Os serán lazos y trampas, azotes en vuestros costados y espinas en vuestros ojos, hasta que perezcáis de esta buena tierra que Jehová vuestro Dios os ha dado".

Josué declaró al pueblo que su obra entre ellos había terminado, pues pronto moriría. Apeló a ellos mismos como testigos de que Dios había cumplido fielmente las promesas que les había hecho. "Y sabéis en todo vuestro corazón y en toda vuestra alma, que ni una sola cosa ha faltado de todas las cosas buenas que Jehová vuestro Dios habló acerca de vosotros; todas os han acontecido, y ni una sola cosa ha faltado de ellas". Les aseguró que así como el Señor había

cumplido sus promesas, también cumpliría sus amenazas. Si eran desobedientes a sus requerimientos, los destruiría, como había destruido a sus enemigos.

El Señor no ha cambiado. Su carácter es el mismo hoy que en los días de Josué. Es veraz, misericordioso, compasivo, fiel en el cumplimiento de su palabra, tanto en las promesas como en las amenazas. Uno de los mayores peligros que acechan al pueblo de Dios hoy, es el de la asociación con los impíos; especialmente al unirse en matrimonio con incrédulos. Con muchos, el amor por lo humano eclipsa el amor por lo divino. Dan el primer paso en la recaída al aventurarse a ignorar el mandato expreso del Señor; y la apostasía completa es con demasiada frecuencia el resultado. Siempre ha sido peligroso para los hombres cumplir su propia voluntad en oposición a los requerimientos de Dios. Sin embargo, es una dura lección para los hombres aprender que Dios quiere decir lo que dice.

Por regla general, los que escogen por amigos y compañeros a personas que rechazan a Cristo y pisotean la ley de Dios, acaban siendo de la misma mente y espíritu. Debemos sentir siempre un profundo interés por la salvación de los impenitentes, y manifestar hacia ellos un espíritu de bondad y cortesía; pero sólo podemos elegir como amigos a los que son amigos de Dios.

Los que hacen de la palabra de Dios su regla de vida son odiados por el mundo. Los impíos no están dispuestos a que se despierte su conciencia; y el ejemplo silencioso de los verdaderos seguidores de Cristo es una constante reprensión. Hay muchos profesos cristianos que participan del espíritu del mundo y aman su amistad. Pero nadie debe dejarse engañar por su ejemplo, porque la palabra de verdad declara que la amistad del mundo es enemistad con Dios. Los que se guían por sentimientos y razonamientos humanos, se apartarán de la sabiduría de Dios con la misma seguridad con que lo hizo el antiguo Israel cuando abandonó al Señor para servir a Baal y a Astarot.

Una vez más, antes de su alejamiento definitivo del pueblo a su cargo, Josué reunió a las tribus elegidas para hablarles de las palabras de Dios. Repasó ante ellos su propia historia y la historia de sus padres desde los días de Abrahán. No ocultó sus errores y equivocaciones; y con seriedad y gratitud se detuvo en los tratos de Dios con ellos. Les recordó que no era su propia fuerza o valor lo que les había dado la tierra de Canaán. Dios mismo había dicho: "Os he dado una tierra por la que no trabajasteis, y ciudades que no construisteis, y habitáis en ellas. De las viñas y de los olivares que no plantasteis, coméis".

En vista de todo lo que Dios había hecho por ellos, Josué exhortó al pueblo: "Ahora, pues, temed a Jehová, y servidle con sinceridad y con verdad; y dejad los dioses a quienes sirvieron vuestros padres al otro lado del río, y en Egipto, y servid a Jehová". La mente humana se inclina naturalmente a detenerse en las cosas que se ven y se oyen, y a descuidar las que no se ven. El Señor había hecho cosas maravillosas en favor de su pueblo, manifestando su poder como el único Dios verdadero y viviente; sin embargo, muchos se habían extraviado por el engaño satánico de que Dios podía ser representado por objetos materiales, obras de manos de hombres. Por la contemplación de estas cosas, sus mentes se desviaron de Dios.

Entre las multitudes que salieron de Egipto había muchos que habían sido adoradores de ídolos; y tal es el poder del hábito que la práctica continuó secretamente, hasta cierto punto, aun después del asentamiento en Canaán. Josué era consciente de este mal entre los israelitas, y percibía claramente los peligros que se derivarían. Deseaba fervientemente ver una reforma completa entre la hueste hebrea. Sabía que a menos que el pueblo se decidiera a servir al Señor de todo corazón, seguiría separándose cada vez más de él. Entonces el Señor les quitaría su protección y los dejaría ser expulsados y dispersados por el mismo pueblo que les había ordenado destruir.

Dijo Josué: "Y si os parece mal servir a Jehová, escogeos hoy a quién sirváis, si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres que estuvieron al otro lado del diluvio, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis. Pero en cuanto a mí y a mi casa, serviremos al Señor". Josué se esforzó por mostrar al pueblo que las exigencias de Dios eran justas y misericordiosas. Él los llevaría a servirle, no por compulsión, sino voluntariamente. El amor a Dios es el fundamento mismo de la religión pura y sin mácula. Comprometerse en su servicio como una tarea desagradable, meramente por esperanza de recompensa o temor al castigo, no traería ninguna dulce paz, ninguna seguridad del favor de Dios.

Aunque una parte de la hueste hebrea era adoradora espiritual, muchos eran meros formalistas; ningún celo o seriedad caracterizaba su servicio. Algunos eran idólatras de corazón, y se avergonzarían de reconocerse como tales. Josué los exhortó a considerar en todos sus aspectos el importante asunto que les había planteado, y a decidir si realmente deseaban vivir como las naciones idólatras que los rodeaban. Si les parecía malo servir al Señor, si sus requerimientos les parecían una exacción penosa, les ordenó que aquel día eligieran a quién servirían: a los ídolos adorados por sus padres, de quienes Abraham había sido llamado, o a los dioses de los amorreos, "en cuya tierra habitáis".

En estas últimas palabras había una aguda reprimenda a la idolatría de Israel. Los dioses de los paganos no tenían poder para otorgar paz ni prosperidad. Sus adoradores les habían atribuido alabanza y honor por todas las bondades otorgadas por la misericordia y el amor de Dios. Por eso el Señor les había quitado su bendición y los había dejado a merced de los dioses en quienes confiaban. Aquel pueblo malvado había sido destruido; y la buena tierra que una vez poseyó, había sido entregada al pueblo de Dios. Entonces, ¡qué locura suicida para Israel elegir los dioses para adorar a los cuales los amorreos habían sido destruidos!

Cuando un hombre recobra la razón, comienza a reflexionar sobre su relación con su Hacedor. Es una locura moral preferir la alabanza de los hombres al favor de Dios, las recompensas de la iniquidad a los tesoros del Cielo, las cáscaras del pecado al alimento espiritual que Dios da a sus hijos. Sin embargo, cuántos que hacen gala de inteligencia y astucia en las cosas mundanas, manifiestan una indiferencia absoluta hacia las cosas que pertenecen a su interés eterno.

Josué aseguró a los israelitas que por sí mismos no podían servir al Señor. El corazón natural es un campo de batalla, en el que hay una lucha constante; la conciencia trata de dominar, y la pasión también lucha por la victoria. Dios no les concedería su favor y apoyo mientras persistieran en la transgresión. Si lo honraban, él los honraría. Si lo abandonaban y servían a dioses extraños, él los abandonaría. Como Dios es un ser de perfecta verdad y santidad, era imposible que le sirvieran y, sin embargo, continuaran en el pecado; porque no podía unirse a la iniquidad. Sólo mediante un profundo arrepentimiento y una reforma de vida podían esperar obtener el favor divino.

El plan de Dios para la salvación de los hombres es perfecto en todos los aspectos. Si cumplimos fielmente la parte que nos corresponde, todo nos irá bien. Es la apostasía del hombre la que causa la discordia y trae la desdicha y la ruina. Dios nunca usa su poder para oprimir a las criaturas de su mano. Nunca exige más de lo que el hombre es capaz de cumplir; nunca castiga a sus hijos desobedientes más de lo necesario para llevarlos al arrepentimiento; o para disuadir a otros de seguir su ejemplo. La rebelión contra Dios es inexcusable.

Los juicios de Dios que seguían rápidamente a la transgresión, sus consejos y reprensiones, las manifestaciones de su amor y misericordia, y las repetidas exhibiciones de su poder, todo formaba parte del plan de Dios para preservar a su pueblo del pecado, para hacerlo puro y santo, para que él fuera su fuerza y escudo y su recompensa grandísima. Pero las persistentes transgresiones de los

israelitas, su disposición a apartarse de Dios y su olvido de sus misericordias, demostraron que muchos habían elegido ser siervos del pecado, en vez de hijos del Altísimo.

Dios los había creado, Cristo los había redimido. Desde la casa de servidumbre, su grito de angustia subió hasta el trono de Dios, y él extendió su brazo para rescatarlos; por su causa, trayendo desolación sobre toda la tierra de Egipto. Él les había concedido altos honores. Los había hecho su pueblo peculiar, y había derramado sobre ellos innumerables bendiciones. Si le obedecían, haría de ellos una nación poderosa, una alabanza y una excelencia en toda la tierra. Dios quería magnificar su nombre por medio de su pueblo escogido, mostrando la gran diferencia que existía entre los justos y los impíos, los siervos de Dios y los adoradores de los ídolos.

Josué trató de mostrar a su pueblo la inconsistencia de su reincidencia. Deseaba que sintieran que había llegado el momento de hacer un cambio decidido, de eliminar todo vestigio de idolatría y de volverse al Señor con pleno propósito de corazón. Se esforzó por grabar en sus mentes el hecho de que la apostasía abierta no sería más ofensiva para Dios que la hipocresía y una forma de adoración sin vida.

Si el favor de Dios valía algo, lo valía todo. Así lo había decidido Josué; y después de sopesar todo el asunto, había resuelto servirle de todo corazón. Y más que esto, se esforzaría por inducir a su familia a seguir el mismo camino.

Dios dijo de Abrahán: "Yo le conozco, que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán los caminos del Señor para hacer justicia y juicio, a fin de que el Señor haga cumplir a Abrahán lo que ha dicho de él". Las promesas de Dios a Abrahán y a su posteridad, y a través de Cristo a las naciones de la tierra, pueden parecer incondicionales. Pero no fue así. La participación de Abrahán en su cumplimiento estaba determinada por la conducta que siguiera. El Señor aprobó su fidelidad en el gobierno de su casa. Abrahán refrenó firmemente el mal, y se esforzó por precepto y ejemplo en promover la justicia y la piedad entre ellos. Así obró en armonía con Dios, cumpliendo fielmente su parte en el gran plan.

Nuestros peligros son similares a los que amenazaban la prosperidad del antiguo Israel. Las repetidas advertencias contra la idolatría dirigidas a la hueste hebrea, no son menos aplicables a nosotros. Todo lo que aleja los afectos de Dios es un ídolo y nos lleva al pecado. Si servimos a Dios voluntaria y gozosamente, prefiriendo su servicio al servicio del pecado y de Satanás; si le elegimos,

apartándonos abierta y audazmente de todas las atracciones y vanidades del mundo, gozaremos de su bendición en esta vida, y moraremos para siempre en su presencia en la vida futura.

El Señor, nuestro Dios, es un Dios celoso. Es justo y santo. No se juega con Él. Él lee un corazón engañoso. Aborrece una mente doble. Odia la tibieza. No podemos servir a Dios y a las riquezas, porque son antagónicas.

26 de mayo de 1881

La piedra de los testigos

EGW

El discurso de despedida de Josué a Israel produjo en ellos una profunda impresión. Sabían que estaban escuchando su testimonio agonizante, y que ningún sentimiento de orgullo, ambición o interés propio podía influir en él. Por su larga experiencia, el anciano líder había aprendido la manera más eficaz de llegar al corazón del pueblo. Se dio cuenta de la importancia de la oportunidad que se le presentaba y la aprovechó al máximo.

Sus serias súplicas provocaron la respuesta: "Dios nos libre de abandonar al Señor para servir a otros dioses; porque el Señor, nuestro Dios, es el que nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre, y el que hizo esas grandes señales ante nuestros ojos, y nos preservó en todo el camino por el que fuimos, y entre todos los pueblos por los que pasamos. Y el Señor sacó de delante de nosotros a todos los pueblos, incluso a los amorreos que habitaban en la tierra; por tanto, nosotros también serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios."

No obstante, Josué advirtió al pueblo que no hiciese promesas precipitadas que no estuviesen dispuestos a cumplir, sino que considerasen cuidadosamente el asunto y decidiesen su curso futuro. "Si dejareis a Jehová y sirviereis a dioses ajenos, él se volverá y os hará mal, y os consumirá, después que os ha hecho bien". Así trató fielmente de despertarlos a un sentido más elevado de las demandas de Dios sobre ellos, y a una convicción más profunda de que su única seguridad estaba en la obediencia a su ley.

La congregación respondió unánime: Serviremos a Jehová. Y Josué dijo al pueblo: Vosotros sois testigos contra vosotros mismos de que os habéis elegido a Jehová para servirle. Y ellos respondieron: Testigos somos. Quitad, pues, los

dioses ajenos que hay entre vosotros, e inclinad vuestro corazón a Jehová Dios de Israel. Y el pueblo respondió a Josué: Al Señor nuestro Dios serviremos, y a su voz obedeceremos."

Este pacto solemne fue registrado en el libro de la ley, para ser preservado sagradamente. Josué levantó entonces una gran piedra debajo de una encina que estaba junto al santuario del Señor. "Y Josué dijo a todo el pueblo: He aquí esta piedra nos servirá de testigo, porque ella ha oído todas las palabras del Señor que él nos ha hablado; os servirá, pues, de testigo, para que no neguéis a vuestro Dios." Aquí Josué declara claramente que sus instrucciones y advertencias al pueblo no eran sus propias palabras, sino las palabras de Dios. Esta gran piedra quedaría como testimonio para las generaciones venideras del acontecimiento que se había erigido para conmemorar, y sería un testimonio contra el pueblo, si alguna vez degeneraba en la idolatría.

Israel era el tesoro peculiar del Señor. La alta estima en que lo tenía queda demostrada por los poderosos milagros obrados en su favor. Como un padre trataría a un hijo amado, así había socorrido, disciplinado y castigado el Señor a Israel. Trataba de inspirar en sus corazones el amor a su carácter y a sus exigencias, que los llevaría a obedecerle de buen grado.

Por medio de su pueblo Israel, Dios quiso dar al mundo el conocimiento de su voluntad. Sus promesas y amenazas, sus instrucciones y reprensiones, las maravillosas manifestaciones de su poder entre ellos, en bendiciones por la obediencia y en juicios por la transgresión y la apostasía, todo estaba destinado a la educación y desarrollo del principio religioso en el pueblo de Dios hasta el fin de los tiempos. Por lo tanto, es importante que nos familiaricemos con la historia de la hueste hebrea, y ponderemos con cuidado los tratos de Dios con ellos.

Las palabras que Dios dirigió a Israel por medio de su Hijo fueron dirigidas también a nosotros en estos últimos días. El mismo Jesús que, en el monte, enseñó a sus discípulos los trascendentales principios de la ley de Dios, instruyó al antiguo Israel desde la columna de nube y desde el tabernáculo, por boca de Moisés y Josué. Las lecciones eran las mismas: que el amor a Dios conduciría a la pureza de corazón y se manifestaría en buenas obras.

Los que ponen en contraste las enseñanzas de Cristo cuando estaba en la tierra, y los principios de la verdadera religión como se enseñaba en los días de Moisés, no saben lo que afirman. Cristo no puede ser puesto contra sí mismo. Cuando estuvo en la tierra, nuestro Salvador hizo sentir a los pecadores que no podían

pisotear impunemente la ley de Dios. La misma lección fue enseñada al antiguo Israel. En los días de Moisés, el pecado sólo podía ser perdonado mediante el sacrificio expiatorio del Hijo de Dios. Jesús enseñó lo mismo cuando caminó como hombre entre los hijos de los hombres.

La religión en los días de Moisés y Josué era la misma que la de hoy. Cuando Cristo mora en el corazón, su espíritu se manifestará en la vida. Será tranquila, paciente, noble y desinteresada. El marcado contraste que existe entre la vida de los que sirven a Dios y la de los que no le sirven es una constante reprensión para el pecador. El mundo rechazó a Cristo porque su vida contrastaba con la de ellos. En cada generación, los que tratan de seguir su ejemplo se distinguirán del mundo.

Por diversos medios el Señor ha procurado preservar el conocimiento de sus tratos con los hijos de los hombres. Moisés, justo antes de su muerte, no sólo relató a Israel los acontecimientos importantes de su historia, sino que, por orden de Dios, los plasmó en versos sagrados. Así, las escenas gloriosas y emocionantes del triunfo de Israel, las manifestaciones sublimes y espantosas de la majestad y el poder infinitos, las exigencias, promesas y amenazas divinas, revestidas de toda la belleza del genio poético, debían estar presentes para todas las generaciones venideras. De este modo, el registro de las exigencias de Dios y de sus tratos con Israel no resultaría poco interesante o repulsivo, sino atractivo y entretenido.

El pueblo de Israel debía memorizar esta historia poética y enseñársela a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Debía ser cantada por la congregación cuando se reunía para el culto, y repetida por el pueblo cuando entraba y salía de sus quehaceres diarios. Este cántico no sólo era histórico, sino profético. Relataba los maravillosos tratos de Dios con su pueblo en el pasado, y también presagiaba los grandes acontecimientos del futuro, la victoria final de los fieles cuando Cristo apareciese por segunda vez con poder y gloria.

Era deber imperativo de los padres grabar estas palabras en las mentes susceptibles de sus hijos, para que nunca las olvidaran. "Ponlo en su boca, para que este cántico me sirva de testigo contra los hijos de Israel. Porque cuando los haya introducido en la tierra que juré a sus padres, que fluye leche y miel, y hayan comido y se hayan saciado y engordado, entonces se volverán a dioses ajenos y les servirán, y me provocarán e invalidarán mi pacto. Y acontecerá, cuando les sobrevengan muchos males y angustias, que este cántico testificará contra ellos como testigo, pues no será olvidado de la boca de su descendencia;

porque yo conozco su imaginación con que andan, aun ahora, antes que los haya introducido en la tierra que juré."

En generaciones posteriores, este canto profético explicaría los tratos de Dios con su pueblo y revelaría la causa de su condición dispersa y esparcida. Así vindicaría la justicia de Dios y establecería la inspiración divina de Moisés. Condenaría la maldad de Israel y sería siempre un poder de convicción para llamarlos de nuevo a su lealtad a Dios como única esperanza de liberación.

La gran piedra colocada por Josué debía servir a Israel de recordatorio constante de la alianza que había hecho con Dios, y de testigo silencioso de su fidelidad o apostasía. Así también el cántico de Moisés debía testificar contra ellos, si se apartaban de Dios. Muchos de los israelitas desconocían los libros de Moisés. Pero era el propósito de Dios que este canto inspirado despertara en las mentes reflexivas el deseo de aprender más acerca de los maravillosos tratos de Dios con su pueblo, y los condujera al estudio de su palabra revelada. Así serían conducidos a comprender la bondad de Dios para con ellos, y su deber de amarle, obedecerle y adorarle.

Si era necesario que el antiguo pueblo de Dios recordara a menudo sus tratos con ellos en misericordia y juicio, en consejo y reprensión, es igualmente importante que contemplemos las verdades que se nos entregan en su palabra, verdades que, si se tienen en cuenta, nos llevarán a la humildad, la sumisión y la obediencia a Dios. Hemos de ser santificados por medio de la verdad. La Palabra de Dios presenta verdades especiales para cada época. Los tratos de Dios con su pueblo en el pasado deben recibir nuestra cuidadosa atención. Debemos aprender las lecciones que están destinadas a enseñarnos. Pero no debemos contentarnos con ellas. Dios está guiando a su pueblo paso a paso. La verdad es progresiva. El buscador sincero recibirá constantemente luz del Cielo. ¿Qué es la verdad? debe ser siempre nuestra pregunta.

La palabra profética muestra claramente que estamos viviendo cerca del final de la historia de este mundo, y que pronto podemos esperar la venida del Hijo del hombre en las nubes del cielo. Así como los israelitas se encaminaron hacia la Canaán terrenal, así nosotros seguimos adelante para alcanzar la Canaán celestial. La historia de sus recaídas se repite hoy en el pueblo de Dios. La fe y la piedad están decayendo. Muchos que una vez amaron la aparición de Cristo, están poniendo sus afectos en este mundo, y se conforman a sus hábitos y costumbres. El temor de Dios no se mantiene ante la mente, y los deseos e inclinaciones naturales ganan el control.

El apóstol presenta ante nosotros la historia de los hijos de Israel, y afirma que estas cosas se han escrito para nuestra amonestación, sobre quienes ha llegado el fin del mundo. Nos exhorta a no codiciar cosas malas como ellos codiciaban. El mismo enemigo que tentó al pueblo de Dios en tiempos antiguos, tentará a su pueblo en estos últimos días. Debemos estar serios, activos y vigilantes, preparándonos para la aparición de nuestro Señor. Se emplearán todas las artimañas para apartar a los hombres de Dios. La infidelidad se está esforzando al máximo. La época presente se caracteriza por una intensa seriedad y actividad en los asuntos mundanos; pero el celo y la energía en el servicio de Dios son tristemente deficientes.

En los días anteriores al diluvio, el pueblo estaba tan absorto en las cosas mundanas, y tan corrompido por la iniquidad, que el Espíritu de Dios dejó de luchar con los hombres. Cuando la palabra de Dios pierde su poder sobre el pueblo, una infatuación satánica lo lleva en directa oposición a su voluntad revelada. Los cristianos están absortos en las preguntas: ¿Qué comeremos, y qué beberemos, y con qué nos vestiremos? Cuando las energías se emplean en comprar y vender, plantar y edificar, descuidando los intereses eternos; cuando la verdad de Dios dirigida al oído deja de impresionar la mente o afectar el corazón, la predicación es vana; el oír es vano. Entonces, en efecto, la condición del mundo llegará a ser como en los días de Noé.

Muchas de las cosas de esta vida que son una bendición cuando se disfrutan con moderación, se convierten en una maldición cuando su uso se lleva al exceso. La manía de vestirse es un artificio de Satanás. El amor al vestido es un santuario idólatrico al cual adoran las mujeres de esta época. Están tan ocupadas con la ostentación exterior, que no tienen tiempo para orar, ni para familiarizarse con las Escrituras, ni para mejorar los talentos que Dios les ha dado. No tienen tiempo para limpiar el templo del alma de sus santuarios idólatras; y al fin el Espíritu deja de luchar con muchos, y descienden a la tumba sin estar preparados. La tentación de la idolatría es aún mayor hoy que en los días de Israel.

Con respecto a los últimos días, nuestro Salvador formula la significativa pregunta: "Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?". Las Escrituras declaran que así como fue en los días de Noé, antes de que los juicios de Dios cayeran sobre los habitantes corruptos, así será en los últimos días, justo antes del derramamiento de la ira sin mezcla de Dios sobre la tierra. Los hombres vivirán una vida impía, profesando ser cristianos, pero por sus actos contradiciendo su profesión. Serán embriagadores, altaneros, amantes de los

placeres más que de Dios. ¿No es esto idolatría, y no es la culpa del profeso pueblo de Dios tanto mayor que la del antiguo Israel, como la luz que nosotros disfrutamos es mayor que la de ellos?

Dios quiere que sus ministros en esta dispensación mantengan ante el pueblo, no sólo la misericordia y el amor de Cristo, sino también las doctrinas de la Biblia. Éstas deben presentarse en lenguaje sencillo, adaptado a la comprensión de los niños. Instrúyase fielmente a los jóvenes en las verdades de la palabra de Dios. La historia del pasado, del presente y del futuro, tal como se revela en las Sagradas Escrituras, debe enseñarse de una manera agradable, pero seria. Que los tratos de Dios con su pueblo se repitan una y otra vez, hasta que los jóvenes se familiaricen con el registro.

La vida y las enseñanzas de los padres cristianos deben contrastar marcadamente con las de los incrédulos. Los mundanos enseñan a sus hijos a amar la ostentación y a inclinarse ante el ídolo de la moda. Se sacrifican a sí mismos y a sus hijos en este altar de Moloc. Pero los cristianos que profesan buscar la Canaán celestial, deben obedecer las instrucciones de la Biblia. Exhortamos al Israel moderno a que se despoje de sus ornamentos, de sus joyas de plata y oro y piedras preciosas, a que se despoje de sus atavíos costosos, y a que busque el adorno interior, el ornamento de un espíritu manso y apacible, que a los ojos de Dios es de gran precio. Que se eduque a los niños, no para que sean devotos de la moda, sino para que sean siervos de Dios.

Si para Israel era importante enseñar a sus hijos las maravillosas obras de Dios, su carácter y sus exigencias, es importante que nosotros hagamos al menos los mismos esfuerzos para enseñar a nuestros hijos las mismas verdades.

2 de junio de 1881

La reprobación del ángel

EGW

Aunque las últimas amonestaciones de Josué y el solemne pacto que Israel había hecho con Dios parecieron causarles una profunda impresión, el tiempo pronto demostró que la influencia no era permanente. Después de la muerte de su líder y de los ancianos que estaban asociados con él, el pueblo comenzó gradualmente a recaer en la idolatría.

A Josué no se le había permitido expulsar a todos los habitantes de la tierra. Un remanente de las naciones paganas fue perdonado por un tiempo, para que el Señor pudiera a través de ellos probar la fe y la obediencia de su pueblo, y para que aquellos cuyos corazones abrigaban idolatría pudieran ser revelados y castigados.

A la generación que sucedió a Josué se le ordenó que continuara la obra que él había dejado inconclusa; pero no obedecieron el mandato divino de destruir totalmente a los paganos. Algunas de las tribus hicieron la guerra a los cananeos, pero al no recibir la ayuda que deberían haber recibido de sus hermanos, se cansaron del conflicto y perdonaron a sus enemigos más peligrosos. Las frecuentes relaciones sexuales pronto disiparon todo temor al peligro; y ahora los israelitas dieron un paso más en la transgresión, uniéndose en matrimonio con los paganos. Una vez hecho esto, las dificultades de la situación aumentaron considerablemente. No era fácil hacer la guerra a los parientes y extirpar o desterrar a su propia parentela.

Al hacer caso omiso del mandato de Dios, los israelitas habían tejido para sí mismos una red en la que pronto se enredaron sus pies. En poco tiempo, muchos de los hebreos fueron inducidos a asistir a festivales paganos. Los cantos lascivos y la indulgencia licenciosa formaban parte prominente del culto idolátrico. Expuesto a estas influencias contaminantes, el Israel de Dios se corrompió constantemente. Imitando a los dioses de los paganos, se hicieron imágenes para representar a Jehová, y así la idolatría se extendió como una plaga por toda la tierra.

El mal avanzó poco hasta que se extinguió la generación que había hecho el pacto con Dios; pero los padres habían preparado el camino para la apostasía de sus hijos. Los mandamientos de Dios habían sido desatendidos, sus salvaguardias eliminadas, sus barreras derribadas.

Los hábitos correctos y sencillos de los hebreos les habían preservado la salud física; pero la asociación con los paganos había conducido a la indulgencia del apetito y de las pasiones sensuales; y esto había disminuido la fuerza física y debilitado las facultades mentales y morales. Dios les retiró su protección y apoyo, y los israelitas ya no pudieron hacer frente a sus enemigos. Pronto se vieron sometidos a las mismas naciones a las que, por medio de Dios, podían haber subyugado.

El Señor no permitió que los pecados de su pueblo pasaran sin reprensión. Todavía quedaban fieles adoradores en Israel; y muchos otros, por costumbre y

asociación antigua, asistían al culto de Dios en el tabernáculo. Con ocasión de una fiesta religiosa se había reunido una gran multitud, cuando un ángel de Dios, después de haberse aparecido primero en Gilgal, se reveló a la congregación de Silo. Se dirigió a ellos con palabras de solemne reprensión:

"Yo os hice subir de Egipto, y os he traído a la tierra que juré a vuestros padres; y dije: Nunca romperé mi pacto con vosotros. Y no haréis alianza con los habitantes de esta tierra; derribaréis sus altares; pero no habéis obedecido mi voz. ¿Por qué habéis hecho esto? Por eso también dije: No los echaré de delante de vosotros, sino que serán como espinas en vuestros costados, y sus dioses os serán por lazo."

Este ángel, el mismo que se apareció a Josué en la toma de Jericó, era nada menos que el Hijo de Dios. Era él quien había sacado a Israel de Egipto y lo había establecido en la tierra de Canaán. Les demostró que no había roto las promesas que les había hecho, sino que ellos mismos habían violado su solemne pacto.

"Y sucedió que cuando el ángel del Señor habló estas palabras a todos los hijos de Israel, el pueblo alzó su voz y lloró". "Y sacrificaron allí al Señor". Pero su arrepentimiento no produjo resultados duraderos. El pueblo se lamentó porque sus pecados habían traído sufrimiento sobre ellos mismos; pero no se entristecieron porque Dios estaba disgustado, y su nombre deshonrado. El verdadero arrepentimiento incluye algo más que el dolor por el pecado. Exige un decidido alejamiento del mal. Podemos profesar sentir un profundo dolor por nuestros pecados, podemos llorar por nuestro mal camino; pero si no cambiamos ese camino, nuestro dolor no servirá de nada.

Antes de entrar en la tierra prometida, a los israelitas se les había enseñado fielmente su deber para con los paganos. No debían hacer alianza con los habitantes, sino destruir completamente sus ídolos y derribar sus altares. Ahora el Ángel declara solemnemente: "No habéis obedecido mi voz". Y con tristeza pregunta: "¿Por qué habéis hecho esto?".

Ahora el pueblo podía ver lo pecaminoso e ingrato de su conducta. Esta era la oportunidad de oro para que volvieran a su lealtad a Dios y dieran frutos dignos de arrepentimiento. Si hubiesen manifestado la voluntad de actuar cuando se les hizo saber su deber; si hubiesen comenzado inmediatamente a realizar la obra que habían descuidado, entonces la maldición de Dios podría haberse apartado de Israel. Pero volvieron a sus malos caminos, y el Señor los dejó sufrir las consecuencias de su propia negligencia.

La experiencia de los israelitas es la de muchos en la actualidad. Las advertencias y reprobaciones de Dios se dan continuamente a su pueblo. La tristeza piadosa, que produce arrepentimiento para salvación, los llevaría a hacer un cambio inmediato y decidido. Pero aquí muchos fallan. Se hacen confesiones, se expresa pesar, se derraman lágrimas; pero no hay un cambio permanente de vida. A menos que el corazón sea renovado por la gracia divina, y se haga un esfuerzo sincero para resistir la tentación, seremos vencidos una y otra vez.

Entre el pueblo preferido de Dios, hay hombres en puestos de responsabilidad que se contentan con permanecer en un estado de frialdad y reincidencia. Su piedad se desvanece al acercarse la tentación. Para ganarse la amistad de los mundanos, arriesgan las consecuencias de perder el favor de Dios. El Señor está probando a su pueblo como se prueba la plata. Cada vez más cerca vendrá la prueba escrutadora, hasta que el corazón esté totalmente sometido a Dios, o endurecido en la desobediencia y la rebelión. Dios distingue entre los que caminan por la senda de la abnegación y la obediencia, que él ha trazado, y los que eligen seguir sus propios caminos. Demasiado tarde podemos ver, como lo hicieron los hijos de Israel, la insensatez de descuidar y hacer caso omiso de los mandamientos de Dios.

Así como a los hebreos se les advirtió que no se asimilaran a los paganos que los rodeaban, también a nosotros se nos advierte que no nos conformemos con el espíritu y las costumbres de los impíos. Cristo nos habla en un lenguaje que no necesita ser malinterpretado: "No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él". "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Cristo mismo es el verdadero modelo. Debemos imitar su vida de abnegación. Debemos imitar su ferviente labor por la salvación de las almas. Su pureza y santidad deben reflejarse en nosotros, o nunca se nos permitirá sentarnos con Él en su trono.

No es seguro para los cristianos elegir la sociedad de aquellos que no tienen conexión con Dios, y cuyo proceder le es desagradable. Sin embargo, cuántos cristianos profesos se aventuran en terreno prohibido. Muchos invitan a sus casas a parientes vanidosos, insignificantes e impíos; y a menudo el ejemplo y la influencia de estos visitantes irreligiosos producen impresiones duraderas en las mentes de los niños de la casa. La influencia así ejercida es semejante a la que resultó de la asociación de los hebreos con los cananeos impíos.

Dios responsabiliza a los padres por hacer caso omiso de su mandato de separarse a sí mismos y a sus familias de estas influencias impías. Aunque debemos vivir en el mundo, no debemos ser del mundo. Se nos prohíbe conformarnos a sus prácticas y modas. La amistad de los impíos es más peligrosa que su enemistad. Engaña y destruye a miles de personas que, con un ejemplo apropiado y santo, podrían llegar a ser hijos de Dios. Las mentes de los jóvenes se familiarizan así con la irreligión, la vanidad, la impiedad, el orgullo y la inmoralidad, y el corazón no protegido por la gracia divina, se corrompe gradualmente. Casi imperceptiblemente, los jóvenes aprenden a amar la atmósfera contaminada que rodea a los impíos. Los ángeles malignos se reúnen a su alrededor, y pierden su gusto por lo que es puro, refinado y ennoblecedor.

Los padres que profesan ser cristianos muestran la mayor deferencia hacia sus invitados mundanos e irreligiosos, mientras que estas mismas personas alejan de la sobriedad y de la religión a los hijos de quienes les prestan tan cortés atención. Los jóvenes pueden estar tratando de llevar una vida religiosa, pero los padres han invitado al tentador a su casa, y él teje su red alrededor de los niños. Viejos y jóvenes se dejan absorber por diversiones dudosas y por la excitación de los placeres mundanos.

Muchos sienten que deben hacer algunas concesiones para complacer a sus parientes y amigos irreligiosos. Como no siempre es fácil trazar la línea, una concesión prepara el camino para otra, hasta que los que una vez fueron verdaderos seguidores de Cristo, se conforman en vida y carácter a las costumbres del mundo. La conexión con Dios está rota. Son cristianos sólo de nombre. Cuando llega la hora de la prueba, se ve que su esperanza carece de fundamento. Se han vendido a sí mismos y a sus hijos al enemigo. Han deshonrado a Dios, y en la revelación de sus justos juicios, cosecharán lo que han sembrado. Cristo les dirá, como dijo al antiguo Israel: "No habéis obedecido mi voz. ¿Por qué habéis hecho esto?"

¿Cómo descuidan los padres sus preciosas oportunidades? Es su privilegio servir y honrar a Dios en su hogar. Deben rechazar toda forma de idolatría y corrupción. Deben mantener la atmósfera del hogar pura y saludable, atrayendo así a los santos ángeles para que sean sus huéspedes. Deben educar y disciplinar a sus hijos para que sean lectores de la Biblia y cristianos de la Biblia.

El proceder de Abrahán al controlar a sus hijos y a su casa, e instruirlos para que temieran y obedecieran a Dios, fue aprobado por el Cielo. Porque había sido fiel a la confianza ya dada, Dios le encomendó mayores responsabilidades,

haciéndole depositario de la verdad divina para todas las generaciones venideras. Había honrado a Dios en su casa, y Dios lo honró ante el mundo. Se declaró que, a través de su posteridad, todas las naciones de la tierra serían bendecidas.

Dios haría grandes cosas por su pueblo en la actualidad, si éste imitara el ejemplo de fidelidad y obediencia de Abrahán. El Señor está esperando y anhelando revelarnos el brazo derecho de su poder. El obrará poderosamente por nosotros, si tan sólo mejoramos fielmente las oportunidades y bendiciones ya dadas.

"Velad y orad, para que no entréis en tentación", fue la admonición de Cristo a sus discípulos. También nosotros necesitamos vigilancia y oración ferviente. Estamos rodeados por los peligros de los últimos días. Es una época de especial peligro para los jóvenes. Debemos sentir el más intenso interés por asegurar la salvación de los hijos que Dios nos ha dado. Cuando hay tanto en juego, ¿cómo podemos erigir ídolos en nuestros corazones? ¿Cómo podemos ser indolentes y triviales, vanidosos, orgullosos y descuidados? Tenemos enemigos que combatir en nuestro interior; tenemos victorias que ganar sobre nuestras propias propensiones pecaminosas. La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida tratan continuamente de debilitar nuestra espiritualidad. Debemos crucificar la carne con los afectos y las concupiscencias.

No cedamos a la pereza, la incredulidad y la idolatría, como hicieron los hijos de Israel. Si los enemigos de nuestras almas no son expulsados, aumentarán en poder y nos mantendrán en la esclavitud del pecado. No podemos tener comunión con los enemigos del Señor, dentro o alrededor de nosotros, sin poner en peligro nuestras propias almas y las almas de aquellos que Dios ha confiado a nuestro cuidado.

9 de junio de 1881

Castigo a la idolatría

EGW

De la generación que se levantó después de la muerte de Josué, el Registro Sagrado afirma que "no conocieron al Señor, ni las obras que había hecho por Israel. E hicieron los hijos de Israel lo malo ante los ojos de Jehová, y sirvieron a los baales; y dejaron a Jehová el Dios de sus padres, que los sacó de la tierra

de Egipto, y siguieron a dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que estaban en sus alrededores, y se inclinaron a ellos, y provocaron a ira a Jehová."

A pesar de su apostasía y gran maldad, el Señor no abandonó del todo a su pueblo. De vez en cuando levantaba hombres fieles y valientes para librarlos de la opresión de sus enemigos. Pero los corazones del pueblo se habían corrompido de tal modo por una trayectoria perversa, que no era tarea fácil restaurar la pureza de la fe o del culto. Muerto el libertador, y liberado el pueblo de su autoridad, volvería a su idolatría.

"No cesaron de sus propias obras, ni de su obstinado camino. Y se encendió la ira de Jehová contra Israel, y dijo: Por cuanto este pueblo ha quebrantado mi pacto que mandé a sus padres, y no ha escuchado mi voz, tampoco yo echaré de delante de ellos en adelante a ninguna de las naciones que Josué dejó cuando murió."

El Señor trató de llevar a su pueblo a una posición en la que pudiera manifestar su poder en su favor; pero sus corazones estaban dispuestos a apartarse de Dios, y no quisieron someterse a sus requerimientos. Qué ceguera! ¡Qué locura inexplicable! e igualmente incomprensible es el proceder de aquellos a quienes Dios ha dotado de dones intelectuales y rodeado de bendiciones temporales, y que, sin embargo, prefieren las ganancias mundanas, e incluso la complacencia de pasiones degradantes, al favor de Dios y a su amor infinito.

Aunque los israelitas, como nación, se apartaron de Dios, siempre hubo un remanente que resistió resueltamente las malas influencias que los rodeaban y mantuvo su lealtad a Jehová. Estos crecían constantemente en valor y verdadera piedad. Se aferraban al Señor con más firmeza a medida que veían la apostasía de sus hermanos. Su fe se fortalecía con cada conflicto.

Es por la infinita misericordia de Dios que a su pueblo se le concede en la actualidad el alto honor de ser hijos e hijas del Señor Todopoderoso. Pero a menos que nos entreguemos sin reservas a su servicio, y andemos en obediencia a sus mandamientos, no podemos aportar ninguna prueba de que somos miembros de la familia real. Ojalá pudiéramos comprender alguna vez el amor que Dios ha manifestado hacia nosotros, pecadores caídos, al dar a su Hijo único para nuestra salvación. Nunca deberíamos perder de vista el hecho de que aquellos a quienes Cristo redime a un precio tan infinito han de ser purificados, para que le sean un pueblo peculiar, celoso de buenas obras. Debemos sentir que Cristo nos ha concedido honores especiales al distinguirnos así del mundo, cuando podría habernos dejado perecer en nuestros pecados.

Dios quiere que su pueblo presente un marcado contraste, en carácter y conducta, con el mundo incrédulo. Hemos de ser "linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciemos las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable". Sólo mediante la vigilancia constante y la oración ferviente, mezcladas con la fe, podemos preservar nuestro carácter peculiar y santo como hijos e hijas de Dios.

Es mucho más fácil profesar y resolver que cumplir. Como el antiguo Israel, muchos hacen el pacto de adherirse al Señor y servirle, pero pronto olvidan sus votos y se unen a los impíos en la búsqueda de ganancias o placeres mundanos. Debemos ser celosos de nosotros mismos, no sea que nos apartemos de Dios. "Porque si no escaparon los que desecharon al que hablaba en la tierra, mucho menos escaparemos nosotros, si nos apartamos del que habla desde el cielo". Las bendiciones y privilegios de que gozamos nos colocan bajo la obligación más solemne de mejorar estos dones para gloria de nuestro Creador. Deben inspirar en nuestros corazones amor a Dios, y una ferviente determinación de obedecer sus requerimientos. No nos volvamos confiados ni presuntuosos, sino más bien temamos que, habiéndonos dejado la promesa de entrar en su reposo, alguno de nosotros parezca no cumplirla.

La causa de la debilidad de Israel residía en su alejamiento de Dios por desobediencia a sus mandamientos. La razón de la debilidad y el retroceso del Israel moderno es su negligencia en obedecer la ley divina. Dios exige de toda la humanidad la obediencia a sus mandamientos. El mundo entero será juzgado por la ley moral según la oportunidad que tenga de conocerla, ya sea por la razón, la tradición o la palabra escrita.

La ley de Dios es espiritual. Toma conocimiento de nuestros pensamientos, propósitos y motivos más secretos. El juicio, la voluntad y los afectos deben ser controlados por sus preceptos. Sus principios exigen amor a Dios y al hombre; sin este amor, el cumplimiento externo no será aceptado. Esta ley es la norma del carácter cristiano. Como un espejo fiel, revela a los hijos de los hombres los defectos de su carácter moral. Los hace vigilantes contra la tentación. Les enseña a ser exactos en el juicio y correctos en el discernimiento espiritual. La ley de Dios es santa, justa y buena. Cuando nuestras vidas se ajustan a esta norma, somos felices.

El Señor procuraba constantemente inculcar en el antiguo Israel su deber de obedecer su ley; y esas palabras de advertencia y reprensión se aplican con tanta mayor fuerza a esta generación cuanto mayores son nuestra luz y nuestros

privilegios que los de Israel. Hemos visto cómo el desprecio de los requerimientos de Dios trajo problemas a su antiguo pueblo, y finalmente resultó en su completa separación de él. Su triste historia debe servirnos de lección para que no permitamos que nada rivalice con Dios en nuestros afectos. Sólo Él puede dar descanso, paz y felicidad al alma. Sólo Dios tiene derecho a nuestro amor supremo, a nuestra entera confianza. Él debe ser el objeto de nuestra gratitud y adoración, de nuestra reverencia y sumisión incuestionable. Si no le amamos de todo corazón, le robamos el servicio que le corresponde.

Por su orgullo y ambición, Satanás se convirtió en enemigo de Dios y del hombre. Aunque perdió su posición en el Cielo, ha tenido éxito en sus presuntuosos esfuerzos por convertirse en el dios de este mundo. Satanás utilizó a los cananeos como sus instrumentos para apartar a Israel de Dios, y llevarlos a darse honor a sí mismo. Fue para asegurar su propia seguridad y felicidad que el Señor ordenó a su pueblo que extirpara a esas naciones malvadas.

En su prosperidad, Israel se olvidó de Dios, como se le había advertido que haría. Pero llegaron los reveses. Los hebreos fueron sometidos por el rey de Mesopotamia y sometidos a una severa esclavitud durante ocho años. En su angustia, descubrieron que sus conexiones idólatras no podían ayudarlos. Entonces se acordaron de las maravillas de Dios, y comenzaron a clamar a él, y el Señor les suscitó un libertador, Otoniel, el hermano menor de Caleb. El espíritu del Señor reposó sobre él, y juzgó a Israel, y salió a la guerra, y el Señor entregó en su mano al rey de Mesopotamia.

Cuando Otoniel fue designado como el hombre a quien Dios había elegido para dirigir y liberar a Israel, no rehusó asumir la responsabilidad. Con la fuerza de Dios, comenzó inmediatamente a reprimir la idolatría como el Señor había ordenado, a administrar justicia y a elevar el nivel de moralidad y religión. A medida que Israel se arrepentía de sus pecados, el Señor manifestaba su gran misericordia hacia ellos y obraba para su liberación.

Durante cuarenta años Otoniel gobernó en Israel. Durante este tiempo el pueblo permaneció fiel a la ley divina y, en consecuencia, disfrutó de paz y prosperidad. Pero cuando su juicioso y saludable control cesó con su muerte, los israelitas volvieron a recaer en la idolatría. Y así la historia de reincidencia y castigo, de confesión y liberación, se repitió una y otra vez.

Si Israel hubiera sido fiel a Dios, su ejemplo de fidelidad habría sido seguido por sus hijos; pero los pecados de las generaciones posteriores atestiguaron la indolencia, la pereza y la negligencia de los padres. Una solemne

responsabilidad descansa todavía sobre los padres en la educación de sus hijos, para moldear sus caracteres según el modelo que Dios ha aprobado, y no según el modelo del mundo. Los padres cristianos deben enseñar a sus hijos las verdades solemnes y trascendentales de la Palabra de Dios, especialmente aquellas que se relacionan particularmente con el tiempo presente. Se debe orar fiel, ferviente y frecuentemente para que estos hijos estén capacitados para cualquier posición de confianza a la que Dios los llame, en la sociedad o en la iglesia. Se les debe enseñar a amar la justicia y a odiar el mal.

Una familia educada de acuerdo con la regla bíblica puede ejercer una influencia directa sobre miles de personas, y a través de ellas sobre otras, hasta que multitudes sean llevadas a temer y honrar a Dios, y una gloriosa compañía de vestidos de blanco esté alrededor del trono, una preciosa cosecha de la semilla sembrada por esos padres fieles. Pero Satanás está resuelto a que esta poderosa influencia en favor de Dios y del Cielo no se ejerza en el círculo del hogar. Engañará a los padres si es posible. Los hará descuidados, desatentos, indolentes, en el servicio de Dios. Los hará negligentes en educar a sus hijos según la norma bíblica, negligentes en conformar sus propias vidas a la vida de Cristo; porque Satanás sabe que en la mayoría de los casos puede asegurar así a los padres y también a los hijos, y por medio de ellos puede arruinar muchas almas.

Así como los israelitas eran propensos a la idolatría, también lo son los hombres de la época actual. El mismo adversario que logró extraviarlos, está trabajando ahora con un poder diez veces mayor para apartar al profeso pueblo de Dios de su sencillez, su sinceridad, su seriedad y su piedad. Sus artimañas tienen demasiado éxito. Se permite que las cosas mundanas atraigan la atención y absorban el interés. Los cristianos profesos se unen a los impíos, y Cristo deja de ser un huésped bienvenido.

La única seguridad para el pueblo de Dios es desechar la impía ambición de hacer alianza con el mundo, de imitar sus costumbres y prácticas. Deben buscar una conexión más estrecha con Dios, y prestar diligente atención a su palabra en consejos, reprensiones y promesas.

Mediante su gobierno familiar, los padres sientan las bases mismas del carácter del niño. Dios ha encomendado a los padres una labor solemne y responsable. La madre de Moisés formó a su hijo para Dios. Con tanta paciencia y perseverancia plantó principios religiosos en su alma, que aunque después estuvo rodeado de grandes tentaciones, no se corrompió. Una posible corona no

pudo apartarlo de su lealtad a Dios. No podemos saber en qué se convertirán nuestros hijos; no podemos leer el futuro; pero Dios ha designado nuestra obra, y nos ha ordenado que la realicemos con ambos mundos en vista, para que nuestros hijos sean una bendición para la iglesia y para el mundo aquí, y brillen para siempre en los atrios del Señor en el más allá.

Nuestra vida terrenal, por muy larga, honorable o útil que sea, no es más que infancia, frágil, imperfecta y sin desarrollar. La virilidad, con su pleno, perfecto y glorioso desarrollo, vendrá cuando, liberados de la mancha del pecado, nos encontremos entre la multitud redimida. Entonces gozaremos de una vida a la altura de la vida de Dios, y a través de los siglos iremos creciendo en sabiduría y conocimiento.

16 de junio de 1881

Derrota de Sísara

EGW

En la parte septentrional de la tierra de Canaán, cerca del lago Merom, se encontraban las posesiones de Jabín, rey de Hazor y uno de los más poderosos y formidables enemigos de Israel. En los días de Josué, este monarca se unió con otros reyes contra Israel, pero fue completamente derrotado y su ciudad fue incendiada.

Sin embargo, al cabo de unos años, los cananeos se recuperaron de su derrota y reconstruyeron la ciudad. Un nuevo rey, Jabín, que reinaba como su predecesor en Hazor, alcanzó un gran poder. El comandante de sus ejércitos, Sísara, era un general hábil y exitoso. Sus fuerzas estaban bien equipadas y eran poderosas, incluidos novecientos carros de hierro.

Los israelitas, habiéndose separado de nuevo de Dios por la idolatría, fueron gravemente oprimidos por estos enemigos. La propiedad e incluso la vida del pueblo estaban en constante peligro. Por eso las aldeas y las moradas solitarias estaban desiertas, y el pueblo se congregaba en las ciudades amuralladas. Las carreteras estaban desocupadas y la gente iba de un lugar a otro por caminos no frecuentados. En los lugares donde se sacaba agua, muchos eran robados e incluso asesinados, y para aumentar su angustia, los israelitas estaban desarmados. Entre cuarenta mil hombres no había ni una espada ni una lanza.

Durante veinte años, los israelitas gimieron bajo el yugo del opresor; entonces se volvieron de su idolatría, y con humillación y arrepentimiento clamaron al Señor por su liberación. No clamaron en vano. Habitaba en Israel una mujer ilustre por su piedad, y por medio de ella el Señor decidió liberar a su pueblo. Se llamaba Débora. Era conocida como profetisa, y en ausencia de los magistrados habituales, el pueblo había acudido a ella en busca de consejo y justicia.

El Señor comunicó a Débora su propósito de destruir a los enemigos de Israel, y le ordenó que mandara llamar a un hombre llamado Barac, de la tribu de Neftalí, y le diera a conocer las instrucciones que había recibido. En consecuencia, mandó llamar a Barac, y le ordenó que reuniera a diez mil hombres de las tribus de Neftalí y Zabulón, y que hiciera la guerra a los ejércitos del rey Jabín.

Barac conocía la condición dispersa, descorazonada y desarmada de los hebreos, y la fuerza y habilidad de sus enemigos. Aunque había sido designado por el Señor mismo como el elegido para liberar a Israel, y había recibido la seguridad de que Dios iría con él y sometería a sus enemigos, era tímido y desconfiado. Aceptó el mensaje de Débora como palabra de Dios, pero tenía poca confianza en Israel y temía que no obedecieran su llamada. Se negó a comprometerse en una empresa tan dudosa a menos que Débora lo acompañara, y así apoyara sus esfuerzos con su influencia y consejo. Débora consintió, pero le aseguró que, debido a su falta de fe, la victoria obtenida no le traería honor, pues Sísara sería traicionado en manos de una mujer.

Barac reunió entonces un ejército de diez mil hombres y marchó hacia el monte Tabor, como le había ordenado el Señor. Sísara reunió inmediatamente una fuerza inmensa y bien equipada, esperando rodear a los hebreos y convertirlos en presa fácil. Los israelitas estaban mal preparados para el encuentro, y contemplaron aterrorizados los vastos ejércitos desplegados en la llanura, equipados con todos los instrumentos de guerra y provistos de los terribles carros de hierro. Estaban contruidos de tal manera que eran terriblemente destructivos. Grandes cuchillos en forma de guadaña estaban sujetos a los ejes, de modo que los carros, al ser conducidos a través de las filas del enemigo, los cortaban como el trigo ante la hoz.

Los israelitas se habían establecido en una posición fuerte en las montañas, a la espera de una oportunidad favorable para atacar. Animado por la seguridad de Débora de que había llegado el día de la victoria, Barac condujo a su ejército a

la llanura y cargó audazmente contra el enemigo. El Dios de la batalla luchó por Israel, y ni la destreza en la guerra, ni la superioridad numérica y de equipo, pudieron con ellos. Las huestes de Sísara fueron presa del pánico; en su terror sólo buscaban la forma de escapar. Un gran número de hombres fueron muertos, y la fuerza del ejército invasor fue completamente destruida. Los israelitas actuaron con valor y prontitud; pero sólo Dios pudo haber derrotado al enemigo, y sólo a Él podía atribuirse la victoria.

Cuando Sísara vio que su ejército había sido derrotado, abandonó su carro y trató de escapar a pie, como un soldado común. Al acercarse a la tienda de Heber, uno de los descendientes de Jetro, el fugitivo fue invitado a refugiarse allí. En ausencia de Heber, Jael, su esposa, ofreció cortésmente a Sísara una bebida refrescante y la oportunidad de descansar, y el cansado general no tardó en dormirse.

Jael ignoraba al principio el carácter de su huésped, y resolvió ocultarlo; pero cuando más tarde supo que era Sísara, el enemigo de Dios y de su pueblo, su propósito cambió. Mientras yacía dormido ante ella, venció su natural reticencia a tal acto, y lo mató clavándole un clavo en la sien, clavándolo a tierra. Cuando Barac, persiguiendo a su enemigo, pasó por allí, fue llamado por Jael para contemplar al vanidoso capitán muerto a sus pies, asesinado por la mano de una mujer.

Débora celebró el triunfo de Israel con un canto sublime y apasionado. Atribuyó a Dios toda la gloria de su liberación e instó al pueblo a alabarle por sus maravillosas obras. Exhortó a los reyes y príncipes de las naciones vecinas a que oyeran lo que Dios había hecho por Israel y a que se abstuvieran de hacerles daño. Demostró que el honor y el poder pertenecen a Dios, y no a los hombres o a sus ídolos. Describió las terribles exhibiciones del poder y la majestad divinos mostrados en el Sinaí. Presentó a Israel su condición desamparada y angustiada, bajo la opresión de sus enemigos, y relató en lenguaje elogioso la historia de su liberación.

La destrucción de Sísara y sus fuerzas sometió efectivamente a los cananeos. Después de esto, la tierra tuvo paz durante cuarenta años. Pero la prosperidad no acercó a Israel a Dios.

23 de junio de 1881

Llamada de Gideon

EGW

¡Ay, que en la historia del pueblo escogido de Dios se repita tan a menudo la dolorosa historia de la apostasía y su castigo! Transcurrieron cuarenta años de paz después de la destrucción de Sísara y su ejército, y de nuevo "los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y Jehová los entregó en mano de Madián siete años". Hasta entonces, la mano del opresor no había caído sino levemente sobre las tribus que habitaban al este del Jordán, pero en las calamidades presentes fueron ellas las principales sufrientes.

Los madianitas y amalecitas, que habitaban en las fronteras orientales de la tierra y en los desiertos de más allá, seguían siendo los enemigos acérrimos e implacables de Israel. Estas naciones habían sido casi destruidas por los israelitas en los días de Moisés, pero desde entonces habían crecido mucho y se habían convertido en un pueblo numeroso y poderoso. Tenían sed de venganza, y ahora había llegado la oportunidad.

A causa de sus pecados, la mano protectora de Dios se retiró de Israel, y quedó abandonado a la misericordia de sus enemigos. Los salvajes y feroces habitantes del desierto, "como saltamontes en multitud", llegaron en tropel a la tierra, con sus rebaños y manadas, y acamparon en llanuras y valles. Llegaron tan pronto como las cosechas empezaron a madurar, y se quedaron hasta que se recogieron los últimos frutos de la tierra. Despojaron a los campos de sus cosechas, robaron y maltrataron a sus habitantes, y luego regresaron a los desiertos. Así, los israelitas se habían visto obligados a abandonar el campo abierto y a congregarse en las ciudades amuralladas, y muchos incluso habían encontrado refugio en cuevas entre las montañas.

Durante siete años continuó esta opresión, y entonces, en su angustia, el pueblo se acordó de Aquel que tantas veces los había librado, y clamaron al Señor en busca de ayuda. Pero aunque estaban muy deseosos de ser liberados de sus opresores, no ejercieron un verdadero arrepentimiento por sus pecados.

Dios no podía ayudarlos en su estado de impiedad. Pero por medio de su profeta les dirigió palabras de advertencia y reprensión, y el mensaje fue proclamado públicamente de ciudad en ciudad por todo el país. "Así ha dicho el Señor, Dios de Israel: Yo os hice subir de Egipto, y os saqué de la casa de servidumbre. Y os libré de mano de los egipcios, y de mano de todos los que os oprimían, y los saqué de delante de vosotros, y os di su tierra. Y os dije: Yo soy Jehová vuestro Dios; no temáis a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis. Pero no habéis obedecido mi voz".

Podríamos esperar que los israelitas endurecieran su corazón ante las reprimendas del profeta. Escuchamos su respuesta: "No queremos que nos recuerden continuamente nuestros pecados. Háblanos palabras de paz, aliento y esperanza, pero no mantengas siempre ante nosotros la funesta relación de nuestras reincidencias". Cuán a menudo el profeso pueblo de Dios en la actualidad se aparta de la instrucción y descuida las advertencias repetidas a menudo. No les gusta que se les recuerden sus defectos de carácter. No están dispuestos a ser reprendidos por su orgullo e idolatría al apartarse de los requisitos de Dios para buscar las ganancias, la amistad o los placeres del mundo.

Tal fue la manera en que algunos de los israelitas recibieron el mensaje de reprensión. Si el pueblo hubiera gozado de prosperidad, este sentimiento de rebelión habría sido, sin duda, general; pero en su angustia por la opresión de sus enemigos, con la necesidad e incluso el hambre mirándolos fijamente a la cara, sintieron la necesidad de la ayuda de Dios. Sabían que, a menos que Aquel a quien habían deshonrado tanto manifestara su poder para su liberación, perecerían. Con profunda humildad aceptaron el mensaje de reprensión, confesaron sus pecados e imploraron la misericordia del Altísimo.

Sus oraciones fueron escuchadas, y de nuevo el Señor envió al hombre de su elección para que actuara como libertador de Israel. El elegido fue Gedeón, de la tribu de Manasés. Los madianitas habían arrasado la tierra como una plaga devoradora. A duras penas los hebreos conseguían reunir alimentos suficientes para no morir de hambre. Sin embargo, Gedeón se había quedado con una pequeña cantidad de trigo, y temiendo echarlo a perder en la era, lo había llevado a la viña, cerca del lagar. Estando lejos el tiempo de las uvas maduras, la atención de los madianitas no se dirigiría a ese lugar.

Mientras trabajaba en secreto y en silencio, meditaba tristemente sobre la condición de Israel. Pensó en sus gloriosos triunfos del pasado, en su abyecta condición actual y en las perspectivas aún más sombrías del futuro, y su espíritu se agitó en su interior. Con profunda seriedad consideró cómo podría romperse el yugo del opresor sobre su pueblo. En apariencia, esto era imposible. Los israelitas estaban descorazonados y desalentados. Habían deshonrado a Dios con su idolatría, y tenían poca confianza en que obrara por ellos.

Gedeón casi desesperaba de inspirar al pueblo fe o valor, pero sabía que el Señor obraría poderosamente por Israel como lo había hecho en el pasado. Toda su

alma clamaba a Dios. Sentía que aunque estuviera solo, si tenía la seguridad de que Dios estaba con él, no temería asestar un golpe a los opresores.

Mientras la mente de Gedeón estaba absorta en meditaciones como éstas, de repente se le apareció un ángel del Señor y se dirigió a él con las palabras: "El Señor está contigo, valiente varón".

La naturaleza melancólica de los pensamientos de Gedeón se revela en su respuesta: "Oh, Señor mío, si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos ha sucedido todo esto? y ¿dónde están todos sus milagros de los que nos hablaron nuestros padres, diciendo: ¿No nos sacó el Señor de Egipto? pero ahora el Señor nos ha abandonado, y nos ha entregado en manos de los madianitas".

El mensajero del Cielo respondió: "Ve con esta tu fuerza, y salvarás a Israel de mano de los madianitas. ¿No te he enviado yo?"

Con un sentido de su propia incapacidad para una obra tan importante, Gedeón exclamó: "Oh, Señor mío, ¿con qué salvaré a Israel? He aquí que mi familia es pobre en Manasés, y yo soy el más pequeño en la casa de mi padre".

Entonces el ángel le dio la graciosa seguridad: "Ciertamente yo estaré contigo, y herirás a los madianitas como a un solo hombre".

Gedeón deseaba alguna señal de que el que ahora se dirigía a él era el mismo que habló a Moisés en la zarza ardiente. El ángel había velado la gloria divina de su presencia, pero no era otro que Cristo, el Hijo de Dios. Cuando un profeta o un ángel entregaba un mensaje divino, sus palabras eran: "El Señor dice: Yo haré esto", pero se dice de la Persona que hablaba con Gedeón: "El Señor le dijo: Yo estaré contigo".

Deseoso de honrar especialmente a su ilustre visitante, y habiendo obtenido la seguridad de que el Ángel se quedaría, Gedeón se apresuró a su tienda, y de sus escasas provisiones preparó un cabrito y tortas sin levadura, que sacó para presentárselas. Gedeón era pobre, pero estaba dispuesto a usar la hospitalidad sin rencor.

Al presentar el regalo, el Ángel dijo: "Toma la carne y las tortas sin levadura, y ponlas sobre esta roca, y vierte el caldo." Gedeón así lo hizo, y entonces el Señor le dio la señal que deseaba. Con el bastón en la mano, el Ángel tocó la carne y las tortas sin levadura, y un fuego surgió de la roca y consumió todo como un

sacrificio, y no como una comida hospitalaria; porque él era Dios, y no hombre. Después de esta muestra de su carácter divino, el Ángel desapareció.

Cuando se convenció de que había contemplado al Hijo de Dios, Gedeón se llenó de temor y exclamó: "¡Ay, Señor Dios! porque he visto cara a cara a un ángel del Señor".

Entonces el Señor se apareció bondadosamente a Gedeón por segunda vez y le dijo: "Paz a ti, no temas, no morirás". Estas misericordiosas palabras fueron pronunciadas por el mismo Salvador compasivo que dijo a los discípulos tentados en el mar tempestuoso: "Soy yo; no temáis"; el que se apareció a aquellos afligidos en el aposento alto y pronunció las mismas palabras dirigidas a Gedeón: "Paz a vosotros". El mismo Jesús que anduvo humillado como hombre entre los hijos de los hombres, vino a su antiguo pueblo, para aconsejarle y dirigirle, para ordenarle, animarle y reprenderle.

La familia a la que pertenecía Gedeón estaba gravemente infectada de idolatría. Su padre erigió en Ofra, donde vivía, un gran altar a Baal, al que adoraba la gente de los pueblos. Se le ordenó a Gedeón que destruyera este altar, que cortara las arboledas que lo rodeaban, y que en su lugar erigiera un altar a Jehová, sobre la roca en la que se había consumido la ofrenda, y que luego ofreciera un sacrificio al Señor. Gedeón cumplió fielmente estas instrucciones, realizando el trabajo de noche, para no verse obligado a desistir si lo intentaba de día.

El libertador de Israel debía declarar la guerra a la idolatría antes de ir a la batalla contra los enemigos de su pueblo. Debía estimar el honor de Dios por encima del crédito de su padre, y considerar los mandatos divinos como más obligatorios que la autoridad paterna.

La ofrenda de sacrificios al Señor había sido encomendada a los sacerdotes y levitas, y se había restringido al altar de Silo; pero Aquel que había establecido la economía judía, y a quien apuntaban todos sus servicios, tenía poder para cambiar sus requisitos. En este caso creyó conveniente apartarse de la designación ritual. Era de gran importancia que la liberación de Israel fuera precedida por una solemne protesta contra la adoración de Baal y por el reconocimiento de Jehová como el único Dios vivo y verdadero.

Cuando los hombres de la ciudad, temprano por la mañana, acudieron a rendir sus devociones a Baal, quedaron muy sorprendidos y enfurecidos por lo que había sucedido. Pronto se supo que Gedeón lo había hecho, y entonces nada

salvo su sangre pudo satisfacer a aquellos idólatras engañados. Inmediatamente comenzaron a esforzarse por quitarle la vida.

Gedeón le había contado a su padre, Joás, la visita del Ángel y la promesa de que Israel sería liberado. También le relató el mandato divino de destruir el altar de Baal. El Espíritu de Dios se movió en el corazón de Joás. Vio que los dioses que había adorado no tenían poder ni siquiera para salvarse de la destrucción total y, por lo tanto, no podían proteger a sus adoradores. Cuando la multitud idólatra clamó por la muerte de Gedeón, Joás salió valientemente en su defensa, y se esforzó por mostrar al pueblo cuán impotentes e indignos de confianza o adoración eran sus dioses: "¿Queréis abogar por Baal? ¿Queréis salvarlo? el que quiera abogar por él, que muera mientras aún es de día; si es un dios, que abogue por sí mismo, porque uno ha derribado su altar".

Les recordó que la pena de muerte recaería justamente sobre ellos y no sobre Gedeón, pues habían quebrantado la ley de Dios contra la idolatría.

Todo el asunto, con los conmovedores llamamientos de Gedeón, produjo un poderoso efecto en el pueblo de Ofra. Todos los pensamientos de violencia fueron desechados; y cuando, movido por el Espíritu del Señor, Gedeón tocó la trompeta de guerra, fueron de los primeros en reunirse con él. Luego envió mensajeros a toda su tribu de Manasés, y también a Aser, Zabulón y Neftalí, y todos obedecieron alegremente el llamado.

Gedeón sentía profundamente su propia insuficiencia para la gran obra que tenía ante sí. No se atrevía a ponerse al frente del ejército sin una prueba positiva de que Dios lo había llamado a esta obra, y que estaría con él. Oró: "Si salvarás a Israel por mi mano, como has dicho, he aquí que yo pondré un vellón de lana en el suelo, y si el rocío estuviere sobre el vellón solamente, y estuviere seco sobre toda la tierra de al lado, entonces sabré que salvarás a Israel por mi mano, como has dicho."

El Señor concedió la oración de su siervo. Por la mañana el vellón estaba mojado, mientras que la tierra estaba seca. Pero ahora la incredulidad sugirió que la lana absorbe naturalmente la humedad cuando hay alguna en el aire, y que la prueba no era decisiva. Por lo tanto, pidió que se renovara la señal, suplicando humildemente que la incredulidad no moviera a ira al Señor. Su petición fue aceptada.

El Señor no siempre escoge para su obra a los hombres de mayores talentos, sino que selecciona a los que puede utilizar mejor. Individuos que pueden hacer

un buen servicio a Dios, pueden ser dejados por un tiempo en la oscuridad, aparentemente desapercibidos y desempleados por su Maestro. Pero si cumplen fielmente los deberes de su humilde posición, abrigando la voluntad de trabajar y sacrificarse por Él, a su debido tiempo les confiará mayores responsabilidades.

Antes del honor está la humildad. El Señor puede usar más eficazmente a aquellos que son más conscientes de su propia indignidad e ineficacia. Les enseñará a ejercitar el valor de la fe. Los hará fuertes uniendo su debilidad a su poder, sabios uniendo su ignorancia a su sabiduría.

Dios aceptará los servicios de todos los que trabajen en obediencia a su voluntad, que no traerán por ninguna consideración una mancha sobre la conciencia, que no permitirán que ninguna influencia los desvíe del camino del deber. Si lo deseamos, podemos dejar constancia de nuestra vida de tal manera que no nos avergoncemos de poseerla cuando los secretos de todos los corazones sean revelados, y la obra de cada hombre sea pesada en la balanza de la verdad. El Señor emplea a los hombres como colaboradores suyos, pero que nadie imagine que son esenciales para la obra de Dios, que no se puede prescindir de ellos.

Los enseñables y confiados, que tienen un propósito recto y un corazón puro, no necesitan esperar grandes ocasiones o habilidades extraordinarias antes de emplear sus poderes. No deben permanecer indecisos, cuestionando y temiendo lo que el mundo dirá o pensará de ellos. No debemos fatigarnos con ansiosos cuidados, sino seguir adelante, realizando tranquilamente y con fidelidad la obra que Dios nos asigna, y dejando el resultado enteramente en sus manos.

Si conservan su sinceridad, su mansedumbre y humildad, los más pobres, débiles y humildes de los seguidores de Cristo, obrando en el amor, pueden iniciar olas de bendición que seguirán ensanchándose y profundizándose, para refrescar y bendecir al mundo. Para que puedan hacer esto, Cristo debe brillar en su carácter. Que la vida diaria sea un reflejo de la vida de Cristo, y el testimonio así dado al mundo tendrá una poderosa influencia. Sólo el cielo revelará los frutos de una vida desinteresada y santa. La gran lucha de la verdad contra el error debe ser llevada adelante por hombres que enciendan su vela en el altar divino. Puede parecer que el mal prevalece por un tiempo, pero al final la justicia obtendrá la victoria. Cada acto justo será registrado en el libro de la vida, y será recordado y recompensado por Dios.

Los padres en la Escuela Sabática

La escuela sabática ofrece preciosas oportunidades y privilegios a los jóvenes. Los padres deben valorar mucho estas ventajas, y mostrar a sus hijos que las aprecian. Si ellos mismos no manifiestan decidido interés en la escuela, no pueden esperar que sus hijos lo hagan. En la escuela sabática, los padres pueden ser alumnos tanto como los hijos. Tanto los padres como los hijos deben procurar tener un conocimiento de las Escrituras. Otros libros deben ser secundarios a la Palabra de Dios. Cristo ha dicho: "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí". Todos deberíamos estar mejor familiarizados con las profecías de lo que estamos, y tener un conocimiento más profundo de las lecciones prácticas de Cristo. Si nos limitamos a leer las Escrituras sin interés, no podemos llegar a ser inteligentes en las verdades que contienen.

Los padres deben escudriñar las Escrituras con sus hijos. Deben familiarizarse ellos mismos con las lecciones, para luego poder ayudar a sus hijos a aprenderlas. Todos los días debe dedicarse alguna parte del tiempo al estudio de las lecciones, no meramente para aprender a repetir mecánicamente las palabras, mientras la mente no comprende el significado; sino para llegar al fundamento mismo, y familiarizarse con lo que se expone en la lección. La indiferencia de los niños, en muchos casos, es imputable a los padres. Ellos son indiferentes, y los niños se contagian del mismo espíritu. Si los padres demuestran que conceden importancia a la Escuela Sabática, dándole respeto y prominencia, los niños generalmente copiarán su ejemplo.

Los padres deben comprender cabalmente con su familia que las horas sagradas del sábado deben emplearse para la gloria de Dios. Deben levantarse con el sol, y tener tiempo suficiente para prepararse para la escuela sabática sin apresurarse y tal vez perder el dominio de sí mismos. Si se han hecho los preparativos apropiados el día anterior, habrá abundante tiempo para repasar la lección estudiada durante la semana; y tanto los padres como los hijos pueden ir a la escuela con la seguridad de que tienen las lecciones bien aprendidas.

Jesús se interesaba por los niños. No entró en nuestro mundo como un hombre maduro. Si lo hubiera hecho, los niños no habrían tenido su ejemplo para copiar. Cristo fue un niño; tuvo la experiencia de un niño; sintió las decepciones y las pruebas que sienten los niños; conoció las tentaciones de los niños y de los jóvenes. Pero Cristo fue en su vida infantil y juvenil un ejemplo para todos los niños y jóvenes. En la infancia sus manos estaban ocupadas en actos útiles. En la juventud trabajó en el oficio de carpintero con su padre, y estuvo sujeto a sus padres, dando así en su vida una lección a todos los niños y jóvenes. Si Cristo

no hubiera sido él mismo un niño, los jóvenes podrían pensar ahora que no podía simpatizar con ellos. Pero él vivió su ejemplo, y todos los niños y jóvenes pueden encontrar en Jesús a alguien a quien llevar todas sus penas y todos sus desengaños, y en él encontrarán un amigo que les ayudará.

Jesús ama a los niños pequeños. Cuando las madres trajeron a sus hijos a Jesús, los discípulos intentaron echarlos. Pero Jesús los reprendió y les dijo: "Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, porque de los tales es el reino de los cielos." Luego los recogió en sus brazos amorosos y los bendijo. Hay que compadecer a los padres y maestros que no tienen amor ni paciencia con los niños, porque no tienen la mente de Cristo. Los que procuran reunir a los niños en la escuela sabática están haciendo una buena obra, la misma que al Maestro le agradaría que hicieran. Las mentes en expansión aun de los niños pequeños pueden comprender mucho con respecto a las enseñanzas de Cristo, y se les puede enseñar a amarlo con todo su ardiente afecto. Los maestros y los padres deben sembrar junto a todas las aguas, y si son fieles, pueden tener una cosecha de almas muy pronto. Y cuando vean a las almas por las que han trabajado, alrededor del gran trono blanco, con coronas y vestiduras blancas y arpas de oro, sentirán entonces que sus esfuerzos no fueron inútiles. El bien hecho, siervo bueno y fiel, caerá sobre sus oídos como dulce música.

30 de junio de 1881

Una prueba de fe

EGW

El valor de Gedeón se fortaleció enormemente por las muestras de favor divino que le fueron concedidas. Sin demora, salió con sus fuerzas para dar batalla a los madianitas. Pero ahora le esperaba otra dura prueba de fe. Con la inmensa hueste de invasores desplegada ante él -los treinta y dos mil hebreos parecían, en contraste, un mero puñado- le llegó la palabra del Señor: "El pueblo que está contigo es demasiado numeroso para que yo entregue a los madianitas en sus manos, no sea que Israel se jacte contra mí diciendo: Mi propia mano me ha salvado. Ahora, pues, ve y proclama a oídos del pueblo, diciendo: El que esté temeroso y tenga miedo, que regrese y se aleje pronto del monte Galaad."

Se había hecho ley en Israel que antes de ir a la batalla, se hiciera sonar la siguiente proclama en todo el ejército: "¿Qué hombre hay que haya edificado una casa nueva y no la haya dedicado? Que vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla y otro hombre la dedique. ¿Y qué hombre hay que haya

plantado una viña, y aún no haya comido de ella? Que vaya también y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla, y otro hombre coma de ella. ¿Y qué hombre hay que haya desposado a una mujer, y no la haya tomado? Que vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla, y otro hombre la tome. Y los oficiales hablarán más al pueblo, y dirán: ¿Qué hombre hay que sea temeroso y pusilánime? que vaya y se vuelva a su casa, no sea que el corazón de sus hermanos desfallezca tanto como su corazón". ¡Qué sorprendente ilustración es ésta del tierno y compasivo amor de Cristo! El que instituyó las relaciones de la vida y los lazos de parentesco, hizo provisión especial para que no se rompieran demasiado. No quiere que nadie vaya a la batalla de mala gana. Esta proclamación también expone de manera contundente la influencia que puede ejercer un hombre que carece de fe y valor, y además muestra el efecto de nuestros pensamientos y sentimientos sobre nuestro propio curso de acción.

"Como un hombre piensa en su corazón, así es él". Los pensamientos y sentimientos abrigados dan dirección a la conducta, y así determinan el carácter. Un carácter fuerte y bien equilibrado se construye mediante la fidelidad en todos los actos menores y mayores de la vida. A un hombre se le mide, no por la fuerza que pone en un gran esfuerzo, sino por el celo y la integridad que pone en la ronda diaria de preocupaciones y responsabilidades.

El verdadero carácter cristiano está marcado por una firmeza de propósito, una determinación indomable, que se niega a ceder a las influencias mundanas, que no aspira a nada menos que a la norma bíblica. Si los hombres se permiten desanimarse en el servicio de Dios, el gran adversario les presentará abundantes razones para desviarlos del camino llano del deber hacia uno de facilidad e irresponsabilidad. Los que pueden ser sobornados o seducidos, desalentados o aterrorizados, no servirán en la guerra cristiana. Los que ponen sus afectos en los tesoros mundanos o en los honores mundanos, no empujarán la batalla contra los principados y potestades, y la maldad espiritual en las regiones celestes.

Todos los que quieran ser soldados de la cruz de Cristo, deben ceñirse la armadura y prepararse para el conflicto. No deben dejarse intimidar por las amenazas ni aterrorizar por los peligros. Deben ser cautelosos en el peligro, pero firmes y valientes al enfrentar al enemigo y dar la batalla por Dios. La consagración del seguidor de Cristo debe ser completa. Padre, madre, esposa, hijos, casas, tierras, todo, debe ser secundario a la obra y causa de Dios. Debe estar dispuesto a soportar con paciencia, alegría, gozo, todo lo que la

providencia de Dios le llame a sufrir. Su recompensa final será compartir con Cristo el trono de la gloria inmortal.

Debido a la débil condición de los ejércitos de Israel, en contraste con los números del enemigo, Gedeón se había abstenido de hacer la proclamación habitual. Estaba lleno de asombro ante la declaración de que su fuerza era demasiado grande. Pero el Señor vio el orgullo y la incredulidad existentes en el corazón de este pueblo. Despertados por los conmovedores llamamientos de Gedeón, se habían alistado de buena gana; pero cuando vieron las multitudes de los madianitas, les faltó el valor. Sin embargo, si Israel hubiera triunfado, esos mismos hombres habrían atribuido la victoria a su propia habilidad y valor, más que a la misericordia y el poder de Jehová. Como pueblo, tenían poca fe en Dios. Muchos sufrían los reproches de una conciencia culpable.

En lugar de ser demasiados, los israelitas sintieron que su número era demasiado escaso; pero Gedeón hizo la proclamación como el Señor le había ordenado. Con el corazón hundido, vio que veintidós mil, o más de dos tercios de toda su fuerza, partían hacia sus hogares.

De nuevo vino la palabra del Señor a su siervo: "El pueblo es aún demasiado numeroso; hazlo descender a las aguas, y allí te los probaré; y será que de aquel a quien yo te diga: Este irá contigo, este irá contigo; y de aquel a quien yo te diga: Este no irá contigo, este no irá."

La gente fue conducida a la orilla del agua, esperando atacar inmediatamente al enemigo. Unos pocos se apresuraron a coger un poco de agua con la mano y la chuparon mientras avanzaban, pero casi todos se arrodillaron y bebieron tranquilamente de la superficie del agua. Los que tomaron el agua en sus manos fueron sólo trescientos de los diez mil; sin embargo, éstos fueron seleccionados, y al grueso del ejército se le permitió regresar a sus hogares.

Aquí vemos los medios sencillos por los que a menudo se pone a prueba el carácter. Aquellos que en un momento de gran peligro estaban empeñados en satisfacer sus propias necesidades, no eran los hombres en quienes se podía confiar en una emergencia. Los hombres escogidos por Dios fueron los pocos que no permitieron que sus propias necesidades les impidieran cumplir con su deber. No sólo poseían valor y dominio propio, sino que eran hombres de fe. No se habían contaminado con la idolatría. Dios podía dirigirlos, y por medio de ellos podía obrar la liberación de Israel. El Señor quería mostrar a su pueblo que él era su fuente de fortaleza. Por la sencillez de los medios empleados, quiso reprender su orgullo y su autoexaltación.

Como le sucedía al antiguo Israel, así le sucede al pueblo de Dios en esta época del mundo. El Señor puede hacer muy poco por los hijos de los hombres, porque están tan dispuestos a considerarse más sabios que su Creador. Si son bendecidos con una medida de éxito, muchos se vuelven eufóricos y seguros de sí mismos, y olvidan su dependencia de Dios. Hay demasiada confianza en los planes y métodos humanos, y muy poca fe en el poderoso Dios de Jacob; demasiada maquinaria, y muy poca del Espíritu vivificador y del poder del Altísimo.

Cristo es la luz del mundo. Toda sabiduría y todo conocimiento brotan de Aquel que es la fuente de la sabiduría. Él ordena a sus seguidores: "Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". La belleza divina de Cristo se revela al mundo cuando se refleja en sus discípulos. Los que se apartan de la sencillez del Evangelio, se han adelantado a su Líder; pero Cristo dice: "Sígueme".

Separará de su obra a todos los que se dejan llevar por el orgullo y la prepotencia, "vanagloriándose contra Dios"; y, en su lugar, elegirá a los que caminen por la senda de la humildad y la obediencia, reconociendo que todo su éxito procede de Dios.

Todas las maravillas que Dios ha obrado en favor de su pueblo se han realizado por los medios más sencillos. Cuando el pueblo de Dios esté totalmente consagrado a él, entonces lo empleará para llevar adelante su obra en la tierra. Pero debemos recordar que, sea cual fuere el éxito que obtengamos, la gloria y el honor pertenecen a Dios, porque toda facultad y todo poder son un don suyo.

Dios pondrá a prueba, hasta el extremo, la fe y el valor de aquellos a quienes ha confiado responsabilidades en su obra. Las apariencias serán a menudo prohibitivas. Aunque Dios haya dado repetidas seguridades de su ayuda, la fe casi se tambaleará. "Así dice el Señor" debe ser nuestra firme confianza, independientemente de los razonamientos humanos o de las imposibilidades aparentes.

La experiencia de Gedeón y su ejército, fue diseñada para enseñar una lección de simplicidad y fe. El líder que Dios había elegido no ocupaba ninguna posición prominente en Israel. No era gobernante, levita ni sacerdote. Se consideraba el más pequeño de la casa paterna. La sabiduría humana no lo habría elegido; pero Dios vio en Gedeón a un hombre de integridad y valor moral. Desconfiaba de sí mismo y estaba dispuesto a escuchar las enseñanzas de Dios y a llevar a cabo sus propósitos. El Señor no depende de hombres de

alta posición, de gran intelecto o amplios conocimientos. Tales hombres suelen ser orgullosos y autosuficientes. Se sienten competentes para idear y ejecutar planes sin el consejo de Dios. Se separan de la Vid verdadera, y por eso se vuelven secos e infructuosos, como pámpanos marchitos.

El Señor quiere avergonzar la vanagloria de los hombres. Él dará éxito a los esfuerzos más débiles, a los métodos menos prometedores, cuando sean divinamente designados, y se emprendan con humildad y confianza. Dios no pondrá a prueba nuestra fe más allá de lo soportable. Nos dará pruebas suficientes para que, en nuestra debilidad, nos apoyemos en el brazo de su fuerza y confiemos plenamente en su poder. Bajo el poder santificador del Espíritu Santo, los talentos, la educación y la influencia pueden emplearse al servicio de Dios; pero Satanás es servido por ellos más a menudo que Jesucristo.

La Majestad del Cielo caminaba entre los hijos de los hombres con la dignidad de un rey; sin embargo, conservaba la sencillez de un niño pequeño. Nunca presumió de superioridad, ni exaltó su propio poder, capacidad o logros. Cristo fue el Creador de la tierra; fue el rey de la gloria; sin embargo, su vida de mansedumbre y humildad avergonzó la orgullosa jactancia de los hombres. Él era la encarnación de la sabiduría, la fuente del conocimiento. Que aquellos que se enorgullezcan de sus capacidades superiores, aprendan del gran Maestro. Jesús invita a todos: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas". Dijo a sus discípulos: "Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos."

¿Cómo mira Dios a los hombres que abrigan el orgullo y se jactan de su superioridad, cuando dependen de Él para cada aliento que respiran, para el alimento que comen, la ropa que visten y, por encima de todo esto, para el precioso don de la razón, el poder del pensamiento? Que la mano de Dios caiga sobre el hombre, que la mente se nuble, ¿y entonces de qué podría jactarse?

El éxito no depende de la fuerza ni del número. Dios puede obrar tanto con pocos como con muchos. Una iglesia grande no es necesariamente una iglesia fuerte. Algunos de sus miembros pueden estar abrigando egoísmo, orgullo o incredulidad; algunos pueden ser deshonestos, otros corruptos de corazón y de vida. Todo esto es una fuente de debilidad para la iglesia. Traen el ceño de Dios sobre su pueblo, y el gran adversario trabajará a través de ellos para promover su propia causa.

Antiguamente, a aquellos cuyos intereses mundanos apartaban sus corazones de la obra de Dios, se les pedía que regresaran a sus hogares. Sería mejor para la

causa de la verdad hoy, si aquellos cuya atención está absorbida por sus propios intereses privados, se separaran de la obra de Dios, y se dedicaran a las cosas que deleitan sus corazones. Entonces, con su mal ejemplo, no ejercerían una influencia tan peligrosa sobre los demás.

Dios es honrado, no tanto por el gran número, sino por el carácter de aquellos que le sirven. Él aprecia el valor moral. Él traza la línea divisoria entre aquellos que llevan su nombre por profesión, y aquellos cuyo carácter muestra que son sus hijos. Los que tienen temor de Dios escucharán sus consejos y los obedecerán. No se contentarán con teorías espurias, ni construirán sobre principios falsos para asegurarse la amistad del mundo. Sin embargo, al mismo tiempo, apreciarán y ejemplificarán aquellas virtudes que promueven la felicidad de la familia, la iglesia y la comunidad.

Muchos que ocupan posiciones de responsabilidad en la iglesia de Dios, están sacrificando su integridad para asegurarse el favor de los impíos. Una fuerte corriente está barriendo hacia abajo, y deciden que es más fácil flotar con la marea que remar contra ella. Como los hijos de Israel, sacrifican las bendiciones de Dios por su indolencia y pereza espiritual. Muchos erigen ídolos en sus corazones, ídolos de egoísmo, ídolos de orgullo y amor a la ostentación. Las cosas eternas pierden su valor. Si retiramos las influencias que Dios ha provisto para preservar y fortalecer nuestra espiritualidad, ésta decae y muere. Debemos buscar continuamente acercarnos a Dios y aprender su voluntad. Debemos llegar a ser más diferentes del mundo y más semejantes a Cristo en carácter.

14 de julio de 1881

Por fin la victoria

EGW

Cuando Gedeón se puso al frente de treinta mil hombres para hacer la guerra a los madianitas, sintió que, a menos que Dios obrara en favor de Israel, su causa sería inútil. Por orden divina, la fuerza hebrea había sido reducida por sucesivas pruebas, hasta que sólo le quedaban trescientos hombres para oponerse a aquella incontable multitud. No es de extrañar que su corazón se hundiera al pensar en el conflicto del día siguiente.

Pero el Señor no dejó desesperar a su fiel siervo. Habló a Gedeón en la estación nocturna, y le ordenó que, con Fura, su fiel ayudante, bajara al campamento de los madianitas, dándole a entender que allí oiría algo que lo animara. Fue, y

esperando allí en la oscuridad y el silencio, oyó a un soldado, recién despertado, relatar un sueño a su compañero: "He aquí, una torta de pan de cebada cayó en el campamento de Madián, y llegó hasta una tienda, y la golpeó hasta que cayó, y la volcó hasta que la tienda quedó tendida".

El otro respondió con palabras que conmovieron el corazón de aquel oyente invisible: "No es otra cosa sino la espada de Gedeón, hijo de Joás, varón de Israel; porque en su mano entregó Dios a Madián y a todo el ejército."

Gedeón reconoció la voz de Dios que le hablaba a través de las palabras de estos extranjeros madianitas. Su fe y su valor se fortalecieron enormemente, y se alegró de que el Dios de Israel pudiera obrar a través de los medios más humildes para abatir el orgullo de los hombres. Con confianza y esperanza, regresó a los pocos hombres bajo su mando, diciendo: "Levantaos, porque el Señor ha entregado en vuestras manos el ejército de Madián."

La condición aparentemente impotente de aquella pequeña compañía de israelitas, comparada con la vasta hueste del enemigo, estaba adecuadamente representada por la torta de pan de cebada. Pero así como ese pan derribó la tienda sobre la que cayó, así el puñado de israelitas destruiría a sus numerosos y poderosos enemigos. El Señor mismo dirigió la mente de Gedeón en la adopción de un plan que éste se dispuso inmediatamente a ejecutar. Dividió a sus trescientos hombres en tres compañías. A cada hombre se le dio una trompeta y un cántaro con una lámpara encendida. Luego colocó a sus hombres de tal manera que rodearon todo el campamento de Madián. Habían sido instruidos previamente sobre cómo proceder, y a medianoche, a una señal de Gedeón, las tres compañías tocaron sus trompetas, destaparon sus lámparas y rompieron los cántaros, gritando al mismo tiempo: "¡La espada del Señor y de Gedeón!". La luz de trescientas lámparas, atravesando la oscuridad de medianoche, y aquel poderoso grito de trescientas voces, despertaron de repente al ejército dormido. Creyéndose a merced de una fuerza abrumadora, los madianitas entraron en pánico. Se produjo una terrible escena de confusión. Atemorizados, huyeron en todas direcciones y, confundiendo a sus propios compañeros con enemigos, se mataron unos a otros.

Al difundirse la noticia de la victoria de Israel, muchos de los que habían sido enviados a sus hogares regresaron y se unieron a la persecución de sus enemigos en fuga. Gedeón también envió mensajeros a los efraimitas, pidiéndoles que tomaran los vados del Jordán para que los fugitivos no pudieran escapar hacia el este.

En este terrible derrocamiento, no menos de ciento veinte mil de los invasores fueron muertos, y los madianitas fueron tan completamente sometidos que nunca más pudieron hacer la guerra a Israel. Un remanente de quince mil que lograron escapar a través del río, fueron perseguidos por Gedeón y sus fieles trescientos, y completamente derrotados, y Zeba y Zalmunna, dos príncipes madianitas, fueron muertos.

Nada puede suceder en ninguna parte del universo sin el conocimiento de Aquel que es omnipresente. Ni un solo acontecimiento de la vida humana es desconocido para nuestro Hacedor. Mientras Satanás urde constantemente el mal, el Señor nuestro Dios lo domina todo, para que no dañe a sus hijos obedientes y confiados. El mismo poder que controla las embravecidas olas del océano puede contener todo el poder de la rebelión y del crimen. Dios dice a los unos como a los otros: "Hasta aquí llegarás, y no más lejos".

Qué lecciones de humildad y de fe no podemos aprender al seguir el rastro de los tratos de Dios con sus criaturas. El Señor puede hacer muy poco por los hijos de los hombres, porque están llenos de orgullo y vana gloria. Se exaltan a sí mismos, magnificando su propia fuerza, aprendizaje y sabiduría. Es necesario que Dios defraude sus esperanzas y frustre sus planes, para que aprendan a confiar sólo en Él. Todas nuestras fuerzas proceden de Dios; nada podemos hacer sin la fuerza que Él nos ha dado. ¿Dónde está el hombre o la mujer o el niño que Dios no sostiene? ¿Dónde está el lugar desolado que Dios no llena? ¿Dónde está la carencia que sólo Dios puede suplir?

El salmista representa la presencia del Infinito como impregnando el universo. "Si subo al cielo, allí estás tú; si hago mi cama en el infierno, he aquí que allí estás tú". Nunca encontraremos soledad donde Dios no esté. El ojo siempre vigilante de la Omnisciencia está sobre todas nuestras obras, y aunque puede reunir a los ejércitos del Cielo para hacer su voluntad, condesciende a aceptar los servicios de los frágiles y errantes mortales.

A causa del orgullo y la ambición de los hijos de los hombres, Dios ha elegido realizar sus obras poderosas por los medios más sencillos y humildes. No son los hombres a quienes el mundo honra como grandes, talentosos o brillantes, los que Dios selecciona. Él elige a aquellos que trabajarán con mansedumbre y sencillez, reconociéndolo como su líder y su fuente de fortaleza. Él quiere que lo hagamos nuestro protector y nuestro guía en todos los deberes y asuntos de la vida.

Su cuidado por las obras de su creación es incansable e incesante. Cuando los hombres salen a su trabajo diario, como cuando se dedican a la oración; cuando se acuestan por la noche, y cuando se levantan por la mañana; cuando el rico festeja en su palacio, cuando el pobre reúne a sus hijos en torno a la escasa mesa, cada uno es vigilado tiernamente por su Padre Celestial. No hay lágrima que se derrame que Dios no note. No hay sonrisa que Él no note. A aquellos a quienes ha encomendado importantes confianzas los mira con vigilancia. Todas sus acciones y sus motivos más secretos deben pasar su escrutinio. Les ha otorgado todos sus talentos y habilidades, y les pedirá cuentas estrictas por la mejora de estos dones. Si alcanzan el éxito, es porque el Dios de la sabiduría los ha prosperado.

La Majestad del Cielo obra por quien quiere. Su providencia elige a veces los instrumentos más humildes para realizar las obras más grandes, porque su poder se revela a través de la debilidad de los hombres. Nosotros tenemos nuestro patrón de cálculo, y por él decimos que una cosa es grande y otra pequeña; pero Dios no calcula según el patrón de los hombres; no gradúa su escala por la de ellos. No debemos suponer que lo que es grande para nosotros debe ser grande para Dios, y lo que es pequeño para nosotros debe ser pequeño para él.

El que sostiene los mundos innumerables a través de la inmensidad, al mismo tiempo cuida de las necesidades del pequeño gorrión marrón que canta su humilde canción sin miedo. Él cuida de todo y sostiene todo lo que ha creado en el universo.

Si creyéramos plenamente en esto, todas las ansiedades indebidas se desvanecerían. Con humilde oración y fe confiada, buscaríamos el consejo de Dios en todos nuestros planes y propósitos de la vida. Entonces todos nuestros actos estarían gobernados por la discreción, nuestras energías estarían correctamente dirigidas. Entonces nuestras vidas no estarían tan llenas de decepciones como ahora; porque todo, pequeño o grande, se dejaría en manos de Dios, que no se ve perplejo por la multiplicidad de preocupaciones, ni abrumado por su peso. Entonces disfrutaríamos de un descanso del alma al que muchos han sido extraños durante mucho tiempo.

21 de julio de 1881

Una respuesta sabia

EGW

Después de derrotar a los madianitas, se difundió rápidamente por todas partes la noticia de que el Dios de Israel había vuelto a luchar por su pueblo. No hay palabras para describir el terror de las naciones circundantes cuando supieron que unos medios tan sencillos habían prevalecido contra todo el poder y la destreza de una raza audaz y guerrera.

Dondequiera que se difundía la noticia, todos sentían que la victoria debía atribuirse sólo a Dios. Así se glorificó el nombre del Señor, se fortaleció la fe de Israel y sus enemigos fueron avergonzados y confundidos.

No es seguro que el pueblo de Dios adopte las máximas y costumbres de los impíos. Los principios divinos y los modos de obrar son muy diferentes de los del mundo. La historia de las naciones no presenta victorias como la conquista de Jericó o el derrocamiento de los madianitas. Ningún general de los ejércitos paganos había dirigido jamás la guerra como Josué y Gedeón. Estas victorias enseñan la gran lección de que la única base segura del éxito es la ayuda de Dios, obrando con el esfuerzo humano. Aquellos que confían en su propia sabiduría y en su propia habilidad seguramente serán decepcionados. El único camino seguro en todos los planes y propósitos de la vida es conservar la sencillez de la fe. La humilde confianza en Dios y la fiel obediencia a su voluntad son tan esenciales para el cristiano en la guerra espiritual como lo fueron para Gedeón y sus valientes compañeros en las batallas del Señor.

Los mandatos de Dios deben obedecerse implícitamente, independientemente de la opinión del mundo. Esta lección no debe ser ignorada por quienes ocupan puestos de responsabilidad entre sus semejantes. Tales personas, por encima de todas las demás, no deben descuidar ninguna de las ordenanzas o mandamientos del Señor. El que se conforma a las costumbres y prácticas del mundo se separa de Dios. Todos deben mejorar seriamente todo privilegio religioso, y consultar diariamente a Dios para conocer su voluntad. La vida y las palabras de Cristo deben estudiarse diligentemente, y sus instrucciones deben obedecerse con alegría. El que así se ciña la armadura de la justicia no debe temer a los enemigos de Dios. Puede estar seguro de la presencia y protección del Capitán del ejército del Señor.

Es un hecho triste que la simplicidad de la verdadera fe se ha apartado, en gran medida, de la iglesia de Cristo. Muchos que ocupan puestos de responsabilidad corren el peligro constante de separarse de Dios por descuido de los medios de gracia. No beben diariamente en la fuente de la sabiduría y la justicia, y no reconocen a Dios como el brazo derecho de su poder.

El Señor está dispuesto a regalar a su pueblo una experiencia preciosa. Él los llevaría a confiar en su sabiduría, su poder y su amor, en lugar de confiar en sí mismos. Quiere enseñarles a someterle implícitamente su juicio y su voluntad. Entonces verán y sabrán que por sí mismos no pueden hacer nada; que Dios es todo y en todos. Su amor habitará en sus corazones, y su alabanza estará continuamente en sus labios. Dios obra en favor de su pueblo por medios que los orgullosos y los mundanos despreciarán; pero la gracia y el poder de Dios son la única esperanza de los hombres pecadores.

Después de su gloriosa victoria sobre los madianitas, Gedeón fue sometido a otra prueba, muy diferente de las ya dadas, pero inesperada y peculiarmente severa. Ahora debía enfrentarse a acusaciones y censuras injustas. Cuando, a su llamado, los hombres de Israel se habían reunido contra los madianitas, la tribu de Efraín se había quedado atrás. Consideraban el esfuerzo como una empresa peligrosa y dudosa, y como Gedeón no les envió ninguna invitación especial, aprovecharon esta excusa para no unirse a sus hermanos. Pero cuando les llegó la noticia del triunfo de Israel, los efraimitas se sintieron insatisfechos y envidiosos porque no lo habían compartido.

Gedeón no estaba ansioso por asegurarse el honor, pues sabía que sólo pertenecía al Señor. Tan pronto como los madianitas fueron derrotados, Gedeón envió rápidos mensajeros, pidiendo a los efraimitas que tomaran los vados del Jordán para que los fugitivos no pudieran escapar. Un gran número de enemigos fueron muertos, entre ellos dos de los principales príncipes de Madián. Así los hombres de Efraín siguieron la batalla, y ayudaron a completar la victoria. Sin embargo, estaban celosos y enojados, como si Gedeón se rigiera por su propia voluntad y juicio. No discernieron la mano de Dios en el triunfo de Israel, y este mismo hecho demostró que en verdad eran indignos de ser usados como sus instrumentos en esa ocasión. Se habrían atribuido el honor a sí mismos, en vez de atribuírselo a Dios. El espíritu perverso manifestado hacia Gedeón demuestra que no eran hombres en quienes se pudiera confiar, que apreciaran la misericordia y el poder de Dios en su liberación.

La sabiduría de Dios, tal como se manifiesta en los métodos e instrumentos empleados para llevar adelante su obra, es necedad para los jactanciosos y seguros de sí mismos, porque no conocen el misterio de la piedad. El Señor quiere enseñar hoy a su pueblo la lección de la simple dependencia de ese brazo poderoso que puede derribar las fortalezas de Satanás. La oración de fe, ofrecida por el pueblo humilde, obediente y confiado de Dios, le traerá la victoria.

El sistema más completo y perfecto que los hombres hayan ideado jamás, sin el poder y la sabiduría de Dios, resultará un fracaso; mientras que los humildes medios que Dios sanciona deben tener éxito. El simple acto de tocar la trompeta, por el ejército de Josué alrededor de Jericó, y por la pequeña banda de Gedeón sobre el ejército de Madián, se hizo efectivo, por el poder de Dios, para derrotar el poder de sus enemigos. Profundos son los consejos de Dios, y la mente finita busca en vano comprenderlos.

El buey que está entre el altar para el sacrificio y el arado en el surco, listo para cualquiera de los dos, representa adecuadamente la posición que debe ocupar el pueblo de Dios. El Señor no tiene lugar en su obra para los indolentes y autoindulgentes. Al igual que los hombres de Efraín, hay muchos en la actualidad que están dispuestos a trabajar diligentemente para asegurarse el honor; pero a menos que puedan hacerlo, no trabajarán en absoluto. Y no sólo no harán nada por sí mismos, sino que con su ejemplo e influencia desalentarán a otros.

Los hombres de Efraín, al regresar de los vados del Jordán con los trofeos de la victoria, se dirigieron a Gedeón en términos de airado reproche: "¿Por qué nos has servido así, que no nos llamaste cuando fuiste a luchar contra los madianitas?".

Gedeón sabía que había actuado por mandato divino, y aunque fue duramente censurado por quienes deberían haberlo elogiado, contuvo todo sentimiento de ira o indignación. ¡Cuán fácilmente el espíritu de celos y descontento podría haberse avivado en una disputa que habría causado división, derramamiento de sangre y ruina! Por su autocontrol, Gedeón demostró ser un héroe. Demostró la verdad de aquellas palabras escritas tanto tiempo después: "Una respuesta suave aleja la ira". En su respuesta a los efraimitas, modestamente cubrió con un velo su propio éxito, pero habló en la más alta alabanza de sus logros: "¿Qué he hecho yo ahora en comparación con vosotros?". ¿No es mejor la vendimia de Efraín que la de Abi-ezer? Dios ha entregado en vuestras manos a los príncipes de Madián, Oreb y Zeeb; ¿y qué he podido hacer yo en comparación con

vosotros?". Representó la victoria obtenida por él y su ejército de trescientos hombres como poca cosa en comparación con su toma de los príncipes de Madián. Y demostró además que la gloria no le pertenecía ni a él ni a ellos, sino al Señor.

La modesta y prudente respuesta de Gedeón aplacó la ira de los hombres de Efraín, y éstos regresaron en paz a sus hogares. Cuántos de los problemas que existen hoy en el mundo provienen de los mismos malos rasgos que animaban a los hombres de Efraín, y cuántos males podrían evitarse si todos los que son injustamente acusados o censurados manifestaran el espíritu manso y olvidadizo de Gedeón.

28 de julio de 1881

Un paso en falso

EGW

El pueblo de Israel, lleno de alegría y gratitud por su liberación de los madianitas, propuso a Gedeón que se convirtiera en su rey, y que el trono fuera confirmado a sus descendientes. Su respuesta muestra cuán verdaderos y nobles eran los motivos que lo animaban. "Yo no gobernaré sobre vosotros, ni mi hijo gobernará sobre vosotros. El Señor reinará sobre vosotros". Por orden divina, Gedeón había salido voluntariamente a la batalla por Israel; no había rehuido el deber, ni vacilado ante el peligro; pero se negó noblemente a aceptar del pueblo los honores que el Señor se había reservado el derecho de conceder.

Dios había manifestado un favor especial a Gedeón, al seleccionarlo como el instrumento por medio del cual liberaría a Israel. Aunque recayeron sobre él grandes responsabilidades en esta importante crisis, el proceder de Gedeón estuvo marcado por la humildad y la obediencia fiel. Dios aceptó su obra y coronó sus esfuerzos con el éxito. Pero ahora Gedeón fue asaltado por una nueva forma de tentación. Cuando el que reprende el mal ha hecho su obra, en obediencia a los mandamientos de Dios, el período de inactividad que sigue a la lucha es a menudo el más peligroso. Este peligro experimentó ahora Gedeón. Un espíritu de inquietud se apoderó de él. Hasta entonces se había contentado con ejecutar las órdenes que Dios le daba; pero ahora, en vez de esperar tranquilamente las instrucciones divinas, comenzó a idear y ejecutar planes por sí mismo. No había aprendido a esperar tanto como a trabajar, a sufrir la voluntad de Dios tanto como a hacerla.

Satanás nunca está ocioso. Está lleno de odio contra Dios, y constantemente induce a los hombres a actuar en forma equivocada. Después que los ejércitos del Señor han obtenido una victoria señalada, el gran adversario está especialmente ocupado. Viene disfrazado de ángel de luz, y como tal se esfuerza por derribar la obra de Dios. Así se sugirieron pensamientos y planes a la mente de Gedeón, por los cuales Israel fue extraviado.

Las tribus del lado oriental del Jordán estaban a bastante distancia del tabernáculo de Silo, al que todos los hombres de Israel debían acudir tres veces al año para asistir a las grandes fiestas anuales. Esto, por supuesto, requería un considerable gasto de tiempo y medios. Se sugirió a Gedeón que sería una gran ventaja para estas tribus tener un lugar en casa, para el sacrificio y la adoración.

Sin esperar la sanción divina, decidió proporcionar un lugar adecuado e instituir un sistema de culto similar al que se llevaba a cabo en el tabernáculo de Silo. Había rechazado las peticiones urgentes para convertirse en rey de Israel, pero ahora decidió aprovechar el sentimiento popular a su favor para llevar a cabo el plan que había ideado. Como su parte del botín tomado de los madianitas, pidió que se le dieran todos los aretes de oro, prometiendo que les daría un uso sabio.

Como es natural, incluso en la actualidad, el pueblo de Israel estaba más dispuesto a atribuir el honor de la victoria a Gedeón que al Señor. Cumplieron prontamente con la petición, y también recogieron muchos otros materiales costosos, junto con las vestiduras ricamente adornadas de los príncipes de Madián.

El valor total del botín así aportado no era inferior a quince mil dólares. Con el material así suministrado, Gedeón construyó un efod y un pectoral de juicio a imitación de los que llevaba el sumo sacerdote.

Gedeón indujo al pueblo a considerar este efod y el pectoral como poseedores de una sacralidad especial en sí mismos. En esto se equivocó. Todo lo que podía hacerlos sagrados era el hecho de que se empleaban en el servicio solemne de Dios, como él lo había ordenado. Sólo el sumo sacerdote estaba autorizado a llevarlos cuando se presentaba ante el Señor.

Como se le había ordenado ofrecer un sacrificio sobre la roca donde se le apareció el ángel, Gedeón concluyó que había sido divinamente designado para officiar como sacerdote, y que instituyendo un servicio allí, podría ahorrar al pueblo la molestia y el gasto de sus viajes a Silo.

Al Señor no le agradó este arreglo, pues era contrario al orden que él había establecido. Gedeón se arrogó una autoridad que resultó desastrosa para sí mismo y para todo Israel. Dios quiere que su pueblo tenga en alta estima toda provisión para su salvación. Desea que aprecien su gran misericordia y condescendencia, y que manifiesten gratitud y celo proporcionados al valor del gran don del Hijo de Dios. Pero estamos dispuestos a rehuir el sacrificio y la abnegación por nuestros intereses eternos, mientras dedicamos fácilmente tiempo y fuerzas a buscar ventajas temporales. Así, nuestra conducta muestra con demasiada frecuencia que damos más valor a las cosas terrenas que al tesoro celestial.

La obra del verdadero pueblo de Dios es hacer progresar su gloria en la tierra. A través de su relación con él, se imbuirán de la sabiduría divina, que los llevará a estimar correctamente las cosas eternas. El Señor deseaba que su pueblo subiera al tabernáculo en Silo, en las estaciones indicadas, aunque ello exigiera considerables sacrificios. Ese mismo esfuerzo los llevaría a valorar más sus privilegios religiosos.

Al tratar de acercar el culto de Dios a los hogares, Gedeón no hacía más que complacer al pueblo en su indolencia. Esto no tendría ninguna influencia beneficiosa sobre ellos. Todos los planes basados en el razonamiento humano deben mirarse con ojo celoso, no sea que Satanás se insinúe en la posición que pertenece sólo a Dios. El curso seguido por Gedeón resultó una trampa, no sólo para él y su familia, sino para todo Israel. El culto irregular y no autorizado llevó finalmente al pueblo a abandonar por completo al Señor, para servir a los ídolos. El efod y el pectoral eran considerados con orgullo, debido a su costoso material y exquisita hechura; y después de un tiempo fueron vistos con reverencia supersticiosa. Los servicios en el lugar de culto se celebraban con banquetes y alegría, y al fin se convirtieron en un escenario de disipación y libertinaje. De este modo Israel fue alejado de Dios por el mismo hombre que una vez había derrocado su idolatría.

Si los hombres pudieran prever el resultado de su conducta, si pudieran darse cuenta de la influencia que ejercen sobre sus propias familias y sobre la sociedad, se moverían con mayor cautela y mantendrían una confianza más firme en Dios. La mala conducta de los padres produce con frecuencia los efectos más ruinosos sobre sus hijos y asociados, después de que los propios actores han sido depositados en la tumba. No hay mal que el hombre deba temer tanto como ser entregado a sus propias concupiscencias. Este fue el destino de

Israel. Después de la muerte de Gedeón, el pueblo, especialmente su propia casa, se sumió en la más grosera idolatría.

Así, la trampa que Gedeón había tendido sin darse cuenta, atrapó los pies incautos de miles de personas. Una trampa, ¡cuántas trampas se encuentran hoy en nuestro camino! Es necesario que la luz de lo alto se derrame constantemente sobre nuestro camino, para que podamos ver las trampas puestas para nuestros pies. ¡Oh, que los padres y las madres se dieran cuenta de los peligros que acechan su camino y el camino de sus hijos!

Los que ocupan los puestos más altos pueden descarriarse, sobre todo si creen que no hay peligro. Los más sabios se equivocan; los más fuertes se cansan. El exceso de cautela suele ir acompañado de un peligro tan grande como el exceso de confianza. Para avanzar sin tropezar, debemos tener la seguridad de que una mano todopoderosa nos sostendrá, y una piedad infinita se ejercerá hacia nosotros si caemos. Sólo Dios puede oír en todo momento nuestro grito de auxilio.

Es un pensamiento solemne que la eliminación de una salvaguardia de la conciencia, el incumplimiento de una buena resolución, la formación de un hábito erróneo, puede resultar no sólo en nuestra propia ruina, sino en la ruina de aquellos que han puesto su confianza en nosotros. Nuestra única seguridad es seguir los pasos del Maestro, confiar implícitamente en la protección de Aquel que dice: "Sígueme". Nuestra oración constante debe ser: "Sostén, Señor, mis pasos en tu senda, para que mis pasos no resbalen".

Los israelitas necesitaban los beneficios de reunirse para adorar y entrar juntos en un pacto para servir al Señor. Al separarse del lugar de culto divinamente designado, perdieron mucho. Dios tenía siervos cuyos labios desprecintó para que dijeran palabras de advertencia, aliento y reprensión, de modo que la luz recibida del Cielo por uno no brillara sólo para sí mismo, sino para iluminar el camino de los demás. Dios sabe mejor que nadie lo que su pueblo necesita. No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca".

En la actualidad, como en la antigüedad, el pueblo de Dios alega su propia facilidad o conveniencia como excusa para descuidar el servicio divino. Idearán medios para preservar el nombre cristiano sin hacer ningún sacrificio de tiempo o medios. Dios exige que su pueblo mantenga su culto. Y los que están cargados de cuidados y responsabilidades, deben ser los últimos en excusarse de los privilegios religiosos. Necesitan sabiduría de lo alto. Necesitan elevarse

constantemente para asirse del brazo divino, no sea que tropiecen y caigan. Sólo pueden caminar con seguridad si temen a Dios y obedecen su voz. Aquellos a quienes Dios ha dado un puesto en su obra, no necesitan ser dejados a su propio juicio, como lo fue Gedeón, para apartar a los hombres del camino recto. Los pies que Dios guía seguirán adelante por un camino recto, siempre ascendente y siempre luminoso, hasta alcanzar el resplandor del día eterno.

Toda mala acción es abandonar la senda por donde Jesús conduce, desviándose por los caminos torcidos de las tinieblas. Los que están decididos, en la fuerza de Jesús, a aprovechar al máximo sus oportunidades, aprovechando cada rayo de luz que el Cielo derrama en su camino, avanzarán rectamente, cumpliendo su deber para con Dios y para con sus semejantes. No caerán ni tropezarán. Un Guía divino va delante de los fieles, alentándoles con su voz, ayudándoles con su mano, y no necesitan equivocarse el camino.

4 de agosto de 1881

La justicia de Dios reivindicada

EGW

El curso de Israel, después de la muerte de Gedeón, es descrito así por el historiador sagrado: "Los hijos de Israel no se acordaron del Señor su Dios, que los había librado de las manos de todos sus enemigos de todas partes. Ni mostraron bondad a la casa de Jerobaal, es decir, a Gedeón, conforme a todo el bien que había hecho a Israel."

Cuando los hombres desechan el temor de Dios, no debe sorprendernos verlos apartarse del camino del honor y la integridad. Siguen otra guía. Se apresuran en el viaje de la vida, desatentos, presuntuosos, pero siempre temerosos e insatisfechos, porque han dejado al único que puede darles descanso y seguridad. Una vez iniciada la senda equivocada, muchos siguen adelante como encaprichados, aunque cada paso les aleja más de la Fuente de la luz y de la Torre de la fuerza.

El gran pecado de Israel había sido siempre el de apartarse de Dios, olvidando su amor incomparable y su poderoso poder, revelados una y otra vez en su liberación. La apreciación de la misericordia y la bondad del Señor conducirá a la apreciación de aquellos que, como Gedeón, han sido empleados como instrumentos para bendecir a su pueblo. La cruel conducta de Israel hacia la

casa de Gedeón era lo que cabía esperar de un pueblo que manifestaba tan vil ingratitud hacia Dios.

Pasadas las calamidades que los habían amenazado constantemente, el egoísmo de Israel se hizo ahora evidente. Los hombres, tan agradecidos después de aquella gloriosa victoria sobre Madián, olvidaron ahora su ofrecimiento de colocar a Gedeón y a sus hijos en el trono. Los había llenado de asombro y admiración el espíritu noble, desinteresado y sin ambiciones que lo impulsó a rechazar el honor, tanto para sí mismo como para sus hijos. Pero la impresión se desvaneció al ejercer otras influencias sobre ellos. La gratitud desapareció de sus corazones, y después de la muerte de Gedeón, el pueblo trató a sus hijos con la más vil negligencia y crueldad. El corazón humano es voluble. No se puede confiar en él. Todos los que confían en el favor o el apoyo de los hombres, tarde o temprano se encontrarán apoyados en una caña rota.

Sin embargo, el mismo Gedeón había sembrado las semillas de esa funesta cosecha, cuando realizó aquel acto erróneo por el cual Israel se alejó de Dios. Ahora se habían cegado por los sofismas de Satanás, y se alejaban de Aquel que era su luz, su fuerza y su gloria. El Señor retiró de ellos su Espíritu restrictivo, y los entregó a sus propias bajas pasiones.

Según la mala costumbre de aquellos días, Gedeón había tomado numerosas esposas, y a su muerte dejó no menos de setenta hijos. Además de éstos, había otro, Abimelec, "hijo de mujer extraña". Esta persona no tenía derecho a la herencia con los hijos legítimos de Gedeón, y su carácter degradado lo hacía aún más indigno de ser contado con los descendientes del ilustre líder. Los hijos de Gedeón habían coincidido en la negativa de su padre a aceptar el trono de Israel, pero Abimelec decidió asegurarse el puesto. Siendo nativo de Siquem, donde vivían los parientes de su madre, los indujo a influir en los siquemitas a su favor. Trató de promover sus propios intereses tergiversando vilmente a sus hermanos. Los acusó de planear apoderarse del gobierno y unirse en su administración, y trató de convencer al pueblo de que sería mucho mejor para ellos ser gobernados por uno de los suyos que por semejante banda de tiranos.

Si los israelitas hubieran conservado una clara percepción del bien y del mal, habrían visto la falacia del razonamiento de Abimelec y la injusticia de sus pretensiones. Habrían visto que estaba lleno de envidia y movido por una vil ambición de exaltarse a sí mismo mediante la ruina de sus hermanos. No se puede confiar en aquellos que están controlados por la política más que por los principios. Pervierten la verdad, ocultan los hechos e interpretan las palabras de

otros en el sentido que nunca tuvieron. Emplearán palabras lisonjeras, mientras el veneno de los áspides está bajo su lengua. Quien no busque seriamente la guía divina será engañado por sus palabras suaves y sus planes astutos.

Hay muchos que despreciarían el apelativo de hombres políticos, pero que se rebajarían a ocultar, evadir e incluso tergiversar, para lograr sus propósitos. Aquel que, en un asunto de bien y mal, permanece sin comprometerse para poder conservar la amistad de todos; aquel que busca asegurar mediante la evasión de la verdad lo que debería ganarse mediante el coraje; aquel que espera que otros tomen la iniciativa, cuando él mismo debería adelantarse, y luego se siente en libertad de censurar su curso, todos estos son a los ojos de Dios contados como engañadores.

Abimelec tuvo éxito en sus planes y fue aceptado, al principio por los siquemitas y después por el pueblo en general, como gobernante de Israel. Pero aunque así fue exaltado a la posición más alta en el don de la nación, era completamente indigno de la confianza. Su nacimiento era innoble, su carácter vicioso. Nunca había apreciado las cualidades más elevadas y nobles: la virtud, la integridad y la verdad. Poseía una fuerte voluntad y una perseverancia indomable, y así, con las medidas más inescrupulosas, logró sus propósitos.

Los israelitas, cegados por su propio curso pecaminoso de apostasía, estaban actuando directamente en contra de los mandatos expresos de Dios, y él los dejó cosechar los resultados de su propia locura. No era la voluntad de Dios que Israel tuviera un rey. Pero en caso de que desearan ser gobernados así, el Señor, comprendiendo el orgullo y la perversidad del corazón humano, se había reservado el derecho de nombrar un rey sobre ellos. Dios había sacado a Israel de Egipto para que fuera un pueblo peculiar, especialmente consagrado a sí mismo, y distinto de cualquier otro pueblo. La gran ambición de Israel de imitar a las naciones idólatras de su entorno era el resultado de su separación de Dios.

El orgullo y la ambición similar a la que maldijo al antiguo Israel, existe en la iglesia de Dios hoy en día. No están dispuestos a ser un pueblo peculiar, distinto y separado del mundo. Para alcanzar la norma bíblica se requiere abnegación, una crucifixión de los afectos y las concupiscencias. El corazón no santificado busca cosas prohibidas, pero estos mismos objetos de deseo resultarán ahora, como antiguamente, una fuente de debilidad y corrupción. Cristo "se dio a sí mismo por nosotros para limpiarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras". Los que buscan el honor que proviene de los hombres están siempre dispuestos a adoptar las costumbres y prácticas

del mundo. Ganan su posición mediante el ejercicio de rasgos de carácter que deberían permanecer latentes. Si tan sólo se exaltara a aquellos que han ganado su posición mediante la fidelidad a Dios y al hombre, se elevaría el nivel de moralidad y religión entre el pueblo. El pecado del que somos culpables al actuar en contra de la voluntad expresa de Dios es tanto mayor que el del antiguo Israel, como nuestra luz y privilegios han sido mayores que los suyos.

Los siquemitas sellaron el pacto con su nuevo rey regalándole una suma de dinero del tesoro que habían dedicado a su dios, Baal-berit. Al aceptar el regalo, Abimelec se comprometió, al comienzo de su reinado, a usar su influencia y autoridad para promover la adoración de este dios. Así se comprometió públicamente a contrarrestar, en la medida de lo posible, la obra que su padre Gedeón había realizado para derrocar la idolatría. Tal ha sido siempre la historia del mundo desde la caída del hombre. Dios se servirá de los que se entreguen enteramente a su servicio. Y Satanás no sólo reúne su hueste de ángeles malignos y los dispone contra Dios, sino que emplea hombres para ejecutar sus planes y desafiar al Rey del Cielo.

Abimelec procedió ahora a ejecutar su poder como convenía a su carácter cruel. Con el dinero que había recibido, contrató a un grupo de hombres sin principios que estaban dispuestos a cualquier crimen. Al frente de esta compañía marchó a Ofra, donde aún vivía la familia de Gedeón, y los asesinó vilmente a todos, excepto a un hermano, Jotam, que escapó. Abimelec bien sabía que estos hombres estaban mucho mejor calificados que él para estar a la cabeza del reino; y sintió que mientras ellos vivieran, su trono no estaría seguro. De ahí que concibiera y ejecutara este crimen diabólico, para poder disfrutar sin ser molestado del codiciado honor de ser el primero que había llevado el nombre de rey entre los descendientes de Jacob. Al regresar triunfante a Siquem, Abimelec fue inmediatamente ungido rey.

Cuando Jotam fue informado de esto, se dirigió inmediatamente a Siquem. Ardiendo en deseos de comprender la horrible injusticia y crueldad cometidas contra su familia, decidió a toda costa presentarla ante el pueblo en su verdadera luz. Mientras la multitud estaba ocupada en los festejos en honor de su rey, celebrando la ocasión con hilarante júbilo y gratificación sensual, Jotam ascendió al monte Gerizim a una posición donde podía ser visto y oído por todo el pueblo, y se dirigió a ellos con palabras de aguda reprensión.

En una parábola muy apropiada y hermosa, les presentó la insensatez y la injusticia de su conducta. Representó a los árboles como si quisieran hacer rey

sobre ellos a uno de ellos. Pero el olivo se negó a dejar su aceite, la higuera su fruto y la vid su vino. La despreciable zarza, sin embargo, se apropió de inmediato del honor y enunció las condiciones de su aceptación: "Si en verdad me unguís rey sobre vosotros, venid y poned vuestra confianza a mi sombra; y si no, que salga fuego de la zarza y devore los cedros del Líbano".

La conducta desinteresada y poco ambiciosa de Gedeón y sus hijos quedó entonces retratada con fuerza, así como la ingratitud de los siquemitas. Jotam concluyó con palabras que resultaron ser una profecía: "Si hoy habéis tratado con verdad y sinceridad a Jerobaal y a su casa, regocijaos en Abimelec, y que él también se regocije en vosotros. Pero si no, que salga fuego de Abimelec y devore a los hombres de Siquem y a la casa de Milo; y que salga fuego de los hombres de Siquem y de la casa de Milo y devore a Abimelec."

Después de pronunciar este discurso, Jotam, huyó y se estableció en una parte del país más allá del poder de Abimelec.

La transacción de hacer rey a Abimelec muestra cuán bajo había caído Israel. Qué contraste entre su líder humilde y temeroso de Dios, Moisés, que se había sentido totalmente indigno de ocupar su posición, y este rey advenedizo, que se había asegurado el trono mediante la traición, y se había establecido mediante la violencia y el derramamiento de sangre. Debería infundir terror en nuestras almas cuando reflexionamos hasta qué extremos pueden llegar los hombres en el crimen, cuando han rechazado la influencia del Espíritu de Dios. Un déspota, un asesino, fue puesto como comandante en jefe de Israel. Satanás estaba ahora exultante. Se había apoderado de la mente de Abimelec, y por medio de él esperaba gobernar al pueblo.

Verdaderamente, qué contraste tan asombroso entre el líder abnegado y devoto que Dios designó, y el monstruo de ingratitud y crueldad que Israel había colocado ahora en el trono. Junto al olivo, la higuera y la vid, en la parábola de Jotam, estaban representados personajes nobles y rectos como Moisés y Josué, que habían sido una ilustración viva de lo que debía ser un líder de Israel. Tales hombres no reclamaban honores reales. Su trabajo consistía en bendecir a sus semejantes, y no aspiraban al rango ni al poder.

La zarza sin valor, aferrándose al honor y destruyendo lo que era mejor que ella misma, era un símbolo apropiado del vil y cruel Abimelec. Millo era el nombre de la casa del senado, o ayuntamiento, y por la casa de Millo se entendía a los principales hombres de Siquem, que se habían unido para hacer rey a Abimelec,

pero que, según la profecía de Jotam, habían de destruir a Abimelec y ser destruidos por él.

Durante tres años continuó el reinado de este hombre malvado, y entonces el Señor envió problemas entre los que se habían unido en un curso malvado. Los mismos hombres que habían hecho rey a Abimelec se disgustaron con su gobierno desmoralizador y su despiadada tiranía. Por traición había ganado el trono, y ahora por traición decidieron destituirlo. Las palabras de Jotam se cumplieron. La discordia, la lucha y el odio prevalecieron entre Abimelec y sus súbditos. La crueldad del rey no había terminado con los hijos de Gedeón. Todos los que se oponían a su voluntad eran sumariamente ejecutados. Pero se acercaba la hora del castigo, tanto para Abimelec como para los siquemitas que lo habían sostenido.

Habiéndose rebelado la ciudad de Siquem, fue atacada por las fuerzas del rey, sus habitantes fueron asesinados, la ciudad misma fue reducida a cenizas y el suelo sembrado de sal, como señal de desolación perpetua.

Una ciudad vecina se unió a Siquem en la insurrección, y Abimelec procedió a continuación a atacar también este lugar. Habiendo ganado posesión, determinó quemar a los habitantes con la torre, como había hecho en Siquem. Pero el malvado rey había sobrepasado los límites de la tolerancia divina. Se le había permitido ejecutar la venganza de Dios sobre Israel, y su carrera de crímenes iba a terminar ahora.

Cuando estaban a punto de quemar la torre, el rey se acercó demasiado para su propia seguridad. Un trozo de piedra de molino arrojado por la mano de una mujer le hirió mortalmente. Para evitar la deshonra de morir a manos de una mujer, fue inmediatamente asesinado, a petición suya, por su escudero. Así terminó la carrera de Abimelec. Un vil asesino ya no vivía para ejecutar su tiranía.

Así castigó la justicia de Dios tanto a Abimelec como a los de Siquem. Esta terrible historia debe enseñarnos la lección de que el pecado nunca quedará sin castigo, y debe grabar en nuestras mentes el peligro de entrar en el camino de la desobediencia.

Toda verdadera grandeza de carácter, toda paz y alegría del alma, deben provenir de la entera conformidad con la voluntad de Dios. El camino de la obediencia alegre es el camino de la seguridad y de la felicidad. Mensajes de misericordia son enviados desde el Cielo, para enseñarnos el camino correcto.

La fuerza para el conflicto de la vida nos espera siempre. Con la ayuda de Dios podemos obtener la victoria.

11 de agosto de 1881

Un pueblo en retroceso

EGW

Después de la muerte de Abimelec, el usurpador, el Señor levantó a Tola para juzgar a Israel. Su reinado pacífico presentó un feliz contraste con las escenas tormentosas por las que había pasado la nación. No fue obra suya conducir ejércitos a la batalla y lograr victorias sobre los enemigos de Israel, como habían hecho los gobernantes anteriores; pero su influencia produjo una unión más estrecha entre el pueblo y estableció el gobierno sobre bases más firmes. Restableció el orden, el derecho y la justicia.

A diferencia del orgulloso y envidioso Abimelec, el gran deseo de Tola no era asegurarse una posición o un honor para sí mismo, sino mejorar la condición de su pueblo. Hombre de profunda humildad, se sentía incapaz de llevar a cabo una gran obra, pero estaba decidido a cumplir con fidelidad su deber para con Dios y el pueblo. Valoraba mucho el privilegio del culto divino, y eligió vivir cerca del tabernáculo, para poder asistir más a menudo a los servicios que allí se celebraban.

La devoción y la humildad han caracterizado siempre a los hombres a quienes Dios ha confiado responsabilidades importantes en su obra. La llamada divina a Moisés en el desierto lo encontró desconfiado de sí mismo. Se dio cuenta de que no era apto para la posición a la que Dios le había llamado; pero habiendo aceptado la confianza, se convirtió en un instrumento pulido en la mano de Dios para llevar a cabo la obra más grande jamás encomendada a los mortales.

Si Moisés hubiera confiado en su propia fuerza y sabiduría, y hubiera aceptado ansiosamente el gran encargo, habría demostrado su total incapacidad para semejante obra. El hecho de que un hombre sienta su propia debilidad, es al menos una prueba de que se da cuenta de la magnitud de la obra que se le ha encomendado, y esto da lugar a la esperanza de que hará de Dios su consejero y su fuerza. Una persona así no irá más lejos ni más rápido de lo que sabe que Dios le está guiando.

Un hombre ganará poder y eficiencia a medida que acepte las responsabilidades que Dios pone sobre él, y con toda su alma busque capacitarse para llevarlas correctamente. Por humilde que sea su posición o limitada su capacidad, alcanzará verdadera grandeza aquel individuo que responda alegremente a la llamada del deber y, confiando en la fuerza divina, procure realizar su trabajo con fidelidad. Sentirá que tiene el sagrado encargo de luchar contra el mal, de fortalecer el bien, de elevar, consolar y bendecir a sus semejantes. La indolencia, el egoísmo y el amor a la aprobación mundana deben ceder ante este elevado y santo llamamiento.

Comprometido en tal obra, el hombre débil se hará fuerte; el tímido, valiente; el irresoluto, firme y decidido. Cada uno ve la importancia de su posición y de su camino, ya que el Cielo lo ha elegido para realizar una obra especial para el Rey de reyes. Tales hombres dejarán el mundo mejor por haber vivido en él. Su influencia se ejerce para elevar, purificar y ennoblecer a todos aquellos con quienes entran en contacto, y así ayudan a preparar a sus semejantes para las cortes celestiales.

Tola gobernó Israel veintitrés años, y fue sucedido por Jair. Este gobernante también temía al Señor y se esforzaba por mantener su culto entre el pueblo. En la dirección de los asuntos del gobierno le ayudaban sus hijos, que actuaban como magistrados e iban de un lugar a otro para administrar justicia.

Hasta cierto punto, durante la última parte del reinado de Jair, y más generalmente después de su muerte, los israelitas volvieron a recaer en la idolatría. El registro sagrado declara: "Y los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos del Señor, y sirvieron a Baalim, y a Astarot, y a los dioses de Siria, y a los dioses de Sidón, y a los dioses de Moab, y a los dioses de los hijos de Amón, y a los dioses de los filisteos, y abandonaron al Señor, y no le sirvieron".

Los juicios divinos siguieron de cerca las transgresiones de Israel. Los amonitas les hicieron la guerra en el este, y los filisteos en el oeste. Otras naciones también se unieron a éstas en la opresión de Israel, hasta que de nuevo parecía estar encerrado por enemigos implacables. En los días de prosperidad, el pueblo de Dios lo había abandonado, y ahora parecía que él los había abandonado a ellos, y no sabían en qué dirección acudir en busca de ayuda. Así se cumplió de nuevo la palabra del Señor, por boca de Josué, de que las naciones paganas, si no eran destruidas prontamente, serían para Israel como trampas para sus pies y como espinas en sus ojos.

Cuando se castigan los pecados de una nación, los inocentes suelen sufrir con los culpables. Entre el apóstata Israel, el Señor todavía tenía siervos fieles. Estos se esforzaron por mostrar a Israel sus transgresiones, y que todos sus problemas no eran sino el resultado de su apostasía. Pero las palabras de advertencia parecieron desoídas durante algún tiempo.

Repetimos lo que tantas veces se ha dicho antes, que entre el pueblo de Dios hay hoy peligros semejantes a los que estuvieron a punto de destruir a Israel. El mandamiento: "No tendrás dioses ajenos delante de mí", fue pronunciado desde el Sinaí para toda alma que viviera sobre la tierra. No podemos librarnos de las exigencias de la ley de Dios, como tampoco podemos escondernos de su ojo que todo lo ve. Sus preceptos alcanzan a todos los casos, y sus exigencias se aplican a todos los hijos de los hombres hasta el fin de los tiempos.

La idolatría ha separado al pueblo de Dios de él; él no ocupa el primer lugar en sus pensamientos y afectos. Los cristianos profesos no se dan cuenta de su responsabilidad ante Dios. Olvidan que él está siempre presente para afirmar su autoridad suprema y tomar conocimiento de todas sus obras, sean buenas o malas.

Satanás presentó una vez a Cristo todas las atracciones del mundo, para apartarlo del camino del deber. Habiendo fracasado en esto, el archiengañador intenta el mismo ardid con los seguidores de Jesús, y obtiene mucho mejor éxito. Así Satanás recibe la devoción que Dios reclama. Cuántos emplean todos los dones del Creador meramente para glorificarse a sí mismos. Cuántos ponen sus afectos en sus posesiones mundanas, o buscan por encima de todo el aplauso de los hombres. Cuántos escogen la atmósfera de la vanidad y la mundanalidad, en vez de la de la sobriedad, la pureza y la piedad. Están tan lejos de Dios que no pueden discernir el verdadero valor de las cosas eternas. Y hay algunos que se glorían en su incredulidad, haciendo de ésta una excusa para sus defectos de carácter. La incredulidad es el ídolo que adoran. Andan a tientas voluntariamente en la oscuridad, difundiendo constantemente bruma y niebla para ensombrecer su propio camino y el camino de los demás. Pero todavía la voz del Sinaí resuena en nuestros oídos, dirigiéndose a esta clase no menos que a todas las demás: "No tendrás dioses ajenos delante de mí".

Muchos que profesan ser discípulos de Jesús parecen indiferentes y descuidados en su vida religiosa, como si no tuvieran la responsabilidad de negarse a sí mismos y llevar la cruz. No se dan cuenta de su deber, mediante el ejemplo personal y el esfuerzo sincero, de ayudar a los demás a seguir el mismo camino.

Dios sería para nosotros la ayuda que necesitamos, si lo hiciéramos el primero, el último y el mejor, en todos los propósitos y acontecimientos de la vida. Todo plan concebido debe llevar el alto sello del Cielo, más que el sello del elogio mundano.

La razón por la que tantos caminan en las tinieblas es que siguen un camino que les aleja directamente de Dios. Cristo vino a dar al mundo un ejemplo de vida pura y perfecta. Se sacrificó por la alegría de salvar a los perdidos. Quien sigue a Cristo obrará las obras de Cristo. El orgullo y el egoísmo no serán acariciados, toda indulgencia pecaminosa será eliminada, el templo del alma será limpiado de todo santuario idólatrico. Hasta que esto no suceda, no podremos afirmar que estamos libres del gran pecado de idolatría de Israel.

18 de agosto de 1881

Juicio y misericordia

EGW

Expuestos al poder de sus enemigos, los hijos de Israel se dieron cuenta por fin de los peligros de su situación y de la inutilidad de todos sus esfuerzos contra el opresor. Entonces comenzaron a buscar ayuda en Aquel a quien tanto habían abandonado e insultado. Vieron en cierta medida hasta qué punto se habían separado del único que podía ayudarlos. "Y los hijos de Israel clamaron al Señor, diciendo: Hemos pecado contra ti, porque hemos abandonado a nuestro Dios, y también hemos servido a los baales".

Pero la sabiduría infinita vio que se afligían por las consecuencias de su pecado, por el sufrimiento que les había acarreado, más que por haber ofendido a Dios. El Señor les respondió por medio de uno de sus fieles profetas:

"¿No os libré yo de los egipcios, de los amorreos, de los hijos de Amón y de los filisteos? Pero vosotros me habéis abandonado y habéis servido a otros dioses; por eso no os libraré más."

Así les presentó el Señor su bondad, su largo sufrimiento, su compasión por su angustia y las maravillosas liberaciones que había obrado por ellos una y otra vez. A pesar de todo su amor y cuidado, lo habían abandonado una vez más, y habían pecado más gravemente que nunca, eligiendo el servicio de los ídolos, en lugar de la adoración del Dios vivo. Ahora, en su angustia, les ordenó: "Id y

clamad a los dioses que habéis elegido. Que os libren en el tiempo de vuestra tribulación".

Pero había esperanza para Israel en cuanto comenzara a arrepentirse sinceramente y a clamar humildemente a Dios. Habían sido llevados a ver cuál sería su condición, si el Señor los dejaba para ser librados por los dioses en quienes confiaban. Serían sometidos por las mismas naciones que una vez habían conquistado con la fuerza de Dios. Si Israel hubiera conservado su relación con Dios, habría obtenido honor, dignidad y poder de esta relación.

Aliado al Rey de reyes, al Señor de la vida y de la gloria, el más vil pecador puede llegar a ser partícipe de la naturaleza divina y heredero de las riquezas eternas. "A los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". ¡Oh, qué condescendencia, qué amor asombroso, hacer del hombre caído un miembro de la familia real, un hijo del Rey Celestial! ¿Cómo puede el Redentor del mundo mirar a aquellos que se niegan obstinadamente a recibir los dones del amor de un Salvador, o que, habiéndolo aceptado profesamente, desechan como bagatelas sin valor el honor y la dignidad que se les ofrece como sus seguidores?

Multitudes se apartan con desprecio de las súplicas de la gracia divina y del amor infinito, para satisfacer su deseo de placeres prohibidos que resultan como las manzanas de Sodoma, hermosas por fuera, pero cenizas por dentro. Israel no amaba el carácter santo de Dios, y rechazó y despreció su amistad. Despreciando al Creador, adoraban a la criatura; y cuando, en su angustia, buscaron al largamente insultado Jehová, él les señaló a los dioses de su elección, y les ordenó que clamaran a estas deidades en busca de ayuda.

Los israelitas sabían muy bien que sus ídolos eran impotentes para salvar o destruir. Sabían que el culto pagano era contrario a la razón y al sano juicio. Pero se habían apartado gradualmente de Dios, y se habían entregado al pecado hasta que sus percepciones morales se embotaron, y fueron extraviados por Satanás.

Mientras reflexionamos sobre las solemnes palabras de advertencia dirigidas a Israel, imaginariamente somos llevados ante el gran trono blanco, donde en presencia del universo reunido, cada hombre será juzgado según las obras hechas en el cuerpo. Entonces se verá el verdadero valor de la vida y el carácter cristianos. Allí deberán rendir cuentas quienes hayan dedicado los talentos de tiempo, medios o intelecto que Dios les dio, a servir a los dioses de este mundo. El ojo escudriñador de Jehová se posará sobre todos; y aquella voz que en medio

de los truenos del Sinaí habló al hombre: "No tendrás dioses ajenos delante de mí", aquella voz responderá al clamor implorante de perdón del pecador: "Id y clamad a los dioses que habéis elegido. Que os libren en el tiempo de vuestra tribulación".

Nadie, pues, para compadecerse de la locura de los que han despreciado y abandonado a Dios. Nadie para aliviar su angustia. Han abandonado a su verdadero y amoroso Amigo, para seguir el camino de la conveniencia y el placer mundano. Tenían la intención de volver a Dios en algún momento. Pero el mundo, con sus locuras y engaños, absorbe su atención. Las diversiones frívolas, el orgullo del vestir, la indulgencia del apetito, endurecen el corazón y entumescen la conciencia, de modo que no se oye la voz de la verdad. El deber es una palabra despreciada. Las cosas de infinito valor se estiman con ligereza, hasta que el corazón pierde todo deseo de sacrificarse por Aquel que ha dado tanto por el hombre. Pero en el tiempo de la siega deben recoger la cosecha sembrada.

"Porque os llamé, y no quisisteis; extendí mi mano, y nadie me miró; desechasteis todo mi consejo, y no quisisteis mi reprensión; yo también me reiré de vuestra calamidad; me burlaré cuando venga vuestro temor; cuando venga vuestro temor como desolación, y vuestra destrucción como torbellino; cuando os sobrevenga angustia y aflicción: entonces me invocarán, pero no responderé; me buscarán de madrugada, pero no me encontrarán; porque aborrecieron la ciencia, y no escogieron el temor del Señor; no quisieron mi consejo; despreciaron toda mi reprensión. Por eso comerán del fruto de su propio camino, y se saciarán de sus propias maquinaciones. Pero el que me escuche habitará seguro y estará tranquilo sin temor al mal."

Dios nos habla hoy, en las advertencias, consejos y reprensiones dadas al antiguo Israel. Si nos apartamos de él, nuestra condenación será mayor que la de ellos; porque tenemos su experiencia como advertencia, y toda la instrucción que Dios ha dado desde su tiempo. Muchos y variados son los ídolos que abrigamos; ídolos que absorben la mente y endurecen el corazón, de modo que las cosas sagradas no se valoran debidamente. Oh, que las lecciones dadas al antiguo Israel pudieran impresionar de tal manera nuestros corazones y afectar nuestras vidas que nos apartáramos completamente de los ídolos, para servir al Dios vivo.

No debemos jugar con nuestros privilegios y oportunidades actuales, y esperar que cuando los perdamos nos sean devueltos cuando lo deseemos. Es imposible

abusar de las facultades con que nuestro Creador nos ha dotado, y sin embargo encontrarlas claras y vigorosas, para llamar en nuestra ayuda siempre que deseemos dedicarlas a un fin más noble y mejor. Las cadenas de la costumbre, como las cuerdas de acero, no se rompen fácilmente. Entonces, ¡cuánto cuidado debemos tener de conservar sólo aquellos rasgos que queremos que formen la textura del carácter!

Los hijos de Israel habían perdido todo derecho a esperar ayuda de Dios, y habían empezado a sentirlo. No sabían a quién acudir en busca de ayuda humana, y Dios aparentemente los había abandonado. Sus palabras estremecieron sus almas culpables con la angustia del remordimiento. Sabían que merecían sufrir el juicio divino, y estaban dispuestos a someterse a él, si podían esperar una vez más ser perdonados y restaurados en el favor de Dios.

"Y los hijos de Israel dijeron a Jehová: Hemos pecado; haz tú con nosotros lo que bien te pareciere; sólo líbranos, te rogamos, en este día. Y quitaron de entre sí los dioses ajenos, y sirvieron al Señor; y su alma se entristeció por la miseria de Israel."

¡Oh, la misericordia sufrida y la condescendencia de nuestro Dios! El Señor había estado probando a su pueblo. Cuando se humillaron ante él, y se arrepintieron con sinceridad de alma, escuchó sus oraciones, y de inmediato comenzó a liberar a Israel.

15 de septiembre de 1881

Una lección para las madres

EGW

Mientras Israel era duramente hostigado por los hijos de Ammón al este y por los filisteos al oeste, el Señor escuchó las oraciones de su pueblo y comenzó a obrar para su liberación. Después de dieciocho años de opresión, hicieron la guerra contra los amonitas y destruyeron eficazmente su poder. Pero un pueblo rebelde e idólatra pronto olvidó la lección que la sabiduría divina tantas veces había tratado de enseñarle. Como continuaron alejándose de Dios, éste permitió que siguieran siendo oprimidos por sus poderosos enemigos, los filisteos.

Durante un período de cuarenta años los hijos de Israel fueron constantemente hostigados, y a veces completamente subyugados, por esta nación cruel y belicosa. Se habían mezclado con estos idólatras, se habían unido a ellos en el

comercio, en el placer e incluso en el culto, hasta que parecieron identificarse con ellos en espíritu e interés. Entonces estos supuestos amigos de Israel se convirtieron en sus más acérrimos enemigos, y buscaron por todos los medios lograr su destrucción.

Todavía existe, como en el antiguo Israel, una tendencia constante entre el profeso pueblo de Dios a apartarse de las instrucciones del Señor y a imitar las costumbres y prácticas de los mundanos. La gente del mundo se ha entregado al servicio de Satanás; y sus corazones se oponen a la religión de Jesucristo. Pueden profesar que lo reconocen como su Redentor, pero tienen la misma hostilidad que los paganos de antaño hacia esa religión que exige abnegación y sacrificio. El espíritu del mundo de hoy es el mismo que provocó el rechazo y la crucifixión del Príncipe de la Vida; el mismo que ha condenado a sus seguidores a la cárcel, al exilio y a la muerte. El cristianismo que cede a la influencia del mundo y se conforma a sus principios y costumbres, es visto con buenos ojos por los hombres que son enemigos de Dios. Pero cuando se presenta la necesidad de la santidad de corazón y de vida, entonces el mundo siente que sus derechos están en peligro. Cuando la iglesia reprende las locuras de moda, las diversiones desmoralizadoras, la extravagancia y la autoindulgencia; cuando el cristianismo es espiritual, positivo, serio y agresivo, entonces se excita la oposición del mundo.

Nuestro Salvador enseñó claramente que no podía haber armonía entre sus seguidores y el mundo. "No os maravilléis de que el mundo os odie. Sabéis que me aborreció a mí antes que a vosotros". El mundo amará a los suyos. Aquellos que valoran las cosas que él valora, disfrutarán de su amistad. Es el espíritu del mundo lo que nos separa de Dios. Es el amor a las cosas que él ha condenado lo que trae su desagrado sobre nosotros. Como en los tiempos antiguos, el Señor sigue enviando sus mensajeros con palabras de advertencia y reprensión. Es nuestro deber escuchar, comprender y obedecer. Hay males en el pueblo de Dios que exigen reforma. La luz de la época presente, la experiencia de la iglesia en épocas pasadas, las enseñanzas de la palabra sagrada para este tiempo, todo nos ordena seguir adelante.

Todavía había en Israel personas de corazón sincero cuyas almas estaban llenas de angustia por la condición de su pueblo. Sus oraciones de confesión, penitencia y fe se elevaban sin cesar ante Dios. Él no era indiferente a sus clamores, pero mientras aparentemente no había respuesta, su providencia estaba preparando para ellos una ayuda adecuada a su condición. No había en todo Israel un hombre a través del cual el Señor pudiera obrar por la liberación

de su pueblo. La educación errónea que se daba a los niños, la indulgencia del apetito y la conformidad con las prácticas del paganismo, habían disminuido grandemente tanto el poder físico como el moral.

Padres y madres piadosos contemplaban el futuro con sombríos presentimientos. Muchas madres habían abrigado en secreto la esperanza de dar a Dios y a Israel un hijo que librara a su pueblo del poder del opresor. Pero cuando los padres veían que sus hijos crecían con apetitos pervertidos y pasiones incontroladas, surgía la pregunta: ¿Cuál será el fin? ¿Qué papel desempeñarán estos jóvenes y niños en el gran drama de la vida? En el corazón de muchas madres, la esperanza luchaba contra el miedo; pero en otros corazones sólo reinaban el desaliento y la desesperación. ¿Qué podía hacer la madre para evitar los males amenazados? ¿Cómo formar a sus hijos para Dios? ¿Cómo desterrar el terror sin nombre que oprimía su alma? "¡Perdónanos, Dios, perdónanos!" era la oración repetida a menudo. "No permitas que tu pueblo perezca; no permitas que veamos a nuestros hijos presa del enemigo".

En aquel tiempo, el Señor se apareció a la mujer de Manoa, israelita de la tribu de Dan, y le informó que iba a tener un hijo; y en vista de ello, le dio instrucciones especiales acerca de sus propias costumbres, y también para el trato de su hijo. "Ahora, pues, cuídate, te ruego, y no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda". También le ordenó que no pasara navaja alguna por la cabeza del niño, porque iba a ser consagrado a Dios como nazareo desde su nacimiento, y a través de él el Señor comenzaría a liberar a Israel de los filisteos.

La mujer buscó a su marido y, después de describirle al visitante celestial, le repitió el mensaje del ángel. Entonces, temeroso de que cometieran algún error en la importante obra que se les había encomendado, el marido rogó con insistencia: "Que el varón de Dios que enviaste vuelva a nosotros y nos enseñe lo que hemos de hacer con el niño que ha de nacer."

En respuesta a esta petición, el ángel apareció de nuevo, y la ansiosa pregunta de Manoa fue: "¿Cómo ordenaremos al niño y qué haremos con él?". Se repitió la instrucción anterior: "Guárdese de todo lo que dije a la mujer. Que no coma nada que proceda de la vid, ni beba vino ni sidra, ni coma cosa inmunda. Que observe todo lo que le mando".

Manoa y su mujer no sabían que el que así se dirigía a ellos era Jesucristo. Lo consideraban un mensajero del Señor, pero no sabían si era un profeta o un ángel. Deseando manifestar hospitalidad hacia su huésped, le rogaron que se

quedara mientras le preparaban un cabrito. Pero en su ignorancia de su carácter, no sabían si ofrecérselo como holocausto o ponérselo delante como alimento.

El ángel respondió: "Aunque me detengas, no comeré de tu pan; y si quieres ofrecer un holocausto, debes ofrecerlo al Señor." Sintiéndose seguro, ahora, de que su visitante era un profeta, Manoa dijo: "¿Cuál es tu nombre, para que cuando se cumplan tus dichos te honremos?".

La respuesta fue: "¿Por qué preguntas por mi nombre, siendo secreto?". Percibiendo el carácter divino de su huésped, Manoa "tomó un cabrito, con una ofrenda de carne, y lo ofreció sobre una roca al Señor; y el ángel hizo maravillas; y Manoa y su esposa miraban". Salió fuego de la roca y consumió el sacrificio, y mientras la llama subía hacia el cielo, "el ángel del Señor ascendió en la llama del altar. Y Manoa y su mujer lo miraron, y cayeron rostro en tierra". No podía haber más dudas sobre el carácter de su visitante. Sabían que habían contemplado al Santo, que, velando su gloria en la columna de nube, había sido el guía y ayudante de Israel en el desierto.

Asombro, sobrecogimiento y terror llenaron el corazón de Manoa, y sólo pudo exclamar: "¡Seguramente moriremos, porque hemos visto a Dios!" Pero su compañera en aquella hora solemne poseía más fe que él. Ella le recordó que el Señor se había complacido en aceptar su sacrificio, y les había prometido un hijo que comenzaría a liberar a Israel. Esto era una prueba de favor en vez de ira. Si el Señor se hubiera propuesto destruirlos, no habría obrado este milagro, ni les habría dado una promesa que, si perecieran, no se cumpliría.

Las palabras pronunciadas por el ángel transmiten una verdad importante. Nuestro Creador mismo declara que los hábitos de la madre antes del nacimiento de su hijo afectarán su carácter y destino. Al hablar a esta madre, el Señor habló a todas las madres ansiosas y afligidas de aquel tiempo, y a todas las madres de las generaciones venideras. Sí, toda madre puede comprender ahora su deber. Ella puede saber que el carácter de sus hijos dependerá mucho más de sus propios hábitos antes de su nacimiento, y de sus esfuerzos personales después de su nacimiento, que de las ventajas o desventajas externas.

Si la madre quiere ser una buena maestra para sus hijos, debe formarles hábitos de abnegación y autocontrol antes de que nazcan. Ella les imparte sus propias cualidades de sangre, sus propios rasgos fuertes o débiles de carácter. Si sus caminos están establecidos en Dios, si hace caso de las amonestaciones que él le da, hará su parte para dar a su descendencia un carácter recto, un temperamento recto y apetitos rectos.

Dijo el ángel: "Que se cuide"; es decir, que esté preparada para resistir la tentación y se mantenga firme en su puesto. Que el principio controle sus apetitos y sus pasiones. De toda madre puede decirse: "Que tenga cuidado". Hay algo que debe evitar, una necesidad de guardarse a sí misma si quiere buscar la eminencia del don de Dios en su hijo. Si es inestable, de doble ánimo, sin principios, en la mayoría de los casos causará la ruina futura de su hijo. Sus principios fijos de acción, su propósito inflexible de adherirse a las reglas correctas, como dicta la sabiduría de Dios, darán estos mismos rasgos de carácter a su hijo. El Señor ha hablado, y sus palabras no deben ser desatendidas.

El mandamiento divino fue muy explícito, prohibiendo el uso del fruto de la vid. Cada gota de estimulante tomada por la madre como gratificación del apetito, pone en peligro la salud física, mental y moral de su descendencia, y es un pecado directo contra su Creador. La miseria y la maldad acumuladas en nuestro mundo existen como consecuencia de desobedecer los mandamientos expresos de Dios. Las restricciones son dadas por Aquel que hizo al hombre, que instituyó las leyes que controlan su ser físico, y que sabe lo que es para su bien. ¿Se atreve alguien a considerar la lección con indiferencia?

22 de septiembre de 1881

La templanza en la familia

EGW

Nuestra responsabilidad va más allá de nuestro propio bienestar. Nuestra influencia afecta constantemente a los demás, ya sea para bien o para mal. En un grado preeminente esto es verdad de todos los padres. Los padres y madres que gratifican la inclinación y el apetito pervertido, a expensas de la salud, no sólo están trabajando en contra de su propia vida física y adelanto moral, sino que dejan su apetito pervertido y su poder moral debilitado, a sus hijos.

Los bebedores de licor y los devotos del tabaco transmiten a sus hijos su ansia insaciable, sus nervios irritables y su sangre inflamada y corrompida. Los licenciosos dejan en herencia a sus hijos su propia debilidad y maldad, con una multitud de enfermedades viles y repugnantes. Los vicios de moda debilitan y envilecen la raza. En fuerza física y en poder moral e intelectual, cada generación cae más bajo que la precedente. Como consecuencia de los hábitos pecaminosos de los hombres, el mundo se ha convertido en un inmenso lazareto. Satanás se regocija del éxito de sus artimañas. La sociedad se desmoraliza, la iglesia es maldecida y Dios es deshonrado.

La violación de la ley de Dios está en la base de toda la miseria de que es heredera la carne. Es la intemperancia, la transgresión de las leyes de la vida y de la salud, lo que ha acortado los años de los hombres, y ha hecho que estos pocos años estén llenos de penas y dolores. Los padres no sólo son responsables en la mayoría de los casos de las pasiones violentas y de los apetitos pervertidos de sus hijos, sino también de las enfermedades de los millares que nacen sordos, ciegos e idiotas. Pecados de omisión y de comisión han traído el resultado seguro.

El efecto de los estimulantes y narcóticos es disminuir la fuerza física; y todo lo que afecta al cuerpo, afectará a la mente. Un estimulante puede durante un tiempo despertar las energías y producir actividad mental y física; pero cuando la influencia estimulante desaparece, tanto la mente como el cuerpo estarán en peores condiciones que antes. Los licores embriagantes y el tabaco han demostrado ser una terrible maldición para nuestra raza, no sólo debilitando el cuerpo y confundiendo la mente, sino degradando la moral. A medida que se deja de lado el control de la razón, las pasiones animales se imponen. Cuanto más libremente se usen estos venenos, más bruta será la naturaleza y la disposición de los hombres.

Los padres que satisfacen el apetito comiendo en exceso, incluso de alimentos sanos, imponen un impuesto innecesario al sistema, y sus hijos estarán dispuestos a la autoindulgencia y la glotonería. Tales padres transmiten sus propios apetitos pervertidos a sus hijos, que tienen mucho menos poder moral para resistir la tentación que el que tenían los padres. Entonces, en lugar de tratar de curar el mal que han provocado, estos padres y madres, con su propio ejemplo, educan a sus hijos a satisfacer el apetito sin tener en cuenta la razón, y a dar rienda suelta a las propensiones animales. Muchos niños mueren antes de alcanzar la madurez, mientras que muchos se arruinan para el tiempo y para la eternidad, por los temperamentos y apetitos transmitidos como consecuencia de las indulgencias pecaminosas de los padres.

Las mujeres imprudentes, autoindulgentes y de principios débiles instarán a la madre a satisfacer todos los deseos e impulsos como algo esencial para el bienestar de su descendencia. Pero el error de tal enseñanza se ve claramente a la luz de los hechos presentados en la historia bíblica. La madre, por mandato de Dios mismo, tiene la obligación más solemne de refrenar el apetito pervertido. ¿A qué voz prestaremos atención: a las enseñanzas de la sabiduría infinita o a la voz de la ignorancia, la debilidad y la superstición humanas?

Los pensamientos y sentimientos de la madre tendrán una poderosa influencia sobre el legado que le dé a su hijo. Si ella permite que su mente se detenga en sus propios sentimientos, si se entrega al egoísmo, si es malhumorada y exigente, la disposición de su hijo lo atestiguará. Así, muchos han recibido como derecho de nacimiento tendencias casi inconquistables al mal. El enemigo de las almas comprende este asunto mucho mejor que muchos padres. Llevará sus tentaciones a la madre, sabiendo que si ella no lo resiste, él puede a través de ella afectar a su hijo. La única esperanza de la madre está en Dios. Puede acudir a Él en busca de fortaleza y gracia, y no lo hará en vano. Tanto los padres como las madres están implicados en esta responsabilidad, y también ellos deben buscar fervientemente la gracia divina, para que su influencia sea tal que Dios pueda aprobarla.

Es un hecho deplorable que haya un descuido generalizado de estos preceptos de la Biblia que tienen que ver con la vida y la salud. Muchos hacen del tema de la templanza un asunto de broma. Afirman que el Señor no se preocupa de asuntos tan insignificantes como nuestro comer y beber. Pero si el Señor no se preocupara por estas cosas, no se habría revelado a la esposa de Manoa, dándole instrucciones definidas, y ordenándole dos veces que tuviera cuidado de no ignorarlas. ¿No es esto prueba suficiente de que sí le importan estas cosas?

La pregunta de padres y madres debería ser: "¿Qué haremos con el hijo que nos nacerá?". Hemos presentado al lector lo que Dios ha dicho respecto al proceder de la madre antes del nacimiento de sus hijos. Pero esto no es todo. El ángel Gabriel fue enviado desde los atrios celestiales para dar instrucciones sobre el cuidado de los niños después de su nacimiento, a fin de que los padres comprendieran plenamente su deber.

Alrededor del tiempo del primer advenimiento de Cristo, el ángel Gabriel vino a Zacarías con un mensaje similar al dado a Manoa. Se le dijo al anciano sacerdote que su esposa daría a luz un hijo, cuyo nombre sería Juan. "Y", dijo el ángel, "tendrás gozo y alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento. Porque será grande a los ojos del Señor, y no beberá vino ni sidra; y será lleno del Espíritu Santo." Este niño de la promesa debía ser educado en hábitos estrictamente templados. Se le encomendaría una importante obra de reforma, para preparar el camino de Cristo. La intemperancia en todas sus formas existía entre el pueblo. La indulgencia en el vino y la comida lujosa estaba disminuyendo la fuerza física y degradando la moral hasta tal punto que los crímenes más repugnantes no parecían pecaminosos. La voz de Juan debía resonar desde el desierto en severa reprensión de las indulgencias pecaminosas

del pueblo, y sus propios hábitos de abstinencia debían ser también una reprensión de los excesos de su tiempo.

Los esfuerzos de nuestros trabajadores de la templanza no tienen el alcance suficiente para desterrar la maldición de la intemperancia de nuestra tierra. Los hábitos, una vez formados, son difíciles de superar. La reforma debe comenzar con la madre antes del nacimiento de sus hijos, y si se obedecieran fielmente las instrucciones de Dios, la intemperancia no existiría.

Debe ser el esfuerzo constante de cada madre conformar sus hábitos a la voluntad de Dios, para que pueda trabajar en armonía con Él para preservar a sus hijos de los vicios actuales que destruyen la salud y la vida. Que las madres se coloquen sin demora en correctas relaciones con su Creador, para que puedan, con su ayuda y gracia, construir alrededor de sus hijos un baluarte contra la disipación y la intemperancia. Si las madres siguieran este camino, podrían ver a sus hijos, como el joven Daniel, alcanzar un alto nivel moral e intelectual, convirtiéndose en una bendición para la sociedad y un honor para su Creador.

Si durante años los padres hubieran estudiado más las Escrituras y menos las revistas de moda, si se hubieran dado cuenta de que su conducta podría determinar el destino de cientos, y tal vez de miles, qué estado diferente de la sociedad podría existir ahora. Somos responsables del bien que pudimos haber hecho, pero que no realizamos, porque por la indulgencia pecaminosa nos colocamos en una condición de ineficacia física y mental. La causa de la reforma sufre hoy por falta de hombres y mujeres de integridad y valor moral. Se necesitan para abogar por precepto y ejemplo los principios de abnegación que serán una salvaguardia para nuestra juventud.

¿Podemos contemplar la incredulidad, la intemperancia y el crimen que parecen inundar la tierra, sin sentir que nuestras almas se conmueven hasta lo más profundo? La infidelidad está levantando su orgullosa cabeza. "El necio ha dicho en su corazón: No hay Dios". El grito de padres y madres y de naciones que han abandonado a Dios, y han sido abandonados por él, pronto rasgará los cielos. ¿Qué puede impedir el crimen, qué puede detener la aflicción que se abate sobre todas las naciones? Este mal podría haberse evitado si las generaciones anteriores hubieran sido educadas para temer, amar y reverenciar a Dios. Hagamos ahora lo que podamos individualmente para provocar estos cambios. Se han dado instrucciones explícitas en la palabra de Dios. Que estos principios sean llevados a cabo por la madre, con la cooperación y el apoyo del

padre, y que los niños sean entrenados desde la infancia en hábitos de autocontrol. Que se les enseñe que el objeto de la vida no es satisfacer los apetitos sensuales, sino honrar a Dios y bendecir a sus semejantes.

Padres y madres, trabajad seria y fielmente, contando con la gracia y la sabiduría de Dios. Sed firmes y a la vez benignos. En todas vuestras órdenes procurad el mayor bien de vuestros hijos, y luego procurad que estas órdenes sean obedecidas. Su energía y decisión deben ser inquebrantables, pero siempre sujetas al Espíritu de Cristo. Entonces sí podremos esperar ver "a nuestros hijos como plantas crecidas en su juventud, y a nuestras hijas como piedras angulares, pulidas a semejanza de un palacio".

29 de septiembre de 1881

La madre misionera

EGW

Se abre ante la madre un importante campo misionero. La humilde ronda de deberes que las mujeres han aprendido a considerar como una tarea fastidiosa, debe ser vista como una obra grande y noble. Es privilegio de la madre bendecir al mundo con su influencia; y al hacerlo, traerá alegría a su propio corazón. Ella puede hacer senderos rectos para los pies de sus hijos, a través del sol y la sombra, hacia las gloriosas alturas. Que la madre acuda a menudo a su Salvador, con la oración: Enséñanos, ¿cómo hemos de ordenar al niño, y qué hemos de hacer con él? Esta sencilla petición, exhalada desde el corazón de lo finito, llegará al corazón del Infinito. Si la madre atiende con cuidado a las instrucciones ya dadas en la palabra sagrada, recibirá más luz y conocimiento según lo necesite.

La madre sólo puede esperar formar el carácter de sus hijos según el modelo divino cuando procura seguir en su propia vida las enseñanzas de Cristo. En cada generación ha habido influencias corruptoras que han arruinado y contaminado. La moda y la costumbre ejercen un fuerte poder sobre los jóvenes. Si la madre no cumple con su deber de instruir, aconsejar y refrenar, sus hijos naturalmente aceptarán el mal y se apartarán del bien. Dios quiere que los padres emprendan su obra con energía y valor, y la prosigan con fidelidad. Todo lo que Él les ha encomendado hacer, les dará sabiduría y fuerza para cumplirlo.

Aunque, por encima de todo, deben formar a sus hijos para la vida futura, los padres no deben descuidar en modo alguno prepararlos para la vida presente.

La madre debe estudiar la mejor manera de formar a sus hijos e hijas para que lleguen a ser miembros útiles y felices de la sociedad. Debe recordar que todo hábito formado, todo pensamiento o sentimiento abrigado, todo acto realizado, por insignificante que sea, promoverá o impedirá la realización de este objeto. El Señor desea que disfrutemos de las bendiciones con que nos ha rodeado, y que en todos los actos de nuestra vida expresemos nuestra continua gratitud. Podemos hacer esto, no descuidando y abusando de sus dones, sino dándoles un uso sabio y noble, ejerciendo una influencia correcta sobre nuestros semejantes, reformando las costumbres erróneas, en lugar de seguirlas. "Luz se siembra para los justos, y alegría para los rectos de corazón". La luz y la alegría acompañan nuestro camino sólo cuando seguimos un camino recto.

La sociedad es moldeada por la influencia de la madre. Ella puede estar totalmente ocupada dentro de los estrechos límites de su hogar, aparentemente ocupada en los deberes más humildes de la vida; sin embargo, si ella hace su trabajo tan bien como puede hacerlo, en el temor de Dios, ella está ganando mayores victorias que el líder de ejércitos armados. Ella puede enviar de su hogar jóvenes y señoritas fuertes en hábitos rectos y principios firmes. La conducta recta y la moral intachable de sus hijos serán una bendición para la iglesia y la sociedad.

Dios sacó a los israelitas de Egipto para establecerlos en la tierra de Canaán como un pueblo puro, santo y feliz. Para lograr este objetivo, los sometió a un curso de disciplina, tanto para su propio bien como para el bien de la posteridad. Si hubieran estado dispuestos a negar el apetito, en obediencia a sus sabias restricciones, no habría habido débiles en todas sus tribus. Sus descendientes habrían poseído fuerza física y mental. Habrían tenido una clara percepción de la verdad y el deber, un agudo discernimiento y un sano juicio. Pero los requisitos de Dios fueron desatendidos entonces como lo son ahora. El pueblo estaba insatisfecho con la comida sencilla y sana que le había proporcionado su Creador. Los hábitos de autoindulgencia trajeron el resultado seguro: degeneración y decadencia.

Los mandamientos de Dios nunca están pensados para hacer infelices a los hombres. Son los dictados de la sabiduría, la bondad y el amor infinitos. Al mismo tiempo que aseguran la gloria de Dios, también promueven la felicidad de los hombres. Sus restricciones son una salvaguardia contra la depravación del corazón y la corrupción de la vida. Los apetitos y las pasiones, complacidos sin freno, esclavizan y degradan las facultades superiores y más nobles.

La intemperancia en el comer y beber conduce a la complacencia de las pasiones animales. Y los que, comprendiendo el efecto de su conducta, complacen el apetito y la pasión a expensas de la salud y la utilidad, preparan el camino para desatender todas las obligaciones morales. Cuando la tentación los asalta, tienen poco poder de resistencia. Esta fue la causa de la continua recaída de Israel; y es la razón por la que hay tanto crimen y tan poca verdadera piedad en el mundo de hoy. El único camino seguro es el de la moderación y la abnegación diarias.

Nada sino el poder de Dios, combinado con el esfuerzo humano, puede llevar a cabo la obra de ennoblecer y elevar nuestra raza. Si los hombres hubieran estado dispuestos a aprender las lecciones que Dios les había dado, las generaciones sucesivas no se habrían deteriorado tanto en poder físico, mental y moral. Cristo, envuelto en la columna de nube, había hablado una y otra vez a Israel para su bien; pero no habían escuchado su voz. Nuevamente se apareció a Manoa y a su esposa con instrucciones definidas acerca del curso que ella debía seguir para asegurar la salud física y moral de su descendencia. Dios tenía una obra para el hijo prometido de Manoa, una obra que requeriría cuidadosa reflexión y vigorosa acción. A fin de asegurarle las cualidades necesarias para esta obra, todos sus hábitos debían ser cuidadosamente regulados. Hay hoy muchos hombres de Estado, senadores, abogados, jueces y otras personas en puestos de responsabilidad, cuyos hábitos físicos han estado, casi toda su vida, en guerra con las leyes naturales. Al principio de su carrera, estos hombres pueden haber poseído poderes intelectuales raros; pero los preciosos dones de Dios han sido ensuciados y oscurecidos, y en demasiados casos enterrados, en el fango de la autoindulgencia.

Quien observe la sencillez en todos sus hábitos, restringiendo el apetito y controlando las pasiones, podrá conservar sus facultades mentales fuertes, activas y vigorosas, rápidas para percibir todo lo que exija pensamiento o acción, agudas para discriminar entre lo santo y lo profano, y dispuestas a comprometerse en toda empresa para gloria de Dios y beneficio de la humanidad.

La labor de la madre es formar, educar y disciplinar. Al mismo tiempo que trata de almacenar en la mente de su hijo conocimientos útiles, fortifique su joven corazón con buenos principios. Hay trabajo misionero que hacer en el hogar junto a la chimenea. Este importante campo se descuida a causa de las dificultades que hay que superar; porque la obra requiere trabajo y abnegación. Pero, ¿no compensará el resultado los sacrificios hechos, los esfuerzos desplegados? ¿Son más preciosas las almas en tierras paganas que las almas en

casa? Es ciertamente un asunto que debe preocuparnos, que en tierras extranjeras las jóvenes crezcan para ser esposas y madres sin saber nada de sus deberes para consigo mismas, para con sus hijos o para con Dios. Pero, ¿no deberíamos al mismo tiempo reflexionar sobre el hecho de que las niñas de América carecen casi por completo de los conocimientos y la formación que las harían útiles y honradas como esposas y madres? Ojalá pudiéramos guiar a las madres que ahora adoran en el santuario de la moda para que se conviertan en misioneras en el hogar, formando a sus hijos para que sean un honor para Dios y una bendición para la humanidad. ¿No vería nuestro Creador con buenos ojos semejante obra?

Hay un amplio campo de trabajo abierto ante cada madre. Si su trabajo se realiza fielmente, en el temor de Dios, dará fruto para vida eterna. La obra de la madre debe comenzar en el hogar. Esta es la fuente de donde deben manar su influencia y su utilidad. Si sus deberes aquí son cumplidos con fidelidad, ella verá a su alrededor los campos donde puede trabajar con los mejores resultados. Y muy pronto esas palabras de su Maestro caerán como la más dulce música sobre sus oídos: "Bien, buen siervo y fiel. Entra en el gozo de tu Señor".

6 de octubre de 1881

Un matrimonio imprudente

EGW

La promesa divina hecha a Manoa se cumplió a su debido tiempo con el nacimiento de un hijo, a quien se dio el nombre de Sansón. Por orden del ángel, ninguna navaja debía pasar sobre la cabeza del niño, consagrado a Dios como nazareo desde su nacimiento. A medida que el niño crecía, se hizo evidente que poseía una fuerza física extraordinaria. Sin embargo, esto no dependía, como bien sabían Sansón y sus padres, de sus tendones bien unidos, sino de su condición de nazareo, de la que su cabello sin esquilarse era un símbolo.

Si Sansón hubiera obedecido tan fielmente el mandato divino como lo habían hecho sus padres, su destino habría sido más noble y feliz. Pero se corrompió al asociarse con idólatras. La heredad de la tribu de Dan, a la cual pertenecía la familia de Manoa, era adyacente al país de los filisteos. De hecho, la pequeña ciudad de Zorah, que fue el primer hogar de Sansón, estaba muy cerca de las viviendas de esta raza extranjera, y en su juventud llegó a mezclarse con ellos en términos amistosos. Así surgieron intimidades cuyas malas influencias oscurecieron toda su vida.

Una joven que vivía en la ciudad filistea de Timná atrajo tanto el afecto de Sansón que decidió casarse con ella. En aquella época, los matrimonios eran concertados por los padres. Por eso Sansón pidió a su padre y a su madre que le consiguieran a esta hija de los filisteos. Manoa y su mujer trataron de disuadir al joven de su propósito. Le advirtieron del peligro de aliarse con idólatras y le rogaron que buscara esposa entre los suyos. Pero tanto los argumentos como las súplicas fueron en vano. Su única respuesta fue: "Ella me agrada". Al ver su determinación, los padres decidieron que el Señor podía querer cumplir así sus propósitos; por lo tanto, cedieron a los deseos de Sansón, y el matrimonio se consumó.

Así, en el momento en que, por encima de todos los demás, debería haber mantenido una entera consagración a la voluntad de Dios, justo cuando estaba entrando en la etapa de la madurez, el período en que debía ejecutar su misión divina, en este punto crítico de la historia de su vida, Sansón cedió a la tentación, y por un matrimonio imprudente se puso en alianza con los enemigos de Dios. Este importante paso no fue considerado cuidadosamente. Sansón no se preguntó si podría glorificar mejor a Dios al unirse con el objeto de su fantasía, o si se estaba colocando en una posición en la que no podría cumplir el propósito que debía realizar con su vida. A todos los que buscan en primer lugar honrarle, Dios les ha prometido sabiduría; pero no hay promesa para los que sólo desean complacerse a sí mismos.

El Señor ha instruido claramente en su palabra a su pueblo para que no se una a aquellos que no tienen ante sí su amor y su temor. Tales compañeros rara vez estarán satisfechos con el amor y el respeto que justamente les corresponden. Buscarán constantemente obtener de la esposa o el esposo temerosos de Dios algún favor que implique hacer caso omiso de los requisitos divinos. Para un hombre piadoso, y para la iglesia con la cual está relacionado, una esposa mundana o un amigo mundano es como un espía en el campamento, que buscará toda oportunidad para traicionar al siervo de Cristo, y exponerlo a los ataques del enemigo.

Satanás procura constantemente fortalecer su poder sobre el pueblo de Dios induciéndolo a entrar en alianza con las huestes de las tinieblas. Y para lograr esto se esfuerza por despertar pasiones no santificadas en el corazón que es naturalmente propenso al mal. No es seguro para los cristianos imitar el ejemplo de los impíos, ni ceder a su influencia. No se debe confiar en los consejos más sabios de los impíos. Si se aceptan, pueden traer problemas y tristeza al hijo de Dios. El Señor no quiere que su pueblo confíe en personas impías. El apóstol

Pablo nos exhorta a "no tener comunión con las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprenderlas". "Porque ¿qué concordia tiene Cristo con Belial? ¿O qué parte tiene el que cree con un infiel? ¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos?".

En su banquete de bodas, Sansón entró en asociación familiar con los que despreciaban al Dios de Israel. Quienquiera que voluntariamente entre en tales relaciones sentirá la necesidad de conformarse, hasta cierto punto, a los hábitos y costumbres de sus compañeros. El tiempo que se pasa así con personas vanas e insignificantes es peor que un tiempo perdido. Se tienen pensamientos y se dicen palabras que debilitan la ciudadela del alma.

La esposa, a quien Sansón había transgredido el mandato de Dios, se mostró traicionera a su marido antes de la clausura del banquete nupcial, y finalmente fue ejecutada por la misma clase cuyas amenazas habían causado su perfidia. Sansón ya había dado pruebas de su fuerza prodigiosa, matando, sin ayuda de nadie, a un león joven, y matando a treinta de los hombres de Askelon. Ahora, movido a ira por el bárbaro asesinato de su esposa, atacó a los filisteos, "y los hirió con gran mortandad". Luego, deseando una retirada segura de los filisteos, y temiendo confiar en sus propios compatriotas, se retiró a una roca fuerte llamada Elam, en la tribu de Judá.

Hasta allí fue perseguido por un numeroso grupo de filisteos, cuya presencia causó gran alarma entre los habitantes de Judá. Cuando se enteraron de que el único objetivo de la invasión era hacer cautivo a Sansón, acordaron infundadamente entregarlo a sus enemigos. Con ello esperaban obtener el favor de los filisteos y aliviar así su propia opresión. En consecuencia, tres mil hombres de Judá subieron para apresar al poderoso guerrero. Pero aun en tales circunstancias, sólo se atrevieron a intentarlo porque estaban seguros de que Sansón no haría daño a su propio pueblo. Sansón consintió en ser atado y entregado a los filisteos, pero antes exigió a los hombres de Judá la promesa de no caer ellos mismos sobre él y obligarle así a destruirlos. Les permitió que lo ataran con dos cuerdas nuevas y lo llevaran a los filisteos.

Fue conducido al campamento de sus enemigos en medio de manifestaciones de gran alegría. Pero mientras sus gritos despertaban los ecos de las colinas, el Espíritu del Señor vino poderosamente sobre Sansón. Rompió las fuertes cuerdas nuevas como si hubieran sido lino quemado en el fuego. Luego, tomando la primera arma que tuvo a mano, que aunque no era más que la quijada de un asno, era más eficaz que la espada o la lanza, hirió a los filisteos por todos

lados, hasta que huyeron aterrorizados, dejando a mil de ellos muertos en el campo.

Si los israelitas hubieran estado dispuestos a unirse a Sansón y a continuar la victoria obtenida, podrían haberse liberado en ese momento del poder de los filisteos. Pero se habían debilitado y desalentado. Habían descuidado vilmente la obra que Dios les había ordenado realizar con diligencia, minuciosidad y valor; no sólo no lograron despojar a los paganos, sino que se unieron a ellos en sus prácticas degradantes, tolerando su crueldad y, mientras no se dirigiera contra ellos mismos, incluso consintiendo su injusticia. Cuando por fin triunfó el poder tirano, Israel se sometió a la degradación de la que podría haber escapado, si tan sólo hubiera obedecido a Dios. Incluso cuando el Señor levantó un libertador para ellos, con frecuencia abandonaban al elegido para poner las cosas en orden, y se unían a sus opresores más acérrimos.

Si los que reconocen a Dios obedecieran su voz, cuánto sufrimiento se les ahorraría. El ojo de Dios está fijo en cada individuo, y cada uno debe rendirle cuentas por todo lo que hace y por lo que se permite ser. Dondequiera que estemos, en el almacén y en el taller, en todos nuestros negocios, cada día de la semana y cada hora del día, su ojo escudriña todas nuestras obras, su oído escucha cada una de nuestras palabras. En la más profunda soledad, cada acto y cada palabra de nuestra vida tiene todavía un testigo: el Dios infinito. Cuando somos fieles al alto destino que nos ha trazado, nos convertimos en colaboradores suyos. Si nuestra responsabilidad es plena y cordialmente aceptada y fielmente cumplida, nos asegurará el gozoso encomio de la Majestad del Cielo: "Bien, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor."

Miles de israelitas presenciaron la derrota de los filisteos por Sansón, pero ninguna voz se alzó en señal de triunfo, hasta que el héroe, eufórico por este maravilloso éxito, celebró su propia victoria. Pero se alabó a sí mismo, en vez de atribuir la gloria a Dios. Apenas hubo cesado, una sed intensa y dolorosa le recordó su debilidad. Había quedado exhausto por sus prodigiosos trabajos, y no tenía a mano ningún medio para satisfacer su necesidad. Comenzó a sentir su total dependencia de Dios, y a convencerse de que no había triunfado por su propio poder, sino en la fuerza del Omnipotente.

Entonces alabó a Dios por su liberación y elevó una ferviente plegaria para que le aliviara de sus sufrimientos. El Señor escuchó su petición y le abrió un manantial de agua. En señal de gratitud, Sansón llamó al lugar En-hakkore, o "el pozo del que lloraba".

Tras esta victoria, los israelitas nombraron juez a Sansón, que gobernó Israel durante veinte años.

13 de octubre de 1881

En la senda descendente

EGW

Un paso en falso prepara el camino para otro. Sansón había transgredido el mandato de Dios al tomar mujer de las hijas de los filisteos, y no tardó en aventurarse de nuevo entre ese pueblo -ahora sus enemigos mortales- en la complacencia de sus pasiones ilícitas. Confiando en su gran fuerza, que había inspirado tanto terror a los filisteos, entró audazmente en Gaza, una de sus ciudades más grandes y poderosas, y visitó a una ramera de ese lugar.

El vergonzoso hecho no tardó en ser conocido por los habitantes de la ciudad, que estaban ansiosos por vengarse de su temido enemigo. Sin embargo, temerosos de atacarle, enviaron refuerzos y mantuvieron vigilada la puerta de la ciudad, decididos a darle muerte por la mañana.

A medianoche Sansón se despertó. La voz acusadora de la conciencia lo llenó de remordimientos, al recordar que había quebrantado su voto de nazareo. Pero a pesar de su pecado, la misericordia de Dios no lo había abandonado. Su gran fuerza sirvió de nuevo para liberarlo. Arrancando la puerta de la ciudad de su lugar, la tomó entera, con sus postes y barras, y la llevó varias millas, hasta la cima de una colina en el camino a Hebrón; mientras tanto, los guardias estaban demasiado sorprendidos y aterrorizados para interceptarlo o perseguirlo.

Pero ni siquiera esta estrecha escapatoria sirvió para detenerle en su malvado camino. El tercer paso hacia abajo pronto siguió al segundo. No volvió a aventurarse en el territorio de los filisteos, sino que buscó en casa aquellos placeres sensuales que lo estaban llevando a la ruina. "Amó a una mujer en el valle de Serek". Su nombre era Dalila, que significa apropiadamente consumir o malgastar. En compañía de esta hechicera, el juez de Israel malgastó horas preciosas que debían haberse dedicado sagradamente al bienestar de su pueblo. Pero las pasiones enceguedoras que debilitan incluso a los más fuertes, se habían apoderado de la razón y de la conciencia. El valle de Serek, un pequeño valle no lejos de su lugar de nacimiento, era famoso por sus viñedos. Estos también eran una tentación para el vacilante nazareo, que ya se había entregado

al consumo de vino, rompiendo así otro lazo que le unía a la templanza, a la pureza y a Dios.

Los filisteos conocían bien la ley divina y su condena de la indulgencia sensual. Vigilaban atentamente todos los movimientos de su enemigo, y cuando éste se degradó por este nuevo apego, y vieron el poder embrujador de la hechicera, determinaron, por medio de ella, llevar a cabo su ruina.

En consecuencia, se envió al valle de Serek una delegación compuesta por un hombre importante de cada uno de los cinco estados filisteos. No era su propósito apoderarse de él mientras estaba en posesión de su gran fuerza, sino aprender si era posible algún medio por el cual esa fuerza pudiera ser arrebatada. Un poder tan maravilloso, que superaba con mucho todo lo que habían conocido antes; el de los afamados descendientes de Anak, que habitaban entre ellos, no podía compararse con él, y los señores filisteos decidieron que debía ser sobrenatural, el resultado de alguna condición que pudiera cambiarse, o de algún encanto que pudiera romperse. Por lo tanto, sobornaron a Dalila para que descubriera el secreto de su fuerza y se lo revelara, ofreciéndole mil cien siclos de plata de cada uno de ellos, lo que sumaba una suma de más de tres mil dólares.

Mientras la traidora acosaba a Sansón con sus preguntas, él la engañó declarando que la debilidad de otros hombres le sobrevendría si se intentaban ciertos procesos. Cuando ella puso el asunto a prueba, se descubrió la imposición. Entonces ella le acusó de falsedad, diciendo: "¿Cómo puedes decir que me amas, cuando me has engañado y mentido estas tres veces, y no me has dicho en qué consiste tu gran fuerza?".

El enamoramiento de Sansón parece casi increíble. Al principio no estaba tan cautivado como para revelar el secreto; pero había entrado deliberadamente en la red de la traidora de almas, y sus mallas se acercaban a él a cada paso. Tres veces tuvo la más clara evidencia de que los filisteos se habían aliado con su encantadora para destruirlo; pero cuando su propósito fracasó y su fuerza regresó, ella había tratado el asunto como una broma, y él desterró ciegamente todo temor al peligro.

Día tras día Dalila lo presionaba y lo apremiaba, hasta que "su alma se enfureció hasta la muerte"; sin embargo, un poder sutil lo mantenía a su lado. Su corazón estaba empeñado en el tentador soborno, y ella ejerció todos sus encantos para conseguirlo. Vencido al fin por el hechizo que parecía no poder romper, Sansón le reveló el secreto: "No ha caído navaja sobre mi cabeza, porque soy nazareo

de Dios desde mi nacimiento. Si me afeitan, mi fuerza se irá de mí, y me debilitaré y seré como cualquier otro hombre".

La traidora escuchó ansiosamente sus palabras, plenamente convencida por su seriedad y seriedad de que había dicho la verdad; y decidió sacar provecho de ello. Inmediatamente se envió un mensajero a los señores de los filisteos, instándoles a que acudieran de nuevo a su cámara sin demora. Luego mandó llamar a un hombre que, mientras el guerrero dormía con la cabeza sobre sus rodillas, le afeitó las pesadas masas de pelo. Luego, como había hecho tres veces antes, gritó: "¡Los filisteos sean contigo, Sansón!". Súbitamente despertado, pensó en ejercer su fuerza como antes, y destruirlos a todos; pero sus brazos impotentes se negaron a cumplir su voluntad, y entonces supo que el Señor se había apartado de él.

Cuando se hubo afeitado, Dalila empezó a molestarlo y a causarle dolor, poniendo así a prueba su fuerza; pues los filisteos no se atrevían a acercarse a él hasta estar plenamente convencidos de que su poder había desaparecido. Entonces lo apresaron y, después de sacarle los dos ojos, lo llevaron a Gaza. Allí lo ataron con fuertes grilletes de bronce, lo encerraron en su prisión como trofeo de su victoria y lo obligaron a realizar trabajos forzados.

¡Qué cambio para el que había sido juez y campeón de Israel, ahora débil, ciego, encarcelado, degradado al servicio más servil! Poco a poco había violado las condiciones de su sagrada vocación. Dios lo había soportado durante mucho tiempo, pero cuando se sometió de tal manera al poder del pecado que traicionó su secreto, en ese momento Dios se apartó de él. No había ninguna virtud en la longitud de su cabello, en sí misma, sino que era un símbolo de su lealtad a Dios, y cuando el símbolo fue sacrificado en la indulgencia de la pasión lujuriosa, las bendiciones de las cuales era un símbolo también se perdieron. Si la cabeza de Sansón hubiera sido afeitada sin culpa de su parte, su fuerza habría permanecido. Pero su conducta había mostrado desprecio por el favor y la autoridad de Dios, tanto como si él mismo, con desdén, se hubiera cortado los mechones de la cabeza. Por lo tanto, Dios lo dejó para que soportara los resultados de su propia insensatez.

En sus sufrimientos y humillaciones, un deporte para los filisteos, Sansón tuvo oportunidad de reflexionar, y aprendió más de su propia debilidad de lo que nunca antes había sabido. A medida que sus aflicciones lo llevaban al arrepentimiento, su cabello comenzó a crecer gradualmente, indicando el

retorno de sus extraordinarios poderes, pero sus enemigos, considerándolo sólo como un prisionero encadenado e indefenso, no sintieron ningún temor.

Cuando los filisteos se regocijaron por su gran victoria, atribuyeron el honor a sus dioses, alabándolos como superiores al Dios de Israel. La contienda, en vez de ser entre Sansón y los filisteos, era ahora entre Jehová y Dagón, y así el Señor se vio impulsado a afirmar su poder omnímodo y su autoridad suprema. Pronto se presentó una oportunidad favorable para ello. Los filisteos celebraron una fiesta en honor de su dios Dagón. Se reunió una gran multitud, y en el apogeo de sus sacrílegas festividades, ordenaron que se presentara al cautivo, para que el pueblo tuviera una nueva fuente de diversión. La multitud saludó su aparición con gritos de triunfo y alabó a su dios, que había sometido así al "destructor de su país". Sansón se había convertido antes en la diversión del pueblo; pero ahora incluso los gobernantes de la nación se burlaban de su miseria.

El inmenso edificio estaba abarrotado de valientes y feriantes. Incluso el tejado estaba abarrotado por miles de espectadores. Al cabo de un rato, como si estuviera cansado, Sansón pidió permiso para apoyarse en los dos pilares centrales que sostenían el techo del templo. Entonces elevó la siguiente plegaria: "Señor Jehová, acuérdate de mí, te lo ruego, y fortaléceme, te lo ruego, sólo por esta vez, para que pueda vengarme de los filisteos por mis dos ojos". Con estas palabras asió las columnas con sus poderosos brazos, y al grito de: "¡Muera yo con los filisteos!", se inclinó y el techo se derrumbó, destruyendo de un golpe espantoso a toda aquella vasta compañía. "Así que los muertos que mató a su muerte fueron más que los que mató en vida."

Dios quiso que Sansón realizara una gran obra en favor de Israel. De ahí que desde el principio de su vida se pusiera el mayor cuidado en rodearle de las condiciones más favorables para su fuerza física, su vigor intelectual y su pureza moral. Si en años posteriores no se hubiera aventurado entre los impíos y los licenciosos, no habría cedido tan vilmente a la tentación. Físicamente era el hombre más fuerte de la tierra; pero en autocontrol, integridad y firmeza, era el más débil de los hombres. Sus pasiones no estaban sometidas a la razón y al temor de Dios. Los encantos de las mujeres hermosas suelen ser una tentación peligrosa para los jóvenes. Los que no hacen de Dios su fuerza serán vencidos por las artimañas de Satanás.

Los mismos hombres que Dios se propone usar como sus siervos, el temible adversario usa su máximo poder para desviarlos. Sin embargo, la palabra sagrada presenta para nuestro estímulo nobles ejemplos de hombres que en la

fuerza de Dios han resistido los más feroces ataques de los poderes de las tinieblas. El joven José fue sometido a una tentación muy severa. Venía de alguien de alta posición, alguien cuya enemistad podía destruir sus perspectivas mundanas. El futuro de la vida de José estaba determinado por las decisiones tomadas en aquella hora difícil. Miró tranquilamente al cielo y exclamó: "¿Cómo puedo hacer esta gran maldad y pecar contra Dios?". No permitió que se encendieran los fuegos de la pasión impía. Los mandamientos de Dios, la promesa de Dios estaban ante José. Sintió que el ojo que todo lo veía estaba sobre él, extendiéndose a todos sus pensamientos, penetrando hasta los secretos del corazón, hasta los motivos subyacentes a cada acción.

Sansón, en su peligro, tenía la misma fuente de fuerza que José. Podía elegir el bien o el mal a su antojo. Pero en vez de aferrarse a la fuerza de Dios, permitió que las salvajes pasiones de su naturaleza tuvieran pleno dominio. El raciocinio se pervirtió, la moral se corrompió. Dios había llamado a Sansón a una posición de gran responsabilidad, honor y utilidad; pero primero debía aprender a gobernar, aprendiendo primero a obedecer las leyes de Dios. José era un agente moral libre. El bien y el mal estaban ante él. Podía elegir el camino de la pureza, la santidad y el honor, o el camino de la inmoralidad y la degradación. Eligió el camino correcto, y Dios lo aprobó. Sansón, bajo tentaciones similares, que él mismo había provocado, dio rienda suelta a la pasión. El camino que emprendió terminó en vergüenza, desastre y muerte. ¡Qué contraste con la historia de José!

Los jóvenes de hoy pueden bendecir o arruinar su vida futura. Dios llama a los jóvenes en la fuerza y la gloria de su virilidad para que le sirvan. Pero muchos que Dios podría usar rehúsan obedecer. Desean asegurarse ganancias y honores mundanos. Consideran que convertirse en siervo de Cristo exige un sacrificio demasiado grande.

La historia de Sansón transmite una lección para aquellos cuyo carácter aún no se ha formado, que aún no han entrado en la etapa de la vida activa. Los jóvenes que ingresan en nuestras escuelas y universidades encontrarán allí toda clase de mentes. Si desean el deporte y la locura, si buscan rehuir el bien y unirse con el mal, tienen la oportunidad. El pecado y la justicia están ante ellos, y deben elegir por sí mismos. Pero que recuerden que "todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". El que siembra para la carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna".

27 de octubre de 1881

El nacimiento de Samuel

EGW

El reinado de los jueces en Israel se cierra con Samuel, de quien pocos personajes más puros o más ilustres se presentan en el registro sagrado. También hay pocos cuya historia de vida contenga lecciones de mayor valor para el estudiante reflexivo. El padre de Samuel era Elcana, un levita que vivía en Ramá, en el monte Efraín. Era una persona rica e influyente, un esposo bondadoso y un hombre que temía y reverenciaba a Dios. Ana, la esposa de Elcana, era una mujer de piedad y devoción. La humildad, la conciencia y una firme confianza en Dios eran rasgos dominantes en su carácter. De Ana podría decirse con verdad, en palabras del sabio: "El corazón de su marido confía en ella".

El amor de Elcana por su compañera elegida era profundo e inmutable; sin embargo, una nube ensombrecía su felicidad doméstica. La voz de la infancia no alegraba el hogar. Al fin, el vivo deseo de perpetuar su nombre llevó al esposo, como había llevado a muchos otros, a adoptar un proceder que Dios no sancionaba: el de introducir en la familia una segunda esposa, subordinada a la primera. Este acto fue impulsado por una falta de fe en Dios, y fue acompañado de malos resultados. La paz de la hasta entonces unida y armoniosa familia se rompió. El golpe cayó sobre Ana con un peso aplastante. Toda la felicidad parecía haber desaparecido para siempre de su vida. Soportó la prueba sin quejarse, pero su dolor fue agudo y amargo.

Peninnah, la nueva esposa, era una mujer de mente inferior y de carácter envidioso y celoso. Con el paso de los años y la llegada de hijos e hijas al hogar, se volvió orgullosa y engreída, y trató a su rival con desprecio e insolencia.

Elcana observaba fielmente las ordenanzas de Dios. Todavía se mantenía el culto en Silo, pero se había vuelto irregular y en algunos aspectos incompleto. Por lo tanto, Elcana no tenía un empleo regular en el tabernáculo, a cuyo servicio, por ser levita, debía dedicarse especialmente. A pesar de esto, su celo en el servicio de Dios era inquebrantable. Con su familia subía a Silo para adorar y sacrificar en las reuniones señaladas.

Sin embargo, incluso en medio de las sagradas festividades relacionadas con el culto a Dios, el espíritu maligno que había maldecido su hogar se entrometió.

Después de los demás sacrificios, era costumbre presentar la ofrenda de paz. Una porción específica de ésta se entregaba al sacerdote, y luego el oferente, después de distribuir a cada miembro de su familia una parte del resto, se unía a ellos en un banquete solemne pero alegre. En estas ocasiones, Elcana daba a la madre de sus hijos una porción para ella y para cada uno de sus hijos e hijas, y luego, como muestra de consideración hacia Ana, su primera y más amada esposa, le daba una porción doble. Esto despertó la envidia y los celos de la segunda esposa, y ella afirmó audazmente sus pretensiones a la superioridad como una altamente favorecida por Dios; y ella burlescamente señaló el hecho de que Ana no tenía hijos, como prueba del desagrado del Señor hacia ella.

Esta escena se repetía una y otra vez, no sólo en las reuniones anuales, sino siempre que las circunstancias brindaban a Peninah la oportunidad de exaltarse a expensas de su rival. La conducta de esta mujer le parecía a Hannah una prueba casi insostenible. Satanás la empleaba como su agente para hostigar y, si era posible, exasperar y destruir a uno de los fieles hijos de Dios. Al fin, cuando las burlas de su enemiga se repitieron en una de las fiestas anuales, el valor y la fortaleza de Ana cedieron. Incapaz de ocultar sus sentimientos, lloró sin poder contenerse. Las expresiones de alegría de todo el mundo le parecían una burla. No pudo participar en la fiesta.

Su marido, conociendo la causa de su dolor, trató de consolarla con la seguridad de su inmutable afecto, y la reprendió suavemente por ceder así a la tristeza: "¿Por qué lloras, y por qué no comes, y por qué se aflige tu corazón? ¿No soy yo mejor para ti que diez hijos?". Pero era imposible que Elcana comprendiera plenamente sus sentimientos o apreciara la causa.

Ana no reprochó a su marido su matrimonio imprudente. El dolor que no podía compartir con ningún amigo terrenal, lo llevó a su Padre Celestial, y buscó consuelo sólo en Aquel que había dicho: "Invócame en el día de la angustia, y yo te libraré". Hay un poderoso poder en la oración. Nuestro gran adversario busca constantemente alejar de Dios al alma atribulada. Un llamamiento al Cielo por parte del santo más humilde es más temible para Satanás que los decretos de los gabinetes o los mandatos de los reyes.

La oración de Ana no fue escuchada por los oídos mortales, pero llegó al oído del Señor de los ejércitos. Suplicó fervientemente a Dios que le quitara el oprobio y le concediera la bendición más preciada por las mujeres de aquella época: la maternidad. Mientras luchaba en oración, su voz no emitía sonido alguno, pero sus labios se movían y su semblante daba muestras de profunda

emoción. Y ahora otra prueba esperaba a la humilde suplicante. Cuando los ojos del sumo sacerdote Elí se posaron en ella, se apresuró a decidir que estaba ebria. El jolgorio de la fiesta casi había suplantado la verdadera piedad entre el pueblo de Israel. Los casos de intemperancia, incluso entre las mujeres, eran frecuentes, y ahora Elí decidió administrar lo que consideraba una reprimenda merecida. "¿Hasta cuándo estarás ebria? Aparta de ti el vino".

Ana había estado en comunión con Dios. Creyó que su oración había sido escuchada, y la paz de Cristo llenó su corazón. La suya era una naturaleza dulce y sensible, pero no cedió ni al dolor ni a la indignación por la injusta acusación de embriaguez en la casa de Dios. Con la debida reverencia hacia el ungido del Señor, rechazó con calma la acusación y expuso la causa de su emoción. "No, mi Señor, soy una mujer de espíritu afligido. No he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma ante el Señor. No tengas a tu sierva por hija de Belial, porque de la abundancia de mi queja y de mi dolor he hablado hasta ahora." Convencido de que su reprimenda había sido injusta, Elí replicó: "Vete en paz, y el Dios de Israel te conceda la petición que le has hecho."

En su oración, Ana había hecho el voto de que, si se le concedía su petición, dedicaría a su hijo al servicio de Dios. Este voto lo dio a conocer a su marido, y él lo confirmó en un solemne acto de adoración, antes de partir de Silo.

La oración de Ana fue escuchada y recibió el don que tanto había suplicado. Al contemplar la prenda del favor divino, llamó al niño Samuel-Pedido a Dios.

En cuanto el pequeño tuvo edad suficiente para separarse de su madre, ella cumplió su solemne promesa. Amaba a su hijo con toda la devoción del corazón de una madre; día tras día, su afecto se entrelazaba más estrechamente con él, mientras observaba sus facultades en expansión y escuchaba su parloteo infantil; era su único hijo, el regalo especial del Cielo; pero ella lo había recibido como un tesoro consagrado a Dios, y no negaría al Dador lo suyo. La fortaleció el corazón de la madre, y no cedió a las súplicas del afecto natural.

Una vez más, Ana viajó con su marido a Silo, llevando al niño para presentarlo al Señor, y llevando también regalos para sacrificios y ofrendas de agradecimiento. Al llegar al tabernáculo, buscó la presencia del sumo sacerdote. Éste no la reconoció. Había un contraste sorprendente entre la suplicante pálida y afligida y la madre agradecida y feliz. Ana relató las circunstancias de su entrevista anterior, y luego presentó al sacerdote, en nombre de Dios, su precioso regalo, diciendo: "Por este niño he rogado, y el Señor me ha concedido la petición que le hice. Por eso también se lo he prestado al Señor. Mientras

viva, será prestado al Señor". Elí quedó sorprendido y profundamente impresionado por la fe y la devoción de esta mujer de Israel. Siendo él mismo un padre demasiado indulgente, se sintió sobrecogido y humillado al contemplar el gran sacrificio de esta madre al separarse de su primer y único hijo, para poder dedicarlo al servicio de Dios. Se sintió reprendido por su propio amor egoísta, y con humillación y reverencia se inclinó ante el Señor y lo adoró.

Dios había concedido a Ana el deseo de su corazón; había sido muy favorecida por el Cielo, y sintió que no podía hacer menos en señal de gratitud que reconocer públicamente la misericordia y la bondad divinas. El espíritu de inspiración se apoderó de ella, y aunque era una mujer retraída y tímida, su voz se oyó ahora en la asamblea del pueblo, resonando la alabanza de Dios:

"Mi corazón se alegra en el Señor; mi cuerno se exalta en el Señor. Mi boca se ensancha sobre mis enemigos, porque me regocijo en tu salvación". El cuerno es en algunos animales el arma de ataque y defensa; por el uso de esta figura, Ana reconocería que su liberación había venido de Dios. En su júbilo no hay un vano triunfo del yo. No se regocija en Samuel, ni en su propia prosperidad, sino en el Señor. La canción continúa: "No hay santo como el Señor; porque no hay otro fuera de ti; ni hay roca como nuestro Dios". Ella ensalza la perfección de la Deidad. En el carácter de Dios se combinan la sabiduría, la pureza, la verdad, la bondad y la misericordia, inmutables y completas. Toda santidad humana está mezclada de imperfección. Todos los ídolos de las naciones son vanos y sin valor. Dios es nuestro único refugio y apoyo; y los que confían en él nunca serán confundidos.

"No hables más con tanta soberbia; que no salga arrogancia de tu boca; porque el Señor es un Dios de conocimiento, y por él se pesan las acciones". Al referirse aquí a la conducta jactanciosa e insolente de Penina, Ana parece hablar también a todos los enemigos de la verdadera piedad, que se glorían de sí mismos e insultan y desprecian a los hijos de la fe. El orgullo y la jactancia no pueden engañar a Dios. Él conoce los corazones y las vidas de todos. Él pesa las acciones. Él distingue los caracteres de los hombres, y pesa sus motivos en la balanza. Cuando vea que será para el bien del hombre y para su propia gloria, intervendrá en favor de su pueblo. A su debido tiempo recompensará a los justos y castigará a los impíos.

"Los arcos de los valientes han sido quebrados, y los que tropezaban se han ceñido de fuerza. Los que estaban saciados se alquilaron por pan, y los que tenían hambre cesaron. Cuán a menudo, incluso en esta vida, vemos a los impíos

avergonzados y confundidos. ¿Acaso aspiran a la distinción y al honor mundano? ¿Están orgullosos de su valor y habilidad militar? Sus arcos se rompen, y ellos mismos son vencidos por una compañía débil y despreciada; porque Dios ha ceñido de fortaleza a los que tropiezan. ¿Confían en sus riquezas, y se entregan al lujo y a la extravagancia mientras pisotean los derechos de los pobres? Ellos mismos pueden encontrarse con reveses, y verse reducidos a la necesidad de esforzarse por conseguir pan para saciar su hambre, mientras que muchos que han soportado penurias y privaciones son bendecidos con la abundancia.

"El Señor mata, y da vida; hace descender al sepulcro, y hace subir. El Señor empobrece, y enriquece; abate, y levanta. Al pobre levanta del polvo, y del estercolero levanta al mendigo, para ponerlo entre los príncipes, y hacerle heredar el trono de la gloria, porque del Señor son las columnas de la tierra, y sobre ellas asentó el mundo. Él guardará los pies de sus santos, y los impíos callarán en las tinieblas; porque por la fuerza nadie prevalecerá. Los adversarios del Señor serán despedazados; desde el cielo tronará sobre ellos. El Señor juzgará los confines de la tierra; dará fuerza a su rey y exaltará el cuerno de su ungido."

Las palabras de Ana eran proféticas, tanto de David, que reinaría como rey de Israel, como de Cristo, el Mesías, el ungido del Señor. Así, en un cántico sublime y sagrado, referido primero a las orgullosas jactancias de una mujer insolente y contenciosa, se exponían en última instancia la humillación de los soberbios y la exaltación de los humildes, la destrucción de los enemigos de Dios y el triunfo completo y final de sus fieles siervos.

Después de haber expresado esta triunfante explosión de alabanza, Ana regresó tranquilamente a su casa en Ramá, dejando al niño Samuel para que sirviera en la casa de Dios, bajo el cuidado y la instrucción de Elí, el sumo sacerdote.

3 de noviembre de 1881

Vida temprana de Samuel

EGW

El cumplimiento del voto de Ana de dedicar su hijo al Señor no se aplazó hasta que pudiera ser presentado en el tabernáculo. Desde los primeros albores de su intelecto entrenó su mente infantil a amar y reverenciar a Dios, y a considerarse

como del Señor. Por medio de todos los objetos familiares que lo rodeaban, trató de guiar sus pensamientos hacia el Creador.

Cuando se separaba de su hijo, la solicitud de la madre fiel no cesaba. Era objeto de sus oraciones. Todos los años le hacía un pequeño abrigo, y cuando acudía con su marido al sacrificio anual, se lo entregaba al niño como muestra de su amor. Con cada puntada de aquel abrigo había rezado para que fuera puro, noble y verdadero. No pidió que fuera grande, sino que fuera bueno. Su fe y devoción fueron recompensadas. Vio a su hijo, en la sencillez de la infancia, caminando en el amor y el temor de Dios. Lo vio crecer hasta la edad adulta con el favor de Dios y de los hombres, humilde, reverente, pronto en el cumplimiento de su deber y dedicado al servicio de su divino Maestro. Y aunque el Señor aceptó la preciosa ofrenda de la mano de aquella madre, no se olvidó de retribuir el sacrificio. Ana fue bendecida con otros hijos, para educarlos y formarlos para el Cielo.

La juventud de Samuel transcurrió en el tabernáculo solemnemente dedicado a la adoración de Dios; sin embargo, ni siquiera allí estuvo libre de malas influencias o de ejemplos pecaminosos. Los hijos de Elí son descritos en la palabra sagrada como "hijos de Belial". No temían a Dios, ni honraban a su padre; pero Samuel no buscó su compañía ni siguió sus malos caminos. Se esforzaba constantemente por llegar a ser lo que Dios quería que fuera. Este es el privilegio de cada joven. Dios se complace cuando incluso los niños pequeños se dedican a su servicio; no deben desanimarse en sus esfuerzos por llegar a ser cristianos.

Los jóvenes no se volverán débiles de mente o ineficaces consagrándose al servicio de Dios. El temor del Señor es el principio de la sabiduría. El niño más pequeño que ama y teme a Dios, es más grande a sus ojos que el hombre más talentoso y culto que descuida la gran salvación. Los jóvenes que consagran su corazón y su vida a Dios, al hacerlo, se han puesto en relación con la Fuente de toda sabiduría y excelencia.

Llevado tempranamente a ministrar en el tabernáculo, Samuel tenía ya entonces deberes menores que cumplir al servicio de Dios, de acuerdo con su capacidad. Al principio eran muy humildes y no siempre agradables, pero las cumplía lo mejor que podía y con un corazón dispuesto. Llevaba su religión a todos los asuntos de la vida. Se consideraba a sí mismo como siervo de Dios, y su trabajo como obra de Dios. Sus esfuerzos eran aceptados, porque estaban motivados por el amor a Dios y el deseo sincero de hacer su voluntad. Así Samuel se

convirtió en colaborador del Señor del Cielo y de la tierra. Y Dios, a través de él, realizó una gran obra para Israel.

Si se enseñara a los niños a considerar la humilde rutina de los deberes cotidianos como el camino que les ha trazado el Señor, como una escuela en la que han de ser entrenados para prestar un servicio fiel y eficiente, cuánto más agradable y honorable les parecería su trabajo. Desempeñar cada deber como para el Señor, lanza un encanto alrededor del empleo más humilde, y une a los trabajadores en la tierra con los seres santos que hacen la voluntad de Dios en el Cielo. Y en el lugar que nos ha sido asignado, debemos cumplir nuestros deberes con tanta fidelidad como lo hacen los ángeles en su esfera superior. Aquellos que se sientan siervos de Dios serán hombres en los que se podrá confiar en cualquier lugar. Los ciudadanos del cielo serán los mejores ciudadanos de la tierra. Una visión correcta de nuestro deber para con Dios conduce a una percepción clara de nuestro deber para con nuestros semejantes.

Los padres deben educar a sus hijos en el amor y el temor de Dios, recordando que son miembros más jóvenes de la gran familia del Señor confiados a los padres para ser educados y entrenados para el Cielo, y para ser requeridos de nuevo en sus manos. Que se enseñe a los niños que cada acto de la vida es importante. Fortalece el hábito y forma el carácter. Si todos los deberes diarios se realizan en el temor de Dios, se harán con fidelidad, y el registro de la vida será tal que pueda pasar la prueba del Juicio.

Ojalá que cada madre pudiera darse cuenta de cuán grandes son sus deberes y sus responsabilidades, y cuán grande será la recompensa de la fidelidad. La influencia diaria de la madre sobre sus hijos los prepara para la vida eterna o para la muerte eterna. Ella ejerce en su hogar un poder más decisivo que el ministro en el escritorio, o aun que el rey en su trono. El día de Dios revelará cuánto debe el mundo a las madres piadosas por los hombres que han sido defensores inquebrantables de la verdad y la reforma, hombres que han sido audaces para hacer y atreverse, que han permanecido inquebrantables en medio de pruebas y tentaciones; hombres que escogieron los altos y santos intereses de la verdad y la gloria de Dios, antes que el honor mundano o la vida misma.

Cuando se celebre el Juicio y se abran los libros, cuando se pronuncie el "bien hecho" del gran Juez y se coloque la corona de la gloria inmortal sobre la frente del vencedor, muchos alzarán sus coronas a la vista del universo reunido y, señalando a su madre, dirán: "Ella hizo de mí todo lo que soy por la gracia de

Dios. Su instrucción, sus oraciones, han sido bendecidas para mi salvación eterna".

Samuel llegó a ser un gran hombre en el sentido más pleno, tal como Dios estima el carácter. Muchos a quienes el mundo llama grandes, están muy por debajo de la norma divina. Carecen de los elementos mismos de la hombría verdadera y noble. Hombres de intelecto gigantesco y genio brillante, hombres ante quienes el mundo se inclina en dispuesto homenaje, han prostituido estos preciosos dones de Dios al servicio del archiengañador. El nombre de Byron sobresale en el mundo literario. Dios le dio grandes habilidades naturales; si sus poderes hubieran sido correctamente dirigidos, podría haber sido una bendición para la sociedad. Pero sus talentos no fueron consagrados a Dios. La pureza del Cielo no impregnó su vida ni se respiró en sus producciones literarias. Muchas de sus obras conducen a la inmoralidad y a la irreligión. Revelan el verdadero carácter del hombre: corrupto de gusto, depravado de corazón. Rechazó el servicio de Dios y eligió aliarse con Satanás.

Gibbon, el renombrado historiador, no fue un gran hombre según el criterio de Dios. Estaba dotado de grandes poderes intelectuales, para poder dar a conocer a sus semejantes el conocimiento de Dios. Pero Satanás preparó sus trampas para este hombre, y se enredó en las mallas del escepticismo. Sus obras respiran insinuaciones contra Dios y contra el Redentor del mundo. Aprovechó todas las oportunidades para destruir la confianza en la Biblia y en la religión cristiana. Sólo la eternidad puede revelar el daño causado por sus escritos. El mundo considera a Gibbon un éxito literario. Dios lo declara un fracaso.

Un Creador benéfico dota a los hombres de facultades intelectuales para que, consagrados a su servicio, lleguen a ser colaboradores de Cristo y de los ángeles en la obra de la redención humana. Sin embargo, cuántos, como Byron y Gibbon, emplean sus talentos para pervertir la simplicidad de la verdad y despreciar la religión cristiana, considerándola indigna de la atención de los hombres inteligentes. Los que se dedican a esta obra poco saben lo que hacen. Pero en el día del Juicio, cuán terrible será su responsabilidad.

El poder intelectual, cuando se opone a los principios de la verdadera religión, se convierte en ministro del vicio. Su influencia tiende a desfigurar la imagen de Dios en el hombre y a rebajarlo al nivel de la creación bruta. Todo lo que tiende a desterrar los pensamientos de Dios de la mente se convierte en una maldición, no sólo para el que la posee, sino para todos los que están dentro de la esfera de su influencia. Mejor sería para el escéptico dotado, mejor para el

mundo, ser privado de los brillantes talentos que se dedican al servicio de Satanás. Cuanto mayor sea el don pervertido y abusado, mayor será el mal causado y mayor la condenación en el día del juicio final.

A pesar de los muchos soberanos a los que los hombres profesan lealtad, toda la humanidad sirve a uno de dos amos: el Príncipe de la luz o el Príncipe de las tinieblas. Samuel servía al primero, los hijos de Elí al segundo. Los caracteres de estas personas, que se destacan en tan marcado contraste, representan los dos grandes partidos en que se ha dividido el mundo desde la caída de Adán: los siervos de Cristo y los siervos de Satanás. Dios ha ordenado que en las familias y en las naciones o en los individuos, la virtud sea la base de la felicidad, y el vicio el fundamento de la desdicha y de la miseria. En toda la historia de las naciones, donde se ha apreciado la rectitud, el resultado ha sido la unión, la paz y la prosperidad; donde reinan la avaricia, el egoísmo y la irreligión, siguen la debilidad, la degeneración y la corrupción.

Todavía se libra una guerra constante entre el vicio y la virtud. Dondequiera que miremos, la batalla continúa incesantemente. La infidelidad levanta la cabeza en un triunfo cacareado, y el crimen de todos los grados se agolpa por todos lados. Multitudes de jóvenes son arrastrados por la abrumadora marea del mal. En todo corazón cristiano sincero surge la pregunta: "¿Por qué, oh, por qué, en una tierra de Biblias y enseñanza cristiana, puede el adversario de las almas ejercer sobre nuestra juventud un poder tan poderoso, tan desenfrenado?". La razón es evidente. Los padres están descuidando su solemne responsabilidad. No son serios, perseverantes y fieles en la obra de educar a sus hijos para Dios, refrenando sus malos deseos e imponiendo la obediencia a la autoridad paterna, aun en la infancia.

Los jóvenes deben ser entrenados para mantenerse firmes en la defensa del derecho en medio de la iniquidad reinante, para hacer todo lo que esté a su alcance para detener el progreso del vicio y para promover la virtud, la pureza y la verdadera hombría. Las impresiones que se hacen en la mente y el carácter en los primeros años de vida son profundas y duraderas. Una formación poco juiciosa o malas asociaciones ejercerán a menudo sobre la mente joven una influencia para el mal que todo esfuerzo posterior es incapaz de borrar. El carácter de Napoleón Bonaparte se vio muy influido por su formación en la infancia. Instructores imprudentes le inspiraron el amor por la conquista, formando ejércitos mímicos y colocándolo a la cabeza de ellos como comandante. Aquí se sentaron las bases de su carrera de luchas y derramamiento de sangre. Si se hubiera dedicado el mismo cuidado y esfuerzo a hacer de él un

buen hombre, imbuyendo su joven corazón con el espíritu del Evangelio, cuán diferente habría sido su historia.

Se dice que Hume, el escéptico, fue en sus primeros años un concienzudo creyente en la palabra de Dios. Estando relacionado con una sociedad de debate, fue designado para presentar los argumentos a favor de la infidelidad. Estudió con seriedad y perseverancia, y su mente aguda y activa se impregnó de los sofismas del escepticismo. En poco tiempo llegó a creer sus engañosas enseñanzas, y toda su vida posterior llevó la oscura huella de la infidelidad.

Cuando Voltaire tenía cinco años, memorizó un poema infiel, y la perniciosa influencia nunca se borró de su mente. Se convirtió en uno de los agentes más exitosos de Satanás para alejar a los hombres de Dios. Miles se levantarán en el Juicio y culparán de la ruina de sus almas al infiel Voltaire.

Por los pensamientos y sentimientos abrigados en los primeros años, cada joven determina la historia de su propia vida. Los hábitos correctos, virtuosos y varoniles formados en la juventud se convertirán en parte del carácter, y generalmente marcarán el curso del individuo a través de la vida. Los jóvenes pueden llegar a ser viciosos o virtuosos, según elijan. Pueden distinguirse tanto por actos nobles y verdaderos como por grandes crímenes y maldades.

Los jóvenes de hoy pueden llegar a ser tan valiosos a los ojos del Señor como lo fue Samuel. Pueden inscribir sus nombres en el libro de la vida, para que el monarca del universo y las huestes angélicas los contemplen con placer. Manteniendo fielmente su integridad cristiana, los jóvenes pueden, como el noble Lutero, ejercer una poderosa influencia en la obra de la reforma. Tales hombres son necesarios en este tiempo. Dios tiene una posición y una obra para cada uno de ellos.

Si los jóvenes de nuestras ciudades unieran sus esfuerzos para desalentar la impiedad y el crimen, su influencia haría avanzar enormemente la causa de la reforma. Es el privilegio y el deber de cada joven, como un ángel de misericordia, atender las necesidades y aflicciones de la humanidad. No hay clase que pueda lograr mayores resultados para Dios y la humanidad que los jóvenes.

Que nadie piense que la religión de la Biblia es débil y poco varonil, efecto de un celo fanático o de un temor supersticioso. Muchos de los jóvenes se abstienen de entrar al servicio de Cristo porque no están dispuestos a confesarse cristianos ante el mundo. Se avergüenzan de Jesús, se avergüenzan de reconocer

y obedecer su autoridad. Tales personas ven la religión desde el punto de vista mundano. Sobre esta roca han naufragado miles de personas.

Dios es el soberano del universo, y ¿deberíamos avergonzarnos de reconocer nuestra lealtad a él? Los santos ángeles le sirven día y noche. Los seres más elevados de todo el universo se inclinan ante el trono de Dios con cánticos de alabanza agradecida y gozosa. ¿Hay algo en tal servicio que pueda menoscabar la verdadera dignidad del hombre? Dice el Señor: "Yo honraré a los que me honren". El servicio de Dios es la obra más elevada y noble que puede comprometer los poderes de los hombres o de los ángeles.

10 de noviembre de 1881

El deber del padre

EGW

La historia de Samuel, el profeta puro y de noble corazón, y de Moisés, el más santo de los hombres, el más ilustre de los líderes, muestra cuán grande es el poder de la madre para moldear el carácter de su hijo, incluso en sus primeros años. Durante este período, su influencia es superior a cualquier otra. Incluso el bebé en sus brazos se contagiara de su espíritu e imitará su conducta. Es importante que las madres comprendan su deber, y que busquen la sabiduría y la gracia de Dios para llevar a cabo su sagrada labor con su aceptación.

Pero por grande que sea la labor de la madre, nunca debe olvidarse que el padre también tiene una parte que desempeñar en la educación y formación de sus hijos, y que está bajo la obligación más solemne de realizar esa labor con fidelidad. Especialmente a medida que los hijos avanzan en edad, la influencia del padre es necesaria, en unión con la de la madre, para restringir, controlar y guiar. Los padres no se dan cuenta del daño que causan al privar a sus hijos de la necesaria y sana moderación, y permitir que crezcan con pasiones incontroladas y hábitos egoístas y degradantes.

El proceder de Elí -su pecaminosa indulgencia como padre y su criminal negligencia como sacerdote de Dios- presenta un sorprendente y doloroso contraste con la firmeza y abnegación de la fiel Ana. Elí conocía la voluntad divina. Sabía qué caracteres podía aceptar Dios y cuáles condenaría. Sin embargo, permitió que sus hijos crecieran con pasiones desenfrenadas, apetitos pervertidos y moral corrompida.

Elí había instruido a sus hijos en la ley de Dios, y les había dado un buen ejemplo con su propia vida; pero éste no era todo su deber. Dios le exigía, como padre y como sacerdote, que los contuviera de seguir su propia voluntad perversa. No lo había hecho. Sus hijos estaban impacientes por ser controlados, y él débilmente les cedió las riendas, y les permitió seguir sus malos caminos a placer. El cariñoso padre pasó por alto las faltas y pecados de su infancia, halagándose de que con el tiempo superarían esas malas tendencias. No consideraba a sus hijos como una confianza sagrada que Dios había confiado a su cuidado, para que se la devolviera con intereses; sino que los miraba como si fueran suyos. Por lo tanto, en vez de buscar la guía y la ayuda de Dios, y de seguir las instrucciones dadas en su palabra, Elí escogió su propia manera de dirigirlos, la que más convenía a su disposición amante de la facilidad. Si hubiera enseñado a sus hijos a obedecer a su padre, habrían aprendido a obedecer a Dios; pero al permitirles hacer caso omiso de sus mandatos, les enseñó a hacer caso omiso de los mandatos de su Padre celestial. Así, sus malos hábitos se fortalecieron con los años, y cuando llegaron a la edad adulta, estaban dispuestos a desafiar toda autoridad, tanto humana como divina.

Dios requiere que cada padre no sólo dé a sus hijos una instrucción correcta y un buen ejemplo, sino que con prontitud y decisión refrenen su inclinación a hacer el mal. El hecho de que Elí ocupara un cargo sagrado, hizo que su disciplina laxa, y el proceder egoísta, irreverente y licencioso de sus malvados hijos, ejercieran una influencia corruptora sobre toda la nación. Todos los padres deben esforzarse por hacer de sus familias modelos de buenas obras, hogares cristianos perfectos. Pero en grado preeminente es éste el deber de aquellos que ministran en las cosas sagradas, y a quienes el pueblo acude en busca de instrucción y guía. Los ministros de Cristo deben ser ejemplos para el rebaño. El que no dirige sabiamente su propia casa, no está capacitado para guiar a la iglesia de Dios.

Padres cristianos, si desean trabajar para el Señor, comiencen con sus pequeños en casa. Si manifiestan tacto y sabiduría y el temor de Dios en el manejo de sus hijos, se les podrán confiar mayores responsabilidades. El verdadero esfuerzo cristiano comenzará en el hogar, y saldrá del centro para abarcar campos más amplios. Un alma salvada en su propio círculo familiar o en su propio vecindario, por su labor paciente y esmerada, traerá tanto honor al nombre de Cristo, y brillará tan intensamente en su corona como si hubiera encontrado esa alma en China o en la India.

El Señor no dejará impune la negligencia de los padres en educar a sus hijos para su servicio. Mediante una administración amable y juiciosa, tanto los padres como las madres deben unir a sus hijos con fuertes lazos de reverencia, gratitud y amor, y deben encender en sus jóvenes corazones un ferviente anhelo de rectitud y verdad. Mientras la madre procura implantar buenos principios, el padre debe velar por que la preciosa semilla no sea ahogada por el crecimiento del mal. Su disciplina más severa es necesaria para que sus hijos aprendan la firmeza y el dominio propio en medio de las seducciones al pecado que deben estar a la mano.

Cuídense los padres de infravalorar o descuidar su trabajo. Grande es la recompensa de la fidelidad, terrible el castigo de la infidelidad. Un hijo educado sabiamente, entrenado para amar y practicar lo correcto porque es correcto, puede impartir a miles las bendiciones que él ha recibido. A través de su influencia y ejemplo, las lecciones de rectitud, pureza y devoción que formaron su propio carácter, pueden derramar su preciosa luz por todas partes.

Cuántos fieles y honrados trabajadores de Dios y de la humanidad se han dado al mundo como fruto de una formación piadosa en la infancia. Se dijo de Timoteo, el amado colaborador de Pablo, que conocía las Sagradas Escrituras desde niño, y que la fe que habitaba en su madre y en su abuela se revelaba también en él. La influencia de padres cristianos fieles nunca puede perder su poder. Un joven, cuando estaba a punto de ser ordenado ministro cristiano, declaró que en un tiempo había estado a punto de adoptar los principios de la infidelidad. "Pero", añadió, "había un argumento a favor del cristianismo que nunca pude olvidar, y era la conducta consecuente de mi propio padre. A través de él fui finalmente ganado para el Salvador".

Por el descuido de sus deberes, los padres ejercen una influencia de largo alcance para el mal. Un hijo impío y desobediente puede conducir a muchas almas por el camino de la iniquidad. Cada uno de éstos corromperá a otros; los rasgos malvados que se abriguen se transmitirán a la posteridad; y así la iniquidad aumenta y se multiplica constantemente, y todo porque los padres escogen el camino que es más fácil en el momento, el camino de la gratificación y la indulgencia, y no miran a la miseria que les espera a ellos, a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

Las solemnes advertencias contenidas en la palabra de Dios, los juicios visitados sobre el padre indulgente y sus hijos rebeldes, deben despertar a los padres de su estupor, y llevarlos a ver y sentir su deber de dar a sus hijos, por

medio de una educación y disciplina correctas, hábitos correctos y principios sanos. Padre cristiano, trabaja bondadosa y pacientemente por el bienestar de tus hijos. Procura dirigir sus corazones hacia los brillantes rayos del Sol de Justicia. Enséñales por precepto y ejemplo, que el espíritu de Cristo es el espíritu de hacer el bien.

A cada padre y a cada madre se les ha confiado una pequeña parcela de tierra delante de su propia puerta. Es su trabajo limpiarlo de malezas nocivas, y suavizar el suelo para que la preciosa semilla pueda echar raíces y florecer allí. Hacer su trabajo fielmente será mucho más agradable a Dios que ir en misión a alguna tierra extranjera, dejando descuidado el campo natal. La obra de los ministros cristianos y de los padres, debe comenzar con sus propios hijos. Presente a la iglesia y al mundo una familia bien disciplinada, y presentará uno de los argumentos más fuertes a favor del cristianismo.

Si los padres que siguen el ejemplo de negligencia de Elí pudieran ver el resultado de la educación que están dando a sus hijos, sentirían que la maldición que cayó sobre Elí caería ciertamente sobre ellos. El pecado de rebelión contra la autoridad paterna, está en la base misma de la miseria y el crimen en el mundo de hoy. En su santa ley Dios mismo habla a los niños: "Honra a tu padre y a tu madre". De nuevo, por la pluma de un apóstol les ordena: "Hijos, obedeced a vuestros padres". El Antiguo y el Nuevo Testamento enseñan por igual a respetar y obedecer a los padres, y también exhortan a todos a reverenciar y honrar a los ancianos, a proteger y cuidar tiernamente a aquellos cuyas cabezas son blancas y cuyos pasos son débiles. Si los niños fuesen educados de acuerdo con las enseñanzas de la Palabra de Dios, manifestarían una deferencia hacia los superiores, una conducta correcta y una belleza de carácter que los haría amados por sus compañeros y amados por Dios.

Hay una causa para el espíritu de insubordinación que existe en la familia y en el Estado, y que amenaza con derribar los fundamentos mismos del gobierno. Se encuentra en el creciente desprecio por la ley de Dios. En la antigüedad se ordenaba a los padres que enseñaran diligentemente sus preceptos sagrados a sus hijos, para que de este modo se familiarizaran con el carácter de Dios y sus demandas sobre ellos. Pero los hombres se han vuelto más sabios, en su propia opinión, que su Creador. Muchos han dejado de lado la ley de Dios, y han seguido su propio juicio con preferencia a su voluntad revelada. ¡Cuán terribles han sido los resultados de esta enseñanza en la juventud! La autoindulgencia, la disipación, la blasfemia y los crímenes aún mayores prevalecen en una medida que es espantoso contemplar.

El Señor hace responsables a los padres y tutores de los hijos que están a su cargo. No nos ha dejado en la incertidumbre en cuanto a los caracteres que aceptará. Nada menos que la pureza de pensamiento, palabra y obra, satisfará la norma divina. La palabra de Dios establece en lenguaje inequívoco los deberes de los padres. Si ellos cumplen fielmente estos deberes, su Espíritu coronará sus esfuerzos con éxito. Esas palabras de la Sagrada Escritura son tan verdaderas ahora como cuando fueron pronunciadas por primera vez por el sabio: "Instruye al niño en el camino que debe seguir, y cuando sea viejo no se apartará de él".

24 de noviembre de 1881

La Palabra de Dios - Guía para los padres

EGW

Nuestro gran enemigo busca constantemente que los hombres se creen más sabios que su Creador. Como Eva, muchos siguen los dictados de la sabiduría humana, con preferencia a los mandatos del Omnisciente. Tal fue el pecado de Elí; y terribles fueron en verdad sus resultados: desastre y muerte para él mismo, ruina para sus malvados hijos, y ruina para millares en Israel.

Sin embargo, hoy en día hay muchos que, como Elí en su santo oficio, cometen el mismo error. Leen su triste historia, pero no aprovechan la advertencia. En su confianza en sí mismos, creen conocer una manera mejor de educar a sus hijos que la que Dios nos ha dado en su Palabra. La oración ferviente y ansiosa no surge de sus corazones: "Enséñanos, ¿cómo ordenaremos al niño, y qué le haremos?". Con toda su erudición e inteligencia, los resultados de su educación muestran que la cacareada sabiduría de estas personas no es más que una locura. Padres cariñosos e indulgentes, permiten que sus hijos crezcan desde la infancia sin restricciones; y así sus maneras atrevidas, egoístas y desagradables se convierten en hábitos confirmados, haciéndolos poco cariñosos y adorables.

Dios mismo estableció las relaciones familiares. Su palabra es la única guía segura en el manejo de los hijos. La filosofía humana no ha descubierto más de lo que Dios sabe, ni ha ideado un plan más sabio para tratar a los niños que el dado por nuestro Señor. ¿Quién puede comprender mejor todas las necesidades de los niños que su Creador? ¿Quién puede sentir un interés más profundo por su bienestar que Aquel que los compró con su propia sangre? Si la palabra de Dios se estudiara cuidadosamente y se obedeciera fielmente, habría menos angustia del alma por la conducta perversa de los niños malvados.

Elí se apresuraba a ver y reprender los pecados y errores del pueblo, y a veces, como en el caso de Ana, incluso administraba una reprensión injusta; pero los pecados de sus propios hijos le parecían menos ofensivos que los de los demás. En su indebido afecto estaba siempre dispuesto a encontrar excusas para su perverso proceder. Todo esto deshonoraba a Dios y engañaba al pueblo. En la medida en que permitía o excusaba el pecado de sus hijos, se hacía partícipe de su culpa. Como hijos del sumo sacerdote, estaban conectados con la obra de Dios, y así la maldad y el pecado aumentaban grandemente.

Es muy natural que los padres sean parciales con sus propios hijos. Especialmente si estos padres sienten que ellos mismos poseen una habilidad superior, considerarán a sus hijos superiores a los demás niños. De ahí que muchas cosas que en otros serían severamente censuradas, en sus propios hijos se consideren inteligentes e ingeniosas. Aunque esta parcialidad es natural, es injusta y poco cristiana. Hacemos un gran mal a nuestros hijos cuando permitimos que sus defectos no sean corregidos. Muchos fomentan rasgos erróneos de carácter en sus hijos, alegando como excusa: "Son demasiado pequeños para ser castigados. Espera a que crezcan y puedas razonar con ellos. Superarán muchas de estas malas tendencias". Así se deja que sus malos hábitos crezcan y se fortalezcan hasta que se convierten en una segunda naturaleza. A veces el padre y la madre están unidos en este error. A veces uno de ellos seguiría con gusto un curso más sabio; pero cuando ese uno intenta imponer la obediencia, el otro toma la parte del niño, y no permitirá que sea llevado a la sumisión. Los tristes resultados de tal proceder sólo pueden verse plenamente en la eternidad. Nunca pueden ser estimados en esta vida.

Pero por grandes que sean los males de la infidelidad de los padres en cualquier circunstancia, son diez veces mayores cuando existen en la familia de aquellos que están en lugar de Cristo para instruir al pueblo. Los ministros del Evangelio que no controlan sus propios hogares engañan a muchos con su mal ejemplo. Sancionan el crecimiento del mal, en vez de reprimirlo. Muchos que se consideran excelentes jueces de lo que otros niños deben ser y lo que deben hacer, son ciegos a los defectos de sus propios hijos e hijas. Tal falta de sabiduría divina en aquellos que profesan enseñar la palabra de Dios, está obrando un mal indecible. Tiende a borrar de la mente de la gente la distinción entre el bien y el mal, la pureza y el vicio.

Cuando los ministros y el pueblo cambien su natural orgullo de corazón e independencia por un espíritu infantil y enseñable; cuando, en vez de confiar en su propio entendimiento y conformarse a las máximas y costumbres del mundo,

se sienten a los pies de Jesús y pregunten fervorosamente: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?", entonces su sabiduría los dirigirá, su Espíritu obrará con sus esfuerzos, y veremos a los jóvenes que ahora andan a la deriva en las filas de Satanás, sirviendo bajo el estandarte del Príncipe de la Vida.

Oh, que los Elis de hoy, que se encuentran en todas partes pidiendo excusas por el descarrío de sus hijos, afirmaran prontamente la autoridad que Dios les ha dado para refrenarlos y corregirlos. Que los padres y tutores, que pasan por alto y excusan el pecado en aquellos que están bajo su cuidado, recuerden que así se convierten en cómplices de estos males. Si, en vez de indulgencia ilimitada, se usara más a menudo la vara del castigo, no con pasión, sino con amor y oración, veríamos familias más felices y un mejor estado de la sociedad.

No simpatizamos con esa disciplina que desalienta a los niños con duras censuras, o los irrita con apasionadas correcciones, y luego, cuando cambia el impulso, los sofoca con besos, o los daña con gratificaciones injuriosas. Hay que evitar por igual la indulgencia excesiva y la severidad indebida. Aunque la vigilancia y la firmeza son indispensables, también lo son la simpatía y la ternura. Padres, recordad que tratáis con niños que luchan contra la tentación, y que para ellos estos malos impulsos son tan difíciles de resistir como los que asaltan a las personas de edad madura. Los niños que realmente desean hacer el bien pueden fracasar una y otra vez, y con la misma frecuencia necesitan que se les anime a tener energía y perseverancia. Vigila el funcionamiento de estas jóvenes mentes con solicitud y oración. Fortalece todo buen impulso, alienta toda acción noble. El Señor, por medio de un apóstol, amonesta a los padres: "No provoquéis a ira a vuestros hijos, para que no se desanimen". La palabra de Dios es vuestra guía, padres cristianos. No os apartéis de ella para satisfacer cualquier impulso pasional o afectivo.

Si los padres desean enseñar a sus hijos el autocontrol, primero deben formar ellos mismos el hábito. Los regaños y reproches de los padres fomentan en sus hijos un temperamento precipitado y apasionado. El amor y la justicia deben coexistir en el gobierno del hogar. Que se imponga invariablemente la pronta obediencia a la autoridad paterna. Dios ha dado a los padres la tarea de formar el carácter de sus hijos según el modelo divino. Por su gracia, pueden cumplir la tarea; pero se requerirá un esfuerzo paciente y minucioso, no menos que firmeza y decisión, para guiar la voluntad y refrenar las pasiones. Un campo abandonado a sí mismo sólo produce espinas y cardos. El que quiera obtener una cosecha útil o hermosa debe primero preparar la tierra y sembrar la semilla, luego cavar alrededor de los brotes jóvenes, quitando las malas hierbas y

ablandando la tierra, y las plantas preciosas florecerán y recompensarán ricamente su cuidado y trabajo.

La labor de los padres es continua. No debe emprenderse enérgicamente un día y descuidarse al siguiente. Muchos están listos para comenzar la obra, pero no están dispuestos a perseverar en ella. Están ansiosos de hacer algo grande, de hacer algún gran sacrificio; pero rehúyen el cuidado y el esfuerzo incesantes en las pequeñas cosas de la vida diaria, la poda y el adiestramiento cada hora de las tendencias descarriadas, el trabajo de dar instrucción, reprensión o estímulo, poco a poco, según se necesite. Desean ver a los niños corregir sus faltas y formar caracteres rectos de una vez, alcanzando la cima de la montaña de un salto, y no por pasos sucesivos; y porque sus esperanzas no se realizan inmediatamente, se desaniman. Que todas esas personas se animen al recordar las palabras del apóstol: "No os canséis de hacer el bien; porque a su tiempo segaréis, si no desmayáis."

Satanás ha preparado sus trampas para los padres, tentándolos a la extravagancia en el vestir, a un gasto innecesario de tiempo y dinero en la preparación de los alimentos, y a la indulgencia innecesaria en muchas otras formas. Las exigencias de la moda absorben de tal modo el tiempo y la atención de los padres, que queda poco espacio para la comunión con Dios, la autodisciplina o la educación de los hijos. Así, demasiados padres dejan escapar de sus hombros la responsabilidad del gobierno familiar. Reprimir las malas tendencias, fortalecer los principios débiles, desarrollar los rasgos buenos y hermosos del carácter y dirigir todas las facultades de la mente y del cuerpo en la dirección correcta, requiere un trabajo sincero del corazón. Padres y madres, ¿no emprenderéis vuestro trabajo con energía, perseverancia y amor? Sembrad diariamente la preciosa semilla, con la ferviente oración de que Dios la riegue con el rocío de la gracia y os conceda una cosecha abundante. El Hijo de Dios murió para redimir a una raza pecadora y rebelde. ¿Nos abstendremos de cualquier esfuerzo o sacrificio para salvar a nuestros queridos hijos?

Que por precepto y ejemplo se enseñe a los jóvenes la reverencia a Dios y a su palabra. Muchos de nuestros jóvenes se están convirtiendo en infieles de corazón, debido a la falta de devoción de sus padres. La ley de Dios debe ser la ley del hogar. Que los padres y las madres instruyan amable y pacientemente a sus hijos, tanto de la palabra inspirada como del libro de la naturaleza, llevándolos a comprender el carácter de Dios. Que muestren en sus propias vidas que buscan continuamente conocer y hacer su voluntad. Obtener la aprobación de su Padre Celestial es el gran motivo que debe mantenerse siempre

ante la mente de los niños. El servicio de Dios debe presentarse, no como una tarea fastidiosa, sino como un precioso privilegio, por el cual pueden gozar de una vida honrada, útil y feliz aquí, e infinitamente mayor honor, utilidad y gozo en la vida venidera.

Dios ha permitido que la luz de su trono brille a lo largo del camino de la vida. Una columna de nube de día, una columna de fuego de noche, se mueve ante nosotros como ante el antiguo Israel. Es privilegio de los padres cristianos de hoy, como lo fue del antiguo pueblo de Dios, llevar a sus hijos con ellos a la tierra prometida.

1 de diciembre de 1881

Los hijos de Elí

EGW

Cuando los hijos de Elí llegaron a la edad adulta y asumieron los deberes del sacerdocio, se hicieron más evidentes los efectos malignos de su formación temprana. Aunque se dedicaban a una obra tan importante y sagrada, eran "hijos de Belial; no conocieron al Señor". Desde la niñez habían estado familiarizados con los solemnes e impresionantes servicios del santuario. Habían sido fielmente instruidos en los mandamientos y ordenanzas del Señor. Intellectualmente, conocían a Dios; pero sus corazones nunca habían cedido a la influencia de la gracia divina. No amaban el carácter de Dios ni sus requisitos.

Si estos jóvenes hubieran mejorado los privilegios que se les concedieron, podrían haber llegado a ser hombres de poder intelectual y moral. Una obediencia fiel a los requerimientos de Dios tendrá una influencia sorprendente para elevar, desarrollar y fortalecer todas las facultades del hombre. Aquellos que en su juventud se han dedicado al servicio de Dios, resultan ser hombres de sano juicio y agudo discernimiento. ¿Y por qué no habría de ser así? La comunión con el Maestro más grande que el mundo haya conocido, fortalece el entendimiento, ilumina la mente y purifica el corazón, eleva, refina y ennoblece al hombre entero. "La entrada de tu palabra alumbrá; da entendimiento a los sencillos".

Entre los jóvenes que profesan la piedad, hay una gran clase que parece contradecir esta afirmación. No avanzan en conocimiento ni en espiritualidad. Sus poderes se empequeñecen, en lugar de desarrollarse. Pero las palabras del salmista son verdaderas para el cristiano genuino. No es, en efecto, la letra

desnuda de la palabra de Dios la que da luz y entendimiento; es la palabra abierta y aplicada al corazón por el Espíritu Santo. Cuando un hombre se convierte verdaderamente, se convierte en hijo de Dios, en partícipe de la naturaleza divina. No sólo se renueva el corazón, sino que el intelecto se fortalece y vigoriza. Ha habido muchos casos de personas que antes de la conversión se creía que poseían una capacidad ordinaria e incluso inferior, pero que después de la conversión parecían completamente transformadas. Manifestaron entonces un notable poder para comprender las verdades de la Palabra de Dios, y para presentar estas verdades a otros. Hombres de alto nivel intelectual han considerado un privilegio mantener relaciones con estos hombres. El Sol de Justicia, al derramar sus brillantes rayos en sus mentes, vivificó cada poder en una acción más vigorosa.

Dios hará una gran obra en favor de la juventud, si ésta, con la ayuda del Espíritu Santo, recibe su palabra en el corazón y la obedece en la vida. Él busca constantemente atraerlos hacia sí, la Fuente de toda sabiduría, la Fuente de bondad, pureza y verdad. La mente que se ocupa de temas exaltados, se ennoblece a sí misma. Los que profesan servir a Dios, pero no progresan en el conocimiento y la piedad, son cristianos sólo de nombre. El templo del alma está lleno de santuarios profanados. La lectura frívola, la conversación trivial y el placer mundano ocupan la mente tan completamente que no queda lugar para la entrada de la palabra de Dios. La mundanalidad, la frivolidad y el orgullo ocupan el lugar que Cristo debería ocupar en el alma.

Fijar los mejores afectos del corazón en cualquier objeto finito, en cualquier bien terreno, degrada el alma y debilita el intelecto. Sólo Dios es digno de la devoción suprema del hombre. El individuo cuyo corazón está puesto en la ganancia mundana se vuelve codicioso, egoísta e incluso cruel, en sus esfuerzos por amasar riquezas. Viviendo para sí mismo, se vuelve estrecho de miras. Todos sus pensamientos y sentimientos están absortos en promover sus propios intereses. La mente y el corazón se empequeñecen para satisfacer su bajo nivel de excelencia.

Aquellos que buscan como su principal bien la indulgencia del apetito y la pasión, nunca son hombres buenos o verdaderamente grandes. Por muy altos que sean en la opinión del mundo, son bajos, viles y corruptos en la estimación de Dios. El Cielo ha ordenado que la marca de su depravación esté escrita en su propio rostro. Sus pensamientos son de la tierra, terrenales. Sus palabras revelan el bajo nivel de la mente. Han llenado el corazón de vileza y casi han borrado de él la imagen de Dios. La voz de la razón está ahogada, y el juicio está

perverso. Oh, ¡cómo se degrada toda la naturaleza del hombre por la indulgencia sensual! Cuando la voluntad se entrega a Satanás, ¡a qué profundidades de vicio y locura no descenderán los hombres! En vano apela la verdad al intelecto, porque el corazón se opone a sus principios puros.

Los hijos de Elí escogieron lo falso, lo sensual, lo degradado, en vez de lo verdadero, lo puro y lo santo. Así se convirtieron en hijos de Belial, hijos de Satanás. Al ocupar, como lo hicieron, un cargo sagrado, los exponentes escogidos de la voluntad divina, mediadores entre un Dios santo y pecadores arrepentidos, el proceder de estos hombres impíos trajo la tentación sobre todo Israel. Una vez más, la fe y la devoción del pueblo fueron puestas a prueba. Los que habían acariciado la iniquidad en sus corazones, se sintieron inclinados a unirse a estos hombres viles; y muchos excusaron sus propios pecados, porque los que ocupaban posiciones elevadas llevaban la delantera en la transgresión.

El servicio típico era el vínculo de unión entre Dios e Israel. Las ofrendas sacrificiales estaban destinadas a prefigurar el sacrificio de Cristo, y así preservar en el corazón del pueblo una fe inquebrantable en el Redentor venidero. Por lo tanto, para que el Señor pudiera aceptar sus sacrificios y continuar su presencia con ellos, y, por otra parte, para que el pueblo pudiera tener un conocimiento correcto del plan de salvación y una comprensión correcta de su deber, era de la mayor importancia que la santidad de corazón y la pureza de vida, la reverencia a Dios y la obediencia estricta a sus requisitos, fueran mantenidas por todos los relacionados con el santuario.

El Señor, a través de Moisés, había dado las instrucciones más explícitas sobre las ofrendas de sacrificio. Pero los sacerdotes egoístas y avaros, para servir a sus propios intereses, se habían apartado de estas instrucciones. El sacrificio de las ofrendas de paz especialmente, que se hacían como expresión de agradecimiento a Dios, y se presentaban en gran número cuando el pueblo se reunía en las fiestas anuales, ofrecía una oportunidad favorable para que sacerdotes sin escrúpulos se enriquecieran a expensas del pueblo. El Señor había ordenado que la grasa de la ofrenda de paz se quemara sobre el altar como un tipo del gran Sacrificio; una porción específica, el pecho y la espaldilla derecha, con algunas partes menores, se daban al sacerdote como su perquisito; el resto debía ser comido por los que traían la ofrenda.

La sabiduría infinita había previsto que los clamores del apetito y el deseo codicioso de ganancia podrían llevar al sacerdote a apropiarse de los sacrificios

solemnemente consagrados al Señor. Para que no hubiera lugar a confusiones o malentendidos, se habían dado las instrucciones más exactas y minuciosas.

Ofni y Finees, los hijos de Elí, desobedecieron las leyes del santuario más audazmente que ninguno de sus predecesores. Mientras se vestían con las vestiduras sacerdotales y ministraban ante el Señor, sólo se preocupaban por la satisfacción de sus propios apetitos y pasiones degradados. Como los sacerdotes no se contentaban con la parte que les correspondía de los sacrificios de paz, se había hecho costumbre que uno de sus siervos viniera mientras los oferentes cocinaban su porción en algún aposento adyacente al santuario, y se llevara lo que se pudiera coger con el gancho para carne. El gran número de sacrificios ofrecidos, hacía de esto una considerable adición a los bienes del sacerdote.

Pero incluso esta desviación de los mandamientos del Señor no satisfizo a Ofni y Finees. Deseaban la grasa, que el Señor había dicho expresamente que nunca se comiera, sino que se quemara en el altar como ofrenda a sí mismo. Como habían aprendido a despreciar la autoridad de su padre, ahora despreciaban la autoridad de Dios, y enviaron a sus siervos a exigir la carne de las ofrendas de paz antes de que se hubiera separado la grosura. Cuando el oferente replicó: "Que no dejen de quemar la grasa en seguida, y entonces toma toda la que tu alma desee", la respuesta fue: "No, pero me la darás ahora; y si no, la tomaré por la fuerza". El pueblo temía a los sacerdotes y se sometía a sus pretensiones ilícitas, robándose a sí mismo la parte que le correspondía de la ofrenda. Así triunfaron el apetito, el egoísmo y la avaricia, ejerciendo su influencia maligna sobre el pueblo precisamente en el momento en que todos los corazones deberían haberse dirigido en penitencia y fe al gran Sacrificio que iba a quitar los pecados del mundo. Estas cosas ejercían una influencia reveladora sobre el pueblo, que perdía rápidamente todo sentido de la santidad de las ofrendas sacrificiales y de la importancia de asistir a los servicios del santuario.

Los sacerdotes renegados añadieron el libertinaje al oscuro catálogo de sus crímenes; sin embargo, contaminaron con su presencia el tabernáculo del Señor y, cargados de pecado, se atrevieron a entrar en la presencia de un Dios santo. Cuando los hombres de Israel presenciaron el proceder corrupto de los sacerdotes, pensaron que era más seguro para sus familias no subir al lugar señalado para el culto. Muchos salieron de Silo con su paz perturbada y su indignación excitada, hasta que al fin decidieron ofrecer ellos mismos sus sacrificios, concluyendo que esto sería tan aceptable a Dios como sancionar de cualquier manera las abominaciones practicadas en el santuario.

El culto que Jehová mismo había ordenado era despreciado y descuidado porque estaba asociado con los pecados de los hombres malvados. Esta era una época crítica para el pueblo de Dios. La impiedad, el libertinaje e incluso la idolatría prevalecían entre ellos hasta un punto temible. ¿Y dónde estaba ahora el sacerdote y juez de Israel? Elí no ignoraba el proceder de sus hijos. Hombres fieles, que se lamentaban de la corrupción del sacerdocio, le presentaron el asunto en su verdadero carácter. Se había despertado la indignación del pueblo, y le llegaban quejas de todas partes. Había pasado por alto estas transgresiones hasta que ya no se atrevió a guardar silencio. Pero el anciano padre seguía manifestando la misma parcialidad que siempre había mostrado hacia sus díscolos hijos. No tomó medidas decisivas para llevarlos ante la justicia, sino que les reprendió suavemente, como a personas de tierna conciencia, que por una vez habían caído en la tentación:

"Y les dijo: ¿Por qué hacéis tales cosas? porque oigo de todo este pueblo vuestros malos tratos. No, hijos míos; porque no es buena fama la que oigo; vosotros hacéis prevaricar al pueblo del Señor. Si un hombre peca contra otro, el juez lo juzgará; pero si un hombre peca contra el Señor, ¿quién rogará por él?

Hacía tiempo que Elí sabía que sus hijos no eran lo que Dios quería que fueran. Sabía que no daban a Israel un ejemplo digno de imitación. Pero estaba envejeciendo, y la carga del cuidado oficial recaía pesadamente sobre él. Alguien debía ayudarlo a asumir esta responsabilidad. Si trataba a sus hijos con justicia, serían rápidamente rechazados del oficio sacerdotal y castigados con la muerte. Temía atraer sobre ellos la vergüenza y la condena públicas. Al pasar por alto sus crímenes una y otra vez sin castigo, su propio aborrecimiento del pecado disminuyó, y en sus esfuerzos por protegerlos, se convirtió en cómplice de su culpa.

Dios hacía responsable a Elí, como sacerdote y juez de Israel, de la posición moral y religiosa de su pueblo, y en un sentido especial del carácter de sus hijos. Se les debía haber impuesto el castigo más severo, como correspondía al honor insultado de Dios, y como era necesario para contrarrestar la influencia de su osado sacrilegio y su inmoralidad flagrante. Bien le hubiera ido a Elí y a todo Israel si el sumo sacerdote hubiera manifestado tal celo por el honor de Dios y tal deseo de evitar su ira, como lo había demostrado la tribu de Leví al matar a los adoradores del becerro de oro. En aquella ocasión, los sacerdotes, por orden de Dios, hicieron justicia a los jefes de la transgresión, sin distinción de rango o parentesco. Los que cumplían fielmente este penoso deber, eran aprobados y honrados por el Señor.

Si el amor de Elí por sus malvados hijos no hubiera superado su celo por el honor de Dios, habría seguido un curso similar. Debería haber ejercido su autoridad para reprimir el crimen y defender la justicia, diciendo así a todo Israel: "El pecado es pecado, aunque se encuentre en los hijos del sumo sacerdote; y aunque me incumbe como padre un deber muy penoso, Dios no será deshonrado por mis hijos ante el pueblo. La santidad y la iniquidad no se confundirán en la mente de Israel, porque los hombres de alta posición se atrevan a pecar." Pero el anciano sacerdote amaba la tranquilidad y la paz, y en vez de soportar el dolor y la lucha de encontrar y resistir el mal, permaneció en silencio, y permitió que la obra de la iniquidad continuara y que las nubes de la ira divina se acumularan sobre una nación culpable.

<https://secabipministerio.wixsite.com/scbp>